MAR RODRÍGUEZ VACAS

EL OLIVO DE LOS CLAUDIO

EN LA ROMA CONVULSA DEL SIGLO I ANTES DE CRISTO,
AQUEL ÁRBOL ENCARNABA TODO LO QUE LES UNÍA.

13

«El Olivo de los Claudio» es una novela histórica ambientada en los años finales de la República romana, a mediados del siglo I antes de Cristo. Marco Claudio Marcelo es un joven cordobés, inquieto y pletórico de ideales, que desea salir de su provincia, Hispania Ulterior, pero no imagina que la guerra civil desatada entre Julio César y los hijos de Pompeyo va a alterar por completo su vida. Un compromiso roto, diferencias familiares, conspiraciones, asesinatos, traiciones, amores infortunados, amistades inquebrantables y una guerra que se hace interminable marcan la existencia de un personaje que solo quiere volver a reencontrarse con su hermana y entregar al fin su corazón a la mujer de sus sueños. Mar Rodríguez Vacas sumerge al lector en una época crucial de la historia de Roma e hilvana una apasionante saga familiar en la que un árbol, un olivo, ejercerá su mágico influjo sobre las vidas de los protagonistas.

Mar Rodríguez Vacas

El olivo de los Claudio

Título original: *El olivo de los Claudio*
Mar Rodríguez Vacas, 2021

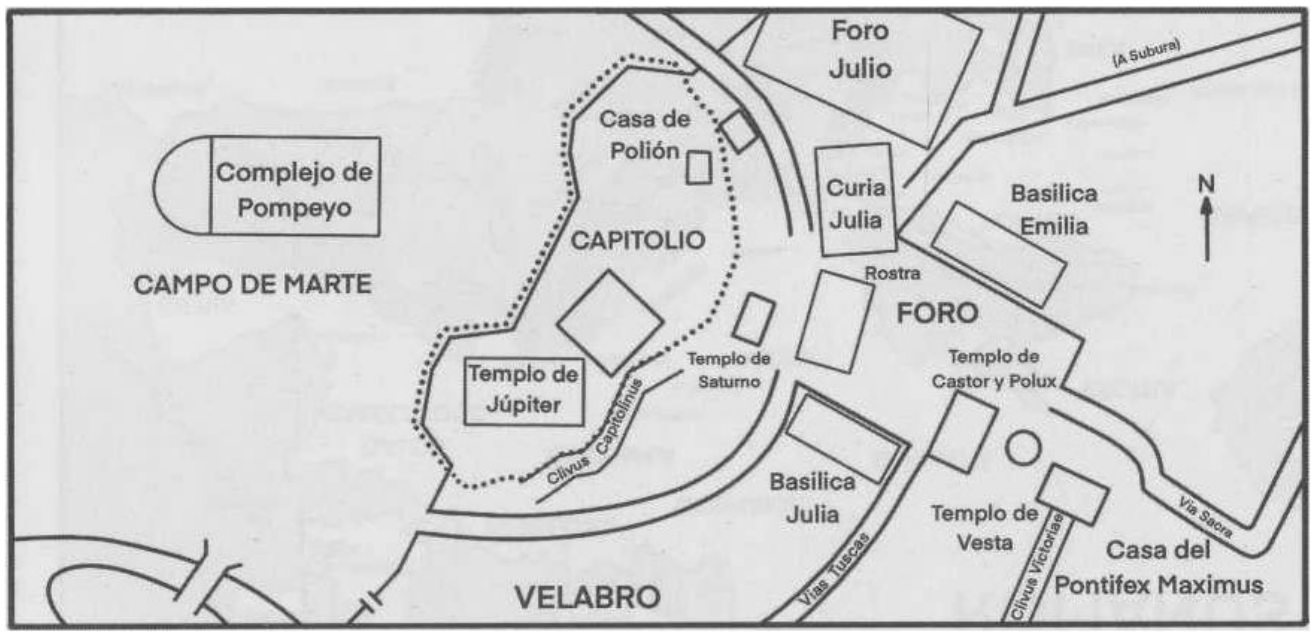
–

Revisión: 1.0
12/04/2022

A mi tío Fernando Jiménez Hernández-Pinzón.

MUNDUS ROMANUS
SCANDIA
CALEDONIA
HIBERNIA
BRITANNIA
CASSITERIDES I.
OCEANUS ATLANTICUS
GERMANIA
GERMANIA
GERMANIA
SARMATIA
GALOS CABELLUDOS
BOIOHAEMUM
PANNONIA
RHAETIA
NORICUM
DACIA
ESCITIA
MAR HIRCANIO o CÁSPIO
AQUITANIA
IBERIA
ITALIA GALA
ILLYRICUM
MAR EUXINO
COLCHIS
HISPANIA CITERIOR
HISPANIA ULTERIOR
BALEARES I.
CORSICA
SARDINIA
MAR ADRIÁTICO
DALMATA
MOESIA
TRACIA
PONTUS
ARMENIA
ARMENIA PARVA
ITALIA
MAR TOSCANO
MACEDONIA
GALATIA
BITINIA
FRIGIA
SOPHENE
CAPPADOCIA
COMMAGENE
PISIDIA
PAMPHYLIA
CILICIA
OSRHOENE
MAR MEDIO
MAR JÓNICO
MAR EGEO
REINO DE LOS PARTOS
MAURITANIA
NUMIDIA
SICILIA
RHODES
SIRIA
CERCINA I.
CRETA
CHIPRE
PALESTINA
MAR PERSICO
MAR MEDIO
MAR MEDIO
NUMIDIA
CYRENAICA
LIBIA
NABATAEA
EGIPTO
ARABIA DESERTA

Roma en el siglo I a. C.


Foro
Julio
(A Subura)
Casa de
Polión
Complejo de
Pompeyo
Curia
Julia
Basilica
Emilia
N
CAPITOLIO
CAMPO DE MARTE
Rostra
FORO
Templo de
Júpiter
Templo de
Saturno
Templo de
Castor y Polux
Clivus Capitolinus
Basilica
Julia
Templo de
Vesta
Via Sacra
Casa del
Pontifex Maximus
Vias Tuscas
Clivus Victoriae
VELABRO

Corduba, año 44 a. C.

Prefacio

Me llamo Marco Claudio Marcelo y, aunque durante mi infancia y adolescencia mi familia fue un espejo en el que mirar mi futuro, la realidad es que la vida me ha convertido en un trotamundos, en un incansable apasionado de exprimir hasta el último segundo de los acontecimientos y, en ocasiones, hasta en un irresponsable. Mi madre me dijo una vez que era la juventud la que me había jugado todas aquellas malas pasadas pero yo le insistía en mi madurez y buen hacer, a pesar de que, en lo más profundo de mi corazón, sentía que ella tenía la razón. Mi madre, Domitia Paulina, romana de nacimiento, se mudó a Corduba junto a mi padre a los pocos días de su boda. Dejar el hogar de su infancia, junto a sus padres, le supuso un duro golpe del que se fue recuperando poco a poco, ilusionada con la nueva vida que le esperaba en una próspera provincia y su nuevo estatus social.

Con tan solo dieciocho años se convirtió en toda una matrona tradicional, una *domina* respetable que supo asumir rápidamente las responsabilidades que le había conferido el matrimonio con uno de los hombres más influyentes de Hispania Ulterior. Mi padre le correspondió dándole todo lo que ella necesitaba y pedía para colmar su felicidad. Puedo afirmar que el suyo fue un matrimonio de amor, aunque no fue este la causa principal de su unión, ya que ambos se conocieron pocos días antes de la celebración de su boda. Sin embargo, mi abuelo Marco Claudio Marcelo, de rango ecuestre, no dudó en aceptar aquel matrimonio cuando mi otro abuelo, Domitio Paulino, de rango senatorial, le propuso el contrato. A pesar de que mi familia materna, perteneciente a la clase senatorial romana, no gozaba de una buena situación económica en aquel momento, mi madre había adquirido una educación exquisita y tenía fama de ser una de las mujeres más bellas de su círculo. Por el contrario, la familia de mi padre, heredera de los colonos fundadores de Corduba, contaba una situación algo más holgada en la colonia, además de una posición política privilegiada y relevante dentro del gobierno local de la capital de la provincia Hispania Ulterior. Fue por ello que los asuntos económicos pasaron a un segundo plano en el momento de la rúbrica de aquel acuerdo nupcial.

Cuando mis padres llegaron a Corduba tras su enlace, mi abuelo Marco los sorprendió con un espectacular regalo: un pequeño solar en la parte norte de la ciudad amurallada en el que construir una gran *domus*, con varias habitaciones para toda la familia y esclavos, algo que solo podían permitirse aquellos que realmente gozaban de buenos ingresos y grandes ahorros. El resto de mi familia paterna vivía unida en otra amplia *domus* mucho más céntrica. Mi abuelo decidió compensar a sus dos hijos dando al mayor, mi padre, aquel terreno y al pequeño, mi tío Marcelo, la casa más cercana al foro. El reparto contentó a todos, así que mi madre pronto se vio envuelta en los preparativos de la construcción y posterior decoración de su nuevo hogar.

Mi padre, por su parte, sabedor de que su esposa se encontraba felizmente entretenida, reanudó sus labores administrativas en las tierras familiares. Cuando cumplió los 30 años se introdujo en el ámbito administrativo local, justo en el momento apropiado y con la edad legal exigida para poder formar parte del senado local. La entrada en el cuerpo de magistrados locales de Corduba era algo que mi padre tenía muy claro y meditado desde su juventud. Su deseo era pertenecer al grupo de decuriones que controlaba la ciudad y dirigía los avatares propios de su gobierno, tal y como lo habían hecho todas sus generaciones anteriores. Desde tiempos inmemoriales, mi familia cuenta con tierras cercanas a la colonia dedicadas al cultivo del cereal, que todos los descendientes hemos sabido administrar adecuadamente, haciendo crecer el número de posesiones y sumarles a estas más y más yugadas.

Desde muy pequeño, recuerdo los veranos en el campo, alejados del ruido y del calor de Corduba, envueltos en el suave y dulce clima que nos regalaban las noches del estío, cuando la familia al completo cenábamos al aire libre para luego tumbarnos a contemplar las estrellas o salir a pasear por los alrededores acompañados tan solo de la tenue, pero suficiente, luz de la luna llena.

Normalmente nos acomodábamos en *Villa Fertilitas*, muy próxima a Ucubi, por sus dimensiones, por la cercanía a Corduba y porque allí vivía Prótimo, nuestro criado predilecto. El esclavo, comprado por mi abuelo y procedente de Grecia, estaba bien formado y entendía bastante bien las cuentas, por lo que, tras años de servicio en casa, mi abuelo lo colocó al frente de la explotación. Su voz era la que tomaba las decisiones cuando mi abuelo, mi padre o mi tío no estaban, lo que ocurría la mayor parte del tiempo. Él se encargaba de la siembra, la cosecha, las pagas de los trabajadores, de las compras y de las ventas. Y, además, era el mayordomo principal de la casa. Una hacienda enorme, con lugar para el servicio y para nosotros.

La doble e inmensa puerta de entrada de madera daba paso a un vestíbulo que servía de antesala al enorme jardín peristilo, alrededor del que se disponían todas las estancias de la casa. Cada familia contaba con un pequeño apartamento, con sala de estar propia y varios dormitorios. Pero además, había una gran sala común con acceso directo a uno de los comedores, el de menor

tamaño. El otro, mucho más grande, tenía una entrada desde la cocina y solo se utilizaba para las grandes ocasiones, cuando había algo que celebrar y mi abuelo invitaba a todas sus amistades y compromisos. El peristilo estaba dividido en dos zonas. Una de ellas, orientada al norte, era un amplio comedor de verano, con bancadas de mármol en las que nos tumbábamos cuando caía la tarde y el sol ya no era un estorbo. En el otro extremo, la villa contaba con un precioso jardín con caminos, parterres y un ninfo con estanque.

Mi abuela se encargaba personalmente del cuidado de las plantas y las flores, aunque atendía con especial mimo un olivo centenario situado en el centro de la zona ajardinada. Lo podaba con esmero y le hablaba como si fuera una persona, sintiendo que la escuchaba. Al fin y al cabo, siempre se ha dicho en casa que ese árbol lo plantó en aquel lugar el primer Claudio Marcelo dueño de aquellas tierras hacía más de cien años, cuando llegaron procedentes de Roma. Como homenaje al olivo de los Claudio, desde tiempo inmemorial, algunos de sus ramas sirven como esquejes para el nacimiento de nuevos árboles, ya que se reparten a los miembros de la familia cuando se casan y fundan un nuevo hogar. El olivo es nuestra seña de identidad y aquel, el de *Villa Fertilitas*, era el olivo de los Claudio.

Alrededor de este imponente árbol crecían graciosas cientos de florecillas. En primavera, era una delicia disfrutar de aquel espectáculo de color. Especialmente me deleitaba aquella vista en días de tormenta, en los que las gotas de lluvia parecían dar vida a las flores mientras salpicaban en sus pétalos y en el estanque que había en una de las esquinas de aquel enorme espacio, formando ondas concéntricas que yo miraba embelesado. Me divertía pasear por los pequeños senderos abiertos por mi abuela entre las plantas e imaginar que me perdía entre ellos, o tumbarme en uno de los bancos, con las manos bajo mi nuca y los codos en alto, para mirar pasar las nubes, que entraban y salían del rectángulo de cielo que tenía sobre mí desde el oeste hacia el este.

Sin embargo, no todo era tranquilidad. De hecho, aquellos momentos de paz no eran muy frecuentes. Mis primos y nosotros, mis hermanos pequeños y yo, nos encargábamos de que la casa fuese un continuo bullir de gritos, carreras y llantos. La tía Cornelia se quejaba a diario de molestos dolores de cabeza mientras el tío Marcelo nos abroncaba por hablar alto. Mis padres sonreían con complicidad, sin mover un solo dedo o alzar la voz, aun sabiendo que gran parte de culpa de todos aquellos jaleos era nuestra. Ellos pensaban que el verano era una época para el disfrute.

Sin embargo, cuando vivíamos en Corduba, la rutina diaria era mucho más encorsetada. Habla unas normas que cumplir y el saber estar era parte de nuestra estricta educación. A diario, mi padre salía de casa ataviado con su toga, dispuesto a acometer sus obligaciones como decurión, labor que compaginaba, con gran maestría, con la gestión agrícola de las tierras de la familia. Mi madre se quedaba en casa, organizando las tareas domésticas. A

veces, también acompañaba a Calutia a los mercados, a comprar verduras frescas, telas o incluso algún mueble. Algunas veces acudía a reuniones con otras matronas de la ciudad y, otras, las organizaba ella en nuestra propia casa.

Mis hermanos y yo solíamos quedarnos en la *domus* familiar durante la mañana, estudiando con nuestros maestros y cumpliendo estrictamente con horarios y labores, aunque también jugando y husmeando por donde nadie nos esperaba. A mí me gustaba especialmente olisquear en la cocina y en el *tablinum* de mi padre, abrir puertas y cajones y descubrir rollos de papiro, utensilios y cachivaches con los que me inventaba mi propio juego. También disfrutaba junto a Calutia, mientras ella cocinaba. Me interesaba todo: cómo se preparaban los platos, los ingredientes, las verduras de temporada o los precios de los productos en los mercados.

Más de una riña me costaron mis investigaciones. Mi padre decía que aquellos asuntos no eran de mi incumbencia y que yo debía solo dedicarme a los estudios y a aprender de él. Y no es que yo no dedicase tiempo a mis obligaciones. De hecho, los libros se convirtieron en mi auténtica debilidad. Mientras más crecía, más me fascinaban, más relatos quería conocer y más autores me enganchaban. Tanto, que siempre tenía en mis manos justo el que no debía. Me apasionaban las batallas, la historia de nuestros antepasados o los pensamientos de los filósofos, pero no quería ni ver aquellos en los que más interés debía poner, como los de cálculo.

Mi vida estaba predestinada, previamente elegida por mis padres o por mi naturaleza romana, sin que nadie se hubiese preocupado de si aquello era lo que yo quería o deseaba hacer. Aunque siempre me mostré dócil, nadie podía cortar las alas a mi imaginación y prohibirme soñar. Yo quería ir a Roma, conocer la grandeza de la urbe, pasear por su gran foro, escuchar a Cicerón declamar uno de sus famosos discursos, estrecharle la mano a Cayo Julio César y, por qué no, ocupar un asiento en el Senado. Pero el día a día era un baño de realidad. En casa nadie dudaba de que yo, el primogénito, iba a continuar con la carrera de mi padre, de mi abuelo y del resto de mis antepasados. Y quizá aquel axioma fue lo que provocó en mí cierto espíritu rebelde, el que nunca tuve el valor de demostrar hasta que decidí dejarlo todo y jugarme mi propia existencia al enrolarme en el ejército en plena guerra civil. Y fue aquella decisión la que marcó mi futuro, la que me hizo un hombre nuevo, la que me enseñó que había vida más allá de los muros de Corduba. Y que el mundo era mucho más grande de lo que yo podía llegar a imaginar.

Capítulo 1

El Rubicón

Villa Fertilitas, Ucubi. Enero del año 49 a. C.

—*Domine*, ha llegado correo —dijo el criado mientras le extendía a mi padre un rollo de papiro—. Es un despacho de la curia.

Era casi la hora de la cena y mi padre miró a Prótimo con extrañeza. No era aquella una hora habitual para que llegase nada procedente del senado de Corduba. Mientras Prótimo salía de la sala y cerraba la puerta, abrió el rollo y comenzó a leer. Cuando no había pasado de la primera línea se levantó súbitamente y, sin alzar la vista del pergamino, me dijo:

—Marco, prepara tus cosas, regresamos a Corduba mañana, al alba.

—¿Qué ha ocurrido, padre? —pregunté levantándome yo también. La expresión de su rostro no insinuaba nada bueno—. ¿Están bien madre y mis hermanos?

—Oh, sí, Marco, no te preocupes, no es nada de eso —dijo sin apartar la mirada de la preocupante carta—. Solo que… se avecinan cambios, una guerra quizá —me miró solo un segundo—. Por favor, ve a recoger todas tus cosas.

Abandoné desconcertado la sala de estar. ¿Cambios? ¿Una guerra? Siempre había guerras pero, ¿por qué preocupaba aquella tan especialmente a mi padre? Tenía mil preguntas en la cabeza pero, a mis veintiún años, ya conocía lo suficiente a mi padre como para saber que aquel no era el mejor momento para preguntar. Me fui directo a mi dormitorio cavilando sobre por qué las cosas podían cambiar tan rápido.

Nada hizo presagiar aquel día que todo fuese a terminar así, con un viaje de vuelta a Corduba rápido e improvisado. A pesar de la niebla matutina, la tarde se había quedado despejada y apetecible. El sol vespertino consiguió templar el ambiente preinvernal que habíamos estado sufriendo en días pasados y por fin pude salir de los muros de *Villa Fertilitas*. Desconocía de quién había sido la idea de poner ese nombre a aquellas tierras pero, sin duda, había acertado. Las suaves lomas que rodeaban el tranquilo curso del Salsum eran tierras ricas de las que brotaban con energía los frutos de cuanto allí se

cultivaba. Me consta que antaño aquellos eran suelos dedicados al cultivo del cereal y que fue mi abuelo quien apostó por plantar olivos, consciente de la creciente demanda de aceite por parte de las élites romanas. No se equivocó. Año tras año, cada vez era mayor el terreno que albergaba el cultivo de aquellos preciosos árboles que crecían serenos y aparentemente impasibles al paso del tiempo.

Inmerso en mis pensamientos, aproveché aquella tregua otoñal para pasear por los campos en los que meses antes se habían recogido las mieses. Llegué más allá de las tierras yermas y me perdí entre los olivos, feliz, despreocupado. Cuando regresé a casa ya había anochecido y mi padre me esperaba en la sala de estar, sentado cómodamente en uno de los *solia* que rodeaban una pequeña mesa circular, con un vaso de vino en la mano.

—¿Dónde te habías metido? ¡Casi hago a Prótimo salir a buscarte! —me increpó antes de mirarme con sonrisa cómplice—. Ven aquí, siéntate. Estoy muy contento de que me hayas acompañado en este viaje. Y me siento también orgulloso de cómo estás respondiendo. Esta mañana nos has dado una lección con el dichoso tema de los archivos. Esa es una asignatura pendiente de Prótimo. Debería ser más ordenado. Es la única manera de que encontremos lo que buscamos sin volvernos locos y de que no se pierda nada.

Mi padre era un hombre responsable, quizá metódico en exceso y ciertamente cuadriculado. Alto, de anchas espaldas, moreno de piel y con una abundante melena castaña oscura, imponía a cualquiera que tuviera delante. Sus ademanes eran serios y distantes, aunque para los más cercanos era un placer codearse con él. Siempre sabía estar en el lugar que le correspondía, tratar adecuadamente a todo aquel con el que hablaba y, aunque era difícil verle reír abiertamente en público, en casa, con los suyos, era una persona divertida, cercana, afable y cariñosa. Aquella noche estaba especialmente relajado. La salida del sol nos había cambiado el talante a todos, a pesar de que por la mañana habíamos intentado poner orden en el montón de documentos con cuentas y facturas que Prótimo había acumulado en el *tablinum*. Aquella anarquía consiguió desquiciar a mi padre, a pesar de que él sabía como nadie dominar la situación y respirar hondo las veces que hiciera falta antes de perder la paciencia. Cuando me di cuenta de que aquello no iba a terminar bien, tomé las riendas del asunto. Le pedí a mi padre que se marchase a atender otras cuestiones y me quedé con Prótimo, buscando subsanar el desaguisado. Al final de la mañana, cada factura estaba en su lugar, clasificada por fecha y tema. Además, conseguí convencer al mayordomo de que debía hacer una ficha por cada cliente y otra por cada proveedor, para facilitar su archivo y el control de cada venta. De ahí que mi padre me felicitase por el trabajo realizado.

Me senté junto a él, esperando a que nos avisasen para la cena, después de servirme un vaso de vino rebajado con agua y de coger un pequeño panecillo

de frutos secos de la bandeja que estaba en la mesa. Mientras explicaba a mi padre cómo había numerado y catalogado cada factura, Prótimo entró a la sala y le entregó el despacho. Salí para mi dormitorio y, cuando llegué para recoger mis cosas, Prótimo ya estaba allí.

—He oído que debías hacer tu equipaje y me he adelantado. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué os marcháis? —me asaltó—. ¡Oh, daría mi vida por saber qué dice ese despacho! —exclamó mientras miraba hacia arriba y caminaba del armario al lecho, con varias túnicas en las manos.

Prótimo era el mejor esclavo que había en la familia. Algo despistado pero absolutamente leal y trabajador, mi abuelo no dudó en enviarlo a *Villa Fertilitas* cuando hubo de poner a alguien al frente de aquellas tierras. No demasiado alto, completamente calvo y algo pasado de peso, era muy amanerado en sus expresiones. Le encantaba exagerar las situaciones y contar las cosas con cierto aire de misterio. A mi abuelo le encantaba conversar con él y que este le embaucase con sus historias, la mayoría de ellas inventadas, algo que mi abuelo conocía pero que no le importaba en absoluto. Sin embargo, mi padre detestaba aquella actitud y el criado, muy inteligente, la disimulaba siempre que tenía asuntos que tratar con él. Conmigo era distinto. Prótimo era él mismo y a mí eso me divertía.

—No lo sé —le dije con media sonrisa a la vez que comprobaba que no se quedaba nada en las baldas del armario—. Mi padre ha sido muy escueto. Solo me ha dicho que puede ser que haya una guerra.

—¡Eso también lo había escuchado! ¿No has podido leer ni la primera de las líneas? —insistió.

—¡No! Ya te lo he dicho —sonreí mientras echaba unas mantas a mi bolsa —. Debe tratarse de algo serio porque quería leer la carta a solas. Todos sabemos que las cosas andan revueltas por Roma pero, la verdad, no esperaba una guerra.

—Qué horror —concluyó Prótimo con aire pensativo—. Bueno, dejémonos de charla y vamos al equipaje. Cuando termine contigo me pondré con el de tu padre. Mi pena es que os marchéis tan pronto de *Villa Fertilitas*.

Momentos más tarde, mientras nos servían la cena, volví a preguntar a mi padre por el despacho.

—Cayo Julio César ha cruzado el Rubicon a la cabeza de la *legio* XIII —comenzó a explicarme—. No ha tenido más remedio que hacerlo —lo excusó, con los ojos clavados en el infinito.

—Entiendo —intenté sacarlo del ensimismamiento que lo había poseído —. ¿Y por qué estás tan seguro de que todo terminará en una guerra?

—No estoy seguro, aunque lo que sí sé es que se avecinan tiempos convulsos —mi padre salió de su letargo y se arrellanó en el canapé—. La decisión de pasar a la otra orilla del ridículo río Rubicon tiene más simbología que otra cosa. Ese cauce es la frontera natural entre la Galia Cisalpina e Italia

y traspasarla armado significa que desafías al poder senatorial —mi padre se explicaba con vehemencia, haciendo gestos con las manos—. La de Cayo Julio César ha sido una grave decisión aunque, obviamente, tiene sus motivos. Los que conocemos su política sabemos que ha sido una medida responsable y meditada.

—No veo la responsabilidad cuando lo que ha provocado es el comienzo de una guerra, padre —espeté sin reparos, a sabiendas de que era un fiel defensor de la vida política y militar de Cayo Julio César y de que encontraría palabras para rebatirme.

—No creo que César tenga la más mínima intención de derramar sangre. Es un ultimátum que ha dado a Pompeyo Magno y los suyos.

Mi padre conocía personalmente a Julio César de aquellas veces en las que este anduvo como magistrado en nuestra provincia. Hacía entonces casi 20 años que había sido cuestor en Hispania Ulterior. Yo contaba un solo año de edad cuando pisó por primera vez Corduba, como cuestor al mando del gobernador Antistio Veto. No recuerdo nada de aquella época, aunque sé que se dedicó fundamentalmente a viajar, administrando justicia, conociendo a los ciudadanos y sus problemas y dando solución a estos. En definitiva, haciendo amistades para ampliar su clientela. Mi padre siempre destacó de él su don de gentes y su amabilidad, además de un severo carácter que imponía un profundo respeto. Aunque sé que nada tiene que ver conmigo o mi familia, me enorgullece pensar que el gran Julio César comenzó en mi provincia a subir peldaños en su *cursus honorum*.

Siete años después de aquella magistratura, César regresó a la Ulterior, en aquella ocasión como pretor, sucesor de Cayo Cosconio. Aunque en aquel momento los viajes también fueron una constante, Julio César residió parte del tiempo en Corduba y tuvo con mi abuelo, mi padre y otros miembros del senado local un trato cercano. Incluso yo mismo pude verlo y cruzar inocentes palabras con él en alguna ocasión. Por aquel tiempo, sus amistades y clientela estaban ya consolidadas. Era un hombre de firmes convicciones, cuyo perfil de romano clásico ayudaba a enfatizar su puesta en escena, arrogante, grave y rodeada de ampulosa escenografía. A todos gustaba César y su forma de entender la política. A todos, menos a los optimates, un grupo de políticos conservadores que veían en su actitud una amenaza para la República, debido a su fuerte inclinación hacia el pueblo. Pero Cayo Julio César demostró pronto la inteligencia que poseía y gestó una unión a tres bandas entre él mismo, Cneo Pompeyo Magno y Marco Licinio Craso. Gracias a ella consiguió su primer consulado, la más alta magistratura que un senador puede alcanzar.

Todo esto ocurrió diez años antes del cruce del Rubicón. En aquel tiempo, César aprobó numerosas leyes apoyándose en la plebe y beneficiándola, dejando de lado a gran parte del Senado. Fue entonces cuando sus colegas conservadores se hicieron más enemigos suyos que nunca, en especial Marco

Porcio Catón, un terrible dolor de cabeza para César durante el resto de su existencia. Visto que no iba a poder encontrar el éxito político y militar si decidía quedarse en Roma, César obtuvo, de nuevo gracias a su pacto con Craso y Pompeyo, el proconsulado de las Galias por diez años.

Pero una década da para mucho. En este tiempo, murió la hija de César y esposa Pompeyo y un nuevo matrimonio de este provocó su cambio de bando. Craso también había fallecido. César estaba solo y el enfrentamiento con Pompeyo no tardó en llegar. El todavía gobernador de las Galias deseaba presentarse de nuevo a las elecciones consulares pero no podía abandonar su provincia sin el permiso del Senado. Obedecer o luchar por sus sueños. No tuvo dudas. Julio César cruzó el río Rubicón junto a la legión XIII a sabiendas de que aquel simple gesto era toda una declaración de guerra. Junto a él permanecieron hombres de su confianza, como Marco Antonio y Quinto Casio Longino. Mi vida cambió en aquel mismo instante.

Capítulo 2

La confesión de Claudia

Corduba, invierno del año 49 a. C.

—La noticia ha volado por todo el territorio romano. Aquí llegó tan solo un día después de las *idus* de enero —explicaba mi abuelo a toda la familia mientras asía su copa de vino con la mano derecha y permanecía de pie en la sala de estar. Mi padre y yo acabábamos de llegar de Ucubi—. Lo que son las cosas… Mis patronos romanos, los Claudio Marcelo, han intentado prevenirnos, ¡a nosotros! sobre la inminente y belicosa llegada de Julio César a nuestras tierras. Y eso que también ellos son parientes de él por matrimonio. ¿Qué se le habrá pasado por la cabeza a este cónsul del tres al cuarto para pensar que aquí estamos de su parte?

Alto, como mi padre y mi tío, aunque algo amilanado por la edad, a sus 70 años, mi abuelo Marco todavía era un hombre bien parecido. Su estructura corporal era básicamente romana: ancho de espaldas, semblante serio y nariz profusamente crecida por los años. Apenas tenía pelo en la cabeza aunque, en las zonas que le quedaba, era abundante y tan blanco como la nieve. Por aquella época, estaba fundamentalmente dedicado a la administración de las fincas familiares. No obstante, seguía políticamente activo, pero lo hacía desde una segunda línea, como él mismo afirmaba. Mi abuelo era un romano elegante. Disfrutaba saludando a sus clientes y paseando con la toga por las calles de Corduba, con la cabeza bien alta y el gesto amable, tendiendo la mano a todo aquel que quería cumplir con él y mostrando su mejor sonrisa en cada ocasión que le ofrecía la posibilidad de presumir de una bien cuidada dentadura. Era un fiel defensor de la política popular de Cayo Julio César y no entendía cómo sus patronos en Roma se habían posicionado en contra del general, a pesar incluso de que ambas familias estaban unidas por el matrimonio del cónsul del año anterior, Cayo Claudio Marcelo, con Octavia, sobrina nieta del propio César.

—Os podréis imaginar lo caldeado que está el ambiente por aquí —continuó—. Con la clientela que Pompeyo ha acumulado en Hispania la cosa

se nos pone algo difícil. Bien es cierto que por aquí, en la Ulterior, César gana en adeptos, pero no debemos fiarnos. Hay que tener mano izquierda para manejar la situación. Mi humilde opinión es que Corduba debería mantenerse al margen en la medida de lo posible. Así lo he hecho saber a aquellos que me han preguntado, por lo que no será una sorpresa cuando lo plantee en el Senado el día que tratemos este tema.

—Interesante postura, padre, aunque me temo que vas a pedir algo casi imposible —discrepó mi padre—. Hablar de que la Citerior es de Pompeyo Magno y la Ulterior de César es generalizar demasiado. Todos y cada uno de nosotros nos sentimos inclinados por uno u otro bando, eso es cierto, pero, si quieres, puedo enumerarte varias familias que se adherirían ahora mismo a la causa pompeyana sin pensarlo dos veces. Esa situación de ignorante tranquilidad que propones no tiene mucho sentido. Sin embargo, sí veo adecuado que nos manifestemos respecto al conflicto y nos rodeemos lo antes posible de las personas más afines a nosotros.

—¡Marco, despierta! —interpeló mi tío Marcelo mientras yo escuchaba con atención sin perder detalle de la conversación—. ¡Corduba y toda Hispania están ya controladas por legados de Pompeyo! El Magno ha repartido la península entre Afranio, en la parte norte, Petreyo, en la central, y Varrón, que estará a punto de llegar aquí, en la Ulterior. Y a todos los ha dotado de varias legiones. Hispania es pompeyana. ¡Seamos realistas! —hizo una pausa para esbozar un gesto despectivo con la mano—. Que no se os pase por la cabeza esperar que los miembros del senado local os escuchen cuando expongáis vuestra intención de dar apoyo total a la causa cesariana.

—En eso te doy la razón, hermano —continuó mi padre—. Aquello está lleno de cobardes y cortesanos que le bailarán el agua cada día a Varrón. Puede ser que piensen como nosotros, pero nadie abrirá la boca.

Aunque no era una discusión propiamente dicha, el tono de voz era elevado y no quise entrometerme. Claramente, mi abuelo, mi padre y mi tío tenían juicios diferentes sobre cómo Corduba debía afrontar los cambios políticos que habían comenzado a gestarse. Los tres se mostraban a favor de César, pero quizá mi tío era el que tenía la visión más realista de los acontecimientos. Si alguien hubiese preguntado por mi opinión, hubiera manifestado que posicionarse claramente por el bando de los *populares* no era lo más acertado. Sin embargo, preferí mantenerme en silencio y no enfrentarme a mi padre, sobre todo después de ver cómo este no cejó en su empeño de defender su postura durante la cena que celebramos algo más tarde con el resto de la familia.

—Marco, no te obceques —decía mi tío una vez tras otra, frase que empezaba a molestar a mi padre. Las mujeres conversaban animadamente junto a mis hermanos, Marcia y Quinto, y mi prima Claudia, mientras su hermano Publio y yo no perdíamos detalle de la conversación que mantenían

nuestros padres y abuelo—. Padre tiene razón. Es mejor esperar y ver cómo se van desarrollando los acontecimientos.

—No te quepa duda de que así lo haré, Marcelo. Pero tampoco dudes de que mi posición en esta guerra está del lado de César y no lo voy a esconder.

—Insisto en que la prudencia debería ser la tónica habitual en el día a día, Marco —aconsejó mi abuelo—. Haz lo que creas más conveniente, pero no nos pongas a los demás en evidencia. Mira siempre por tu esposa, hijos y el legado familiar —zanjó.

La tensión de aquella conversación se fue relajando poco a poco y lo que quedó por delante fue una de nuestras tradicionales reuniones familiares. Unos años atrás, los mayores pasaban el rato comiendo y hablando mientras mis hermanos y yo jugábamos a todo lo que se nos ocurría con mis primos, Publio y Claudia. Hasta la fecha, habíamos vivido muy unidos, casi como hermanos. Yo era el mayor, seguido por Publio. Dos años más pequeña que nosotros era Marcia y, casi dos más, Claudia. Tras ellas, siete años después de mí, nació mi hermano Quinto.

El paso del tiempo hizo que los juegos fueran quedando en el olvido y, sobre todo los más mayores, nos sintiésemos más atraídos por las conversaciones de los adultos —que, en aquellos días, eran de lo más interesante—. También, desde hacía varios años, algo había cambiado entre Claudia y yo. La inocencia de nuestros juegos había dado paso al rubor y a las miradas esquivas. Un buen día noté que su actitud hacia mí había cambiado. Pero lo peor fue darme cuenta de que la mía, de repente, también lo había hecho. Claudia y yo nos habíamos enamorado. Al principio intentaba disimular. Supongo que ella también lo hacía, pero fue inevitable que todos en casa se percataran de lo que ocurría. Claudia y yo no manteníamos conversaciones profundas. Solo hablábamos de temas banales y nunca, bajo ningún concepto, nos dejaban solos. Siempre teníamos varios ojos vigilantes a nuestro alrededor.

La vida tranquila y rutinaria que yo llevaba me hizo alejarme de ese amor incipiente e, intentando disimular mis deseos, me dejé llevar por las imposiciones familiares. Pero Claudia cambiaba y cada día que pasaba estaba más bella. Pronto se convirtió en una chica de estatura mediana y bien proporcionada. Bajo las *stolae* que a menudo llevaba se adivinaba un cuerpo suave y lleno de curvas que hacía volar mi imaginación. Con el paso de los años, sus miradas inocentes y llenas de rubor pasaron a ser robadas y lascivas. Su ojos, azules y hermosos, acompañaban a su larga melena castaña clara, que caía sobre su estrecha espalda llena de tirabuzones naturales recogidos con varias horquillas a la altura de la nuca, dejando su bello rostro despejado y limpio.

—Le gustas a Claudia —me dijo mi hermana una mañana de mi primer verano sin *bulla* mientras comprábamos hortalizas en el mercado de Ucubi.

Marcia y yo sorteábamos a las personas que abarrotaban el *macellum*. Señoras orondas que portaban grandes cestas llenas de hortalizas caminaban entre los puestos con niños pequeños cogidos de las manos. Los tenderos gritaban a los clientes las bondades de su género. El olor fresco de la verdura del día lo impregnaba todo. El color de las frutas hacía apetecible cualquier pieza que estuviera a nuestro alcance.

—¿Qué dices? —le respondí con aire distraído mientras cogía una manzana y la observaba a la altura de mis ojos.

—Me lo ha dicho. ¡Mírame, Marco! Estoy intentando decirte algo importante, ¡deja esa manzana! —Marcia me dio un manotazo, obligándome a centrar mi atención en ella—. Claudia está enamorada de ti. Y piensa que tú sientes lo mismo por ella. ¿Es eso cierto?

Me lo preguntó muy seria y me sentí bloqueado. De modo que mi dulce prima Claudia hablaba sin tapujos de sus sentimientos. Se avistaba una importante crisis familiar. Aquello era una locura. En aquel entonces yo tenía tan solo 18 años y Claudia no había cumplido aún los 14. No haría falta mucho tiempo para que aquellas palabras llegaran a oídos de mi padre. Dije lo primero que me vino a la mente.

—No sé por qué Claudia te ha dicho eso.

—Algo sabrá ella que yo desconozca, querido hermano… —me miró sonriendo pícaramente.

—No, Marcia —respondí seco. Aquel atrevimiento de Claudia provocó en mí cierta sensación de rechazo hacia ella y hacia mis propios sentimientos—. Claudia y yo nunca hemos hablado de este tema. De hecho, hace muchos años que nunca estamos a solas. Son imaginaciones suyas.

Fue todo lo que acerté a decir. Marcia intentó sonsacarme más información pero me vi seriamente acorralado y corrí para zafarme de su interrogatorio. El gentío que abarrotaba el mercado de frutas, verduras, especias, frutos secos, flores y objetos varios de Ucubi me ayudó a escapar del pórtico del foro y de la vista de mi hermana por al menos unas horas.

Capítulo 3

Las dudas de Marcelo

Corduba, julio del año 49 a. C.

Las noticias sobre el nuevo contexto político iban llegando a Corduba a cuentagotas. Con el paso de los días ya pudimos hacernos una idea de en qué punto estaba la situación general. Supimos que el cruce del Rubicón por parte de César con tan solo una legión había pillado por sorpresa a Pompeyo, el primer hombre de Roma en aquellos días. Este contaba con diez legiones a su servicio pero la realidad era que siete de ellas estaban en Hispania junto a sus legados, Afranio, Petreyo y Varrón, y dos más habían pertenecido hasta hacía poco tiempo al propio César. Por ello, y con tan solo una legión en la que confiar plenamente, Pompeyo se sintió débil y tomó la decisión de abandonar Italia antes de que César pudiera llegar a Roma. Sus pretensiones pasaban por reclutar en Oriente más hombres con los que plantarle cara a su enemigo mientras el ejército hispano se sumaba a su causa y atacaba por la retaguardia a César.

Mientras, en Corduba supimos que la tensión política en Roma había desembocado en una huida en masa. Muchos de los senadores, afines a los optimates, incluidos los cónsules de aquel año, abandonaron el barco y se marcharon de la gran urbe junto a Pompeyo. Allí solo se quedaron los *populares* y aquellos neutrales e indecisos a la espera de la llegada de César. Este anunciaba su pretensión de alcanzar un acuerdo con Pompeyo, convencido de que era la mejor opción de todas, y así lo hizo saber a todos mientras se dirigía al sur. Para ello, proponía la entrega de las Galias al gobernador debidamente designado y su renuncia a cualquier tipo de privilegio, siempre y cuando el Senado levantase el estado de excepción, licenciara las tropas de Pompeyo y lo enviase a Hispania. Sin embargo, el bando de los optimates nunca creyó o quiso creer en aquellas intenciones e hizo caso omiso a las misivas de César. Las noticias de que Pompeyo había conseguido embarcar rumbo a Dyrrachium, ciudad situada en la costa de Epiro, en Macedonia, al otro lado del Adriático, volaron por todo el territorio

romano.

Con su marcha, Pompeyo logró lo que a él más le interesaba, que aquella guerra, por la que aún no se había derramado una sola gota de sangre, saliese de las fronteras italianas. Mientras, César aprovechó para tomar el control de Roma, ciudad a la que llegó tras ser recibido con entusiasmo en casi todas las poblaciones por las que pasaba, y donde dejó bien atados los cabos de su gobierno. En menos de un mes nombró a Marco Emilio Lépido *praefectus urbi*, su representante en la ciudad; a Marco Antonio, comandante en jefe de las tropas italianas; al hijo de su fallecido amigo Craso y a Cayo Antonio, hermano de Marco, encargados de frenar un posible ataque de los enemigos por tierra desde la Galia Cisalpina e Ilírico, respectivamente; Publio Cornelio Dolabela y Hortensio debían acantonar toda una flota en el Adriático y en el Tirreno, respectivamente, para frenar un posible bloqueo de alimentos a Italia por mar; y su amigo, el tribuno de la plebe Cayo Escribonio Curión, recibió el encargo de ocupar militarmente Sicilia y África con la ayuda de cuatro legiones. En cuanto César dejó bien cerrados todos estos asuntos, esenciales para él, y conocedor de la marcha hacia oriente de Pompeyo, decidió dar media vuelta y regresar a Hispania para luchar allí contra el ejército de su enemigo. Hispania se convirtió así en escenario de la guerra civil.

A pesar del control total que Pompeyo ejercía sobre esta región, tanto Ulterior como Citerior, a través de sus tres legados, César confió en la posibilidad de encontrar más ayuda que su contrario en este territorio con el apoyo de toda la clientela que había conseguido allí durante las magistraturas desempeñadas en años anteriores. Emprendió su viaje en *aprilis* y finalmente logró pisar territorio Hispano a finales de *quinctilis*, acompañado por un nutrido grupo de jinetes galos y por nueve legiones. Tres de ellas pertenecían a su legado Fabio y procedían de la Galia Narbonense; tres legiones más eran de Trebonio, acuarteladas en los valles de los ríos Saona y Ródano durante el invierno anterior, tras someter a Massilia a un asedio después de que la ciudad se manifestase neutral en el conflicto civil; las tres últimas legiones eran suyas propias, aquellas que le habían acompañado en su campaña italiana: la VIII, la XII y la XIII. Así pues, aquellas nueve legiones se dispusieron a terminar con las siete del bando pompeyano que en aquel momento estaban en Hispania bajo las órdenes de Afranio, Petreyo y Varrón. Cuatro de estas siete legiones eran ya veteranas en las artes de la guerra, sin embargo, su número se había visto seriamente mermado tras las campañas contra los vacceos algunos años atrás, por lo que tuvieron que verse completadas con nuevos reclutas. Además de aquel contratiempo, el alistamiento de las otras tres legiones fue también reciente, dos de ellos en Italia y uno, el de la *Vernácula*, en la propia Hispania. Sin embargo, a pesar de todas estas nuevas y apresuradas incorporaciones, aquellas siete legiones estaban fuertemente complementadas con suficientes fuerzas auxiliares, compuestas por infantería y caballería de lusitanos,

celtíberos, cántabros y de otros pueblos del norte de la península.

Varrón, que se instaló en Corduba a comienzos de febrero como gobernador de la Hispania Ulterior, contaba con dos legiones y treinta y dos cohortes más de refuerzo, dos de ellas *cohortes colonicae*, es decir, acantonadas en Corduba y formadas por ciudadanos romanos de la propia colonia. Ambas se encontraban dispuestas a recibir órdenes, aunque inactivas a la llegada de Varrón.

—Traigo novedades —dijo mi padre a mi abuelo mientras se despojaba de su toga y entraba a la sala de estar.

Aquel era un día espléndido de primavera. Por la mañana, después de acudir como cada día a la academia militar, había acompañado a mi madre a hacer unos recados. Cuando regresamos a casa, saqué del *tablmum* mis rollos de contabilidad y algunas tablillas de cera para retomar mis tareas pendientes en el jardín del peristilo mientras escuchaba de fondo el típico ajetreo de criados organizando la comida y poniendo en orden todas las cosas propias del hogar. Casi a la hora del almuerzo llegó mi abuelo, dispuesto a estar un rato con nosotros a la espera de la llegada de mi padre que, como casi cada día en los últimos meses, había acudido a una reunión ordinaria en la curia. Cuando el hambre ya apretaba nuestros estómagos, mi madre mandó a Belonio traer un aperitivo a la sala.

—¡Ya lo creo que debes traerlas porque yo también tengo algo importante que anunciaros! —contestó mi abuelo recostado en el respaldo de un canapé sin apenas inmutarse por la llegada de su hijo.

—Tú primero, padre —respondió gentilmente mi padre justo antes de besar a mi madre en la mejilla y tomar también asiento.

—De ninguna manera. Cuéntanos todo lo que sepas del avance de César. Después, yo os pondré al día de los asuntos familiares.

—Está bien, padre —mi padre carraspeó antes de continuar hablando y se irguió sobre el canapé en el que se había sentado unos instantes antes—. Como ya sabíamos, César ha cruzado los Pirineos y está en Hispania. Sin embargo, parece que Pompeyo no confiaba en que Afranio, Petreyo y Varrón fueran capaces de frenarlo y ha enviado como lugarteniente a Vibulio Rufo. Su misión es dirigir las operaciones. ¡Hubiera pagado miles de sestercios por ver la cara a esos infames cuando recibieron la noticia! Al parecer, hace ya algún tiempo que Pompeyo ordenó que la mayor parte del ejército y las tropas auxiliares se concentrasen en la Citerior para impedir el paso a César.

—¿Y qué pasa con Varrón y su ejército? —pregunté—. Que sepamos, por aquí no se ha movido nadie.

—Porque aún están en la reserva —me respondió mi padre—. Por ahora ha sido Petreyo quien, muy a su pesar, ha tenido que movilizar sus tropas para sumarse a la barrera que Afranio ya tenía dispuesta en Ilerda, en una colina situada al sur de la ciudad.

—Eso está bien… —afirmó mi abuelo, pensativo—. Mientras más tardemos en darnos cuenta de que estamos metidos de lleno en la guerra, menos sufriremos por ella.

Mi abuelo miraba a mi padre con suma atención. Tanta, que sus palabras consiguieron que se incorporase del respaldo de su canapé y apoyase los codos en sus muslos mientras lo escuchaba. Estábamos acostumbrados a la presencia de un ejército cerca de casa, pero no a que la milicia luchase en una batalla. Sin duda, la contienda había llegado a un momento crucial. Mi padre pidió una tablilla de cera a Belonio y, cuando la tuvo en sus manos, prosiguió con las últimas noticias.

—El ejército de César se estableció al norte de Ilerda, aquí, separado del de Pompeyo por el río Sicoris, un gran afluente del Iberus cuyo caudal baja perpendicular a este que, obviamente, queda algo más al sur, más o menos por aquí —mi padre dibujaba un improvisado mapa en la tablilla con un estilo—. Dicen que eran cinco legiones, ochenta cohortes de infantería auxiliar pesada y ligera y cinco mil jinetes del bando pompeyano contra seis legiones, veinte cohortes de auxiliares de infantería y seis mil jinetes elegidos personalmente por César y procedentes, en su gran mayoría, de pueblos galos. En total, unos setenta mil hombres contra unos cincuenta y seis mil —el rostro de mi padre reflejaba su enorme preocupación.

—Mmmm… Clara ventaja numérica para los pompeyanos —apuntó mi abuelo mientras miraba concentrado el mapa que había dibujado mi padre.

—¿No confías en César, abuelo? —pregunté sin atisbo de sarcasmo, con absoluta sinceridad. Ambos, mi padre y mi abuelo, me miraron. Me sentí obligado a dar una explicación a mi duda razonable—. Quizá él pueda terminar con los pompeyanos de nuestra provincia de una vez por todas, sin que tengan que pisar suelo Ulterior y sin necesidad de más batallas.

—No adelantemos acontecimientos, Marco —me contestó mi abuelo—. Ojalá pueda resolverse todo tal y como planteas aunque, la guerra, con todas sus letras, ya ha estallado.

—César no lo ha tenido nada fácil, aunque él no se caracteriza por rendirse ante la adversidad —prosiguió mi padre—. Al parecer, antes de su llegada, se habían construido dos puentes de madera río arriba para facilitar el abastecimiento a su campamento, pero unas lluvias torrenciales, propias de esta época del año, y mucho más en aquella zona del norte, hicieron crecer tanto el caudal del río que este destruyó uno de los puentes, lo que provocó que dos legiones se vieran aisladas.

—Y las tropas pompeyanas aprovecharon la situación, obviamente —vaticiné.

—Nada más y nada menos que cuatro legiones fue el regalo que enviaron Afranio y Petreyo a los cesarianos.

—¿Cuántos hombres ha perdido César? —preguntó mi abuelo.

—Esa es la buena noticia. Han sido pocos. Se reaccionó a tiempo y se enviaron refuerzos, que llegaron con hora de asustar a los pompeyanos. Ambos bandos han regresado a sus posiciones. Y así están las cosas ahora mismo. Al menos, estas son las últimas noticias que hemos recibido.

—Tendremos que estar pendientes —dijo mi abuelo acariciándose rítmicamente la barbilla—. Cuando César termine con Afranio y Petreyo querrá liquidar también a Varrón y bajará a la Ulterior. Y será en ese momento cuando más necesite de tu ayuda —mi abuelo detuvo su relato, se inclinó hacia delante y comenzó a hablar en un tono considerablemente más bajo de lo que había estado haciendo hasta entonces. Miró a ambos lados y entonces continuó con su exposición—. Tu hermano Marcelo tiene dudas —dijo casi susurrando.

—¿Qué tipo de dudas? —preguntó mi padre en el mismo tono de voz mirando hacia la izquierda y la derecha mientras abría mucho los párpados, arqueando las cejas, en un gesto cómico.

—Dudas sobre quién ganará esta guerra.

—Todos tenemos dudas, padre —sonrió recuperando su tono normal y echándose hacia atrás—. No podemos estar seguros de nada. Confiamos en César y en su buen hacer militar, pero podría ocurrir cualquier cosa.

—No me refiero del todo a eso, Marco… Tiene dudas sobre a qué bando apoyar. Últimamente sus amistades y él han estado moviéndose en el entorno de Varrón. Hace un par de días estuvimos hablando sobre el tema. Él lo elude pero por sus palabras y hechos sé que no está con nosotros por completo.

—No le des mucha importancia por ahora. Vivimos en una época de confusión.

—¿No te preocupa?

—No te voy a negar que sí, pero tampoco demasiado. Ya hablaremos más adelante con él. El centro de la batalla está aún al norte de Hispania. Haré mías las palabras que hace un momento le has dicho tú mismo a Marco, padre: no adelantemos acontecimientos.

Capítulo 4

Tiempos inciertos

Corduba, verano del año 49 a. C.

Las escaramuzas en Ilerda entre ambos bandos no terminaron hasta que César llegó al escenario de los acontecimientos. El general arribó en la zona aledaña a Ilerda dos días después de aquel primer intento de batalla y una de las primeras operaciones que acometió fue reconstruir el puente derruido por el temporal. Después, intentó otro ataque, frustrado por las tropas pompeyanas, que no le respondieron. Por ello, la estrategia de César se articuló en cortar el avituallamiento a las tropas enemigas, separando el campamento pompeyano de la ciudad de Ilerda. Para ello planeó ocupar un pequeño collado entre ambos asentamientos, aunque sus intenciones fueron descubiertas y no pudo acometer sus propósitos. Y como la primavera nunca perdona, volvieron a sucederse lluvias torrenciales. Aquella vez no solo se llevaron por delante los dos puentes construidos río arriba por el ejército popular, sino que afectaron a su campamento, que se vio seriamente dañado por unas inoportunas inundaciones. Afranio y Petreyo se sintieron ganadores y así lo hicieron saber a todos. La falsa noticia llegó hasta nuestros oídos e incluso hasta Roma, donde los senadores que aún se encontraban indecisos entre el bando popular y el de los optimates, se decidieron definitivamente por apoyar a Pompeyo.

Debo reconocer que el desánimo se apoderó de mi familia y de otras tantas en Corduba. Sin embargo, pronto conocimos que César supo una vez más actuar en consecuencia y no rendirse ante las presunciones de su enemigo. Sin dar tregua a sus tropas, mandó reconstruir de nuevo los dos puentes derruidos y hacer uno nuevo, aguas arriba. Mientras, otros miembros del ejército se dedicaron a la construcción de una pequeña flota compuesta por varios barcos de cañas y cuero, gracias a los que conseguirían pasar con facilidad de un lado a otro del río sin tener dependencia de los puentes, cuya utilidad se vio reducida al traslado de provisiones. Durante aquel corto espacio de tiempo, César se dedicó a convencer a los líderes indígenas para que le apoyasen en la batalla que aún estaba por librar. No lo tuvo muy difícil, teniendo en cuenta

que aquellos hombres temían al nombre de Pompeyo más que a la furia de sus dioses desde que este hubiera terminado con Sertorio en aquellas tierras veinte años atrás. El haber apoyado sin tapujos al demócrata Quinto Sertorio en su campaña contra la propia Roma les había salido caro, por lo que, en aquella ocasión, algunos decidieron mantenerse al margen, aunque César logró poner de su parte a iacetanos e ilurgavones, así como a las ciudades de Osca, Calagurris y Tarraco. Aquellos pertenecientes a las tropas auxiliares pompeyanas, oriundos de estas poblaciones, comenzaron a desertar al ver la cantidad ingente de tropas y apoyos que estaba reclutando su enemigo. Y lo hacían en masa.

Afranio y Petreyo notaron cómo su ejército mermaba a gran velocidad y no tuvieron más remedio que alejarse del lugar. Marcharon rápidamente hacia el sur, con la intención de situarse más abajo de la ribera del Iberus, en plena Celtiberia, donde, ahí sí, pensaban encontrar el apoyo de las comunidades locales. Pero el violento caudal que el río llevaba en esos días detuvo sus maniobras. Decidieron entonces levantar un puente a la altura de Octogesa, pero César se abalanzó sobre ellos con cinco legiones en mitad de las operaciones de construcción.

Tras aquel episodio, llegaron más deserciones pompeyanas. Afranio, desesperado por no poder abrirse camino hacia el sur y con un ejército claramente desmembrado, decidió regresar a Ilerda. Para entonces, las tropas de César lo tenían todo cercado y sin posibilidad de aprovisionamiento. No había agua ni alimentos que echarse a la boca y tuvo que capitular. A primeros de *sextilis*, el mismísimo hijo de Afranio acudió a César para ofrecerle la rendición. Este solo pidió paz como única condición para licenciar a las tropas que se le habían enfrentado. Eran cinco legiones, de las que una tercera parte estaba compuesta por hispanos, que pudieron regresar inmediatamente junto a sus familias. La campaña de Ilerda había dado un duro golpe a Pompeyo, aunque aún este no estaba del todo arruinado en Hispania. Quedaba mi tierra, la Ulterior, y su fiel legado Marco Terencio Varrón.

En aquel tiempo, Corduba y el resto de la provincia estaban sumidos en el estupor. Las noticias que nos llegaban desde el norte de Hispania respecto a las victorias pompeyanas y a los posteriores avances de las tropas cesarianas dividieron a la ciudad, como era previsible, en dos bandos. Incluso el propio Varrón se encargaba personalmente de informar públicamente a la ciudadanía sobre su particular versión de los hechos, pregonando las falsas derrotas de César y sus erróneas interpretaciones de la realidad, siempre inclinadas hacia su propio interés, como aquella vez que hizo saber que gran parte del ejército cesariano se había pasado a las filas pompeyanas al mando de Afranio. Al principio reinó la cordura, aunque pronto llegaron los debates callejeros entre los miembros más impetuosos de cada facción. Y de la palabrería a la violencia había una delgada línea que se cruzaba con demasiada facilidad.

Yo no podía quitarme de la cabeza aquella conversación entre mi padre y mi abuelo sobre la lealtad a César de mi tío Marcelo, aunque lo cierto era que ni él ni ningún miembro de su familia se habían visto involucrados en asuntos escabrosos. Me preocupaba especialmente Claudia pero no podía hacer nada más que esperar.

Varrón había empezado a ejecutar su anunciada subida de impuestos mientras obligaba a la clase alta a subvencionar su plan de guerra con nada más y nada menos que dieciocho millones de sestercios, veinte mil libras de plata y ciento veinte mil modios de trigo.

Pasear por la ciudad ya no era tan apacible como unos días atrás. A pesar de la presencia constante de soldados vigilantes a cada esquina, a mis hermanos se les prohibió salir de casa. Calutia iba a hacer la compra siempre acompañada por Belonio y otros esclavos y mi padre y yo regresábamos rápidamente después de nuestros quehaceres sin pararnos absolutamente a nada en las calles aledañas al foro. Al principio pensamos en pasar el verano en *Villa Fertilitas*, como siempre, pero la inestable situación nos persuadió para quedarnos en Corduba, donde no nos faltaría el detalle de las últimas noticias.

La reuniones sociales se convirtieron en tertulias políticas en las que las preferencias por uno y otro bando se hacían más patentes que nunca. Sin embargo, aquellas cenas grupales eran la única válvula de escape en el día a día de una ciudad aparentemente asustada y presa de la violencia callejera.

Una noche, mi padre organizó en casa una velada para animar a Minucio Silón, otro decurión que, por haber defendido con vehemencia su postura cesariana en un debate improvisado en mitad de la calle, había sufrido la confiscación de gran parte de sus bienes. Todos los invitados, incluidos mi tío Marcelo, mi abuelo, Publio y yo, estábamos reunidos en el *triclinium*. Las elevadas y graves voces de los allí presentes salían por la puerta del comedor y las ventanas y retumbaban en el pasillo porticado del peristilo.

—¡Estoy indignado! —gritaba Silón una y otra vez entre sollozos—. ¿Adónde hemos llegado? ¿Quién se ha creído que es este mamarracho de Marco Terencio Varrón?

—Por desgracia, Silón, no sois el único afectado —intentó consolarle Lucio Racilio, otro de los decuriones presentes en la reunión—. La crispación se respira en el ambiente. Marco Terencio está extorsionando a todo aquel que se muestra contrario a su parecer.

—Miradme a mí —dijo con cinismo Arvio—. Vivo en una constante amenaza por Marco Terencio y los suyos. Pero no me preocupo. Al final, será lo que él quiera. Si desea extorsionarnos, robarnos o asesinarnos, lo hará, aunque se preocupará de que todo parezca el cobro de un impuesto legal o el fruto de un accidente.

Paso mi tiempo pensando en cómo esquivarlo más que en cómo hacerle frente.

—El gobernador, legalmente impuesto desde el Senado romano, es Marco Terencio Varrón y él ya avisó de lo que podría ocurrirle a aquellos que desafiasen, de hechos o de palabra, su poder en nuestra provincia —aclaró mi tío Marcelo con voz estentórea, comentario por el que se ganó una gélida mirada de mi abuelo.

—¿Y quién le ha dicho a Marco Terencio que lo que hace está dentro del marco de la legalidad? —preguntó Silón incorporándose de su canapé y alzando la voz.

—Seamos sensatos —intervino de nuevo mi tío—. Marco Terencio puede hacer lo que le plazca. Nadie va a contradecirle. Y en Roma no están las cosas como para preocuparse de lo que hace o deja de hacer un gobernador en la lejana Hispania Ulterior.

—Bueno, bueno… —interrumpió mi abuelo intentando pacificar el ambiente—. Este no es el problema que nos ocupa aquí y ahora. A mí me preocupan más las consecuencias que esto pueda traer a la ciudad. ¿Qué opináis sobre esto, Arvio?

—Opino que Marco Terencio sabe que ya ha estrujado suficiente nuestras arcas —contestó.

—Ha reclutado hombres para fortalecer sus tropas y ha extorsionado a los provinciales hasta la saciedad —intervino de nuevo Racilio—. Ya cuenta con dos legiones completas y treinta cohortes auxiliares. ¡Eso no es cualquier cosa! Es un buen ejército el que tiene a su disposición. Y todo gracias a nosotros. Además, se rumorea que lo que nos ha robado lo está empleando en la construcción de una flota con la que huir en caso de que las cosas se pongan feas.

—Me cuesta creer que esas sean sus verdaderas intenciones —dijo mi abuelo—. Aunque, de otro lado, ¿para qué iba a querer todo el grano y dinero que nos está robando?

—Efectivamente, Marco Terencio ha ordenado construir en Gades e Hispalis varios navíos. Tiene miedo —argumentó mi padre—. Nuestro actual gobernador es un tipo inteligente aunque con claras deficiencias en sus aptitudes militares. Sabe de sobra lo que le espera si Cayo Julio César llega victorioso hasta nuestra provincia. A sus dos legiones, la II y la *Vernácula*, César podría aplastarlas como a gusanos. Marco Terencio ha estado acumulando provisiones y dinero por si tiene que salir corriendo. No va a quedarse a comprobar en su propia carne la clemencia de Cayo Julio.

Tras la brusca interrupción de mi abuelo, mi tío no volvió a intervenir en la conversación, supongo que algo apabullado por la elevada presencia de hombres de César a su alrededor. La tertulia giró una y otra vez sobre lo mismo, incluidos los lamentos de Minucio Silón, que lo había perdido casi todo por su impulsividad e imprudencia.

Justo a la mañana siguiente nos enteramos de cómo se habían desarrollado

los acontecimientos en Ilerda y solo un par de días más tarde, supimos que había llegado al senado de Corduba un edicto oficial de Cayo Julio César mediante el cual convocaba en nuestra ciudad a todas las personalidades representantes de la Ulterior para las *kalendae* de septiembre. Al poco, también conocimos que Varrón, al estar al tanto de las últimas noticias sobre César, y sin tiempo suficiente para poder escapar a pesar de sus tramados planes, había decidido marcharse a Gades con la intención de organizar su resistencia en aquella ciudad. Ordenó trasladar el tesoro y el resto de objetos valiosos del santuario de Hércules a una casa particular de la propia Gades y puso al frente de la plaza a un tal Galonio, en cuya *domus* habilitó un cubículo en el que almacenó todas las armas de la ciudad, tanto las que pertenecían al ente público como al privado. Mientras, el escurridizo legado hacía campaña pronunciando discursos en contra de César en cualquier tribuna que encontrase libre con personas dispuestas a escucharlo. Quizá ya había asimilado que la Ulterior era cesariana cuando, sin haber pisado aún suelo gaditano ordenó trasladar a un islote junto a Gades todas las naves construidas y el grano acumulado y llamó al orden a sus legiones, que aglutinó cerca de él.

Capítulo 5

La cancelación

Corduba, *sextilis* del año 49 a. C.

—El matrimonio con tu prima Claudia debe ser anulado.

Aquellas fueron las palabras con las que mi padre me dio los buenos días en el desayuno posterior a la velada en nuestra casa con varios decuriones de la ciudad. No lo esperaba. Me quedé sin palabras. Claudia y yo ya contábamos los días que quedaban para su dieciocho cumpleaños.

Mi prima y yo estábamos comprometidos desde el verano en el que ella decidió utilizar a mi hermana para hacerme saber sus sentimientos hacia mí. En aquellos días, yo tenía dieciocho años y ella tan solo trece. Pero su edad no resultó un impedimento de peso suficiente para frenar sus deseos. El día en que mi hermana y yo conversamos sobre Claudia en el mercado de hortalizas de Ucubi Marcia volvió a insistirme en el carro de regreso a *Villa Fertilitas*.

—¿Qué le digo a Claudia? —me preguntó—. Ella sabe que yo te iba a contar todo esta mañana.

—No puedo contestarte a esa pregunta. Eres tú la que tienes que dar una respuesta. Piénsalo tú —le repliqué frío y distante.

Marcia calló y miró hacia el otro lado y yo me sentí aliviado. Sin embargo, las cosas no quedaron así. Aquella noche de verano, tras la cena, me retiré a mi cubículo a leer, como hacía cada velada.

I labia refrescado pero yo no me percaté de que la temperatura había bajado más de la cuenta hasta que sentí que el frío me había entumecido los dedos de las manos, cuando ya me encontraba muy relajado en el lecho. La sensación áspera de aquel fresco casi otoñal pudo con la pereza y me levanté con la intención de buscar en la sala de estar alguna manta con la que taparme e intentar dormir algo más confortablemente.

Fuera, todo estaba completamente oscuro. Sin embargo, en el silencio de la noche un ruido extraño, un sollozo quizá, me hizo detenerme en mitad del pórtico del peristilo.

—¿Quién anda ahí? —nadie contestó—. Prótimo, ¿eres tú? —silencio

absoluto. Salí al jardín y me acerqué al lugar por donde me había parecido oír aquel extraño sonido. Mis ojos, que ya se habían acostumbrado a la oscuridad, lograron ver una silueta agachada y envuelta en una manta—. ¿Claudia? ¿Qué haces aquí sola a estas horas?

—Veo las estrellas. Hoy no hay luna y se ven mucho mejor. Más luminosas, más nítidas. ¿Qué haces despierto?

—Tengo frío. Iba a la sala a buscar una manta. ¿Estabas llorando?

—No. Solo estoy un poco resfriada. Y triste, triste porque se acaba el verano. Pronto volveremos a Corduba.

—¿Puedo sentarme? —pedí permiso.

—Claro, ven. Arrópate con mi manta. Es grande, cabemos los dos.

Apenas quise rozarla. Quizá también por miedo a que ella descubriera los rápidos y fuertes latidos de mi corazón. Empecé a temblar, pero no era de frío. Callé por largo rato y solo me decidí a hablar cuando ella reclinó su cabeza sobre mi hombro izquierdo.

—Esta mañana Marcia ha hablado conmigo sobre ti —le dije sin mirarla.

—Tú no le has contestado nada.

—No tenía nada que decirle a ella.

—¿Y acaso a mí sí? —preguntó Claudia levantando su cabeza y mirándome directamente, expectante.

Giré mi rostro también y me encontré con el suyo, lleno de sombras provocadas por la penumbra de la escasa luz que nos acompañaba aquella noche sin luna. La miré a los ojos, azules como el agua del estanque que mi abuela cuidaba a escasos pasos de donde nos encontrábamos. De repente, estos parecían iluminarlo todo. Fue cuando olvidé mis resentimientos. Acerqué el dorso de mi mano a su rostro y acaricié su mejilla con mis dedos. Su piel era suave y, aunque unos prominentes pómulos asomaban dispuestos a despuntar en los próximos meses, sus carrillos aún se mostraban generosos. Todavía era una niña. No quise enturbiar su infancia con un beso robado pero no pude rechazar sus labios, que se acercaron precipitadamente a los míos. Entonces sentí el calor de su delicada boca y, de pronto, ya no sentía frío, sino un ardor interno que me invadió por completo. No supe qué hacer y me retiré. Mi corazón latía con fuerza. Aparté la mirada y vi cómo alguien se marchaba entre las sombras, sin decir nada, a pesar de haber sido testigo mudo de nuestro primer beso. Me levanté, me despedí de Claudia y me dirigí a mi habitación.

A los pocos días regresamos a Corduba y no tuve oportunidad de volver a hablar con ella. A decir verdad, esperaba una reprimenda de mi padre o, peor aún, de mi abuelo, pero nunca nadie comentó nada de aquel episodio.

Una mañana de temperatura agradable pero oscura, con negros nubarrones que anunciaban agua en abundancia, Belonio me sorprendió en el jardín del peristilo mientras yo leía un rollo sobre aritmética.

—Marco, tu padre te reclama en su *tablinum* —dijo.

Levanté la cabeza para saber de qué se trataba aquel requerimiento pero cuando acerté a mirar al criado, Belonio ya se había marchado en dirección a la cocina. Dejé el rollo en el banco de piedra en el que estaba sentado y me dirigí hacia el despacho de mi padre. Abrí la cortina que lo separaba del peristilo y allí lo encontré, concentrado entre decenas de papeles, tablillas de cera y con un *calamus* en su mano derecha, el que mojaba repetidamente en un recipiente lleno de *atramentum*. Aquella caña tallada y terminada en punta con la que mi padre escribía era de uso personal. No dejaba, bajo ningún concepto, que nadie la tocase, ni siquiera para admirarla. Decía que al garabatear con ella modificaríamos el trazo limpio y sutil de su caligrafía. Nadie nunca se atrevió a comprobar si aquello era del todo cierto.

Carraspeé con la intención de sacar a mi padre de aquel submundo burocrático en el que andaba metido y por fin reaccionó.

—¡Ah, Marco! Pasa, hijo, pasa… —dijo mientras dejaba su *calamus* sobre la mesa y se levantaba para acercarse a mí—. Siéntate.

Me invitó a acomodarme en una *sella* que había a este lado de la mesa. Él, al contrario de lo que yo pensé que haría, atrajo hacia mí un diminuto canapé que había pegado a la pared, junto a un gran armario lleno de rollos y otros documentos archivados, y se sentó en él.

—Bien, Marco… —comenzó algo meditabundo—. No sé muy bien por dónde empezar —me sonrió—. Ya cumpliste los dieciocho. Hace ya algunos meses que la *bulla* no cuelga de tu cuello y que luces la *toga virilis*, signo de tu nueva condición. Ya no eres un niño, hijo, y entiendo que, como hombre, puedas tener necesidades y sentimientos algo diferentes a lo que hasta ahora acostumbrabas.

Yo miraba atónito a mi padre. No entendía a dónde quería llegar o qué quería decirme. Sin que yo apuntara una sola palabra, y tras un breve descanso, prosiguió.

—El abuelo y yo hemos estado dándole muchas vueltas. Quizá sea el momento de buscar una esposa para ti. Un compromiso con el que pronto puedas culminar tus propósitos como hombre y un futuro matrimonio con el que poder contribuir con una generación más a la grandeza de nuestra familia, los Claudio Marcelo. Sabemos el cariño que Claudia y tú os tenéis. Por ello, hemos sopesado mucho tu abuelo y yo si un matrimonio entre ambos sería lo más beneficioso para la familia —mi corazón comenzó a latir precipitadamente—. Sois primos hermanos pero, con vuestra unión, se preservaría el patrimonio familiar. Así que, finalmente, decidimos hablar con tu tío Marcelo y él ha aceptado. Solo nos queda saber qué opinas tú.

—Padre, yo… amo a Claudia —sentí un tremendo rubor en mi piel. El calor de la vergüenza me obnubiló hasta la vista. Bajé la cabeza.

—¡Eso está bien, muchacho! —exclamó mi padre mientras reía a

carcajadas—. Sellaremos el compromiso lo antes posible. ¿Qué te parece?

—Padre, Claudia tiene solo catorce años —señalé. Era un detalle importante. No me podía casar con una niña.

—Vaya, Marco, veo que estás en todo —comenzó a explicarme. Estaba claro que él y mi abuelo ya habían pensado en ello—. Concertaremos vuestro compromiso y cerraremos el tema de la dote de Claudia, pero el matrimonio no se hará efectivo hasta que ella no cumpla los dieciocho. Demos tiempo a que crezca la última estaca que plantamos de nuestro olivo de *Villa Fertilitas*. Tendréis un precioso árbol que cuidar. Cuando lo observéis, pensad que él es vuestro matrimonio, una unión que hay que mimar cada día.

Así fue como se cerró aquel acuerdo matrimonial que mi padre rompió dos mes antes de que Claudia cumpliese los dieciocho, justo el año que Julio César cruzó el Rubicón. No le gustó la actitud de mi tío Marcelo ante los avatares políticos. Después de las palabras de mi abuelo, no vio del todo claro que el padre de mi prometida fuese a actuar en contra del bando de los únicos que mi padre consideraba en posesión de la verdad. Él se encargó de todo, lo que enfrió seriamente las relaciones con su hermano.

Al final, Claudia y yo pagamos las consecuencias rompiendo nuestro compromiso justo antes del programado y deseado enlace. Y ni siquiera tuvimos oportunidad de vernos. Aquello no se lo pude perdonar a mi padre, aunque aún no me había dado cuenta de lo enrevesada que podía llegar a ser su mente cuando las cosas no salían tal y como él las tenía pensadas.

Capítulo 6

La visita de César

Corduba, septiembre del año 49 a. C.

Los días de *sextilis* pasaron rápido y, como estaba previsto, Corduba permaneció expectante ante la llegada de Cayo Julio César en las *kalendae* de septiembre. La primera jornada de aquel mes prometía ser todo un espectáculo. La ciudad se engalanó para la ocasión como hacía tiempo que no se veía. El verano, prácticamente encima —las estaciones, por aquel año, aún no estaban del todo acordes con los meses—, hacía que el calor apretase desde temprano, aunque aquel nimio detalle no restó ni un ápice de interés a los miles de cordubenses que llenaban las calles de la ciudad, el foro y los aledaños a la puerta sur, por donde iba a llegar el héroe del momento, el gran Cayo Julio César, después de atravesar el puente sobre el río Baetis. El aire festivo se respiraba en cada esquina. En mi casa, el ambiente también era jubiloso. Mi padre, decurión de alto rango en el senado de Corduba, con varias magistraturas a sus espaldas que ya habían supuesto importantes ascensos en su *cursus honorum*, fue el elegido para recibir a César a las puertas de la ciudad, mientras que el resto de magistrados de otras ciudades de la provincia y decuriones aguardaban su llegada en la curia. Aquella mañana, mi padre lucía su *toga praetexta* más radiante que nunca. Él sabía que su rango social no fue solo lo que motivó que el senado local lo eligiera como decurión responsable de recibir a Julio César. Por todos era conocido el matrimonio del cónsul Cayo Claudio Marcelo, perdonado por el propio César tras oponerse a sus intereses antes de las *kalendae* de enero, cuando aún era cónsul, con la sobrina nieta del general, Octavia. Era uno de nuestros patronos en Roma, lo que también facilitó que yo tuviera la oportunidad de ser uno de los cuatro afortunados que dirigiesen al gran general desde la puerta sur de Corduba hasta la plaza pública. Por ello, aquel día yo también lucía mi toga, aunque en mi caso era de tipo *virilis*, la que me correspondía por edad y categoría. Blanca y pura, pulcramente acicalada por Calutia y cariñosamente colocada por mi madre.

El orgullo y la felicidad que mi padre sentía por ser él quien recibiese al

gran hombre del momento consiguió transmitirla a toda la familia. Mi madre había ordenado preparar una cena especial para aquella noche. Yo, dolido aún por la repentina cancelación de mi esperado matrimonio, y sin haber podido aún hablar con Claudia en persona, intentaba no mostrar toda la alegría que sentía por la labor tan especial que tenía que ejercer en aquel día histórico. Me sentía emocionado por tener la posibilidad de volver a estar junto al gran César. Tantas cosas había oído sobre sus gestiones políticas en Roma, de sus conquistas en las Galias, de sus aventuras amorosas… César era ya un personaje histórico, y no podía creer que fuera a verlo cara a cara aquel mismo día.

Mi padre y yo salimos con tiempo suficiente de casa. Cuando atravesamos el umbral de la puerta ya notamos que el ambiente era muy distinto al de días atrás. El sosiego de nuestra calle, en el norte de la ciudad, contrastaba con el bullicio de las zonas de alrededor del foro. Corduba había retomado la tranquilidad perdida semanas atrás, cuando el conflicto civil había vivido sus horas más tensas en Hispania. La sonrisa en el rostro de los ciudadanos se hacía patente a cada paso. Nuestro camino nos llevó hasta el *kardo maximus*, a través del que nos adentramos en el *vicus forensis*. Por allí, los tenderos, las amas de casa y los niños nos saludaban al pasar. Corduba estaba radiante y dispuesta a aclamar al gran Julio César.

Al poco alcanzamos el foro. La gran plaza porticada estaba adornada con guirnaldas de flores, que colgaban entre las columnas. Los empleados públicos habían colocado arbitrariamente grandes jardineras en las que se plantaron flores que daban un bello toque de color al recinto, aunque la enorme multitud apenas dejaba ver los adornos. Por los canales que discurrían junto al pórtico aun corría el agua recogida después de haber regado la tierra apisonada que conformaba el suelo de la plaza para que no se levantase demasiado polvo en aquella mañana de primavera avanzada. Todo estaba preparado para la gran cita.

Mi padre se detuvo delante del edificio de la curia y me pidió que esperase fuera un momento. Cuando salió, después de comprobar que todo y todos estaban preparados para la gran visita, continuamos nuestro camino por el *kardo maximus*, rumbo a la puerta sur de la ciudad. El bullicio y el griterío subían de tono cuanto más nos acercábamos a la muralla. Yo sentía como si todo un ejército de hormigas recorriese mi estómago. Comencé a sentir el fuerte y rápido latido de mi corazón. Mi sonrisa era cada vez más forzada. Me estaba poniendo nervioso.

—¿Te ocurre algo, Marco? —me preguntó mi padre entre dientes mientras caminábamos, sin bajar la cabeza, borrar la sonrisa y dejar de saludar con la mano—. No te preocupes por nada. Hoy solo tienes que disfrutar. Vas a asistir a un hecho histórico. Tras esta jornada, Corduba va a estar donde merece, en el lado del vencedor de la guerra civil. Y mañana, Cayo Julio César

sabrá recompensarnos por ello. Tranquilo, hijo.

Me giré hacia mi padre y sonreí lacónicamente, aunque él no se volvió para devolverme la mirada. Quizá la frialdad que había mostrado durante todo el día fue suficiente para que se percatase del desagrado con el que caminaba junto a él.

Dejé de pensar en mi padre y sus cuadriculados planes de futuro y me centré en la verdadera emoción que sentía por conocer al hombre más grande de Roma, al gran conquistador. Decían de él que era un hombre alto, de pelo canoso que antaño fue rubio, de ojos claros y nariz de gran porte. Las habladurías aseguraban que su piel estaba curtida por el paso de los años y los largos días de sol y frío pasados a la intemperie y que su cuerpo, increíblemente musculado a pesar de sus 51 años, parecía estar hecho de hierro. ¡Cuántas veces había imaginado la figura de César!

La multitud se agolpaba a las afueras de las murallas de Corduba, a la espera de la llegada del general. Algunos danzarines organizaron improvisadas coreografías al son de la música, que animaba el ambiente. Los comerciantes aprovecharon aquella explosión de júbilo y colocaron tenderetes portátiles estratégicamente apoyados en la muralla y a la salida de la ciudad, flanqueando la vía de entrada. La gente comía, bebía y bailaba pero, sobre todo, reía.

El jubiloso ambiente solo se vio interrumpido cuando, a lo lejos, por el puente sobre el Baetis, se divisaron los primeros caballos. Cuando aquella masa en movimiento estuvo lo suficientemente cerca, por fin pudimos ver que era el propio César quien se abría paso subido a lomos de un espléndido y elegante corcel de color blanco. Vestía su uniforme militar, con coraza dorada, en la que lucía en relieve escenas de batallas mitológicas. Sobre la túnica, una faldilla hecha a base de tiras de cuero tachonadas con botones también dorados y, sobre los hombros, una capa de color escarlata que lo elevaba en rango por encima de todos los demás. Mi fantasía no hacía justicia a lo que César era en realidad. Aquel hombre superaba mis expectativas. Su apariencia era aún más majestuosa de lo que nunca hubiera imaginado. Había llegado a Corduba el vencedor de Ilerda, el conquistador de las Galias, el hombre por el que suspiraban las mujeres y aquel cuya posición envidiaban todos los hombres.

La ingente muchedumbre fue silenciándose a la vez que los sonidos de las pisadas de la caballería se hacían más evidentes. Cuando César detuvo su caballo, al frente de una escolta compuesta por seiscientos jinetes y dos legiones, Corduba ya había enmudecido a la espera de oír las primeras palabras del general.

—Bienvenido a Corduba, Cayo Julio César —dijo mi padre con voz grave y total solemnidad—. La ciudad te felicita por las últimas victorias conseguidas y te acogen a ti y a tu ejército con los brazos abiertos.

Un murmullo, que poco a poco fue subiendo de tono, daba a entender que

no todo el mundo estaba de acuerdo con aquellas declaraciones. César paseó la mirada entre las personas allí congregadas sin mover la cabeza, la que mantenía hacía atrás, con la barbilla ligeramente levantada. Su elevada y ronca voz acalló pronto el rumor.

—Gracias, Marco Claudio Marcelo —respondió el general todavía subido a lomos de su caballo, haciendo gala de una excelente memoria al llamar a mi padre por su nombre completo—. Es un placer que una colonia de la categoría de Corduba nos brinde, a mí y a mi ejército, este recibimiento. Sin duda, nos sentiremos como en casa durante las jornadas que pasemos en esta tierra.

—Los magistrados de la provincia y los decuriones locales os esperan en la curia. Estos cuatro jóvenes centinelas dirigirán vuestro camino hasta el foro. Por favor, seguidlos —le invitó mi padre.

Otros tres jóvenes togados y yo abríamos la comitiva, seguidos por el mismísimo Cayo Julio César y una reducida corte, también a caballo, que le servía de escolta personal. La impresión que pudo causarle a César la llegada a la puerta sur de la ciudad no debió ser nada comparado con el calor recibido cuando atravesó el arco de la puerta de la muralla. Una vez dentro, Corduba explotó de color y alegría. Por aquellos días, las fondas y posadas estaban llenas a rebosar. El edicto de César convocando aquella reunión en mi ciudad había provocado tanta expectación que prácticamente ningún romano de la Ulterior quiso perderse la cita. Por las calles, las mujeres y los niños vitoreaban el nombre del general y tiraban pétalos de flores a su paso mientras él saludaba con la mano. El Senado acordó de cara a aquella jornada lavar y pintar las fachadas de las casas, por lo que las *domus* y los edificios públicos lucían como nunca, adornados con macetas de flor que el erario público había subvencionado para engalanar aún más si cabe el camino que iba a recorrer Julio César. Los comercios hicieron más ventas que nunca y no daban abasto a suministrar todo lo que ciudadanos y visitantes les solicitaban, especialmente bebidas, como agua y vino, ya que el calor apretaba a esa hora de la mañana.

Casi a punto de franquear la puerta sur del foro pude distinguir la figura de Claudia entre la multitud. Ella, seria y bella como nunca, no apartó su mirada de la mía. Yo sentí como si un puñal se clavase en el centro de mi corazón. Por un momento me abstraje de los gritos de la gente, de los aplausos que adornaban la comitiva del general. Por un instante me trasladé a *Villa Fertilitas*, me situé en su jardín y me arropé de nuevo bajo la manta de Claudia, en la noche de nuestro primer beso. Volví a soñar tenerla entre mis brazos. El empujón del joven que llevaba detrás me sacó de mi letargo. Pestañeé y, cuando quise buscar sus azules ojos de nuevo, Claudia ya no estaba allí. Miré hacia delante y no la encontré. Quise salir corriendo tras ella pero no me quedaba otra que continuar con mi camino.

Cuando la lenta comitiva llegó al foro, comprobé que allí no cabía un alma. Yo seguía buscando inconscientemente a Claudia. Pero ella no volvió a

aparecer por ningún lado. El gran espacio rectangular, de cuatrocientos cuarenta por doscientos veinte pies, estaba completamente abarrotado de hombres togados que se habían quedado sin sitio en la curia. A pesar de ello, cuando atravesamos el pórtico y entramos en la gran plaza pública, el gentío se abrió y, tal y como sucedió a la llegada del general a la puerta sur, el ambiente enmudeció en señal de respeto a la presencia del gran julio César. Una vez en el centro de la plaza, César descabalgó y nos hizo una señal para que continuásemos caminando hacia la curia. La muchedumbre togada nos dejó un estrecho pasillo por el que pasamos los cuatro centinelas hasta la misma puerta de la curia, donde le flanqueamos la entrada al general. Allí lo esperaban los dos duunviros en ejercicio. Por el rabillo del ojo pude ver cómo mi padre entraba en el edificio para ocupar su plaza antes de que César entrase. Para ello debió salir de la comitiva justo a la entrada a Corduba y callejear hasta alcanzar el foro por el *decumanus maximus* antes que nosotros, asunto no muy complicado gracias al lento ritmo que llevábamos por los saludos y el gentío, que nos dificultaba continuamente el avance.

Cuando César y los duunviros subieron la escalinata de acceso y entraron en el edificio, el silencio se rompió en el foro y un intenso murmullo fue subiendo de tono. Tan solo unos instantes después, el general salió de la curia seguido por el resto de decuriones locales y las otras personalidades de la provincia que ocupaban su lugar en el interior. Mientras César se colocaba en la tribuna situada en la parte derecha del edificio, al mismo nivel de este, los miembros del senado local y las demás magistraturas que estaban en el interior fueron ocupando la plataforma de acceso a la curia y toda la escalinata. Julio César iba a hablar para todo el pueblo, no solo para los altos magistrados y nobles de la provincia.

—Estimados ciudadanos de la provincia Hispania Ulterior —hizo una parada para esperar a que todo el mundo estuviese en silencio antes de continuar—: Roma está en guerra. Hoy me hubiese gustado decir que la contienda está acabada. Pero no puedo hacerlo —César hablaba con un elevado tono de voz para hacerse escuchar hasta en el último rincón del enorme foro—. Sin embargo, ciudadanos, tenemos buenas noticias. Gracias a vuestra calurosa bienvenida, he confirmado mis augurios. Corduba y el resto de la provincia Hispania Ulterior están de nuestro lado.

Un grupo de hombres, situado en una de las esquinas de la plaza comenzó a vitorear el nombre del general, gesto al que se sumaron el resto de asistentes. César tuvo que alzar sus brazos para aplacar a la multitud y poder proseguir con su discurso.

—Ciudadanos de la Ulterior —comenzó otra vez con una amplia sonrisa —: necesito vuestra ayuda. Nada de esto está siendo fácil para mí. Sí, hasta el momento la suerte ha estado de nuestro lado, pero hay que seguir trabajándosela. Como sabéis, Cneo Pompeyo ha huido de Italia y mi deber es

derrotarlo. Aunque él no está solo. Si hiciera falta, lo perseguiría hasta los confines del mundo con tal de garantizar la seguridad de todo el pueblo romano. Pero antes, considero fundamental dejar zanjados algunos asuntos en esta provincia —hizo una breve pausa para tomar aire, salió de la tribuna y comenzó a pasear por el podio de acceso a la curia—. Lucio Afranio y Marco Petreyo ya han pasado a la historia. Los hemos derrotado. Sus ejércitos han sido licenciados, aunque una buena parte de sus filas se han pasado a las nuestras. El único legado pompeyano que queda en toda Hispania es Marco Terencio Varrón, el actual gobernador de esta provincia. Según me han informado, no hace mucho que se ha dado a la fuga en dirección a Gades, aunque desconocemos cuál es su paradero real. Es por ello que, por ahora, solo os voy a pedir que le cerréis a este las puertas de vuestras ciudades, sin ni siquiera brindarle la oportunidad de parlamentar. De Varrón y sus hombres me encargaré yo personalmente —dejó de pasear y se colocó en el centro de podio—. Si estáis conmigo, si estáis conmigo, ciudadanos de la Ulterior —vociferó—, haced oídos sordos a sus lamentos. Soy consciente de que es una situación difícil la que vais a vivir en las próximas jornadas, aunque os prometo, ciudadanos de la provincia Hispania Ulterior, que no os arrepentiréis de hacer ese pequeño esfuerzo por Cayo Julio César. En compensación, prometo devolver hasta el último sestercio extorsionado por vuestro gobernador y duplicar los modios de trigo entregados a su causa —la gente comenzó a murmurar de nuevo—. No dudéis, ciudadanos de la Ulterior, de que yo acabaré con la resistencia pompeyana. ¡No dudéis de que vamos a ganar esta guerra! —gritó con el puño derecho levantado. Tras una pausa, prosiguió —. En cuarenta días, y tan solo librando unas cuantas escaramuzas, hemos conseguido que dos gobernadores cuyas legiones se estaban pasando en masa a nuestro ejército claudicasen ante mí. No me siento en disposición de prometer que no vaya a haber luchas, aunque os comunico mi deseo de que esta guerra se siga desarrollando en líneas pacíficas —César interrumpió de nuevo su discurso para tomar aire. Levantó el brazo derecho, señalando con el dedo índice hacia el sur—. Ahí afuera está mi tribuno Quinto Casio Longino, hombre de mi extrema confianza, a cuyo cargo he dejado dos legiones completas. ¡Serán suficientes para acabar con Varrón y los suyos! Aquí ya no hay más pompeyanos que ellos y están sumidos en una profunda depresión provocada por la soledad en la que se ven envueltos. Ya nos les queda nadie en esta península. ¡En Hispania solo está César! ¡Hispania es de César! —gritó casi desgañitándose.

La gente rompió el silencio con más vítores. El foro se convirtió en una algarabía. Yo sonreía y sonreía sin poder creer que estuviera siendo testigo de todo aquello. Cuando las lágrimas de emoción estuvieron a punto de aflorar por mis ojos, los empujones que algunos hombres daban a mi alrededor me hicieron reaccionar. Julio César ya no pudo calmar aquella exaltación. Los

magistrados y nobles, arremolinados entre la entrada y la escalinata de la curia, aplaudían al general al tiempo que comentaban alegres el magnífico discurso que César les había ofrecido. No hizo falta que el gran hombre hablase en privado con ninguno de ellos, ni siquiera se sintieron molestos cuando este decidió parlamentar para todo el pueblo y no solo para los hombres de las élites provinciales. César lo había conseguido. No quedaba ninguna duda de que Corduba y la Ulterior eran suyas. Su impenetrable talante y su exultante carisma habían obrado el milagro.

Capítulo 7

La rendición de Varrón

Último trimestre del año 49 a. C.

Efectivamente, la provincia Ulterior actuó conforme a lo acordado con Cayo Julio César en aquella calurosa mañana del mes de septiembre. Carmo, ciudad varias millas al oeste de Corduba, expulsó fuera de sus murallas a las tres cohortes que Varrón había instalado allí como guarnición. Corduba, por su parte, se blindó gracias a la ayuda de las dos cohortes prometidas por César, las que proporcionaron suficientes centinelas de vigilancia en las torres de nuestra muralla. Varrón poco pudo hacer más que continuar con su huida en dirección a Gades junto a los pocos hombres leales que aún le quedaban. Sin embargo, y antes de que hubiese puesto pie en aquella ciudad, el legado pompeyano recibió una carta de los máximos responsables públicos de la localidad. En ella se le anunciaban que habían invitado a Galonio a abandonar la ciudad de manera pacífica, bajo amenaza de expulsión violenta si se negaba a ello, poniendo en bandeja la plaza a César. También Gades había claudicado.

Conocidas aquellas últimas noticias, la legión *Vernácula*, una de las dos que aún acompañaban a Varrón en su causa, lo abandonó en mitad del camino, dejándolo también en la estacada. Con esas, el legado cambió de rumbo y se dirigió a Hispalis, ciudad que sí lo acogió y donde se asentó momentáneamente. Perdido y, probablemente consciente de que no tenía más lugar que aquel a dónde ir, intentó sin éxito buscar aliados por la zona. En medio de la nada y sin apoyos, no le quedó más remedio que rendirse ante César, entregándole a este lo poco que le quedaba. La claudicación tuvo lugar en Corduba, en un acto solemne en el foro de la ciudad, a las puertas de la basílica.

Aquel día, Corduba estaba tomada por el ejército cesariano. Había soldados vigilando las calles, apostados en las columnas el pórtico del foro, centinelas en las plazas y vigías en todas las torres de la muralla. Además, varias cohortes de legionarios flanqueaban cada una de las puertas de entrada a

la ciudad. Varrón, procedente de Itálica, entró a Corduba por la puerta occidental. Lo acompañaba un exiguo y maltrecho ejército que, además de entregarle las armas a los soldados de César, tuvo que quedarse fuera, sin poder entrar. Varrón, escoltado por lictores de la guardia personal de César, anduvo por las calles de Corduba con la cabeza gacha entre el silencio y las miradas de reproche de las gentes que encontraba a su paso. No iba a ser aquel el mejor día de su vida. A pesar de que el acceso más cercano al foro era por el lado sur, la guardia condujo a Varrón dando un rodeo hasta alcanzar el lado septentrional y así asegurar una entrada fastuosa por el lado norte, a la vista de todas las miradas curiosas que se habían congregado en la plaza pública y sus alrededores. Una vez atravesado del pórtico, Varrón se encontró ya en el foro con una doble hilera de decuriones y soldados que le flanquearon el paso hasta su llegada ante César, que lo esperaba al final del improvisado pasillo humano, subido sobre la escalinata de acceso a la basílica, vestido con su uniforme de general. Cordubenses y civiles de toda la provincia llenaban el resto del espacio. Publio y yo conseguimos hacernos un hueco junto a la curia, por detrás de una de las filas de decuriones, donde sufrimos empelladas y pisotones de otros curiosos que estaban a nuestro alrededor.

El silencio era tal que las pisadas de Varrón bien podrían haberse oído fuera del foro. Nadie decía nada, nadie movía un solo dedo. Ni siquiera el viento se atrevía a molestar en aquella calurosa y soleada mañana de verano. Nada. Solo se escuchaban los pasos lentos y rítmicos de Varrón y su escolta. Uno tras otro. Más de ciento veinte conté hasta que la guardia se detuvo justo antes de alcanzar la escalinata de la basílica. Entonces, la escolta se abrió, dejando a Varrón ante César. Solo.

—Levanta la cabeza, Marco Terencio Varrón —le espetó César en tono altivo desde el último de los escalones. Tras él se erigía aquel edificio monumental, abierto a la plaza a través de grandes columnas. Con su posición ante la majestuosa estructura, César logró sus propósitos, que no eran otros que enaltecer aún más su figura—. La Ulterior te ha cerrado las puertas de todas sus ciudades, aunque sigues teniendo una legión a tu disposición. Es el momento de tomar una decisión. ¿Quieres luchar por tu causa o, por el contrario, deseas rendirte ante mí?

Varrón alzó lentamente la cabeza y buscó con la mirada a César. Con un hilo de voz comunicó sus intenciones.

—Mis soldados y yo…

—¡Más alto! —gritó César interrumpiendo a Varrón en un arranque de genio que estremeció a los presentes—. Todos deben oírte, legado — refiriéndose a él de este modo, César se mostraba cortés y refrendaba el respeto que tenía hacia su detenido, un soldado de altura y un senador de renombre en Roma, a pesar de batallar en el bando opuesto al suyo.

—Mis soldados y yo —repitió en un tono mucho más audible— hemos

venido a tu presencia con la finalidad de claudicar —tragó saliva antes de continuar—. Cayo Julio César, ahora te pertenecemos. Si así lo deseas, mi ejército es tuyo, así como nuestras provisiones, armas y dinero.

—No has podido tomar mejor medida, Marco Terencio —asintió César con voz grave, haciendo un esfuerzo para que sus palabras llegasen a todos los congregados en la plaza—. No te quepa la menor duda de que no solo me conformaré con vuestra rendición. Tus hombres pasarán a mi bando y haré acopio de todos los bienes confiscados. Aquellos que se recaudaron legítimamente pasarán a mi poder para su futura administración. Por el contrario, aquellos que fueron arrancados de sus dueños sin el menor atisbo de legalidad serán devueltos uno a uno hasta el último sestercio, modio de trigo o trozo de tierra. Desde este momento —continuó dirigiéndose al público presente—, la provincia Ulterior y el resto de Hispania dejarán de ser escenario de guerra. ¡Pompeyo ha perdido todos sus apoyos a este lado de Roma!

El foro de Corduba rompió en vítores y aclamaciones. César tuvo que esperar antes de poder continuar.

—Ya ves, Marco Terencio, que hoy no me bastará con vuestra simple claudicación y traspaso de materiales y recursos. Soy consciente de la necesidad que tuviste de recaudar fondos para tu resistencia. Sé que has expropiado bienes inmuebles, que los has apropiado indebidamente de los ahorros personales de algunas de las familias de la provincia, cobrando altos e injustos impuestos. Para aceptar tu sumisión, es mi deber exigirte la promesa de devolución de todos y cada uno de los bienes confiscados indiscriminada e ilegalmente a los ciudadanos de la provincia.

Varrón, sorprendido por aquella interpelación, volvió a agachar la cabeza y confirmar, con voz queda, que así lo haría. De nuevo el silencio de la plaza se vio roto con ovaciones y aplausos, que calmaron, una vez más, las manos alzadas de César desde lo alto de la escalinata. Pero ya solo quedaba la despedida, tras la cual, el griterío inundó de nuevo la plaza.

El júbilo cundió por el resto de la ciudad, que pronto celebraba en las tabernas las bondades de César y su buen hacer. Varrón se marchó a Roma escoltado por varios hombres del general con la promesa de que, desde ese momento, dejaría la política a un lado y se dedicaría única y exclusivamente a cultivar sus dotes literarias. César, por su parte, se quedó unos días más en Corduba, en la *domus* que ocupaba hasta la fecha el propio Varrón cuando moraba allí. Fueron días de intenso trabajo para poner en orden la situación de la provincia Ulterior antes de marcharse con destino a Roma, donde su presencia comenzaba a ser una necesidad flagrante.

Dos días después de la rendición de Varrón, mi padre organizó en casa una cena que tuvo como invitado especial al propio César, a quien deseábamos cumplimentar.

Mi madre y Calutia prepararon cariñosamente el *triclinium* con todo lujo de detalles. Como iba a haber numerosos invitados, se eliminaron las mesas centrales y se colocaron varias auxiliares, mientras que los canapés se arrinconaron en la pared con la idea de dejar el espacio central lo más amplio posible. No iba a ser aquella una cena de acuciante formalidad por el elevado número de invitados, pero sí se iban a disfrutar los mejores manjares de nuestra tierra trabajados por uno de los más experimentados cocineros de la Ulterior. Para la ocasión, mis padres contrataron a Vitorio, un romano con una fama más que merecida en temas culinarios que viajó desde Hispalis para la ocasión. Aquella intrusión no fue del agrado de Calutia, la cocinera oficial de mi casa en aquellos días, pero la ocasión bien merecía brindar a los invitados algo diferente y especial.

El menú, servido por Belonio y otros criados en bandejas de plata, comenzó con unos sabrosos aperitivos elaborados a base de huevo duro aderezado con una salsa de dátiles, rebanadas con paté de aceitunas y ostras al natural con limón como opción. También se sirvieron alcaparras y queso con frutos secos. En las mesas había, además, más bandejas con cangrejos y almejas gigantes junto a varias salsas con las que acompañarlos y pan, cocido aquella misma tarde en el horno de casa. Como plato principal se presentaron varios conejos asados, servidos con deliciosas salsas, algunas dulces, elaboradas con miel, y otras a partir de aceite de oliva, pimienta, cilantro y apio. Los olores dulces de las salsas se mezclaron con aquellos secos de los asados colmando toda la casa de un aroma festivo que abría el apetito. Los postres tampoco defraudaron a nadie. Buñuelos de queso, pastel de melocotón, y varios tipos de queso con miel.

Los hombres, ciudadanos romanos todos ellos, acudieron a la cita ataviados con toga, mientras que las mujeres escogieron sus mejores galas y las más vistosas de sus joyas, luciendo espectaculares maquillajes y peinados hechos a base de sofisticados recogidos, mezcla de pelo natural y postizo y grandes trenzas.

Nada se había dejado al azar aquella noche en mi casa. Mi madre y Marcia corrían de una habitación a otra con sus esclavas particulares intentando colocarles una horquilla en el pelo o anudarle un lazo para entallar el vestido. Los criados colocaron tantas luces que el vestíbulo, el atrio y el peristilo de la *domus* familiar parecían más iluminados que cuando el sol lucía en lo más alto del cielo. Había pedestales con flores en cada esquina y el comedor estaba adornado con girnaldas y pequeños ramilletes de flores silvestres sueltos en las mesas y canapés. Había, además, varios esclavos que sujetaban vasijas llenas de agua y pétalos de flores naturales, dispuestos a lavar con ellas las manos de los invitados. Estos fueron llegando poco a poco antes de la hora nona, momento en el que se les había citado.

Como era de esperar, el último en hacer su aparición fue Cayo Julio César.

Llegó acompañado de una pequeña escolta personal, que aguardó en el vestíbulo, y de su legado, Quinto Casio Longino. Aquella noche se le veía más relajado, incluso sonriente, aspecto que al menos yo no conocía de él, ya que hasta aquella fecha siempre lo había visto en actos oficiales y altamente solemnes.

Mi padre hizo de anfitrión y fue presentando a César y su legado al resto de invitados. Dejó para el final a mi familia.

—Bienvenidos a nuestra casa —saludó cortésmente mi madre.

—Es un placer conoceros por fin —nos dijo César con una amplia sonrisa —. Paulina, has organizado una velada fantástica. Agradezco tu hospitalidad —César giró la mirada y la dirigió hacia mí—. Marco Claudio, te recuerdo. Tú fuiste uno de los centinelas que me condujo hasta el foro en las *kalendae* de septiembre. Gracias por tu servicio.

—Es un placer que estés en nuestra casa, señor —acerté a decir.

—¿Y tú, joven? ¿Cuántos años tienes? —preguntó dirigiéndose a mi hermano Quinto.

—Acabo de cumplir quince, señor —dijo Quinto sonrojándose y tocando con su mano la *bulla*, claramente amilanado por su presencia.

—¡Vaya, muchacho! Aparentas más edad —dijo César entre risas—. Te iba a proponer en este mismo instante que te vinieses conmigo a las milicias —bromeó—. Este chico tiene buena pinta.

—No es fácil encontrar a alguien tan apuesto —apuntó dirigiendo la mirada a mi padre.

—Habrá que esperar un poco aún, mi general, para hacer de Quinto Claudio todo un soldado —intervino mi padre en tono distendido mirando con orgullo al pequeño de sus hijos—. Aunque no dudes de que, cuando haga falta, esta familia estará de tu lado.

—Agradezco enormemente tus palabras, Marco Claudio —dijo antes de volver a dirigirse a Quinto—. ¿Sabías que tengo un sobrino más o menos de tu edad? Me recuerdas a él. Tenéis cierto parecido. Será por la estatura o porque ambos sois rubios y tan delgados como una estaca. Él también parece algo mayor de lo que en realidad es. Se llama Cayo Octavio Turino. Espero poder presentártelo algún día.

—Me encantaría conocerlo, señor —contestó Quinto.

—Cayo Julio —interrumpió mi padre—, no creas que no me he percatado de que aún no has probado bocado. Acompáñame, me gustaría que probases el paté de aceitunas. Es una de nuestras exquisiteces…

Y mi padre y César desaparecieron después de que el general de generales se despidiese amablemente de nosotros haciendo un gesto con el rostro. No volví a cruzar una palabra con él en toda la velada. Sin embargo, no podía quitarle ojo de encima. Su actitud serena y la candidez que demostraba a la hora de expresarse y comer con las manos, a la vez que sostenía la

conversación, me tenía fascinado.

—¡Ey, Marco! ¡Sal de tu letargo! —me sorprendió Publio golpeándome la espalda—. Ven con nosotros al jardín. La noche está agradable. ¿No estás cansado de estar aquí metido?

No me apetecía salir fuera. No quería apartar la vista de César. Además, Claudia no había aparecido por casa. Tampoco lo había hecho el tío Marcelo. No sabía muy bien por qué sí había acudido Publio, pero este, aprovechando mi absurdo ensimismamiento, me sacó de la sala casi a empujones. Una vez en el pórtico del peristilo, reaccioné.

—¡Ni que César fuera la mujer de tus sueños! ¿Se puede saber qué te ha dado para que lo mires así? —preguntó Publio entre risas.

—Oh, nada… —contesté—. Simplemente, me parece increíble que el hombre del que todo el mundo habla en los últimos tiempos esté esta noche cenando en mi casa.

Publio estaba acompañado por Philo, el hijo de un ciudadano de Itálica que visitaba aquellos días Corduba, y Vetio, hijo de otro de los decuriones de Corduba. Publio y ellos intercambiaron miradas y sonrisas cómplices mientras se sentaban en una de las balaustradas que daban al jardín. A pesar de que era tarde y algunos de los invitados habían regresado a sus casas, el *triclinium* seguía al completo y había pequeños grupos de hombres repartidos por todo el peristilo.

—No deberías admirarlo tanto —comentó Philo.

—Dicen que no va a ganar la guerra y que tan solo es un rebelde como Quinto Sertorio. Y ya sabes cómo terminó, apuñalado por los suyos —añadió Vetio.

—Ssssh —le espetó Publio mientras le daba un codazo a su amigo—. No es este el lugar más apropiado para hablar de Sertorio y de su fracaso… Esto está lleno *de populares* —dijo casi susurrando.

—¿Qué os pasa? —pregunté algo asombrado. En ese momento recordé aquella conversación con mi abuelo en la que nos desveló las supuestas inclinaciones políticas de mi tío Marcelo. Los últimos acontecimientos me habían absorbido por completo y no había pensado en otra cosa más que en César y en sus días en Corduba. Decidí no perder el tiempo y pregunté directamente—. ¿Vosotros no estáis con César?

—Yo, personalmente, dudo de sus intenciones —dijo Philo en voz baja mientras miraba a Publio buscando su aprobación, por lo que se llevó otro codazo.

—¿De qué intenciones hablas? Echa un vistazo a esta nueva Corduba. Nada tiene que ver con la ciudad en la que se había convertido gracias a Marco Terencio. Ese es un motivo más que suficiente para apoyar a César en todo —afirmé.

—Qué ciego estás —interpeló Publio mientras saltaba del murete hasta el

suelo—, pero dejemos el tema. ¿A qué te dedicas por las tardes? Ahora que todo parece haber vuelto a la normalidad, Philo, Vetio y yo regresaremos a la academia militar. Echo de menos el manejo de las armas y los ejercicios sobre los caballos. Vente con nosotros.

—Sí, no estaría de más refrescar la memoria táctica. Me parece interesante, aunque llevo un tiempo ayudando en casa con tareas administrativas. En cualquier caso, lo hablaré con mi padre. No creo que sea difícil convencerlo.

En contra de lo que yo pensaba, no solo no me costó convencer a mi padre sobre mi regreso a la academia militar, sino que fue él mismo quien me lo propuso algunos días después de la cena en casa con Julio César, justo antes del último discurso que este ofreció aquel año en Corduba.

Aquella vez, el general volvió a agradecer el apoyo prestado por los locales en su gesta hispana, nombrando una a una las localidades que le brindaron apoyo, como Carmo, Gades o la propia Corduba. También anunció que el nuevo gobernador que tendría nuestra provincia sería el propio Quinto Casio Longino, al que le asignó cuatro legiones, las dos que pertenecieron a Varrón, la II y la *Vernácula*, y otras dos reclutadas en Italia poco tiempo antes, la XXI y la XXX. Tras aquello, y seis días antes de las *kalendae* de octubre, Julio César emprendió su viaje de regreso a Roma. César marchó primero hacia Gades, donde restituyó el tesoro del santuario de Hércules, devolvió todos los bienes y armas confiscadas por Varrón en la casa de Galonio y elevó a la ciudad a la categoría de municipio romano, recibiendo sus habitantes así el pleno derecho de ciudadanía como premio a su lealtad. Allí mismo, y con las naves que Varrón tenía preparadas para su huida, embarcó rumbo a Tarraco, puerto que alcanzó en las *kalendae* de noviembre entre el abrazo de la multitud, que lo esperaba ansiosa. Una vez allí, emprendió el viaje por tierra, circulando por la antigua calzada costera, fuera ya de la península. Pasando por Narbo llegó hasta Massilia, donde conoció que su amigo, el pretor Marco Emilio Lépido, había promulgado una ley que lo nombraba dictador.

En Corduba, por fin todo parecía volver a la normalidad. Yo me enfrasqué de nuevo en mis gestiones administrativas y retomé mi formación en la academia militar junto a Publio y el resto de compañeros. Junto a ellos me adentré en el ambiente castrense y amplié mis conocimientos sobre el arte de la guerra, algo que no estaba de más, teniendo en cuenta la inestable situación de Roma y sus provincias en aquellos años.

Capítulo 8

El compromiso de Marcia

Corduba, diciembre del año 49 a. C.

Mi padre había insistido vehementemente en que nos reuniésemos todos en casa. Él no lo reconocía pero claramente deseaba comunicarnos algo. Así que, cuando mi abuelo rehusó la invitación por haberle surgido otro compromiso, mi padre tuvo que confesar que deseaba hacernos partícipes de algo importante y trascendente y que no debíamos faltar ninguno de la familia. Para ello, eligió la noche que supimos que César se había convertido en dictador. Nos encontrábamos todos acomodados en el *triclinium*, cenando animadamente, cuando mi padre carraspeó varias veces y comenzó a hablar de manera distendida aunque concisa y tajante.

—Como sabéis, parece que lo peor ya ha pasado, y la mejor forma de celebrarlo es que esta familia continúe su camino. Tenemos varios asuntos pendientes por resolver y es el momento de comenzar a hacerlo —sus palabras acapararon la atención de todos los comensales. Allí estaban mis abuelos, mi madre y todos nosotros—. He estado cavilando acerca de todas estas cuestiones y la mayoría ya han sido consultadas con el abuelo —prosiguió después de buscar en su padre una mirada de aprobación—. Y empezaremos por lo más inmediato —hizo una parada para incorporarse del canapé—. Voy a presentarme a las elecciones como candidato a duunviro —sonrió, esperando el beneplácito del resto de la familia.

—¡Oh querido, eso es fantástico! —mi madre dio un pequeño respingo en su *sella* y alargó su brazo derecho hasta tocar con los dedos la mano de mi padre, reclinado en frente de ella, para felicitarlo ante la orgullosa mirada de mi abuelo. Sé que ella lo hubiera abrazado e incluso besado si aquellas formas hubieran estado aprobadas dentro de la estricta educación que se le suponía a una familia de categoría como la nuestra.

—Enhorabuena, hijo —lo felicitó mi abuela—, aunque no veo la necesidad de seguir trabajando para los demás cuando tenéis tanto que hacer en casa. Yo siempre le decía a tu padre…

—Madre… no es momento de reprimendas —le interrumpió cariñosamente mi padre mientras le guiñaba un ojo. Luego, se volvió hacia donde estábamos mis hermanos y yo—. ¿Y qué les parece la noticia a mis hijos?

—Padre, felicidades, te auguro un gran segundo *duumvirato* —dijo mi hermana Marcia mientras Quinto y ella se levantaban para besar a mi padre.

—Saldrás elegido, sin ningún género de dudas, padre —vaticiné—. Tu fama ha subido como la espuma en estos días gracias a César —me alegré sinceramente. Lejos quedaron mis rencores por haberme separado de la mujer que yo más deseaba, aunque en ese momento de felicidad familiar volvieron a mí los recuerdos y sentí como una daga clavada en mi pecho.

—Gracias, hijos. Tienes razón, Marco, en pensar que la visita que Julio César nos ha propinado en los últimos meses una buena dosis de fama, así que… —mi padre miró de nuevo con complicidad a mi abuelo— hemos pensado que lo mejor es aprovechar este tirón mediático y que comiences el año que viene a subir peldaños en tu *cursus honorum* —abrí los ojos muy sorprendido. Era demasiado joven para empezar, ya que hasta los 30 no era adecuado inmiscuirse en temas políticos. Mi perplejidad debió inducir a mi padre a dar una explicación—. Es decir, César y yo creemos que es buen momento para darte un cargo de responsabilidad. La última palabra la tendrá el gobernador pero es más que probable que te conviertas en el futuro cuestor de Hispania Ulterior.

—Padre… solo tengo veintidós años —espeté algo abrumado aunque feliz por el voto de confianza—. ¡Y ni siquiera vivimos en Roma!

—No habrá problema en eso —me respondió riendo—. Todo quedó resuelto con César en su última visita y contamos con la ayuda de tu abuelo Paulino, que sí se encuentra allí. Existen las excepciones y todos sabemos que hay situaciones especiales en las que el Senado abre la mano. Y esta será una de ellas. Tienes mucha experiencia acumulada en la contabilidad de nuestras fincas. Estoy seguro que sabrás llevar las cuentas de Hispania Ulterior a la perfección.

—¿Qué dices? ¿Aceptas el reto? —me preguntó mi abuelo, aunque yo seguía sin reaccionar—. ¡Vamos, Marco! Di algo. Trabajarás para Quinto Casio Longino y contarás con todo nuestro apoyo y con el de tu familia romana. Llevamos meses intercambiándonos correo con Paulino y él se ha mostrado de acuerdo en todo momento. Piensa que esta es una gran oportunidad para ti y que, dados los tiempos convulsos que estamos atravesando los hispanos, César valorará muy positivamente el trabajo de un joven tan fiel a su causa como tú.

Me sentí tremendamente presionado. Todas estaban pendientes de mí. Noté en mi madre una mirada ilusionada. Marcia tenía unidas sus manos junto a su pecho y apretaba sus dientes mientras movía nerviosa sus piernas, lo

que hacía vibrar a todo su cuerpo. Quinto me sonreía con orgullo. Tragué saliva, miré hacia el suelo, pensé en cómo responder y levanté la cabeza, bien alta, para contestar.

—Confío en vosotros y en vuestro parecer. Si así lo estimáis oportuno, me presentaré a las elecciones de cuestor para el año próximo —dije.

El comedor de mi casa se convirtió en una fiesta. Todos se levantaron para abrazarme y besarme. Mi madre incluso lloraba de la emoción. Yo no podía creer que todo aquello me estuviera pasando a mí. Entraba en mis planes, por supuesto que sí, pero más a largo plazo, cuando tuviese cumplidos los treinta, como ordenaban los cánones. Con mi abuela todavía colgada de mi cuello, vi aparecer por la puerta del comedor a Calutia, con una prenda bien doblada en sus manos. Mi padre corrió hacia ella y la cogió para echarla sobre mis hombros. Era una *toga candida*, blanca como la nieve, la que usaban los candidatos a cualquier magistratura el día de las elecciones. Mi abuelo y mis padre insistieron en ponérmela. Me sentía como una novia el día de su boda. Todos corrían a mi alrededor y me besaban a la mínima oportunidad. Las bromas y las risas se prolongaron durante un rato más. Cuando el ambiente se calmó un poco, mi padre aprovechó para comunicar la última y más impactante de las noticias de aquella noche.

—Y —carraspeó de nuevo—, para poner el colofón a una velada tan especial, me gustaría preguntarle a mi bellísima hija Marcia si le gustaría contraer matrimonio.

—¡Padre! —exclamó mi hermana, mirándolo sonrojada.

—Ya tienes casi veinte años y quizá hayamos dejado demasiado de lado aquello de buscarte un marido. Espero que sepas disculparme pero últimamente ha habido demasiado revuelo y no hemos tenido tiempo de ocuparnos de las cosas verdaderamente importantes —explicó.

—Me encantaría casarme, padre —respondió mi hermana, algo avergonzada por sentirse tan protagonista.

Yo adoraba a Marcia. Era mi hermana menor por lo que, desde muy pequeño, sentía una necesidad casi irracional por protegerla. Siempre fue una niña delicada, inocente y con gran facilidad para relacionarse con los demás. Curiosa por naturaleza, siempre daba conversación a cualquier persona invitada a casa. Era cariñosa, amable, dispuesta y soñadora, además de bella. Su cabello castaño se enredaba en rizos abiertos y definidos que ella solía recoger con un pasador a la altura de la nuca, dejando que su melena suelta cayese cadenciosa por la espalda. Sus ojos, del color de la miel, destellaban continuamente, haciendo juego con su delicada y fina sonrisa, dibujada bajo una nariz respingona y graciosa, que daba el toque de candidez al rostro más bello que yo había visto en mi vida. En aquel entonces contaba con diecinueve años, toda una mujer más que preparada para llevar su propia vida, tal y como había aprendido de la mano de la mejor de las matronas, mi madre. Aquel

anuncio de mi padre cayó sobre mí como un jarro de agua fría. Supongo que nadie quería perder el cariño de mi hermana, pero yo iba a su sufrir su falta en primera persona. ¿Qué iba a ser de las dulces horas de conversación con ella? ¿Y de sus abrazos y besos? No pude evitar sentirme celoso.

—Bien, si es así, me complace comunicarte que tu madre y yo habíamos pensado en que Lucio Racilio podría ser un buen candidato.

—¿Lo conozco, padre? —preguntó ella.

—Es el hijo de nuestro amigo Lucio Racilio, un decurión bien posicionado —contestó mi abuelo—. ¿Qué te parece?

—Si vosotros pensáis que es el adecuado, estoy segura de que a mí también me lo parecerá —dijo tímidamente Marcia, sumisa pero feliz.

—Nuestra decisión cuenta con la bendición de tu abuelo —intervino mi madre—. Yo lo conocí no hace mucho, en una velada organizada en la *domus* de Racilio. Creo que es un buen muchacho y muy guapo —añadió guiñándole un ojo a mi hermana.

—No se hable más —dijo mi padre—. Mañana mismo me entrevistaré con Lucio Racilio y le propondré el matrimonio.

—Tu olivo, hija, está casi preparado —señaló emocionado mi abuelo.

Cuando mis abuelos se hubieron marchado a su propia *domus* en aquella noche de finales de verano, y mis padres y Quinto descasaban ya en sus habitaciones, Marcia y yo aprovechamos para retomar una de nuestras relajadas charlas en el jardín del peristilo de casa. Hacía fresco pero estar juntos y hablar de nuestras cosas sin más compañía que la de nosotros mismos se había convertido en una rutina deliciosa y adictiva. Y aquella noche teníamos mucho de lo que hablar.

—Vaya, vaya, Marco… así que cuestor —me dijo mientras rodeaba uno de los bancos y se tumbaba en él.

—Eso aún está por ver. Tengo que salir elegido —respondí sentado encima de la fuente del jardín—. Lo que sí parece más inmediato es tu boda.

—Ni siquiera lo sabe el novio —dijo ella entre risas—. No creo que sea algo inminente.

—Te voy a echar de menos.

—No te va a dar tiempo. Vas a estar muy ocupado.

—Posiblemente pero, aún así, te echaré de menos.

—Vamos, Marco… no me mudo de ciudad. Podremos vernos siempre que queramos. Yo también te voy a hacer en falta.

—¿Estás nerviosa?

—¿Por qué?

—Por conocer a tu futuro marido. No sabes cómo será.

—Prefiero no pensarlo. ¿Qué más da cómo sea si él es mi destino? Sabes mejor que nadie cómo me han educado padre y madre. Sabía que este momento llegaría, más tarde o más temprano, aunque no creas que no estoy

algo preocupada, pero no me queda otra que aceptar. Las mujeres romanas sabemos cuáles son nuestros derechos y cuáles nuestras obligaciones. Solo espero que lleguemos a enamorarnos y tengamos una convivencia feliz.

—Y si yo me enterase de que él no te trata como mereces…

—¡Oh, Marco! —me interrumpió—. ¡No pienses en eso! Estoy segura de que Lucio Racilio va a ser un marido ejemplar. Ya lo has oído, madre lo conoce y da su bendición. A mí me inquieta más pensar cómo te vas a desenvolver tú en tu nuevo puesto —comenzó a reír—. Tan jovencito… No te imagino rodeado de tanto vejestorio intentando pronunciar un discurso.

Marcia reía abiertamente. Yo también lo hacía. El año siguiente iba a ser crucial, los dos lo sabíamos. Nos quedamos un rato más en el jardín, disfrutando del aire fresco que ya corría a esas horas y de la presencia mutua. Aquella fue la noche en la que ambos nos topamos de bruces con la realidad. De repente, nos dimos cuenta de que ya éramos adultos y de que no íbamos a pasar el resto de nuestra vida juntos. Los dos habíamos sido siempre un apoyo fundamental para el otro. La noticia de su boda fue para mí un regalo agridulce. Marcia se había hecho mayor. No pude evitar sentirme nostálgico y, por supuesto, recordar a Claudia.

Capítulo 9

Un día de campo

Corduba, abril del año 48 a. C.

César llegó a Roma a finales de año investido como dictador, aunque él mismo depuso sus funciones antes de que acabase diciembre para poder ser nombrado cónsul electo. Cuando se marchó de Corduba, dejó un ambiente tranquilo y reposado que se interrumpió bruscamente cuando las familias de nobles provinciales nos vimos de nuevo inmersas en una vorágine de extorsión y exigencias por parte, esta vez, de Quinto Casio Longino. Desde luego, la actitud del nuevo gobernador cesariano no era la que esperábamos. Casio era un viejo conocido en la provincia, ya que ocupó la magistratura cuestora bajo las órdenes de Pompeyo años atrás, cuando este fue nombrado gobernador de las dos Hispanias, por ello nadie encontraba explicación alguna a su actitud déspota y arbitraria. Decían algunos que aquello podía deberse a una falta de acuerdo o descontento por su nombramiento, cuya frustración terminó pagando con todo el pueblo. Pero me costaba verlo así porque en Corduba, y en el resto de la provincia, lo admitimos como a uno más y le brindamos la mejor de las acogidas.

A sus habituales tareas judiciales, como corresponde a todo procónsul, Casio sumó otras algo más displicentes. No fue un gobernador de despacho, sino militar, por lo que no dudó, durante sus primeros meses como gobernador provincial, plantarle cara a los lusitanos de Medobrega que se habían atrincherado en el monte Herminius con la finalidad de enzarzarse contra nosotros, los romanos. Aquello fue una simple excusa para sacar las armas a pasear, ya que estos guerreros lusitanos se fortificaron en un lugar más que alejado de la frontera de nuestra provincia, Hispania Ulterior. Era indudable que Casio buscaba con aquello inflar su ego y su bolsillo, objetivo que, de alguna manera, consiguió. De aquella batalla vino aclamado como *imperator* por su tropa, a la que pagó varias recompensas.

La malas lenguas decían que Casio entregó hasta cien sestercios a cada soldado, aunque la realidad es que nadie, ni siquiera Publio y otros conocidos

como Philo o Vetio, presentes en aquella batalla, pudieron o quisieron confirmarlo nunca. Sin embargo, los pagos que el gobernador prometiera o regalase a sus soldados no era la cuestión que más desasosiego nos producía. La duda que reconcomía a todos los cordubenses era saber de dónde iba a sacar Casio el dinero para el elevado nivel de vida que llevaba. La respuesta la teníamos delante de nuestras narices, pero nadie se atrevía ni tan siquiera a mentarla.

Cuando la sombra de Varrón apenas había salido de nuestras fronteras, otro gobernador despiadado estaba explotando a las gentes de mi tierra. Aquello no era justo. César había devuelto las propiedades y otros bienes a sus legítimos dueños pero, aunque también prometió la devolución del dinero saqueado, aquel trámite no fue tan fácil y rápido de resolver. Muchos de los hombres extorsionados por Varrón repitieron experiencia con Casio, lo que los dejó al borde de la ruina. La buena noticia para ellos fue que el gobernador no quería tierras ni casas. Él solo deseaba dinero y hombres. Oro y plata con los que calmar sus ansias de poder y soldados fuertes y valientes con los que alcanzar sus metas políticas y militares.

De nuevo, nos tocó de cerca la tragedia. Mi abuelo, mi tío y mi padre, como otros tantos nobles conocidos de Corduba, tuvieron que hacer grandes donaciones a la causa del gobernador. Incluso Publio se vio obligado a salir a hacer aquella caprichosa campaña contra los lusitanos, formando parte de la quinta legión que Casio organizó para sumarla a las cuatro que ya le había dejado César en la provincia. Yo me libré de aquel alistamiento por mera casualidad, ya que las elecciones a las magistraturas locales tuvieron lugar días antes del reclutamiento de tropas para dicha campaña. Finalmente fui elegido cuestor, por lo que el primer paso en mi recién estrenado *cursus honorum* lo resolví a una edad quizá demasiado temprana, aunque en el momento más oportuno.

La batalla de las milicias de Casio contra los lusitanos fue una escaramuza apenas sin importancia. Así que, a pesar de que la gran mayoría de las fuerzas se quedaron en tierras lusitanas, más concretamente en Medobrega, después de haber tomado aquella plaza, Publio, Vetio, Philo y otros legionarios, compañeros de la academia militar, estuvieron más o menos pronto de vuelta en casa. Muchos hijos de decuriones regresaron con la categoría de tribunos militares y con los bolsillos más abultados de lo que les correspondía por tiempo y rango. Lo de los cien sestercios a cada soldado era un secreto a voces. Nadie lo confirmaba, pero todos lo sospechábamos.

A su vuelta, Casio se instaló en la gran *domus* pública de la ciudad y dio permiso a los soldados que tuviesen familia en Corduba para dormir en casa mientras no hubiera batallas que librar. El resto, quedaron acuartelados para pasar el invierno en el campamento fortificado apostado a las afueras de Corduba, dedicando el tiempo al entrenamiento y a la convivencia militar,

asunto que el gobernador dejó en manos de los legados y estos, en manos de sus hombres de confianza, dando como resultado una espantada de soldados con los bolsillos llenos y una estrepitosa merma en la disciplina. Las tabernas y prostíbulos hicieron más negocio que nunca, tanto, que se abrieron incluso nuevos locales donde antes había otros establecimientos, como verdulerías, carpinterías o tiendas de alfombras y de objetos de decoración. Nadie de mi familia, ni siquiera yo, una mente más joven y algo más relajada que la de mi padre y abuelo, vimos bien aquel gesto tan permisivo por parte de Casio hacia sus hombres.

—El ejército siempre ha sido el ejército —se lamentaba mi padre—. Los soldados deben convivir entre los suyos, sufriendo las incomodidades del campamento. ¿O acaso es que Casio piensa facilitarles un hogar en cualquiera de los destinos de guerra a los que acuda con sus hombres?

—Bien saben los dioses que me alegro del regreso de mi nieto Publio pero es inconcebible que un gobernador otorgue días libres a sus soldados y les permita vivir fuera de la fortificación —replicaba mi abuelo—. Hijo, los tiempos quizá hayan cambiado, aunque me temo que esto no traerá más que problemas para Casio y… para todos —auguró.

Una mañana primaveral, Publio se presentó en mi casa vestido de civil. Mi primo era un tipo inteligente, de fuertes convicciones y buena complexión, quizá heredada de familia, algo de lo que yo, desde luego, no me había beneficiado. De la misma altura que él aunque algo más enclenque debido a la falta de entrenamiento, a veces me arrugaba ante su presencia. Publio tenía el cabello negro y la tez morena. Sus ojos llamaban la atención. Eran de color verde intenso y se abrían enormes bajo unas cejas densamente pobladas. Una nariz fina y algo respingona servía de antesala a una boca grande de labios carnosos que solía mantener cerrada debido a la extraña colocación de sus dientes, que se apiñaban unos contra otros, asunto que lo mantenía acomplejado desde la infancia. Era por ello raro ver sonreír a Publio abiertamente. Para mostrar su alegría, él solo levantaba un poco las comisuras de los labios.

—¡Marco! Vístete, rápido. Hace un día estupendo. Nos vamos a la sierra —dijo mientras entraba en mi habitación y soltaba una saca llena de cachibaches encima de mi lecho—. Vienen también Vetio, Philo y otros compañeros del campamento. Lo pasaremos bien.

—¿A la sierra? —pregunté para ganar tiempo y así asimilar la repentina invitación—. Te lo agradezco pero tengo que hacer algunas cosas por aquí. Además, mis padres no están en casa…

—¡Oh, venga! Marcia también puede venir —insistió—. Va a ser un gran día. Varios centuriones han dado la jornada libre y hemos organizado este plan de improviso. Nos vamos a la parte más cercana de la sierra. Volveremos antes del anochecer.

—¿A qué viene tanto jaleo, Publio? —Marcia nos había escuchado y acudió a mi habitación.

Publio no tardó mucho en convencer a Marcia.

—Un día de campo… —dijo ella mientras fruncía el ceño y se colocaba una mano en la barbilla—. ¡Me apetece! Marco, vámonos. ¿Qué tenemos que llevar?

—Absolutamente nada —respondió Publio antes de colocar una de sus ensayadas sonrisas—. Llevo de todo: mantas, menaje, comida, agua y vino. ¿Qué más podríamos necesitar? Daos prisa, el carro nos está esperando fuera.

—No creo que sea buena idea —insistí—. Quinto va a querer venir también y yo tengo este montón de papeles… —intenté decir mientras me sacaban de mi habitación a empellones.

No muy convencido, aunque casi obligado por la ilusión de Publio y Marcia, fui a despedirme de Belonio y Calutia. Los dejé a cargo de Quinto, quien no pudo venir al tener programada clase con su pedagogo. Nos despedimos de él prometiéndole que volveríamos antes del anochecer.

Una vez en el carro, ya poco podría hacer para disuadir a Publio, así que intenté disfrutar del día. Tragué saliva y por fin me decidí a sonreír mientras atravesábamos la puerta norte de la ciudad. Cuando prácticamente no me había dado tiempo a acoplarme en mi sitio, Marcia ya estaba hablando con unos y con otros. De pronto, pensé que aquello no había sido tan buena idea. Los desarreglos con el gobernador habían retrasado el anuncio oficial del compromiso de Marcia con Lucio Racilio pero mi hermana ya debía guardar las apariencias. Definitivamente, mis padres no se iban a tomar bien aquella aventura.

Nuestro carro fue el último en llegar al lugar elegido para pasar la jornada y, cuando bajamos, el resto de la excursión ya se había instalado. Había varias mantas en el suelo y cestas de comida repartidas por varios puntos. El vino corría de mano en mano a tal velocidad que había siempre un par de personas esperando turno para llenar su vaso. Otros, colocados bajo un roble algo más alejado, tocaban varios instrumentos, ofreciendo un ambiente musical perfecto para aquel encuentro. El día se tornaba ideal para estar al aire libre. Todavía estábamos en invierno según las estaciones, pero el sol calentaba lo suficiente como para ser una agradable compañía e incluso, en algunos momentos, no estaba de más tener localizada una sombra bajo la que cobijarse.

Efectivamente, a la cita campestre acudieron varios de los soldados compañeros de Publio en el campamento militar. Algunos de ellos regresaron de Medobrega en calidad de tribunos, como Vetio o Philo. También tuve la oportunidad de conocer a algunos más, como a Quinto Pompeyo Niger, un itálico deseoso de campañas militares que lo acercaran a Roma, un sueño muy parecido al mío. A pesar de que las tertulias giraban aleatoriamente sobre cuestiones de lo más variopinto, la política fue el tema más recurrente durante

la jornada. Yo anduve de grupo en grupo, conversando animadamente con unos y con otros pero sin quitarle ojo de encima a Marcia. Había chicos y chicas, todos mezclados entre sí. A pesar de ello, solo conseguí cruzar palabra con ella cuando Publio nos presentó a Indo, el futuro *praefectus equitum* de la legión que Casio Longino había reclutado, a cuyo cargo tenía unos cuatrocientos jinetes. Era un muchacho joven, alto, bien parecido. Lo tenía todo para ser la envidia de cualquier recluta que anduviera por allí aquel día.

—Te he visto muy animada hablando con todos. ¿Lo has pasado bien? —le pregunté mientras volvíamos a casa en el carro, con la tarde ya bastante avanzada.

—¡Oh, sí, Marco! Ha sido un día increíble. Lo mejor ha sido el paseo a caballo con el prefecto de caballería de las tropas de Casio… Indo creo que se llamaba —comentó pensativa—. Sí, Indo.

—No puedo creer que no recuerdes bien el nombre de la persona con la que has pasado la mayor parte del día —le espeté en tono irónico. Ella se sonrojó notablemente a pesar de la oscuridad—. Sí, se llama Indo. Y es un gran jinete, como has tenido a bien comprobar. Además, se maneja bien con las armas. Es una gran adquisición para Roma, un gran militar. Tanto él como gran parte de la caballería de la nueva legión provienen de Ilípula, una ciudad que está muy cerca de Gades. Indo pertenece a la aristocracia local y… —Marcia me interrumpió.

—Y se hicieron clientes de César cuando este visitó su tierra en su estancia como cuestor en nuestra provincia.

—Sí… es justo lo que iba a decir —acerté a indicar. Marcia me dejó prácticamente sin palabras, aunque pronto recobré el sentido—. Indo ha venido al mando de sus propias tropas de caballería. Sin duda, al menos, son hombres de César.

—Espero que tú también te hayas divertido —me dijo Marcia mientras me daba un codazo cariñoso en el costado.

—Oh, sí. Pero te has olvidado completamente de que existía y he tenido que ir a pedirte hasta en tres ocasiones que nos marchásemos a casa —dije para disimular la decepción que había sentido por la ausencia de Claudia, justo la persona que más deseaba haber visto.

—Me lo has pedido cuando aún era de día —ella sonreía sin parar.

—¿Acaso no recuerdas que dijimos que estaríamos en casa antes del anochecer? Es casi de noche y mira dónde estamos. Hemos faltado a nuestra palabra con Quinto. Eso, obviando que padre y madre habrán regresado ya. Ve pensando en las explicaciones que vas a darles.

—Vamos Marco, intenta disfrutar un poco de la vida. Para cuando esté completamente oscuro ya habremos atravesado la puerta de la muralla.

Noté cierta molestia en su tono de voz y decidí dejar la conversación. El resto del camino lo hicimos en silencio. Me tuve que morder la lengua para no

preguntarle más detalles sobre su paseo a caballo con Indo o sobre si aquello lo veía o no correcto de cara a su compromiso con Lucio Racilio. A nuestra llegada a casa, mis padres nos esperaban en el despacho. Fue fácil descubrir que no se habían mostrado conformes con nuestra salida por la cara que puso Belonio cuando nos abrió la puerta.

—¿Dónde habéis estado? —dijo lacónicamente mi padre, sentado en la *sella* de la mesa de su *tablinum*, sin ni siquiera habernos saludado.

Mi madre estaba junto a él, de pie. Estaba tensa.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Ha pasado que no debéis volver a hacer planes sin consultar —dijo mi padre, que comenzaba a alterarse.

—Nos hemos encontrado casualmente con Lucio Racilio y su hijo —interrumpió mi madre mientras tocaba en tono conciliador el hombro de mi padre—. Los hemos invitado a casa para celebrar una primera toma de contacto y…

—¡Y Marcia no estaba aquí! ¡Eso es lo que ha pasado! —gritó mi padre, levantándose de la *sella* y haciendo exagerados aspavientos con las manos. Era la primera vez que lo veía tan nervioso—. ¿Tú sabes cómo nos has hecho quedar? Por no hablar de cómo has quedado tú. Una joven de tu clase, a punto de comprometerse… ¿Qué se te ha pasado por la cabeza para desaparecer así, sin más?

—Esta mañana vino Publio y…

—¿Publio? —la interrumpió mi padre—. ¡Oh, vaya! ¿Ahora es Publio quien decide qué se debe hacer en esta casa? Creía que, a vuestra edad, teníais la cabeza sobre los hombros. Pero veo que no, que aún no sois lo bastante maduros como para saber que el ambiente no está como para que paséis todo un día fuera, y menos con los soldados de Casio. ¡Por todos los dioses! ¿En qué estabais pensando?

—Parte del ejército estaba de descanso y… —intenté volver a excusarme con voz tenue y la cabeza agachada— pensamos que no habría peligro en salir a pasar un día de campo con algunos amigos.

—No creo que haga falta deciros la profunda decepción que hoy me he llevado y la vergüenza que siento ante la familia de Lucio Racilio. Marco, espero que seas capaz de desarrollar con mejor responsabilidad tu labor como cuestor. Marcia, se acabaron las salidas, al menos hasta tu compromiso, si es que, en el mejor de los casos, Lucio Racilio no se ha sentido lo suficientemente ofendido por el episodio de hoy como para no romper vuestro lazo.

—¡Pero padre! —dijo mi hermana con un grito ahogado.

—Marcia, no tengo más que decir —sentenció él.

A mi hermana le brotaron las lágrimas de los ojos nada más salir del *tablinum*.

—¡No es justo, no es justo! —repetía mientras se alejaba por el pórtico camino de su habitación.

Sin dejarme siquiera intentar consolarla, se encerró y no salió ni para la cena. A la mañana siguiente, apareció en la sala de estar cuando mi padre ya había salido de casa.

—Buenos días —saludé—. ¿Más tranquila esta mañana?

—Buenos días, Marco —me respondió.

—Anoche vi demasiadas lágrimas —respiré antes de continuar—. ¿No tendrá todo esto que ver con Indo? —desembuché.

—No sé a qué te refieres, Marco —dijo desviando la mirada y con un súbito color rojo en las mejillas.

De repente, entró Publio en la sala, acompañado por mi madre. La conversación giró en torno a términos banales. Sin embargo, no se escapó a mis ojos un pequeño, aunque inquietante, detalle: mi primo pasó a Marcia un trozo de papiro bien doblado. Desconocía el contenido del mensaje pero me imaginaba quién era el remitente. Ella sonrió mientras lo leía. Aquello no podía estar pasando… Marcia se había enamorado, y no precisamente de su futuro esposo.

Capítulo 10

Adiós a una vida

Corduba, *Villa Fertilitas*, junio del año 48 a. C.

Como ya he hecho alusión en algún momento, y tal y como es de suponer, con la venida del día de año nuevo también llegaron mi investidura como cuestor de la provincia y la de mi padre como duunviro.

Nos había tocado en suerte un tiempo convulso y lleno de incógnitas. Una de nuestras principales labores, además de las propias de nuestros cargos, consistía en saber estar y llamar a la calma y a la tranquilidad solo con nuestra presencia. Después de los últimos acontecimientos, ambos nos encontramos con una situación poco halagüeña. Prácticamente toda la provincia detestaba a Casio. Los ánimos no cargaban necesariamente en contra de César, aunque nadie escondía su indignación por la actitud del gobernador que aquel había designado. Muchos, por tanto, comenzaban a dudar de que César tuviese en realidad buenas intenciones para con nosotros. Constantemente se oían voces críticas. Incluso mi padre se sintió profundamente decepcionado, aunque, fiel a sus principios, se aferró a su entrega por la causa cesariana, a pesar de que ni él mismo era capaz de ofrecer buenas razones por las que seguir luchando por sus ideas.

—No puedo soportar más a Casio. Se ha granjeado la desconfianza de toda la provincia y se ha cargado de un plumazo todo el trabajo que César ha realizado durante años. ¡Este mamarracho debería irse de aquí! —llegó a decir en una ocasión en voz baja y en la intimidad que procuraba el *triclinium* de nuestra casa.

La nefasta administración del gobernador también había conseguido sacar de sus casillas a mi abuelo, aunque, al igual que mi padre, solo en la seguridad que le ofrecía el núcleo familiar más cerrado se atrevía a confesar sus verdaderos pensamientos.

—No llego a entender por qué César no ha hecho ya algo al respecto —respondió mi abuelo a mi padre confirmando que sus sentimientos eran compartidos.

—Padre, César tiene mil frentes abiertos —mi padre intentó suavizar su razonamiento—. Depositó su confianza en Casio y no creo que haya tenido tiempo desde que se marchó para pensar en Hispania Ulterior y en lo que su desgraciado gobernador está haciendo con nosotros.

Era casi de noche y estábamos a punto de cenar. La temperatura era agradable, propia de la primavera recién estrenada, a pesar de que, según el mes en el que nos encontrábamos, el verano hubiera debido estar más que asentado. Mi abuelo, como muchas otras veces, vino a casa a compartir las últimas novedades políticas con nosotros. Aquella iba a ser una noche como otra cualquiera pero, sin que ninguno de nosotros lo esperásemos, cuando estábamos finalizando la velada, alguien aporreó la puerta de la casa. La llamada era incesante. Tanto que mi padre se levantó como un resorte y acudió raudo hacia el atrio. Detrás de él salimos mi abuelo y yo, aunque nos quedamos rezagados en el pórtico del peristilo. En la puerta estaba ya el mayordomo, dispuesto a abrir.

—¡Espera, Belonio! —dijo mi padre casi susurrando—. ¿Quién llama? —preguntó a viva voz.

—Tío Marco, soy Publio —respondió mi primo desde el otro lado de la puerta. Belonio abrió y Publio entró rápido, cerrando el portón tras de sí y apoyándose en él.

—¡Por los dioses, sobrino! ¿Qué haces aquí a estas horas?

Publio respiraba y hablaba de manera entrecortada, aunque, entre jadeo y jadeo conseguimos entender algunas palabras.

—Abuelo, tío Marco —paró para seguir respirando agitadamente—. Hay órdenes —hizo otra parada— de arrasar *Villa Fertilitas*.

—Vamos, muchacho, pasa y siéntate —le dijo mi padre conduciéndolo hacia el *tablinum*.

—Belonio, ilumina. Y trae agua para Publio —ordené al mayordomo.

—Respira, Publio, respira —le insistió mi abuelo.

Mientras mi primo se recomponía, toda la familia se reunió en el despacho de mi padre.

—Muchacho, ¿tú no dormías en casa? —preguntó mi abuelo.

—Hasta hace unos días sí. Pero ahora la cosa anda revuelta y nos han obligado a regresar al campamento.

—Publio, ¿por qué piensas que se dirigen a *Villa Fertilitas*? —quiso saber mi padre.

—Porque tenemos órdenes de saquear una villa de grandes dimensiones, situada al sur de Ucubi. Una finca cuyos dueños la gestionan desde Corduba pero tienen allí centralizado todo el aparato económico. No puede ser otra que *Villa Fertilitas*. ¡Seguro que han estado vigilando a Prótimo!

—¿Cuáles son las órdenes exactamente? —preguntó mi abuelo.

—Buscar dinero, objetos de valor y, una vez desalojado todo, prenderle

fuego. Ya han salido.

—¿Cómo te has escapado del campamento? ¿Te han seguido? —preguntó mi padre.

—Creo que he conseguido escapar sin ser visto. Casio ha recompuesto en estos últimos días la legión a la que pertenezco, además de haber reclutado a miles de jinetes. Con tantas caras nuevas no debe haberse percatado de que yo estaba en el destacamento de soldados a los que ha dado la orden de marchar hacia Ucubi.

—Bien, hijo, no hay tiempo que perder. Salgamos ya hacia *Villa Fertilitas* —dijo mi abuelo—. Publio quédate aquí. No salgas hasta que amanezca, si es que deseas hacerlo. Paulina, cierra bien las puertas y organiza turnos de criados para que nadie intente asaltar esta casa —mi madre se tapó la boca con las manos, muy asustada—. Confiemos en que mi *domus* esté a salvo, no disponemos de tiempo para ir hasta allí a avisar.

—Abuelo —interrumpió Publio—, puedes estar tranquilo. Tu casa no corre peligro. Mi padre está al tanto de todo. Él se quedará allí al cuidado de todos.

—Mejor así —dijo mi abuelo—. Nos vamos. Nosotros mismos cogeremos el carro, Belonio. Dejamos esta casa a buen recaudo.

—Así será, *domine* —aseguró el criado.

De repente pensé en Claudia. Hacía casi un año que no sabía nada de ella. ¿Estaría segura entre los muros de la casa de mi abuelo? ¿Mi tío Marcelo era la persona más adecuada para defender a la familia? Pero tuve que dejarme llevar. *Villa Fertilitas* estaba en peligro. Los soldados de Casio ya habían salido en dirección a Ucubi y llegarían antes del amanecer. Aunque la imagen de Claudia no se borraba de mi cabeza, tuve que desechar cualquier idea que pudiese distraer mi atención de *Villa Fertilitas*. Aquello era mucho más urgente.

—Yo voy con vosotros —dije en mitad de aquel desconcertante momento.

Mi padre abrió la puerta de la casa ayudado por Belonio, que sujetaba una antorcha. Primero atravesó el umbral mi abuelo, después mi padre y, tras ellos, salí yo. Antes de que se cerrase la puerta me giré y vi a mi madre. Se quedó junto a Marcia y Quinto, al que sujetaba los hombros en señal de cobijo. Su cara de preocupación lo decía todo.

—Cuídate, Marco, y cuídalos a ellos también —me dijo con la voz entrecortada. Su gesto me pedía a gritos que no me marchase. Pero no lo dijo. Ella nunca decía lo que no debía decirse en voz alta.

Hubo unos instantes de silencio antes de que yo asintiese con la cabeza y cerrara la puerta. Esperé a que Belonio colocara las trancas de hierro y entonces corrí para subirme al carro que ya habían sacado mi padre y mi abuelo.

El camino a *Villa Fertilitas* se hizo largo y tedioso en plena noche. Pero

hicimos el viaje en tiempo récord. Cuando llegamos, aún no había amanecido pero pudimos observar un grupo caballos, entre diez y doce, a pocos pasos de la entrada principal de la hacienda. El ambiente estaba aparentemente tranquilo. Todo permanecía en silencio, así que mi abuelo recomendó dejar nuestro carro escondido y acercarnos a la casa sin hacer ruido. Era obvio que había alguien dentro, pero no sabíamos qué estaba pasando. Entramos sigilosamente por la gran puerta principal, la única abierta aquella noche. Íbamos armados hasta las cejas con espadas, machetes y varios palos. No sabíamos qué íbamos a encontrarnos, así que preferimos permanecer unidos. No tuvimos que buscar mucho para encontrar los primeros indicios de movimiento. Había varios soldados en el *tablinum*. Tres o cuatro de ellos revolvían papeles y archivos, supongo que buscando dinero o alguna pista sobre dónde estaban los objetos más valiosos de la casa. Regresamos al exterior.

—¿Cómo vamos a pasar sin que nos vean? —susurró mi padre.

—No lo sé. Pero hay que encontrar a Prótimo. ¿Dónde lo tendrán? —se preguntó mi abuelo.

Mientras ellos buscaban soluciones yo vi una ventana entreabierta en la primera planta. Sin pensarlo mucho, me di cuenta de que aquella estrecha apertura era nuestra solución.

—Voy a escalar hasta el piso superior —los interrumpí señalando hacia arriba—. Parece que esa ventana no encaja igual que las demás. Creo que está abierta. Entraré, buscaré a Prótimo y os diré desde allí mismo cómo entrar en la casa.

—Eso es peligroso —argumentó mi padre en un intento de aparcar mi idea.

—No, Marco, tu hijo tiene razón —asintió mi abuelo—. Con lo delgado que es, es el único que podría entrar por esa diminuta apertura. Es nuestra única posibilidad. No hay tiempo para discusiones. ¡Vamos, Marco, sube!

Muerto de miedo pero armado de valor, comencé a escalar la fachada de la villa, buscando, a tientas, casi a oscuras, los salientes de las piedras que la formaban para ir colocando mis pies paso a paso. Más de una vez resbalé perdiendo el equilibrio, aunque finalmente conseguí apoyarme en un canalón de recogida de aguas y empujar una de las hojas de la ventana, que abrió sin dificultad.

Cuando atravesé el alféizar me caí al tropezar con un considerable bulto a la vez que escuchaba un grito ahogado.

—¿Quién anda ahí? —pregunté.

Como respuesta, solo escuché sollozos y llantos lastimeros que provenían de todas las esquinas de la habitación. Todo estaba completamente a oscuras.

—Soy el joven Marco. ¿Quiénes sois? Prótimo, ¿estás aquí?

—No, *domine*. Mi nombre es Cario y soy el encargado de las labores del

campo —al fin alguien se decidió a hablar—. Somos varios de los criados que trabajamos en la finca. No sabemos qué está ocurriendo abajo pero hemos oído entrar a varias personas y gritar a Prótimo. Estamos asustados y nos hemos reunido aquí, aunque no estamos todos.

—¿Y dónde está Prótimo?

—No lo sabemos. Los gritos provenían del jardín pero luego no hemos vuelto a escuchar nada más. Solo sabemos que ellos continúan aquí porque sus caballos no se han movido del sitio. Los vigilamos desde la ventana por la que habéis entrado.

—¿Saben ellos que estáis aquí?

—No lo creo, *domine*. Aunque deben imaginarse que estaremos en alguna parte de la casa.

—Está bien. Seguid así, en silencio. Voy a buscar al mayordomo y a intentar encontrar la fórmula para sacaros de aquí.

El peristilo estaba iluminado. Encontrar a Prótimo iba a ser difícil pero debía ponerme a ello. Todavía en la planta de arriba, examiné desde el corredor casi todos los rincones hasta donde me alcanzaba el ángulo de visión. No había ni rastro de nadie, así que decidí bajar y abrir una de las puertas de atrás de la villa para que pudieran entrar mi padre y mi abuelo y sacar a las decenas de trabajadores aterrados que estaban apiñados en varias de las habitaciones del piso superior.

Bajé las escaleras intentando hacer el menor ruido posible pero, cuando estaba a punto de alcanzar el pórtico del peristilo, un par de soldados salieron del apartamento de mis abuelos, situado justo a mi izquierda. Estaban de espaldas a mí, lo que me brindó la posibilidad de retroceder sin ser visto y subir un par de escalones para ocultarme de nuevo en la penumbra.

—No va a abrir la boca —dijo uno de ellos mientras tiraba algo contra el suelo—. Estamos perdiendo el tiempo. Yo empezaría ya a meterle fuego a todo esto.

—¡Espera! —le reprendió el otro—. ¿Qué prisa tienes? Ya conoces las órdenes. Tenemos toda la noche por delante.

De repente, se escuchó un ruido seco y ambos entraron de nuevo en la casa. Sin haberse dado cuenta, me habían dado valiosísimas informaciones. Ya tenía el plan. Subí de nuevo y me dirigí hacia la misma habitación por la que había entrado. Abrí la ventana, llamé a mi padre y le comuniqué cómo íbamos a proceder. A continuación, fueron los criados quienes escucharon mis instrucciones.

—Entrad a todas las habitaciones de esta planta y comprobad que todos os siguen. Es muy importante que no hagáis ruido —les pedí momentos antes de aquella huida—. Quiero que bajéis todos, uno detrás de otro, por las escaleras de la zona de servicio, en completo silencio. Esperad cerca del pórtico, donde las sombras de la noche aún puedan esconderos. Manteneos unidos y en

absoluto silencio. Yo bajaré por la otra escalera y haré caer algo al suelo para llamar la atención de los soldados. Cuando estén pendientes de mí, dos de vosotros caminaréis lo más discretamente posible, a buen paso, hacia la puerta de entrada principal y la abriréis. Los demás, debéis esperar unos instantes y, cuando estéis en certeza de que la puerta ha sido abierta, empezaréis a gritar y a correr hacia ella. Que nada ni nadie os detenga. Salid de la casa y dispersaos por el campo. ¿Lo habéis entendido bien? —la mayoría de ellos asintieron con expresión desolada. Nadie parecía tener ganas de salir de allí. Decidí entonces arengar a aquellos hombres y mujeres como si de soldados de infantería se tratase—. En vuestras manos está que *Villa Fertilitas* se salve de la monstruosidad de Quinto Casio Longino. El deseo del gobernador es acabar con todo esto. Si no es para él, no será para nadie. Pero gracias a los dioses, los Claudio os tenemos a vosotros. ¡Solo vosotros podéis acabar con esta invasión! Sin vuestra ayuda, yo no podré hacer nada. Os necesito. Mi familia os necesita. Solo os pido un favor como pago —paré un momento para tomar aire—: que os quedéis lo suficientemente cerca como para que podáis regresar cuando los solados se hayan marchado. Lo más probable es que le prendan fuego a la villa y alguien tiene que estar aquí para sofocarlo. ¿Habéis entendido? No tenemos mucho tiempo.

—*Domine*, si me lo permitís… —una voz tímida pero decidida rompió el silencio desde el fondo de la habitación—. Yo me encargaré de organizar la huida. Soy Cario, el responsable de los peones.

—Está bien. Tienes mi permiso, Cario. Puedes empezar.

—Peleno —se dirigió a uno de ellos de forma resuelta—, ve al resto de habitaciones y comprueba que no quede nadie. Que todos vengan detrás de nosotros —ordenó—. Loglio y Mirto, vosotros seréis los encargados de abrir la puerta. Yo mismo daré la señal para la salida de todos los demás. ¡Seguidme!

Salí tras ellos de aquella oscura y húmeda habitación y comprobé que todo se estaba desarrollando según lo previsto. Vi entre las columnas que sostenían el corredor cómo todos los criados comenzaban a bajar por la escalera que estaba a mi izquierda. Cuando todos estuvieron fuera de las habitaciones, me encaminé hacia el lado opuesto de aquel cuadrado que bordeaba el jardín de la villa en la primera planta, para bajar por la escalera principal, cuando me quedaban un par de peldaños para alcanzar el pórtico, dejé caer una pequeña vasija que decoraba uno de los escalones. Esta rodó, dio un golpe seco contra el basamento de una columna y se rompió. En el silencio de la noche, aquello fue todo un estruendo que dio el resultado esperado.

—¿Quién anda ahí? —preguntó un soldado desde dentro de la habitación. Pronto salió a husmear—. ¡Eh, tú! ¿De dónde has salido? —dijo mientras me agarraba por la túnica. ¡Sentio, ven aquí! ¡Tenemos compañía!

Tenía que conseguir girar al soldado y retirarlo del campo de visión que

tenía por delante, que no era otro que el peristilo, justo el lugar por donde debían cruzar los criados y trabajadores para escapar por la puerta principal. Intenté entonces escabullirme.

—Soy Marco Claudio Marcelo, cuestor del legado Quinto Casio Longino…

Mientras forcejeaba con el legionario que me agarró por los brazos, pude oír el grito de guerra que profirieron los que huían. De reojo vi que la puerta ya estaba abierta. Todo estaba saliendo según lo previsto. Cario era un criado eficaz e inteligente.

Los legionarios de Casio no tuvieron tiempo de reaccionar y les fue imposible parar a las más de treinta personas que salieron en bloque. Corrieron desde la escalera oeste de la casa, hacia la puerta. El soldado que me tenía retenido me soltó de súbito y se unió a sus compañeros que, espadas en ristre, corrieron tras ellos. Gracias a los dioses, nada pudieron hacerles más que un par de rasguños. Aquel momento de desconcierto me sirvió para lograr la oportunidad de entrar en la habitación en la que habían estado los soldados. Presumía que dentro podría estar Prótimo y no me equivoqué. El mayordomo se encontraba allí, sentado en una silla, completamente maniatado con cuerdas y amordazado. Cuando me vio, dos lágrimas corrieron por sus mejillas hasta que empaparon la tela que le cubría la boca.

—Prótimo, tranquilo, voy a desatarte —dije mientras le quitaba el nudo a la mordaza.

—¡Oh, *domine*! Es horrible… —sollozó—. Quieren dinero y solo dinero. Pero, ¿qué haces aquí? ¿Por qué has venido? ¿Y tu padre?

Prótimo había comenzado una probablemente interminable ristra de preguntas que se vio interrumpida por la entrada de uno de los legionarios. Me resultó extraño no conocer a ninguno de ellos. Sin duda, Casio había elegido bien. Aquellos extorsionadores por encargo eran nuevos reclutas.

—¡Tú! —gritó amenazándome con una daga de grandes dimensiones—. Ya veo que no has venido solo —dijo en un tono tan suave que no presagiaba nada bueno—. ¡Los dos, venid conmigo!

Prótimo y yo obedecimos y salimos tras aquel soldado al pórtico del peristilo. Cuando giramos hacia nuestra izquierda vi que mi padre y mi abuelo estaban en la entrada, junto a la pared, prendidos por varios soldados que los amenazaban con dagas.

—Me alegra que parte de la familia propietaria de esta hacienda se haya personado para abonar la contribución extraordinaria ordenada por el gobernador, Quinto Casio Longino —dijo en tono amable el que parecía ser el cabecilla del grupo.

—¿Estas son las formas que utiliza nuestro gobernador para exigir sus rentas? —preguntó mi padre, cuestión por la que se ganó un tirón de brazos que casi lo lleva al suelo.

—Quinto Casio solo quiere lo que le corresponde.

—Aquí no hay dinero —prosiguió mi abuelo—. Además, somos una familia honrada que no debe nada al gobernador ni a ninguna otra administración. Estamos al día en todos nuestros pagos.

—Bien, parece que no terminas de comprender —dijo el cabecilla haciendo un gesto con el cuello, indicando algo a los demás.

De pronto, apareció por allí un grupo de los soldados con antorchas y comenzaron a distribuirse por el jardín. El soldado que parecía llevar las riendas de la situación, mientras tanto, tomó a mi abuelo por la túnica y lo arrastró hasta el centro del *atrium*, donde hizo que se arrodillase. Los otros soldados apretaron entonces los amarres para mantenernos alejados de aquella terrible escena. El soldado al mando asió su enorme espada y la colocó en el cuello de mi abuelo. Ahogué un grito e interpelé de nuevo a mi cargo para intentar detener aquella locura.

—Soy Marco Claudio Marcelo, cuestor… —pero me interrumpió el cabecilla, aún con la espada pegada al cuello de mi abuelo.

—Sé perfectamente quién eres y a la villa que hemos venido. ¿En verdad pretendéis que me crea que aquí no hay dinero? ¡Viejo, responde! —gritó a mi abuelo tirándole de una de las orejas para hacer que su rostro lo mirase a él, situado de pie, justo a sus espaldas—. Si no es para Casio, no será para nadie. ¡Habla!

Mi abuelo bajó la cabeza y miró hacia donde estábamos nosotros.

—No dejéis que *Villa Fertilitas* se convierta en tan solo un recuerdo —nos dijo—. Luchad por ella.

Al momento, el soldado cabecilla de grupo deslizó la hoja de su *s/Hitha* por el cuello de mi abuelo, rebanándoselo de punta a punta. Un profuso reguero de sangre brotó de la herida abierta.

—¡Padre! —mi padre se tiró al suelo para socorrer a mi abuelo mientras los soldados huían por la puerta de la villa. Antes de marcharse, dejaron caer las antorchas en diferentes puntos del jardín. Prótimo se desmayó ante el generoso brote de sangre y yo grité de dolor hasta que no me quedaron fuerzas. Lloré y maldije a aquellos hombres que habían huido con suma tranquilidad por la puerta. Mi abuelo había fallecido casi al instante ante nuestra impotente mirada. Pero de pronto, en mitad de aquella terrible y angustiosa agonía, nos percatamos de que el fuego comenzaba a consumir el jardín. Las llamas estaban alcanzando el olivo centenario.

—Marco, hay que sacar todos los documentos que podamos del despacho —dijo mi padre, aparentemente sobrepuesto—. Esto va a quedar reducido a cenizas. ¡Prótimo, despierta! —abofeteó al mayordomo.

Rotos de dolor, el alba nos deslumbró mientras cargábamos los documentos que pudimos salvar del *tablinum* de *Villa Fertilitas*. Con las primeras luces del día emprendimos el camino de regreso a Corduba. En el

carro transportábamos el cuerpo de mi abuelo, que yacía inerte rodeado de cientos de rollos de papiro. Triste e impotente, no podía apartar la vista del profuso reguero de sangre que íbamos dejando a nuestro paso. Nadie esperaba un duelo en aquella aciaga noche. En un solo instante me quedé sin abuelo y sin la *Villa Fertilitas*, hogar que añoraba desde mi niñez y adolescencia. El lugar en el que besé por primera y única vez a Claudia ya no existía. Mientras nos alejábamos, observaba con ira contenida cómo el fuego y los primeros rayos de sol se fundían en una sola cosa. Todo se estaba consumiendo lenta pero vivazmente. Mi padre manejaba las riendas del carro. Él no miró hacia atrás en ningún momento. Fue imposible reprimir las lágrimas ante aquel desolador panorama. Las llamas quemaban *Villa Fertilitas*. La casa de campo levantada por mi familia entre un mar de trigo y olivos había pasado a la historia. El olivo de los Claudio había muerto.

Capítulo 11

El asalto

Corduba, *quinctüis* del año 48 a. C.

El funeral de mi abuelo Marco fue el más multitudinario que yo recordaba. Acudieron gentes de toda la provincia, no solo por lo que representaba mi abuelo en ella, sino por ser una de las víctimas más honorables de aquella época de extorsión y vandalismo. La colonia Corduba se volcó con la familia. No faltaron ofrendas junto a la tumba de mi abuelo, levantada cerca de la puerta oriental de la ciudad, un lugar tranquilo y poco transitado donde sus restos reposarían por toda la eternidad. No se echaron de menos las condolencias de los más cercanos. Los primeros días tras el funeral incluso hubo que organizar a las personas que hacían cola en la puerta principal de la *domus* en la que vivían mis abuelos. Mis padres acompañaban permanentemente a mi abuela. Incluso Prótimo, Calutia y Belonio se trasladaron allí para poder atender a tanto cliente y amigo. Mi padre tardó bastante en superar el duro golpe por el que perdió a su ser más querido de aquella manera tan cruel y despiadada. Las primeras semanas tras el funeral se encerró en casa y en sí mismo y se negaba a salir a no ser que fuese por algo estrictamente necesario. Dejó, por tanto, de asistir a las sesiones del senado local. Mi tío Marcelo, por su parte, más visceral que todos nosotros, tomó las riendas de su vida con más fanatismo que nunca. No perdía ocasión de parlamentar con otros decuriones, de visitar a los damnificados por la gestión del gobernador y de venir a casa a poner al día a mi padre sobre las últimas novedades, a pesar de que este no tenía casi nunca ni la más mínima intención a escucharlo. Prácticamente todo lo que íbamos conociendo en casa venía de la mano de mi tío, a parte de los rumores que los criados escuchaban en los mercados y que nos reproducían al regresar a casa. Los demás, mi madre, mis hermanos y yo, simplemente preferíamos no pisar la calle.

Sin embargo, nosotros no fuimos los únicos vapuleados por Casio y su tirano ejército. El suceso acaecido en *Villa Fertilitas* se repitió casi en los mismos términos muchas más veces de las que podríamos haber imaginado.

Algunas de las familias más nobles de la Ulterior también se vieron obligadas a dejar sus haciendas presas del pánico e instalarse en Corduba o en otras ciudades. Era la mejor manera de hacer frente a la amenaza que se cernía sobre todas ellas. Casio no perdonaba a nadie. Tenía muchas deudas que pagar y demasiados bolsillos que llenar. No le importaba decretar sentencias injustas, basadas en acusaciones falsas, para conseguir más y más oro. El ambiente que se respiraba era incluso peor que el vivido con Varrón. El miedo se había apoderado de los hispanos de la Ulterior.

Para nuestra sorpresa, a los pocos días del funeral recibimos en casa la visita del gobernador. Aquel gesto de Casio nos pilló completamente desprevenidos. Quizá por ello mi padre le abrió las puertas de la *domus*. Pidió sinceras disculpas, o al menos así lo manifestó, por la muerte de mi abuelo. Nos expresó sus condolencias e insistió en que degollar a un Claudio Marcelo no fueron exactamente sus órdenes. Sin embargo, aquello no fue más que una treta, toda una pantomima que el gobernador desarrolló para con uno de los dos duunviros de Corduba que no sirvió más que para que mi padre se congraciase con el hombre de César. Una maniobra inteligente y fríamente calculada por Casio, que conocía perfectamente nuestra clara inclinación hacia su superior. Aquello animó de algún modo a mi padre que, poco a poco, fue retomando sus actividades y empleándose como duunviro.

Pero la gente en la Ulterior no se mantenía en silencio. En aquellos días algunos dedicaban su tiempo a enviar correos a Roma explicando la situación que se estaba viviendo en Hispania. Era más que probable que la tiránica gestión de Quinto Casio Longino en Hispania Ulterior hubiese llegado a oídos de César, al igual que recibía noticias de otras provincias, como África, de donde supo que Pompeyo había conseguido nuevos refuerzos de parte del rey Juba de Mauritanina. Quizá por ello, César envió por correo órdenes precisas a Casio para que marchase a África junto a su ejército y echase una mano allí. La misión de nuestro gobernador consistía en evitar que el monarca consiguiese enviar más tropas para engrosar las filas pompeyanas.

—Estimados miembros del senado local de Corduba —empezó mi padre su discurso en la curia una mañana de finales de *quinctilis*—, tengo algunas novedades sobre las que informaros de parte de nuestro gobernador, Quinto Casio Longino —los senadores se revolvieron en sus asientos. Todo aquello que sonase a Casio resultaba incómodo y desagradable.

La curia era una sala rectangular a la que se accedía a través de un pórtico que daba a la parte este del foro, justo en el lado izquierdo del *decumano máximo*. Por dentro, la decoración era austera, aunque el suelo y las paredes, hasta media altura, estaban recubiertos por losas de mármol de color grisáceo. Por encima del zócalo, dos enormes ventanales a cada lado daban luz y amplitud a la sala. Al fondo, justo detrás del podio en el que se sentaban aquellos que presidían las sesiones, dos columnas enmarcaban lo que podría

haber sido un estupendo lugar para colocar una estatua. Sin embargo, hasta la fecha, siempre había estado vacío. Los decuriones se sentaban en los asientos que sus esclavos traían de sus propias casas y se colocaban en dos niveles, según la importancia de sus cargos o su antigüedad en la curia. Aquel día, mi padre se encontraba en el podio presidencial junto al otro duunviro, Herenio Fabio. Yo, a pesar de ser cuestor, tenía derecho a asistir a las reuniones convocadas en el senado local en nombre del gobernador. Y tenía un lugar reservado en primera fila, junto a los altos mandos municipales.

—Como muchos de vosotros conocéis —prosiguió mi padre—, nuestro gobernador ha partido recientemente rumbo a Medobrega, en tierra de lusitanos, el último lugar donde obtuvo una victoria y donde dejó algunas cohortes. La finalidad de su viaje es traer consigo a dichos hombres y reclutar a otros tantos como tropas auxiliares entre la población local. En un breve espacio de tiempo —continuó tras carraspear y darle más importancia a lo que estaba a punto de anunciar—, Quinto Casio Longino se marchará a África —el rumor de decenas de decuriones inundó la sala y mi padre se detuvo un instante. Al continuar, tuvo que alzar la voz para hacerse escuchar—. Todos sabemos que dicha provincia, África, se encuentra en manos de los rebeldes. Ha sido el propio César quien le ha pedido su colaboración contra la causa pompeyana, liderada en aquellas lejanas tierras por el rey mauritano Juba. Su misión consistirá en contener a los hombres de Juba en Numidia e impedir que le lleguen más refuerzos a Pompeyo. A tal efecto, y para culminar con un rotundo éxito esta empresa, Roma ha reclutado la legión V entre sus ciudadanos. Casio Longino contará también con los tres mil jinetes de nuestra provincia e Hispania Citerior, más los hombres que traiga de este viaje en el que se encuentra ahora. En su ausencia, sus órdenes han sido claras y concisas para todas las ciudades de la provincia: debemos reponer sus almacenes de trigo, preparar cien naves para cruzar a tierras africanas y cobrar todos los impuestos correspondientes a este año —mi padre me lanzó una mirada, haciéndome responsable de esa parte de las tareas a realizar—. Su intención es partir cuanto antes hacia África.

Arvio se levantó de su asiento e interrumpió el discurso de mi progenitor.

—Le estamos poniendo en bandeja los recursos humanos y económicos para una guerra que se librará a millas de distancia de aquí —el decurión volvía a llorar las pérdidas de su familia por la nefasta gestión de otro gobernador—. No creo que los hispanos de la Ulterior tengamos que cargar con el peso de este nuevo avance de las tropas. ¿O es que acaso Roma ha ordenado que seamos nosotros los que sufraguemos los gastos?

—Roma no ha ordenado tal cosa. Las guerras de Roma, las sufraga el Senado romano —repuso mi padre con cierto conformismo, a lo que respondieron varios decuriones con muecas de indignación aunque sin reproche hacia su persona.

—Las exigencias de este magistrado no tienen nada que ver con lo que Roma espera de nosotros. Casio es un extravagante, un extorsionador… —insistía Arvio.

—¿César enviará entonces otro gobernador a la Ulterior? —preguntó otro de los asistentes mientras se levantaba el decurión que se sentaba a la derecha de Arvio, tocando con su mano izquierda el brazo de su compañero para que no siguiera poniéndose en evidencia. La cuestión planteada levantó el ánimo del resto de los reunidos, que comenzaron a dar fuertes pisotones con sus botas en el suelo de la cámara, provocando un elevado ruido que se vio acompañado de gritos estentóreos que jaleaban la marcha de Casio.

—No tan rápido —interrumpió mi padre alzando notablemente el tono de voz y sus manos para pedir silencio—. No tan rápido… Quinto Casio Longino no me ha notificado nada acerca de una posible sustitución. Por ahora —el ambiente estaba ya algo más templado— solo se me ha comunicado su intención de reclutar algunos hombres más para restituir las bajas en su ejército y conformar su nueva caballería, poner a punto los detalles para marchar a la provincia de África y regresar en cuanto le sea posible.

Aquel día primaveral había amanecido nublado. Corría un intenso y fresco aire que traía a gran velocidad unos negros nubarrones desde el oeste que presagiaban un fuerte aguacero. De pronto, la sede del Senado, cada vez más en la penumbra, se iluminó por un relámpago. A continuación, un estruendo ensordecedor paralizó la sesión.

—Mal presagio —murmuré a mi tío Marcelo, sentado justo detrás de mí, quien asintió con gesto de preocupación.

No fui el único que lo pensó. La cámara prorrumpió en un murmullo que tuvo que callar de nuevo mi padre desde su posición, con la ayuda de Herenio Fabio. Aunque era difícil adivinar el futuro, fue obvio que a nadie había gustado aquella señal. Por el momento, la marcha del gobernador a la provincia de África era una magnífica noticia, ya que todos pensamos en una inmediata rebaja en la presión a la que estábamos siendo sometidos y en un final, al menos transitorio, de los atentados contra nuestras familias y propiedades.

Sextilis del año 48 a. C.

Justo un mes después de aquel día, me sorprendió un requerimiento por parte de Casio. Me citaba en su tienda del campamento. No tenía la más remota idea de que hubiese regresado a Corduba. Aún quedaban unos días para que *sextilis* tocase a su fin. En el escrito que me hizo llegar a mi propia casa, Casio me convocaba para el día siguiente con la finalidad de darme instrucciones ante su inminente partida hacia África. Desde aquel mismo

momento me apresuré a liquidar aquellas cuentas que aún estaban pendientes y a preparar toda la documentación que el gobernador iba a exigirme para comprobar el trabajo realizado durante su ausencia.

A la mañana siguiente, y tal y como Casio me había pedido, llegué a pie hasta la fortificación situada al oeste de Corduba. El día había amanecido soleado y, pese que aún no estábamos en verano, el calor ya apretaba en las primeras horas del día. Una vez que entré en el campamento por la puerta decumana, que cruzaba el campamento de este a oeste y daba acceso a la vía Pretoriana, fui rápidamente atendido. Al fondo se veía el *praetorium*. En aquella enorme estructura, que estaba más o menos en el centro del recinto, se alojaba el gobernador. A su alrededor se situaban el resto de tiendas, todas gemelas las unas de las otras, en color ocre, uniformemente distribuidas, a excepción de las que albergaban a los tribunos, legados o la propia del cuestor, que me pertenecía por derecho pero que no había ocupado aún por no estar inscrito oficialmente a ninguna legión.

Un legionario me condujo hasta la plaza central del campamento. Entre las tiendas se articulaban pequeñas calles. A través de ellas, numerosos esclavos circulaban transportando grandes sacos a sus espaldas u odres llenos de vino o aceite y cántaras de agua. Otros, se afanaban en su trabajo sobre el pavimento mientras retiraban grandes piedras o arrancaban los hierbajos que crecían junto a las tiendas. Había poco movimiento militar. Por la hora que era supuse que los soldados estarían haciendo instrucción fuera del campamento. Cuando alcanzamos la plaza central del recinto, el soldado que me guiaba anunció mi nombre a los que hacían guardia a las puertas del *praetorium* y, entonces, uno de ellos entró. Al instante regresó y me abrió una de las dos cortinas de tela que caían desde el techo a modo de puerta, invitándome a pasar.

—Buenos días, Marco Claudio —me saludó Casio sin levantarse de su silla y limpiándose la boca con la manga de su túnica. El gobernador estaba desayunando.

—Buenos días, gobernador —incliné la cabeza en menor medida de lo habitual, lleno de recelos, pero sumiso. Al fin y al cabo él era mi superior.

—Pasa, pasa. Estaba tomando algo. Acompáñame —me invitó.

Casio era un hombre corpulento. No demasiado alto, aunque con una notable presencia. Tenía por costumbre rasurarse la cabeza entera, en un intento por disimular una incipiente calvicie nada propia de su edad. Sus ojos, de un azul intenso, dominaban su expresión, que se veía adornada por una fina nariz y labios carnosos, que escondían unos dientes pequeños y algo separados. Me senté en una de las bancadas, al otro lado de la mesa, rechazando amablemente acompañarlo en su desayuno. La tienda era considerablemente grande, teniendo en cuenta que en ella solo se acomodaba una persona. Hubiera jurado que en tan solo una cuarta parte de la misma se alojaban al menos ocho de los soldados de su ejército. La mesa sobre la que Casio estaba

desayunando se situaba en el centro y estaba rodeada de bancadas. En uno de los lados, estaba dispuesta una zona de tocador, con un mueble de madera con puertas y cajones labrados sobre el que se disponían varias toallas de lino bien dobladas y una jarra de metal. Justo al lado, una estructura de madera sostenía una toalla más y una palangana llena de agua. En el extremo opuesto de la enorme tienda había una amplia mesa de trabajo llena de papeles, rollos, tablillas de cera, *atramentum* y *calami*. Finalmente, al fondo, una doble cortinilla ocultaba lo que debía ser la zona de descanso del gobernador.

—Como ya sabéis, Cayo Julio César me ha encomendado la tarea de impedir que Juba de Numidia envíe más hombres a las fuerzas pompeyanas —comenzó a explicarme sin dejar de comer una especie de guiso con olor indescriptible haciendo ruidos guturales entre palabra y palabra que resultaban bastante desagradables—. Vengo del norte, donde he recuperado las tropas que estaban allí acantonadas. Las necesitaré en esta nueva empresa. Va a ser duro luchar contra el rey mauritano. Por ello he reclutado un buen contingente de caballería entre las tribus locales de la Ulterior. A esos indígenas les interesa estar de parte de Roma —dijo riendo a la vez que masticaba con la boca abierta un trozo de queso mezclado con pan. Mi estómago no iba a resistir mucho más aquella escena—. El viaje ha sido corto pero fructífero. Sí, Marco Claudio… parece que ya ha llegado la hora de mi partida. Sin embargo, seguiré ocupando mi cargo de gobernador de Hispania Ulterior, por lo que dejo la provincia en tus manos. Ayúdate de los magistrados y decuriones que necesites —Casio volvió a meterse un trozo de pan en la boca—. Hoy te he convocado para que hablemos sobre los planes que deseo que se desarrollen en mi ausencia dentro de tu ámbito cuestor. También es mi deseo que me presentes las cuentas que supongo que traes en alguno de esos rollos. Si todo se encuentra cerrado, lamento comunicarte desde ya que tus cuentas no son válidas, porque entiendo que mi cuestor se hará cargo de los gastos que suponen movilizar a todos estos hombres —no sé qué gesto fue tomando mi rostro pero provocó el silencio y una sonrisa en Casio, así que pensé que era mejor decir algo.

—Por supuesto —¿por qué dije justo aquello? Las cuentas estaban cerradas y cuadradas. Incluir más gastos suponía más cobros. Me arrepentí de momento por no haber peleado más un nuevo presupuesto—. Traigo toda la documentación conmigo. Si hay algún cambio respecto a lo ya planificado de cara a los próximos meses, estaría bien saberlo.

—No lo hay, en principio. Aunque quería asegurarme de que todo está bajo control. Con vosotros se quedará la legión V, guareciendo la capital de la Ulterior. Los demás se vienen conmigo. Esta misma mañana se lo he comunicado a mis soldados. Os apañaréis.

Y fue así como empezamos a concretar los planes de acción en el ámbito fiscal, asunto altamente peliagudo, tal y como estaban las cosas, pero en el que

me desenvolvería bien. Respiré hondo y tranquilo. Si Casio se marchaba, yo podría hacer las cosas a mi manera. Solo tendría que cumplir objetivos, el modo de alcanzarlos era mi problema. Su partida hacia África era una gran noticia.

Cuando Casio terminó de tomar su desayuno, de comprobar cómo había desempeñado mi labor de manera minuciosa y ejemplar y de pavonearse sobre su supuesta valía al mando de las tropas, volvió a limpiarse la boca con la manga de la túnica. Entonces, se levantó súbitamente, interrumpiendo nuestra reunión.

—Tengo asuntos que tratar en la basílica de Corduba. ¿Me acompañarías hacia allí para así continuar conversando por el camino? —me inquirió por pura cortesía, porque ya se encontraba en la puerta de la tienda, abriendo una de las dos cortinillas e invitándome a salir—. Espérame aquí, voy a colocarme la toga. Flaco, —se dirigió a uno de los soldados que aguardaban fuera—, avisa a mis lictores, me marcho a Corduba. ¡Saeno! —gritó a un esclavo—, entra aquí a ayudarme con la toga.

Cuando partimos del campamento, el sol ya estaba casi en lo alto de la bóveda celeste. Nos precedía la guardia personal de Casio, sus lictores, y, a cierta distancia, también nos seguía un grupo de hombres que no había visto nunca pero que sin duda estaban contratados por el gobernador de manera privada para su seguridad. No había ni una sola nube en el horizonte y el calor del mediodía apretaba, anunciando la cercana llegada de la época estival. Como consecuencia, y debido también a la larga caminata, Casio comenzó a sudar.

—Maldita toga —se quejó mientras se pasaba un trozo de la tela por la frente para secarse las gotas que ya le caían por el rostro—. ¿Por qué no se estilará una tela algo más fina?

—No se conseguirían los pliegues con la caída natural que se espera de una toga si no se utilizasen estos tipos de lanas —contesté quizá demasiado forzado. Continué hablando para suavizar mi respuesta—. Pero sí, hace demasiado calor para la época del año en la que nos encontramos —por fin entramos en la ciudad y Casio buscó desesperadamente una sombra bajo la que guarecerse.

—Ven conmigo, Marco Claudio, vayamos por las calles principales, bajo los pórticos. Este calor es insoportable.

Continuamos nuestra ruta por el *decumano maximo*, la amplia calle que daba acceso a la ciudad por el lado oeste, hasta que alcanzamos el *kardo maximo*, en dirección al foro. De repente, y justo antes de atravesar la arcada que daba entrada a la plaza pública, por la que ya habían pasado los lictores, salieron a nuestro paso un grupo de hombres. Yo conocía a algunos de ellos, al menos de haberlos visto alguna que otra vez en el foro. No todos eran de Corduba, pero sí habían estado presentes en las últimas reuniones que César

había convocado en nuestra ciudad.

Un paso por delante de todo el grupo caminaba Minucio Silón. Recordaba a este viejo decurión de aquella vez que acudió a mi casa, a una reunión convocada por mi padre en la que hablaron sobre Varrón y sus desproporcionadas extorsiones. Recordé que era cliente de Lucio Racilio, el padre del prometido de Marcia. Mientras Silón se acercaba a Casio, con la aparente intención de entregarle lo que a todas luces parecía un *libellus* con alguna petición, comprobé horrorizado cómo el grupo que lo seguía iba armado hasta los dientes con cuchillos, dagas y cuerdas. A simple vista no me pareció que hubiese menos de veinte personas. Su actitud altiva y amenazante nos hizo a Casio y a mí retroceder.

—¡Lictores! —gritó Casio.

A partir de ese momento, los hechos se sucedieron a gran velocidad. Los lictores del gobernador retrocedieron sobre sus pasos y atravesaron de nuevo el vano de entrada al foro mientras los guardaespaldas que venían detrás corrían hacia nosotros. Pero no hubo tiempo de pensar y apenas de actuar. Antes de que las guardias pudieran llegar hasta donde nos encontrábamos, aquellos hombres ya se habían abalanzado sobre Casio. Una mano salida casi de la nada me agarró fuerte del brazo y me sacó del tumulto. Caí al suelo entre los gritos de Casio y de los atacantes, que ya peleaban con los lictores y la guardia cuerpo a cuerpo en una lucha claramente desigual debido a su elevado número.

—¡Marco, vamos! —miré hacia mi izquierda, muerto de miedo. Era Publio.

Mi primo se puso en pie como un *resorte* e intentó en vano levantarme del suelo. No podía quitar la vista de lo que estaba ocurriendo. Mientras Publio me arrastraba fui testigo de cómo dos hombres se abalanzaban sobre uno de los lictores y le asestaban sendas puñaladas por la espalda, a la altura del corazón. Horrorizado, me levanté para salir huyendo de aquel callejón sin salida en el que se había convertido la entrada al foro.

Publio me tendió de nuevo una mano y, cuando los dos estuvimos en pie, comenzamos a correr, sin rumbo, con la única mirada puesta en alejarnos lo máximo posible de aquel disturbio. Bordeamos el foro por las calles anexas y, ya extenuados por el esfuerzo y la presión del momento, comenzaron a oírse voces.

—¡Quinto Casio Longino ha muerto! ¡El gobernador ha muerto!

Publio sonrió. Entonces fui yo quien le agarré por el brazo y tiré de él para seguir corriendo.

Capítulo 12

El complot

Corduba, finales de *sextilis* del año 48 a. C.

—¡Padre, padre! —grité nada más atravesar el vano de la puerta de mi casa—. ¿Dónde estás?

—¿Qué ocurre, Marco? —mi madre sonreía, como era habitual en ella, sin sospechar ni por un instante el motín que se había originado en el centro de la ciudad—. Tu padre se marchó esta mañana y aún no ha regresado. Buenas tardes, Publio. ¿Qué te trae por aquí?

—Quédate aquí —exhorté a mi primo—. Voy a buscar a mi padre —y salí sin dar más explicaciones.

Sabía que había dejado a mi madre preocupada pero di por hecho que Publio la pondría al tanto de lo que había ocurrido en los alrededores del foro. Más tranquilo, aunque a paso ligero, me aproximé a la plaza por la puerta norte. Cuando entré en ella, el ambiente estaba más o menos sereno, aunque había cierto tumulto a las puertas de la curia y abajo, en la escalinata. Busqué entre los presentes a mi padre sin éxito. ¿Dónde se habría metido? ¿Estaría él implicado en el asesinato del gobernador? ¿Aquella fue su forma de descargar su ira reprimida contra Casio? No, él nunca me hubiera permitido ir a visitar a Casio a sabiendas de que habría un asalto. Seguía buscando sin encontrarlo por ningún lado. ¿Por qué no daba con él? Las dudas, los presentimientos, todo se arremolinaba en mi cabeza sin dejarme actuar con claridad. De pronto, en medio de mi desesperante confusión, alguien me tocó el hombro.

—Hijo, ¿te has enterado de lo ocurrido? —era mi tío Marcelo.

—¿Dónde está mi padre? —dije sin atender a lo que me había preguntado.

—En la curia. Reunido con Herenio Fabio y los ediles. Pero…

No lo dejé terminar. Allí se quedó, en mitad de la plaza pública, rodeado de gente que caminaba y corría de acá para allá, a pie quieto y con la mano tendida hacia mí, sin entender por qué había salido corriendo. Alcancé los escalones de acceso al senado todo lo rápido que mis piernas me permitieron y los subí con desasosiego; tanto que tropecé con la toga y caí sobre la escalinata.

Mi tío Marcelo, que corrió tras mis pasos, me incorporó y, sujetándome del brazo, me acompañó hasta el *tablinum* del edificio. La puerta estaba cerrada, así que llamé y pasé. La sensación de alivio que sentí al ver a mi padre sentado junto a los demás magistrados fue indescriptible.

—¡Marco! —dijo sorprendido mi padre—. ¿Ocurre algo?

—No, padre. Esperaré aquí fuera a que terminéis vuestra reunión —contesté, cerrando de nuevo la puerta.

Fue imposible reprimir las lágrimas, que brotaron en un llanto desconsolado y profundo. La responsabilidad y el miedo, por qué no admitirlo, eran la causa de mi ansiedad. Llorar como un niño fue mi válvula de escape. Entre sollozos, anduve hacia el interior del edificio intentando que nadie advirtiese mi estado. Mi tío Marcelo me echó un brazo por encima. Aunque se mantuvo en silencio, noté su consuelo. No, mi padre no estaba implicado en el asesinato de Casio. ¿Cómo había podido imaginar algo así?

—¿Qué va a pasar ahora que Quinto Casio ha fallecido? —pregunté a mi padre horas después, en casa, en el ambiente sosegado y seguro que nos ofrecía nuestro hogar.

—Pues que César enviará en un breve espacio de tiempo a otro gobernador —respondió más animado de lo habitual. Por primera vez desde hacía meses veía a mi padre sereno, tranquilo e incluso elocuente—. ¡No te preocupes por eso! ¡Roma siempre actúa rápido y con precisión!

—¿Cómo te enteraste de lo ocurrido?

—Estaba en el despacho de la curia. Los gritos llegaron a los oídos de los que allí nos encontrábamos. Salimos al foro y ya solo vimos a gente corriendo de un lado para otro. El anuncio de la muerte de Casio vino poco después. Luego convocamos una reunión de emergencia y en la misma llegaste tú. Y tú, ¿cómo lo has sabido?

—Tenía prevista una reunión con Quinto Casio esta misma mañana. ¿No lo recuerdas?

—Tienes razón. ¡Qué casualidad! ¿Y qué tal te fue con él? ¿Notaste algo raro?

—Nada en absoluto. Todo estuvo correcto.

—Te quedarías estupefacto cuando supiste lo ocurrido.

—En realidad, padre, yo estaba con él cuando lo asaltaron.

—¡Por Júpiter! —dijo mi padre levantándose súbitamente de su asiento—. ¿Y estás bien? ¿Te hicieron algo a ti?

—No, padre. Las intenciones de los atacantes eran claras, aunque ocurrió todo tan rápido que apenas puedo recordar los detalles.

—Haz un esfuerzo y cuéntamelo todo, por favor —me inquirió mientras volvía a sentarse en su asiento.

—Íbamos caminando hacia el foro y, justo antes de atravesar el vano de entrada desde el sur, los asaltantes salieron de la nada. Apenas pude reconocer

alguna cara. Solo recuerdo que llevaban numerosas armas. Rápidamente se abalanzaron sobre Quinto Casio y yo caí al suelo empujado entre unos y otros. Alguien me agarró del brazo y me sacó de allí —dije titubeando.

—¿Quién te ayudó? ¿Lo viste?

—Sí, padre. Fue Publio.

Colocó las manos en su cabeza y comenzó a pensar en voz alta en un cuchicheo ininteligible, sin quitar las manos de sus sienes, como si aquel gesto le ayudase a pensar. Aquella misma tarde mi padre convocó a mi tío y a Publio y, sin preámbulos, entró en materia.

—Publio, ¿qué hacías en mitad del asalto a Quinto Casio?

—¡Vaya! ¿No nos habrás llamado para darnos otra de tus charlas? —terció mi tío levantándose y mostrando su intención de marcharse.

—Marcelo —mi padre tendió la mano señalando la silla, invitándolo a tomar asiento de nuevo—, si no te importa prefiero que responda Publio —cerró tajante.

Se hizo el silencio. Publio miraba a su padre, al mío y a mí. Sentía, con cada mirada, que sus ojos me acusaban de traicionero, como cuando éramos pequeños y yo contaba a sus padres las malas ideas que surcaban su cabeza. Al fin, tras varios intentos por parte de mi padre para que hablase, tomó la palabra mi tío.

—Hermano, ya sabes cómo están las cosas. Y también has sufrido como nosotros los ataques del gobernador.

Mi padre se arrellanó en su *sella*, dispuesto a escuchar de principio a fin el alegato de su hermano.

—No somos los únicos que hemos vivido episodios violentos —continuó —. Muchas personas han perdido sus casas, sus tierras, sus cosechas, su dinero, su familia…

—Al grano, Marcelo —le acució mi padre.

—No hubo que esperar demasiado para que se urdiese un complot contra él. Había que pagarle a Quinto Casio con la misma moneda con que él nos cobraba a los demás —confesó al fin mi tío.

—¿Tú también estabas en la conspiración? ¡Por todos los dioses, Marcelo! ¿Quién más está implicado?

—Los hombres más importantes de la provincia.

—¿La provincia? ¿Esto ha salido de las murallas de Corduba? —preguntó mi padre, realmente asombrado.

—Sí. De hecho, la idea nació de un grupo de italicenses. ¡Nadie soportaba a Quinto Casio! A través de contactos en común logramos concretar un día para vernos. Y lo hicimos allí, en Itálica. Eso ocurrió tan solo unos días después de que Casio marchase a Lusitania. A la cabeza de los cordubenses estaba Lucio Racilio.

—No puedo creer que un hombre de la envergadura y posición de Lucio

Racilio se haya metido en semejante lío —dijo mi padre ciertamente apesadumbrado en un intento por defender al que iba a convertirse en su consuegro.

—Recuerda que la conspiración nació de algunos de los hombres más notables —repitió mi tío con énfasis, sabedor de que su discurso estaba soslayando la superioridad con la que mi padre había comenzado la reunión.

—Quiero más nombres, Marcelo —ordenó mi padre.

—No sabría decirte cuántas personas estamos detrás pero éramos tantas que echamos a suertes quién iba a formar el grupo de asaltantes. La idea era capturarlo para torturarlo antes de acabar con él. Teníamos a gran parte de su ejército con nosotros. Por todos es conocida la aversión de las legiones II y *Vernacula* al gobernador. Pero tuvimos que actuar con rapidez por el inoportuno llamamiento desde África y todo se precipitó.

—Nombres, Marcelo…

—Lucio Racilio, Quinto Sextio, Tito Vaccio, Lucio Licinio Esquilo, Lucio Mércelo…

—Por todos los dioses… no sigas —le pidió mi padre con la mirada perdida en el infinito, roto de dolor por la traición de quienes creía fieles a la causa cesariana.

—Ha muerto un lictor y el propio Quinto Casio. ¿Qué haremos ahora? —pregunté retóricamente.

—También varios de los tribunos militares de mi legión consentimos participar, por eso estuve presente en el asalto —explicó Publio—. Según nos ha informado Indo, nuestro nuevo jefe de caballería, Lucio Laterense fue quien anunció allí la muerte de Casio. Las tropas, contentas por lo acaecido, lo nombraron gobernador en aquel mismo instante.

—Qué desfachatez —respondió mi padre, apesadumbrado—. ¿Os pensáis que esto es un juego de niños? ¡Han muerto dos personas! Entre ellas nuestro gobernador. Roma se enterará de lo sucedido y mandará investigar los hechos —espetó tras un largo e incómodo silencio. Se giró y miró directamente a su hermano, a menos de un palmo de distancia—. No seré yo quien os delate pero, al final, la verdad saldrá a la luz y los culpables pagarán con su vida. El Senado no se anda con afectos ni cortesías cuando se trata de delitos de traición.

Mi tío tragó saliva pero no se arredró. La conversación duró poco más que una rápida y cortés despedida con la que la escasa relación que ya tenían mi padre y su hermano quedó sentenciada.

A la mañana siguiente acudimos a la reunión prevista en la curia de Corduba. El foro estaba muy concurrido. Era lógico que nadie quisiera perderse una reunión en la que se decidiría el futuro de la ciudad, así como poner orden en el desconcierto generado por el asalto y posterior asesinato del gobernador. El cielo gris comenzó a descargar una leve aunque insistente

llovizna que hizo que los congregados se dividiesen entre aquellos que iban a entrar en la curia, que comenzaron a subir la escalinata de acceso, y otros tantos curiosos que se arracimaban bajo los pórticos, a la espera de conocer el resultado de la reunión. Cuando sentí que la lana de mi toga comenzaba a calar, decidí entrar en el edificio. Allí continué cambiando impresiones con otros decuriones y relatando por enésima vez la historia de lo sucedido la mañana anterior, exonerándome en todo momento de culpa. El haber acompañado a Casio aquella mañana hasta el foro me iba a salir caro. Lo que para mí era mera anécdota, para otros significaba que yo había sido cómplice de aquel asesinato. Entre conversaciones, juicios paralelos y miradas incriminatorias, poco a poco los magistrados y el resto de asistentes fueron ocupando sus asientos, aunque hasta última hora un grupo permaneció en el centro de la sala nada dispuesto a dejar su conversación para más tarde. Mi padre, en su papel de duunviro, intentó sin éxito hacer callar a aquel grupo de togados. Esperó a que casi todos estuvieran dentro de la sala para atravesarla y cerrar las puertas con violencia, esperando que así guardasen silencio y ocupasen sus asientos de una vez. El estruendo, que reverberó en la sala como un trueno, seguido de una rotunda petición de silencio, hizo que quienes quedaban en pie fuesen por fin a ocupar su lugar. De pronto, y también de manera violenta, la puerta de la curia volvió a abrirse. Todos se giraron hacia ella en un gesto instintivo.

—¿Tan solo ha hecho falta un día para que olvidéis mi posición y me faltéis al respeto cerrándome la puerta en las narices?

Aquel hombre entró caminando por su propio pie, despacio, escrutando uno a uno a cada decurión e ignorando la presencia de mi padre, que permanecía perplejo en el centro de la sala. Su túnica estaba mojada por la lluvia aunque llena de jirones y manchas de sangre. En la frente tenía un enorme bulto, responsable del hematoma que envolvía su ojo derecho. Quinto Casio Longino había regresado del averno.

Capítulo 13

La rebelión

Último día de *sextilis* del año 48 a. C.

Quinto Casio Longino entró en la curia despacio ante la atenta mirada de todos los magistrados y decuriones. Mientras su grupo de lictores aguardaban en la puerta, con la tranquilidad que le brindaba el factor sorpresa y su segura y superior posición sobre los presentes, el gobernador fue caminando hacia el podio de la sala con lentitud y solemnidad, clavando sus ojos en cada uno de los asistentes a la sesión. El silencio en la cámara era absoluto. Sus pasos retumbaban por la altura de la sala y hasta podía escucharse cómo su desbaratada toga arrastraba por el suelo. Mi corazón, y supongo que el del resto de los allí presentes, latía a gran velocidad, presa del miedo.

Cuando Casio llegó a la altura de Herenio Fabio, el segundo duunviro, se detuvo ante él y, con cínica sonrisa, comenzó a mover la cabeza de arriba abajo mientras giraba sobre sí mismo para así tener una visión general de lo que ocurría a sus espaldas. Los testigos de aquella inesperada resurrección, varias decenas de personas, teníamos el corazón en un puño. Nadie le quitaba ojo de encima. La presencia del gobernador nos tenía completamente sobrecogidos. Aquella toga sucia, mojada, rota y manchada de sangre estaba ahí para recordarnos por lo que Casio había pasado y mostrar, de paso, los resultados de aquel fatal y desgraciado asalto.

—Bueno, bueno, bueno… Pensabais que estaba muerto, ¿verdad? —preguntó descaradamente con una amplia sonrisa dibujada en su desfigurado rostro—. Siento haber aparecido así, de repente, pero era mi obligación anunciaros que no habéis tenido esa suerte. Aquí estoy —sonrió—, con más vitalidad que nunca. Siento, Lucio Laterense, que tan desgraciado incidente te devuelva a tu estatus de siempre —dijo mirando directamente a un incómodo decurión, el improvisado nuevo gobernador—. El desafortunado encuentro de ayer con algunos de vosotros ha engrandecido mi espíritu. Sin duda, me habéis hecho un gran favor. Fijaos —continuó en un claro tono cínico—, iba a marcharme a África dejando en manos de mis hombres de confianza el control

de la provincia. Sin embargo, me he dado cuenta de que las cosas sin mí no irían todo lo bien que debieran, así que no me marcharé hasta dejarlo todo bien atado. Mejor así, ¿no? —esperó a que alguien contestase aunque, en realidad, nadie iba a atreverse a tal osadía—. Sí… mi cuestor se encargará de recaudar los fondos previstos antes de mi partida —aquello iba por mí. El trabajo no iba a ser tan placentero como tenía planeado—. Voy a tener mucho que pagar, empezando por una toga nueva. ¡Mirad cómo ha quedado esta! Disculpad mi ajada presencia ante los miembros de esta excelsa cámara… No tenía nada mejor que ponerme.

Los presentes no dábamos crédito a lo que escuchábamos. Casio estaba sorprendentemente tranquilo, elocuente y bienhumorado. Se avecinaba una terrible tempestad.

—Es por ello —continuó— que estoy dispuesto a pagar cincuenta libras de plata a cada una de las personas que puedan aportar el nombre de algún implicado en el asalto del que fui víctima ayer mismo —continuó—. Se admitirán pruebas de su denuncia, por supuesto. ¡Y que sean cien libras de plata para aquellos que los traigan ante mí después de que sus nombres se hayan escrito oficialmente en la lista pública que permanecerá colgada en el foro! —aquello erizó el vello a más de uno—. Sí… las proscripciones están ahora más en alza que nunca en Roma. ¿Por qué no extrapolar la moda a otros puntos de nuestro territorio? ¡Pero cuidado! Los quiero vivos, para que expíen sus culpas adecuadamente antes de morir —la voz de Casio era suave. Hablaba como si tararease una cancioncilla de ritmo lento y cadencioso, como un paciente maestro explica la lección a su alumno—. Dicho esto, me marcho —comenzó a caminar en dirección a la puerta con la cabeza agachada y la mano derecha levantada, el dedo índice apuntando hacia el techo—. Mis lictores están al servicio de toda la población para comenzar a apuntar nombres —cuando llegó a la altura de la puerta se giró de nuevo sobre sus pies—. La lista la empezaré yo. Había algunas caras conocidas entre los que quisieron acabar con mi vida. Y de esas, no me olvidaré nunca.

Casio nos regaló una última y sonriente mirada y se marchó. La sala quedó enmudecida. Nadie se movió de sus asientos. ¡Casio estaba vivo! Y de qué modo…

En pocas horas, los acontecimientos se precipitaron dando un vuelco inesperado. La prematura tranquilidad vivida tras creer en la desaparición del tirano gobernador dio paso al más absoluto de los desasosiegos tras conocer las intenciones de Casio. Entre los círculos más cercanos a mi familia se tomó el acuerdo de no señalar a nadie con el dedo, asunto que también fue válido entre el resto de comunidades de Corduba y otras ciudades de la Ulterior. Era un secreto a voces que todos conocíamos a algunos de los implicados en la conspiración, pero nadie quería delatar a los suyos. Mi padre se negaba en rotundo a denunciar a su propio hermano, a su sobrino o a Lucio Racilio,

entre otros nombres importantes de la provincia. Sin embargo, sí tomó la decisión de romper el compromiso de Marcia con su hijo, ya que él no podía consentir que el nombre de nuestra familia se manchase con una posible proscripción. Fue todo un alivio para mi hermana.

Corduba, septiembre del año 48 a. C.

En las tablillas expuestas en el foro, junto a la tribuna de la curia, no aparecieron más que once nombres, aunque no todos ellos fueron propuestos por Casio. Tristemente, algunos no pudieron resistirse a las cincuenta libras de plata ofrecidas por el gobernador y terminaron por delatar a algunos de los miembros de la conspiración. La lista la encabezaba Lucio Racilio pero, tras él, figuraban Minucio Silón, Calpurnio Salviano, Lucio Mércelo, Quinto Sextio, Lucio Licinio Esquilo, Anneo Scapula, Lucio Laterense, Manilio Tusculo, Munacio Flacco y Tito Vaccio.

El sanguinario gobernador no esperó demasiado para confiscar todos los bienes de los conspiradores acusados y organizar un tribunal para juzgarlos. Sin embargo, la muerte no era la única salida para ellos. Casio anunció que aquellos que pudieran pagarle la suma de seis millones de sestercios obtendrían la libertad. Aquellos que no contasen con esa cantidad, serían torturados hasta la muerte. Su dinero aún podría salvarles la vida. A los pocos días, y como era de esperar, Calpurnio Silvano, Quinto Sextio, Lucio Racilio, Munacio Flacco, Anneo Scapula y Lucio Laterense solventaron el estipendio, asegurando con ello su vida. El resto de conspiradores acusados pagaron con ella el intento fallido de asesinato.

La población de la Ulterior, especialmente la de Corduba, se mostró horrorizada ante tanta violencia, mientras se veía de nuevo obligada a satisfacer económicamente los exigentes requerimientos de Casio. Los que hasta la fecha se habían mantenido fieles cesarianos, ahora comenzaban a dar muestras de flaqueza en sus convicciones. Mientras, Casio se encontraba demasiado ocupado recaudando dinero y amenazando a los ciudadanos como para prestar atención a unos soldados que presuponía fieles. El ejército de Quinto Casio Longino, a sus espaldas, se dividió en dos.

Corduba, octubre del año 48 a. C.

A mediados de octubre, el gobernador no tuvo más remedio que concluir la recaudación de impuestos por la provincia, disponerlo todo para marcharse a Hispalis y preparar desde allí su viaje a África. Sin embargo, el desconocimiento de su débil situación en el campamento lo llevó a cometer un

inconmensurable error. A pesar tic que dejó las órdenes bien dadas sobre cómo debían desplazarse sus tropas hasta Hispalis, lugar desde el que partirían en barco rumbo a África, la milicia se vio libre en Corduba y se sublevó en un motín nunca antes visto en la Ulterior.

Una mañana de aquellos días me dirigía hacia la basílica para continuar con mi labor como cuestor cuando, de lejos, escuché una barahúnda grave y constante. Cuanto más me acercaba al foro, más alto y audible era aquel rumor. Mi estupor fue absoluto cuando descubrí que aquellas voces estaban aclamando a Pompeyo. Me pregunté a qué vendría aquel alboroto. Cierto era que Pompeyo había fallecido en el mes de septiembre en Alejandría mientras escapaba de las garras de César. Ocurrió tras la derrota sufrida en la batalla librada entre ambos bandos en Farsalia. Pero lo más seguro era que aquellos soldados no conociesen aún la noticia. Sin embargo pensé que a qué vendría aquello ahora. Decidí esperar al gentío en la plaza pública.

A su llegada al foro, la marcha se presentó numerosa y estridente, aunque pacífica. Los duunviros, ediles y el resto de decuriones que estaban en la cámara aquel día libre de sesión, salieron del edificio. Yo no tuve tiempo de alcanzar la basílica y me quedé a los pies de la escalinata de acceso a la curia, atento a todo lo que iba a ocurrir.

—¿Qué significa esto? —gritó el duunviro Herenio Fabio desde lo alto de la escalinata, haciendo callar a la muchedumbre.

Mi primo Publio dio un paso al frente y se colocó por delante de todos los demás. Mi padre, que estaba junto a Fabio, cerró los ojos y pude ver cómo, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, apretaba los puños en clara señal de impotencia.

—Una importante parte de los soldados de Quinto Casio Longino nos hemos desligado del gobernador —se apresuró a decir Publio—. Tito Torio, de Itálica, será nuestro cabecilla —Torio avanzó hasta la posición de Publio—. Contamos con apoyos por toda la provincia.

—Las dos antiguas legiones de Varrón, la II y la *Vernácula*, y cuatro cohortes de nuevos soldados reclutados por Quinto Casio Longino en su legión V están desde hoy con nosotros —aseguró Torio de forma tosca y algo amedrentado haciendo gestos con la boca que dejaban una y otra vez ver sus enormes dientes al descubierto—. Venimos procedentes de Ilipa con la intención de reclutar a cuantos hombres y ciudades deseen unirse a nuestra causa.

—¿Se trata esto de un motín? —preguntó mi padre, perplejo.

—Podría llamarse así —respondió Torio.

—¿Y qué es lo que queréis? —inquirió Herenio Fabio.

—En breve pondremos rumbo a Hispalis para acabar con Quinto Casio Longino —dijo Torio mostrando su genio y haciendo gala de un temperamento algo forzado por las circunstancias—. Queremos que la capital

de la Ulterior sepa la decisión que hemos tomado y que se unan a nosotros todos aquellos que así lo deseen.

Todos los soldados que estaban a nuestra vista habían escrito con pintura blanca el nombre de Pompeyo en sus escudos. «¡Qué infelices!», pensé para mí, como si Pompeyo fuese a agradecer aquel acto de conmemoración espontánea que habían tenido unos contrarios a Casio, aunque cesarianos en su mayoría, al fin y al cabo.

—¿Y qué tiene que ver Cneo Pompeyo Magno con todo esto? —salté sin pensarlo, incorporándome a la improvisada conversación mientras subía raudo la escalinata de acceso a la sala del senado local, intentando demostrarme a mí mismo que había intentado hacer algo desde mi posición de cuestor—. ¿Por qué metéis a quien ya ha perdido la batalla en Hispania en una guerra que no es la suya? ¿Acaso pretendéis que él os apoye? ¿Acaso desconocéis que Pompeyo ha muerto? ¡No significáis nada para aquellos que honran la memoria del general! Dejad a Pompeyo al margen y quizá os vaya mejor en vuestra empresa. Os ordeno ahora que borréis el nombre de Cneo Pompeyo de vuestros escudos. Él no es nadie ya en esta provincia, ni en Roma, ni en este mundo.

De pronto, Publio se vino hacia mí y me cogió del brazo izquierdo, levantándolo por encima de mi cabeza.

—¡Soldados! ¡Este es el hombre que necesitamos! —gritó—. ¡Este es Marco Claudio Marcelo!

—¿Qué? —contesté en voz alta y cerca de su oído, ya que el griterío de la multitud no me dejó otra opción—. ¿Qué pretendes con todo esto, Publio?

—Que te pongas al frente de este pequeño ejército —dijo mientras los demás ni siquiera nos prestaban atención—. Una persona como tú, cuestor, con don de palabra y capaz de arengar a las tropas es lo que estábamos buscando. Te conozco y sé que puedes hacerlo.

—¡Yo no soy un pompeyano!

—Muchos de los que están hoy aquí tampoco lo son. Esto no va contra César, sino contra Quinto Casio. ¡Pongamos fin a ese mequetrefe! Ayúdanos Marco. Hazlo por la memoria del abuelo —Publio sabía cómo tocarme la fibra sensible.

—¿Y Tito Torio?

—¡Oh… Torio! Salió como voluntario para representarnos y ya ves lo que vale: rudo, casi tartamudo, amilanado, vergonzoso… No sabe hilar más de tres frases seguidas.

—No puedo aceptarlo. Soy uno de los cuestores del gobernador.

—¿Es que ahora estás de su parte?

—No es eso, Publio, pero mi deber…

Pero de pronto, y antes de que pudiera terminar mi frase, una ingente masa de soldados vino hacia nosotros y unos cuantos me alzaron en volandas.

No había buscado aquella aclamación pero parecía que todos estaban de acuerdo en mi nombramiento. Al principio, con la finalidad de sosegar el ambiente, me vi en la obligación de aceptar ser el cabecilla de los amotinados aunque, instantes más tarde, mientras era paseado por encima de las cabezas de los congregados en el foro de Corduba, me regocijé en aquella decisión que yo no había tomado. Una fuerza infinita me elevó sobre los demás. Haberles dicho que sí a los sublevados se iba a convertir en mi particular venganza contra Quinto Casio Longino, el hombre que tanto daño había hecho a mi familia. Sí, lo tenía claro. Yo acabaría con Casio. Y justo ahora tenía la posición que necesitaba para ello.

Capítulo 14

Mi primera batalla

Corduba, octubre del año 48 a. C.

—¿Qué va a pensar César de ti, de mí, de nuestra familia, cuando llegue a sus oídos que tú, por todos los dioses, que tú eres la cabeza visible de este absurdo amotinamiento?

No me sorprendió que mi padre se mostrase reacio a la decisión de unirme a las tropas sublevadas. Era aquella la primera vez que me oponía claramente a su criterio y, además, lo había hecho de cara a la galería. Mientras hablaba, notaba la furia en su rostro, la impotencia en sus gestos. Mi madre también estaba con nosotros. Su dulce presencia calmaba algo los ánimos, a pesar de que ella no podía dejar de sollozar a las espaldas de mi padre. Me pedía que lo pensase, que no me mostrase imprudente, que me dejase aconsejar. Pero yo ya tenía la decisión tomada y no iba a dar marcha atrás. Mi destino, los dioses o una fuerza divina o humana indescriptible habían conseguido hacerme ver la vida de otra manera tras la violenta muerte de mi abuelo Marco. Ya estaba bien de seguir los designios de mi padre y de hacer lo que los demás esperaban de mí. Ya era hora de decidir por mí mismo. Lo había visto claro. Tenía la oportunidad de dar la cara por mi familia y acabar con el ingrato de Casio. Lucharía contra el propio Marte por hacer justicia. Nada iba a devolver el esplendor a *Villa Fertilitas* y tampoco mi abuelo Marco iba a regresar a casa, pero tenía sed de venganza y no iba a dejar escapar la ocasión de desquitarme.

—Padre, César apoyará nuestro parecer cuando sepa por lo que Quinto Casio nos ha hecho pasar —respondí armado de paciencia—. Es más, te animo a que te sumes a nuestra causa. No defiendas más una postura que hace tiempo que no beneficia a nadie.

—¿Cómo te atreves? ¿Acaso no eres mi hijo, criado en la casa de los Claudio? —mi padre se encolerizó pero supo dominarse respirando hondo y apretando los puños—. Mi sitio está aquí —continuó tras sentarse en su *sella*. Entonces comenzó a hablarme cabizbajo, como si ya se hubiese dado por vencido—. Soy, aunque por muy poco tiempo ya, duunviro de esta colonia

latina y no voy a abandonar a la ciudad a su suerte. Bastantes riesgos hemos corrido ya. Entiendo que tu juventud te lleve a perseguir tus ideales —me miró con expresión triste—. Yo siempre he defendido a los míos, aunque reconozco que en mis tiempos las cosas estaban algo más fáciles que ahora. No seré yo quien intente frenarte, incluso después de haberte puesto en bandeja la cuestura hace ya un año. Sin embargo, Marco, como padre es mi deber recordarte que, además de que dejas muchas responsabilidades aquí, en tu casa y en tu familia, la empresa en la que te has embarcado no será de fácil ejecución. Las represalias suelen ser duras para con los perdedores.

—¿Y qué hay de la memoria del abuelo? —pregunté indignado levantando ligeramente la voz. Me apresuré a tomar asiento en el borde de una de las *sellae* al otro lado de la mesa—. Da igual que Casio sea hombre de César. ¡Él nunca hubiera asesinado como el gobernador lo ha estado haciendo en este último año! No culpo a César por lo ocurrido, aunque sí debería haber depuesto del cargo al gobernador. ¿Y lo ha hecho? No, padre. Cayo Julio César continúa de brazos cruzados, esperando a que Casio explote de oro mientras en la Ulterior se diezma injustamente a la población y a su maltrecha economía.

—¿De verdad piensas que César está con los brazos cruzados? ¿Quién crees que ha perseguido a Pompeyo hasta los confines del Mediterráneo tras liquidar prácticamente a todos sus contrarios en Farsalia? ¿Qué significa para ti gobernar estas tierras? —mi padre también gritaba—. Mal empiezas tu carrera militar si opinas que los que están al frente de las legiones no hacen nada.

En aquellos días, en los que las estaciones aún no estaban acordes con los meses del año, el tiempo nos regaló una jornada de octubre veraniega, con un repentino aumento de la temperatura que nos hizo sudar tras tanta palabrería. Desde luego, aquella era la primera vez que me enfrentaba a mi padre y a sus ideales, pero de algún modo sentí que había llegado la hora de ser yo mismo y de que nadie dirigiese el timón de mi vida. Quizá ni siquiera esperaba que mi padre comprendiese mis sentimientos y actos.

Por aquel entonces, la parte del ejército que se había mantenido fiel a Casio se organizó rápidamente para abandonar el campamento de Corduba y salir al encuentro de su general, a sabiendas que de este ya conocía el motín desatado y había puesto rumbo a Corduba con la parte del ejército que le había acompañado a Hispalis. La ciudad de Ulia, a tan solo 18 millas de la capital de la Ulterior en dirección sur, abrió las puertas de sus murallas a los soldados sin cuartel que salieron en la búsqueda de su general. Aquellos legionarios lograron encontrar cobijo, con lo que ganaron lugar para guarecerse y tiempo para organizarse. Mientras tanto, nosotros, los amotinados —aunque deteste llamarnos así—, aprovechamos el campamento ya construido junto a las murallas occidentales de Corduba y comenzamos a

planear el asedio a Ulia para atraer a quien realmente nos interesaba, Quinto Casio Longino.

Una mañana, los vigías del campamento llegaron hasta el *praetorium* y me despertaron con desasosiego para anunciarme que Casio estaba casi a las puertas de la ciudad seguido por el grueso de su ejército. Me vestí con la saya, la cota de malla y la faldilla lo más rápido que pude. Me lavé la cara con abundante agua fría para intentar espabilarme con celeridad. Tomé el casco, del que salía un protuberante penacho de color rojo y dejé que un esclavo me colocase la capa de color escarlata que me distinguía como el cabecilla de mis hombres. Monté en mi caballo, que un par de esclavos ya tenían preparado a las puertas de la gran tienda de mando.

Dejé a Publio a cargo del campamento, con la orden de poner en marcha al resto de hombres lo antes posible y llegar hasta donde estaba Casio con los suyos y abandoné el cuartel junto a un reducido grupo de jinetes, los mejores del campamento, que me sirvieron de escolta. Entre ellos estaban el que iba a ser el jefe de la caballería de la V legión reclutada por Casio, Indo. Lo recordaba de aquel lejano día campestre que pasamos mi hermana y yo junto a Publio. Junto al jinete ilipulense también cabalgaba Philo y uno de los caballeros italicenses que habían llegado hasta Corduba para hacer frente a Casio, Quinto Pompeyo Niger. Lleno de recelos pero sacudido por el ímpetu de todos los caballeros que me acompañaban, rodeamos Corduba por su parte occidental. Los hierros de los caballos chocaban contra el suelo del camino de piedra componiendo una melodía casi armónica que sonaba a estruendo entre el silencio de las primeras horas del día. Cuando alcanzamos el lado sur de Corduba, el sol ya había salido. Aquella luz, amarilla, anaranjada, otorgaba un halo de misterio indescriptible a lo que teníamos ante nuestros ojos. La turma de caballería que conformábamos la avanzadilla de mis hombres frenó en seco cuando divisamos, al otro lado del Baetis, en un altozano desde el que se dominaba el valle del río y la ciudad, una sencilla pero robusta fortificación. La luz del primer sol de la mañana bañaba la parte derecha del fuerte de Casio. No se oía un solo ruido ni se vislumbraba ningún tipo de movimiento. Sin duda, aquello fue levantado durante la noche. Muy astutamente, Casio había utilizado el río como barrera natural, evitando así ser sorprendido por alguno de los nuestros.

—Va a arrasar Corduba —dije en voz alta lo que quizá debí guardar para mí, mientras me recreaba en aquella impresionante y estremecedora vista.

—No lo permitiremos —respondió Indo—, aunque no creo que esa sea su idea. Esta es la capital de la Ulterior.

—Precisamente por eso lo va a hacer —dije dirigiéndome a él—. Quiere dominar la provincia a través de su capital. Casio no tiene escrúpulos, Indo —apunté con aire de superioridad—. Ya nos lo ha demostrado. Con este nuevo ataque pretende expresar su poder y dejar claro quién manda aquí —hice girar

a mi caballo sobre sí mismo para dirigirme a los demás—. El resto del ejército está avisado y vendrán hacia aquí al mando del tribuno Publio Claudio Marcelo. Pero nuestros planes acaban de cambiar. Entraremos en Corduba, pero lo haremos por otra puerta. ¡Seguidme! —grité mientras espoleaba con los pies a mi corcel de pelaje negro guiándole hacia el norte.

Cuando alcanzamos el recinto amurallado de la ciudad, intentamos camuflarnos entre la población después de haber dejado los caballos bien amarrados en las cercanías de la puerta occidental. No fue tarea fácil esconder a treinta jinetes ataviados para la batalla, a pesar de que todos nos quitamos el casco para que nuestros penachos no llamasen demasiado la atención. La noticia de que Casio estaba a las puertas de Corduba había corrido con fluidez por entre las calles de Corduba y la gente hizo lo que les era propio, salir de sus casas para defender lo que les pertenecía por derecho. Cuando aún no habíamos alcanzado la zona aledaña al foro, nos encontramos con un grupo de soldados de Casio. A su alrededor, mujeres, niños y ancianos lloraban y suplicaban que no dañasen sus casas y les dejaran vivir. Decidí permanecer expectante. Los legionarios de Casio se mostraban agresivos aunque ninguno se atrevía a comenzar la matanza, quizá conmovidos por los llantos, los lamentos y los ruegos. Corduba daba pena. De pronto, una bola de fuego penetró en el interior de una vivienda y, en cuestión de un instante, los gritos desembocaron en histeria colectiva.

—¡Volvamos a por nuestros caballos! —grité a los míos.

Mientras corríamos por las calles ordené a Indo que se quedase al mando del destacamento de caballería que venía con nosotros. No me quedó otro remedio que tragarme mi orgullo y prejuicios con él en pos de la salvación de Corduba e Hispania Ulterior.

Cuando este afirmó acatar mis órdenes, me dirigí junto a Niger y Philo a la parte sur de la ciudad para buscar a Casio. Publio había hecho bien su trabajo y los hombres del campamento ya se encontraban allí. A lomos de mi caballo, pensaba rápidamente. A mi favor estaba el hecho de que contaba con más soldados que él. Con nosotros estaban las legiones II y *Vernacula*, las cuatro cohortes de la legión V y los mejores jinetes de la Ulterior para, poco a poco, sacar a los de Casio de Corduba y llevarlos a campo abierto para presentar batalla. Al poco, me encontré a mí mismo blandiendo una *spatha*. En aquel momento noté un súbito sentimiento de cobardía. ¿Qué hacía yo allí? ¿Qué me había llevado hasta esa tesitura? Pero recordé: la venganza. Así que grité todo lo fuerte y ronco que pude y penetré en el caos. Aquello era un desordenado combate en el que la lucha cuerpo a cuerpo reinaba como gran protagonista. Mientras buscaba a Casio por todas partes vi cómo mis hombres caían sin poder hacer nada por ellos. Pero yo deseaba encontrar al gobernador. No me servía enfrentarme a cualquier soldado. Quería verlo, acabar con él en aquel mismo instante. Lo busqué desde lo alto de mi caballo por todas partes.

Esquivé todos los golpes que pude y tuve la suerte de que nadie estuviese tan libre como para fijarse en que el cabecilla de los sublevados campaba a sus anchas a caballo entre el polvo de la batalla. Sin localizar al todavía gobernador de la Ulterior, entré de nuevo en Corduba. Sin suerte, al salir, lo que vi fue una bofetada de realidad. Las viviendas cercanas a la muralla de la ciudad ardían debido a varios focos de incendio intencionados. Las gentes corrían sin rumbo por la calles, intentando escapar de una matanza segura. Había madres desesperadas llamando a sus hijos, hombres que cargaban sobre sus brazos tres y hasta cuatro niños de pecho mientras las mujeres corrían arremangadas tras ellos con el rostro inundado en lágrimas. Vi cómo ancianos quedaban abandonados a las puertas de sus casas sin que nadie hiciese caso a sus lamentos y comprobé cómo las tropas de Casio estaban saqueando todo a su paso. Y yo, impávido, solo buscaba al gobernador. Pregunté por él, grité su nombre, maldije a todos los suyos, pero no apareció por ningún lado. No podía quitarme a mi familia de la cabeza. Cerré los ojos, visualicé el altar del atrio de mi casa, recé a los lares por los míos y di media vuelta. No tenía tiempo de acudir hasta la *domus* de mis padres, justo en la otra punta de Corduba. Mis soldados, siguiendo las órdenes de Publio e Indo, estaban haciendo bien su trabajo. Lo mejor era acabar con aquella lucha inútil.

Con las afueras de la ciudad envueltas en llamas y quizá aburridos de saquear y destrozar, los de Casio se retiraron hacia su campamento. Al poco, mis hombres y yo nos desplazamos hacia el nuestro. Estaba intacto.

Cerca de allí, en un leve altozano, pudimos ver cómo los atacantes cruzaban el puente sobre el Baetis y se encerraban en su fortificación. Tuve la sensación de que Casio se me había escapado de entre los dedos. Sin embargo, no había tiempo para lamentaciones.

—No lo he hecho bien, Publio —confesé a mi primo en la tienda de mando, aquella en la que Casio me había recibido el día de su asalto. Los centuriones contaban a los suyos para saber cuántas bajas habíamos sufrido—. He dejado a las tropas a su merced, he obviado el dolor de mis vecinos y me he obcecado en encontrar a un hombre del que no había ni rastro.

—No pienses eso, Marco —me contestó compasivo—. Diste tus instrucciones y fuiste a buscar al mando de las tropas. Es lo que se hace en el campo de batalla, ¿no? Quien consigue capturar al cabecilla del enemigo, gana.

—Debemos llegar de nuevo a Corduba y apagar las llamas que consumen parte de la ciudad. Avisa a Indo. Saldremos con la caballería hacia allí —ordené hinchando el torso, decidido a no ahondar más en la mala actuación que como general había tenido ante la que fue mi primera batalla.

El saqueo a Corduba fue rápido y certero. Casio y sus soldados sabían bien a qué casas debían entrar y cuáles eran las familias más vulnerables. No respetaron nada. Ni hogares, ni rangos, ni mujeres, ni niños. Muchos se quedaron sin hogar y otros perdieron casi todas sus pertenencias. Mi familia,

tal como yo temía, estaba dentro de la *domus* en el momento del asalto.

—Cerramos todas las puertas y ventanas y padre nos colocó a todos, sirvientes y esclavos incluidos, en el centro del jardín del peristilo —me comenzó a explicar Marcia en la sala de estar de la casa al día siguiente de lo ocurrido, cuando por fin el ambiente estaba mucho más tranquilo—. No dio muchos detalles de lo que estaba sucediendo fuera pero su rostro nos lo decía todo. Obedecimos sin hacer ni una sola pregunta, incluso el pobre Quinto acató las palabras de padre. ¡Qué asustado estaba! Y madre… jamás la he visto tan aterrorizada. Vi perfectamente cómo le temblaban las manos cuando nos acariciaba en el jardín para intentar tranquilizarnos.

—¿Cuánto rato estuvisteis allí? —pregunté.

—No te lo podría decir. No creo que fuese demasiado, aunque se hizo eterno. Padre salió a la puerta con Belonio y la cerró desde fuera. Fue terrible no saber lo que estaba sucediendo.

En ese momento, mi padre entró en la sala. Parecía que habían pasado años desde la última vez que lo había visto. Sus ojos se habían hundido en las cuencas entre profundas arrugas, los párpados se habían desplomado dejando su azulado iris medio oculto, incluso su cabello me pareció más blanco de lo habitual.

—¿Qué haces aquí, Marco? —me preguntó languidecido, mientras caminaba sin alzar la cabeza.

—¿Acaso no soy bienvenido en mi propia casa, padre? —respondí.

—En esta casa no es bienvenido ningún enemigo de Cayo Julio César.

—Ya lo entiendo. Por eso dejaste a toda la familia dentro y saliste de aquí para enfrentarte a Casio, el gran amigo de César —esto último lo pronuncié con desdén, denotando ironía, lo que enervó a mi padre más de lo que ya estaba.

—¡Tú no eres nadie para juzgar lo que los verdaderos comprometidos con nuestro ideario hacemos o dejamos de hacer! —gritó sin medir la voz, a pleno pulmón—. Yo nunca he cambiado de bando. Yo nunca he asumido una responsabilidad que no me correspondía. ¡Yo nunca me he enfrentado al dictador de Roma!

Mi padre estaba fuera de sí. Marcia salió discretamente por la puerta de la sala y nos dejó solos.

—¿Crees que esto ha sido culpa mía? —pregunté con total tranquilidad.

—Marco, no entiendes nada.

—¡Por todos los dioses! ¡Explícate, padre! —grité desesperado.

—Has puesto a tu familia en peligro. Y, una vez más, he sido yo, el *paterfamilias*, el que ha tenido que solucionar los problemas. Tus problemas, Marco —mi padre hizo una pausa y se sentó en una de las *sellae* de la sala sin ofrecerme ocupar otra. No me miraba a los ojos. Su mirada estaba clavada en el suelo, decorado a base de un mosaico geométrico en blanco y negro.

Cuando estuvo acomodado, continuó—. Si los dejé aquí, dentro de casa, fue porque sabía que Quinto Casio en persona iba a venir a buscarte. Quería salir solo pero Belonio insistió en acompañarme. Juntos, esperamos a que llegasen los soldados del gobernador. No tardaron en hacerlo, junto al propio Quinto Casio. Cuando llegó, uno de sus centuriones me pidió que abriese la puerta o que me retirase para entrar él. Sin embargo, yo miré directamente a los ojos de Quinto Casio y le pregunté qué se proponía hacer en la casa de un fiel duunviro. Me respondió que en aquella casa también vivía su cuestor más traicionero. Y ese eras tú, Marco. Casio había confiado en ti y ahora te has convertido en el líder de las tropas sublevadas —mi padre levantó la mirada, dirigiéndola a mí—. Tuve que decirle que tú ya no eras mi hijo y que no contabas con mi apoyo. Era la única manera de salvar al resto de la familia y nuestras pertenencias. Ya perdimos al abuelo y a *Villa Fertilitas* y no estoy dispuesto a llorar más muertes en esta familia. Así que ahora —dijo lentamente—, tengo que ser consecuente con mis palabras y, al menos hasta que Casio se marche definitivamente de Hispania, no podrás refugiarte en esta casa.

Aquel testimonio de mi padre cayó sobre mí como un pesado bloque de plomo. No hubo más discusiones. Ni tan siquiera hubo una despedida. No pasé por mi dormitorio a recoger nada ni hice por ver a mi madre o hermanos. La casa estaba en completo silencio. Parecía que todos esperaban a que yo me fuese para recuperar el ritmo normal de cada día. Cuando salí por la puerta principal y la cerré tras de mí, respiré hondo antes de soltar el gran llamador de bronce que colgaba a media altura de una de las dos hojas del gran portón de la *domus*. Había llegado mi hora.

Capítulo 15

El enfrentamiento

Corduba, noviembre del año 48 a. C.

Tras abandonar el hogar en el que había crecido junto a mi familia, me personé ante los cordubenses más afectados por los últimos acontecimientos. El paseo por la ciudad fue desolador. Parte de Corduba estaba irreconocible. Algunas de las casas, y sus jardines, tan solo eran cenizas; había *domus* enteras tan negras como el abismo, sobre todo en las afueras; personas acogidas por familiares y amigos; y mujeres y niños que vagabundeaban por las calles intentando conseguir algo de comida en buen estado. Todos, sin excepción, me pedían que terminase con Casio. Aquel que no me lo decía con palabras, lo hacía con la mirada. No pude hacer más en aquel momento que prometerles que aquella situación iba a revertirse lo antes posible. Entendí que muchos depositaron todas sus esperanzas en mí. Me invadió un profundo sentimiento de responsabilidad y me propuse, desde entonces, no solo vengar a mi abuelo, sino a mi tierra, ya harta de sufrir los avatares de un déspota sin escrúpulos que solo miraba por su propio ombligo a costa de la riqueza, los ahorros y la despensa de leales ciudadanos.

—¡Cruzaremos el Baetis y nos dispondremos en formación de combate ante los hombres de Quinto Casio Longino! ¡No hay tiempo para las dudas ni para pensar en mejores estrategias. Casio está a cuatro mil pasos de Corduba y no podemos dejarle escapar! —grité a mis soldados, órdenes que recibieron con alegría contenida y ansias de batalla.

No me quedaba otra, a pesar de que nuestra posición estaba en clara desventaja frente a la de Casio, que seguía apostado en lo alto de una loma sobre el serpenteante Baetis. Tras ejecutar mis órdenes, el río quedó a nuestras espaldas. Permanecimos en formación mientras esperábamos la respuesta del ejército del gobernador, que seguro se mostraba expectante en lo más alto de su inexpugnable cerro. No podíamos escalar ese monte. Para alcanzarlos hubiéramos tenido que dar tal rodeo que habríamos quedado en clara desventaja. Además, Corduba hubiera quedado desvalida. Ya habíamos cedido

suficiente colocándonos casi encajonados entre un río y una colina como para plantear un suicidio en masa a mis hombres. Había que esperar a que Casio descendiese desde su posición para plantear la batalla en el llano en el que nos encontrábamos nosotros. La superioridad numérica haría el resto.

Pasamos así varias horas, esperando la respuesta de Casio. Y el calor de las postrimerías del verano cordubense hizo mella en los soldados, que necesitaban agua en abundancia para poder proseguir en sus puestos, listos para el combate. Pero Casio no respondía a nuestra afrenta. Así que, cuando el sol comenzó su rápido descenso hacia el oeste, ordené a mis hombres la retirada hacia nuestro campamento, en la margen derecha del río. Era mejor guarecerse y estudiar la actitud de los adversarios en los próximos días antes de tomar cualquier otra decisión.

Mis hombres volvieron sobre sus pies y, tras recuperar la formación, comenzaron el camino de regreso. Con la finalidad de dirigir sus movimientos, me coloqué a la vanguardia de las fuerzas que estaban conmigo y, cuando di media vuelta para hacerles partícipes de mis instrucciones, pude ver cómo decenas, cientos, miles de los soldados de Casio bajaban a caballo desde el altozano en el que se habían guarecido y venían directos a nosotros.

—¡Nos atacan! ¡Nos atacan! —me desgañité—. ¡A vuestras posiciones! ¡Recuperad la formación! ¡Por todos los dioses, no perdáis la formación!

El encontronazo entre los jinetes del gobernador y mis soldados de a pie tuvo lugar justo en la ribera del Baetis. Los caballos se introducían a gran velocidad entre nuestras filas, que se descompusieron con facilidad. El descontrol reinó en aquella inesperada batalla, iniciada con un ataque sorpresa y por la espalda. En mi preocupación por agrupar a los míos, agotados por la espera de un día completo bajo el caprichoso sol del sur de Hispania, pronto perdí la pista de mis más allegados. No encontraba por ningún lado a Publio, Niger, Philo o Indo.

No pudimos hacer nada contra ellos. Sus espadas volaron raudas entre nuestros soldados cortando cabezas, brazos o haciendo profundos tajos en extremidades o rostros. Nos defendimos como pudimos, cambiando de estrategia cada vez que el enemigo permitía cierto margen de movimientos, blandiendo nuestras espadas en alto, sosteniendo los escudos con heroísmo e intentando hacer el mayor daño posible a los de Casio. Cuando ya pensaba que no saldría nadie vivo de aquella escaramuza, los jinetes enemigos trotaban cerro arriba para guarecerse de nuevo dentro las murallas de su campamento. Tuvimos suerte. No perdimos demasiados hombres gracias al escaso tiempo que duró el ataque. Respecto a mí, no tuve oportunidad de plantar batalla. Aquello me atormentaba, pensando que mis hombres pudieran ver en mí a un líder cobarde y falto de práctica, sobre todo, después de aquel fatídico día en Corduba en el que me ofusqué buscando a Casio sin resultado alguno.

Al cobijo de nuestra fortificación, encontré sin demasiada dificultad a los

míos. Enseguida acudió Indo a mi lado, para ponerme al día de la situación de las tropas. Suspiré aliviado cuando vi de lejos a Niger echarse agua sobre su cabeza a las puertas de una de las tiendas y a Publio conversando junto a Philo y otros soldados mientras caminaban por el campamento asistiendo a los heridos.

—Esto ha sido un desastre —me desahogué con Publio totalmente desmoralizado pocos minutos después en el *praetorium*—. No valgo para esto. Te equivocaste conmigo.

—No digas eso, Marco. Nadie podría haber previsto que los de Casio bajasen colina abajo al atardecer —intentó animarme mi primo.

—Tendría que haberlo imaginado…

—¡Oh, vamos, Marco! Deja de mortificarte y empieza a pensar en mañana. Analicemos lo que ha ocurrido y aprendamos de ello. Convoca a los tribunos. Reunámonos en consejo de guerra.

Algo más tarde, una veintena de soldados tomamos asiento en el *praetorium*. Entre ellos estaban Indo y Publio, como tribunos, y Niger y Philo, como hombres de confianza.

—Quito Casio no quiere perder a ninguno de los suyos y no ha planteado una batalla real, sino una escaramuza. Nos ha echado encima a sus tres mil caballos solo para menoscabar nuestras fuerzas —resumí como preámbulo.

—Señor —añadió uno de los tribunos—, hemos conseguido algunas bajas en el ejército enemigo, aunque han sido mucho menos que las nuestras.

—Las víctimas han quedado abandonadas en el lugar de la batalla —señaló Indo.

—Hemos regresado al campamento presas del pánico —comenté taciturno —. Si queremos acabar con Quinto Casio debemos pensar en otras estrategias. Hay que pensar, hay que pensar…

—Mañana podríamos volver a hostigarlos —sugirió Indo.

—No, debe ser algo más seguro para nosotros. Mañana podrían volver a lanzarnos la caballería. No podemos permitirnos más bajas —apuntó Niger.

—La clave está en ser más rápidos que ellos —señaló Publio— pero, ¿cómo hacerlo?

Rápidos, pensé. Sí, teníamos que ser más rápidos. Medité unos segundos con la mirada perdida antes de tomar la decisión a la que llevaba dando vueltas un buen rato. Si la calidad de mis tropas era inferior a la de las de Casio, aunque éramos más que ellos, quizá nos tocaba a nosotros hacer uso del factor sorpresa.

—Indo, nos vamos —dije mientras me levantaba de súbito—. Avisad a las tropas. Mudamos el campamento.

No había tiempo que perder. Aquellas eran las noches más corlas del año así que, cuando tan solo habían pasado un par de horas desde que di las órdenes, todos estábamos en marcha. La infantería salió en primera línea,

seguida por las tropas auxiliares y los esclavos, que marchaban en la retaguardia después de recoger los pertrechos necesarios para levantar una nueva fortificación lejos de Corduba. Todos caminábamos en dirección sur, hacia la posición que habíamos tomado el día anterior bajo el campamento de Casio, a cuatro mil pasos de donde nos encontrábamos. Teníamos tan solo seis horas, a lo sumo siete, para conseguir nuestro objetivo y levantar las empalizadas antes de que amaneciera. No había luna, nos tenía que bastar con la trémula luz que nos llegaba desde Corduba. Las antorchas estaban prohibidas. La oscuridad de la noche nos amparaba.

Todos marchaban a pie, pero yo preferí hacerlo a lomos de mi caballo para alcanzar la vanguardia y la retaguardia de la caravana con prontitud. Así, troté entre mis hombres durante el camino, dando las órdenes precisas, dirigiendo la marcha y hablando con los encargados de las tropas auxiliares para asegurarme de que la fortificación se construiría en el mínimo tiempo posible.

Todo salió como lo había planeado. Antes de que despuntara el alba, las bases del nuevo campamento estaban construidas, a falta de levantar todo el interior. Era muy probable que Casio tuviese conocimiento de nuestro nuevo emplazamiento, ya que estábamos lo suficientemente cerca como para no poder disimular los ruidos propios de la construcción de una plaza fortificada. Sin embargo, en aquel momento, nada me importaba más que el hecho de que todos hubiésemos sido capaces de llegar hasta allí sin desatar la ira de nuestro todavía gobernador. Las tropas auxiliares tendrían tiempo de sobra para seguir con su labor dentro de los muros fortificados hasta que todo estuviera en orden de nuevo.

—Que preparen el desayuno —pedí a Publio, que ya ejercía de tribuno. Aquel no era un ejército formal, así que tampoco había nombramientos formales— y que los centuriones organicen turnos para el descanso. Nadie ha dormido esta noche y es oportuno que los hombres estén en buena forma. No sabemos cómo se tomará Quinto Casio nuestra mudanza.

Pero el gobernador no pareció verse afectado por ello. Ni en un día, ni en dos, ni en diez. Desde el campamento de nuestros enemigos, nadie movía un dedo por enfrentarse a nosotros. Cierto era que nuestra infantería les superaba claramente en número, pero ellos contaban con una posición geográfica en clara ventaja y una caballería que ya nos había hecho mucho daño. ¿Qué le pasaba a Casio? ¿Por qué no atacaba? ¿Tanto le había desconcertado nuestro cambio de emplazamiento?

—No vamos a hacer nada. Movernos en cualquier dirección no haría otra cosa más que ponernos en peligro y perder hombres —dije a los tribunos de las legiones que me acompañaban en una reunión rutinaria de estrategia—. Las órdenes son esperar a que Quinto Casio ataque. Si quiere vérselas con nosotros, tendrá que bajar hasta aquí. ¿Qué hay de los suministros? Averiguad de dónde consiguen el agua y cortad ese canal. Parece que esa va a ser la única

razón para hacer que abandone su posición.

—Es muy probable que el agua la tomen de la parte más próxima al Baetis, señor —dijo Indo.

—Bien, resolved ese asunto, tribuno. Dilucidad por dónde se abastecen y terminad con esa fuente. Y que se marchen. Si cambia el escenario quizá cambien también las vicisitudes de esta guerrilla.

Aquel mismo día Indo encontró el canal desde el que Casio desviaba agua del Baetis para el suministro de su campamento. No fue difícil dar con él y, como preveía desde el principio, la falta de líquido dio los resultados que esperábamos. Dos días más tarde, al amanecer, Casio y sus hombres habían desaparecido. Se habían esfumado en mitad de la noche. Los centinelas me advirtieron de los movimientos que se constataban en el campamento adversario pero no hice nada por detenerlos. Solo indiqué que se doblara la vigilancia y que los dejaran hacer. Los espías confirmaron lo que yo imaginaba. Casio y sus hombres se habían recluido en el cercano municipio de Ulia, hasta ahora, el más fiel bastión que el gobernador había encontrado en la Ulterior. El resto del ejército había montado el campamento junto a las murallas de la ciudad.

Capítulo 16

La huida

Ulia, noviembre del año 48 a. C.

Mi ejército y yo llegamos a Ulia al atardecer del día en que Casio abandonó el altozano desde el que dominaba Corduba. El camino hacia el municipio hispano nos ofreció un panorama desolador. No solo Corduba había sufrido los reveses del gobernador. Los campos también estaban arrasados. Mientras que en algunas parcelas los daños se verían en la siguiente cosecha porque el trigo ya había sido recolectado, en otras el cereal había quedado reducido a varas de ceniza que se perdían, grano a grano, con el vaivén del viento que las mecía. Cada una de las espigas de trigo que hacía pocos días resplandecía dorada, vestía un siniestro color ceniciento que dotaba al paisaje de una oscuridad sin precedentes en mi tierra. Fue duro y ciertamente cruel descubrir que Casio aún podía provocar más destrozo del que ya había ocasionado.

Durante todo el camino, Publio, Indo, Niger y Philo anduvieron a mi lado. En los últimos días, había nacido entre nosotros una amistad que se alimentaba a base de horas de caminata, ratos de planificación estratégica y charlas bajo las estrellas. Aún sentía cierto recelo hacia el *rex* íbero y no me sentía capaz de sacar a relucir el nombre de mi hermana en ninguna conversación, aunque, en los momentos de silencio, deseaba hacerlo a cada instante. Supuse que entre ellos había algo. Indo guardaba para sí secretos inconfesables relacionados con Marcia. Lo notaba en su mirada, que se escabullía de la mía cuando no tratábamos cuestiones militares. Aquello me impedía confiar plenamente en él, pero a la vez sentía que sus acercamientos eran sinceros y que perseguía el mismo fin que los demás, derrocar a Casio y subir peldaños en el complejo entramado militar de Roma.

Indo procedía de Ilípula, una localidad relativamente próxima a Onuba y a Gades cuya economía estaba basada en la explotación de unas cercanas minas. Los metales de dicha cantera se exportaban a todo el territorio romano gracias al pequeño pero interesante puerto con el que Ilípula contaba en la ribera del río Urium, cuenca que pasa justo a las puertas de la ciudad. El cobre, la plata y

el hierro extraídos de las profundidades de su suelo navegaban río abajo en dirección al océano para atravesar en menos de una jornada las columnas de Hércules y penetrar en el Mediterráneo, distribuyendo así su mercancía por todos los puertos. Por aquel entonces, Indo se había convertido en *rex* de su territorio. La lealtad de los suyos a Roma era prácticamente indiscutible después de que Ilípula hubiera sido arrasada por nuestras legiones en los tiempos de Escipión. Indo, en su afán por congraciarse con Roma, no dudó en atender a la llamada de Casio y formar parte de su ejército de caballería al mando de sus propios jinetes, los que reclutó entre los caballeros de su pueblo y otros colindantes. Aquel gesto agradó sobremanera al gobernador, quien depositó en él más confianza de la que hubiera debido, ya que Indo y los suyos no dudaron en posicionarse en favor de los hispanos vapuleados tras las extorsiones de su general.

La familia de Indo, además de pertenecer a las más altas esferas de la sociedad indígena, se había enriquecido con la explotación de las minas situadas en su territorio. El cobre, la plata y el hierro apenas pasaban por sus almacenes antes de ser embarcados con rumbo a cualquier ciudad del territorio romano, ya que el acuerdo rubricado con Roma les impedía abastecer a nadie más, por mucho oro que aquellos negocios les pudiera brindar. Era un mal trato para ellos, aunque en realidad con Roma no les había hecho falta recurrir a clientes extranjeros.

—Roma nos impone sus normas pero a nosotros nos complace acatarlas —me contaba Indo mientras ascendíamos por una de las suaves lomas que nos llevaban hasta Ulia. Su cabello rubio, más largo de lo que era conveniente en un romano, se mantenía ensortijado hasta la altura de sus cejas. Indo tenía mi edad aunque era barbilampiño y apenas se rasuraba la cara, tarea diaria para mí que me molestaba bastante—. Nuestro estatus en Ilípula no nos permite trabajar en las minas de la comarca, por lo que tanto mis hermanos como yo hemos recibido formación militar, al igual que les ha ocurrido a la mayoría de los caballeros que nos acompañan. Todos los que nos han venido conmigo, casi dos mil hombres, lo han hecho de manera voluntaria.

—El amor por Roma es grande entre los tuyos —comenté.

—Desconozco las intenciones del resto, aunque me aventuro a decir que son económicas. Sin embargo, señor, yo quiero ir a Roma.

—Eres ciudadano, pero pocos de nosotros tienen tus costumbres. ¿Seguro que quieres convertirte en un auténtico romano? —pregunté algo sorprendido.

—No se trata de renegar de mis orígenes pero, si a mi tierra han llegado los romanos, ¿qué mejor manera de involucrarnos en su proyecto que hacernos de los suyos? Roma respeta nuestra idiosincrasia, nuestra cultura, nuestra religión y hasta nuestro modo de vida. Roma conquistó Hispania hace más de cien años pero en la mayoría de las ciudades no ha sido por la fuerza —Indo hizo una parada y giró la cabeza hacia su izquierda para mirarme de frente—.

Marco Claudio, nuestro deseo es algo que nace desde dentro. Es voluntario. Estamos aquí porque así lo deseamos.

—Has terminado algo más lejos de Roma de lo que esperabas —comenté en tono jocoso, con una media sonrisa.

—Sí, tienes razón —rio Indo—, pero este es el precio que hay que pagar para conseguir hacerse valer en la capital del mundo. Llegaré a Roma, Marco Claudio. Estoy seguro de ello. Y lo haré junto a ti.

—¿Y qué pasará con vuestro pueblo, con vuestra gente?

—Ya sé que soy *rex*. Soy consciente de mi responsabilidad. Pero también tengo alma de guerrero. Creo profundamente en Roma y en su proyecto, por lo que pienso que una alianza con la *Urbs* nos podría beneficiar a todos.

—Supongo que alguna vez tendrás que regresar a Ilípula.

—Quizá. Pero tampoco será definitivo —suspiró—. ¿Y tú, Marco Claudio, deseas también alcanzar Roma? —aquella pregunta me pilló desprevenido.

—Me sorprende lo bien planificada que tienes la vida, Indo. En realidad, yo —titubeé antes de contestar— hasta hace muy poco solo pensaba dedicarme a la gestión de las tierras familiares y a seguir subiendo peldaños en mi *cursus honorum* en Corduba, tal y como ha hecho mi familia desde que se asentó aquí hace más de cien años. No te voy a negar que he soñado con Roma y sus bondades, igual que tú, pero siempre lo he visto como un sueño imposible, algo inalcanzable, a pesar de que incluso tengo familia allí. Mi abuelo Paulino es senador.

—¿Han cambiado ahora tus miras? —me preguntó—. Me refiero a si piensas que la situación para ti es más propicia después de todo lo que está ocurriendo.

—No lo sé. Si te soy sincero, aún no te he tenido tiempo de asimilarlo, aunque sí tengo claro que, en mi cabeza, no hay lugar para una planificación tan minuciosa como la tuya —sonreí—. La vida me está enseñando que no se pueden hacer planes, ni siquiera a corto plazo.

Tan inmersos estábamos en nuestra conversación que tardamos en acertar a ver la silueta de un jinete que se vislumbraba en la lejanía, en dirección sur y que venía hacia nosotros cabalgando con denuedo. En cierto modo, me sentí aliviado. No me apetecía en aquel momento continuar con aquella inesperada conversación sobre mi futuro. Ni siquiera yo tenía las cosas claras.

—¡Equitio! —exclamé con voz queda en el momento que reconocí a aquel jinete que se acercaba a nosotros a gran velocidad. Provenía de Ulia, donde lo había enviado como espía. Philo, Publio y Niger se apresuraron hasta nuestra posición.

—General —saludó con el puño derecho en el pecho cuando alcanzó nuestra posición. En su mano izquierda sujetaba las riendas de su caballo, un precioso ejemplar tordo que levantó sus patas delanteras cuando detuvo su

galope frente a nosotros.

—Saludos, Sexto Equitio. ¿Qué noticias traes? —pregunté.

—Quinto Casio Longino ha enviado a varios de los suyos a pedir auxilio a Marco Emilio Lépido y al rey Bogud de Mauritania —anunció sin rodeos el soldado camuflado de ciudadano normal. Agradecí que no se anduviera por las ramas.

—Vaya, nuestro gobernador por fin se ha visto acorralado —comenté—. Pero tardarán semanas en llegar los socorros que ha solicitado a la Citerior y a África —calculé—. ¿Cuál es la situación en Ulia?

—Todos los de Quinto Casio están dentro del campamento que se ha levantado junto a la ciudad, adosado a ella. Las murallas se encuentran cerradas a cal y canto. Solo se abren para dejar entrar y salir carros con suministro. Incluso los comerciantes se están viendo obligados a negociar de puertas para afuera.

—Bien, sigamos nuestro camino —dispuse mirando a Indo y esperando un asentimiento por su parte—. En pocas horas llegaremos allí. Sexto Equitio —me retiré del grupo y me situé junto al eficaz mensajero. Agaché la cabeza y lo tomé por un hombro. Le hablaba en voz muy baja—, lo que voy a pedirte es la mayor prueba de lealtad que hayas tenido que hacer en tu vida. Sabes, tan bien como sé yo, que la alternativa que tenemos para con Quinto Casio es un asedio a Ulia —él asintió—. Te pido entonces que consigas entrar de nuevo en la ciudad y que permanezcas allí. Ya encontraremos la manera de que puedas mantenernos informados sobre lo que está sucediendo dentro. Con suerte, se habrán rendido antes de que lleguen las ayudas.

Aquella misma tarde alcanzamos Ulia. Fue entonces cuando descubrimos una ciudad que parecía muerta por el silencio y la pasividad que aparentemente envolvía el recinto amurallado. Situada a dieciocho millas de Corduba, en un leve altozano del terreno, Ulia era un municipio de notables dimensiones. Estaba fuertemente defendida por unas elevadas murallas que tan solo dejaban ver la parte superior de la ciudad, inalcanzable desde fuera de sus puertas. Tras ordenar a los soldados que esperasen en el camino, pedí unos caballos para dar una vuelta de reconocimiento. Marché junto a Indo, Publio, Philo, Niger y un pequeño destacamento de caballería que actuaba como escolta. Lo que más temía era una andanada de flechas, por ello no nos acercamos demasiado a la muralla. A nuestro paso, las puertas de Ulia se cerraban a tal velocidad que incluso había habitantes que se quedaban fuera, suplicando muertos de miedo que les dejaran pasar. Algunos comerciantes, apostados junto a los elevados muros de piedra, recogían con rapidez y eficacia sus puestos y otros se marchaban directamente, aprovechando que tenían su tenderete montado en el carro y, este, atado a una mula. Rodeado todo el perímetro, confirmamos que el campamento de Casio y la propia Ulia se habían convertido en una sola cosa.

—Se han preparado para un asedio —observó Indo en voz alta.

—Han tenido poco tiempo —contesté—. No creo que hayan conseguido demasiados víveres. No mucho más de lo que la propia ciudad tuviese ya almacenado. Hay demasiados soldados ahí adentro. No tardarán en acabarse todas las provisiones.

—Quizá tengan para una semana, un mes…

—Eso es demasiado. Y no me gustaría esperar tanto —dije mientras espoleaba mi caballo.

Galopé hasta que me aposté bajo una de las torres de la impresionante muralla, poniendo en riesgo mi vida. Los demás me siguieron para protegerme.

—¡Busco a Quinto Casio Longino! —grité—. ¡Deseo ver a Casio! ¿Dónde está vuestro líder? ¡Casio! ¡Casio!

Tal y como esperaba, nadie contestó. Tampoco hubo flechas, gracias a los dioses. Ahora reconozco que haber puesto a tiro a los míos fue una irresponsabilidad. Los soldados que hacían de vigías en la torre de la muralla apenas si cambiaron el gesto durante mis preguntas y ni siquiera se dignaron a mirarme. Ulia estaba cerrada a cal y canto y Casio, sin duda, estaba dentro.

—Quiero un grupo de hombres en cada una de las puertas y otro más cada veinte pies, todos a una distancia prudente como para no ser alcanzado por una flecha —ordené después de haberme reunido con el resto de la tropa ya lejos del peligro que podían suponer la murallas de Ulia—. Indo, dirige las operaciones. Y escuchad bien todos. Construiremos un campamento fortificado justo ahí —señalé un terreno llano al este de Ulia, en el lado opuesto de donde se había instalado Casio—. No sabemos cuánto tiempo tendremos que estar aquí. Por ahora, solo vamos a vigilar. No quiero que esto se convierta en un acoso. Ulia es una ciudad cesariana. Por ahora, prefiero que no haya bajas, ni de un bando ni de otro. ¿Me habéis entendido bien? Por el momento, solo vigilar. Que nadie entre ni salga de las murallas de Ulia.

Mis órdenes fueron acatadas con rigurosidad pero los días pasaron sin que sucediese nada relevante. La ciudad no mostraba signos de flaqueza y mis hombres y yo nos aburríamos demasiado. Lo único que nos demostraba que había personas con vida tras aquellas murallas era que los centinelas que aguardaban sobre en las torres de vigilancia cambiaban el turno entre tres y cuatro veces cada día. Todo lo demás lo hacían en completo silencio.

Un mañana, tras días de espera y cuando nuestra paciencia estaba llegando al límite y mis soldados deseaban la lucha cuerpo a cuerpo tanto como yo, llegó desde el norte un grupo de jinetes. Yo me encontraba en mi tienda, concentrado en urdir estrategias para abrir la inexpugnable Ulia sin hacer más daño del previsto en un asedio, cuando Publio me interrumpió.

—Marco, acaban de llegar emisarios de parte de Marco Emilio Lépido. Han preguntado por el general de las tropas —me anunció tras entrar

súbitamente en mis dependencias y llamarme por mi nombre de pila, licencia que se permitía únicamente cuando estábamos a solas.

—Por fin tenemos novedades —celebré. Me levanté rápido y me puse el uniforme militar, dispuesto a salir y descubrir cuál era el tono del mensaje que enviaba Lépido.

Fuera del campamento aguardaban media docena de hombres, todos subidos a lomos de sus caballos excepto el primero de ellos, que había descabalgado y estaba colocado delante de los demás. Sujetaba su casco con penacho de color rojo con el brazo izquierdo.

—Soy Lucio Titinio, tribuno de Marco Emilio Lépido —me saludó con el puño derecho en el pecho—. Nos envía el procónsul de Hispania Citerior en su nombre como respuesta a la petición de auxilio enviada por Quinto Casio Longino. De camino están treinta y cinco cohortes y miles de caballeros arropados por numerosas tropas auxiliares enviadas por el procónsul de Hispania Citerior.

—¿Y para qué me han hecho llamar? ¿No es a luchar a lo que habéis venido? —le espeté.

—¿Podríamos hablar en privado?

Lo invité a entrar en el campamento y luego en mi propia tienda. El ambiente estaba oscurecido por el color ocre de las lonas y la escasez de lucernarios encendidos. Lucio Titinio entró antes que yo. Anduvo varios pasos y se volvió sobre sí mismo. No lo invité a tomar asiento. La mesa junto a la que nos situamos estaba llena de planos y pergaminos a medio enrollar. En las *sellae* había varias túnicas y capas de abrigo mal colocadas.

—¿Cómo ha llegado la situación hasta este punto, Marco Claudio? —me preguntó a bocajarro.

—No sé qué a qué te refieres, Lucio Titinio —disimulé ganando tiempo para entender por dónde iba a salir aquel legado.

—Me refiero a cómo los disturbios en la Ulterior han llegado tan lejos; a cómo ciudadanos de prestigio han tenido el valor y la indecencia de atacar deliberadamente a su gobernador; y a cómo tú, Marco Claudio, cuestor del gobernador de Hispania Ulterior, Quinto Casio Longino, has aceptado ser nombrado el primero de un ejército alzado en contra de su comandante.

—¿Acaso Quinto Casio es inocente de toda culpa? —le pregunté mostrando asombro en mi gesto.

—Repito que Quinto Casio Longino es el procónsul de Hispania Ulterior.

—Quinto Casio se ha aprovechado de su posición para extorsionar a la población en su propio beneficio —me mostraba enojado. Detestaba que alguien no entendiera la terrible situación por la que nos había hecho pasar Casio—. Y los ciudadanos, tanto los humildes como los de la clase alta, han terminado por cansarse.

—Ese es un resumen demasiado escueto y vacío de detalle que no excusa el

comportamiento de la población —me interrumpió—. En cualquier caso, no hemos venido aquí para pedir explicaciones. El mal ya está hecho. Queremos llegar a un acuerdo. Al fin y al cabo, todos somos hombres de César y su deseo es que reine la paz allí donde él dejó concordia. Dejad a Quinto Casio y venid con nosotros.

Lucio Titinio quedó en silencio, a la espera de mi respuesta. Con un gesto, lo invité a continuar hablando.

—Olvídate de esta empresa, Marco Claudio —me aconsejó—. A un par de días de camino, vienen hacia aquí las legiones de Marco Emilio Lépido dispuestas a todo. Piénsalo y deja que tus hombres se sumen a nuestro ejército, ahora que aún estáis a tiempo. No habrá represalias.

—Ni lo sueñes —le contesté. La ira se apoderaba de mí—. Al menos, hasta que acabemos con Quinto Casio. Sabes que soy hombre de César, pero no puedo mirar en la misma dirección que Quinto Casio. Mis soldados nunca aceptarían ese acuerdo.

—Te recuerdo que solo cuentas con dos legiones para luchar contra los nuestros, los hombres de Quinto Casio y el ejército del rey Bogud Ben Boceo, de Mauritania, a quien tu gobernador también ha pedido ayuda. Desconozco el número de efectivos que llegarán de su parte, aunque te aseguro que Boceo no va a desplazarse hasta aquí para perder.

—No es mi intención derramar sangre —confesé—. Me reitero en que nuestro único fin es sacar del juego a Quinto Casio. Es tan fácil como eso. Si él desaparece, nosotros volveremos a ser sumisos a Cayo Julio César. ¿Qué me ofreces a cambio de evitar una batalla?

—Ya te lo he dicho. Que os unáis a nosotros. Tú mismo lo has mencionado hace un momento. Todos somos hombres de César.

—No voy a aceptarlo, a menos que se haga prisionero a Quinto Casio —fue mi última oferta—. Nunca más estaré, nunca más estaremos en el mismo bando que Quinto Casio Longino.

La conversación divagó en estos términos durante largo rato. Lo único que conseguí de aquella reunión fue un aplazamiento. Antes del anochecer, Lucio Titinio y los suyos se marcharon de nuestro campamento, convocándonos para una nueva reunión al día siguiente, al alba. El tiempo corría en nuestra contra. Tan solo teníamos un día antes de la llegada de su ejército.

—Espero que esta noche puedas tomar una sabia decisión —me sugirió Lucio Titinio antes de marcharse.

Pedí a Indo que entrase en mi tienda en cuanto Lucio Titinio salió de ella. Quería corroborar que estaba en lo cierto, que mis ganas de luchar y de acabar con Casio eran compartidas. Indo me mostró su apoyo y me aseguró el del resto de las legiones y la caballería.

A la mañana siguiente, poco después del amanecer, Lucio Titinio se apostó junto a sus hombres a la puerta del campamento acompañado de un

grupo de soldados mauritanos. En esta ocasión decidí salir yo y vernos fuera de mi lúgubre tienda. Pero, mientras caminaba con aire marcial hacia el grupo de jinetes de Lépido y los emisarios del rey mauritano Bogud Ben Boceo, seguido por mi escolta personal, observé cómo Equitio corría hacia nosotros. Aquel fiel soldado se desplazaba torpemente a las espaldas de nuestros visitantes, henchido de heridas, golpes y con la túnica desgarrada, hecha jirones. En cuanto lo reconocí caminé hacia él, ignorando a Lucio Titinio y los demás.

—¿Qué ha pasado, Lucio Equitio? —le pregunté aún en la distancia. La treintena de hombres que representaban los refuerzos de Casio se vieron sorprendidos ante mi reacción y me siguieron con la mirada, dando incluso media vuelta para comprobar qué estaba sucediendo.

Equitio, jadeante y encorvado por el esfuerzo, llegó hasta mí. Cuando lo tuve a un palmo, pude ver las profundas heridas que tenía en la cabeza y en la cara. Además, su túnica estaba rasgada a la altura del hombro, dejando ver un trozo de carne desgarrada.

—Mi general —saludó—, los hombres de Quinto Casio se han revelado en contra de él —dijo mientras se apoyaba en mi antebrazo derecho, en un intento por recuperar el resuello. Su voz le salía entrecortada—. Quinto Casio quiere atacar vuestro campamento. Se siente seguro por la llegada de refuerzos, pero hay una parte de su ejército que no confía en el plan. Se ha montado una revuelta.

—¿Quién te ha herido de esta manera? —pregunté mientras tocaba los jirones de su túnica y miraba la herida del hombro.

—No lo sé. Ahí dentro es difícil distinguir quién va con quién. Parece que todos luchan contra todos. Yo… —hizo una parada y tomó aire—, yo no agredí a nadie. Solo intentaba escabullirme y enterarme del motivo del motín pero abandoné mi propósito cuando alguien me tiró al suelo y comenzó a patearme.

—Por todos los dioses, Equitio… ¿Qué está pasando ahí adentro?

—Mientras me protegía el cuerpo descuidé mi cabeza y me alcanzó una piedra. Algo aturdido pero sin llegar a perder el conocimiento, pude encontrar la manera de salir de la ciudad. Hay un pasadizo por el que llega el suministro y entran y salen personas. La salida está a algo menos de una milla en dirección oeste.

—¡Malditos! —exclamé entre dientes—. ¿Cómo no me había imaginado algo así?

Todos a mi alrededor escuchaban atentamente aquella trascendental conversación. Los hombres de Lépido y Bogud se habían adelantado hasta nosotros. Algunos de mis soldados y los emisarios miraban la *escena* atónitos mientras invitaba a Equitio a acercarse al campamento y dejarse atender por mis hombres.

Hacía poco que había amanecido. Una luz trémula envolvía la escena y, antes de que pudiésemos vislumbrar un certero rayo de sol, las puertas de Ulia se abrieron y por ellas comenzaron a salir manadas de gente que gritaba improperios ininteligibles. Algunos proferían gritos en contra del gobernador, aunque otros dirigían su ira en nuestra contra. Mi sonrisa se hacía más amplia cuanto más tiempo pasaba. Minutos antes estaba casi desahuciado y a punto de rendirme ante los hombres de Lépido cuando, de repente, todo se había vuelto a mi favor. La situación que mostraba Ulia en aquel instante nos dio un espaldarazo y, sin duda, lo pude aprovechar en mi reunión con los de Lépido y Bogud. No conseguí detener a Casio pero sí pude negociar su huida y su abandono de la función pública junto a los hombres que aún le prometían fidelidad.

Respecto a mí, solo tuve que esperar a que Marco Emilio Lépido llegase a Ulia para confirmar lo que Lucio Titinio ya me había adelantado: que mi etapa como general de aquel modesto ejército se acababa en aquel preciso instante. Pero no me importó. Casio por fin estaba fuera del juego, aunque su estrategia de encierro había provocado que yo quedase también al margen. Fue una suerte que Lépido nos brindara a mí y a los míos la posibilidad de quedarnos en el ejército de César. Aquella era una buena salida para la difícil situación en la que yo quedaba. Casio ya no era nadie y yo seguiría siendo hombre de César. Al fin y al cabo, y tras varias horas de interrogatorio y explicaciones, Lépido supo entender por qué acepté la empresa, y que aquello no iba en contra de nuestro general, sino de un gobernador caprichoso y sin escrúpulos.

Nada pudo evitar que los hombres de Casio que así lo desearon se unieran a la causa pompeyana, como también la mayoría de sus desertores. Entre ellos, mis primos Publio y Philo, que no dudaron en arrimarse a los que parecían dominar la situación a nivel global.

—No puedo seguir aquí —me dijo Publio antes de marcharse muy emocionado—. Pensé en que oponiéndome a Quinto Casio también acabaría en contra de Julio César, pero no ha sido así. Me alegro de que tú puedas quedarte y de que sigas persiguiendo tus ideales. Llegarás lejos —me abrazó —. Marco, somos Claudio. Nos volveremos a ver y no te quepa duda de que siempre encontrarás en mí a alguien de tu misma sangre.

—Siento tu marcha, Publio. Somos primos. Eso nunca lo olvidaré, siempre lo tendré en cuenta.

Y nos dijimos adiós.

Por mi parte, nada tuve que pensar. Aquella rebelión fue contra Casio, no contra César y, además, jamás me hubiera unido al bando de los de Pompeyo. Yo me quedaba en Corduba. Hubo muchos que se sorprendieron cuando les dije que no les acompañaría, especialmente Philo, con quien en pocos días había conseguido forjar una profunda y sincera amistad.

—No nos puedes dejar ahora —me pidió durante un paseo que dimos alrededor de Ulia, a modo de despedida. Los soldados, mientras tanto, se afanaban en recoger el campamento para regresar a Corduba y esperar nuevas órdenes—. Lo nuestro ha sido una victoria. Hemos conseguido derrocar a Quinto Casio. ¡Por todos los dioses, Marco Claudio! Has hecho que el gobernador se marche de su provincia con el rabo entre las piernas. Debes continuar en el ejército, con nosotros —Philo me hablaba con admiración. Lo veía en sus ojos, de un negro oscuro y profundo, que, a pesar de su color, denotaban transparencia y fidelidad. Su rostro estaba triste. Mi decisión no era la que él esperaba.

—Mi sitio está con Julio César, no con los hijos de Pompeyo, Philo. Así lo pienso. Espero que puedas entenderlo. Aunque te voy a echar de menos —Philo se detuvo y me miró frente a frente—. Solo espero no tener que enfrentarme a ti.

—Me va a costar continuar sin vosotros. Sin Indo, Niger o tú —una sonrisa se dibujó en su rostro. Yo hice lo propio—. Estoy seguro de que tu padre te volverá a abrir las puertas de su casa. No me cabe la menor duda —me dijo posando su mano sobre mi hombro.

—¿Sabes, Philo? Me tomaré un descanso para reflexionar —ambos reanudamos nuestro paseo—. Desde que me presenté a las elecciones de cuestor los acontecimientos se han precipitado. Quizá sea el momento de casarme, de formar una familia. Tengo que pensar si esto del ejército es lo mío. No he matado a ningún hombre aún, aunque tampoco sé si alguna vez tendría el valor de hacerlo. Creo que no está de más que regrese a casa y me tome un tiempo para sopesar todo esto.

—Te echaré de menos, Marco.

—Volveremos a vernos, Philo. Estoy seguro de ello.

Con aquellas palabras, nos dijimos adiós con la esperanza de volvernos a encontrar. Aquel mismo día, con el permiso de Lépido, realicé el camino de vuelta a Corduba a lomos de mi caballo. Dieciocho millas que me condujeron al galope hacia la realidad que yo más temía: mi casa, mi padre.

Capítulo 17

La soledad

Corduba, *idus* de diciembre del año 48 a. C.

Casi había anochecido cuando llegué a casa. Me abrió la puerta un Belonio emocionado que no dudó en abrazarme nada más cruzar el umbral. Todo parecía estar como siempre. El atrio, decorado con pinturas murales que mostraban aspectos de la vida cotidiana, albergaba los habituales pedestales con forma de columna. Sobre ellos, guardando un estudiado equilibrio, mi madre colocaba todo tipo de plantas. Sin embargo, aquel día no todos soportaban macetas de flor. Dos de ellos sostenían unos bustos. El que estaba a mi izquierda era un viejo conocido. Se trataba del retrato de nuestro antepasado, el general Claudio Marcelo, fundador de Corduba hacía más de 150 años.

Antes de mi marcha, en las *kalendae* del mes de noviembre, el busto de Claudio Marcelo decoraba el *tablinum*, justo encima de uno de los armarios en los que mi padre guardaba sus rollos. Sin embargo, alguien lo había trasladado al *atrium* de la casa, a un lado del *impluvium*, en el centro del paño donde estaban representados en un fresco varios comensales dispuestos en un *triclinium*, disfrutando de lo que parecía ser un profuso banquete. Justo en frente del vestíbulo, al otro lado del pequeño estanque, junto a una de las columnas que lo flanqueaban, estaba la enorme tinaja que sostenía el olivo de mi familia, heredero de aquel ejemplar centenario calcinado en *Villa Fertilitas*. Estaba precioso. Se veía robusto y henchido de hojas de color verde ceniciento con algunos frutos oscuros que colgaban graciosos de las ramas. No era muy grande, ya que las dimensiones de la tinaja no dejaban crecer libremente sus raíces.

Para mi sorpresa, junto a él, y cerca de otra de las columnas, había un busto más. No me costó reconocer el rostro de mi abuelo. Al fin mi padre le había dado el lugar que merecía en nuestra casa.

A mi derecha, justo en el lado en el que se abría la puerta del *tablinum*, otros pedestales albergaban macetas de hoja verde, que ensalzaban el mural en

el que estaba representada una reunión familiar en una sala de verano, pintura en la que se podía admirar un precioso peristilo como telón de fondo, con un gran estanque rodeado de flores y grandes plantas que recordaba a *Villa Fertilitas*.

Sin darme apenas cuenta, Belonio había salido del *atrium* y, al poco, mis hermanos y mi madre aparecieron entre carreras. Me saludaron, abrazaron y besaron todo lo que quisieron mientras yo me dejaba querer. Se les veía felices por mi vuelta. Madre encargó a los criados una cena algo más consistente de lo que se servía en el día a día y me llevaron prácticamente en volandas hasta la sala de estar. Allí conversamos mientras llegó la hora de pasar al comedor. Di buena cuenta de lo que Calutia había preparado porque aún seguía comiendo cuando todos los demás habían terminado. Entre bocado y bocado les contaba a mis embelesados espectadores cómo fueron las batallas libradas junto a la ciudad, el asedio a Ulia, mi asamblea con los emisarios de Lépido y Bogud, la huida de Casio hacia el sur o mi breve reunión con el gobernador de Hispania Citerior. Madre dejó de sonreír cuando escuchó las veces que me había puesto en peligro y a cada frase negaba con la cabeza, incrédula.

—Nunca has sido así de impulsivo, Marco. Desconozco si tus hechos te han puesto en peligro tanto como yo me imagino. Siempre le he dicho a tu padre que eras muy joven para tanta responsabilidad…

—Bueno madre —la interrumpí para evitar la regañina que estaba a punto de proferirme—. Lo importante es que vuelvo a estar en casa —le dije cogiéndola de la mano—. ¿Y padre, dónde está? —quise saber, ya que nadie me había dado ninguna explicación por su ausencia.

—Se marchó hace algunos días a *Villa Fertilitas* con Prótimo. Quiere poner aquello de nuevo en orden —me explicó en tono algo más conciliador —. Yo prefería que no se hubieran marchado estando el ambiente tan revuelto, pero él insistió. Lo retuve cuanto pude y al final se marchó una mañana, antes del amanecer, sin ni siquiera despedirse para que no tuviese ocasión de convencerlo de que aguardase en Corduba tiempos mejores.

—¿Y habéis tenido noticias de *Villa Fertilitas*?

—Algo hemos sabido. Tu padre envía correo casi a diario. Sabe que me dejó muy preocupada. Por allí todo está bien, pero son pocos los detalles que tu padre deja caer. El fuego arrasó gran parte de la casa, pero pudieron sofocarlo antes de que llegara a la zona de aperos y animales. El campo apenas se vio dañado y los criados regresaron casi todos a sus labores al día siguiente de… —se le entrecortó la voz y sus ojos se humedecieron— de aquella tragedia. Al faltar Prótimo se quedó al mando Cario. El trabajo ha ido saliendo adelante pero necesitaban recuperar al superior que habían perdido. De ahí la urgencia de tu padre por volver.

—La vida no es fácil en Corduba desde que Quinto Casio arrasó la ciudad, justo el último día que te vimos por casa, Marco —empezó a contarme mi

hermana en una conversación algo más íntima, cuando Quinto y mi madre ya se habían retirado a descansar—. Padre se ha afanado mucho por levantar todo esto. Hubo demasiada gente que se quedó sin hogar y la curia en pleno decidió destinar el poco dinero con el que contaba para intentar paliar los daños. Las casas que menos sufrieron se han reconstruido para que las familias puedan volver a morarlas. Las obras de más envergadura se han dejado para más adelante, conforme vayamos contando con más presupuesto, algo difícil en los tiempos que corren. Los cordubenses estamos desmoralizados, deprimidos, faltos incluso de ganas por continuar.

—¿Quién me sucedió como cuestor? ¿Qué ha pasado por aquí en estos meses? —le pregunté por curiosidad.

—Por aquí no ha venido nadie, al menos que yo sepa. Esto es una provincia sin ley, Marco. Cada senado local se ha encargado de dirigir su propia ciudad pero no ha habido elecciones, por lo que todos los cargos siguen vigentes. Son magistraturas en funciones, o eso dice padre.

—Es decir, que padre sigue siendo duunviro.

—En cierto modo sí, aunque su mandato termina en apenas quince días. De todas formas, su papel sigue siendo relevante en la provincia. Padre no descansa nunca.

—He estado con Indo durante todo este tiempo —dije sin que Marcia lo esperase. Ella se arremolinó en su sillón y, fingiendo desinterés por mis palabras, no preguntó nada. Tras unos segundos de silencio, continué hablando—. Es un soldado formidable, un militar experimentado, valiente y trabajador.

—Me… me alegro —acertó a decir con cierto titubeo—. ¿Ha regresado él también?

—Vaya… veo que al fin muestras interés —sonreí pícaramente—. Para tu información, sí. Indo ha vuelto, aunque se alojará en el campamento a la espera de nuevas instrucciones. Es muy probable que viaje a Roma en breve, ya que aquí parece que todo va a quedar más tranquilo tras la marcha de Quinto Casio.

—No debe de ser fácil la vida de un soldado.

—No te conviene, Marcia —le espeté—. Olvídate de él. Nada tienes que ver tú con un *rex* hispano que sueña con vivir en Roma. Padre nunca lo aprobaría.

Al oír aquello, Marcia se incorporó de su asiento como insuflada por una fuerza interior imposible de dominar.

—Indo es mucho mejor de lo que algunos patricios llegarán a ser algún día.

—No creo que padre tuviese algo así pensado para ti —dije con total tranquilidad, intentando dominar la situación, a pesar de que mi hermana se encontraba ya fuera de sí—, aunque veo que sabes de él más de lo que yo

imaginaba.

—Me ha enviado algunas cartas en estos meses. Y yo le he respondido —quedé absolutamente sorprendido por tal afirmación, tanto que no pude ni rebatirle. Indo no me había contado nada de aquello. Ella se sentó de nuevo en su sillón con la cabeza agachada—. Yo… él y yo… nos queremos, Marco —dijo con decisión, aunque con cierto temor en su expresión.

—¿Qué intentas decirme, Marcia? —pregunté en un tono elevado.

—Baja la voz, Marco, por favor —dos lágrimas comenzaron a brotarle de su hermosos ojos verdes. De repente, se tornaron tan rojos como el vino y su boca comenzó a temblar, entristeciendo todo su rostro—. Sé que padre nunca lo aprobaría pero yo podría esperar a Indo, a que terminase sus años de servicio antes de casarme con él, o podríamos casarnos ya e irme con él a Roma, o a su tierra, o quedarme aquí, en casa…

—¡Marcia! ¡Para, por Júpiter! —interrumpí su relato. Mi hermana hablaba demasiado deprisa, dejando entrever que aquello eran planes meditados—. ¿De dónde te has sacado que Indo se casaría contigo? ¡No muestres tanto desconocimiento sobre la intensa y dura vida de un soldado! Indo se pasará de guerra en guerra toda la vida. Si consigue escalar posiciones, tal y como él se ha propuesto, lo que no me extrañaría que consiguiese por su tesón y sagacidad, tendría que vivir en Roma y su vida sería de ida y vuelta, luchando contra el enemigo que toque en cada momento, deteniendo a los bárbaros que nos asaltan a cada instante en cualquier lugar. ¿Vivirías en Roma sola, la mayor parte del tiempo?

Mi hermana estaba inundada en lágrimas, en un lamento sin consuelo que yo no podía soportar.

—Indo y yo nos queremos. Conoces de sobra su posición en Ilípula. No creo que vaya a tener una vida dura a su lado.

—No llores, Marcia —le dije mientras la abrazaba. Definitivamente, había sucumbido a ella—. No es lo que deseo para ti pero, si es lo que tú quieres, yo te ayudaré.

—¿Lo dices de veras, Marco? —Marcia sollozaba.

—Sí —afirmé—, aunque no puedo prometerte nada.

Enero del año 47 a. C.

El encuentro con mi padre el día de su regreso fue frío. Tal y como temía, se alegró de verme en casa pero se vio incapaz de permitirme vivir en ella antes de contar con la aprobación expresa de César. Por aquellos días, el dictador se encontraba en Egipto y sin fecha de vuelta prevista, por lo que su permiso podría tardar meses o incluso años. Nada pude hacer para convencerlo. No sirvió el beneplácito de Lépido ni mis argumentos, en los que explicaba que ya

nada tenía que ver con aquellos que se habían levantado bajo el amparo de Pompeyo y que pensaba presentarme ante Cayo Trebonio, el nuevo gobernador, haciéndole partícipe de mi pleitesía hacia César. Tampoco sirvieron de mucho las plegarias y lágrimas de mi madre y mis hermanos. Mi padre se mantuvo fiel a sus principios y a lo único que accedió, y bajo juramento de que aquello no iba a salir del ámbito familiar, fue a subvencionarme una habitación en el piso superior de una villa que Tito Escápula, un rico decurión de la ciudad, arrendaba al este de la ciudad.

Me instalé en ella la misma tarde en la que mi padre regresó a casa. No era pequeña pero ni mucho menos tan espaciosa como la habitación en la que había dormido toda la vida en mi propia casa. Contaba con un lecho y una pequeña mesa con una silla. Al otro lado de la estancia, una escasa estantería que mis cosas personales y varios libros que llevé para matar el aburrimiento ocuparon en su totalidad. Además, contaba con una cuadra, lo que ayudó a que mi padre consintiera dejarme uno de los caballos de casa. En un primer momento, pensé que aquel lugar iba a ser perfecto para esperar la respuesta de César.

La villa estaba situada en las postrimerías de las faldas de la sierra, desde donde había buenas vistas de Corduba y del valle que dominaba el Baetis, que discurría silencioso y serpenteante al sur de la ciudad. La enorme casa tenía un frondoso jardín interior, rodeado por una columnata porticada por la que estaban distribuidas las salas y habitaciones. La mía se encontraba en el piso superior. La villa estaba casi al completo con las habitaciones arrendadas a comerciantes, ganaderos y agricultores que estaban en Corduba de manera provisional. Las instalaciones estaban bien cuidadas y el ambiente era acogedor. No culpo, por tanto, a ello de mi incomodidad, sino al hecho de sentirme rodeado de un gran número de personas desconocidas. Fue por eso que apenas convivía con ellas. Solía pasar mis ratos libres en mi propia habitación, aunque si el sol aún resplandecía cuando regresaba de las termas, después de entrenar en la academia militar o de cualquier otro asunto que tuviera que atender, me gustaba salir por los alrededores y pasear, respirar el olor a campo y tomar el último sol de la tarde antes de que se pusiese por detrás de los montes de Corduba. No podía visitar mi casa, a mi familia, así que Tertia, la mujer que regentaba el *thermopolium* situado junto a la puerta oriental de la ciudad se había convertido casi en una madre postiza que cuidaba de mí y me ofrecía comida caliente cada día. En la *villa* de Escápula había cocina y esclavos preparados para atenderla con eficacia pero los precios eran excesivamente elevados para lo que yo podía permitirme, así que acudía a ver a Tertia cada mañana y cada tarde. No era de grandes lujos, así que me conformaba con el plato del día que Tertia guardaba en las vasijas del mostrador para mantenerlo caliente. Normalmente eran unas simples gachas aunque, si tenía suerte, a veces había un guiso de cordero o perdiz con

verduras. Mi vida se debatía en soledad. Apenas tenía posibilidad de salir o entrar. Indo y los demás estaban instalados en el campamento, dispuestos a continuar con su carrera militar, algo a lo que yo había renunciado, una vez más, por intentar complacer a mi padre.

Pero el tiempo pasaba. Los días, con sus respectivas noches, cada vez se me hacían más largos y tediosos. Pronto me di cuenta de que estar sin hacer nada y a la espera de algo que ni tan siquiera estaba seguro de que pudiera llegar a ocurrir no me motivaba en absoluto. La mayoría de las horas las pasaba tumbado en aquella dura cama sin otra cosa que hacer que pensar y pensar, dando una y mil vueltas a todo lo que me estaba sucediendo. Mi vida era monótona y aburrida. Deseaba tener en mis manos la posibilidad de cambiar el pasado y que mi tío Marcelo nunca se hubiera mostrado proclive a Pompeyo en mi casa. Entonces, mi padre no habría roto mi compromiso con Claudia y yo estaría ya casado con ella, saboreando la felicidad que me brindarían las horas en su compañía e incluso la próxima llegada de un hijo. Eso y solo eso me hubiera librado de haberme visto envuelto en aquel mar de desasosiego y aburrimiento sin fin. En cualquier caso, mi vida era la que era y ahora me tocaba obedecer a mi padre. Era él el que buscaba congraciarse y congraciarme con César, así que asumí que permanecer en aquella lúgubre habitación a las afueras de Corduba era el precio que tenía que pagar por emprender una vida lejos de mi padre y de sus tercas decisiones.

Marzo del año 47 a. C.

El invierno había llegado. Lo notaba en la temperatura y en la duración de los días. A mi alrededor todo cambiaba pero mi vida no lo hacía en absoluto. Estaba desesperado. Habían pasado más de dos meses desde que me instalé en la villa de Escápula y mi rutina era siempre la misma: de mi habitación a las termas; de allí al *thermopolium* de Tertia; y, después, y solo algunos días, a mi paseo vespertino. Nada más podía hacer. Dejé incluso de acudir a la academia militar, ya que mi perfil no se ajustaba a ninguno de los grupos que su gestor había organizado y, aunque nunca me lo llegó a decir, me di cuenta de que allí sobraba. No contaba con dinero para ir a tomar vino a una taberna ni para visitar ningún burdel. Por supuesto, mucho menos para emprender algo por mi cuenta. Por ello, y tras meditarlo en profundidad durante algunos días, tomé una decisión. Mi única salida era regresar al ejército. En aquella corta campaña contra Casio no me habían ido las cosas del todo mal. Pude poner en práctica mis aprendizajes en la academia y me sentí seguro blandiendo mi espada en la mayoría de las ocasiones. Bien era cierto que no fui protagonista de una lucha cuerpo a cuerpo, pero sí que estuve inmerso en el fragor de la batalla en más de una ocasión. Por otro lado, tampoco había tenido un gran

estreno. Comenzar la carrera militar al mando de un par de legiones, desde luego, no era lo más ventajoso, aunque aquella experiencia me curtió en materia castrense y me ayudó a aprender a marchas forzadas. Sí, volver al ejército era una gran idea, quizá la mejor decisión que podía tomar en aquel momento. Pero deseaba hacerlo del lado de César y aquello, con mi padre de por medio, era lo más difícil de resolver.

Al día siguiente dejé mi habitación y atravesé la ciudad en dirección al campamento de las tropas que tan solo un par de meses atrás habían luchado bajo mi mando. Cayo Trebonio había sido nombrado nuevo procónsul de Hispania Ulterior, pero aún no había llegado a la capital de la provincia. No esperaba encontrar demasiados soldados por allí, ya que vi con mis propios ojos cómo la inmensa mayoría de los hombres se posicionaron a favor de los hijos de Pompeyo y se habían marchado de Corduba. A pesar de ello, y según supe por alguna carta que recibí de Indo, en el campamento quedó un reducido número de soldados a favor de César a la espera de la llegada del nuevo gobernador, quien daría precisas instrucciones. Si quedaban pompeyanos en la Ulterior, la llegada de Trebonio iba a suponer su marcha definitiva. En el campamento lo aguardaban aquellos que se consideraban cesarianos y mi lugar estaba con ellos. El nuevo procónsul podría estar seguro de nuestra absoluta lealtad. No podía desperdiciar aquella oportunidad.

Capítulo 18

La belleza de Lavinia

Corduba, marzo del año 47 a. C.

El día había amanecido gris y con una densa bruma. El frío calaba hasta los huesos a pesar de todas las capas de ropa que llevaba sobre mí. Las pequeñas gotas de agua que flotaban entre la niebla se depositaban sobre el *paludamentum* que me cubría de manera que, cuando tan solo llevaba recorridos unos pasos del camino, ya notaba que la humedad había traspasado hasta mi piel. Entré a Corduba por la puerta oriental y me dispuse a cruzarla a través del *decumanus maximus* para salir de ella por su lado occidental, rumbo al campamento fortificado. La ciudad estaba más desierta que nunca. Tan solo unos avezados tenderos se habían atrevido a abrir las puertas de sus comercios y a colocar la mercancía en la calle. No les auguraba mucha clientela para aquel día. La mayoría me saludaban al paso. Yo les respondía con una leve sonrisa. Los cordubenses me tenían cariño. Al fin y al cabo, yo había estado al mando de las tropas que provocaron la salida definitiva de Quinto Casio de sus vidas. No cumplí mi promesa de acabar con él pero al menos sí que libré a mi pueblo de la opresión y del miedo.

Al salir de la ciudad, el panorama no cambió en absoluto. Las florecillas que habían nacido tímidas, al amparo de los primeros rayos de sol capaces de calentar el ambiente, estaban cubiertas por una incipiente capa de hielo que casi se mimetizaba con las aguas que discurrían a lenta velocidad por el arroyo que servía de límite a Corduba por aquel lado de sus murallas. Fue extraño atravesar en completa soledad el puente que me conducía directo hasta la vía que unía mi cuidad con Hispalis, teniendo en cuenta que aquella era una de las entradas a Corduba con más afluencia de comerciantes y viajeros de toda índole. Definitivamente, el frío parecía haber paralizado el mundo. A unos cincuenta pasos, una carreta, tirada por una mula, circulaba por las casas salpicadas entre las tumbas que se hacían hueco a los lados del camino. Poco a poco, las edificaciones se iban espaciando entre ellas. Al fondo, en el horizonte, ya divisaba el campamento reconstruido tras el asedio a Ulia. Los

recuerdos, lejanos a pesar de lo reciente de los sucesos, se agolparon en mi mente. La última vez que atravesé a pie aquella enorme puerta que ya acertaba a vislumbrar, aún era cuestor e iba a asistir a una pacífica reunión con Casio, horas antes del atentado que casi le costó la vida en las cercanías del foro y del que yo fui atónito testigo. Aceleré el paso. Era mejor no permitir a mi mente que me jugara una mala pasada. Llevaba las ideas claras y una decisión tomada: regresar al ejército.

Saludé militarmente a los centinelas que aguardaban en la puerta principal. No tardaron en reconocerme y se prestaron raudos a complacer mis requerimientos. Uno de ellos desapareció y los otros me invitaron a entrar, aunque quedé escoltado por un soldado hasta que volvió a aparecer el centinela que se había marchado. Este me invitó a entrar en la fortificación y juntos anduvimos por la vía Pretoriana, otrora llena de vida. Aquel día observé grandes claros entre las tiendas y apenas a algún soldado. Desconocía absolutamente quién era el hombre que había quedado al mando aunque, durante el camino hacia el *praetorium*, tuve tiempo de elucubrar y hacer mis cábalas. Hice apuestas conmigo mismo sobre qué tribuno ostentaría el cargo, deseando que Indo hubiera tenido alguna oportunidad. Se me hacía raro no ver a Publio o Philo por allí, pero ellos tomaron su decisión y se marcharon, mostrando abiertamente sus preferencias pompeyanas. Sin embargo, sabía que Indo y Niger sí continuaban por el recinto, a la espera de recibir órdenes. Tenía ilusión por verlos de nuevo.

A lo lejos, en el *praetorium*, vi que se abría una de las cortinillas de entrada. De ella salió el mismísimo Indo, quien comenzó a caminar hacia mí. Mientras más cerca estaba, más arreciaba su paso. Descubrí una tímida sonrisa en la comisura de sus labios.

—¡Marco Claudio! —me saludó cuando se detuvo, tan solo a dos pasos de donde yo estaba—. ¡Por todos los dioses! Me alegro de verte por aquí —me abrazó—. Por favor, ven conmigo. Estás en vuestra casa.

Y así fue como de nuevo me introduje en la que fue mi tienda por unos días. Todo estaba casi como lo dejé, a excepción de un gran brasero que calentaba algo la estancia.

—Pasa, Marco Claudio. Ponte cómodo —Indo me señaló una *sella* cubierta de piel de oveja situada junto a otras tres, dispuestas todas alrededor del enorme brasero—. Hace mucho frío… Desde luego, no has elegido el mejor día para visitarnos.

—Tendría que haber venido antes —respondí sonriendo.

—Al menos te hubieras ahorrado esta terrible humedad que va a acabar por hacernos enfermar a todos. ¿Deseas tomar algo? Te imaginarás que no puedo ofrecerte demasiado aunque no es de recibo negarle algo al mando de la tropa —Indo hizo un gesto a uno de los criados que atendieron la llamada.

—Te lo agradezco, Indo, pero no es esta una visita de cortesía. Desconocía

por completo que fueras tú la persona que estaba al frente de este pequeño ejército. Solo quería hablar con el responsable y pedirle permiso para reincorporarme a sus filas.

—Vaya, Marco Claudio… me sorprendes. ¿A qué viene ese cambio de actitud? —un par de esclavos entraron en la sala con vino y una bandeja con fruta.

—Necesito resarcirme para con Julio César —mentí—. Quiero demostrarle al dictador que estoy de su parte. Y supongo que adivinarás lo complicado que es zafarse de las mieles del poder una vez que lo has probado —advertí en tono jocoso—. Pero no, tranquilo… no voy a exigir ningún cargo: seré soldado raso, si es eso lo que me impone el nuevo gobernador.

—Si es que llega algún día a estas tierras —espetó Indo algo molesto por la ausencia de Trebonio—. Parece que la Ulterior es el fin del mundo.

—Estará a punto de hacerlo.

—Por mi parte, estás aceptado, amigo —me dijo—, pero entenderás que debamos esperar a la decisión de Cayo Trebonio. Defenderé tu propuesta, Marco Claudio. No hay nada que me pueda apetecer más que volver a estar en la brecha a tu lado. Tu regreso será una gran noticia.

—¿Qué sabéis de Publio y Philo?

—Poco… Se marcharon hace un par de meses con casi la mitad de nuestras tropas rumbo a Carthago Nova a la espera de Cneo Pompeyo.

—¿Por qué a Carthago Nova? —pregunté.

—Al parecer, el hijo de Magno atracará en su puerto a corto plazo. La mitad de nuestro ejército se ha unido al resto de hombres de Pompeyo repartidos por todo el territorio y sus cabecillas han enviado una carta a Roma en la que han anunciado oficialmente su inmediata intención de cambiar de partido. Marco Claudio, más de la mitad de nuestros hombres se han pasado al bando de los optimates. ¿Lo entiendes? La mitad de los soldados que te nombraron general del ejército contra Quinto Casio se han marchado al bando senatorial. ¿Te das cuenta de cómo ha cambiado la situación en tan solo unas semanas?

—He hecho bien en venir, entonces. Yo estoy con vosotros —dije para intentar hacerlo sentir seguro. Dejé pasar unos instantes en silencio, que aproveché para respirar hondo antes de continuar—. Así que, según decías, al menos contamos con la mitad de los hombres que teníamos antes para ofrecerle a Cayo Trebonio.

—Me alegra escucharte hablar así, amigo —comentó Indo sonriente—. ¿Tú crees que Trebonio ha sido informado de esta deserción?

—Apuesto a que sí —dije para buscarle consuelo a Indo, un *rex* sin patria y un general sin ejército ni estrategia.

—Por nuestro bien, espero que estés en lo cierto —me contestó serio, preocupado—. Como ya te he dicho, no solo se han marchado nuestros

hombres, sino que ha habido una desbandada general en toda la Ulterior. Y me atrevería a decir que en toda Hispania. Muchos, más de lo que pensamos, han puesto rumbo a Carthago Nova para recibir con los brazos abiertos al heredero del Magno.

—¿Y por qué Cneo Pompeyo? —pregunté incrédulo—. Apuesto a que los optimates cuentan con hombres más experimentados que él.

—Creo que se trata de una estrategia. La decisión de enviar al hijo de Pompeyo a Hispania la han tomado Quinto Metelo Escipión y Marco Porcio Catón, los dos mandos del ejército republicano en África. La balanza se ha inclinado en favor del hijo mayor de Pompeyo gracias a la buena clientela que el Magno consiguió en nuestras tierras en sus años de proconsulado. Lucio Afranio y Marco Petreyo, que están también en África, se negaron en rotundo a brindarle el mando de las tropas a Cneo, pero algo debió empujar a Marco Porcio Catón a hacerlo. Según nos han comunicado, su único tema de conversación era hablar de las posibilidades de Cneo Pompeyo en Hispania. Ha puesto mucho esfuerzo en formular discursos en los que ha engrandecido más allá de lo imaginable la figura de Pompeyo Magno. Ha insistido incluso a su hijo Cneo Pompeyo para que viniera a conquistar Hispania, argumentándole que fue su padre el que ya hizo todo el trabajo sucio y que ahora es él quien debe recoger los frutos de tanto esfuerzo.

—Coincido contigo y con Marco Porcio Catón en que el nombre de Cneo Pompeyo vale más que su experiencia. Ya ves con qué facilidad recluta soldados aún sin haber aparecido. Pompeyo es un nombre que suena demasiado bien en Hispania.

—Es curioso que, con el Magno fuera de combate, las facciones estén más diferenciadas que nunca, Marco Claudio. No veo el fin a esta guerra civil que nos acosa. Y auguro que seremos protagonistas en primera persona de ella.

Indo y yo compartimos aquel día mesa y conversación sobre política y estrategia militar. Una puesta al día que terminó casi al atardecer. A punto de marcharme, le pregunté por mi hermana.

—Y después de hablar de tanta guerra y calamidad, Indo, ¿no tienes interés en saber de Marcia? —Indo enmudeció y su tez tornó hacia un blanco que se iba convirtiendo poco a poco en rojo.

—Tu hermana… —balbuceó.

—¿Acaso no sientes curiosidad por saber lo que piensa de las cartas que ha recibido en tu nombre?

—Las cartas…

—Tranquilo, Indo —reí abiertamente—. No he leído ni una sola letra de ellas. De hecho, ha sido la propia Marcia la que me ha informado sobre su existencia —Indo se arrellanó en su *sella*. Estaba visiblemente incómodo—. No me voy a molestar contigo por haberme ocultado vuestra relación durante todo este tiempo. En cualquier caso, nunca me has mentido. Yo no te

pregunté por ella y tú tampoco sacaste nunca el tema de conversación.

—Amo a tu hermana, Marco —confesó al fin Indo, con la cabeza metida entre los hombros y mirándome fijamente.

—Lo sé —respondí lacónico—. Aunque en realidad solo conozco la versión de Marcia. Ella confía ciegamente en ti y yo… yo solo espero que no esté siendo engañada y que no estéis alimentando un amor imposible basado en una mentira.

—Lo nuestro es algo difícil. Ella dice que vuestro padre nunca lo aprobaría.

—Cierto es, Indo. Sin embargo, es justo que te indique la debilidad que yo siento por ella. No puedo verla sufrir —esperé para continuar unos instantes —. He decidido ayudarla, ayudaros en realidad —alcé mi mirada hacia el *rex* íbero—. Últimamente parece que solo sirvo para meterme en líos así que, si queréis veros, podréis contar conmigo, incluso si lo hacéis a escondidas.

Nunca imaginé las consecuencias que tendrían aquellas palabras. Mi vida y la de mi familia iban a cambiar radicalmente a raíz de aquella decisión. Inmadura o irresponsable. O quizá todo lo contrario.

Mediados de abril del año 47 a. C.

Indo agradeció mi gesto y no tardamos en volver a vernos. En nuestras citas conversábamos sobre batallas y guerras, sobre César y Pompeyo, sobre Marcia, sobre Roma y sobre la vida en general. La cercanía entre ambos se había afianzado y su amistad me daba seguridad, además de ofrecerme planes casi a diario con los que divertirme.

Trebonio llegó a Corduba a finales de marzo y puso orden en el campamento. Con el beneplácito de Lépido, aceptó rápidamente la renovación de mis intenciones militares, sin darle demasiadas vueltas al asunto. Siempre parecía que tenía prisa y muchas veces, las decisiones las tomaba de manera arbitraria. Desconozco si otorgarme el permiso para sumarme a sus filas fue algo tomado a la ligera pero poco me importaba porque regresar al campamento me llenó de felicidad. Al gobernador no lo veíamos demasiado. Sus idas y venidas por la provincia dejaban cierta libertad a los soldados y de ella nos aprovechábamos siempre que estaba en nuestra mano. Me descubrí a mí mismo engañando a mis padres para que permitiesen salir a mi hermana de casa y que así pudiese ver a Indo. En ocasiones hacíamos excursiones diurnas, a las que se sumaban Niger y otros legionarios del ejército, asunto que ocultaba en casa a toda costa, ya que aún no había anunciado oficialmente mi regreso a filas. No era el momento aún, ya que Julio César aún seguía por tierras egipcias dejándose acariciar por los suntuosos brazos de Cleopatra, con quien incluso decían que iba a tener un

hijo. Sí, había tiempo aún, y podía jugar con él a mi favor y al de mi hermana.

Corduba, octubre del año 47 a. C.

Con el paso de los días y de los meses y la llegada del verano, nuestras salidas se tornaron nocturnas. Por aquel entonces lo pasábamos bien en las tabernas o paseando bajo el estrellado cielo de Corduba, escudriñando los caminos que discurrían rumbo a la sierra, desde la puerta norte de la muralla de la ciudad. Por aquel entonces, el grupo se había hecho más numeroso. A él se habían unido varios soldados y algunas de las bailarinas y músicos que amenizaban las veladas en las tabernas del centro de la ciudad. Entre ellos estaba Lavinia, una joven y enigmática danzarina que traía de cabeza a medio campamento. Su exótica belleza con rasgos angulosos, salpicada de gestos dulces y ademanes lascivos la convirtieron en el centro de todas las miradas. Sin embargo, las suyas iban dirigidas solo a mí. La atracción que sentíamos el uno por el otro era innegable. Incluso Indo y Marcia se percataron de ello.

—¿Vendrá hoy Lavinia? —preguntó mi hermana al poco de haberla recogido en casa. Para aquella calurosa noche de verano habíamos preparado una salida con algo de vino y comida. Las elevadas temperaturas de Corduba no perdonaban y ni siquiera al amparo del frescor que proporcionaba el jardín del peristilo de nuestra casa se podía respirar aire fresco. Mis padres se habían marchado desde hacía algunos días a *Villa Fertilitas* con Quinto y algunos criados y, aunque no me encontraba viviendo en casa, habían dejado a mi cargo a Marcia, quien aún no sabía cómo los había convencido para quedarse en la ciudad.

—¿Y esa pregunta? —contesté ignorando sus verdaderas intenciones—. ¿Acaso estáis entablando una amistad? —disimulé.

—Vamos, Marco —intervino Indo—, no hace falta que te escondas con nosotros. Lavinia pregunta por ti siempre que no vienes. Nada tiene de malo que tú te intereses también por ella.

—No he sido yo quien ha preguntado primero —me mostré algo molesto con la conversación—. Mi única intención esta noche es escapar del asfixiante calor de Corduba y dejar que el aire corra libre entre nosotros antes de tener que regresar al campamento.

Marcia e Indo rieron mi ocurrencia mientras continuábamos caminando hacia nuestro destino. No más allá de mil pasos nos esperaban algunos de nuestros amigos en un carro. Entre ellos estaba Niger, quien nos invitó a subir, ahorrándonos así una larga caminata. Llevaba notando un tiempo que este miraba a Marcia de manera diferente. Siempre estaba atento a ella. En un segundo plano, siempre era él quien estaba ahí para ayudarla a subir al carro, a bajar de él, a rellenarle el vaso de vino dulce. Pero también sabía mantener las

distancias, ya que conocía a la íntima relación que unía a Marcia e Indo.

Fuimos los primeros en llegar. Marcia, Indo, Niger, el resto de los acompañantes y yo bajamos del carro cargando con nosotros las enormes telas sobre las que íbamos a colocar la cena para que permaneciera a salvo de las hormigas y otros insectos. También descargamos las cestas con los alimentos y un par de jarras llenas de vino.

Inmersos en nuestra tarea, y casi sin darnos cuenta, llegaron el resto de los invitados a la velada. Entre ellos, Lavinia, quien no dudó en dedicarme una encantadora sonrisa nada más verme, a la vez que daba un enorme y estudiado salto para bajar del carro. No tardó mucho en acercarse hasta donde yo me encontraba.

—¿Querrías compartir conmigo un vaso de vino? —preguntó nada más llegar, haciendo que algunas de las personas con las que me encontraba saliesen despavoridas entre miradas y sonrisas cómplices. Marcia e Indo aprovecharon para marcharse.

—Vaya, ¿qué le has hecho a todos que huyen como si hubieran visto al mismísimo Júpiter? —ella, de menor altura que yo, me miraba con la barbilla hacia abajo, con lo que sus ojos quedaban muy abiertos. Lavinia sabía que su sonrisa era altamente cautivadora y se aprovechaba de ella para seducirme.

—Yo… —carraspeó Niger, que aún continuaba con nosotros—, creo que alguien había traído una jarra llena de buen vino… Será mejor que la encuentre antes de que alguien más rápido que yo dé con ella y no deje ni los posos —dijo titubeante mientras se alejaba torpemente. Yo no pude evitar sonreír ante aquella muestra de discreta cortesía por su parte.

—Ven, Marco —dijo Lavinia mientras me tomaba la mano y comenzaba a caminar—. Allí hay una manta sobre la que sentarnos.

Sin oponerme, seguí los pasos de aquella preciosa bailarina aunque sin quitar ojo a Marcia e Indo, que ya se encontraban recostados en otra de las mantas dispuestas sobre el suelo. Estaban algo alejados de mí y la oscuridad no me permitía verlos con claridad. Aunque me mostrase permisivo con ellos, nunca los había dejado a solas.

—Vamos, Marco, ¿cuándo vas a dejar que Indo y Marcia tengan algo de intimidad? —preguntó Lavinia, leyéndome el pensamiento y haciendo girar mi rostro hacia ella con una de sus manos.

—Es mi deber vigilar de cerca de mi hermana.

—Está con uno de tus mejores amigos. No va a pasarle nada —Lavinia se agachó súbitamente y recogió la manta, que estaba bien estirada en el suelo—. Ven, sígueme —ella trepó entre varias piedras, subiendo a una leve meseta que había a varios pies de altura de la planicie en la que habíamos montado nuestro improvisado banquete—. Aquí arriba estaremos más cómodos. ¡Vamos, sube! Y ayúdame a colocar bien este pesado trapo.

Escalé con agilidad hasta donde estaba ella y la ayudé a colocar la manta.

Antes de que me diera cuenta, Lavinia se había colocado junto a mí y me había rodeado el cuello con sus largos y estilizados brazos. Mientras me miraba con profundidad a los ojos, sus manos descendieron por mi espalda y rodearon mis caderas hasta que encontró mis manos. En ellas estaban aún mi vaso, ya vacío, y una pequeña jarra llena de vino.

—Ya es hora de que el vino deje paso a algo mucho más interesante —dijo mientras me quitaba ambas cosas de las manos y las depositaba con cuidado en el suelo, fuera de los límites de la manta.

Para entonces, toda mi atención estaba puesta en ella, en sus manos y en su encantadora silueta, que se movía sinuosa entre las sombras de la noche. Cuando Lavinia se incorporó totalmente no pude más que asirla fuertemente por la cintura y besarla con pasión después de que mis ojos se hubiesen clavado en los suyos. Nadie podía vernos, mientras que nosotros, desde la ventaja que nos proporcionaba la altura de la planicie en la que nos encontrábamos, los divisábamos a todos. Y al fondo, la bella Corduba, cuya muralla se distinguía entre la oscuridad de la noche por las titilantes antorchas que ayudaban a los centinelas en su vigía. En un alto de las lomas de la campiña, las trémulas luces de Ategua y, más allá, Ucubi. La noche era perfecta. Lavinia era pura magia. La vida era un regalo.

Capítulo 19

La carta de Publio

Corduba, abril del año 46 a. C.

El tiempo pasó en un suspiro. Quizá fue la libertad de verme de nuevo en activo y sin depender de la voluntad de mi padre lo que me hizo comenzar a sentirme de nuevo seguro. Cayo Trebonio me dio sitio en el campamento, con lo que pronto me encontré entrenando junto a mis compañeros, puliendo las técnicas castrenses ya aprendidas y estudiando estrategias militares con las que perfeccionar mi adiestramiento. Tardé bastante en comunicar a mi padre mi decisión de regresar al ejército. Su reacción no fue una sorpresa. Se alegraba de que Trebonio me hubiese aceptado en sus filas pero seguía a la espera de la respuesta de César. Confieso que hubo un momento en el que dejé de pensar en el romano. En realidad, veía que mi padre se había quedado anclado en una situación que no le dejaba evolucionar. Por el contrario, yo quería comerme el mundo nadando entre los soldados de Trebonio, absolutamente fiel a la causa de Cayo Julio aunque sin su beneplácito personal.

¿Qué pasaría si César no regresara a Corduba? La posibilidad de que el dictador devolviese un correo tan solo para certificar mi puesto entre sus legionarios no lo veía demasiado plausible, sobre todo teniendo en cuenta que Cneo Pompeyo seguía poniendo en jaque la seguridad de Hispania. César tenía asuntos más importantes que resolver antes de firmar mi reincorporación en sus filas. Así que pronto me despreocupé del tema y continué con mi día a día.

En este tiempo Corduba consiguió levantarse del último saqueo y pronto comenzó a lucir tan bella y resplandeciente como años atrás. Las calles se aderezaron; los desperfectos en las casas se fueron arreglando; los puestos de las calles volvieron a vender género fresco con buena presencia; los vecinos pudieron regresar a sus casas y salir de ellas para comprar, vender o pasear; el foro recuperó su ambiente y los hombres volvieron a vestir sus togas.

Es por ello que, a pesar de lo rutinaria que, gracias a los dioses, se había convertido la vida en Corduba, las noticias que venían de fuera de nuestra

provincia llegaban en correos urgentes casi a diario. El senado celebraba reuniones extraordinarias de carácter informativo cada dos o tres días. En uno de estos correos, a primeros de año, recibimos con alegría la buena nueva de la vuelta a Roma de Cayo Julio César, con quien llegaban renovados aires y esperanzas, sobre todo para mí. Quizá el momento que mi padre tanto había esperado iba a hacerse realidad.

Supimos también que su estancia en Egipto no había sido en vano y que, además de vivir una apasionada y adúltera historia de amor con Cleopatra y de retener a algunas de las fuerzas enemigas que acosaban los límites romanos, había dedicado parte de su tiempo a estudiar con un sabio llamado Sosigenes de Alejandría la manera de adecuar los meses del año a las estaciones. Mientras la gente no parecía darle demasiada importancia al tema, yo siempre me había preguntado cómo se podría resolver el problema. Quizá fue la estrecha relación de mi familia con las labores agrícolas lo que me hizo conocer el desfase desde pequeño e intentar saber algo más sobre cómo estaba estructurado el año y en base a qué. La reforma planteada por César, a expensas de los consejos del astrónomo Sosigenes, me hicieron retomar mis lecturas y comprender mejor el porqué del cambio. A pesar de que me parecen apasionantes los asuntos astronómicos, no es mi deseo aburrir demasiado con este tema. Sin embargo, sí quiero dejar constancia en este relato de cómo sucedieron los hechos y de cómo se reformó el calendario.

Siempre me había preguntado por qué, si *aprilis* era el mes de la germinación, en el que las flores brotaban, cuando debíamos empezar a recoger los frutos de nuestras cosechas, en aquellos días no significaba más que frío, agua y viento. Resultó ser que nosotros, hasta la fecha, computábamos los años con 354 días y ajustábamos las jornadas que faltaban para completar el ciclo anual con el mes al que llamábamos *mercedonio*, que unos años duraba más y otros menos, según interesase en Roma. Se colocaba justo detrás de febrero, el último mes del año para nuestros antepasados. Lo que en realidad estaba ocurriendo es que hacía ya años que este mes no se ajustaba a lo que realmente debía ser. Para aquel año, 708 *Ab Urbe Condita*, desde la fundación de Roma, Sosigenes calculó que nuestro calendario arrastraba un desfase de noventa jornadas, días que Cayo Julio César decretó colocar al término de ese mismo año. Así, el año en el que fueron cónsules el propio Cayo Julio César y Marco Emilio Lépido sumó un total de 445 días, el más largo de nuestra historia. Para finalizar la reforma, César también decretó la organización de los años subsiguientes, los que tendrían una duración de 365 días distribuidos en doce meses, aunque cada cuatro años habría que sumar un día más. Dicho día se adicionaría al mes de febrero, haciendo un guiño a nuestro ya perdido *mercedonio*. Por razones de índole religiosa se decidió sumar este día justo después al de la jornada sexta antes de las *Kalendae* de marzo. Ese día sexto se repetiría. Por ello, el día extra cada cuatro años pasó a denominarse *bisextus*, y

de ahí el nombre de dichos años, que desde entonces en adelante se les conocería como años bisiestos.

Pero las noticias relativas al ajuste del calendario y al regreso de César no fueron las únicas que llegaron hasta Corduba, gracias a los dioses. Pronto también supimos lo que algunos estábamos deseando escuchar. Quinto Casio Longino, que huyó como un cobarde de las garras de su sucesor, Cayo Trebonio, consiguió llegar a Malaca y embarcar en una nave junto a sus más fieles seguidores y todas las riquezas saqueadas en la Ulterior. Nunca supimos si fue la avaricia la causa de su rápida partida o el pavor que sintió al pensar que iba a ser juzgado por un hombre de César. Quizá engañado por el buen tiempo reinante, a pesar de haber embarcado en pleno invierno, consiguió salir con éxito de la zona de oleaje y emprender su camino mar adentro. Pero Neptuno no perdonó sus desaires y atrocidades, incluidos todos los asesinatos cometidos en su nombre a la gente de bien, e hizo naufragar su nave a la altura de la desembocadura del Iberus. Al parecer, una violenta tempestad lo empujaba constantemente en dirección a la costa a la vez que la corriente del río hacía lo propio para el mar profundo, con lo que la nave zozobró y terminó por hundirse con toda la tripulación. Así pereció Quinto Casio Logino, ahogado entre sus tesoros, acumulados gracias a los hombres honrados de mi provincia. A pesar de que en dicho naufragio se perdió gran parte de nuestra riqueza, los ciudadanos de la Ulterior celebraron felices el castigo que los dioses habían infligido al peor de los gobernadores que habían pasado por nuestra provincia.

Mi lealtad a los hombres de César y la confianza que estos depositaron de nuevo en mí fueron ablandando poco a poco el corazón de mi padre y este se hizo algo más permisivo conmigo. Para primavera, ya podía entrar y salir de casa según mi parecer, aunque lo cierto es que la relación con mi padre continuaba siendo fría y distante. Apenas hablábamos y yo solía visitar a mi madre y hermanos cuando sabía fehacientemente que él no estaba en casa. No necesitaba un permiso especial para ello. Incluso podía quedarme allí en los días y noches de permiso.

Habían pasado ya casi dos años del paso de Quinto Casio por Corduba y las cosas en la Ulterior habían vuelto a la normalidad, aunque, en realidad, todos sabíamos que la amenaza estaba cercándonos de nuevo y el ambiente no estaba relajado de ninguna de las maneras. Tanto es así que Trebonio no pudo terminar su año como gobernador. Tito Escápula, el caballero al que alquilé una habitación en su *villa* a las afueras de la ciudad, se volvió a rebelar contra César en Corduba con la ayuda de otro *eques*, Quinto Aponio. Entre ambos consiguieron reclutar a todos los indecisos que aún no se habían decantado por ninguno de los dos bandos. Una decisión inesperada provocada quizá por el miedo a la posible llegada a Hispania de nuevos hombres de César. Aquello originó que abandonase la habitación que aún conservaba en *su villa*. A decir

verdad, llevaba sin dormir allí bastante tiempo, aunque me servía de vía de escape y me daba la intimidad que, en ocasiones, necesitaba con Lavinia. Sin embargo, Lo mejor era alejarme de allí. En aquellos años, los desertores salían como setas en mitad de un bosque húmedo.

Tras terminar el trabajo de reclutamiento en Corduba, Escápula y Aponio hicieron lo propio por todas las ciudades de la Ulterior por las que fueron pasando. Ellos cantaban las buenas intenciones de su empresa y, a cambio, se llevaban consigo a todos los que lograban convencer. Tal fue la presión que esta milicia ejerció sobre el poder instaurado que consiguieron deponer al gobernador Trebonio y marchar rumbo a Carthago Nova a la espera de Cneo Pompeyo, sumándose a todos aquellos que se habían marchado un año atrás. César, conocedor de este amotinamiento causado en última instancia por la pronta llegada del hijo de Pompeyo a Hispania, envió hasta allí una escasa flota de barcos y a algunas de las últimas tropas reclutadas en Italia al mando de dos de sus más leales lugartenientes: Quinto Fabio Máximo, que sería nuestro nuevo gobernador, y Quinto Pedio. Parece que no le dio demasiada importancia a este levantamiento. Para él, y su estrategia militar, era mucho más trascendente retener las fuerzas republicanas de África, que amenazaban más directamente Sicilia y la propia Italia. Allí estaba también su enemigo más acérrimo, Marco Porcio Catón. Además, ambas, Sicilia y África, eran las provincias proveedoras de grano más importantes con las que contaba Roma, por lo que dejarlas en manos de los optimates no era lo mejor que podía pasarle a César en aquel momento.

Desde que supe que Publio y Philo habían partido rumbo a Carthago Nova para esperar la llegada de Cneo Pompeyo, comencé a intercambiarme correspondencia con ambos. Jugué con ventaja quizá, ya que yo nunca les dije a ellos que me había incorporado de nuevo a filas y que había sido aceptado por el bando de César sin reticencias ni prejuicios. Como me había dicho Trebonio el día que nos conocimos, yo «había empezado desde la nada» con ellos.

En mis cartas a Philo le hablaba sobre cómo andaban las cosas por la Ulterior. Prometí relatar todo aquello que llegase a mis oídos sobre su tierra, Hispalis, aunque, sobre todo, le planteaba dudas políticas y militares. Le preguntaba cómo iban por allí las cosas y qué planes tenían para el futuro más inmediato. Por otro lado, a Publio le ponía al día sobre los asuntos familiares y también le pedía que me explicase todo lo referente a Cneo Pompeyo y sus estrategias a corto plazo. No profundizaba en detalles pero no podía evitar omitir la información sobre la salida de Trebonio y el levantamiento ocasionado, de nuevo, por nuestro viejo conocido Tito Escápula.

Sabía que no estaba jugando limpio pero necesitábamos información y ellos la tenían de primera mano. No podía desperdiciar aquella oportunidad aunque, en sus respuestas, ni Philo ni Publio me informaban tampoco de gran

cosa. Ambos aludían a que nada sabían más que lo que contaban. Dudaba si creerlos. Philo y Publio podrían estar jugando conmigo de la misma manera que yo lo hacía con ellos, aunque la mayoría de los asuntos sobre los que me escribían se convertían en las confirmaciones oficiales de los chismes que rondaban por la provincia. No estaba mal saber de buena fuente que lo que llegaba hasta nuestros oídos era cierto pero para nada nos ayudaba a plantear nuevas estrategias.

Una tarde de mediados de abril, tras regresar de un recorrido a caballo junto a Indo y Niger, mi hermano Quinto y Belonio me esperaban a las puertas del campamento. No me sorprendió verlos allí. Se había convertido en una costumbre que ambos viniesen de vez en cuando a visitarme. Si yo podía escaparme, Quinto y yo solíamos ir a dar un paseo, a pie o a caballo, que terminábamos en casa justo a la hora de la cena, donde disfrutábamos en familia. Pero aquel era un momento demasiado extraño para emprender una excursión. El sol ya caía en el horizonte y varias nubes tapaban el ocaso, generando un ambiente algo más oscuro de lo habitual.

—Hemos venido a entregarte esto —dijo Quinto—. Padre piensa que te interesaría leerlo cuando antes.

Era un correo a mi nombre. Abrí el sello y comencé a desenrollar el papel. Se trataba de una carta de Publio, y mucho más larga que cualquiera de las que había recibido hasta la fecha. Despedí a Quinto y a Belonio y me apresuré a entrar en mi tienda para leerla.

Estimado y querido primo Marco Claudio Marcelo,

como sabrás, Cneo Pompeyo ya está en Hispania. Muchas han sido las cosas que han pasado en estos pocos meses, pero es ahora cuándo pienso que es perentorio que sepas con más detalle lo que está pasando realmente y qué va a ocurrir de aquí en adelante. Desconozco el tiempo que tardará esta misiva en llegar a tus manos, aunque mi intención es que alcance Corduba en el mínimo tiempo posible. Temo por vuestra seguridad y por la de toda la familia. Presiento que nuestra tierra va a volver a estar en guerra y, lejos de pensar en rivalidades políticas, eres y sois mi familia y me siento en la obligación y en el sentimiento de advertiros a todos sobre lo que está por venir.

No sería muy conveniente que alguien pudiera interceptar esta carta. Después de leerla, destrúyela. Esto debe quedar entre nosotros. Pero no me entretengo más. Quiero contarte tantas cosas que no sé por donde iniciar, así que lo haré por el camino más fácil, el principio.

Cneo Pompeyo llegó hace unos meses, antes de finalizar el año, a Carthago Nova. Lo envió el propio Marco Porcio Catón desde Otica, en la provincia de África. Los rumores de su partida hace más de un año estaban en lo cierto pero una enfermedad retrasó sobremanera su llegada. Partió con unas treinta naves, si bien es cierto que solo unas pocas eran militares. Su ejército estaba formado tan solo por dos mil personas, algunos de ellos esclavos y no todos armados, por lo que su idea desde primera hora era reclutar a miles de hombres en Hispania antes de plantear un enfrentamiento a los hombres de César. Catón confiaba en la clientela hispana de Pompeyo Magno y en que esta respondería al llamamiento de su hijo. Y no se equivocó. Tú mismo sabes que hace casi dos años que partimos hacia Carthago Nova para esperar a Pompeyo y que

han sido muchos los que se sumaron a nosotros durante el viaje. En todo este tiempo llegaron más hombres todavía, entre ellos, y tal como tú me advertiste en tus cartas, Tito Escápula y Quinto Aponio, acompañados por numerosos rostros conocidos de la Ulterior. También nos consta que son muchas las ciudades que mandan correos en los que rinden pleitesía al hijo del Magno.

Las palabras con las que Catón convenció a Cneo Pompeyo para que partiese hacia Hispania corrieron de boca en boca. Sinceramente, me cuesta creerlas, y más, después de saber que un día Pompeyo y Catón fueron acérrimos enemigos. Sabes como yo que, en la etapa a la que hacen referencia, Pompeyo estaba más cerca de los populares que nunca. Dicen que, en sus palabras, Catón hizo especial referencia a su fallecido padre. ¿Acaso se ha vuelto loco este Marco Porcio? No, Marco, de ningún modo se trata de eso. Es una mera estratagema para impulsar el orgullo de Cneo Pompeyo. Perdona que no pueda transcribírtelas tal cual Catón las pronunció pero en esencia venían a decir lo siguiente:

«Cuando vuestro padre era tan joven como tú, la República ya peligraba entre las perversas manos de los populares. Y él era consciente de la terrible amenaza que eso suponía para Roma. Aquellos ciudadanos, impíos y criminales, se encargaron de matar o mandar al exilio a ciudadanos honrados, privándolos del calor de su patria y de sus derechos civiles. Por ello, y a pesar de ser un joven ciudadano más, decidió tomar los restos del ejército de su padre, de vuestro abuelo Cneo Pompeyo Estrabón, para devolver a Roma y a sus ciudadanos la libertad que les correspondía, sojuzgada y destruida casi del todo. Lo ayudó su enorme ansia de gloria y su grandeza de espíritu.

Con admirable rapidez reconquistó Sicilia, África, Numidia y Mauritania y con ello se granjeó el prestigio con el que hoy lo conocemos. Era solo un joven caballero pero alcanzó el triunfo. Tu padre, Cneo Pompeyo Magno, se ganó a pulso un lugar entre nosotros, en el Senado. Y él no tenía lo que tienes tú: el prestigio de vuestros antepasados, las hazañas de tu padre o la clientela acumulada por un hombre tan ilustre como él. Así que tú, Cneo Pompeyo, dotado de tanta nobleza y prestigio familiar, ¿no acudirías ante los clientes hispanos de tu padre para pedirles ayuda para ti, para la República y, definitivamente, para los hombres de bien? Hazlo Pompeyo, por la grandeza de tu nombre y por la dignidad de tu familia».

Ya lo ves. Marco Porcio Catón parece que se ha convertido en un rancio adulador, aunque tocado con el don del éxito. Cneo Pompeyo emprendió su viaje hacia las profundidades del Mediterráneo henchido de valor y orgullo por las palabras pronunciadas por alguien del prestigio de Catón. Pero hizo una parada en Mauritania y decidió asaltar a una guarnición que cuidaba la plaza de Ascurum. No logramos entender por qué hizo tal cosa. Quizá las preferencias cesarianas del rey Bogud destemplaron su ira. Si fue así, debieron alterarle más de lo debido porque, con un ligero ejército de dos mil hombres y apenas sin experiencia, demasiado bien le salieron las cosas. Me refiero con esto a que no perdió su vida en aquella temeridad. A nada más, porque murieron algunos de sus hombres en la persecución que los de Bogud les brindaron desde las puertas de Ascurum hasta las naves, en la que tuvieron que embarcar a toda prisa. Desde luego que aquella maniobra tuvo que dolerle a Pompeyo, sobre todo porque su escasa práctica en lides militares era constante motivo de comentarios y ahí quedó más que en evidencia. Supongo que, avergonzado, zarpó rumbo al norte con la intención de tomar tierra cuanto antes.

Y así fue. Las islas Gimnesias cayeron rápido en sus redes pero la pitiusa Ebusus se le resistió más de lo debido. Quizá este exceso de preocupación o la constante incertidumbre en un sinfín de batallas hicieron que Cneo Pompeyo cayese enfermo. Por aquí se habla de unas terribles fiebres, aunque nadie confirma nada. El caso es que su padecimiento y la llegada del invierno lo retuvieron en las Gimnesias por unos

meses. Finalmente llegó a Cathago Nova, ciudad que no le fue fácil asediar y en la que celebró una especie de triunfo del que disfrutamos todos después de proclamarlo imperator. Sabíamos que aquello no iba a gustar, ni en Roma ni a los nuestros, pero llevábamos demasiado tiempo esperando la llegada de Cneo Pompeyo como para dejar pasar la ocasión de darnos un buen festín.

Tras el merecido descanso, hemos emprendido un viaje sin rumbo en el que nuestro único objetivo es que las ciudades por las que pasamos rindan pleitesía a Cneo Pompeyo y que este tenga constancia de la fidelidad de sus tropas y de los hombres que se suman a ellas. Toda una provocación a Cayo Julio César, el que estamos seguros de que pronto llegará hasta Hispania para intentar doblegarnos.

A nuestro favor, la enorme cantidad de hombres que siguen a Cneo Pompeyo. En nuestra contra, que Marco Porcio Catón y Quinto Mételo Escipión pensaron que esta iba a ser una campaña rápida y ya ha volado un año entero.

Marco, desconozco nuestro destino pero presiento que terminaremos en la Ulterior, el lugar en el que César se ha ganado más desconfianzas y recelos. Cuídate y pide a toda la familia que extreme las precauciones. No creo que pueda volver a escribirte ni que vaya a recibir más cartas tuyas. No sabes lo que siento que todo haya llegado hasta este extremo.

Un fuerte abrazo, querido Marco,

Publio Claudio Marcelo

Capítulo 20

Una cita en el muelle

Corduba, primeros de mayo del año 46 a. C.

La carta de Publio tuvo una doble repercusión en la familia. Tal y como él me pidió, sus palabras no salieron de nuestro entorno, así que, por un lado, nos tranquilizó pensar que estábamos bien informados, aunque, por otro, nos puso en alerta sobre la situación que en breve íbamos a tener que vivir.

Los ejercicios y las maniobras se intensificaron en el campamento. Por allí, ya sabíamos que Cneo Pompeyo campaba a sus anchas por territorio hispano y que Quinto Fabio Máximo y Quinto Pedio habían venido para dirigir los escasos apoyos con los que César contaba. El estado era de prealerta, así que yo contaba con poco tiempo libre para estar con mi familia o salir con Indo o Niger fuera de los muros del campamento para divertirnos un rato y despejarnos. A pesar de ello, una tarde cercana a las *kalendae* de mayo, Belonio se presentó en mi tienda con una invitación por parte de mi padre para acudir aquella noche a cenar a casa. Su rostro mostraba alegría, por lo que no dudé un segundo en pedir permiso y salir con él hacia Corduba. Aún hacía algo de frío, sobre todo por las mañanas, aunque antes de la caída del sol el ambiente estaba lo suficientemente templado como para disfrutar del aire libre.

El paseo hasta la ciudad en carro fue agradable. El camino estaba a rebosar de personas que iban y venían en sus propios carruajes o caminando, cargados con sacos de alimentos o conduciendo algún animal hacia el establo. Tímidas florecidas ya salpicaban de color los bordes del camino y el arroyo que nos separaba de la ciudad bajaba caudaloso. Su corriente hacía un ruido placentero que invitaba a sentarte en las cercanías y contemplarlo embelesado hasta la puesta de sol. Sin embargo, no teníamos tiempo para ello. Mi padre me esperaba para cenar. Me invadía la curiosidad por el motivo de aquella invitación pero no quise preguntar a Belonio. Preferí mantener la incertidumbre.

Antes de entrar por la puerta occidental pedí al esclavo que conducía el carro que parase la marcha. Me despedí de Belonio y me apeé para continuar

mi camino hasta casa caminando. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de mi ciudad que me apetecía llenarme de sus calles, de su gente, especialmente en aquel atardecer casi primaveral. Con el sol poniéndose a mis espaldas y calentando levemente mi capa, me adentré en Corduba. Un grupo de hombres hacía cola bajo el pórtico del *Decumanus Maximus* a la entrada de los baños públicos más cercanos a la muralla. Hablaban distendidamente, sin preocupación. Más adelante, un par de tenderos recogían ya sus frutas y telas y las guardaban en los almacenes. Tertia, la mujer que regentaba el *thermopolium* del lado este me saludó al pasar. Estaba en uno de los puestos, abasteciéndose para la cena.

—¡Marco Claudio! —levantó el brazo derecho llamando mi atención—. ¡Por todos los dioses, pensaba que no te volvería a ver! ¡Ven esta noche a tomar algo, estás invitado!

—Gracias, Tertia —me disculpé mientras seguía caminando—. Me esperan en casa. ¡Otro día!

—¡Hasta la próxima entonces!

Bajé la mirada sonriendo. Después de todo, aquella mujer bajita y regordeta había sido la única que se había preocupado de que comiese en condiciones en mis semanas de exilio familiar. Supongo que le tenía algo de cariño.

Atravesé el foro justo en el momento en el que los funcionarios cerraban los edificios de la plaza pública. Un joven muy apurado salía de la basílica cargado de rollos y papeles que empezaron a caérsele de sus brazos de manera desordenada. Parecía que le hubieran echado de allí sin tiempo de recoger toda su documentación. Intentando recogerlos, se le caían más al suelo. Varias personas pasaron a su lado y nadie lo ayudó. Incluso había quien se reía. Las mofas de los presentes me hicieron desviar mi camino y pararme a recoger algunos de los papeles que estaban en el suelo. No me dio pena, al fin y al cabo, era joven y no necesitaría mucha ayuda para poner en orden todo aquello, pero decidí echarle una mano.

—¿Qué os hace tanta gracia? —pregunté a los que se arremolinaban divertidos alrededor del joven.

—Oh, gracias… Marco Claudio —me saludó tímidamente el aprendiz. Me sorprendió que conociera mi nombre.

—¿Nos conocemos? —pregunté para salir de dudas arrodillado sobre la tierra del suelo del foro de Corduba.

—Soy Aulo Numisio, aprendiz de abogado. Mi familia tiene amistad con Quinto Fabio Máximo y lo he acompañado a Hispania Ulterior.

—Encantado, Aulo Numisio —respondí mientras me levantaba y sacudía la tierra de uno de los papeles antes de devolvérselo—. Espero que tu estancia esté siendo agradable y provechosa.

—¡Oh, claro que sí! Tu tierra es bella y la gente acogedora. Está siendo un

placer.

—Te deseo entonces que tengas tiempo para disfrutarla. Dentro de la basílica hay poco aire para respirar.

—Estaba tan concentrado en mi trabajo que no me di cuenta de la hora y la puesta de sol me ha pillado dentro. Casi me sacan a patadas —se excusó entre sonrisas.

—Anda con más cuidado la próxima vez —le sonreí, le devolví un par de rollos que aún tenía en mi poder y me giré para continuar con mi camino.

—¡Gracias, Marco Claudio! —Gritó mientras yo me alejaba. No volví la cabeza atrás.

Tras esta breve parada me dirigí hacia el norte. Llegué a casa casi al anochecer. Belonio aún estaba metiendo el carro en el cocherón, así que lo esperé en la puerta para entrar con él.

—Tu padre te espera en el *tablinum, domine*. Entra allí directamente.

Como siempre fue habitual en mi casa, no se oía ni un solo ruido. Supuse que mis hermanos y mi madre, así como Calutia y el resto de criados estaban preparándolo todo para la cena que estaría a punto de servirse. Pero no había ni rastro de ellos. Belonio, delante de mí, descorrió la cortina del despacho de mi padre y me hizo pasar. Él me recibió con un abrazo.

—Gracias por venir —me dijo cogiéndome por los hombros—. Sé lo ocupados que estáis en el campamento pero quería compartir contigo una gran noticia.

—¿De qué se trata, padre? Me invade la curiosidad.

—César ha vencido en África. La batalla definitiva tuvo lugar el 12 de abril en Thapsos. El núcleo duro de sus adversarios ha caído para siempre.

—¡Vaya! Sí que son buenas noticias —me alegré sinceramente—, aunque no podemos cantar victoria, padre. Y lo sabes mejor que nadie.

—Marco Porcio Catón ha acabado con su vida, incluso después de que los médicos intentaran salvarlo de un primer intento de suicidio.

—Vaya, era obstinado este Catón.

—Obstinado y tenaz como nadie —el silencio invadió la sala. Fue nuestro pequeño homenaje a un hombre que parece que solo vivió para hacer daño a César—. Con él fuera de combate —continuó mi padre—, los del bando *optimate* han perdido su gran cabeza visible después del fallecimiento de Cneo Pompeyo Magno.

—Cneo Pompeyo Magno sigue vivo en Hispania, padre. Su hijo se está encargando de que así sea.

—Pero Marco —me sonrió mientras me invitaba a caminar junto a él hacia el peristilo—, hoy vamos a celebrar que hemos dado un paso adelante para acabar con nuestros enemigos —abrió la cortina que separaba el estudio del patio porticado—. Olvídate por una noche de los hijos de Pompeyo y del resto de optimates. Vamos a celebrar la victoria de César en África y la muerte

de Catón.

Era obvio que a aquella cena no estaban invitados mis tíos Marcelo y Cornelia o mi prima Claudia. Aunque sí pude disfrutar de la compañía de mi madre y mis hermanos, cuya conversación fue, como siempre, un placer para mis oídos.

Tras la cena, como antaño, mi padre y yo nos quedamos en la sala hablando de nuestras cosas. Aquella noche, el trágico final de Catón y el valor de César fueron los temas más recurrentes, aunque también comentamos asuntos económicos de la provincia y el estado de las haciendas familiares, en especial de *Villa Fertilitas*, aún en proceso de recuperación tras el asalto de Casio.

Cuando aún Calutia seguía recogiendo los restos del banquete, me disculpé con mi padre y me fui a descansar a mi cubículo. Me rendí en el lecho derrotado después de un largo día de maniobras militares y de una cena familiar del todo improvisada. En ese momento caí en la cuenta de que aquella era la primera noche que pasaba en casa con mi padre presente. Pensaba que aquello sería un duro trance pero ocurrió así, sin más. Me sonreí a mí mismo y mi mente desvió los pensamientos hacia la más acuciante actualidad. Debía estar en el campamento de vuelta antes de que Indo anunciase cómo y dónde debíamos entrenar aquel día, algo que ocurría siempre a los pocos minutos de que el sol despuntase por el este, silueteado entre los tejados de las casas de Corduba. Además, quería comunicarle yo las últimas noticias, si es que no las conocía ya.

Noté cómo todo mi cuerpo se iba relajando. Mis ojos no tenían fuerza suficiente como para mantenerse abiertos. Me incorporé un momento para apagar la lucerna y regresé a mi posición. Me rebullí bajo las mantas buscando una postura cómoda y acogedora y comencé a caer en los brazos de Morfeo. Pero, de pronto, alguien abrió violentamente la puerta de la habitación y entró caminando hacia mi lecho. Salté de la cama y me coloqué lo más rápido que pude junto a la puerta.

—¿Quién anda ahí? —pregunté en voz alta.

—¡Ssssh, Marco! —susurró una voz femenina—. Te van a escuchar todos. ¿Dónde estás? Debo decirte algo.

—¡Por Júpiter, Marcia! ¿Qué es lo que ocurre? —ella y yo nos aproximamos gracias a la escasa luz que entraba por la puerta a medio cerrar de la habitación.

—Mañana, al amanecer —mi hermana hablaba despacio y casi en un susurro—, Lavinia te espera en el muelle. Es importante que vayas.

—¿Mañana? ¿Lavinia? —no podía salir de mi asombro, llevaba semanas sin saber de Lavinia. ¿A qué vendría todo eso?

—Sí, Marco. Tienes que ir. Y yo tengo que ir ahora a mi habitación. Buenas noches —hizo una parada antes de marcharse—. Te quiero, hermano.

Me senté en el lecho como si de un plomo se tratase. ¿Qué querría Lavinia ahora? ¿Y por qué me enviaba el aviso a través de mi hermana? Cualquier legionario hubiera sido mejor mensajero que Marcia. Todo era muy extraño. Marcia… Ella seguramente sabía de qué trataba todo ello. No le había dado importancia en el momento pero durante la cena estuvo callada y algo pálida. Además, apenas había probado bocado. Algo le inquietaba y ahora yo también estaba preocupado. Me fue imposible volver a conciliar el sueño.

Las horas de la noche pasaron despacio. No conseguí dormir con profundidad así que, cuando me percaté de que el amanecer estaba cerca, salí de casa y me apresuré a alcanzar el muelle del puerto fluvial del Baetis. Atravesé la ciudad de norte a sur y caminé cuesta abajo por la senda abierta entre las tumbas rumbo al puerto. El sol aún no había despuntado en el horizonte cuando llegué al muelle, aunque la trémula luz del amanecer ya dejaba ver que el día sería soleado. Miré hacia todos lados pero por allí no había rastro de Lavinia. Amarrada, una barcaza se esforzaba por no dejarse llevar por la fuerte corriente con la que el Baetis bajaba en aquellos días. Unos operarios, dirigidos por el *dispensator portus*, el administrador del puerto, se afanaban en subir en ella unas ánforas, cuyo destino seguramente sería la propia Roma. Quién sabe si el aceite que iba dentro de ellas procedía de *Villa Fertilitas* o de cualquier otra finca de mi familia. Me quedé embobado mirando la escena. Era una coreografía perfecta de hombres que tomaban con sus fuertes brazos las enormes ánforas redondeadas y las depositaban con ayuda de una polea en aquel pequeño barco de madera. Pensé en el recorrido que haría y deseé por un instante ser el capitán del navío, bajar el Baetis hasta su desembocadura cerca de Gades y encarar el viaje hacia las Columnas de Hércules, atravesarlas y adentrarme en el Mediterráneo rumbo a Ostia, la ciudad portuaria de Roma.

Un rayo de sol me cegó momentáneamente, haciéndome cerrar los ojos. La realidad me devolvió a Corduba, una ciudad romana al borde de la guerra. Al girarme descubrí a Lavinia detrás de mí, contemplándome, esperando a que saliera de mi letargo para no interrumpir mi meditación. Ella, tan sutil como encantadora, estaba de nuevo ante mis ojos. Una poderosa intuición me dijo que aquel iba a ser el ultimo día que la viera. Le sonreí y caminé hacia ella con decisión. La agarré fuerte por la cintura sin apartar mis ojos de los suyos y la besé. Ella me devolvió el saludo pero se apartó antes de que llamásemos la atención de los trabajadores del puerto.

—Desconozco el mundo al que te habías transportado pero no quería sacarte de él —me dijo sonriente.

—Viajaba a Roma en ese pequeño buque, aunque, en realidad, dudo que llegase muy lejos en él —ella ya se había apartado. Había que cumplir con las apariencias.

—¿Por qué? ¿Acaso no llegan las ánforas? ¿Por qué no habrías de llegar tú

también?

—Estos pequeños barcos o *lintres*, como las llaman en Roma, solo viajan hasta Ilipa o Hispalis. Tienen el casco redondeado y son muy inestables, pero es precisamente por eso por lo que se manejan bien entre estas aguas poco profundas. Cuando llegan a destino, las ánforas se sacan y la barcaza regresa río arriba para recoger más, gracias a la ayuda de bueyes, que andan por la ribera tirando de la nave, ya descargada. En Hispalis se almacenan en *horrea* hasta que los *ponderatores* comprueban que el peso marcado en la ánfora se corresponde con el real. Pasado un tiempo, se vuelven a embarcar, aunque esta vez en navíos de mayor tamaño que pueden acoger hasta tres mil quinientas ánforas como estas. Esos buques sí son los que llegan a Roma.

—Vaya… me sorprende que sepas tanto de navegación —comentó Lavinia.

—En realidad no sé demasiado. Lo poco que sé es porque mi familia envía aceite a Roma. Mira —señalé con el dedo hacia la pequeña embarcación—, ya está casi lleno. Este no puede transportar más ánforas. ¿Ves a ese hombre de ahí? —Lavinia asintió—. Es el *dispensator portus*. Es el que se encarga de decidir dónde amarra cada nave y de contabilizar cuántas entran en el puerto y qué cantidad de mercancía transportarán. ¿Ves las marcas en el cuello de las ánforas?

—Sí —contestó ella entornando los ojos para agudizar la visión.

—Es el número que las identifica. Aquí también se han pesado antes de embarcarlas. Se lleva un registro exhaustivo y se envía un informe junto al porte. Todo debe coincidir con lo que llega a Hispalis.

—No entiendo cómo no se rompen —se preguntó Lavinia mirando fijamente el trasiego de operarios.

—Estos barcos llevan muy pocas y apenas hay peligro. En los grandes, existe un estudiado protocolo para colocarlas sin que haya riesgo de daño. Separan unas de otras con paja, aunque eso no ayuda demasiado. La colocación de la mercancía es todo un arte, aunque no infalible. No es raro que alguna llegue rota. Ahí es donde entra en juego la calidad de la *fligina* o taller de alfarería que fabrica las ánforas. Pero esa es otra historia —me di la vuelta y la invité a seguirme agarrándola suavemente por la espalda—. Me alegra verte de nuevo. Pero me temo que esta no es una cita de cortesía. Dime por qué me has hecho llamar y me has traído hasta aquí.

Lavinia me tomó la mano y me condujo más allá del muelle principal, donde la plataforma portuaria comenzaba a inclinarse hacia el río, allí donde nadie podía oírnos. Nos sentamos sobre ella, con los pies colgando sobre el Baetis, que bajaba caudaloso gracias a las últimas y copiosas lluvias. Y allí, Lavinia me comunicó para qué me había hecho llamar. Me quedé helado, como si las frías aguas del río hubiesen penetrado por mis pies y recorrido todo mi cuerpo hasta congelarme el corazón.

Capítulo 21

La bofetada

Corduba, primeros de mayo del año 46 a. C.

La amistad entre Indo y yo y nuestras continuas reuniones me facilitaban los movimientos por el campamento sin tener que dar demasiadas explicaciones a centuriones y tribunos. A nadie le resultó extraño que entrase en su tienda sin haber sido llamado o sin saludar a los que hacían guardia a las puertas del *praetorium*. No había nadie en la primera sala, destinada a recibir, así que abrí la cortina de entrada a sus aposentos personales. Tras una rápida mirada, comprobé que Indo tampoco estaba allí. Mi ira fue en aumento. Cuando salí, pregunté a uno de los centinelas por él. Me señaló hacia la derecha y me indicó dos calles más allá de donde me encontraba, en dirección a las cuadras. Me dirigí hacia allí a paso ligero. Y, efectivamente, ahí estaba, dando instrucciones a los centuriones que aún quedaban en aquel ínfimo y extenuado ejército. Aparté a los dos que me cerraban el paso y me situé frente a él. Mientras una sonrisa comenzaba a dibujarse en su rostro, deslicé mi brazo derecho hacia atrás y lo impulsé con todas mis fuerzas hacia su mejilla izquierda, asestándole un tremendo puñetazo que consiguió tumbarlo.

Al principio reinó el desconcierto, pero los dos centuriones que antes había apartado reaccionaron con rapidez y, sin entender bien lo que estaba sucediendo, me asieron por los brazos inmovilizándome por completo antes de que pudiese golpear de nuevo a Indo.

Este, desde el suelo, con un codo apoyado en la tierra, comprobaba con la mano libre si había sangre en su labio. Estaba completamente partido.

—¿A qué ha venido esto? —me preguntó sin hacer ademán de levantarse.

—¿Acaso tú tampoco lo sabías, tribuno? —respondí con sarcasmo.

—Me acabas de abrir el labio. Creo que tengo derecho a saber qué diantres te ocurre —dijo mientras se levantaba con la ayuda de otro par de legionarios. El corrillo de gente que se había formado a nuestro alrededor era ya considerable—. ¡Soltadlo! —dispuso antes de darme su primera orden directa —. Marco Claudio, te quiero ya en mi tienda.

Y se fue, con cara de pocos amigos, seguido de algunos centuriones como escolta, que miraban recelosos hacia atrás, sin entender nada de lo que allí estaba pasando. Yo comencé a caminar tras ellos, escoltado también y acariciándome el puño derecho con la mano izquierda. Había sido un buen golpe. Me había destrozado los nudillos.

Indo entendió que se trataba de algo personal y, una vez dentro de su tienda, situada a la derecha del *praetorium*, despidió a todos los escoltas y esclavos. Antes de que se marcharan tuve que dar mi palabra de que no iba a haber más golpes. Fue lo único que tranquilizó a los últimos soldados que se negaban a abandonar a Indo.

—¡Por Júpiter, lo has hecho delante de todo el mundo! —gritó Indo—. ¡Me debes una explicación!

—Marcia está embarazada.

Indo enmudeció. Su cara de asombro me hizo pensar que tampoco estaba informado, pero mi insistente mirada le obligó a salir del paso.

—No… no lo sabía —comenzó a caminar por la tienda, de un lado para otro, atusándose la incipiente y ridícula barba que últimamente lucía—. No es posible. ¿Estás seguro?

—¡Venga, Indo! No agotes mi paciencia. Me lo ha hecho saber ella misma a través de Lavinia. Esta misma mañana. Entiendo que no hubiera dado el paso de comunicarlo si no estuviera totalmente en lo cierto.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —se preguntó frunciendo el ceño.

—¿Quieres que te explique cómo ha ocurrido? —grité en tono irónico— ¡Vamos, Indo! Contabais con mi confianza pero no esperaba esto de vosotros. Solo pienso en cómo se lo voy a decir a mi padre.

—Por todos los dioses… tu padre… —Indo continuaba con sus reflexiones en voz alta. De repente se detuvo, levantó tu tórax y se mostró en actitud segura—. Me presentaré ante él y asumiré mi responsabilidad. Podemos organizar una boda y…

—Deja de decir estupideces, Indo —le interrumpí—. A veces pienso que no eres capaz de ver más allá de tus narices. Te he hablado tanto de mi padre que deberías conocerlo casi tanto como yo. Ya sabes que él nunca aceptaría lo vuestro, y más en estas condiciones. Nuestra preocupación debe centrarse ahora en ver cómo convencerlo para que acepte a Marcia en su estado y después al bebé. Así ganaremos unos meses. Luego, ya veremos.

Indo fue a curarse la herida y me concedió la mañana libre. Aproveché para ir a casa y hablar con Marcia. Mi padre habría salido para reunirse con otros decuriones en el foro, así que tuve vía libre para hacerle un interrogatorio completo y preguntarle qué planes había pensado de cara al futuro.

En la *domus* familiar, el ambiente era tranquilo, como de costumbre. Belonio me abrió la puerta algo sorprendido, aunque no dejé demasiado tiempo para preguntas innecesarias. Antes de que pudiera ni tan siquiera

saludarme le pedí que buscase a Marcia y la hiciese pasar el *tablinum*. Esa habitación, situada en el *atrium*, era perfecta para aislarnos del resto de la familia y los esclavos, que a aquella hora estarían pululando entre las salas y *cubicula* alrededor del jardín peristilo. No quería que nadie nos escuchara. Además, deseaba imponer respeto a Marcia y el ambiente sobrio y sobrecogedor del *tablinum* de mi padre me ayudaría a ello.

Ella no tardó en aparecer. Se presentó ante mí con las manos cruzadas delante de su regazo y la cabeza agachada.

—¿Cómo has pensado salir de esta? —pregunté sin compasión mientras de los ojos de Marcia brotaban dos lágrimas que cayeron sobre el suelo de mosaico del despacho.

Entre sollozos, intentó decirme algo. Solo pude entender que padre no lo aceptaría y que ella quería seguir adelante. Tuve que dejar los detalles para otro momento, para cuando ella estuviera más tranquila. Lavinia me dijo que el bebé llegaría para finales de verano por lo que pronto su estado sería más que evidente. No teníamos mucho tiempo.

—¿Qué ocurre aquí? —interrumpió mi madre abriendo la cortina que separaba el *tablinum* del peristilo. Llevaba una cesta llena de manteles bien doblados en su brazo derecho—. ¿Qué haces en casa, Marco? ¿Ha pasado algo?

Todos nos mirábamos pero nadie decía nada. Mi madre dejó la cesta encima del escritorio y volvió a preguntar qué estaba pasando con los brazos en jarras. Seguramente, su instinto le decía que era Marcia la protagonista del asunto de marras, sin embargo, era a mí a quien miraba inquisitivamente.

—Marcia, habla con madre —concluí—. Ella sabrá cómo actuar. Yo tengo que marcharme ya.

Dicho aquello, besé a mi madre en la mejilla y salí al atrio por la puerta contraria a la que había entrado mi madre. Las dejé solas. Aquello ya no era asunto mío. Cuando aún no había llegado al vestíbulo, escuché una fuerte bofetada y un grito ahogado seguido de un llanto. Agaché la cabeza, cerré los ojos y sentí dolor, como si aquella bofetada me la hubieran dado a mí. Era mejor así, era mejor así… me repetía mientras cerraba el portón de la *domus* familiar y me encaminaba de nuevo hacia el campamento.

Capítulo 22

La última oportunidad

Corduba, 28 de *quinctilis* del año 46 a. C.

El sol apretaba al mediodía. Hacía calor pero al menos una ligera brisa ayudaba a sobrellevar la canícula con algo más de paciencia. La primavera estaba ya muy avanzada. En los últimos meses no había llovido como de costumbre. Las tierras estaban secas y apenas crecían flores en los bordes de los caminos. Por eso, aquel suave viento ayudó a que tomásemos aliento antes de que el largo verano de la Ulterior amenazase con su inminente llegada.

Aquella mañana me encontraba más tonificado que días atrás. El buen tiempo me había animado y, después de mi entrenamiento y posterior sesión de baño en las termas de la puerta occidental de Corduba, me decidí por fin a poner orden y acicalar todos los cachibaches que acumulaba en mi tienda. Pensé que aquel iba a ser un buen día para librarme de todo aquello que ya no iba a necesitar de ahí en adelante. Tantos bártulos comenzaban a ser un problema, sobre todo por el escaso espacio del que disponíamos cada uno de los soldados que dormíamos juntos. Reconozco que no me dio tiempo a acostumbrarme a dormir en la amplia tienda del general en mis tiempos de cuestor, así que no eché de menos el espacio cuando me vi en la habitación de la villa de Escápula. Sin embargo, las estrecheces de la tienda que compartía con otros siete contubernales sí que me resultaron incómodas. Y yo acumulaba demasiado. Ninguno de mis compañeros de *contubernium* se quejó lo más mínimo, pero era evidente que debía hacer limpieza y dejar sitio para los demás.

Afanado en mi tarea, frotando con un trapo humedecido las cosas que definitivamente me iba a quedar y amontonando en una de las esquinas de la tienda todas aquellas que finalmente se convertirían en desechos, me negué a liderar unas de las *turmae* de caballería que salieron aquella mañana con Indo para hacer una inspección de la zona.

—¡Oh, venga, Marco! No me digas que te ha dado por hacer limpieza e inventario —rio mientras se sentaba en una de las esquinas de mi catre,

dispuesto a convencerme.

—Estoy en plena tarea, Indo —ambos nos permitíamos llamarnos por nuestro nombre de pila en la intimidad—. Ya me queda poco, pero prefiero rematar antes de que tanto trasto termine por sacarnos a todos de esta maldita tienda.

—Vente conmigo. Yo tengo que salir. Ya sabes que no podemos despistarnos. Sexto Pompeyo y sus secuaces, Tito Labieno y Publio Atio Varo, andan a sus anchas por Corduba, dispuestos a todo.

—¿Es una orden, tribuno? —le pregunté sin levantar la mirada del casco que intentaba pulir hasta dejar reluciente.

—¡Sí que lo es! —rio a carcajadas.

—No te aproveches de tu posición —le dije con complicidad. El paso de los días había suavizado la tensión que el embarazo de Marcia había generado entre ambos. Para no faltar a la verdad, Indo se preocupaba constantemente por recuperar nuestra amistad.

—Te ayudo. Eso sí me dejarás, ¿no? Y luego nos marchamos.

—Esta noche me han citado para cenar en casa.

—Llegarás a tiempo, prometido.

—Ven conmigo.

—¿A tu casa? ¿Estás loco?

—Nadie te relaciona con Marcia y lleváis tiempo sin veros. No puedes negarte.

—¿Aún no le ha dicho nada a tu padre?

—Créeme, Indo… si mi padre supiera algo ya todos lo habríamos notado. Vamos, no te hagas más de rogar. Ven a casa esta noche. Iremos directamente después de la inspección. Mis padres no sospecharán de que lleve a casa a uno de los tribunos del ejército de Quinto Fabio Máximo.

Me arriesgué. Sabía que no era buen momento para visitas pero el embarazo de mi hermana empezaba a ser evidente y mi padre pronto se percataría y tomaría una decisión. La única posibilidad era que conociese a Indo sin prejuicios. Solo así, algún día, podría aceptar una boda entre ambos. Ese era mi plan. Simple, burdo, sencillo, pero quizá eficaz. Continuar con el ritmo normal de los acontecimientos era la mejor opción para salir de aquel entuerto en el que se había convertido la vida de mi hermana.

El motivo de la cena no era otro que conversar sobre los asuntos de familia, que también andaban revueltos. Mi tío Marcelo había acomodado en su casa en el centro de la ciudad a un grupo de hombres partidarios de los hijos de Pompeyo, lo que hizo que las relaciones entre los hermanos se enfriaran hasta límites que yo jamás pude llegar a imaginar. Apenas había relación entre ellos. Los únicos comentarios que escuchaba en casa sobre mi tío y su familia, incluida mi añorada Claudia, que permanecía encerrada desde el último día que la vi en el funeral de mi abuelo hacía más de dos años,

cuando ni siquiera tuve oportunidad de acercarme a ella, eran repudias e incluso alguna que otra falta de respeto. No, no era el mejor momento para llevar a Indo a casa, pero era la última oportunidad.

Tal y como yo esperaba, nos recibieron con los brazos abiertos. Mi padre aún no había llegado a casa. Al parecer, según mi madre, se encontraba resolviendo asuntos en la basílica. Nunca olvidaré la cara de Marcia cuando vio entrar en el atrio a Indo. Sus ojos se llenaron de brillo y a punto estuvieron dos lágrimas de resbalar por sus mejillas, aunque, gracias a los dioses, pudo contenerse.

—Madre, te presento a Indo, *rex* íbero de Ilípula y tribuno de nuestro ejército. Hombre de César.

—Todo un placer. Sería un honor que nos pudieses acompañar en la cena de esta noche —Indo se inclinó ligeramente aceptando la invitación.

—Gracias, *domina*. El placer ha sido mío —respondió él, tomando la mano de mi madre y acercándosela a sus labios, para besarla.

—Bien, prepararé todo para un comensal más. Disculpadme.

En cuanto mi madre abandonó el atrio en dirección a las cocinas, me dirigí directamente a Indo y Marcia. Aún no había anochecido, aunque poco faltaba ya para el ocaso. Mi padre estaría a punto de regresar.

—Tenéis un momento antes de que llegue padre. Podéis hablar en el *tablinum* —abrí la cortina que separaba el despacho de mi padre del atrio y los invité a pasar. Yo me introduje tras ellos en la sala y dejé caer la pesada tela.

—¡Oh, Indo! Cuánto te he echado en falta —le dijo mi hermana mientras ambos se fundieron en un tierno y largo abrazo. Yo carraspeé para hacerles notar mi presencia, de la que parecían haberse olvidado.

—¿Cómo estás? ¿Cómo está… él? —preguntó Indo con ternura mientras acariciaba el vientre de Marcia, ya abultado. Ella sonrió.

—Ya se mueve. Lo noto todas las tardes, antes de que caiga el sol, cuando me siento a leer en el jardín.

Ya no los miraba, sino que paseaba mi vista distraída por los muebles del *tablinum*, el escritorio y los *solea* de herencia que mi padre custodiaba en aquel sobrio pero acogedor y ordenado despacho. Se callaron por un momento. Me giré y vi que ellos me miraban suplicando intimidad. No hizo falta que nadie me pidiera nada.

—Estaré aquí mismo, al otro lado de la cortina —dije.

Salí del *tablinum* por el lado del atrio, vigilante ante la inminente llegada de mi padre a casa. Cuando la aldaba de bronce sonase solo contaríamos con unos instantes para salir del despacho y dirigirnos al pórtico del peristilo para no levantar sospechas, lardaban demasiado. Todos tardaban demasiado. Me asomé por la cortina. Esperaba verlos fundidos en un profundo beso pero no, estaban hablando, uno frente a otro. Marcia tenía lágrimas en los ojos. Lo que hablaban lo decían tan bajo que no pude escuchar ni una sola palabra, cerré de

nuevo la cortina y continué esperando.

De pronto, sonó la aldaba de la puerta principal. Mi padre ya estaba en casa. Abrí de nuevo la cortina para avisar de que el encuentro había concluido pero en el despacho ya no había nadie. Nervioso, salí por la otra puerta al pórtico del peristilo pero allí no había ni rastro de Marcia e Indo. Parecía que se los hubiera tragado la tierra.

—¡Cómo he podido ser tan idiota! —exclamé, arrepintiéndome por ser tan benévolo mientras corría en dirección a las cocinas.

Allí había una segunda puerta que daba directamente a un callejón interior. ¡Cómo no había pensado antes en que la puerta de servicio podía darles el pase a la libertad! Corrí más. No se oía a nadie. Cuando alcancé las cocinas encontré a Calutia pegada de espaldas a los fogones, con el rostro extasiado, como si acabase de ver al mismísimo Júpiter Óptimo Máximo.

—¿Dónde está Marcia? —pregunté. Ella se limitó a señalarme con el dedo índice de su mano derecha hacia la puerta.

Tal y como imaginaba, Marcia e Indo estaban intentando escapar. Crucé la estancia y llegué a la puerta. Indo se afanaba en abrirla sin éxito mientras Marcia esperaba impaciente a su lado.

—¿Se puede saber qué es esto? —les espeté sorprendiéndolos. Marcia e Indo se miraron. Cuando Indo abrió la boca para empezar a hablar, titubeó. Yo no pude regalarles más tiempo con mi padre dentro de la *domus*—. No os inventéis ninguna excusa. Estabais escapando.

—Marco —me interrumpió Marcia mirando a Indo pero acercándose a mí —. Deja que nos marchemos —Marcia me agarró las manos con fuerza, mientras no dejaba de mirarme a los ojos—. Indo tiene un buen plan para…

—No quiero oír el plan de Indo. Quiero que los dos regreséis por separado al *triclinium*, cenaremos con el resto de la familia tal y como estaba planeado y haremos como si nada de esto hubiera pasado. Marcia, por favor —y le indiqué con la mano el camino para salir de aquel laberinto que eran las cocinas de la casa. Indo tuvo la intención de seguirla, pero lo frené colocándole mi mano derecha sobre su pecho—. Espera aquí, Indo. No quiero que nos vean a los tres juntos, y menos saliendo de aquí —dejé pasar unos instantes antes de continuar—. Estáis locos si pensabais que lo conseguiríais. Mi padre os hubiera buscado hasta en el fin del mundo.

—Te equivocas, Marco. Pensaba llevarme a tu hermana a Ilípula, con mi familia. Ya sé que aquí no soy nadie, solo un tribuno al servicio de Julio César. Pero allí soy *rex*. Hubieran respetado nuestra boda y el nacimiento de nuestro hijo y yo seguiría mi camino, mi vida del lado de Roma y junto a ella. Marco, piénsalo, por favor. Todavía estamos a tiempo. Aún podemos conseguirlo —me cogió por los hombros en un último intento por captar mi atención. Indo me estaba suplicando—. Deja que Marcia regrese y saldremos por esta puerta los dos, juntos. Deja que se abra la puerta de nuestro propio camino. Permite

que tu hermana sea libre y feliz a mi lado.

Pensé rápidamente. No había tiempo que perder. Quizá debiera abrirles esa puerta y dejar a mi hermana vivir su vida. Pero, ¿qué vida era esa? En una ciudad casi extranjera, rodeada de personas que no conocía, sola y con un hijo entre los brazos. Por supuesto, desterrada de nuestra familia, de su hogar, de mí. Mi padre nunca me lo perdonaría, sería el final de nuestra tensa relación. Por mucho que Julio César me brindase su perdón, él jamás me lo concedería. ¡Por todos los dioses! Otra vez estaba en mis manos el futuro de mi familia. Otra maldita vez dependía todo de mí.

—Lo siento, Indo —dije zafándome de sus manos, que continuaban sobre mis brazos—. Tenemos que volver al comedor.

Y me marché de allí sin poder mirarlo a los ojos. Atravesé la cocina. Calutia ya no estaba allí. Probablemente, la cena estuviera ya servida. Por fin el aire del exterior bañaba mi rostro y pude respirar hondo. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad que ya inundaba el peristilo, vi a Marcia junto a mi padre y Belonio. Hila miraba hacia abajo.

—Me da la sensación, Marco, de que piensas que soy un estúpido que no se entera de nada de lo que ocurre en mi propia casa —dijo mi padre. Aquello sonaba a un largo discurso—. Lo piensas de verdad, ¿no es así, hijo mío? Pues quiero que sepas, quiero que sepáis —Indo apareció por detrás de mí—, que vivo por y para mi familia y que no me mantengo ajeno a nada de lo que ocurre en esta casa ni a ninguno de sus ocupantes. Igual que me interesé por ti cada día que pasaste en aquella habitación de la villa de ese engreído de Escápula, intento saber cómo avanza Quinto en la academia militar. Así que no iba a pasar por alto el avance del embarazo de Marcia —mi hermana lo miró sorprendida y colocando instintivamente sus manos sobre el abultado vientre. Mi padre había levantado ligeramente la voz, llamando la atención al resto de la familia. En aquel momento, mi madre, Quinto y Calutia salían del comedor y caminaban hacia nosotros—. ¡No pongáis esas caras! ¡Sé que todos lo sabéis! Y yo también lo sé. Os pensáis que no me doy cuenta de cómo ha ido engordando Marcia, de cómo ha cambiado sus ceñidos vestidos por otros más amplios y de colores más oscuros. Pensáis que me creo que mi hija se encuentra mal cada mañana, cuando no puede probar bocado en el desayuno. Y tú, Marco, pensabas que no sabría nunca quién era el padre de la criatura que crece en las entrañas de tu hermana. Has sido tan ingenuo que pensabas que podrías traerlo a casa a cenar como si aquí no ocurriese nada —Indo intentó hablar pero mi padre levantó una mano indicando silencio—. Belonio —se dirigió al mayordomo mirando al suelo—, ha llegado el momento. Prepáralo todo.

—Pero *dominus*… —balbuceó incrédulo el mayordomo.

—¡Ha llegado la hora! —gritó mi padre.

—Ha llegado la hora ¿de qué, esposo? —preguntó mi madre acercándose

hasta donde estaban mi padre y Marcia.

—He esperado con paciencia a que el embarazo de Marcia no llegara a buen término —continuó él con su discurso como si no hubiera habido ninguna interrupción—. Pero han pasado varios meses, demasiados días como para pensar que un aborto pudiera llegar a ocurrir antes de que alguien más que nosotros se diera cuenta de que el voluminoso vientre de Marcia no se debe a un deliberado aumento de peso. No… Tenía que buscar una solución y la he encontrado. Marcia se marcha. Su error, vuestro error —miró a Indo—, no puede mancillar el buen nombre de esta familia, los Claudio que fundaron Corduba. Desde hace decenios somos un ejemplo de virtud en esta tierra. No puedo permitir que un nacimiento enturbie y ensucie todo lo que hemos estado construyendo desde hace más de ciento cincuenta años. Despedios de Marcia.

—¿Qué es esto, padre? —le pregunté dando un paso al frente.

—¿Despedirnos de Marcia? —mi madre comenzó a llorar.

Todos nos encontrábamos paralizados, estupefactos ante la sorprendente actitud de mi padre. Esperábamos que aquello fuera una broma pesada.

—¿Dónde se marchaba Marcia? —Preguntó Quinto.

Cientos de preguntas se arremolinaban en mi cabeza. ¿Sería para siempre? ¿Volvería cuando hubiera nacido su hijo? ¿Quizá dentro de dos, tres años? ¿Nunca? No podía soportar la idea de no volverla a ver. Aquello empezaba a ser una terrible pesadilla.

—Padre, dinos al menos dónde la llevas y cuándo regresará —le pedí.

—Una persona que mancha el honor de una familia no merece regresar —respondió lacónico mientras comenzaba a tirar de Marcia hacia la puerta.

—¡Nooo! —se escuchó un grito desgarrador. Era mi madre, que se había aferrado a mi hermana como si fuera a caer por un precipicio—. ¡No te la puedes llevar! Su sitio está aquí, junto a su familia. Yo cuidaré de su hijo. Seremos uno más y el nacimiento del pequeño será una alegría para todos… —mi padre intentó separarlas. Marcia miraba al suelo, llorando en silencio—. ¡No! ¡No me separarás de ella! ¡Marcia no saldrá de esta casa mientras yo pueda evitarlo!

—¡Quita de en medio, Paulina! —gritó mi padre—. Esto no es cosa tuya, sino del *paterfamilias*. Está en mi mano decidir si aceptar al nuevo miembro de la familia o no.

—¡Todavía no ha nacido! ¡No hay nada que decidir! —espetó con voz desencajada mi madre.

—Padre —lo detuve camino del atrio—, no te la lleves, por favor. Hablemos. Encontraremos otra solución.

No contestó. Su respuesta fue arreciar el paso. Marcia solo miraba a Indo. El horror, el dolor, se apoderó de mi madre, de Quinto, de los criados y de mí mismo. Cuando atravesaron la cortina del *tablinum*, Indo salió corriendo tras

ellos. Era su oportunidad. Yo asentí aprobando su impulso. Había que agotar todas las opciones. Hacer cambiar de opinión a mi padre era difícil, por no decir que imposible, pero había que intentarlo todo. Marcia se iba para siempre. Corrí tras ellos.

—*Domine* —se dirigió Indo a mi padre, ya en el atrio. Él se volvió dispuesto a escucharlo—, si hay alguna posibilidad de que Marcia pueda quedarse, yo estoy dispuesto a todo. Podemos contraer matrimonio mañana mismo. Si su estado supone una vergüenza para la familia, justo después de la boda marcharemos rumbo a mi tierra. Mi madre y mis hermanas cuidarán de ella y podrá regresar cuando desee, con nuestro hijo.

—Marcia merece un matrimonio romano, con un ciudadano romano. Mi familia no puede rebajarse a esto. La decisión está tomada, nos vamos. No intentéis detenernos. Alguien saldrá perdiendo si nos seguís. No hace falta que os recuerde que Marcia está bajo mi potestad y que tengo pleno derecho sobre ella, sobre su vida y sobre su muerte.

—Padre, no seréis capaz… —dije.

—Seré capaz de cualquier cosa con tal de acabar con este asunto. No nos sigáis —concluyó pronunciando lentamente cada una de las sílabas de esta última frase.

Me acerqué a Marcia y la abracé. La abracé tan fuerte que sentí sus lágrimas como si fueran las mías. Cuando la separé de mí miré con tanto desprecio a mi padre que sentí asco.

—No te lo perdonaré nunca —le dije, pero mi padre ya salía con Marcia por la puerta de casa.

—¡Te buscaré y te encontraré, Marcia! ¡Te encontraré! —se desgañitaba Indo.

Dejé a Indo solo, en el atrio y regresé al pórtico de peristilo. Tenía que consolar a mi madre. Ella estaba abrazada a Quinto. Noté que un hilo de esperanza los unía. Me miraron expectantes, pero yo bajé la cabeza mientras negaba, lapidando toda ilusión, cercenando de un tajo la confianza que mi madre había depositado en aquella última oportunidad. Ella se desplomó, Quinto gritó y yo comencé a llorar como un niño.

Capítulo 23

Una noche de caza

Corduba, *mercedonio* del año 46 a. C.

Estábamos en pleno invierno, en el periodo llamado *mercedonio*, espacio de tiempo gracias al que por fin se ajustaron las estaciones del año con su meses correspondientes. Aquella mañana, a primera hora, antes de la instrucción militar, recibí un escueto mensaje de mi padre. La vida nos había cambiado a todos desde aquel fatídico día de *quinctilis* en el que mi hermana había desaparecido para siempre de nuestro lado. Mi madre no volvió a ser la misma desde entonces. Vagaba por la casa como si fuera un espíritu del inframundo y perdió tanto peso que apenas era reconocible. No hablaba con nadie. Solo a veces lo hacía conmigo, cuando sabía que padre no se encontraba en la *domus*, y solo para mentar a Marcia. La leve esperanza de volver a verla era lo único que la mantenía con vida. Pero en realidad nadie, salvo mi padre, sabía dónde o cómo estaría.

Tras llevarse consigo a Marcia, mi padre tardó dos semanas en regresar y cuando lo hizo, a mediados de *sextilis*, su única referencia a mi hermana fue instarnos a que nos olvidásemos de ella, que fingiésemos que ya no existía. Y desde entonces, nunca más se volvió a hablar de ella en su presencia. Por aquel tiempo ya habría nacido su hijo, si es que el embarazo había llegado realmente a término. El dolor de mi madre era infinito. Mi rabia era inconmensurable. Se acabaron las cenas familiares, las conversaciones agradables en las que compartíamos nuestros cercanos puntos de vista.

En realidad, solo Quinto hablaba con el ser más despreciable que había conocido nunca. Llegué a aborrecer tanto a mi propio padre que sobrepasó con creces mi sentimiento de odio por Quinto Casio Longino.

Indo trató de hablar conmigo en varias ocasiones desde aquel día pero yo me negué a escuchar de su boca una sola palabra que no fuese una orden. En mi obstinación y falta de miras me obcequé en pensar que la responsabilidad de todo lo ocurrido fue de Indo, por intentar escapar con ella. Su presencia aquella noche en casa provocó que mi padre adelantase sus más que estudiados

planes. «Ha llegado el momento. Prepáralo todo», le dijo a Belonio. Tardé meses en caer en la cuenta del significado de aquellas palabras.

El asco que sentía se convirtió en rencor y, con el paso de los meses, me di cuenta de que la relación con mi padre estaba rota. Él sabía que yo no acudiría a ninguna llamada suya, por muy urgente que me planteara la reunión o el tema a tratar, por lo que no me había enviado ni un solo correo desde que Marcia salió de nuestras vidas. Por ello, cuando uno de los esclavos que trabajaba en el campamento me entregó un mensaje, tras decirme que acaba de llegar desde mi propia casa, la curiosidad me embargó, rompí el inconfundible sello de mi padre y comencé a leerlo. Su carácter había quedado plasmado en aquellas palabras, tan frías, claras y concisas como su personalidad.

> Estimado hijo,
>
> Sexto Pompeyo tiene a Corduba en su poder. Como bien sabrás, no ha habido lugar todavía para la batalla, pero la guerra ha estallado. Pronto te verás involucrado en ella y, pese a todo, mi deber como padre es prevenirte y protegerte. Esta misma noche, algunos de los pocos que todavía apoyamos a César partiremos de aquí para reunirnos con él en un lugar cercano que no puedo desvelarte en este momento. Quiero y deseo que nos acompañes. Este es el momento perfecto para que consigas su indulgencia por tus actos en contra de nuestro gobernador Quinto Casio Longino. Te esperaré, en la segunda vigilia, a dos mil pasos de la puerta oriental de la ciudad, a este lado del Baetis.

Cerré la carta de mi padre y la guardé bajo mi catre. Realmente, la situación era grave pero no pensaba marchar con él a ningún sitio. Que Sexto Pompeyo estaba en Corduba era un secreto a voces. También que Cneo Pompeyo asediaba desde hacía algún tiempo Ulia, la ciudad que sirvió de trinchera años atrás a Quinto Casio Longino. Niger y yo habíamos comentado en varias ocasiones que no entendíamos bien por qué no tomábamos parte frente a aquellas ofensas. O quizá era que no tenía tanta importancia como yo pensaba.

Iba con retraso en mis obligaciones así que salí rápido de la tienda cuando, al abrir la cortina, me encontré con Quinto Fabio Máximo. El mismísimo gobernador, escoltado por Indo y otro de los tribunos, me estaba esperando frente a mi puerta. Alto, de anchas espaldas, su imponente cuerpo tapaba el incipiente sol que ya se afanaba en calentar el ambiente de aquel crudo día de invierno. No me dio tiempo a decir nada antes de reaccionar. Su visita fue toda una sorpresa porque nunca antes Quinto Fabio Máximo se había dirigido a mí directamente.

—¿Vendrás? —me preguntó sin ni tan siquiera saludar.

No comprendía nada. Miré hacia atrás, como esperando que hubiese alguien más a mis espaldas, a pesar de que sabía de sobra que nadie quedaba dentro de la tienda. De pronto comprendí. Quinto Fabio Máximo estaba al

tanto de todo.

—Sí, señor, iré —mentí.

—Bien. Ya tenéis las instrucciones. Acudiremos al punto de encuentro por separado. Hasta la noche.

Y se marchó. Quinto Fabio Máximo era hombre de pocas palabras.

Presionado por el compromiso con el gobernador, aquella noche permanecí despierto hasta que escuché el cambio de centinelas de la primera vigilia. Finalmente decidí acudir. Entonces me levanté de mi catre y comencé a colocarme la cota de malla.

—¿Qué haces levantado a estas horas? Deberías estar descansando —dijo Niger casi en un susurro pero incorporado de su lecho, atento, siempre alerta, como el buen soldado que era.

—Tengo que salir —respondí sin dar más explicaciones.

Y así lo hice. No era noche de luna. Caminé casi a tientas por el oscuro y desierto campamento hasta las cuadras y allí tomé mi caballo. Lo así por las riendas y lo conduje hasta una de las puertas de la fortificación. Aquel rudimentario lugar se había convertido en toda una fortaleza con el paso de los meses. Las empalizadas de madera se habían convertido en altos y sólidos muros de más de una decena de pies. Flanqueando la enorme y doble puerta oriental, dos torres de vigilancia se alzaban una veintena de pies por encima del suelo. Arriba, sendos legionarios miraban hacia Corduba, el lugar en el que sabíamos fehacientemente que estaba Sexto Pompeyo aún agazapado, a la espera de ver cómo y cuándo terminaba el largo asedio al que su hermano Cneo estaba sometiendo a Ulia, una de las pocas localidades fieles a César de toda la Hispania Ulterior.

Los vigías se percataron de mi presencia y ordenaron a los legionarios que se apostaban abajo que abriesen la puerta para dejarme salir. Una vez franqueada, escuché el trote de un caballo a mi espalda. No pude evitar volverme algo extrañado. Supuse que el gobernador abandonaría el campamento con la hora justa de llegar a tiempo al punto de encuentro. Era pronto para que Quinto Fabio Máximo saliese.

—No sé a dónde diantres vas —dijo Niger mientras obligaba al legionario que había abierto la puerta a volver a desplegar la hoja—, pero no voy a dejar que lo hagas solo. Te acompaño.

Le sonreí mientras montaba sobre mi caballo.

—Todavía es pronto. Daremos un rodeo para evitar ser vistos por los alrededores de Corduba —sugerí.

—Tú mandas —me respondió mientras avanzaba a mi izquierda ya lo suficientemente lejos de los muros del campamento.

Los dos continuamos nuestro camino en silencio por un tiempo.

—¿No vas a preguntarme adónde vamos? —inquirí a Niger con curiosidad.

—No te voy a negar que deseo saberlo, pero prefiero que seas tú el que decidas cómo y cuándo decírmelo —respondió con complicidad—. Amigo, confío en ti. Espero que no me lleves directo a una emboscada pompeyana.

—Espero que no sea ese nuestro destino esta noche —reí ante la ocurrencia de Niger—, pero no puedo asegurártelo. Yo tampoco sé adónde vamos. Por lo pronto, nos dirigimos a un punto situado a dos mil pasos de la ciudad, hacia el este —Niger seguía impasible sobre su caballo. ¿No sentía curiosidad por el propósito de nuestra clandestina marcha? Estaba claro que no iba a volver a preguntarme, por lo que decidí confesar lo poco que sabía—. Vamos a encontrarnos con César —Niger detuvo su caballo.

—¿Con Cayo Julio César? —preguntó perplejo.

—Con el mismísimo Cayo Julio César, sí —Niger estaba paralizado varios pasos por detrás de mí—. ¡Vamos, Niger, muévete!

—Vaya… sí que has conseguido sorprenderme —confesó mientras por fin reanudaba la marcha—. Había llegado a pensar que te habían encomendado una misión secreta. He salido dispuesto a secuestrar a Sexto Pompeyo y cortarle la cabeza para enviársela a su hermano.

—¡Qué imaginación tienes! —Niger me hizo reír de nuevo. Aquel era uno de esos amigos ocurrentes con los que se hace difícil hablar en serio.

—Algo tenía que pensar para no dejarte solo. Amigo, a veces ores tan oscuro y enigmático como una noche sin luna, justo como la de hoy.

No respondí a aquel comentario de Niger. ¿Era cierto que tan cerrado me mostraba a los demás? A pesar de ello, Niger me acababa de demostrar que tenía verdaderos amigos. Pero, ¿cuántos eran en realidad? Me pregunté si estaría Indo entre ellos. Aquello me inquietaba pero llevé mi mente hacia otro lado y me centré en el camino. Conocía a la perfección esos terrenos pero la ausencia de lima nos hacía estar desprovistos de luz. Además, la inexistencia de senderos reconocidos en la margen derecha del Baetis nos limitaba las pistas necesarias para orientarnos. Y no podíamos hacer ruido o, de lo contrario, seríamos presa fácil para los hombres de Sexto.

Rodeamos Corduba por el norte y dejamos atrás a la ciudad. Ya despreocupados por un posible avistamiento pompeyano, avanzábamos sobre nuestros caballos al trote cuando, de pronto, un grupo de cinco jinetes nos salieron al paso, obligándonos a parar la marcha.

—¿Hacia dónde os dirigís? —nos espetó el que parecía el cabecilla.

—Vamos de cacería —fue lo primero que se me ocurrió.

—¿Y esa *lorica hamata*? —aquel soldado se había percatado de que iba bien protegido por debajo de mi *sagum*, el manto de lana con el que me cubría del frío.

—Son tiempos inciertos. Es mejor ir protegidos.

—¿Y los pertrechos? A menos que seáis muy malos cazadores no veo ningún carro donde almacenar los animales.

—Somos una avanzadilla. Otros cazadores vienen algo más retrasados con el carro y…

—¡Basta de mentiras, legionario! —me interrumpió—. Basta de engaños. No somos estúpidos —eché la mano a la empuñadura de mi *spatha*. Ellos hicieron lo propio.

Niger y yo estábamos solos y no teníamos posibilidades de acabar con aquellos cinco hombres. La batalla estaba perdida. Y era más que probable que hubiese más jinetes en los alrededores. Uno de ellos se descolgó del grupo y comenzó a galopar en dirección a Corduba. Iría en busca de refuerzos. Aquella maniobra logró distraernos y, cuando volvimos la mirada a la escena que tenía lugar delante de nuestros propios ojos, vimos cómo dos jinetes corrían hacia nosotros con sus *gladii* en alto. Niger y yo tendríamos que defendernos por separado. No me dio tiempo a desenfundar mi espada, así que agarré con fuerza el escudo y saqué el *pugio*. Paré el primer golpe y aproveché el hueco que quedaba por debajo de mi defensa para asestar una puñalada bajo la coraza de mi contrincante. Acerté. El soldado cayó de su caballo. No sabía si herido de muerte pero me sentí triunfante y una extraña fuerza interior me encendió el ánimo para acabar con el resto de enemigos. Tuve tiempo de guardar el *pugio* y desenfundar mi *gladius* porque nadie venía ya hacia mí. Cuando me giré, pude ver a Niger en el suelo, asido por uno de ellos.

—Decidme adonde os dirigíais —dijo el que agarraba a Niger mientras amenazaba el cuello de mi amigo con su *pugio*.

No teníamos oportunidad. Sabía que si no confesaba el verdadero propósito de nuestro camino, Niger primero y yo después, seríamos ajusticiados. Rápidamente pensé qué decir la verdad quizá no sirviera de nada y nos matasen igual incluso después de haber desvelado la presencia de César en Hispania. No encontraba la manera de ganar tiempo. El soldado que había derribado yacía inconsciente en el suelo, entre un enorme charco de sangre. Probablemente estuviera muerto. Otro de ellos estaba herido en el brazo, supongo que gracias a un oportuno movimiento de Niger. Solo quedaba un soldado más. Ambos, él y yo, éramos los únicos que permanecíamos sobre nuestras monturas.

—Vamos al encuentro de Cayo Julio César —solté de repente, sin pensarlo, acariciando la idea de que aquella revelación pudiera salvarnos.

—Vaya, por fin seremos nosotros los que esta noche cacemos algo —dijo triunfante el soldado que tenía retenido a Niger, provocando la carcajada del otro que aún quedaba sin heridas—. ¿Y se puede saber dónde está el gran dictador? —preguntó, diciendo las dos últimas palabras de su frase en tono despectivo.

—En Obulco —se oyó una voz desde la oscuridad.

De pronto, el soldado que retenía a Niger se desplomó sobre el suelo. Entonces Niger se revolvió y, aprovechando aquel momento de confusión,

asestó un golpe en la nuca al soldado herido. El único jinete que quedaba vivo y libre de heridas agitó las riendas de su caballo e intentó huir. Yo salí tras sus pasos pero no hizo falta ir muy lejos ya que una flecha lo atravesó de parte a parte. El jinete cayó del caballo y el animal, consciente del peligro, continuó su camino al galope.

—Habéis tenido suerte, Marco Claudio —dijo Quinto Fabio Máximo—. No olvidéis andar siempre con mil ojos. Aunque penséis que conocéis bien el terreno, nunca debéis confiaros.

—Su carácter es impulsivo. Su madre siempre sufre por ello.

Mi padre salió de entre las tinieblas, mostrando su rostro ante la escasa luz que aportaban los hombres de Quinto Fabio Máximo. Tras él, Indo se mantenía en un segundo plano, agazapado en la oscuridad, sin mediar palabra. También estaba en el grupo Quinto Pedio, el gobernador de Hispania Citerior.

—Padre —saludé.

—Me alegra ver que esa impronta se transforma en valentía cuando esta se hace necesaria —me contestó.

No respondí. Podría haberle dicho que, desde luego, mi valentía no era herencia suya. O que mi impulsividad me había salvado la vida en alguna que otra ocasión. Pero no. Preferí no seguir hablando con él. La oscuridad de la noche lo salvó de que todos se percataran de lo sórdida que era la mirada que le dedicaba. El gobernador acabó con aquel frío intercambio de palabras.

—Sigamos nuestro camino. Aún estamos lo suficientemente cerca de Corduba como para que podamos ser víctimas de otro desagradable suceso.

Niger y yo nos sumamos a la escasa comitiva que llevaba consigo el gobernador de Hispania Ulterior, seguidos por una exigua escolta. En total no alcanzábamos la cifra de veinte jinetes. Una presa fácil en una noche perfecta para la caza. Obulco quedaba a unos trescientos estadios, a algo más de una jornada de camino. Había que avanzar y poner toda la tierra posible de por medio entre Corduba y nuestro grupo.

Capítulo 24

La reunión

Obulco, finales del año 46 a. C.

Llegamos a Obulco al amanecer del siguiente día. Habíamos pasado la noche en vela cabalgando por mitad del campo, por caminos abiertos en mitad de la vegetación salvaje. Solo nos detuvimos para que los animales recuperaran el resuello y se abrevaran en el Baetis, en las cercanías de Onuba, aproximadamente a la mitad de nuestro viaje y justo antes de desviarnos por la vía que lleva a Castulo. Llegamos exhaustos pero Quinto Fabio Máximo nos instó a presentarnos ante César lo antes posible.

Lo que allí nos encontramos fue un campamento fortificado con imponentes defensas y varias torres de vigilancia. Quinto Fabio Máximo, como legado personal de Julio César y gobernador de la provincia, tomó la iniciativa. Fue reconocido enseguida por los centinelas, que nos abrieron las puertas al momento. Cuando por fin penetramos en el fortín, nos sentimos con la libertad de descabalgar. Unos esclavos se hicieron cargo de nuestros caballos mientras nosotros nos dirigimos directamente al *praetorium*, siguiendo los pasos de un par de legionarios. Aquella era una tienda de grandes dimensiones, mucho mayor que la del fortín de Corduba. Tenía una sola puerta, bien asegurada por varios tribunos. Quinto Fabio Máximo no tuvo que identificarse. Los celosos centinelas se apartaron y dejaron que él traspasase el umbral junto a Quinto Pedio. Los demás, esperamos fuera las instrucciones.

Pedio no tardó en salir para invitarnos a entrar. La comitiva al completo penetramos en una primera sala, amplia, con varios *triclinia* y algunas *tabulae* dispuestas por toda la estancia. Aquello no parecía una tienda militar ni mucho menos. Había bastantes hombres conversando entre ellos mientras tomaban un frugal refrigerio, compuesto por algo de queso, pan y fruta. Aquello estaba dispuesto por el mismísimo Julio César, hombre austero y famoso por su abstinencia, así que no había ni rastro de vino.

A sabiendas de la tensa situación que tenía con mi padre y con Indo, Niger se apresuró a apartarme del grupo. Nos escabullimos con facilidad entre tanta

gente. Pasamos en aquel acogedor espacio algún tiempo. No sabría decir cuánto exactamente pero el improvisado desayuno nos ayudó a reponernos del corto pero intenso viaje y calmar nuestro apetito. Cuando terminamos de comer, nos retiramos a una parte alejada y nos sentamos en el suelo, donde algunos dormían plácidamente sobre las mantas que lo cubrían, acomodados entre mullidos cojines. Yo intenté permanecer despierto por todos los medios pero el cansancio y la sensación de plenitud terminaron por relajarme más de lo debido y caí en un estado de duermevela que se vio interrumpido por un puntapié de Quinto Pedio.

—¡Vamos, despierta! —gritó—. Cayo Julio César nos espera.

Tuve que zarandear a Niger para espabilarlo. Todavía algo aturdido se frotó los ojos. Lo avisé de que ya iba a entrar, me puse en pie y me sumé al resto de hombres con los que habíamos venido de Corduba, entre ellos, mi padre e Indo. Enseguida pasamos a otra sala algo más pequeña aunque muy lujosa, repleta de tapices y varios muebles de madera tallada con elegantes detalles. Allí estaba Quinto Fabio Máximo, junto a otros legados de César y más hombres de su confianza. El gobernador se levantó de su *triclinium* en cuanto nos vio llegar.

—Bien, ya estáis aquí. Pasemos pues —dijo mientras nos invitaba con su brazo derecho a seguir sus pasos.

Mi padre, Herenio Fabio, que fue duunviro junto a él, Indo, Quinto Pedio, Quinto Fabio Máximo y yo tuvimos aún que atravesar otro umbral más, flanqueado por dos soldados, antes de entrar en la que parecía, por fin, la sala definitiva. Sin embargo, allí dentro no había nadie. Solo una gran mesa en el centro y varios bancos y *sellae* a su alrededor. Pero la presencia de una *sella* curul me confirmó que estábamos en la sala privada de audiencias del dictador de Roma. Quinto Pedio nos pidió que esperásemos en pie. Al instante, César apareció ante nosotros por una abertura lateral. Se presentó con uniforme militar aunque sin el *paludamentum*, la tradicional capa de color púrpura que distinguía a los generales del resto de su ejército. Muy sonriente, se dirigió a nosotros como si aquella fuera una visita de cortesía, no un consejo de guerra.

—Ave, *legati cordubenses* —nos saludó. Habían transcurrido tres años desde que lo vi por última vez, pero parecía que el tiempo no hubiera pasado por él. Tampoco se vislumbraba ningún atisbo de que la guerra le hubiese afectado lo más mínimo. Su semblante era espectacular. Parecía tener la situación absolutamente controlada. La sensación de seguridad que me invadió cuando tuve a Julio César ante mis ojos tan relajado y feliz fue indescriptible.

—Ave, César —contestamos los demás casi al unísono mientras saludábamos militarmente al dictador de Roma.

—Bien, por fin nos volvemos a ver. Espero que este tiempo de espera os haya servido para recuperaros de vuestro viaje. Estaréis extenuados —dijo

invitándonos a tomar asiento mientras él hacía lo propio en su *sella* curul.

—No tanto como el dictador de Roma, señor —contestó Quinto Fabio Máximo, y se giró hacia nosotros—. Cayo Julio ha hecho el viaje desde Roma hasta Obulco en tiempo récord. Veinticuatro jornadas hasta Sagunto y tres días más de viaje hasta aquí, toda una proeza.

—Así es, Quinto Fabio —César permanecía sentado con la espalda desconcertantemente recta y la barbilla ligeramente levantada. Sus pies estaban uno delante del otro, el izquierdo colocado de manera que solo los dedos del pie tocaban el suelo justo debajo de la *sella curul*—. Realmente ha sido una expedición agotadora. Pero mi presencia aquí se hacía ya necesaria. No podemos seguir permitiendo que los hijos de Cneo Pompeyo campen a sus anchas por estas tierras y se apoderen de ciudades romanas como si fueran las suyas propias. Prometo no volver a marcharme de Hispania Ulterior hasta que este tema esté totalmente solucionado.

—Tus órdenes fueron mantener la situación sin provocar el combate y así se ha hecho, señor —se excusó Quinto Fabio Máximo.

—Sí, sí, sí, Quinto Fabio —contestó César cerrando los ojos y poniendo los dedos de su mano derecha sobre sus sienes—. No os he reunido aquí para debatir sobre lo que se ha hecho o se ha dejado de hacer. Las decisiones que habéis tomado son correctas, legado. El motivo de mi llamada ha sido para obtener información de primera mano sobre la situación que vivís aquí y para decidir con vosotros, mis hombres más leales, las acciones a desarrollar.

—Ya sabemos con certeza, señor —retomó el discurso el gobernador—, que Sexto Pompeyo está en Corduba, aunque desconocemos quién lo acoge en su casa. Ni a él, ni a los suyos. Así, escondido, ha conseguido hasta la fecha vivir entre nosotros con total impunidad. Junto a él tiene tan solo una guarnición de hombres, ya que la mayoría se encuentra en el asedio de Ulia, la ciudad más fiel que César podrá encontrar en toda la Ulterior.

—¿Cuál es la situación en Corduba, la capital? —preguntó con curiosidad César dirigiéndose a mi padre.

—De aparente calma, señor —contestó levantándose de su *sella* con rictus firme y seguro de sí mismo, sin titubear. Entonces caí en la cuenta de lo parecidos que eran mi padre y César—. Pero allí todos sabemos que puede desembocar en desastre en cualquier momento. Si me permitís, gobernador —dijo mi padre mirando a Quinto Fabio Máximo y dando un paso al frente. Este asintió y mi padre continuó mirando hacia César—. Mi sentimiento de fidelidad a tu causa desde el comienzo de la guerra civil, hace ya casi cuatro años, me ha llevado a despachar con frecuencia con nuestro gobernador provincial, Quinto Fabio Máximo, y con otros hombres leales a ti, como Quinto Pedio, también aquí presente. Me he sumado a esta embajada con la única finalidad de ayudaros a terminar con todo esto, muy a pesar de que me temo que eso significará también acabar con Corduba —mi padre suspiró

ligeramente—. No conocemos el paradero de Sexto Pompeyo pero sí sabemos que se encuentra dentro de las murallas de nuestra ciudad, la capital de Hispania Ulterior. Los leales absolutos a César, que aún los hay en mi tierra, están avisados y preparados para afrontar cualquier situación. Algunos incluso se han marchado a sus *villae*. Otros han trasladado hasta ellas sus más preciados bienes y a sus propias familias. Es el momento, señor, es el momento de tomar la ciudad. La sorpresa será nuestra aliada. No será tarea fácil pero bien merece la pena tener en nuestro poder la capital de la provincia. Yo —se excusó— no tengo experiencia militar, pero sí me muevo con eficacia por entre los vericuetos administrativos y políticos de Corduba. Seré buena ayuda desde dentro. Para blandir el *gladius* y luchar junto a tus hombres está mi hijo —y dirigió su mirada hacia mí—, Marco Claudio Marcelo, el que espera redimir los errores del pasado prestando un apoyo sin fisuras a tu acometida en esta guerra civil. Señor, si me permites el consejo, Corduba está lista para ser tomada mañana mismo. Nadie allí sabe que has llegado a Hispania, y mucho menos a una jornada de viaje de la capital de la Ulterior. Si el asalto es nocturno, las probabilidades de éxito serán mayores aún —mi padre concluyó su breve argumentación con una leve inclinación antes de retirarse a su asiento.

—Aprecio, Marco Claudio Marcelo, tu disposición y agradezco las gestiones realizadas, pero eso que planteas me resulta imposible de ejecutar a corto plazo —apuntó César—. He intentado llegar a la Ulterior lo antes posible y tan solo con varias cohortes de caballería. Espero la llegada del grueso de mi ejército, mis tropas más leales y veteranas, dentro de algunas jornadas. Ojalá podamos mantener el factor sorpresa hasta entonces y ejecutar tu plan tal y como lo has pensado. Respecto a tu hijo, tiene lugar en mi ejército, si él así lo desea. Marco Emilio Lépido me habló de todo lo ocurrido tras la marcha de Quinto Casio Longino y, más tarde, envié un correo con mi aprobación a su petición de ingreso en nuestro ejército, entonces al mando de Cayo Trebonio. ¿No es así, Marco Claudio?

—Sí, señor, así es —contesté algo cabizbajo.

—Bien. Desde este preciso instante eres oficialmente uno de los míos —concluyó sonriendo—. Serás prefecto de cohorte. Bajo tu mando tendrás 500 soldados. Demuestra con ellos tu experiencia. Antes de terminar, me gustaría pediros que os quedéis en el campamento hasta la llegada de mis tropas. Será arriesgado que regreséis a Corduba…

—¡Señor! —un tribuno entró de súbito a la sala de audiencias del *praetorium*—. Ha llegado un grupo de jinetes. Aseguran que vienen de Ulia. Están exhaustos pero insisten en verte cuanto antes.

—¿De Ulia? ¡Por todos los dioses! Que pasen, Lucio Vibio —asintió el dictador mientras se levantaba. El tribuno alzó una cortina y se marchó—. Lucio Vibio Pacieco es uno de mis mejores tribunos —continuó el dictador

dirigiéndose a nosotros—. Ya lo conoceréis. Desde la campaña gala me ha dado muy buen servicio —Pacieco regresó a la sala seguido por un hombre sudoroso, con las mejillas enrojecidas por el aire frío de aquella zona.

—Ave, César.

—Habla, soldado —le instó César con un gesto.

—Mi nombre es Apio Gabinio —se presentó el soldado—. Vengo de Ulia, ciudad sitiada por Cneo Pompeyo desde hace ya tres meses. El grupo de jinetes que espera fuera y yo conseguimos burlar la guardia de Pompeyo y salir de la ciudad. Nos dirigíamos a Corduba con la intención de buscar refuerzos entre los hombres de Quinto Fabio Máximo pero allí nos informaron de que el gobernador había partido en esta dirección y no dudamos en poner rumbo a Obulco con la mayor presteza posible. Encontraros aquí, tan cerca, ha sido una grata sorpresa. Ulia y sus habitantes necesitan de tu ayuda, los alimentos ya escasean. Los de Pompeyo están concluyendo la construcción de dos torres de asedio con las que seguramente planean atravesar nuestras murallas y someter a la población. La inmensa mayoría son civiles cuya única culpa es estar de tu lado, señor.

César se quedó pensativo. Sabía de las necesidades de aquella población, una de las escasísimas ciudades que se había mantenido fiel a su causa con el paso de los años. Una localidad que, incluso a sabiendas del daño que el antiguo gobernador Quinto Casio Longino había estado haciendo en la provincia, le abrió las puertas a este para que se encerrase en ella a la espera de refuerzos. Una ciudad que, después de todo lo vivido, se había hecho plaza fuerte en contra del mismísimo hijo de Pompeyo y que resistía ejemplarmente y contra todo pronóstico. No, intuía que César no iba a dejarlos solos. El dictador pensaba pero para él dejarlos morir de hambre no era una posibilidad. Seguramente cavilaba cuál iba a ser la mejor opción para ayudar a Ulia sin dejar indefensos a los suyos. El tiempo corría en su contra y su ejército estaba aún a varias jornadas de viaje hasta Obulco. La decisión era arriesgada y espinosa.

—Está bien, soldado —dijo al fin Julio César mientras se levantaba despacio de su *sella*—. No dejaré solos a aquellos que me han apoyado sin fisuras. Ulia contará con refuerzos. Lucio Vibio —se dirigió a su tribuno—, prepara las seis cohortes con las que nos liemos adelantado hasta Obulco y el mismo número de hombres a caballo y márchate con ellos cuanto antes, no más tarde de la segunda vigilia. Terminemos con Cneo Pompeyo de una vez por todas —concluyó entre dientes.

—Pero, señor —protestó Pacieco—, no podemos desplazar a todos vuestros hombres y dejarte… —César levantó la mano pidiéndole silencio.

—Sé que lo haces de buena voluntad, Lucio Vibio, pero… es una orden — y se sentó de nuevo con aire distraído—. ¡Ah! Por cierto, envía a Dolabela como mensajero con una *turma* de caballería para avisar a mis tropas antes de

marchar. Asegúrate de que vienen a marchas forzadas. Las quiero operativas aquí en menos de dos jornadas. Marco Claudio —me dijo—, ve con ellos. Tú conoces bien el terreno. Ya has asediado Ulia en una ocasión, sabrás mejor que nadie sus puntos débiles.

Pacieco se llevó el puño cerrado al pecho, extendió el brazo y salió de aquella parte de la tienda junto con el emisario de Ulia. Yo me sentí avergonzado por la referencia de César a mi etapa como rebelado. Pero él siempre lo tenía todo bien estudiado. Con ese comentario, el dictador me hizo ver que había perdonado pero no olvidado, y que tenía mucho que demostrarle aún si quería formar parte de su más íntimo círculo de confianza.

—Señor —dijo Indo sin que su intervención estuviera preparada—, mi nombre es Indo y soy tribuno de la legión V. Me gustaría formar parte de la comitiva de Lucio Vibio.

—Está bien. Aquí poco podréis hacer. Marcha con él.

—¿A qué esperas, soldado? —me inquirió tras ese intercambio de palabras —. Sal de aquí y ponte a disposición de Lucio Vibio.

Me levanté de la bancada en la que estaba sentado junto al resto de embajadores *cordubenses* y llevé también mi puño derecho al pecho para luego extender el brazo a la altura del corazón. Julio César asintió y salí de la sala dispuesto a acatar órdenes, sin dedicar una sola mirada a mí padre o a Indo, que salió detrás de mí. Niger me esperaba nervioso fuera, en el primero de los espacios en el que nos acomodamos al llegar. Estaba de pie, dando vueltas por la sala. No había ni rastro de Pacieco. Tendríamos que buscarlo en el campamento.

—Niger, nos vamos —le advertí sin pararme a dar explicaciones.

—¿Adónde? —preguntó él mientras corría detrás de mí.

—A Ulia. La guerra va a comenzar.

Capítulo 25

Una serpiente larga y oscura

Ulia, finales del año 46 a. C.

Las órdenes de Pacieco fueron marchas forzadas para las seis cohortes de infantería y trote rápido para la caballería. A pesar de que los que montábamos fuertes corceles llegaríamos antes, el tribuno calculó que no debíamos hacerlo antes del anochecer del segundo día de marcha. El fiel soldado había planificado hasta las paradas estratégicas que debíamos hacer para que los animales descansasen y se abrevasen. La segunda de las jornadas de viaje, nos sorprendió en plena marcha un amanecer limpio, aunque ciertamente frío. Sin embargo, con el paso de las horas, el cielo se fue cubriendo con nubes altas y ligeras que dieron paso a pequeños cúmulos. Al mediodía, el cielo aborregado se convirtió en una capa espesa de nubes que atemperó la jornada a pesar de la ausencia total del sol. Por allí arriba cada vez estaba más oscuro y el viento soplaba con más y más fuerza. A mi lado cabalgaban Niger e Indo.

—Va a haber tormenta —comenté a Niger mirando a lo alto.

—Sí —me contestó alzando también su mirada. Indo permanecía en silencio—. No tiene muy buena pinta. ¿Llegaremos a Ulia antes de que descarguen las nubes?

—Es imprevisible. Nos queda menos de un estadio de camino pero es Júpiter quien manda en nuestro destino. Solo él tiene el poder sobre el cielo. El maneja a su antojo las nubes. Lo que él nos tenga preparado, bueno será.

Continuamos avanzando por nuestro camino algún tiempo, recortando cada vez más la distancia que nos separaba de Ulia. Habíamos dejado atrás la antigua ciudad de Ituci, cuya muralla intuimos elevada a la derecha de nuestro camino, sobre uno de los cerros más altos de los alrededores. También quedaron a nuestras espaldas Ategua y Ucubi. Pasamos cerca, muy cerca, de *Villa Fertilitas*. El vivido olor de sus tierras penetró de repente en mi nariz, estimulando un grato recuerdo que me llevó a mi infancia. ¿Dónde estaría Marcia? Aún me costaba creer que ella fuese pasado. Negué con la cabeza y me centré en el paisaje. Era curioso que el olivo fuese un árbol cada vez más

común entre aquellos hermosos parajes. La tierra que cada temporada daba centenares de miles de modios de cereales poco a poco se convertía en ordenados olivares dispuestos a dar aceitunas rebosantes del mejor aceite que los romanos pudieran soñar. Al final, todo era cuestión de dinero. Si en Roma querían aceite, en Hispania se plantaban olivos. Sicilia, África y Egipto surtirían ahora de grano a toda la población.

Sumido en mis pensamientos, casi caí del caballo cuando este frenó la marcha por sí solo antes de toparse con el animal que trotaba delante de nosotros. De pronto, y sin que estuviese previsto, toda la caballería se había detenido. Era extraña aquella maniobra porque acabábamos de realizar una parada para abrevar a los caballos. Además, calculaba que estaríamos ya cerca de Ulia. No tenía ningún sentido que nos detuviésemos, aquello nos retrasaría en nuestro objetivo y, lo que era peor aún, la lluvia que todavía no había hecho acto de presencia nos alcanzaría en mitad del camino. El viento cada vez era más fuerte, la tarde estaba mucho más gris que horas atrás y ya olía a tierra mojada. Pacieco se acercó hasta donde estábamos Indo, Niger y yo.

—Pararemos hasta que empiece a llover —le dijo directamente a Indo. Niger y yo nos miramos desconcertados pero no hicimos ninguna mueca que dejase entrever nuestra disconformidad. Pacieco continuó, esta vez, dirigiéndose a todo el grupo—. Luego, reanudaremos la marcha. Cubrios con vuestras capas y no abráis la boca cuando lleguemos a Ulia.

El tribuno se alejó de nosotros para difundir el mensaje entre las demás cohortes. Efectivamente, la tarde se complicó con una lluvia fuerte, persistente y racheada que no hacía más que arreciar por momentos. Pacieco, hombre de campaña con muchos años de servicio, sabía que se avecinaba un fuerte aguacero. Me tranquilizó pensar que, a pesar de que nos hubiera ordenado continuar caminando bajo aquella fuerte descarga de agua, y lejos aún de las seis cohortes de infantería, era un hombre que sabía lo que se hacía.

Cuando por fin las murallas de Ulia se adivinaban en el horizonte, borroso y oscuro por la capa de agua, Pacieco se colocó a mi lado para pedirme que lo acompañase a la vanguardia de los casi tres mil hombres a caballo que seguíamos sus instrucciones.

—Vamos a entrar en Ulia —dijo. Realmente, Julio César estaba en lo cierto cuando nos indicó que Pacieco era un hombre de pocas palabras. Me sorprendí por la seguridad que demostraba ante una situación que sabíamos de sobra cómo se estaba desenvolviendo. Cneo Pompeyo y sus hombres tenían sitiada la ciudad y vigilados todos los accesos—. ¡Vamos, muchacho! —exclamó con una amplia sonrisa—. ¡No pongas esa cara! Entraremos si nos mostramos seguros de nosotros mismos.

—Conozco un pasadizo, tribuno, si es que aún sigue abierto. Debe quedar por allí —señalé colocando mi brazo en dirección oeste, tal y como me explicó en su día Lucio Equitio cuando él consiguió escapar de las garras de Casio.

—¡Por todos los dioses! ¡Cayo Julio tenía razón contigo! Eres un cofre lleno de sorpresas —volvió a decir sonriente—. Bien, Marco Claudio, entraremos por la puerta después de dejar a la caballería en la salida de dicho pasadizo —ante mi estupor, Pacieco me contó rápidamente el resto de su estrategia para luego encarar con su caballo la vanguardia de nuestras tropas—. Si os preguntan, callad —ordenó al resto de caballeros—. Si insisten, pedidles silencio. Hacedles creer que nos envía Sexto Pompeyo y que debemos sorprender a los centinelas de Ulia —añadió antes de irse.

Era un plan brillante, si salía bien. No quise pensar en ello, así que espoleé mi caballo para dar las instrucciones oportunas a los decuriones.

Sorteamos desde lejos el campamento de los de Pompeyo. No podíamos ser vistos en ningún momento, o de lo contrario nuestro plan de penetrar en Ulia quedaría fulminado. Al cabo de poco rato ya habíamos dejado a los caballos escondidos cerca de la salida del pasadizo, y regresamos a las inmediaciones de las murallas de Ulia. Tal y como había ordenado Pacieco, todos nos cubríamos con nuestro *sagum*, una capa de color oscuro impermeable que nos protegía del frío y de la lluvia.

Aunque apenas tuve tiempo para pensar, los recuerdos se atropellaron en mi mente cuando por fin tuve delante de mí aquellas murallas. Pacieco se dirigió hacia una de las puertas con decisión, empuje y sin mirar atrás. Por delante teníamos una empalizada atestada de pompeyanos vigilantes que, gracias al tremendo aguacero, nos vieron justo cuando ya nos tenían encima.

—¡Eh, vosotros! ¿Adónde vais? —gritó uno de ellos.

—¡Shhhhh! —Pacieco le instó a bajar la voz—. Sexto Pompeyo nos ha pedido que aprovechemos esta densa lluvia y la oscuridad de la noche para entrar en Ulia haciéndonos pasar por refuerzos de César —argumentó a un incrédulo soldado que pidió unos instantes para consultar con un superior. Al poco regresó con gesto serio.

—¿Y dónde está Sexto Pompeyo, si puede saberse?

—En Corduba. Permanece agazapado bajo la amenaza cesariana.

El soldado se marchó pero regresó enseguida.

—Está bien, podéis continuar —dijo en tono escéptico.

—Continuad cubiertos tras la empalizada porque os necesitaremos desde dentro de aquí a un rato. He ordenado a mis hombres que hagan una larga fila para evitar ser vistos desde la ciudad. Jugamos con el factor sorpresa. No los detengáis. Y no les hagáis preguntas. La orden es guardar silencio.

A mi juicio, Pacieco dio demasiadas explicaciones aunque, una vez concluida la conversación con aquel desconfiado pompeyano, las seis cohortes de caballería emprendimos la marcha hacia la puerta este de Ulia sin cortapisas.

—Tribuno —se acercó hasta nosotros Apio Gabinio, el cabecilla de los embajadores que había hablado directamente con Julio César en el *praetorium*

de Obulco—, será mejor que me adelante con mis hombres para que nos abran a todos las puertas. Como veis, habéis llegado justo a tiempo —comentó mirando hacia las dos gigantescas estructuras que dominaban el terreno, las máquinas de asedio.

Pacieco asintió. La lluvia arreciaba aún más. Del promontorio sobre el que estaba construida Ulia manaban innumerables regueros cuya bajada simulaba un torrente devastador. Las aguas se reunían en la base del cerro y discurrían cuesta abajo, en un cauce improvisado que pronto, si no dejaba de llover, sería un grave problema para la infantería.

—Marco Claudio, acompáñalo. Los demás se quedan. No quiero levantar sospechas. Nos están vigilando.

Me adelanté con Apio Gabinio hasta que llegamos a la mismísima puerta de la ciudad. Nunca antes había estado tan cerca del interior de Ulia. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—¡Por los frutos de Ceres! —exclamó con voz elevada el emisario. Y así, sin más, la doble puerta de la ciudad cedió y se abrió—. ¡Vamos, todos dentro! ¡Daos prisa! —me instó Gabinio.

Después de escuchar la contraseña que a nadie había desvelado aquel fiel enviado, me dirigí hacia la vanguardia de la larguísima hilera que formaban las seis cohortes de caballería del ejército de César que ahora iban a pie. Desde lo alto de aquel collado se veían como una extensa y lenta serpiente de color oscuro que dirigía sus fauces hacia su distraída presa. La lluvia atenuaba la visión de todo. Júpiter sabía lo que se hacía y en aquel anochecer se había puesto del lado de César.

—Está hecho, tribuno —comuniqué a Pacieco.

Al abrigo de la noche y de la lluvia, que no cesó, inclemente, hasta casi el amanecer, todos los enviados de César conseguimos penetrar en el único bastión popular de toda Hispania Ulterior. Nuestros hombres, más de cinco mil, por fin estaban dentro de sus murallas, cargados con nuevas armas arrojadizas y de ánimos que insuflar a los habitantes de una ciudad que ya había sufrido suficiente por su fidelidad a Julio César. Cuando los de Pompeyo descubrieron el engaño el día ya estaba avanzado. De repente, y sin que nosotros hiciésemos ningún movimiento sospechoso, nos llegaron hasta cinco andanadas de flechas. Los centinelas, apostados en las torres de la muralla, y los legionarios que caminaban vigilantes sobre dicha protección, avisaron de que algo se traían entre manos nuestros enemigos detrás de sus empalizadas, así que pudimos sortear con más o menos presteza el envite de los dardos. Según nos contó Gabinio, los de Pompeyo se esforzaron denodadamente en la construcción de aquellas dos inmensas torres de asedio y, desde hacía días, en levantar sendas rampas de acceso ayudados por empalizadas de madera portátiles. Con ellas se cubrían de nuestros ataques, que cada vez eran más numerosos, sobre todo desde que dotamos de una

mayor capacidad militar a la población de Ulia, a la que surtimos con dardos y otras armas arrojadizas.

Cuando tuvimos una conciencia certera de la situación en la que se encontraba Ulia y valoramos las diferentes posibilidades que teníamos ante nosotros, Pacieco me pidió que reclutase a un reducido destacamento de caballería para salir de la ciudad sitiada y acudir a informar a César de todo cuanto había acontecido. Mi misión consistía en regresar con nuevas instrucciones en el menor tiempo posible. No era asunto fácil sortear a los hombres de Pompeyo, que rodeaban la ciudad armados hasta los dientes. Estaban a punto de terminar la construcción de las torres y su deseo era que el asedio fuese tan cruel y debilitador que cuando consiguiesen abrir una brecha en la muralla de Ulia solo encontrasen cuerpos desnutridos y rendidos a sus pies. Niger se sumó a la peligrosa expedición.

Para salir, utilizamos la galería que yo conocía y que, al parecer, todavía no habían descubierto los hombres de Pompeyo, a pesar de que algunos de ellos estuvieron presentes en el asedio de Ulia, un par de años atrás. En realidad, esta salía a unos doscientos pies del promontorio sobre el que estaba construida, justo al cauce de un riachuelo bastante profundo y escondido bajo unos espesos arbustos. Cuando llegamos al final del pasadizo vimos que, gracias a los dioses, los caballos continuaban donde los habíamos dejado, agazapados al abrigo de una hondonada del terreno y bien abrevados. Los doce jinetes que formábamos el destacamento nos subimos a los lomos de nuestros animales y nos dispusimos a cubrir la distancia entre Ulia y Obulco al galope, con la esperanza de que más pronto que tarde nos encontraríamos con César y sus legiones al completo, camino de Ulia, tal y como el dictador previo en nuestra última reunión. Sin embargo, con lo que dimos fue con un atrevido comerciante que hacía la ruta Castulo-Ucubi aprovechando que la lluvia había dado una tregua y lucía un tímido sol. Este nos informó de que César se había trasladado junto a sus t ropas a Corduba. De inmediato, cambiamos la dirección de nuestra expedición. No lo dudamos. Ya habíamos sobrepasado Ucubi cuando supimos que César estaba en Corduba así que, orientándonos como pudimos campo a través, emprendimos nuestra marcha hacia Ategua para encarar Corduba cuanto antes.

Rodeamos la ciudad porque sabíamos que aquella estaba tomada por los pompeyanos y no quisimos arriesgarnos. Por ello, tampoco pudimos ver dónde había levantado César su campamento junto a Corduba. Sería una sorpresa para cuando encarásemos la vega del Baetis desde la altura de la campiña. Y vaya si nos sorprendimos. El campamento estaba edificado en la margen izquierda del río, justo debajo de donde nos encontrábamos, casi en la misma posición en la que Casio levantó el suyo cuando arrasó Corduba. Los hombres de Pompeyo controlaban el puente de acceso a la ciudad y César no había podido franquearlo hasta el momento. Sin embargo, algo nos decía que aquel

emplazamiento tenía todos los visos de no ser definitivo ya que, a lo lejos, algo más abajo, en pleno cauce, se veían los denodados esfuerzos de sus legionarios por construir otro puente. Por la envergadura de la obra enseguida pensamos que aquello iba a ser provisional. Grandes cestos llenos de piedras dispuestos en dos hileras paralelas servían de improvisados pilares para unas vigas de madera que ya alcanzaban la mitad del cauce. Aquello sería suficientemente sólido como para que atravesasen sobre él las legiones del dictador, la caballería y toda la impedimenta. ¿Era eso lo que pretendía César?

Bajamos el altozano y nos dirigimos directamente al campamento. Rápidamente nos llevaron ante la presencia de Julio César, que se encontraba junto al *praetorium*, conversando con algunos de sus tribunos y un grupo de centuriones.

—Que venga toda la caballería —ordenó el dictador tras haber sido puesto al corriente de lo ocurrido en Ulia—. Habéis hecho un gran trabajo pero ahora os necesito aquí. Vamos a por Sexto Pompeyo. Vamos a recuperar Corduba.

—¿Y la infantería, señor? —pregunté.

—Que continúe prestando ayuda en Ulia. Mis más leales ciudadanos necesitan apoyo hasta que yo pueda acudir personalmente.

Capítulo 26

Las primeras batallas

Campiña de Corduba, enero del año 45 a. C.

Con César no había términos medios. Muchos lo admirábamos, pero otros lo detestaban. Y era precisamente eso lo que volvía locos a sus enemigos. La cuestión es que todos hablaban de él. Y el dictador, sabiéndose el centro del mundo, se pavoneaba asumiendo riesgos imposibles. Hasta ese momento, todo le había salido bien. Escapó de las garras de Lucio Cornelio Sila cuando todavía era un imberbe, lo que le llevó a obtener sus primeras victorias militares en Asia. Solo cuando murió Sila, César pudo regresar a Roma. Al poco, tenía un puesto como pontífice, entrando de lleno en la exclusiva clase sacerdotal. Enseguida comenzó a subir peldaños en su *cursus honorum* obteniendo, contra todo pronóstico, el puesto de *pontifex maximus* y, cuatro años después, su ansiado primer consulado. Tras esta etapa, César recibió el gobierno de la Galia Narbonense, la Galia Cisalpina y el Ilírico, donde logró someter a toda la población y a sus máximos dirigentes. Sus victorias militares lo elevaron hasta lugares que nadie podría haber imaginado, tanto que, su número de enemigos, encabezados por Marco Porcio Catón, no hacía más que crecer y crecer. Y justo por eso, por la vehemencia de sus contrarios, nos encontrábamos en aquella situación.

Fue entonces cuando comenzaron a asaltarme las dudas. ¿Era César un vanidoso que lo único que buscaba era su propia gloria? ¿Sería realmente capaz de vencer también en esta ocasión? Y si así lo hacía, ¿qué pasaría con Roma y con el resto de los territorios bajo su poder? Hacía años que estábamos sumidos en una guerra civil que todo lo había cambiado. Hasta los enemigos se sucedían uno tras otro. Primero fue Catón, luego Pompeyo y, por último, los hijos de este. ¿Quién sería el próximo adversario? Y si no consiguiésemos ganar, ¿qué sería de nosotros? Con todo aquello, eran muchos los que incluso vaticinaban el final de algo, de Roma quizás. ¿Estaba realmente muerta la República como régimen político? No puedo negar que había quien hablaba incluso del regreso de la monarquía con César al frente de la misma. ¿Era eso

por lo que estábamos peleando? ¿Acaso era lo que yo quería?

Hacía frío, mucho frío. Tanto, que el viento gélido que azotaba nuestros rostros dejaba pequeñas quemaduras en mejillas y labios. Viajar a caballo a toda velocidad era una proeza. Los jinetes teníamos que cabalgar cubiertos con múltiples capas para llegar a destino a salvo. Más de un valiente cayó de su montura totalmente congelado, incapaz de articular movimiento alguno y dejando a las cohortes de caballería de César con hombres de menos. El ambiente helado y la falta del necesario descanso atenazaban todo mi ser. Quizá por ello, aquellas preguntas volvían a mí una y otra vez, sobre todo en los largos trayectos a caballo, aunque, gracias a los dioses, la cruda realidad dejaba poco tiempo para cavilaciones. Desde luego, aquel no era el mejor momento para ejecutar una guerra, pero ya no podíamos esperar más. Los hijos de Pompeyo habían vengado la muerte de su padre suficientemente.

Cuando regresamos con el grueso de la caballería de Ulia a Corduba, César ya había cruzado el Baetis y establecido su campamento al sur de la ciudad, muy cerca de sus murallas. Tras aquella magistral maniobra, el dictador dio órdenes para preparar un asedio. Sexto había perdido a un importante número de hombres en algunas escaramuzas y no contaba con suficientes fuerzas fuera de Corduba como para hacer frente a todos los contingentes cesarianos, que sumábamos ocho legiones en total. No nos resultó extraño, por tanto, que, al cabo de tan solo dos jornadas, Cneo Pompeyo se personase con todas sus tropas frente a Corduba y acampase al otro lado del río, en la margen izquierda. Aquello fue una pequeña victoria para nosotros.

—Os felicito, señor —Quinto Fabio Máximo se dirigió a César esa misma noche en un frugal banquete al que fuimos invitados algunos soldados y en el que estaba ya el grueso de sus hombres de confianza. Entre ellos, Cayo Asinio Polión, hombre de gran valía que llegó al frente de la X legión.

—¡Oh, gracias, Quinto Fabio! —sonrió el dictador mientras alzaba su copa, supuse que llena de agua con limón exprimido—. Ha sido pan comido. Solo hemos puesto el cebo y el pez ha picado en el anzuelo.

Fabio Máximo, Quinto Pedio, Asinio Polión, Lucio Pacieco y otros que rondaban al general rieron abiertamente.

—Gran estrategia, señor, pero la guerra aún no está acabada —advirtió Polión, siempre tan suspicaz y realista.

—En efecto, amigo Cayo Asinio —respondió César algo molesto por la sinceridad que siempre mostraba Polión en sus parlamentos—. Tan solo hemos dado un leve paso hacia delante en nuestra empresa —repuso—. Pero no me negarás que haber conseguido la libertad de Ulia no es un hecho digno de celebrar.

—Vaya… —me dijo Pacieco entre dientes y en voz baja—. Así que lo que estamos celebrando es que tenemos a Cneo Pompeyo merodeando por aquí —

sonreí mirando hacia donde estaba Indo, que no nos quitaba ojo desde el otro lado de la sala. La conversación entre los altos mandos del ejército estaba de lo más interesante y no quería perder detalle.

—En efecto que lo es —alzó su copa Asinio Polión—. Y brindo por ello.

—Brindad, legados y tribunos, pero no os embriaguéis demasiado porque pronto nos marcharemos de aquí —anunció César sin más, ante el estupor de los presentes. Las risas dieron paso a semblantes serios. Lo que parecía una fiesta se había convertido, de repente, en un consejo de guerra—. Hemos conseguido justo lo que queríamos, a Cneo Pompeyo lejos de Ulia y a nuestro alrededor. Ahora solo tenemos que mermar su fuerza. Somos valientes, pero no unos necios. Y trece legiones suman más hombres que ocho. ¿No es así, Quinto Fabio? —preguntó retóricamente a su lugarteniente volviéndose hacia él, haciendo referencia quizá a una conversación que ya hubieran tenido ambos con anterioridad—. Un asedio a Corduba sería largo y tedioso. Además, juraría por todos los dioses que sigue entrando agua y grano en la ciudad. Los hijos de Pompeyo siguen dominando la zona y eso nos impide avanzar en la contienda. No podemos estar aquí eternamente. ¡No hay tiempo para eso! Planteemos un asedio, pero no aquí, sino en Ategua. Rindamos esa fortaleza y todas las demás y, después, cuando los hijos de Pompeyo no tengan adonde acudir, aplastémoslos en campo abierto. ¡Tomemos el control del puente! ¡No dejemos cruzar el Baetis a ningún hombre cargado de víveres que vaya a alimentar a esos miserables!

La ira con la que César había descrito su plan desató el escándalo en la tienda del campamento en la que el general celebraba la victoria con sus más fieles soldados. Todos se mostraron de acuerdo en que aquella era la mejor estrategia para eliminar del mapa a los pompeyanos.

Cuando salí del *praetorium*, corrí hacia mi tienda. Sabía que Niger estaría esperando las últimas noticias. Aquella noche ambos compartimos conversación y el calor de una buena hoguera junto a otros jinetes y algunos soldados en las cercanías de nuestra tienda. No éramos demasiados, quizá ocho o diez. A nuestro alrededor, había gran movimiento. Algunos hombres iban, otros venían, los esclavos cargaban sacos con grano o pertrechos militares. A nadie le extrañó que uno más se sumase a la reunión. Indo se acopló entre dos legionarios sentado en frente de nosotros buscando el calor de la fogata. Todos parecían estar a gusto. Yo también lo estaba, pero la presencia de Indo empezó a incomodarme. Hice un intento por levantarme, pero Niger me agarró fuertemente por el brazo y me retuvo sentado en el tronco sobre el que estábamos él y yo.

—Bah, es cuestión de tiempo —decía uno de aquellos soldados—. Pompeyo nos está entreteniendo pero sabe que está muerto.

—Y les falta su líder natural —añadió otro—. Mientras nosotros tenemos a César, ellos solo tienen al hijo de Pompeyo. Una copia barata del Magno.

—No deberíamos nunca subestimar al rival —terció Indo haciendo callar a los impertinentes soldados—. Cneo Pompeyo ha acabado ya con muchos de los nuestros y puede seguir haciéndonos daño.

—Esta no es una guerra de desgaste —dijo otro.

—Es una guerra —respondió lacónico Indo—. Y en las guerras no hay leyes, no hay normas. Ellos quieren jugar al desgaste porque saben que así tienen muchas más posibilidades, pero no es lo que a nosotros nos interesa. Y eso ellos también lo saben.

—¿Queréis decir, tribuno, que vamos a ir cayendo todos, poco a poco? —preguntó inoportunamente y con cierta ironía otro de los legionarios allí congregados.

—Lo que el tribuno ha querido decir —interrumpí casi sin pensarlo, saliendo en defensa de Indo— es que estamos al mando del mejor general de todos los tiempos y que, a pesar de ser minoría, nuestras fuerzas están compuestas por hombres deslenguados, pero leales al fin y al cabo. El tribuno también ha insinuado que muchos somos de esta tierra, que la conocemos palmo a palmo y que somos valientes. Somos soldados henchidos de valor y dispuestos a ganar esta maldita guerra que atormenta nuestras vidas y las de nuestras familias desde hace cuatro años. Y que si tenemos que morir, moriremos. Pero que lo haremos con honor, no como unos cobardes.

Tras unos instantes de silencio, alguien se levantó y se despidió basta el amanecer. Niger y yo nos quedamos sentados a la lumbre basta que todos se hubieron marchado. Fue entonces cuando Indo se acercó.

—Gracias, Marco —me dijo mientras permanecía en pie.

—No, tribuno. Soy yo quien debe pedirte disculpas por haber contestado en tu nombre —me levanté y me coloqué frente a él.

Hacía demasiado tiempo que no le miraba directamente a los ojos.

—Bueno… —Niger intentó mediar—. Estamos los tres solos. Podemos dejarnos de formalismos…

Ninguno lo miramos y los tres callamos. El fulgor del fuego se reflejaba brillante en las pupilas de los ojos de Indo mientras que lo único que se escuchaba era el crepitar de la hoguera. Un momento después, Indo se despidió y partió hacia su tienda. Niger y yo hicimos lo propio, en sentido contrario.

A la mañana siguiente nos pusimos en marcha. Las instrucciones estaban claras y todo lo hicimos tal y como el dictador nos había pedido. Sin embargo, y muy a nuestro pesar, no fuimos capaces de controlar el puente sobre el Baetis. Los pompeyanos no nos lo permitieron, aunque nosotros tampoco dejamos vivo a ninguno de aquellos que pretendieron cruzarlo. Sufrimos muchas bajas, aunque más hombres perdieron los hermanos Pompeyo. Y todos, absolutamente todos los cadáveres, tanto los de un bando y como los del otro, quedaron amontonados en la ribera del río. La visión era

escalofriante. Aquella noche, al abrigo de los fuertes muros del campamento y tras terminar con todas las tareas encomendadas, solo pude retirarme a un lugar apartado y vomitar. Saqué todo lo que tenía dentro y lloré. Por qué no decirlo. Sollocé como un niño, acurrucado a las espaldas de una de las tiendas que lindaban con el muro de la fortificación hasta que Niger vino a rescatarme.

—¿Cómo hemos llegado a esto, Quinto Pompeyo? —le pregunté. Niger tenía sangre por todas partes. Su uniforme estaba manchado y su rostro demacrado por el cansancio—. Echo de menos a Marcia, a mi familia, a Claudia. Deseo regresar a la vida de antes.

—Vamos, Marco, hoy no ha sido un buen día —me apoyó sobre su hombro y ambos comenzamos a caminar—. Volvamos a la tienda. Yo también quiero regresar a casa. Mañana quedará un día menos para lograrlo.

Y así, sin probar el rancho que los auxiliares nos habían preparado después de un día tan atroz, nos acoplamos en nuestros catres a la espera de un nueva jornada llena de muerte. Pero aquello era la guerra. Y nadie dijo que tendríamos tiempo para descansar. Antes del alba, ya estábamos todos dispuestos a trabajar en los preparativos de nuestra próxima partida hacia Ategua.

Febrero del año 45 a. C.

La organización para la marcha hacia Ategua tan solo nos llevó unos días, justo los que restaban hasta la siguiente noche de luna nueva. Fue entonces cuando la oscuridad se hizo nuestra aliada y dejamos atrás Corduba para atravesar el Baetis gracias a los restos que aún quedaban de la pasarela de pontones que días atrás habíamos construido para alcanzar la margen derecha del río. Luego, tomamos el camino que nos conduciría directamente hacia a Ategua, que discurría paralelo a la margen derecha del Salsum, un caudaloso afluente del Baetis. El ruido de su caudal, profuso en aquellos días, nos guiaba en el camino. Sabíamos que nuestro engaño tenía las horas contadas y que quedaría al descubierto en cuanto amaneciera. Pero la huida de la capital de la provincia era un riesgo que debíamos correr puesto que no podíamos presentar batalla a Pompeyo en aquellas condiciones de inferioridad.

Las primeras consecuencias de nuestra marcha hacia Ategua las sufrimos bien pronto ya que algunos de los carros y parte de las tropas más rezagadas no tuvieron nada que hacer frente a la avanzadilla de hombres que Pompeyo había enviado para detenernos. Los que conseguimos salir indemnes llegamos antes del amanecer a las cercanías de Ategua, donde, en un altozano desde el que se divisaba a la perfección la ciudad doblemente amurallada, levantamos nuestro campamento.

La primera de las noches que pasamos allí, César me hizo llamar. Cuando acudí al *praetoruim* me di cuenta de que no había sido aquel un llamamiento particular, sino que éramos muchos, quizá una veintena, los que esperábamos las instrucciones del general.

—Sabemos que los hijos de Pompeyo guardan aquí el grano —el dictador, vestido con una sencilla túnica de color rojo adornada por dos listas verticales y simétricas bordadas en hilo de oro, comenzó a exponer el motivo de la reunión —. No quiero decir con ello que las provisiones se encuentren dentro de los sólidos muros de Ategua, aunque sí que ellos controlan los almacenes que debe haber en los alrededores. Escuchadme bien. Necesitamos saber dónde están esos silos. Somos muchos, la campaña empieza a alargarse y necesitamos víveres. Sin embargo, no tengo intención alguna de perder el tiempo en levantar toda la tierra en millas a la redonda. Nadie mejor que los propios habitantes de Ategua para que nos indiquen dónde encontrar esos depósitos de grano. Es vital, por tanto, que nos hagamos con el control de la ciudad lo antes posible. Quinto Fabio, ¿cómo va la construcción de las torres de asedio?

—Casi terminadas, señor —contestó el gobernador.

—Magnífico. Las quiero preparadas en menos de dos jornadas. ¿Y las catapultas?

—Listas para el ataque, señor —dijo Quinto Fabio Máximo.

—Está bien, está bien. Dejadme pensar —Julio César se mostró meditabundo a pesar de que todos los que allí estábamos reunidos sabíamos de sobra que tenía sus ideas muy claras—. Cayo Asinio, dirigirás la construcción de las dos rampas por las que irán las torres. Indo, tú y tus hombres ayudaréis en la tarea. Él está al mando, ¿de acuerdo? Marco Claudio, súmate a ellos —asentí con la cabeza—. Los demás, preparadlo todo para el ataque a la ciudad. Tendrá lugar al amanecer del tercer día contando desde este preciso instante. Que las tropas estén bien pertrechadas, descansadas y alimentadas para entonces. No sabemos lo que vamos a encontrarnos.

El trabajo encomendado por César fue una oportunidad única de conocer a un hombre realmente increíble, Cayo Asinio Polión. Solo seis años mayor que yo, Polión tenía una consolidada carrera militar e incluso había sido ya tribuno de la plebe. Era robusto, aunque nada grueso, alto, de tez morena y con pelo algo encanecido. Casi siempre llevaba una ligera barba que le daba un aire veterano que sin duda usaba a su favor delante de las tropas. Polión era un hombre justo, aunque lo que realmente me entusiasmó de él fue su inteligencia y su capacidad de organización. Los más de mil hombres que trabajamos para él construimos rápidamente un foso que rodeaba a Ategua. Con la tierra sobrante, levantamos los terraplenes que llevaban hasta nuestra empalizada y torres defensivas, así como los caminos elevados por donde iban a discurrir las torres de asedio, en el lado sureste de la ciudad, justo el que *a priori* nos ofrecía mayores ventajas para el ataque. Otros soldados se

encargaron de levantar las precisas empalizadas y de construir y fortificar los dos campamentos secundarios que servirían de apoyo al central, desde donde se iba a vigilar exhaustivamente la más que posible llegada de nuestros enemigos.

Y así sucedió. Entre una espesa niebla, un importante grupo de hombres de Cneo Pompeyo consiguió quebrar algunas de nuestras líneas y penetrar a través de los sólidos muros de Ategua mientras él se instalaba en un campamento levantado a toda prisa en otro altozano situado más hacia el oeste, en dirección a Ulia. Desde allí atacó en mitad de la noche a uno de nuestros dos campamentos auxiliares. César pidió ayuda a la caballería y unos cuantos acudimos junto a tres legiones. Fue tarea sencilla. Cuando nuestra llegada se hizo una realidad y no una volátil amenaza, la inmensa mayoría de los pompeyanos huyó antes de verse muerta, así que regresamos con innumerables prisioneros y decenas de carros cargados con armas y escudos que nos servirían como repuestos más adelante. Con aquel golpe de efecto conseguimos arredrar al enemigo. Pompeyo debió de sentirse solo, desabastecido y vulnerable, por lo que, sin más, prendió fuego a la plaza que ocupaba y partió en dirección a Ucubi. No podíamos dejarlo escapar. Era nuestra oportunidad de atraparlo. Así que, bajo las instrucciones de Indo, la caballería al completo salimos al galope tras ellos.

La lucha comenzó en cuanto los primeros de nuestros hombres alcanzaron la retaguardia de las tropas de Cneo Pompeyo. Los jinetes penetramos entre sus filas arrollando a legionarios, carros y animales. Nada nos detenía. Sus torpes formaciones, reunidas con más prisa que orden, nos hicieron algún roto, aunque nada grave como para impedirnos penetrar más y más. Algunos de ellos consiguieron herir a nuestros caballos. Sin montura, muchos jinetes se vieron obligados a emprender la lucha cuerpo a cuerpo.

La oscuridad de la noche nos impedía ver mucho más allá de nuestro alrededor. Sin embargo, descubrí que estaba muy cerca de Indo cuando atisbé el penacho de su casco a menos de veinte pasos.

Había perdido el caballo y luchaba con su espada. No había nadie cubriéndolo. Yo continuaba sobre mi caballo pero, en aquel mar de hombres peleando sin control, poco podía hacer con él si quería llegar hasta Indo. Impulsivamente, me bajé del animal. No puedo negar que escuché los gritos de Niger, intentando impedir que bajase del caballo, pero los ignoré. Corrí todo lo que pude con mi *spatha* en alto dispuesto a degollar a cualquiera que se interpusiera en mi camino. Con la izquierda cargaba mi escudo, que me servía para golpear a los que me cerraban el paso. No tardé demasiado en ponerme a la altura de Indo. Estaba al borde de sus fuerzas. Él me dedicó una mirada de agradecimiento y pronto nos encontramos luchando los dos codo con codo. Los rugidos de los hombres de nuestro alrededor y el choque del metal no dejaban margen para la comunicación. Entre ambos logramos herir

gravemente a varios enemigos e incluso acabar con la vida de alguno de ellos. Aquella fue mi primera vez. Exhausto, me relajé y, justo cuando iba a comunicarle que mi caballo estaba a tan solo veinte pasos, un legionario saltó por encima de la doble fila de tropas que entonces luchaba en nuestro bando por delante de nosotros y me derribó. Caí al suelo sin escudo ni *spatha*. El *gladium* de aquel legionario enfilaba mi cuello con todo el camino libre. Sin embargo, algo distrajo al soldado. Indo le había asestado una puñalada entre la espalda y el cuello que lo hizo retorcerse. Pero no fue una herida mortal y el pompeyano tuvo tiempo y fuerza suficientes como para herir a Indo en el bajo vientre. Atónito, seguía la escena sin poder reaccionar. Todo sucedía demasiado rápido. Continuaba ileso gracias a Indo, pero él estaba herido. De repente, Niger apareció y, como una exhalación, degolló al soldado que había clavado su puñal en Indo. Por fin cayó desplomado.

—¡Tribuno, Marco Claudio, al caballo! ¡Rápido! —nos gritó Niger. Un reguero de sangre corría a gran velocidad por la entrepierna de Indo. La herida estaba bajo su coraza.

Entre ambos aupamos a Indo sobre los lomos de mi caballo, pero este se desvanecía y tuve que subir a la montura con la finalidad de dirigir al animal fuera del campo de batalla. Indo estaba medio inconsciente. Una vez fuera de peligro, Niger y yo lo bajamos al suelo.

—Marco —Indo se dirigió a mí con dificultad—. Esto parece ser el final… Por favor, encuentra a Marcia.

—¡No, Indo! —le sostenía la cabeza mientras las lágrimas corrían por mi rostro—. La buscaremos los dos y podrás estar con ella cuando acabe esta maldita guerra.

—Esté donde esté —Indo hablaba muy despacio—, dile que siempre la quise y que allá donde vaya siempre la querré. Niger —se dirigió a nuestro amigo—, cuida de Marco y de Marcia cuando la encontréis. Habladle a mi hijo de mí. Espero que pueda sentirse orgulloso de su padre.

—¡Indo, abre los ojos! ¡Por Júpiter! —le pedí casi en un sollozo.

—Decidle que luché hasta el final, que fui un valiente caballero a las órdenes del dictador de Roma. Decidle que lo quiero desde el día en que supe que vendría a este mundo. Decidle que…

Pero no hubo tiempo de más. Su voz se apagó entre el tumulto mientras sus ojos permanecían abiertos. Su cuerpo se quedó inmóvil y su mirada perdida en el infinito. Indo murió pensando en Marcia y mi dolor se multiplicó por mil. Grité y me desgañité hasta quedar afónico. Niger respetó aquel momento sin decir ni una sola palabra.

—Se marchan, Niger —dije más sereno algo después. Niger asintió—. Vayamos a por ellos.

Capítulo 27

La capitulación de Ategua

Campiña de Corduba, febrero del año 45 a. C.

Cneo Pompeyo escapó. Niger y yo nos sumamos a la caballería que seguía persiguiendo a nuestros enemigos pero no pudimos hacer nada por darle alcance. Sin embargo, henchidos de sed de venganza, conseguimos elevar la moral de las cohortes al regresar a nuestro campamento destrozados pero con 50 prisioneros. Los habitantes de Ategua pasaron de la euforia al abatimiento cuando se dieron cuenta de que su líder, el que los había apoyado manifiestamente levantando un campamento en las cercanías de la ciudad, se había marchado sin más, buscando refugio allá donde otros aliados le quisieran dar cobijo. Ese mismo día, se produjeron varias deserciones, como las del tribuno Quinto Marcio y el caballero Cayo Fundanio, a los que César respetó la vida, algo que no hizo con otros antiguos traidores. Luego hubo más escaramuzas, más enfrentamientos y, en definitiva, más muerte. Me llama ahora la atención, con la perspectiva que da el paso del tiempo, la naturalidad con la que llegamos a ver en aquel momento tanta defección a nuestro alrededor. La situación había llegado a inmunizarme de tal manera que, por aquel entonces, ya no sentía miedo, sino furia. No pensaba en la muerte, sino en devolver a Roma la paz. Aquello era lo que me iba a permitir volver a ver a mi familia lo antes posible.

Por ello no nos arredramos. Tal y como había ordenado César, al tercer día de la última reunión en el *praetorium*, procedimos al ataque. Las torres de asedio comenzaron a rodar por las rampas construidas por nosotros mismos con escuadrones de madera y relleno de ramaje y tierra arcillosa, tan común en aquellos lares de la campiña de Corduba. En el interior del piso inferior de las torres de asedio, que avanzaban lentas pero seguras hacia la primera muralla de Ategua, quedaron escondidos los arietes, mientras que los legionarios, bien surtidos de armas arrojadizas, se distribuyeron entre los pisos superiores. Desde el terreno, las catapultas comenzaron a disparar grandes bolas de fuego cuyo objetivo eran las torres de vigilancia de las murallas. Yo observaba sobre

mi caballo las maniobras ofensivas junto a Niger y Polión, cerca del puesto de guardia de Quinto Fabio Máximo. Al poco pudimos vislumbrar cómo algunos de los legionarios se las compusieron para derribar, gracias a la ayuda de uno de los arietes, parte de la primera de las líneas defensivas de la ciudad que guarecían Ategua. Pero aquello no amedrentó a los fieros luchadores ategüenses. Desde dentro nos lanzaban con más velocidad de la que hubiéramos preferido flechas incendiadas. Querían entretenernos apagando fuegos y evitar así el avance de las torres de asedio, que ya estaban cerca de romper la segunda línea de murallas. Todo marchaba bien. No estábamos sufriendo demasiadas bajas y solo era cuestión de tiempo que pudiésemos entrar en Ategua y sumar la plaza a nuestra lista de conquistas. Sin embargo, de pronto, y sin que nadie lo esperase, un numeroso grupo de ategüenses salió de la ciudad.

Cuando César, que estaba algunos pasos a nuestra derecha, vio aquella salida pensó que los ciudadanos, fieles a su líder y desguarecidos, iban a plantearnos batalla, aun a sabiendas de que tenían todas la de perder.

—Es raro. Salen muchos pero no en posición de ataque —dijo César, que llegó ágilmente hasta nuestra posición sobre su montura sin apartar la mirada del escenario de los acontecimientos—. Tribuno Marco Claudio, acércate con una *turma*. Algo quieren y debemos saberlo ya.

La muerte de Indo supuso para mí un ascenso. César me dio la oportunidad de ocupar su plaza de tribuno, según él, por ser profundo conocedor de las tierras en las que nos encontrábamos. Desde aquel día contaba en el campamento con tienda propia y esclavos a mi servicio, comodidades de las que aún no había tenido suficiente tiempo de disfrutar. Mi vestimenta también sufrió cambios. Los principales, la nueva coraza musculada de bronce y las grebas labradas que lucía como símbolo de mi nuevo cargo.

Bien custodiado por una treintena de jinetes alcancé una posición cercana a la de nuestros contrarios, pedí explicaciones y regresé a donde me esperaban César y los demás.

—Son soldados que expresan su deseo de rendirse ante ti bajo algunas condiciones, señor —expliqué a César y a los legados presentes, Quinto Fabio Máximo, Quinto Pedio y Asinio Polión. Aquello consiguió poner nervioso al dictador.

—¿Condiciones? ¿Con quién se creen que están tratando? Esto es la guerra. Si quieren rendirse lo tendrán que hacer sin más. Cayo Julio César no se subyuga ante nadie.

—Hay algo más, señor —añadí.

—Habla pues, tribuno.

—Un grupo de habitantes nos ha hecho saber que el día que tomemos la plaza no opondrán resistencia.

—Está bien, Marco Claudio. No aceptaremos ninguna rendición, pero hay algo que leo entre líneas. ¿Qué opináis? —la pregunta de César nos desconcertó a todos y nadie fue capaz de responder—. ¿Nadie comparte conmigo que es más que probable que en el interior de Ategua no todos estén con Cneo Pompeyo?

—Podría tratarse de una trampa, señor —advirtió Quinto Fabio Máximo.

—No, Quinto Fabio. Mi intuición me dice que están divididos. Que los habitantes no están precisamente del lado de Pompeyo. Están sufriendo demasiado con esta locura de guerra. Consigue hablar con algunos de esos hombres, Marco Claudio. Promételes una liberación sin violencia si son capaces de trabajar para nosotros. Véndeselo como una prueba de lealtad, ya sabes… Tienen que pasarnos información precisa de lo que ocurra dentro de la ciudad y hacerlo sin que se enteren los soldados que desean rendirse. Si lo conseguimos, la balanza se inclinará de nuestro lado.

Nunca supimos si la prueba de lealtad exigida por César llegó a los oídos de los jefes de la plaza pero, justo al día siguiente de aquella improvisada reunión y sin previo aviso, un hombre se asomó por encima de la muralla exterior de Ategua y comenzó a lanzar improperios y a degollar a hombres, mujeres y niños. Lanzaba los cadáveres por encima del muro. Resultaba aterrador ver caer aquellos cuerpos. Era gente inocente. Aquel loco arrojaba cada cuerpo con más furia, con más asco, con más demencia. El asedio quedó paralizado.

—Es Lucio Munacio Flacco —informé a Niger desde el lugar en el que veíamos aquella escena.

—¿Lo conoces? —preguntó sorprendido.

—Nunca olvidaré su rostro. Era uno de los que intentó asesinar a Quinto Casio Longino aquel día en el foro de Corduba.

—Ese hombre no tiene escrúpulos —me respondió.

—Debería haber muerto hace años, pero su dinero lo salvó. Maldito Casio —dije entre dientes.

—Deberíamos parar esto. Esa gente no tiene culpa de nada. ¿Cómo ha entrado en la ciudad?

—No lo sé. Debió hacerlo cuando llegamos, hace algunos días.

—¡Claro, Marco! —saltó Niger dando un respingo—. ¿Recuerdas cuando algunos de los de Pompeyo burlaron nuestras filas? Pensamos que fue una escaramuza sin importancia.

—Pero fue totalmente intencionado para distraernos mientras ese indeseable de Flacco entraba en Ategua —concluí apretando los labios—. César tenía razón cuando nos advirtió de que dentro de los muros no todos estarían en contra de él.

Los gritos desgarradores de las mujeres, a quienes se les arrancaban sus hijos de los brazos para asesinarlos brutalmente, los bramidos de los hombres,

viendo morir a sus esposas a manos de legionarios sin escrúpulos, los chillidos de los niños que caían, a veces todavía vivos, desde lo alto de las murallas de Ategua, era un panorama desolador. Pero César encontró la manera de parar aquella matanza, al menos en parte.

Hacía pocas horas que nuestros hombres habían interceptado un correo de Cneo Pompeyo dirigido al interior de los muros de Ategua. En aquel mensaje el hijo del Magno decía a los suyos que se iba, que abandonaba Ategua a su suerte, por supuesto, con otras palabras que maquillaban el obvio desamparo. César hizo llegar dicho mensaje a su destinatario, que no era otro que aquel loco que mataba a los habitantes que se manifestaron en pro de una rendición. Y logró su objetivo. El exterminio se detuvo y una extraña calma lo invadió todo.

A la mañana siguiente, una embajada anunció a César que Lucio Munacio Flacco se ponía a disposición del dictador y que entregaría la plaza si era respetada su vida.

—Otra vez el cerdo salvándose de la matanza —comenté a Niger impotente—. Parece que hay algunos que nacen con estrella.

Ategua, 19 de febrero del año 45 a. C.

Al alba del día siguiente, las puertas de Ategua se abrieron con lentitud. A una distancia prudencial de la muralla, la justa para no ser alcanzados por armas arrojadizas, César y sus legados y tribunos esperábamos pacientemente a que Lucio Munacio Flacco franquease la doble línea defensiva y anunciase la rendición de manera oficial, tal y como nos había prometido el día anterior. Este salió con la cabeza gacha, desarmado y con claros signos de cansancio en su demente y perturbado rostro.

—Ave, Cayo Julio César —saludó en tono marcial aunque con voz lánguida y derrotada—. Ategua es tuya. Los soldados que guarecen esta ciudad y su general, que soy yo, Lucio Munacio Flacco, nos rendimos en este momento al dictador de Roma.

—Que así sea, Flacco —respondió César nombrándolo por su *cognomen*, en claro signo de desprecio. Entonces gritó—. ¡Ategua ha capitulado, soldados! ¡Ategua es nuestra!

—*Imperator, imperator, imperator…* —Quinto Fabio Máximo comenzó a desgañitarse. Los legados y tribunos coreamos con él.

En cuestión de un instante, todos los allí congregados, las ocho legiones y las tropas auxiliares proclamamos al unísono *imperator* por tercera vez en aquella contienda a Cayo Julio César.

Esa misma noche, amparado por el buen humor con el que César contaba después de haber conseguido rendir una de las plazas más fortificadas de la

Ulterior, le pedí permiso para salir a buscar el cuerpo de Indo.

—Gran idea, Marco Claudio —me animó—. Indo se merece una despedida adecuada a su rango. Que una *turma* te acompañe. Id al lugar cargados con suficiente madera como para levantar una gran pira. Meted en ella a todos los cadáveres.

—¿A todos, señor? —preguntó Quinto Fabio Máximo dando un paso al frente.

—Todos son romanos, Quinto Fabio.

—Si te parece, señor, me gustaría ir con ellos —pidió permiso Polión.

—Por supuesto, Cayo Asinio, tienes mi consentimiento. Traed el cuerpo de Indo al campamento que levantaremos en las inmediaciones de Ucubi. Es allí donde nuestro enemigo ha decidido asentarse en esta ocasión. Indo tendrá el funeral que merece un tribuno de Roma y un *rex* hispano.

—Gracias, señor —dije. Entonces, me llevé el puño derecho al pecho y extendí mi brazo. Después, salí de la tienda de Cayo Julio César.

Polión partió del *praetorium* detrás de mí.

—¡Eh, Marco Claudio! —me llamó.

—¿Sí? —yo caminaba raudo hacia mi tienda pero al escuchar mi nombre me giré.

—¿Cómo lo encontraremos?

—Ocurrió cerca de un arroyo. Un poco más al norte del camino que une Ategua con Corduba. No tiene pérdida. Murió en mis brazos, legado —le confesé—. Era un buen amigo, casi de la familia.

—Entonces, por mi vida que lo encontraremos, tribuno, no lo dudes. Eres un gran soldado, un hombre leal y estás demostrando ser un excelente tribuno. Encontraremos a Indo y lo despediremos como merece. Partiremos mañana al amanecer.

Las palabras de Polión me animaron sobremanera y, gracias a ellas o al cansancio acumulado, aquella noche dormí profundamente y descansé por fin. No me costó levantarme antes de que el sol despuntara por el este para reunirme con los treinta jinetes que César puso a mi disposición. Niger y Polión se sumaron al grupo y al poco ya cabalgábamos en dirección al punto exacto en el que tuvo lugar la escaramuza que acabó con la vida de Indo. Nuestra marcha era veloz pero segura, ya que aquellos caminos por fin estaban controlados por nuestro bando. Aunque Corduba siguiera siendo el bastión pompeyano más importante de la Ulterior y el escondite, de Sexto, poco a poco, íbamos tomando el control de cada vez más caminos, asegurando estratégicamente nuestras rutas.

Como yo había previsto, llegamos al lugar donde Indo falleció antes del medio día. Había tres o cuatro decenas de cadáveres de ambos bandos extendidos por el suelo. Pero el de Indo no estaba junto a ellos. Recordaba que Niger y yo lo habíamos apartado del centro de la disputa, pero era imposible

saber hacia dónde nos habíamos desplazado.

—Es allí, tribuno —me indicó Niger con el brazo extendido hacia el oeste.

Y efectivamente, allí estaba el cuerpo de Indo, como si el tiempo no hubiera pasado. Niger y yo cargamos con nuestro amigo, algo hinchado por los rigores de la muerte, y lo subimos a un caballo. Luego, regresamos al punto exacto donde tuvo lugar la pequeña batalla y ayudamos al resto a encender las piras. Polión colocó en la boca de cada uno de los soldados fallecido una moneda, el pago oportuno al barquero Caronte por llevar cada alma al otro lado del río Aqueronte, donde la muerte los esperaba. El trabajo nos llevó varias horas, aunque logramos partir con tiempo suficiente como para llegar a las inmediaciones de Ucubi antes de que anocheciera.

Allí, una vez dentro de los muros del campamento, el mismo César presidió el funeral por Indo. Varios esclavos construyeron una pira de grandes dimensiones frente al *praetorium*. Julio César colocó sobre el pecho de Indo la corona cívica, hecha con hojas de encina, una condecoración que se concede a aquellos que salvan la vida a otro soldado durante la batalla. Indo se la llevó de manera póstuma por salvar la mía, por permitirme seguir adelante a costa de su propia vida. El cuerpo inerte de mi amigo fue colocado sobre la gran pira. Los tubicines tocaron los acordes propios que anunciaban un sepelio militar. Solo podía pensar en Marcia. Si ella se enterase de esto moriría de la pena. Mientras la madera ardía y las llamas acechaban ya sus brazos, una paz indescriptible llegó a mi alma. Indo no era un romano propiamente dicho pero estaba seguro de que el homólogo a Caronte en su religión ya no podría maltratarlo con su pala e impedirle cruzar en barca el temible río de la muerte. Su alma caminaba directa a los Campos Elíseos porque Indo había sido un héroe. Mi amigo estaba en aquella pira por salvar mi vida. «Encontraré a Marcia, Indo, te lo prometo. La encontraré», me decía a mí mismo, como si aquellos fueran los últimos instantes que me quedasen para hacerme oír por él.

Al principio, casi todo el campamento se reunió en torno a la pira. Luego, cuando del fuego apenas quedaban rescoldos, solo permanecimos allí los tribunos, los legados, Niger y el propio César. No hubo música ni plañideras aunque sí un sacrificio oficiado por el dictador en calidad de *pontifex maximus* y, después, un banquete para los mandos del ejército del que yo no probé bocado.

Capítulo 28

Munda

Campiña de Corduba, segunda mitad de febrero del año 45 a. C.

Derrotado, completamente destrozado por la muerte de Indo y por todo lo que aquello supondría para mi hermana el día que ella llegara a enterarse, reconozco que pasó por mi cabeza la sombra del abandono. La guerra, la muerte, la incertidumbre y la desolación ya habían minado suficientemente mis ganas de comerme el mundo. Pero Polión y Niger no me abandonaron, recordándome constantemente por qué estábamos luchando. Niger engordaba continuamente mi orgullo alabando mis ascensos en el ejército y la cercanía a César, aquella que yo tanto había deseado. Polión también estaba cerca de mí, solo que él no llegaba a entender del todo el porqué de mi abatimiento. Aún no contaba con la suficiente confianza como para hacerle saber toda la verdad, y se conformó cuando Niger le dijo que Indo y yo éramos casi familiares. Los tres hicimos piña en aquellos aciagos días de terror, sangre e incertidumbre y, en las exiguas horas de intimidad, Niger me hacía ver que debía cumplir con la promesa que hice a Indo en el momento de su último suspiro. El apoyo recibido y aquel juramento realizado consiguieron levantar mi moral y reunir las fuerzas y el coraje necesarios para seguir odiando. Aquello ya no era la guerra civil entre los de César y los de Pompeyo. La lucha era algo personal. Del desaliento pasé al coraje, a la abominación. Quería matar, destruir, asolar, no dejar vivo ni a uno solo de esos que estaban minando mi vida en libertad. Mis humores estaban llenos de odio y fue la bilis amarilla la que en aquellos momentos tomaba las riendas de mi conciencia, encolerizando mi carácter hasta puntos insospechados. En aquellos días no lo percibía pero, ahora, echando la vista atrás, me cuesta enorme trabajo reconocerme.

Tras la toma de Ategua, César, muy seguro de sí mismo, envió emisarios a las ciudades que aún apoyaban a los de Pompeyo para pedir su rendición de manera voluntaria y así quedarse libres de los horrores vividos en Ategua. En

algunos casos consiguió su objetivo pero, en otros, las poblaciones permanecieron impertérritas ante la posibilidad de ver a sus gentes avasalladas por nuestro ejército.

Mientras tanto, Cneo Pompeyo instaló su campamento cerca de Ucubi, muy próximo al río Salsum, para lograr un buen abastecimiento de agua, y no descuidó los alrededores. El hijo mayor de Pompeyo se sentía rodeado y por ello levantó varios *castella* en puntos estratégicos alrededor del campamento principal, a cuyo mando estaba su lugarteniente, Quinto Atio Varo. Seguro al amparo de estos fortines, el hijo del Magno se dedicó a hostigar a los habitantes de Ucubi, asesinando a magistrados y otras personalidades solo por el hecho de pensar que algún día podrían desertar y unirse a nosotros. Gracias a los dioses, *Villa Fertilitas* se encontraba justo al otro extremo de Ucubi, casi en dirección a Ulia. La providencia nos había salvado en esta ocasión de otro tirano más al borde de la locura.

Tras los pasos de Cneo Pompeyo, persiguiéndolo sin cuartel, emprendimos nuestra marcha en dirección sur por la vía que une Corduba con Iliberri, que discurre por la margen derecha del Salsum. Finalmente levantamos la plaza muy cerca de la vía, en las inmediaciones de Calpurniana. Los de Pompeyo nos quedaban en el noroeste, al otro lado del Salsum, y Ucubi, localidad muy cercana, al oeste, también al otro lado del río. Nos complacía el hecho de que nuestros contrincantes se hubieran quedado sin comunicación directa con Corduba y, por tanto, con Sexto Pompeyo, ya que todas las localidades al norte, como Ategua, y al oeste, como Ucubi y Ulia, estaban de nuestro lado.

—No podemos confiarnos —nos dijo César a legados y tribunos en una improvisada reunión en el *praetorium*, una vez que la línea de fortificación del campamento estuvo levantada y el sol hubo caído—. Esto parece no acabar nunca. Por ahora permaneceremos aquí, observando de cerca a nuestro enemigo y pisándole los talones. Si deja de huir es posible que podamos plantarle cara de una vez por todas.

—Señor —interrumpió Polión—, estamos cerca del río pero no tenemos el aprovisionamiento de agua organizado. ¿Habéis pensado en ello?

—Claro que sí, Cayo Asinio, no suelen escapárseme ese tipo de detalles… —le respondió César con ironía, a sabiendas del defecto en que incurría su legado con asiduidad, hablar más de la cuenta e inoportunamente. Lo llevaba consigo por sus buenas capacidades militares y lo grato de su compañía, ya que Polión era un amante de la literatura y con frecuencia pasaban largos ratos comentando fragmentos de obras que este llevaba consigo o leyendo nuevos relatos que llegaban a manos de ambos desde la propia Roma—. Encargaos tú y tus hombres de ello. Garantizad el suministro de agua a todo el campamento pero sin olvidar la protección. Hablad con los zapadores y hacedlo como si fuésemos a instalarnos aquí de por vida. Lo harás de esta forma, ¿no es así

Cayo Asinio?

No había amanecido cuando, al mando de Polión, una cohorte completa de la tercera legión y una *turma* de caballería emprendimos la marcha rumbo al Salsum para comenzar las obras de canalización. Polión, siguiendo las instrucciones de César, hizo levantar una trinchera para garantizar la seguridad de los legionarios. Nos encontrábamos en plena faena cuando el tenue amanecer se volvió oscuro. Esa fue nuestra suerte. La falta de luz hizo que todos mirásemos hacia arriba, buscando un denso nubarrón primaveral. Sin embargo, lo que nos encontramos sobre nosotros fue una nube pero de saetas. Decenas, cientos, quizá más de un millar de flechas se precipitaban sobre nosotros. El sol apenas había despuntado a nuestras espaldas e iluminaba concienzudamente las laderas escarpadas de la margen izquierda del Salsum, donde numerosos legionarios lanzaban dardos con total impunidad. Cneo Pompeyo había aprovechado la oscuridad de la noche y el abrigo de las laderas del río para planear un ataque sin ser visto. A saber desde cuándo estaba vigilando nuestros pasos. El caos cundió entre los nuestros. Aquello iba a ser una carnicería. Polión me miró y, con tan solo un gesto, sobraron las palabras para que entendiese lo que me quería transmitir. Raudo marché al campamento y regresé con gran parte de la caballería, que actuó con valor, cruzando las bravas aguas aunque poco profundas del Salsum y atacando a los pompeyanos. Conseguimos repeler el ataque con facilidad ya que éramos muchos más que ellos, aunque esos malditos causaron un par de decenas de bajas en la legión III. Los perseguimos hasta su campamento y los hostigamos hasta que se encerraron en su fortín, presos de un gran agotamiento.

—¡Basta ya de contemplaciones! —nos gritó esa noche César a sus legados y tribunos. Esta última maniobra había acabado con su paciencia—. No daremos ni una sola oportunidad más a estos miserables. No osarán ni tan siquiera a arañar a uno más de mis hombres. Quinto Pedio, Quinto Fabio y Cayo Asinio, nos vamos. Movilizad a vuestras tropas esta misma noche. Vamos a cercar a Pompeyo y a estrangularlo como a un vil gusano. Solo tiene salida hacia el sur o hacia el este. Vamos a estrechar sus posibilidades. Hagamos que no le quede más remedio que luchar contra nosotros en campo abierto.

Soricaria, 5 de marzo del año 45 a. C.

Aspavia está a unas cinco millas de Ucubi, algo más al sur de donde nos encontrábamos en aquel momento. Quinto Atio Varo, lugarteniente de Cneo Pompeyo, se encontraba allí. Por ello, y a sabiendas de que el apoyo podría llegarle desde el sur, decidimos levantar una línea de fortificaciones que provocaron la huida de nuestro enemigo hacia el oeste. Conseguimos nuestro

objetivo. Pompeyo se vio obligado a plantarnos cara cerca de Soricaria. El terreno era prácticamente llano, aunque pequeños valles entre suaves lomas salpicadas de olivos y cultivos de cereal marcaban el aspecto del paisaje.

Aprestados junto las murallas de Soricaria, observamos cómo el ejército enemigo se disponía para la batalla en uno de los cerros más elevados de la zona. Nos pareció que había llegado el principio del fin. La angustia volvió a apoderarse de mí, pero en aquellos días eran mayores las ganas de volver a casa que el miedo a perder la vida luchando contra el enemigo. Sin embargo, las maniobras terminaron en nada. Tras dos días completos de espera y tentativa de ataque por parte de ambos bandos, los de Pompeyo acabaron huyendo. Fue en aquella desbandada en la que dimos caza a más de ochocientos legionarios, que quedaron muertos o malheridos sobre el terreno. La caballería no entró en juego en aquel combate, aunque sí seguimos de cerca los detalles de su desarrollo para asistir a nuestra tropas en caso de necesidad. Aquella guerra seguía costando vidas romanas y aún no había terminado.

César continuó por tanto con la persecución a Cneo Pompeyo, que se abría paso hacia el suroeste, su única posibilidad. Sin embargo, yo me quedé liderando una *turma* de caballería que permaneció apostada junto a una guarnición en el cerro donde antes había estado Pompeyo con los suyos. Al fin habíamos conseguido separar a los hermanos Pompeyo ya que no hubiera sido oportuno que Cneo recibiese los refuerzos de Sexto, que seguía atrincherado en Corduba. Desconocíamos por completo la ruta que seguirían nuestros hombres, aunque César se preocupó de mantenernos informados con correos diarios, en los que nos indicaba su posición y nos desvelaba muy escuetamente el parte militar. Así, supimos que Cneo Pompeyo levantó un campamento en Spalis, una localidad elevada en altura que le permitió dominar visualmente el territorio, antes de partir en dirección a Ventippo. Cuando se hubieron marchado de allí, los nuestros tomaron la plaza y siguieron los pasos de Pompeyo, buscando siempre esa ansiada batalla que no parecía llegar nunca. Las últimas noticias que recibimos de César nos desvelaron que su posición estaba en las cercanías de Carruca. El siguiente correo llegó el 15 de marzo y nos pedía que nos trasladásemos a la mayor celeridad posible hasta las inmediaciones de Munda. Resolvimos la marcha hasta aquella pequeña ciudad amurallada lo más rápido que pudimos, dirigiéndonos hasta el sur hasta alcanzar el Singilis y luego virando hacia el oeste.

Arribamos a la zona justo al anochecer pero la ausencia de luz no logró tamizar la impresión de aquel sobrecogedor paisaje. Las tropas de Cneo Pompeyo estaban apostadas junto a las murallas de Munda, una ciudad construida en alto. Todos los soldados enemigos se encontraban desplegados ladera abajo en perfecta formación. Justo delante de ellos unas ciénagas bastante profundas, consecuencia de las últimas lluvias, dificultaban nuestro paso. Esas eran las mejores condiciones que Cneo Pompeyo había encontrado

para enfrentarse a nosotros en campo abierto. Ya instalados en nuestro campamento, con la noche cerrada y los puestos de vigilancia con los turnos bien definidos y guarnecidos, César convocó, una vez más, a los suyos en el *praetorium*.

—Atacaremos mañana a primera hora —anunció.

—No creo que sea buena idea, señor —apostilló Polión, situado a mi derecha, sorprendiendo a todos por su impulsividad al interrumpir al general. Parecía ser el único que se atrevía a decir verdades al dictador—. Justamente eso es lo que desea Cneo Pompeyo. Para nosotros no sería fácil atravesar esas lagunas que solo los dioses saben qué profundidad tienen y luego, exhaustos, cargar en pendiente contra ellos que, además, son más numerosos que nosotros.

—Mi querido Polión —sonrió César—, precisamente por todas esas cosas que nos comentas a todos, Pompeyo lo que espera es que no ataquemos. Jugaremos con el factor sorpresa a nuestro favor.

—Será lo único que tengamos de nuestro lado, señor —insistió Polión.

—No estoy aquí para perder el tiempo, Polión —César se arrellanó en su *sella curul*. Su rictus cambió y se mostró de repente serio y circunspecto—. He venido a Hispania Ulterior a acabar con esta maldita guerra de una vez. Y las guerras se terminan luchando, no persiguiendo al adversario sirviéndole de escolta hasta que logre escapar por mar. No, camaradas, no —César se levantó de su asiento—. Esto concluirá mañana, para bien o para mal. No voy a volver a dejar escapar a Pompeyo. Mañana, todos pertrechados antes del alba. Y que los dioses nos protejan.

Munda, 17 de marzo del año 45 a. C.

El humo de color grisáceo del fuego sagrado del campamento ascendía en una columna casi perfecta que se perdía en el aire, donde la vista ya no alcanzaba. Un par de esclavos echaban incienso en un gran pebetero de hierro con formas redondeadas que ellos mismos habían colocado poco antes para la celebración del ritual. Era negro, con tres patas curvas que se revolvían y que se unían entre sí a través de un aro de metal en la parte de abajo. Este se encontraba en la explanada situada delante del *praetorium*, entre César, vestido con una túnica blanca, sus legados, los augures y auríspides y el resto del ejército, que esperábamos en completo silencio y ordenada formación las órdenes del general. César recitaba diferentes oraciones invocando a Marte, a Júpiter y a Bellona con los brazos en alto, mientras sostenía con su mano derecha la lanza que simbolizaba al dios de la guerra. A la vez, los augures, situados a la derecha de César, se afanaban en encontrar en el oscuro cielo auspicios propiciatorios para la batalla que estaba por librarse. Apenas había

pájaros, por lo que en sus rostros se adivinaban los esfuerzos por escuchar el canto de alguna ave madrugadora o el estruendo de un lejano trueno. La bóveda ya anunciaba que el cielo iba a amanecer sin mácula, lo que ayudaría a que el informe de los augures fuera favorable al desarrollo de la batalla. A la izquierda del general, los auríspides esperaban a que los esclavos, que ya habían dejado de echar incienso en la pira, trajesen un borrego para su sacrificio Poco más tarde, César dejó de recitar sus oraciones y se dirigió a los pies del altar levantado para la ocasión para abrir en canal al animal mientras los sacerdotes presentes hacían sus libaciones. Los auríspides se acercaron para proceder a la lectura de las vísceras fue positiva. La batalla daría comienzo al amanecer.

Poco a poco fuimos saliendo de nuestra fortificación y colocándonos en posición de combate justo delante de Munda, a unos quinientos pasos del collado sobre el que se levantaba la ciudad, justo donde acababa esa zona pantanosa llena de lagunas de barro, algunas de las cuales estaban totalmente cubiertas por la vegetación. Sumábamos alrededor de 40.000 hombres, de los que ocho mil pertenecíamos a la caballería. La salida del campamento la realizamos casi al unísono. Ellos eran más de 70.000. Y aquel era su mayor punto de confianza. César nos dispuso en línea recta. El flanco izquierdo de nuestras tropas estaba ocupado por las legiones III y V Alaudae, a la que yo pertenecía, mientras que en el extremo contrario, en el derecho, dejó sitio para la legión X, más experimentada. El resto del ejército de infantería y las tropas auxiliares, cinco legiones en total, se colocaron en el centro del frente. La caballería en los flancos, como era habitual. Sin embargo, algo nos extrañó.

La caballería del rey Bogud de Mauritania no salió con los demás del campamento. Pero no había tiempo para disquisiciones. Había que acatar órdenes. No tardamos en colocarnos en posición, menos en cualquier caso que nuestros enemigos. Por delante, mucho antes de poder alcanzarlos, teníamos aquella zona enfangada que iba a complicarnos la primera embestida planeada por el general. Más allá, elevada someramente sobre el terreno, se alzaba Munda.

El sol no había despuntado aún pero las primeras luces del alba liaban un aspecto más familiar a lo que teníamos alrededor. Fue entonces cuando Cayo Julio César comenzó a arengar a los suyos. Sobre su montura, un precioso corcel de color blanco, fue desplazándose desde el ala izquierdo al derecho. Gracias a un casi perfecto sistema de transmisión de la información el discurso llegaba a los oídos de todos los que esperábamos ansiosos entrar en batalla.

—¡Soldados! —gritó el centurión primipilo de la legión X, justo la que flanqueábamos nosotros—. ¡Los auspicios nos han sido favorables! ¡Marte desea que hoy se libre esta batalla y se ha mostrado complaciente con nosotros! ¡Seguiremos el camino que nos tenga preparado! Sé lo que estáis pensando. Ellos son más, sí… ¡Pero no os arredréis lo más mínimo! Los dioses están con

nosotros y nos han brindado el honor de la fuerza. Somos más fuertes e inteligentes. Venceremos gracias a una estrategia que ellos no poseen. ¡Pompeyo lleva huyendo de nosotros meses! Es evidente el pavor que siente por enfrentarse a vosotros, soldados, ¡hombres de Roma!

Julio César continuó con su discurso mientras recorría la primera fila de soldados en formación. Ya estaba más que cerca de nuestra posición cuando oímos en su misma voz las que serían las últimas palabras de aquella arenga.

—Estamos preparados, soldados. Ellos saben que lo estamos y por eso no quieren que luchemos. Por eso se han atrincherado en Munda y por eso ponen entre ellos y nosotros este fangal. Pero nada es imposible, camaradas. Ellos piensan que no nos vamos a atrever. Pero lo vamos a hacer. Y los vamos a pillar desprevenidos y escasamente preparados. ¡Hoy es el día, valientes! Hoy es el último día de esta maldita guerra. Pensad en mañana, pensad en vuestras casas, en vuestras familias. Pronto volveréis a estar con ellos. ¡Luchad pensando en eso! Luchad, luchad y acabad con esto. ¡Por vosotros! ¡Por vuestras familias! ¡Por Roma!

Los tubicines sonaron anunciando la orden de ataque. Niger y yo nos miramos y asentimos mientras yo me ajustaba el casco.

—¡A la carga! —grité demudado para después trotar al galope hasta situarme junto al resto de tribunos, legados y el propio César.

En nuestro flanco la mayoría de los jinetes eran galos y germanos. Las caballerías hispanas estaban del lado de Cneo Pompeyo. Estos, acostumbrados a la inestabilidad militar de sus tierras, se mostraron arrojados y valientes y emprendieron el ataque sin pensarlo. Mis hombres los siguieron, dispuestos a todo. Frente a nosotros, la mitad de la caballería de Pompeyo esperaba impertérrita nuestra llegada cubriendo bien el flanco izquierdo de su posición. Al fondo, a la derecha de Munda y en el llano que se dibujaba en las estribaciones de la loma en la que se ubicaba la ciudad hasta la fecha pompeyana, estaba el fortín de nuestros enemigos. «Estaría bien acabar con estos tres mil jinetes y dirigirnos hacia el campamento», pensé. Pero aún era pronto para ello. La batalla acababa de comenzar.

Nuestras legiones lograron cruzar, no sin dificultad, los terrenos pantanosos que las separaban de sus adversarios. Cuando pudieron cargar contra ellos estaban cansadas por el esfuerzo y eso se notó en la embestida inicial. La confianza de César estaba depositada en las legiones V y III, situadas en el flanco izquierdo, aunque él sabía que sería la X, compuesta por sus hombres más veteranos y curtidos en el arte de la guerra, la que tendría un gran protagonismo. Vimos lanzar los primeros *pila* y oímos los primeros choques de espadas.

Julio César se mantenía firme sobre su montura. No había dicho una sola palabra desde que diera la orden de carga. Los demás comentábamos los unos con los otros cómo se sucedían los hechos.

—Es pronto aún para sacar conclusiones pero parece que la batalla está igualada —me dijo Polión, volcándose hacia su derecha en su montura y acercándose a mí todo lo que su armadura le permitía.

—Cayo Asinio, me preocupa la posición de la V y la III —dijo Lucio Vibio Pacieco, que se encontraba con nosotros.

—Sí —contesté sin quitar ojo a la primera línea de combate—. ¿Observas como yo que los de Pompeyo trabajan con más libertad de movimientos que nosotros?

—Están en pendiente, Marco Claudio —me respondió Polión—. Por ahora todo son ventajas para ellos. Mira hacia allá, tribuno —me llamó la atención con su brazo derecho extendido—. ¿No te parece que la X avanza con más empuje?

—Ellos también están en pendiente —apuntó Pacieco—. Si no logramos romper alguna de las filas, se echarán encima de los nuestros tarde o temprano.

Las horas pasaban y el sol alcanzó su cénit. Las tropas estaban exhaustas pero ninguno de los dos bandos mostraba signos de debilidad. No fue hasta pasado el mediodía cuando se vio un retroceso significativo de las legiones V y III en el flanco izquierdo.

—¡Quinto Fabio! —gritó César—. Acude al flanco izquierdo y arregla ese desaguisado. Toma prestados algunos efectivos de las tropas auxiliares si es necesario.

Polión se marchó con el legado y me sentí desvalido, a pesar de que Pacieco continuaba a mi lado. La X parecía que cada vez se arredraba más. Pronto iba a llegar mi turno. De repente, vimos cómo se abrió una brecha en nuestra formación. La X se había roto…

—¡Malditos sean mis veteranos! —se lamentó César mientras subía a su montura y se colocaba el yelmo, decorado con un enorme penacho de plumas tintadas en color escarlata—. Cada uno a su posición. Que nadie rompa la línea. Tendré que luchar por mi vida ya que mis más fieles me han decepcionado.

Julio César galopó hacia el flanco derecho y Pacieco y yo hicimos lo propio tras él. Al llegar, mientras trataba de reorganizar la caballería vi cómo el general desmontaba y se intentaba abrir paso hasta la primera línea de combate. Una vez allí, se despojó del casco y arrancó un escudo a un legionario.

—Dame esto, cobarde —dijo—, así es como se lucha para ganar.

La reacción de César fue inesperada. El dictador comenzó a luchar, espada contra espada. Sin embargo, solo lo dejamos dar los primeros lanzazos porque varios tribunos y centuriones corrimos a salvaguardar sus espaldas. Aquello fue una inyección de moral y fuerza a la que los hombres de la X supieron responder. Movidos por el empuje de nuestro general y avivados por volver a

ver a Julio César en pie de guerra, como en las Galias, los legionarios avanzaron, empujaron, mataron y siguieron avanzando.

Entre unos pocos conseguimos sacar al enardecido general de la primera línea y desplazarlo hacia detrás. Fueron decenas de enemigos los que, a sabiendas de que nuestro líder se encontraba cerca de su línea y desde su posición ventajosa en altura, saltaron por encima de los nuestros y cayeron sobre nosotros con el ánimo de acabar con César. Con más de uno me tuve que enfrentar. Corté muslos, brazos, manos y cuellos. Hasta conseguí clavar la espada en un par de ocasiones. No sentí que mi vida corriese peligro. Estaba envalentonado por el sentimiento de protección que debía a mi general. Mi vida y mis sentimientos pasaron a un segundo plano.

El avance de la X era un hecho y pronto vimos al desertor cesariano Tito Labieno en primera línea de batalla intentar revertir la situación. Él, conocedor al detalle de las estrategias de Cayo Julio César y hasta incluso de su maquinaria mental, había llegado hasta nuestro flanco procedente del contrario, justo donde luchaban a duras penas las legiones V y III. Era fácil pensar que allí la batalla la tenía ganada. Sin embargo, el hueco que dejó, y que solo lo mandó rellenar de manera transitoria con las tropas auxiliares compuestas por hombres bisoños, fue un soplo de aire fresco para nuestro flanco izquierdo. Nosotros avanzábamos y ellos también. El cariz de la batalla había cambiado por completo. La X consiguió abrir una brecha y la caballería de Pompeyo se batió en desbandada. Poco más teníamos que hacer en aquel flanco, así que alcancé el caballo de César y se lo acerqué para que volviese a montar. Mientras lo hacía vimos cómo los *jinetes del rey* Bogud galopaban en dirección al campamento de nuestros enemigos. Labieno hizo enviar refuerzos a su fortificación para paliar los daños que pudiéramos infligirles y aquello tuvo un efecto inmediato sobre sus tropas que, exhaustas por las horas de batalla, pensaron que se había ordenado la retirada y se produjo una huida general.

La batalla estaba ganada.

—Marcha a Corduba, Marco Claudio —me dijo al atardecer un exhausto Julio César en mitad del campo de batalla, cuando aún no habíamos reunido a nuestros hombres—. Debes ser el primero en llegar y poner a tu familia a salvo. Nos dirigiremos hacia allí y me temo que no vamos a ser condescendientes con Sexto Pompeyo ni con la ciudad.

En aquel momento llegó Polión con algo entre las manos.

—Señor, se estiman en más de treinta mil los muertos del bando pompeyano y tan solo mil en el nuestro. Cneo Pompeyo está vivo y ha conseguido escapar —dijo mientras sostenía el pesado bulto cubierto con una tela de color claro pero muy ennegrecida.

—Está bien, Cayo Asinio. ¿Están bien los legados y tribunos?

—Así es, señor.

—¿Qué traes ahí? —añadió César.

Polión agachó el rostro y comenzó a retirar los trapos que envolvían aquello que guardaba con tanto sigilo. La cabeza de Tito Labieno emergió de entre ellos con los ojos muy abiertos. Julio César la miró circunspecto, pero no dio un solo paso atrás.

Capítulo 29

Un encuentro inesperado

Corduba, 18 de marzo del año 45 a. C.

Cincuenta y cinco millas. Esa era la distancia que me separaba de Corduba en línea recta. Galopando tardaría un par de jornadas en llegar si los caminos fueran firmes. Pero no era el caso. Sin embargo, debía marchar hacía allí lo antes posible. Los supervivientes pompeyanos ya habrían partido para avisar a Sexto de nuestra victoria y prevenirlo para su huida. Pronto partirían también los soldados de nuestro bando, ávidos de encontrar al hijo pequeño de Pompeyo y descuartizarlo, para después cebarse con la capital de la provincia, saquearla y destrozarla por haber dado cobijo a nuestro mayor enemigo. Tenía poco margen de maniobra, por lo que tan solo me detuvo el cálculo de la distancia para los cambios de corcel. A unos cien pasos de donde me encontraba estaba Niger, riendo junto a otros soldados. Estaba vivo. Ahogué un suspiro mientras esbozaba una sonrisa. No tenía tiempo de avisarlo.

Partí al galope obviando la línea recta y buscando un camino que permitiera a mi caballo trotar lo más rápido posible. Antes del amanecer alcancé el río Singilis. Allí cambié mi caballo en una posta del camino, en la que encontré varios ejemplares a mi disposición dispuestos a continuar. La tensión me mantenía sobre el caballo con el vigor y la fortaleza que la situación requería, a pesar de que no había probado bocado desde poco antes de que comenzase la batalla. Pasado el medio día alcancé otra posta cercana a Ulia, en la que sí paré unos instantes para pedir algo de queso y pan. Vislumbré las murallas de aquella ciudad que tanto tenía que ver conmigo casi de soslayo, apremiado por el tiempo y por la necesidad de llegar a Corduba antes de que el sol se ocultase en el horizonte. Sí… sería posible recorrer de nuevo esas dieciocho millas al galope para llegar a casa y prevenir a los míos. A mi cabeza vino de nuevo Quinto Casio Longino, Marco Emilio Lépido, Indo… En aquella ocasión iba a ser todo tan diferente.

Cuando alcancé la puerta sur de Corduba, el sol aún estaba por ponerse. Quizá quedase algo más de una hora para el anochecer. Dejé mi caballo en el

abrevadero de la posta que había en la entrada y me apresuré a dirigirme a mi casa, justo en el otro extremo de la ciudad. Me quité el yelmo, aunque no la coraza y caminé a prisa por el *kardo maximo*, rumbo al foro. Había bastante movimiento militar por la ciudad. Pequeños contingentes de soldados se desplazaban a prisa y sin formación por entre las calles. Me crucé con varios grupos de esclavos que transportaban *impedimenta* y carros con víveres y ropas de índole castrense. Nadie parecía haberse percatado de que yo pertenecía al otro bando. No había ni un solo ciudadano por las calles. La mayoría de las tiendas permanecían cerradas. También las tabernas. ¿Dónde estaría escondido Sexto Pompeyo? Cuando llegué a la altura del foro decidí desviarme para no cruzar la plaza pública. Lo más probable era que estuviera tomada por los hombres de Sexto y no quería correr riesgos innecesarios. Bordeé por el exterior el recinto porticado y recuperé el *kardo maximo* poco antes de girar a la derecha y dirigirme a la calle en la que estaba mi casa. Aquello estaba desolado. Las casas, a uno y otro lado de la calzada, se encontraban cerradas a cal y canto y no se oía ni el graznido de un pájaro. Por fin alcancé la *domus* familiar. Llamé a la puerta, tocando dos veces en una de las dos enormes aldabas de bronce que seguían presidiendo la entrada principal. Dejé pasar unos instantes antes de volver a llamar. Nadie abrió ni respondió. Empujé con fuerza la doble puerta y no conseguí abrirla. Corrí hacia el establo y empujé de nuevo. Nada. Belonio se habría encargado de atrancarla a conciencia.

Miré hacia arriba. Ya no había rastro de sol en los tejados de las casas. Debía quedar poco para el ocaso, así que confié en que la protección de los dioses velaran por mi armadura y me quité la coraza para moverme con mayor libertad y rapidez. La dejé junto al casco, apoyados ambos en la puerta del establo y salí corriendo en dirección a la casa de mis abuelos. Allí llamé de nuevo y tampoco contestó nadie. Maldije mi suerte y, desesperado, lancé una patada al aire, apreté los dientes y me agarré los cabellos de las sienes mirando hacia arriba. «¿Dónde estaban todos? ¿Dónde se habrían metido?».

Sin pensarlo dos veces corrí de nuevo a mi casa. En la entrada del servicio, al otro lado de la *domus*, había un ventanuco que podría alcanzar para saltar al tejado. Cuando me planté allí comprobé horrorizado de que mi coraza y mi casco habían desaparecido. «¿Cómo iba a continuar sin ellos?». Había sido demasiado confiado. Pero dejé de lamentarme y me centré en pensar cómo entrar en mi casa. Había sido demasiado optimista al esperar que mi escalada hasta el alféizar del ventanuco cerrado resultara posible. Puse los brazos en jarras y miré al suelo y allí, al fondo del callejón, estaba la solución a mis problemas. Nuestros vecinos de la *domus* de al lado tenían varias cajas de madera apiladas. Los dioses me quitaron mi armadura pero no me habían dejado del todo solo. Las puse unas sobre otras, a modo de escalera, de manera que me fuera fácil subirme a ellas y alcanzar el ventanuco. Subí con agilidad y de un salto algo arriesgado conseguí alcanzar el tejado. Desde allí arriba

contaba con una vista privilegiada de Corduba. Al suroeste divisé los edificios del foro, los más altos de la ciudad, y el templo de Júpiter. Desde allí arriba todo parecía estar en calma pero la realidad era que se escuchaba cierto tumulto algo más allá. Anduve un poco más hacia dentro, hasta alcanzar el borde del tejado que daba al peristilo y planeé saltar dentro, aunque la altura era considerable. Aquello no parecía ser buena idea. Comencé a rodear el jardín para encontrar la mejor alternativa para saltar.

—¡Por los dioses, *domine*! —escuché desde abajo—. ¿Cómo has alcanzado el tejado? Baja de ahí antes de que te caigas.

Belonio colocó estratégicamente unos cuantos sacos de heno en la zona más propicia y yo salté, confiando ciegamente en él.

—¡Belonio! —cuando me levanté abracé al sorprendido criado con emoción—. Qué alegría verte. ¿Por qué no me abriste la puerta?

—*Domine* —dijo inclinando la cabeza hacia abajo—. Estamos en estado de alerta y no debemos abrir la puerta a nadie. Supe que eras tú cuando te marchaste. Abrí la puerta del establo tras comprobar que no había nadie y me encontré con tu coraza y tu yelmo —Belonio señaló hacia la puerta del establo y vi que ambas cosas estaban allí. Respiré aliviado—. Si hubieras dicho tu nombre, tan solo si hubieras dicho una sola palabra, *domine*… yo te habría reconocido y te hubiera abierto la puerta —sus ojos estaban llenos de lágrimas —. No me he movido de aquí desde que has llamado, esperando que pudieras volver en cualquier momento.

—Belonio, tranquilízate… —lo intenté consolar apoyando mi mano en su hombro—. No imaginaba que no me abriría nadie. ¿Dónde están todos?

—¡Oh, *domine*! —Belonio volvió a sollozar—. Quedo solo yo en esta casa. Todos están bien. Se marcharon a *Villa Fertilitas*. Aquí no hay nadie. Apenas queda alguien en Corduba.

Más tranquilo gracias a las palabras de Belonio, salí de nuevo de casa rumbo a *Villa Fertilitas*. Aún había luz y me daría tiempo suficiente para alejarme lo bastante de Corduba como para no encontrarme amenazado. En realidad estaba exhausto y sediento así que decidí acercarme a la fuente que había algo más al este, junto a la puerta oriental, una de las más grandes de la ciudad. El surtidor estaba en una plaza casi adosada a la muralla. Por detrás de ella tan solo estaban los abrevaderos del establo que había allí mismo. La fuente, rectangular, con cuatro caños, se abría a una plaza de planta cuadrada, a la que llegaban tres calles, a parte de la que proveía de la muralla. Era un espacio abierto pero no demasiado grande. Sin embargo, lograba ser un lugar acogedor gracias a la planta enredadera que crecía frondosa en la fachada de la casa que se levantaba frente a la fuente y a los setos verdes que protegían otra de las viviendas. En el centro de aquella especie de plaza, una higuera de gran porte rodeada de bancadas presidía el paisaje, cuya sombra alentaba a los viandantes a parar y refrescarse en la fuente.

Metí la cabeza debajo del reconfortante chorro de uno de los surtidores y después bebí, dejando caer el agua generosamente por las comisuras de mis labios. Cerré los ojos y me relajé antes de partir hacia otro largo viaje. Desconozco cuánto tiempo transcurrió mientras permanecí debajo del caño de agua pero una tos aguda e impertinente me hizo abrir los ojos y volver a la realidad. Cuando me giró vi a una mujer con los brazos en jarras mirándome ciertamente molesta por la espera. A su lado había una cántara. Más a su izquierda, una joven, que me observaba con unos preciosos ojos abiertos de par en par y una expresión de sorpresa en su mirada. Me sequé la cara con la manga de mi túnica sin quitarle ojo de encima.

—Marco… —dijo ella, incrédula.

—Claudia —balbuceé atónito.

—Te reconocería aunque pasaran cien años —se sonrojó.

—¿Qué haces por aquí? —di algunos pasos, acercándome a ella—. ¿Acaso no te has enterado de que César ha ganado la guerra? —la criada que acompañaba a Claudia, que no había parado de golpear el suelo con su pie mientras esperaba con los brazos en jarras, soltó un bufido mirando al cielo. Claudia y yo la miramos.

—Nos han avisado de que podríamos sufrir un asedio y estamos recogiendo agua por si cortan los suministros —unos soldados se aproximaron a nosotros. Venían de una de las calles que confluían en la plaza de la fuente. Observé que cuchicheaban entre ellos y Claudia terminó por volverse sobre sí misma para mirarlos.

—Marco Claudio Marcelo —dijo uno de ellos silabeando descaradamente mientras se aproximaba a nosotros—, un placer volverte a ver por Corduba… y tan bien acompañado.

De pronto, los soldados que iban con él corrieron hacia Claudia y su criada.

—¡Claudia, cuidado! ¡Agáchate! —grité. Ella se revolvió y consiguió correr para colocarse detrás de mí, tal y como le indiqué con gestos.

Uno de los soldados retenía a la criada de Claudia sujetándola por el cuello, donde la amenazaba con un puñal.

—Queremos a las chicas… que venga ella también con nosotros y os dejaremos en paz —me advirtió el soldado portavoz.

—Ni lo sueñes —le dije y giré mi rostro—. Claudia, haga lo que haga, permanece siempre detrás de mí.

Con tranquilidad desenvainé mi *spatha* y comencé a dar pasos pequeños pero seguros hacia aquel portavoz pompeyano.

—¿No habéis tenido bastante con lo que ha sucedido en Munda, estúpido? —dije intentando ganar tiempo.

—Nos marcharemos, pero antes queremos nuestra recompensa.

Ataqué. Nuestras espadas chocaron y a mi espalda escuché los gritos de

Claudia. Con un giro estudiado y bien aprendido en la academia militar bajé el cuerpo y dibujé con la *spatha* un arco. Conseguí herir al soldado en una pierna con un corte profundo que lo hizo gritar y retroceder un par de pasos. Los que lo acompañaban salieron corriendo, llevándose consigo a la criada de Claudia, que se desgañitaba llamando a su ama. El soldado que me atacó vio cómo los suyos lo dejaban solo y, malherido, empezó a caminar hacia atrás. Cuando se vio suficientemente protegido por el espacio que había entre ambos, se volvió para correr tras sus compañeros.

—Tu criada… —dije.

—Olvídate de ella —me sonrió—. Era una insulsa con aires soberbios que no me trataba bien. Una simple. No le tenía cariño.

—Ven, sígueme —tomé a Claudia de la mano y la conduje hacia la puerta de la muralla.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella resistiéndose a seguir mis pasos. Me detuve en seco y me giré hacia ella.

—¿Confías en mí? —ella asintió—. Esto está plagado de soldados pompeyanos y pronto lo estará también de hombres de César. Nada de lo que pase dentro de Corduba va a ser bueno. Hay que salir de aquí.

—Pero, padre está en casa.

—¿Y la abuela y la tía Cornelia? ¿Por qué no os habéis marchado todos a *Villa Fertilitas*?

—Ellas están allí porque tu padre se las llevó casi por la fuerza, pero padre se negó a que yo me fuera. Ya sabes que él, como Publio, está con los hijos de Pompeyo. Madre y él han discutido mucho últimamente. Ella incluso le ha pedido regresar a Roma, con su familia.

—Me da igual del bando que sea tu padre o del que seas tú. Lo que quiero es que sobrevivas a lo que está por venir. Sígueme Claudia, conozco un lugar en el que no nos encontrarán y del que podremos salir indemnes cuando todo haya acabado.

—Padre se preocupará cuando mi criada y yo no regresemos.

—Será un alivio para él cuando vea que regresas sana y salva a casa dentro de unos días.

Aquello terminó de convencer a Claudia. Tiré de ella de nuevo y su cuerpo reaccionó acelerando el paso. Sus pequeños pies correteaban por entre las piedras del camino haciéndola parecer un ente etéreo. Ya no tenía tirabuzones. Su melena se había convertido en un entramado de ondas que bailaban graciosas al ritmo de su paso. Algunas se salieron de su peinado recogido y le taparon ligeramente el rostro, penetrando entre sus labios. Ella las retiraba cuidadosamente, mientras miraba al suelo.

El lugar seguro del que le había hablado a Claudia no era otro que las habitaciones anexas a las cuadras de la villa de Escápula, muy cercana a la puerta oriental de la ciudad, donde nos encontrábamos en aquel momento.

Pensé en aquel lugar de repente, aunque no hubiera habido otro mejor que aquel para esconderla de la masacre que se iba a cernir sobre Corduba. Entramos en la villa por uno de los accesos traseros. No se oía ningún ruido que nos pudiera hacer pensar que allí había movimiento de esclavos o huéspedes. Mejor. Las habitaciones no eran gran cosa pero, al estar cerca de las cuadras, todas tenían ventilación al exterior y eran lo suficientemente amplias cómo para montar un lecho con paja y descansar más o menos seguros. Entramos en un par de cubículos. En el primero había varias ánforas vacías y algunos sacos de cereal sin contenido. Justo en el de al lado había una gran mesa con varios utensilios de cocina y menaje y algunas lámparas de aceite, con mecha suficiente como darnos luz toda la noche, aunque no estuviera en mis planes encenderlas. La habitación era algo húmeda, así que insté a Claudia a que me ayudase a retirar todos los utensilios que había sobre el tablero para despejarlo y salí a buscar heno. El sol ya se había puesto y la habitación estaba oscura, así que me di prisa. Cuando regresé, dispusimos una base fina pero suficientemente mullida para aislar la mesa. Colocamos encima el manto de Claudia, más amplio que el mío.

—Esto ya está —dije con los brazos en jarras y mirando con orgullo la improvisada cama—. Es un sitio seguro y cómodo para pasar la noche.

—¿Y si nos descubren? —inquirió ella preocupada apoyando su cadera en la mesa.

—No lo creo… —respondí con aire seguro, tratando de dar confianza a Claudia—. Estas habitaciones apenas las usaban cuando la villa estaba llena de huéspedes. Sería difícil que viniesen aquí ahora que todo está vacío.

—Yo sé que viviste aquí durante un tiempo —confesó mirando al suelo—. En realidad, nunca he dejado de saber de ti. Publio me lo contaba todo.

Se hizo el silencio. Si lo sabía todo, seguramente Claudia también estaría enterada de mi aventura con Lavinia.

—Yo… yo… —acerté a balbucir.

—No tienes que decir nada —me respondió tomándome la mano—. Me he sentido muy orgullosa sabiendo que eras tú el que había tomado la voz cantante en la lucha contra Quinto Casio Longino y de que consiguieras integrarte en el ejército de Julio César.

Me llevé su mano a mi pecho y la miré intensamente.

—Siempre te he llevado en mi corazón, Claudia —le confesé—. No ha pasado un solo día en el que no pensara en ti. Todavía sueño con aquella última vez que nos vimos.

—Hace ya casi cinco años de eso —Claudia tenía lágrimas en los ojos—. ¡Oh, Marco! —Sollozó—. Siempre he sabido que volvería a verte…

Ella me atrajo hacia sí. Yo no opuse resistencia y, sin dejar de mirarla a los ojos, le acaricié una mejilla. Mis dedos cortaron el suave recorrido de una lágrima. Apenas se veía nada pero nuestros ojos se habían acostumbrado a la

oscuridad y pude darme cuenta de que su mirada se había clavado en la mía. Nuestros labios se rozaron. Cerré los ojos y la besé y, entonces, me transporté en el tiempo y regresé a *Villa Fertilitas*, a aquella noche de verano en la que nuestros labios se unieron por primera vez. Sin embargo, aquel beso no fue tan casto e inocente como el de entonces. Claudia abrió sus labios y se aferró a mi espalda provocando que todos mis sentidos actuaran por y para ella. Un calor súbito ascendió desde mi vientre hasta el estómago, ramificándose en enésimas palpitaciones que alcanzaron todo mi ser. La besé con más profundidad y acerqué mi boca a su cuello. Ella respiraba ansiosa y aprovechó la libertad que le dejé para invitarme a levantar mi túnica. La saqué por mi cabeza y ella se desabrochó los lazos que le ceñían la suya. Claudia se recostó en el improvisado colchón y yo lo hice junto a ella sin dejar de besarla.

—¿Esto es todo lo que vas a hacer conmigo esta noche? —me preguntó dejándome atónito.

—¿Qué es lo que deseas?

—Te deseo a ti.

De súbito, Claudia, dio un salto y se colocó sobre mí. Su pelo caía como una cascada cubriéndole un hombro y parte del pecho. Le acaricié la melena y continué hacia abajo, rodeando uno de sus senos, turgente y lleno. Entonces, ella se sentó sobre mí y gimió. Yo me alcé sobre mi espalda y le tapé la boca con la mano, atrayéndola hacia abajo.

—No grites, o nos descubrirán —le advertí al oído.

—Te amo, Marco.

—Y yo a ti, Claudia.

Aquella noche, nuestros cuerpos se fundieron en profundos y firmes abrazos llenos de placer. De la vergüenza, al romanticismo, y de este, a la pasión y la lascivia. Claudia era toda una caja llena de sorpresas.

Abrazados y tapados con la estrecha capa que yo llevaba, nos quedamos adormilados casi al amanecer. De pronto, un ruido seco y lejano hizo rebullirse a Claudia y terminó por despertarme a mí. Me incorporé del lecho y asomé discretamente la cabeza por el ventanuco de la habitación. Un grupo de unos seis o siete hombres que no lograba distinguir estaban preparando un carro. Sus movimientos eran sigilosos y hablaban demasiado bajo como para que llegara a escucharlos.

—¿Qué ocurre, Marco? —preguntó Claudia.

—No lo sé… —le respondí con sinceridad—. No estamos solos. No hagas ruido.

—Está bien… —Claudia me tiró de un brazo, haciéndome caer sobre ella —, te prometo que lo haré todo en silencio.

Me dejé llevar de nuevo por las caricias de Claudia, estudiadas, amorosas, hasta que las voces se acercaron más hasta nosotros.

—Señor, no puedes detenerte más —dijo un hombre vestido con

indumentaria militar. No lograba ver bien quiénes eran los que mantenían aquella conversación. Estaban muy cerca, pero las hojas de un frondoso árbol los tapaba por completo.

—Saldremos inmediatamente, pero antes, tribuno, debo darte indicaciones… —la conversación se hizo prácticamente inaudible.

—Así lo haremos, señor. Nos encontraremos en el punto que acabas de indicarme en cuanto nos deshagamos de cualquier avistamiento cesariano.

—Que los dioses os protejan.

—Que los dioses y tu padre te protejan a ti, señor.

—Claudia, tengo que marcharme —le avisé casi susurrando mientras me vestía a toda prisa.

—¿Qué has visto por la ventana? —preguntó ella preocupada.

—Es Sexto Pompeyo. Va a escapar de Corduba antes de que llegue César. Tengo que impedirlo.

—¡Por los dioses, Marco! ¡Estás solo! ¿Cómo vas a lograrlo?

—Claudia, no te muevas de aquí hasta que regrese a buscarte.

—De ninguna manera —Claudia dio un respingo de la mesa en la que estaba instalado el colchón de heno y se puso su túnica—. Me marcho contigo. Ya nada nos separará.

La miré y por unos instantes dudé. Sin embargo aquello era lo mejor. Nunca hubiera estado tranquilo de haberla dejado sola en aquella cuadra. Claudia y yo salimos de la villa por la misma puerta por la que habíamos entrado la noche anterior, de la mano. Tendríamos que perseguir a Sexto Pompeyo hasta que obtuviéramos refuerzos. Lo primero era conseguir un par de caballos. Para ello debíamos volver a entrar en la ciudad. Miré hacia un lado y a otro antes de salir al camino de acceso a Corduba y, cuando comprobamos que no había amenazas, echamos a correr. La mano de Claudia me daba seguridad. Me sentía pletórico, capaz de todo. La guerra había terminado y por fin había encontrado a la mujer de mi vida. Todo se iba arreglando. Había llegado mi momento.

Cuando encaramos la puerta de la ciudad vimos cómo varias columnas de humo se alzaban sobre la muralla. La gente corría y gritaba. Sería imposible entrar en Corduba. Debíamos dar la vuelta. Miré hacia atrás y, por un instante, me recreé en ella. Por fin estábamos juntos. Eso era lo que ambos habíamos soñado siempre. Solo quedaba salir de allí y tendríamos la vida por delante para ser felices, en Roma, lejos de las exigencias familiares. Yo estaba del lado del vencedor de la guerra y no me será difícil encontrar un subterfugio para escapar. Me dio igual Sexto Pompeyo. Volveríamos a la villa y esperaríamos juntos a que pasase el asalto a Corduba. Los cascos de un caballo que se dirigía hacia nosotros galopando a toda velocidad me sacaron de mis pensamientos. Detrás de este, venían más.

—Claudia, sal de la vía y…

Y nada más. Mi mundo se tornó oscuro, negro. Claudia se desvaneció de mi vista. Ya no sentía el roce de sus dedos. Ya no me sentía dichoso. Ya no sentía nada. De repente, todo se apagó.

PARTE II

Capítulo 30

Una cena en casa de Octavio

Roma, *kalendae* de septiembre del año 45 a. C.

—Sed bienvenidos —nos recibió el mayordomo de la *domus* en la que vivía Cayo Octavio Turino, en las Carinae—. Pasad por aquí.

Cayo Asinio Polión y yo nos dejamos conducir a través del vestíbulo de aquella gran casa. El mayordomo, que caminaba por delante de nosotros, se situó a nuestra derecha al llegar al amplísimo atrio para indicarnos con un gesto que podíamos continuar hacia el peristilo por un estrecho pasillo que corría paralelo al *tablinum* de la vivienda. La casa, situada en una exclusiva zona a los pies del Esquilino, daba la talla en cuanto a elegancia y sofisticación. Desde el vestíbulo hasta el peristilo, todas las paredes estaban decoradas con pinturas al fresco. Los techos eran altos y, en el atrio, el *impluvium*, de factura rectangular y grandes dimensiones, estaba flanqueado por cuatro esbeltas columnas de piedra pintadas en rojo escarlata que se elevaban inmensas hasta el *compluvium*. Todavía no estaba oscuro del todo, pero varias lámparas y antorchas daban luz en cada esquina, previendo la pronta marcha del sol. No pude fijarme en muchos detalles más, ya que el mayordomo nos apremió con paso firme hacia el corazón de la casa, donde parecía que ya nos esperaban nuestros anfitriones.

—Cayo Asinio Polión y Marco Claudio Marcelo —nos anunció el *nomenclator*.

Cuánta formalidad. Desde luego, no estaba acostumbrado a ello.

En Corduba, en las provincias, las cosas se hacían de otra manera. Todos nos conocíamos y, si alguien se incorporaba a nuestro día a día, era fácil hacerse con su fisonomía y su nombre. No necesitábamos esclavos que nos presentasen allá donde fuéramos. En Roma, sin embargo, todo era a lo grande. Los intrincados árboles genealógicos salpicados de matrimonios concertados con sus consiguientes divorcios y las múltiples personalidades que ocupaban sitios de postín o magistraturas que cambiaban cada año, según la tradición, hacían del mundo social una voluble burbuja de la que

constantemente entraban y salían nuevos nombres. Los patricios tenían su *dignitas* asegurada pero, por debajo de esta primera clase social, había un submundo en el que se daban puñaladas si hacía falta con tal de conseguir una posición adecuada. En Roma no eras nadie si no ofrecías grandes banquetes en tu casa y si no alardeabas en ellos de exquisitos platos o de un menaje exclusivo importado de los lugares más recónditos del mundo conocido. Las mujeres vestían ropajes confeccionados con finas telas y adornaban sus modelos con preciosas joyas y difíciles peinados. Y eso, día tras día y noche tras noche.

Por ello, y después de aquella fastuosa presentación, cuando al fin Polión y yo alcanzamos el *triclinium*, la habitación de la casa destinada a comedor, quedé más que sorprendido por la austeridad que se presentó ante nosotros. Por allí no había nadie. Éramos los primeros en hacer acto de presencia y me resultó extraño que tan solo hubiera tres camillas en la clásica disposición de «U» y media docena de sillas frente a ellas, al otro lado de las mesas, preparadas, eso sí, con finos manteles de hilo, aunque sin más detalle.

Prácticamente al instante de que el esclavo encargado de anunciarnos terminara de pronunciar nuestros nombres, Cayo Julio César apareció por uno de los laterales del pórtico. Al igual que nosotros, iba ataviado con la toga *praetexta*.

—Cayo Asinio Polión y Marco Claudio Marcelo… —nos saludó con los brazos abiertos mientras caminaba hacia nosotros—. Gracias por aceptar nuestra invitación. Será una velada magnífica para celebrar nuestra llegada a Roma. Pero os esperaba acompañados. ¿Dónde está tu esposa, Cayo Asinio?

—Mi esposa, Cayo Julio —titubeó—. Ella se encuentra en Cumas. No lleva demasiado bien los rigores del calor en Roma. Espero que puedas disculparla —Polión miró al suelo avergonzado, por el hecho de que su esposa hubiese declinado una invitación del mismísimo Cayo Julio César o por cualquier otro motivo. Polión nunca hablaba de su mujer.

—Tu esposa siempre estará disculpada —zanjó César sin más preocupación—. ¿Y tu abuelo, Marco Claudio?

—Oh, Cayo Julio, se encuentra bastante atareado con mi abuela, que no anda muy bien de salud. Le dio una apoplejía hace algunas semanas y no termina de remontar —expliqué.

—Vaya, espero que pueda recuperarse a la mayor brevedad —dijo con gesto preocupado—. Intentad relajaros esta noche y olvidad los problemas que nos acusan a todos.

—¡Marco, bienvenido a mi casa! —era la voz de Octavio, que caminaba rápido hacia nosotros procedente de una de las habitaciones. También vestía toga. Una deslumbrante sonrisa acompañaba aquel día a un semblante casi siempre circunspecto y demasiado ampuloso para su edad.

Aquel joven rubio, de ojos azules, nariz respingona y boca redonda de labios gruesos había sido educado para aparentar un aspecto serio e

interesante. Sin embargo, Octavio, en las distancias cortas, era un chico jovial, ocurrente y simpático, características que no hacían más que ensalzar su enorme inteligencia. Por aquellos días, Octavio estaba a punto de cumplir los 18 años.

Lo cierto es que estábamos recién llegados a Roma procedentes de Hispania. Las contusiones que me causaron los pompeyanos a las afueras de Corduba, cuando me dirigía junto a Claudia al interior de la ciudad, me dejaron inconsciente varios días. Una vez más me salvó de una muerte casi segura mi primo Publio. Él fue quien nos sacó a Claudia y a mí de las garras de sus compañeros pompeyanos y nos acercó hasta *Villa Fertilitas*. ¡Oh Claudia…! Tantos días pasé dormido que no pude despedirme de ella. La tía Cornelia, después de conocer la muerte de mi tío Marcelo en el saqueo y posterior incendio que destrozó Corduba, decidió su marcha hacia Roma junto a Claudia con la finalidad de encontrar un futuro mejor y más prometedor. Algunas de las heridas que tenía en la cabeza y en las extremidades llegaron a infectarse, lo que me causó unas elevadas fiebres que me mantuvieron en cama durante semanas. Cuando desperté, Publio también se había marchado, buscando amparo bajo el halo de protección de Sexto Pompeyo, que consiguió escapar una vez más. No tuvo la misma suerte su hermano Cneo que, aunque en un principio salió airoso de Munda, pronto fue capturado y pasado por el cuchillo para el regocijo de todos los militantes del bando popular.

Aquellos días en *Villa Fertilitas* fui atendido exquisitamente por mi madre. Ella se pasaba las horas junto a mi lecho y recuerdo, en mis pocos momentos de lucidez, sentirme seguro al tenerla tan cerca. Cuando por fin desperté, ella no se movió de mi lado. No era una compañía demasiado elocuente —su preocupación por Marcia se había acrecentado con los últimos disturbios y eso la mantenía más callada de lo habitual—, lo que agradecía a ratos, aunque realmente necesitaba a alguien me pusiera al corriente de las últimas noticias. Por supuesto, esa persona no era mi padre. Este no se acercó a mi lecho durante toda mi convalecencia. Al menos, que yo supiera. Así que fue Prótimo el que de vez en cuando relevaba a mi madre y aprovechaba para contarme todas de las novedades. De esta manera supe que Claudia se había marchado a Roma con su madre a los pocos días de llegar a *Villa Fertilitas*. Ella apenas sufrió heridas. A decir verdad, su hermano pudo rescatarla antes de que ningún soldado le pusiera una mano encima, gracias a los dioses. Mi padre, que no la dejó acercarse a mí bajo ninguna excusa, dedicó sus esfuerzos a organizar y preparar a fondo el viaje de ambas a Roma para lo antes posible.

—Tu padre no quería que aquí hubiera personas afines a los hijos de Pompeyo —me dijo Prótimo una tranquila mañana mientras me ayudaba a tomar un caldo de ave y verduras en mi habitación de *Villa Fertilitas*—. A Publio no quería dejarlo pasar a la *villa* y ambos se enzarzaron en una trifulca

porque tu primo apeló a su derecho a entrar en su propia casa. Tu abuela lo defendió con uñas y dientes y le dijo unas cuantas cosas a tu padre que le han costado su desprecio. Claudia quiso estar contigo a cada momento, pero tu padre se lo impidió día tras día, dando órdenes precisas para que nadie la dejase entrar aquí. Pero ella lo intentaba cada día —Prótimo, sentado junto a mi cama, se acercó más a mí, para hablarme casi en un susurro—. Marco, desconozco lo que hay entre vosotros, pero Claudia ha permanecido horas en la puerta de este apartamento. Ha llorado mucho…

—¿Ni siquiera le permitieron despedirse de mí? —pregunté apesadumbrado con el cuenco de caldo prácticamente sin empezar.

—No, Marco —respondió Prótimo incorporándose—. La *domina* Cornelia y su hija Claudia dejaron esta casa hace muchos días y sin decir adiós.

Así de cruel era mi padre. O al menos, así de cruel se mostraba. Desde que supe aquello, lo único que deseaba era recuperarme para salir cuanto antes de la cárcel en la que se había convertido *Villa Fertilitas*, así que puse todo mi empeño en reponerme a la mayor velocidad. Mi hermano Quinto era una gran compañía. Me daba pena que con 18 años que ya había cumplido no estuviera teniendo las mismas oportunidades que yo.

Académicamente seguía su ritmo de formación, pero ya era hora de que conociera a fondo las tácticas militares, de que su cuerpo se entrenara día tras día en la academia y de que dominara el uso de la espada. Pero no había otra que esperar. Por aquel entonces, Corduba no era nada. Una ciudad reducida a escombros que tendría que levantarse de nuevo casi en su totalidad. Mi casa y otras tantas de aquellos afines a César fueron respetadas aquella terrible noche posterior a la batalla de Munda, pero todos los espacios y edificios públicos fueron pasto de las llamas. Luego, el fuego se propagó por gran parte de la ciudad.

La noche que Claudia y yo pasamos juntos fue la última para Corduba y para sus habitantes. Tanto es así que, según la versión de Prótimo, que más tarde me confirmó como cierta mi hermano según le contó mi padre, Tito Escápula regresó a Corduba con el resto de tropas pompeyanas y tuvo la sangre fría de organizar un gran y espectacular banquete en su *domus*. La decoración, la comida, la bebida, todo estaba diseñado con vistas a llevar a los comensales por un camino que culminó en el peristilo con la bajada de una estatua desde el piso superior rodeada de efectos especiales. Aunque fue la sorpresa final la más trepidante. Tito Escápula se suicidó poco después de despedir a todos sus invitados, pidiendo a sus esclavos que lo atravesaran con su espada. Increíble, pero absolutamente cierto. Desde luego, su vida hubiera tenido poco recorrido de no haber acabado con ella él mismo. Pocas oportunidades les quedaban ya a aquellos que se habían autoproclamado pompeyanos. Después de aquello, las llamas se comieron a Corduba y la

ciudad que me vio nacer dejó de existir tal y como yo la conocía. Los invitados a la gran cena de Escápula probablemente también murieron.

Cuando me recuperé y me sentí con fuerzas suficientes abandoné *Villa Fertilitas* rumbo a Corduba. Por las conversaciones que escuchaba en casa durante mi convalecencia sabía que César permanecía aún en la Ulterior y que había estado en Gades y en Hispalis, pero desconocía dónde podría encontrarse justo en aquel momento. Aquel era mi único referente y allí era donde debía ir para informarme de a dónde o a quién dirigirme. La sensación que tuve cuando entré en la ciudad fue demoledora. Me constaba que mi casa y la de mis abuelos seguían en pie, pero no encontré ánimos para pasar por ellas. De todas formas, Belonio también se había mudado al campo, puesto que en Corduba era difícil, por no decir imposible, encontrar víveres. No dudé en dirigirme directamente al foro y allí, entre peñascos ennegrecidos y moles de cascotes bajo los techos del pórtico parcialmente derruidos, un oficial que yo no conocía de nada del ejército de César me informó sobre adonde debía dirigirme.

Tras la batalla, César había enviado el grueso de sus filas a Roma con la finalidad de celebrar un triunfo a su vuelta. Antes, su deseo era pasar por varias ciudades hispanas y liquidar algunos asuntos pendientes. Me hicieron saber que a finales de abril César se encontraba en Hispalis, donde al parecer tuvo que sofocar una nueva revuelta y dejar claro que todas aquellas ciudades que hubieran prestado apoyo a los hijos de Pompeyo serían justamente castigadas con fuertes impuestos. De todas ellas, Corduba se llevó la peor parte, ya que fue absolutamente destruida. Decían, años después de aquello, que fueron más de veintidós mil las almas que aquella noche arrebató de sus cuerpos y condujo al averno. Pero, como decía, no fuimos los únicos damnificados. César también anunció la confiscación de las tierras pertenecientes a aquellas personalidades que se hubieran manifestado públicamente en favor del bando senatorial.

Pasados un par de días, no me fue del todo difícil encontrar en qué parte de los alrededores de Hispalis se encontraba el dictador, así que pronto pude unirme a él y a la legión que lo acompañaba. Me alegré sinceramente de ver allí a los gobernadores Quinto Pedio y Quinto Fabio Máximo y al legado Cayo Asinio Polión. Y creo que todos ellos sintieron lo mismo al verme a mí.

—Pensé que te habíamos perdido, Marco Claudio —se dirigió César a mí tras los saludos oficiales.

—He estado recuperándome todo este tiempo de graves heridas pero ya estoy listo para continuar, señor.

—Me alegro… No sabes las veces que he pensado en la torpe decisión que tomé al sugerirte que marcharas hacia Corduba.

La imagen de Claudia vino a mí y se me removieron las entrañas al revivir los momentos que pasé junto a ella aquella noche. Cerré los ojos un instante y

continué con la conversación.

—No, señor —contesté—. Aquella fue la decisión más acertada que alguien ha tomado nunca por mí —César sonrió sin entender del todo por qué —. Mi familia se encuentra bien, y eso es lo más importante.

—Si es así, me congratulo —me puso una mano en el hombro—. En especial ahora que todo parece haber acabado bien, al menos para nuestro bando.

Me sumé al estado mayor de César como uno más y, con el paso de los días, mi amistad con Polión se fue haciendo más y más profunda. Con la intención de marchar hacia Roma, nos fuimos desplazando por toda Hispania en dirección norte. Aquellas semanas fueron muy tranquilas y me sirvieron para conocer más a fondo cómo funcionaba la administración de una provincia. Pude ver a César ejercer de abogado, parlamentar con los magistrados de cada localidad, impartir justicia dando lecciones a sus gobernadores y negociando ajustes contractuales con algunos pobladores hispanos. Aprendí más en aquel mes y medio que lo que hubiera asimilado dirigiendo la curia de Corduba en un año completo. Estuvimos en Sagunto y Carthago Nova y, al llegar a Calpe, antes de alcanzar Tarraco, capital de la Hispania Citerior, conocí a Cayo Octavio, sobrino nieto de César. Este me abrió las puertas de su círculo más íntimo, al que ya pertenecían Marco Vipsanio Agripa y Cayo Mecenas, dos compañeros y amigos de su misma edad que se habían formado juntos y que acompañaban al joven allá donde fuese.

—Mecenas y Agripa estarán a punto de llegar —me dijo Octavio aquella primera noche de septiembre en su casa, asiéndome por los hombros y separándome ligeramente de su tío y de Polión, que ya se habían enfrascado en una interesante conversación sobre lejanas guerras y reinos emergentes—. Ven, quiero que conozcas a mi madre, Atia, y a mi padrastro, Lucio Marcio Filipo.

Octavio me presentó oficialmente a sus tutores, de los que tanto me había hablado semanas atrás, durante nuestra estancia en Tarraco y nuestro posterior viaje hacia Roma. A menudo me contaba cosas sobre su madre, a la que adoraba, y sobre su hermana, Octavia.

Recuerdo la primera vez que lo vi. Salió a nuestro encuentro en las cercanías de Calpe, cuando nos dirigíamos hacia allí. Su tío, que había sabido de la llegada de su sobrino a la capital de la Citerior días atrás, mandó un correo para indicar el día que alcanzaríamos la ciudad. El caballo de Octavio, al galope, seguido por un par de guardias personales, se detuvo en seco cuando estuvimos a una veintena de pasos. Rápidamente él se apeó del animal. Octavio saludó a su tío militarmente y este arribó también para correr hacia el joven y estrecharlo entre sus brazos. No pareció avergonzarse por el gesto de su tío, sino que se sintió orgulloso de que el gran César mostrase públicamente

su afecto por él. Aquella noche, en una cena ofrecida por el gobernador Quinto Pedio, que también viajaba con nosotros, Octavio nos contó que partió de Roma con tiempo suficiente como para haber llegado a la decisiva batalla de Munda, aunque una terrible afección respiratoria lo mantuvo alejado de las lides militares por prescripción médica.

—Bueno… pues creo que ya estamos todos —exclamó César cuando llegaron Octavia y Cayo Claudio Marcelo, la hermana de Octavio y su marido. En realidad aún faltaba su esposa, Calpurnia, que se incorporó al poco pidiendo disculpas por la tardanza y excusándose con que había querido dejar listos algunos detalles en la cocina.

La velada fue amena y divertida. César incluso bromeó con que su sobrino político y yo tuviésemos el mismo nombre. Los dos asentimos cuando él dijo que probablemente perteneciésemos a la misma familia. Alguna vez sí que escuché a mi abuelo hablar de ese tema, y muy enfadado por cierto, cuando se enteró de que este Cayo Claudio Marcelo se había posicionado en contra de César años atrás, cuando era cónsul. Decidí correr un tupido velo y no dejar que un comentario inoportuno empañase las nuevas y buenas relaciones que entonces había entre ambos. ¿Quién era yo para no olvidar cuando César lo hacía y, además, con asombrosa facilidad?

—Es un gran momento para esta familia y me gustaría hacer un brindis por ello —dijo César alzando su copa. Todos lo acompañamos y bebimos con gusto el excelente vino de Falerno con el que nos agasajó el dictador—. Sin embargo, Cayo Octavio, esta noche es para ti.

—Te agradezco, tío Cayo, que hayas tenido a bien organizar todo esto por mí —contestó Octavio risueño—. Ya sabías el interés que tenía por reunir a mis compañeros de viaje con mi familia.

—Siendo así, Cayo Octavio, me gustaría anunciar a todos que en las próximas *idus*, después del último de los desfiles triunfales que celebraré, si los dioses me lo permiten, comunicaré oficialmente que quiero que seas tú mi heredero político —Octavio se incorporó del *triclinium* y su rostro enrojeció. Todos los presentes sonreímos llenos de orgullo.

—Vaya, sobrino… —terció Atia, sorprendida—. Eso no me lo habías contado.

—Pero, ¿a que te parece una gran idea? —Preguntó César mientras se echaba a la boca un puñado de almendras.

—Sin duda es una excelente noticia, Cayo Julio —añadió Filipo—. Ahora Cayo Octavio tendrá que prepararse para ello…

—No lo dudes, Lucio Marcio. Ya hablaremos sobre cómo hacerlo. Pero antes —dijo dirigiéndose a su sobrino—. Cayo Octavio, aún no has dicho nada.

—Oh, tío Cayo… me has dejado sin palabras… Estoy abrumado…

—¡Eso se merece otro brindis! —exclamó Polión. Y todos volvimos a alzar

nuestras copas entre risas.

—Madre, Lucio Marcio —dijo Octavio interrumpiendo la pequeña algarabía—. Aquí hay varios testigos de cómo se las gasta mi tío en lides políticas. Estos últimos meses en Hispania han sido intensos y no sé si yo podré llegar alguna vez a su altura.

—No tengas falsa modestia, Cayo Octavio —señaló Polión—. También te hemos visto a ti y sabemos que has sido una esponja absorbiendo métodos e información.

—Si quieres ir soltándote, te envío de nuevo a Hispania, sobrino —rio César—. Por allí anda todavía Sexto Pompeyo y me juego la cabeza a que tendremos que darle su merecido en poco tiempo.

—¿Es cierto lo que me contaron sobre Cneo? ¿Es verdad que falleció al poco de la batalla de Munda? —la conversación era distendida y amable y pregunté por mera información. Nadie se atrevió a sacar el tema de los hijos de Pompeyo en todo el tiempo que había pasado junto a César y Octavio en Hispania.

—Mi buen legado Cayo Didio lo persiguió por mar y tierra hasta que dio con él —contestó César pensativo.

—En cualquier caso ese es un problema resuelto, señor —se apresuró a apuntar Agripa, joven que ya había demostrado un gran talento militar—. Tienes razón cuando dices que ahora debemos de ocuparnos de Sexto.

—Así es, Marco Vipsanio.

—Pero allí quedó Cayo Carrinas —apuntó Octavio—. Él debe tenerlo todo controlado.

—Hay algunas novedades con las que no quiero aburriros esta noche —dijo César—. Aunque os adelanto que sí, que la situación está bajo control.

—¿Cuáles son esas novedades, Cayo Julio? —inquirió Polión visiblemente nervioso—. No puedes dejarnos así.

—Oh, Cayo Asinio, de verdad que no tienes de qué preocuparte. Solo que a Sexto Pompeyo no le ha valido con esconderse de nosotros todo este tiempo, sino que ha ido reclutando supervivientes afines a él y ahora se le ha unido a su causa el príncipe númida A rabión, hijo de Masinisa. Como ves, nada importante y que no pueda solucionarse con facilidad —sonrió complacientemente.

—Bueno, siendo así, me quedo mucho más tranquilo —contestó irónico —. Esta noche podré dormir relajadamente sabiendo que Hispania está segura y en buenas manos —sonrió sarcásticamente—. Así que es hora de marcharse.

—¡Oh, vamos, Cayo Asinio! ¿Qué prisa tienes? —preguntó Cayo Claudio Marcelo.

—¡Déjalo marchar! Lo estará esperando su esposa —dijo inocentemente Calpurnia, que se había perdido la parte de la conversación en la que Polión excusaba a su esposa por no encontrarse en Roma. Octavio soltó una risita

indiscreta que se escuchó claramente. Octavia lo miró inquisitivamente y le echó una reprimenda inaudible.

—Sí, es… es mejor que me marche —titubeó Polión antes de levantarse. César hizo lo propio—. Señoras… —se despidió—, Marco, ¿te vendrás conmigo? —Octavio, Mecenas y Agripa me miraron.

—No —me asistió Octavio—. Marco se queda. Hay mucha noche por delante —sonrió y yo asentí a Polión.

—Me quedo entonces. Buenas noches, Cayo Asinio —dije.

César y Polión salieron por la puerta del *triclinium* y los demás quedamos en silencio hasta que fue seguro que ninguno podía escucharnos.

—¡Octavio! —Gritó ahogadamente su hermana—. No se te puede contar nada —dijo entornando los ojos.

—¿Alguien que me informe de lo que está pasando aquí? —preguntó un absorto Agripa, con los ojos muy abiertos.

—Pues que la esposa de Polión se lo ha estado pasando muy bien en los últimos meses —dijo Atia.

—Es una vergüenza que toda Roma lo sepa y que a ella le dé igual —añadió Octavia con aire indignado.

—¿De qué demonios estáis hablando? —preguntó Mecenas.

—De que la esposa de Cayo Asinio —dijo precipitadamente Atia antes de que Octavia hablase más de la cuenta— ha vuelto a caer en las redes de un antiguo amor. Dejémoslo así mejor.

—Y de que probablemente el pobre de Cayo Asinio lo sepa todo —añadió impertinente Octavia, que no pudo mantenerse callada.

—¡Dioses! —Exclamó Mecenas sorprendido—. ¿Y cómo lo consiente?

—Eso es lo que se pregunta toda Roma —sentenció Atia mirando con reproche a su hija.

Capítulo 31

El triunfo

Roma, 13 (*idus*) de septiembre del año 45 a. C.

No creo en las casualidades, aunque sí en el destino. Por ello, cuando encontré a Claudia en el banquete posterior al desfile triunfal de César supe que los dioses querían decirme algo.

Las *idus* de septiembre fue la fecha indicada para la celebración del desfile triunfal de Cayo Julio César por haberse alzado con la victoria sobre los hijos de su rival Cneo Pompeyo Magno. Las tropas participantes en la contienda nos concentramos al amanecer en el Campo de Marte y procedimos a la organización procesional. Días atrás, Quinto Fabio Máximo nos explicó a los tribunos y centuriones de la legión V Alauda los pormenores del ritual que estábamos a punto de vivir en primera persona. La comitiva triunfal constaba tradicionalmente de tres partes. Y así se organizó el desfile triunfal de César de aquel día. Abriendo el cortejo, con toda la pompa y boato que requieren situaciones de este tipo, varios grupos de actores se prepararon para representar las batallas que se habían librado. Sus interpretaciones iban a estar apoyadas gráficamente por algunos cuadros, que mostraban los momentos decisivos de las contiendas disputadas, así como mapas de los territorios por los que habíamos luchado. Al tratarse la nuestra de una guerra civil, no pudo mostrarse al enfervorecido público el botín conquistado, las joyas más hermosas o las armas más llamativas, así que, en su lugar, desfilaron los animales que iban a ser sacrificados al término del recorrido, en la colina Capitolina, a los pies de Júpiter Óptimo Máximo. Junto a ellos, se prepararon los esclavos que les iban a servir de guía, así como músicos y danzarines que animaban esta parte de la comitiva, quizá la más aburrida de toda la procesión. Tras ellos, ya estaba preparado el carro del general victorioso.

Cuando las primeras filas de la procesión comenzaron a avanzar, Cayo Julio César, dictador de Roma, se subió a una especie de biga tirada por varios caballos. La tradición indicaba que un gran falo debía colgarse de la estructura con la finalidad de proteger al general de la mala suerte. Y vaya si lo hizo, al

menos en el triunfo celebrado por su victoria sobre el pueblo galo, cuando el dictador casi salió despedido de su carro al fallarle el eje justo delante del templo de Felicitas, la diosa de la buena fortuna, en el Velabrum. Aquel día, César tuvo que cambiar de carro, pero salió ileso del accidente.

El dictador, al igual que en el resto de los desfiles y tal y como marcaba la tradición, pintó su rostro de escarlata, color que contrastaba con la toga púrpura con la que iba vestido. Bajo esta, llevaba una túnica del mismo tono, aunque con palmas bordadas con hilo de oro. Sobre su cabeza, su sempiterna corona de laurel que, por aquellos días, ya no se quitaba nunca. Como en cada uno de los desfiles triunfales anteriores, un esclavo se subió al carro junto a él. Su misión no era otra que sujetar sobre la cabeza del general victorioso una corona de oro, la que jamás nadie osaría ponerse sobre su sien si es que estaba en sus cabales, y repetirle continuamente la misma frase: *Respice post te. Hominem te esse memento*, «Mira atrás. Recuerda que eres solo un hombre». Esta era la parte más formal, la que nadie podía saltarse ni modificar. Todo lo demás era susceptible de cambio, de mejora o de ampliación.

Tras el carro de César desfilábamos las tropas. En los primeros puestos se colocaron sus legados, hombres como Quinto Fabio Máximo o Cayo Asinio Polión, entre otros. Justo por detrás, los ciudadanos a los que César había liberado de la esclavitud. Y por fin, tras ellos, los tribunos y otros cargos del ejército seguidos por el resto de las tropas, precedidas por los centuriones al cargo. En la última parte de la comitiva, César situó a los soldados que habían destacado por algún motivo en la contienda, todos llevaban consigo guirnaldas hechas con hojas de laurel y cantaban al unísono el *lo triumphe*, una tradicional melodía militar que se vio interrumpida constantemente por versos obscenos y cánticos lascivos con los que la tropa, solo ese día, se permitía adular a su general, mientras este se dejaba querer fingiendo que le divertían aquellas faltas de respeto.

En los días anteriores a las *idus*, la comidilla general era que Roma estaba ya cansada de tanto triunfo —el nuestro iba a ser el quinto en pocos días—. Pero César procuró que cada fiesta fuese diferente, haciendo a los ciudadanos partícipes en cada una de las jornadas, ya fuera con grandilocuentes banquetes públicos, juegos circenses o espectáculos teatrales en cada uno de ellos. El primero de todos los triunfos conmemoró la victoria sobre la Galia. Tras él, vinieron, por este orden, los de Alejandría, el Ponto, Thapsos e Hispania. Todos fueron completamente distintos excepto en una cosa: el recorrido. El trayecto que seguían los desfiles triunfales era exactamente igual en todos los casos. La procesión daba comienzo en el Campo de Marte para terminar en lo más alto de la colina Capitolina, frente al templo de Júpiter Óptimo Máximo, lugar donde el general realizaba sus ofrendas y sacrificios al término del desfile, después de dar un buen rodeo por las zonas más importantes desde el punto de vista político, militar y social de Roma. Después de atravesar el

Campo de Marte, el desfile de las tropas triunfantes se adentraba en la ciudad amurallada por la puerta Carmentalis; pasaba justo por debajo de la roca Tarpeya; bordeaba el Velabrum y alcanzaba el Foro Boario para atravesar el Circo Máximo de cabo a rabo. Tras ello, se bordeaba el Palatino por su lado sureste antes de entrar al Foro por la vía Sacra, y dirigirse a la colina Capitolina subiendo el *Clivus Capitolinus* en dirección al templo del padre de todos los dioses, Júpiter Óptimo Máximo.

Fue increíble. El pueblo nos llevó en volandas. En un día como aquel solo puedes sonreír y dejarte llevar. La procesión tuvo una duración de aproximadamente tres horas y, aunque el tiempo se pasó sin que apenas me percatase, acabé tan agotado que no podía dar un paso más. Quinto Fabio nos advirtió con antelación a los tribunos de que, cuando acabase la ofrenda al dios Júpiter, comenzarían los banquetes para el pueblo. A nosotros, sin embargo, nos citó a la hora nona en la casa de Polión, en la colina Capitolina.

Llegué puntual, aunque en cuanto entré por la puerta me percaté de que la fiesta debió empezar horas antes, ya que la casa estaba llena de gente y había bandejas de comida por todas partes. Me fui directamente al pórtico, donde la luz lánguida del atardecer bañaba la inmensa terraza que daba al Foro. Pero antes de salir a contemplar desde las alturas cómo el sol, que ya se escondía a las espaldas de la casa de Polión, terminaba de iluminar los edificios del Foro, vi a Claudia y me quedé paralizado. La observé por un rato, como queriendo convencerme a mí mismo de que ese rostro, esa melena, ese cuerpo, se correspondían con los de mi amada prima. Ella se encontraba sentada es una de las bancadas de mampostería cubiertas de cojines de seda que Polión había hecho construir en su terraza. Y miraba al infinito con uno de sus codos apoyado en la baranda y su mano bajo la barbilla. Su pelo castaño, recogido levemente en la nuca para evitar que le molestase en la cara, caía ondulado como una cascada sobre su espalda. Estaba sola, aunque a su alrededor deambulaban hombres y mujeres sin rumbo fijo, conversando los unos con los otros mientras buscaban algo de comida y bebida con los que saciar el apetito y brindar por los éxitos del dictador. Ella no se percató de mi presencia. Estaba tan bella como la recordaba. Miento. Estaba mucho más hermosa aún.

—¿No llevas ni un mes en Roma y ya te has enamorado? —Me espetó Niger por detrás, sacándome de mi letargo ensoñador.

Niger. Él fue una de las mayores alegrías que me llevé al llegar a Roma. Sabía, intuía, que se encontraba bien, pero él no tenía ni idea de lo que había sido de mí. Ni siquiera me despedí de él tras la batalla de Munda para no ponerlo en un compromiso. Deseaba ir solo a Corduba porque sabía que aquel viaje iba a ser peligroso y no podía exponerlo más de lo que ya había hecho.

Una vez en Roma, César me dio permiso para alojarme en la *domus* de mis abuelos maternos. No los conocía, pero madre me había hablado tanto de ellos y había leído tantos correos de ambos, que los sentía muy cercanos. Cuando

aún nos faltaban unos días para alcanzar la ciudad, les envié una carta para avisar de mi próxima llegada. Recibí su respuesta rápidamente. En ella, mis abuelos se mostraron encantados con mi pronta visita, haciéndome ver que su casa también era la mía y que me recibirían con los brazos abiertos. Y así fue. Mi encuentro con mis abuelos maternos fue entrañable y lleno de anécdotas y recuerdos. Aunque la alegría fue exigua, ya que, a los pocos días de mi llegada, mi abuela se vio afectada por una rara enfermedad que le dejó medio cuerpo paralizado y sin habla. Los médicos decían que todo estaba bien pero que la parte derecha de su cuerpo, marchita, alicaída, iba a ser irrecuperable. En cualquier caso, le pidieron a mi abuelo que, en la medida ríe lo posible, cuando hubiesen pasado varios días, intentase llevar a mi abuela a un lugar más tranquilo y con mejor clima que el de la propia Roma. Mi abuelo se resistía alegando que yo estaba en casa, aunque terminó prometiéndome que se marcharían a la bahía de Neápolis en cuanto yo me organizara militarmente.

Desde que llegué a Roma, lo hice con los ojos bien abiertos, listaba seguro de que me encontraría en cualquier esquina con Claudia. Pero los días pasaban y aquel encuentro no se producía. Me desanimé profundamente y, unido al hecho de que no podía permitir que la salud de mi abuela se viera mermada por mi holgazanería, me apresuraré a buscar una ocupación. Al fin y al cabo, ya me conocía algunas de las termas más importantes de la ciudad, había bebido vino en las mejores tabernas y había asistido a cenas con los grandes personajes del momento. ¿Qué más podía hacer? Mis abuelos estaban esperando mi marcha para partir rumbo al sur y yo, con 26 años, era demasiado joven para dejarme ir sin más obligaciones que vivir la vida. Siguiendo el consejo que César me dio durante nuestro viaje, no tardé en personarme en el Campo de Marte para solicitar mi entrada en el ejército, a ser posible recuperando el cargo de tribuno que había ostentado hasta la fecha.

Los barracones, justo por detrás de la oficina, componían lo que podría ser una ciudad en miniatura. Los edificios estaban hechos de mampostería y había tabernas, mujeres, puestos de hortalizas frescas y *thermopolia con* comida preparada casi en cada esquina. Los dioses quisieron cruzar mi camino con el de Niger mientras paseaba por entre las edificaciones junto a uno de los oficiales al mando.

—¡Por Hércules, Marco Claudio Marcelo! —gritó desde la lejanía Niger a la vez que soltaba un enorme saco de grano que cargaba sobre sus hombros y empezaba a correr hacia mí.

—¡No puedo creerlo! —dije mientras mi amigo y yo nos fundíamos en un sincero abrazo.

—¿Dónde has estado metido todo este tiempo? Llegué a pensar lo peor. ¿Desde cuándo estás en Roma?

—Creo que ya te encuentras bien acompañado, tribuno —nos interrumpió el oficial que me acompañaba por las calles del campamento más grande que

yo había visto en mi vida—. Gestionaré lo de tu hoja de servicio. La documentación estará lista en un par de días y podrás incorporarte a filas. Nos vemos entonces.

Niger rio ampliamente echando la cabeza hacia atrás y cuando el oficial se hubo marchado se dirigió a mí.

—¿Te quedas?

—Me quedo, Niger —sonreí—. ¿Qué otra cosa me ata ya a la Ulterior y a Corduba? Mi ciudad ni siquiera existe. Claudia está aquí, en Roma. Mi padre está intratable…

—Ven Marco —dijo Niger riendo abiertamente—. Acompáñame a mi tienda. Deja que me cambie y salgamos de aquí. Tenemos mucho que contarnos.

Al momento salimos del campamento y nos encontramos en el Campo de Marte, en el lado más cercano a la ribera del Tíber. Atravesamos el Circo Flaminio y la zona de templos que hay cerca de allí y nos dirigimos a la Roma amurallada. Entramos por la puerta Carmentalis, dimos un rodeo por el Foro Boario y, a petición mía, atravesamos el Velabrum en dirección al Foro. Propuse a Niger acudir a una taberna del Argiletum a la que me llevó Polión días atrás. Aquella calle era famosa por ser la vía con más librerías de Roma y, a Polión, aquel detalle lo deleitaba. Pero no solo había lugares donde encontrar los mejores libros del momento, sino tabernas de cierto prestigio con vino de excelente calidad. Aunque al final no hubo suerte y no conseguí encontrar la taberna que buscaba, no me importó el paseo por la ciudad de mis sueños junto a mi gran amigo Niger.

—Es bella, ¿verdad? —pregunté a Niger bajo el pórtico de la casa de Polión sin apartar la mirada de Claudia.

—Tan bella como otras decenas de chicas que hay ahí adentro. Vamos Marco, regresa conmigo —me invitó Niger cogiéndome del brazo.

—No sabes quién es.

—No he visto a esa preciosidad en mi vida, amigo.

—Es Claudia —confesé.

—¿Claudia? —exclamó Niger con los ojos muy abiertos y lleno de incredulidad. Se volvió sobre su eje para mirarla de nuevo—. ¿Tu prima Claudia?

—Así es, Niger. ¡Qué caprichoso es el destino, querido amigo! ¿No lo crees así? Mira dónde he ido a encontrarla.

—¿Y a qué estás esperando? —Me preguntó—. ¡Ve a saludarla!

Alcé mi pierna derecha para sortear un pequeño canal de desagüe que separaba el pórtico de la terraza y, cuando casi había conseguido dar mi primer paso escuché a mis espaldas la voz de Polión.

—¡Marco, querido amigo! Es más fácil encontrarte en el campo de batalla que en mi propia casa —bromeó—. Quinto Pompeyo, me alegro de que estés

con Marco. ¿Qué diantres hacéis aquí afuera? La fiesta está dentro. Hay comida, vino y mujeres. No para mí, claro está —se rio de su propia broma—, aunque sí para vosotros. Habrá que buscar el entretenimiento, ¿no? Venid por aquí. Quiero presentaros a un viejo amigo —Polión nos alejaba de la terraza —. Va es hora de que empecéis a conocer a hombres romanos y os relacionéis más y mejor. Esta ciudad es una increíble tela de araña y, cuanto antes os familiaricéis con ella, mejor os irá.

Polión seguía hablando mientras caminábamos hacia el interior de su sala de banquetes, donde se celebraba la fiesta en honor de César, al que aún no había tenido ocasión de ver por allí. El espacio, de proporciones descomunales y con bastantes esculturas y otras obras de arte de estilo griego repartidas por todas partes, estaba abierto al pórtico y a la terraza, pero había demasiada gente y perdí de vista a Claudia detrás de lo que me pareció ser una escultura de Afrodita. Polión, absorto en su relato, no se percató de que yo volvía continuamente la cabeza hacia atrás.

—Hace una noche fantástica, Cayo Asinio, ¿por qué no salimos afuera? —pregunté esquivando de improviso un enorme Poseidón mientras intentaba escabullirme del interior de su excepcional vivienda.

—Marco, Marco… a la terraza se sale solo a tomar aire para después continuar.

No había manera de convencerlo. Y yo solo quería estar allí fuera. Bien poco me importaban ya los éxitos de César, las magníficas viandas con las que Polión nos estaba agasajando a todos y las personalidades que iba a conocer aquella noche. Ya había perdido totalmente de vista a Claudia cuando nos encontramos frente a frente con el mismísimo César.

—¡Por todos los dioses, querido amigo Cayo Asinio! —exclamó el dictador a nuestro encuentro. Iba junto a un robusto hombre de mediana edad y a otro joven que tampoco conocía—. Marco Claudio, es una alegría tenerte por aquí. Quinto Pompeyo Niger, igualmente te digo —Niger y yo asentimos con la cabeza sorprendidos por el increíble intelecto de César por recordar el nombre de mi compañero—. Os presento a mi segundo, Marco Antonio, y a un viejo y gran amigo, Marco Junio Bruto.

Había oído hablar de ambos, aunque a ninguno de los dos había visto aún en persona. Estaba atónito por encontrarme junto a los nombres más poderosos del momento.

—¡Esto sí que es una fiesta! —Añadió César.

—Nada que no te merezcas, Cayo Julio —respondió Polión complacido.

—De ninguna de las maneras. No solo me refiero a la comida, excelente, a la presentación de los platos, a la magnífica compañía0a la decoración. Tu casa es mucho más que todo eso. Las esculturas, las piezas que decoran cada rincón… todo emana sabiduría, buen gusto.

—Ya conoces mi debilidad por las artes, Cayo Julio. Allá donde voy

intento traer conmigo un buen recuerdo. Y el arte griego, sin duda, es mi mayor predilección.

—Algún día, Cayo Asinio, tendrás que contarme de dónde has sacado todas estas maravillas. Me jugaría mi brazo derecho a que en esta *domus* hay obras de Farnesio, Praxiteles y Cleómanes —añadió Bruto mientras Antonio desviaba la mirada hacia una joven de formas voluptuosas que pasaba junto a nosotros del brazo del que parecía ser su esposo.

—Así es, Marco Junio —afirmó Polión sonrojado mientras bajaba la cabeza—. Cuando te apetezca, estás invitado a conocer más a fondo cada una de las piezas. Su historia, a sus autores…

—Me interesa también a mí, Cayo Asinio, conocer al detalle tu predilección por las artes —añadió César—. Y a ti seguro que te interesaría estar al tanto de mi siguiente gran proyecto.

—¿De qué se trata, señor? —preguntó Polión con curiosidad.

—De una gran biblioteca pública, Cayo Asinio —dijo César lleno de orgullo—. Un proyecto sin duda ambicioso en el que ando ahora inmerso. He pedido consejo a Marco Terencio Varrón y estamos trabajando en ello —Marco Antonio hizo una mueca por detrás de César. Varrón, el Varrón que yo había conocido como gobernador de Hispania Ulterior, era pompeyano y eso parecía no agradar demasiado al *magister equitum* de César—. Aunque deberá esperar, al menos a que recupere la inversión que he hecho para la construcción del nuevo foro. Hablaremos más adelante de ello.

—Cuenta conmigo, señor. Será un placer formar parte de la construcción de la primera biblioteca pública de Roma.

—Mis felicitaciones por esta velada, Cayo Asinio —se despidió César—. Y gracias a todos por compartir conmigo este triunfo —nos dijo a Niger y a mí justo antes de desaparecer entre el gentío—. Nos veremos de nuevo esta noche. Disfrutadla tanto como yo, por favor.

César siempre tenía grandes proyectos en mente. Aún no había terminado de levantarse del todo el foro que llevaría su propio nombre cuando ya pensaba en la construcción de la primera biblioteca en Roma. Y qué extraño había sonado oírle decir que había buscado consejo en Varrón, el mismo legado de Pompeyo al que tuvo que arrestar en la Ulterior y llevar a rastras al foro de Corduba cuando yo aún era un joven casi imberbe. César perdonaba de verdad, sin mirar atrás. Continuamos nuestro camino. Polión seguía sorteando invitados y obras de arte majestuosas hasta que, por fin, logró llegar adonde él quería.

—Os presento a Lucio Trebelio, amigo y gran conocedor de los vericuetos políticos de esta República. Fue, como yo, tribuno de la plebe hace dos años. Hay mucho que contar sobre aquellos días —dijo Polión riendo. Trebelio y él se miraron con complicidad—. Ellos son Marco Claudio Marcelo y Quinto Pompeyo Niger, tribuno y soldado de la V Alauda. Hombres de valor.

—Un placer, Lucio Trebelio —respondí. Trebelio peinaba canas por aquel entonces. No sabría decir a ciencia cierta su edad, pero estaba seguro de que sobrepasaba los cincuenta. Tenía cierto sobrepeso y unas manos regordetas en las que se distinguían varios arañazos. Se notaba la experiencia en su talante.

—El placer es mío, tribuno. Cayo Asinio y yo luchamos y sufrimos en ese tribunado pero finalmente salimos victoriosos. La falta en Roma de Cayo Julio César era acuciante por aquel entonces y todo estaba revolucionado aquí. Ese *méntula* de Publio Cornelio Dolabela… —rápidamente Polión lo interrumpió.

—Bueno, bueno, querido Lucio Trebelio. No vamos ahora a aburrir a mis invitados con batallitas del pasado —dijo con cara de circunstancia. Trebelio captó la indirecta al instante y cambió de tema con rapidez.

—Está bien, Cayo Asinio. Dejemos de hablar de nosotros mismos y hagámoslo de los hombres del momento. ¿Qué se siente formando parte de las tropas triunfales del dictador? —nos preguntó con una gran sonrisa.

—Bueno… —bajé la cabeza algo abochornado—. Ha sido todo un honor celebrar junto a Cayo Julio César este triunfo. El desfile no ha hecho más que aumentar nuestras ganas de luchar por Roma allá donde nos lleve nuestro general.

La conversación se centró en los detalles del desfile triunfal que tuvo lugar aquella misma mañana por las calles de Roma.

—El mejor momento para mí de todo el día —comentó Niger, plenamente integrado en la conversación— ha sido cuando hemos atravesado el Circo Máximo. ¡La gente rugía! Ha sido realmente emocionante.

—Oh, sí —contestó Trebelio—. Coincido plenamente contigo, Quinto Pompeyo…

—Puedes llamarme simplemente Niger, Lucio Trebelio —le interrumpió mi amigo—. Me parece que por aquí no suena demasiado bien mi *nomen*.

—Tienes razón, joven —rio Trebelio—. Siendo así, Niger, te diré que no me he perdido ninguno de esos desfiles desde que tengo uso de razón —continuó—. Mi padre me llevaba a verlos al Circo Máximo cuando era pequeño. Decía que el foro era peligroso porque había demasiada gente. Y yo disfrutaba de lo lindo. Él me iba explicando la pompa con la que se organizaba la comitiva, todos los preparativos y, cómo no, las muestras del botín que siempre se exponen ante todos. Son cuestiones que me apasionan y poco han cambiado con el paso de los años. No todos tienen la oportunidad de vivirlo desde dentro. Sin lugar a dudas, ambos sois unos afortunados —Trebelio se detuvo para respirar hondo, casi suspirando—. Dos veces he desfilado yo por las calles de Roma. Una acompañando a Lucio Licinio Lúculo y la otra —colocó su mano al rededor de la boca e hizo un gesto con la cabeza, agachándola en parte y, mirando de reojo a uno y otro lado, dijo finalmente casi en un susurro apenas audible mientras guiñaba un ojo— a Pompeyo Magno. ¡Qué pompa, qué maestría! ¡Qué orgullo! Aunque fue el de Lúculo,

hace ya la friolera de dieciocho años, el más impresionante triunfo de todos los que yo recuerdo, a excepción del celebrado hoy, claro está. Supongo que sabréis lo que conmemorábamos entonces, ¿verdad?

—La victoria de Lucio Licinio Lúculo como procónsul sobre Mitrídates VI del Ponto —contesté como orgulloso conocedor de la historia militar de Roma.

—Así es, joven tribuno. Marco Tubo Cicerón, desde su magistratura consular pudo hacerle ese regalo, celebrar su triunfo, cosa que otros le habían impedido. Y el desfile tuvo lugar unos años después, cuando el propio Lúculo ya se había retirado. Pero a él no le importó el paso del tiempo y preparó todo como si la victoria sobre Mitrídates se hubiese producido el día anterior —Trebelio miraba hacia el techo de la casa de Polión con media sonrisa y nostálgico—. Fue cuantioso el botín capturado en esa guerra. Y Lúculo no se guardó nada para sí. Fue tal la cantidad de armas y máquinas de asedio que capturamos por allí que fue imposible mostrarlas durante el recorrido triunfal. Lúculo decidió exponerlas a ojos de todos en el Circo Flaminio, para que nadie se quedase sin verlas. Y dejó para el desfile las joyas del botín, como una escultura de oro macizo del propio Mitrídates VI, a tamaño natural. La subimos a una especie de pedestal con ruedas cubierto con una tela de color púrpura e hicimos las delicias del público —ahora Trebelio reía—. Aunque lo que realmente gustó en aquella ocasión fue el banquete que sirvió Lúculo al término del desfile. Por primera vez, alguien ideó la posibilidad de convidar a Roma y parte de sus aldeas y lo hizo realidad. El pueblo fue feliz ese día, y muchos más, y la memoria de Lucio Licinio Lúculo sigue viva gracias a tanto desempeño en celebrar el triunfo que le correspondía por derecho, aunque fuera años después de la fecha oportuna.

—Pero había más detalles importantes, Lucio Trebelio. No te dejes atrás lo mejor —animó Polión a su amigo a continuar con el relato. Niger y yo estábamos absortos y escuchábamos con la boca abierta.

—¡Oh, sí! Qué razón tienes, Cayo Asinio. También paseamos por las calles de Roma la diadema real de Tigranes, rey armenio y aliado de Mitrídates. Era maravillosa. Elaborada en oro macizo y piedras preciosas salpicadas por toda ella. ¡Ah! Y un escudo. El espectacular escudo con el que Mitrídates daba las instrucciones a sus soldados. También de oro macizo con incrustaciones de piedras preciosas, algunas del tamaño del puño de un niño de pecho. Yo fui uno de los que encontró ese escudo en la tienda del general. Nunca entendí cómo pudieron abandonarlo a su suerte y que nadie lo llevara consigo.

—Supongo que no se acordarían de él —añadió Niger—. Escaparían con lo puesto únicamente.

—Joven Niger, aquella no era una joya cualquiera. Yo nunca la hubiera dejado sola y desvalida en mitad del campamento.

Pasamos largo rato hablando sobre triunfos pasados y presentes. En realidad, nada tenía que envidiarle este último triunfo de César al de Lúculo dieciocho años atrás, sobre todo en lo que se refiere a la plebe. César también sabía que al pueblo se le gana, en la mayoría de las ocasiones, por el estómago, así que no reparó en gastos a la hora de organizar un banquete público que, a aquella hora, aún estarían disfrutando por las calles de Roma los cientos de miles de invitados que suelen acudir a estos eventos. César quiso emular el grandilocuente banquete que ofreció días atrás, cuando repartió por toda la ciudad un total de veintidós mil *triclinia*. Pero, como siempre hay que superarse, esta vez ascendió la cifra a veinticinco mil. Así que, si en aquella ocasión pudieron recostarse ciento noventa y ocho mil ciudadanos, en este festival de comida y bebida gratis pudieron participar cómodamente doscientos veinticinco mil. Pero eso no fue todo. César se había propuesto sobrepasar los límites inimaginables por cualquiera. Regado todo por magníficos vinos de Quíos y Falerno, el dictador gastó lo que no tenía en comprar al piscicultor Cayo Lucilio Hirrio seis mil lampreas, unos seres acuáticos parecidos a las anguilas que se venden en Roma a precio de oro y que solo los privilegiados pueden comprar. Estas se repartieron por entre todos los *triclinia*. Y, por si a alguien esto pudiera parecerle poco, cinco días después, repitió el festín. Desde luego que la plebe tenía motivos para estar contenta. En aquel mes y algo de festejos por los triunfos de Cayo Julio César se habían llenado bien el estómago, además del bolsillo. El dictador, feliz, jubiloso y henchido de orgullo, regaló al pueblo cuatrocientos sestercios por cabeza, además de diez modios de trigo y otras diez libras de aceite. También condonó los alquileres en toda Italia, hasta dos mil sestercios en Roma y quinientos fuera de sus de limitaciones geográficas.

Pero no todo fueron banquetes, ni festines. La cultura y la diversión también tuvieron su protagonismo en aquellos días. Roma era un hervidero de gente que caminaba jubilosa de un lado para otro. Eran romanos y foráneos, ya que aquel mes de asueto y diversión había atraído hasta la capital a millares de ciudadanos dispuestos por fin a divertirse. Los que tuvieron más suerte alquilaron camas en fondas o incluso habitaciones en *insulae* o *domus*. Pero la mayoría dormía en plena calle, formando en algunos barrios auténticas alfombras humanas entre las que era imposible caminar, y más, teniendo en cuenta que, en esta o aquella esquina, se montaban escenarios provisionales para representaciones teatrales a cargo de compañías locales y extranjeras.

—Han sido días grandes, Niger —comenté a mi amigo algo más tarde, ya solos, en la misma terraza en la que había visto a Claudia al principio de la velada. Me lo llevé allí con la esperanza de que regresara y pudiese encontrarme con ella de nuevo.

—Sí, Marco —me respondió—. Hemos conocido el lado bueno de la Roma moderna. Los juegos en el circo han estado bien. ¡Y los combates de

gladiadores y atletas!

—Yo disfruté como un niño en el simulacro de la batalla naval. ¿Lo recuerdas?

—¡Cómo olvidarlo! —dijo él entre risas—. Ese día aprendí la diferencia entre birremes, trirremes y cuatrirremes.

Al poco se unieron a nuestra sencilla conversación Octavio, Mecenas y Agripa, con los que comentamos entre risas y bromas los mejores momentos de la jornada. Una gran luna bañaba de color plata el foro de Roma. Bajo nuestros pies, la curia, aún en obras, aunque ya se adivinaba la magnificencia del futuro edificio sede del Senado en la esbelta columnata que reflejaba la luz de la luna sobresaliendo del oscuro pórtico que precedía a la entrada. Por detrás de ella asomaban las altas columnas del templo que iba custodiar el nuevo emplazamiento público que César había hecho construir para descargar de actividad el foro tradicional. El nuevo foro iba a llevar su propio nombre y los trabajos para que este enorme espacio fuera una realidad estaban ya muy avanzados. Delante de la curia, veíamos a la perfección el *comitium* y, algo más allá, la gran tribuna de los *rostra*, a la que se accedía a través de una ancha escalinata de ocho peldaños. Delante de ella, la gran explanada del foro, pavimentada en piedra de mármol de color claro. Flanqueándola, las dos basílicas. A nuestra izquierda, la basílica Emilia, legendaria; a nuestra derecha, la Julia, de nueva planta, construida sobre el mismo lugar en el que antaño estuvo la casa de Publio Cornelio Escipión *El Africano*.

—Esto es una maravilla —exclamé casi en un suspiro, absolutamente embriagado por la perfección de la vista que tenía ante mis ojos.

—Pues esto no es nada comparado con las vistas que te regala el mirador que hay junto al templo de Júpiter Óptimo Máximo —dijo una suave voz de mujer a nuestra espalda.

Mientras giraba mi cabeza para comprobar quién hablaba, deseé con todas mis fuerzas ver su rostro. Su voz era inconfundible. El corazón me dio un vuelco. Sí, era Claudia. Y nos miraba a todos quieta, como una de esas esculturas que adornaban la *domus* de Polión, sonriente, elegante, bella.

Capítulo 32

Un paseo nocturno

Roma, noche del 13 (*idus*) de septiembre del año 45 a. C.

Claudia me invitó a salir de la casa de nuestro anfitrión entre las atónitas miradas de Octavio, Mecenas y Agripa, que se quedaron en aquella fantástica terraza escuchando las ambiguas y titubeantes explicaciones de Niger, que a duras penas trataba de hacerles entender que Claudia y yo éramos primos y que la última vez que nos vimos fue justo después de la batalla de Munda. Y poco más pude escuchar, porque ella ya corría bajo el pórtico de la terraza y tiraba de mi mano para que la siguiera por las enormes estancias de la casa de Polión, rumbo a la salida. Suerte que la *domus* aún estaba atestada de invitados y pudimos escabullimos sin ser vistos y sin llamar demasiado la atención.

Aunque la intensa luz de la luna se proyectaba sobre toda la ciudad, agradecimos que, a pesar de la estrechez de las calles de la zona del Arx, donde vivía Polión, antorchas y candiles permanecieran encendidos iluminando fachadas y zonas oscuras e intransitables. Subimos calles en pendiente y bajamos por otras similares hasta que por fin accedimos al *Clivus Capitolinus*, calle que nos condujo directamente hasta la explanada en altura en la que se encontraba levantado el templo de Júpiter Óptimo Máximo. Aquel camino me resultaba familiar. No hacía ni medio día que había desfilado por él, dentro de la comitiva triunfal de César.

Arriba del todo, desde el mirador de la zona aledaña al templo, las vistas eran inconmensurables. Desde allí, el foro quedaba más a nuestra izquierda, pero ganabas panorámica del monte Palatino. A mi derecha, incluso se alcanzaba a ver el Velabrum y parte del Foro Boario. A mi izquierda, también se podían contemplar las obras del nuevo foro que estaba construyendo César, más al norte que el actual. Decían por ahí que solo la compra del terreno para la construcción del nuevo espacio público, anexo por el norte al foro, le había costado más de cien millones de sestercios, provenientes del botín obtenido tras sus victorias en las Galias. Y no era de extrañar, sobre todo teniendo en cuenta que debieron expropiarse varias parcelas, algunas de ellas ya

urbanizadas. Luego hubo que rebanar parte de la Colina Capitolina y nivelar todo el terreno. Incluso la Curia Hostilia se vio afectada por las obras, y tuvo que ser derribada. El Senado se reunía aquellos días en una enorme sala en el macrocomplejo estructural con teatro incluido que Pompeyo había levantado años atrás en el Campo de Marte. Pero esta solución era temporal, ya que César ordenó también el levantamiento de otro edificio en el propio foro, algo más al sur que el anterior, para las reuniones periódicas del Senado. En aquellos días, todo estaba deslavazado y muy desordenado. Parte de la ciudad estaba colapsada por las obras, pero aquel enorme engorro bien iba a merecer la pena. Para el nuevo foro, César había planificado una gran plaza de 540 por 250 pies, porticada a ambos lados y presidida por un templo dedicado a *Venus Genetrix* en su lado más septentrional. Justo delante de este, una enorme fuente custodiaba ya la infraestructura y decoraba todo el espacio público.

—Te dije que las vistas desde aquí eran las mejores —me dijo Claudia, que estaba situada detrás de mí, paciente, esperando a que yo terminase de deleitarme con la panorámica. Al escucharla, me di la vuelta y la miré.

—¡Oh, Claudia! —sollocé abriendo los brazos para que ella acudiera a mí.

—¡Querido Marco!

Ella me abrazó y comenzó a llorar. Sus lágrimas eran profusas y manaban de sus ojos como si estos fueran una fuente.

—¡Oh, Marco! Tengo tantas cosas que contarte…

—Pues hazlo, Claudia. Tenemos toda la noche por delante —susurré acariciando su rostro despacio.

—No, Marco. No tengo mucho tiempo. Debo volver a casa —dijo ella entre sollozos.

—Tu madre te espera, ¿no es así?

—Me esperan, pero no es mi madre la que aguarda mi llegada. Se trata de mi esposo —me aparté de ella como si su cuerpo quemase. Ella sollozó aún más fuerte e intentó acercarse a mí—. No, Marco. No me abandones de nuevo. No podría soportarlo una vez más.

—Estás casada, Claudia. ¿Cómo quieres que me acerque a ti? —noté un profundo dolor en el corazón. Tenía delante de mí a la mujer que más amaba con Roma como escenario de fondo y no podía tenerla solo para mí. Aquel sueño hecho realidad se estaba convirtiendo en una pesadilla.

—No lo amo. Lo odio, de hecho. Me pega, me maltrata, me viola cada noche —sus lágrimas se habían convertido en ríos de rabia. Su rostro estaba rojo y sus puños apretados—. No quiero estar con él. Solo quiero estar a tu lado, Marco.

La rodeé de nuevo con mis brazos. Pero ya no había paz en mi abrazo, sino preocupación y dolor. La luz de la luna incidía en su cabello castaño, suelto, como cuando éramos jóvenes. Sin estar concentrado plenamente en ella, con la mirada perdida en algún lugar de la Roma de mis sueños, acaricié

su melena suavemente desde la coronilla hasta la nuca y descendí por su espalda hasta llegar a su cintura.

—No puedes seguir así. ¿Dónde está tu madre? ¿Sabe ella todo esto que me acabas de contar?

—¡No, Marco! ¡No debes contárselo a nadie! Él es mi esposo y yo pertenezco a él.

—¿Y de quién se trata? ¿Lo conozco?

—Es un ser cruel y despiadado —prosiguió ella mientras seguía llorando de manera incontenible—. Es viejo, feo, desagradable… No quiero que me toque, ni que me mire siquiera. Pero debo irme a casa con él. Acompáñame, Marco. Le dije en la fiesta de Cayo Asinio que me había encontrado con un familiar y que regresaría a casa por mi cuenta. Él llegará tarde y borracho. Ven conmigo a casa, por favor.

Claudia volvió a tirar de mi mano suavemente y yo cedí. Emprendimos el camino de vuelta por el *Clivus Capitolinus* y, cuando llegamos a la altura del templo de Saturno, giramos a la derecha para entrar en el foro y cruzarlo en dirección este. Caminamos en paralelo a la Basílica Julia, donde un grupo numeroso de guardia urbana permanecía impasible al paso de las horas al cuidado del edificio, a la vez que con su presencia protegía el ambiente de la plaza pública más importante de Roma. Dejamos atrás el templo de los Dioscuros, Cástor y Pólux, y, justo al llegar al templo sagrado de Vesta, giramos a la derecha para tomar los primeros escalones que nos conducirían al *Clivus Victoriae*, una de las vías más importantes del Palatino. Agotados y jadeantes por la empinada subida, comenzamos a adentrarnos en las estrechas aunque coquetas calles del que siempre ha sido el mejor barrio de Roma. Claudia se desenvolvía como pez en el agua por entre aquel laberinto urbano. Se notaba que había salido bastante a pasear por Roma. Quizá acompañada por alguna esclava, ya que era difícil que un marido posesivo y maltratador le permitiese tal libertad.

Apenas hablamos durante el trayecto. Ella dirigía nuestra marcha y yo cavilaba sobre lo que me iba a encontrar en su casa. Supuse que su esposo sería un hombre acaudalado y que vivirían en una *domus* amplia, repleta de esclavos y con un gran jardín. Y no me equivoqué. Cuando Claudia detuvo su marcha, lo hizo delante de una bella fachada, bien iluminada y rodeada de otras casas de las mismas características. El pavimento de la vía estaba limpio y apenas había socavones o piedras sueltas. Era evidente que por aquellas calles no pasaban carros de abastecimiento, o los enormes vehículos que en aquellos días eran novedad en Roma y que estaban equipados y preparados para transportar grandes cantidades de material para las diferentes obras que se estaban realizando en el centro de la ciudad.

Claudia se frenó en la misma puerta de la casa. Se dio media vuelta y, casi en un susurro, me invitó a entrar por la parte de atrás, lejos de miradas

indiscretas. Cuando alcanzamos la parte trasera de lo que parecía ser una enorme *domus*, ella escaló por la fachada con un estudiado impulso y accedió a una cornisa en la que había una llave escondida. No me cupo la menor duda de que no era la primera vez que llevaba a cabo aquella maniobra. A nuestro alrededor solo se escuchaba a un par de grillos que ambientaban la velada sincrónicos, como si aquel concierto improvisado estuviera más que estudiado, y no quise decir nada.

Entramos en la casa por el almacén y accedimos a un pequeño patio. Claramente, aquella era la zona en la que los esclavos trabajaban y dormían, aunque pronto salimos al peristilo de la casa. Como imaginaba, estaba porticado y en su centro contaba con un frondoso jardín con árboles recortados como figurillas por algunas manos expertas. Había una fuente y muchas flores. Pero poco pude deleitarme con aquel bello entorno porque, sin previo aviso, me encontré dentro de una enorme habitación débilmente iluminada por un candil. En el cubículo había un lecho, una cómoda y un gran armario de madera maciza trabajada con bonitos ornamentos. Los frescos que decoraban la habitación representaban verdes praderas jalonadas con guirnaldas de flores que colgaban de improvisadas columnatas. Estaba atónito.

—No puedo quedarme aquí —dije casi asustado y sin hablar demasiado alto—. Tu esposo puede llegar en cualquier momento. ¿No ves más adecuado que hablemos en una sala de estar o incluso en el jardín? Se ha quedado buena noche.

—Estaremos mejor aquí —me contestó Claudia acercándose a mí. Al momento me estaba acariciando los hombros. Buscaba inquisitivamente cómo bajar la toga y deshacerse de mi túnica.

—No, no. Espera, Claudia —intenté zafarme dando un paso atrás y recomponiendo mi atuendo.

—No tengas miedo —dijo con sonrisa burlona—. Esta habitación es solo mía. Aquí no entra nadie sin mi consentimiento. Y mi esposo esta noche va a llegar tan borracho que no se va a acordar ni de que existo.

—Pero antes me has dicho que…

—Shhhhhh —susurró Claudia tapándome los labios con sus dedos justo antes de besarme.

Mientras la besaba, la cabeza me bullía pensando en todas las incoherencias que había vivido junto a Claudia aquella noche. Si su marido era un controlador, ella vivía en demasiada libertad. Podría haberse escapado aquella vez pero, ¿por qué se sabía tan bien el truco de la llave en la cornisa de la puerta de atrás de su casa? Había algo que no cuadraba, pero ya no pude pensar mucho más porque la pasión se apoderó de mi ser y me dejé llevar por ella sin conocimiento.

Roma, 14 de septiembre del año 45 a. C.

Me desperté sobresaltado pensando en que debía ser al menos medio día. Me sentía descansado y fresco pero con un enorme sentimiento de culpa. Claudia no estaba a mi lado, así que me vestí lo más rápido que pude y entreabrí la puerta para ver qué era lo que me esperaba fuera. Asomé ligeramente la cabeza. El jardín estaba incluso más bello que la noche anterior. Las flores, cada una con su forma y color característico, conformaban un bello mosaico que te invitaba a escudriñarlo palmo a palmo. No se oía nada y tampoco se veía movimiento de ningún tipo. Cerré de nuevo la puerta y me apoyé desesperado en la pared. ¿Dónde se habría metido Claudia? Debía salir de allí. Sobre todo, antes de que me descubriese su peligroso esposo. Pensé en irme a hurtadillas, sin despedidas. Ya le enviaría una nota a Claudia en los días siguientes. Quizá ella estaba con su esposo y tardaría en poder volver a su habitación. Así que, una vez que creí recordar el trayecto que hicimos ella y yo la noche anterior, me armé de valor para salir y encaminarme de nuevo a la zona por donde habíamos entrado a la casa. No sería del todo difícil encontrar aquella puerta y así poder escabullirme de aquella enorme mansión situada en mitad del mejor barrio de Roma.

Me levanté, respiré hondo y abrí decididamente la puerta. Seguía sin haber rastro de nadie, así que me encaminé hacia mi izquierda. Cuando no había dado ni cinco pasos me asaltó por detrás una joven y discreta esclava.

—Buenos días, *domine* —me saludó y yo frené en seco para darme la vuelta—. Tú debes ser el primo de la *domina* Claudia. El *triclinium* se encuentra en la otra dirección. Los señores te están esperando para desayunar. Sígueme, por favor.

Eché a andar tras la silenciosa joven con miedo de que las piernas me fallaran, ya que un temblor incontrolable se apoderó de mí. El corazón me latía con fuerza, tanta que llegué a pensar que estallaría. Pero la sorpresa llegó cuando en la sala me recibió una sonriente Claudia sentada junto a su esposo. Un hombre que yo ya conocía.

—¡Por todos los dioses! ¡No puedo creerlo! Marco Claudio Marcelo… No sé cómo no lo he pensado antes. Tú un Claudio, mi esposa Claudia, ambos hispanos… ¡Qué torpeza la mía! Debería haberte dicho algo anoche.

—No te preocupes, Lucio Trebelio. Buenos días —saludé inclinando la cabeza a Claudia con cara de circunstancia—. Anoche teníamos mejores cosas de las que hablar.

—Pero pasa, pasa, por favor. Siéntate con nosotros. Anoche me retiré pronto. Las fiestas en las que el vino rueda a su antojo no son lo mío —rio—, sobre todo si al día siguiente hay que madrugar para atender asuntos urgentes. Mi esposa me dijo que se había encontrado con un familiar y que se quedaría algo más por allí y yo ni siquiera pregunté de quién se trataba. Ella es tan joven que quiero que viva y que conozca Roma a fondo. Y en manos de un familiar es donde mejor podría estar si no es conmigo, ¿verdad, cielo?

Trebelio alargó su mano hacia la mejilla de Claudia y le acarició su rosado carrillo mientras sonreía. Ella le correspondió con otra sonrisa acercando su hombro a la mano de su esposo. En la mesa abundaban los panecillos de frutos secos, las tortas de miel y varios tipos de quesos. Yo miraba la escena estupefacto. ¡Era un matrimonio bien avenido! Comenzó entonces a cuadrarme el asunto de la llave en la cornisa, su profundo conocimiento de las intrincadas calles del Palatino y su propia habitación en la casa de su esposo. Claudia me había mentido y me sentía furioso.

—Lucio Trebelio —dije—, nada me puede aparecer más que compartir este suculento desayuno con vosotros, pero debo marcharme a mi barracón. Hoy nos han perdonado la cita al amanecer por los fastos de ayer, pero debemos estar presentes a una hora prudente. Gracias por tu hospitalidad.

—Oh, Marco Claudio. Te entiendo a la perfección. Puedes marcharte sin problema alguno. Pero regresa a casa cuando desees. Ahora tienes una buena excusa. Claudia te abrirá las puertas de nuestro hogar siempre que quieras.

—Por supuesto —incliné la cabeza y salí de allí raudo, sin esperar a que nadie me indicase dónde estaba la salida.

—Marco, espera —dijo Claudia cuando ya caminaba directo al atrio. Si algo tienen de bueno las casas romanas es que todas son iguales. No tenía pérdida—. Te acompaño.

Yo continué caminando como si no la hubiera escuchado, pero consiguió adelantarme y me condujo por el peristilo hasta el atrio y de allí al vestíbulo. Abrí la puerta, salí de la casa y, antes de cerrar, la miré lleno de ira.

—Me has mentido, Claudia.

Lleno de odio y decepción, cerré el portón de madera dejando a Claudia con las lágrimas a punto de brotar de sus ojos. Qué dolor sentí en aquel momento, qué estremecimiento tan grande sufrieron mis entrañas. Tanto, que a punto estuve de aporrear la puerta para hacer que ella la abriese de nuevo y estrecharala entre mis brazos. Pero no, recordé cómo escaló la fachada de su casa, cómo me llevó hasta su habitación y cómo me mintió contándome que su agresivo esposo la maltrataba cada día y la violaba cada noche. Lucio Trebelio era incapaz de hacer tal cosa. Sentí de pronto como una enorme nausea recorría mi estómago y ascendía por mi garganta y corrí hacia la parte de atrás de la vivienda ante la atónita mirada de un esclavo que barría la calle. Y vomité. Vomité todo lo que tenía dentro y con la bilis salieron la furia, la ira y la decepción.

Claudia se había convertido en una historia del pasado.

Capítulo 33

Vida disoluta

Roma, último trimestre del año 45 a. C.

Mi furtivo y decepcionante encuentro con Claudia me deshizo. Llegué a Roma con la ilusión de encontrarla, de tener la oportunidad de hablar con mi tía Cornelia, con Publio incluso, y de cerrar un matrimonio que ya se nos había negado con anterioridad. Mi frustración fue tal que me dejé arrastrar, lanzándome a descubrir la Roma más oscura y sórdida que nunca pude imaginar. Durante los primeros días, Niger intentaba que recondujese mi carrera militar haciéndome asistir cada mañana a las instrucciones y a los consejos en el campamento. Pero yo hacía oídos sordos. Solo acudía días sueltos, aquellos en los que la resaca y el estómago me dejaban hacer algo más que vomitar sin control y luego dormitar en mi barracón.

Ni siquiera Polión pudo hacer algo por mí, invitándome a las reuniones de índole cultural que tenían lugar en su casa o en la de Octavio o Mecenas. En mi defensa debo decir que alguna vez insistieron tanto que no pude negarme, aunque las reuniones me parecieron tan aburridas que no recuerdo ni una sola palabra de las que allí se dijeron. De todas ellas, hubo una muy especial. Octavio había adquirido una nueva vivienda, muy cerca de la de su madre, que seguía viviendo junto a su esposo en las Carinae. La compró a un orador y poeta más o menos reconocido, Calvo, a través de Polión, que se encontraba muy introducido en los ambientes culturales más selectos de Roma. La nueva *domus* del heredero político de César no era demasiado grande pero sí estaba bellamente decorada, con pinturas al fresco y elegantes mosaicos trabajados con cuidado y armonía. La reunión fue muy íntima y familiar pero agradable y acogedora. Aquella noche, tras salir de la casa de Octavio, emprendí mi camino hacia el norte en busca del sórdido barrio de la Suburra. La Taberna del Tuerto, llamada así por la falta de un ojo del viejo que la regentaba, se había convertido en mi hogar, y el cuerpo de Drusila en mi refugio más íntimo. Allí acudía muchas noches y ella, que ya conocía mi rutina, me esperaba en la taberna, para acompañarme mientras bebía una jarra tras otra, y

luego llevarme a su habitación, donde amanecía por las mañanas.

Una tarde en el campamento, después de dos o tres días completos sin aparecer por el barracón, Niger me sorprendió con una citación urgente en casa de Polión. Su actitud era distante. Había desaparecido de su vida sin dar más explicaciones y, a pesar de que no pronunció ni un solo reproche, noté en su mirada sus ganas de soltarme una vez más el discurso más manido de los últimos dos meses: «Vas a echar a perder toda tu carrera». Tomé el correo y, cuando quise dirigirme a él, ya se había marchado.

Me aseé como pude y me cambié de ropa. El correo era oficial, así que el uniforme de tribuno militar era el más adecuado para aquella reunión. Era un lluvioso día de primeros de diciembre. Agradecí que el frío me diera directamente en la cara al salir del campamento. Ayudó a espabilarme y a hacerme consciente del día y del momento que vivía. La situación en Roma andaba estable.

César se encontraba trabajando a fondo en los asuntos de estado, además de planificando nuevas acometidas militares de las que pocos detalles trascendían. En general, la situación era de prosperidad, lo que me permitió evadirme de mis responsabilidades mucho más de lo debido.

Al tocar en la puerta de la casa de Polión me asaltaron los recuerdos. No pude evitar evocar aquella noche de las *idus* de septiembre, en la que me reencontré con Claudia, asunto que me seguía doliendo profundamente. Sin embargo, gracias a los dioses, seguía firme en mis convicciones y decliné volver a saber nada de ella a pesar de todas las veces que en aquel tiempo había intentado ponerse en contacto conmigo. Recibí innumerables cartas, las que arrojaba a la hoguera sin leer ni una sola palabra. Incluso se atrevió a enviarme algún que otro mensaje a través de Polión. Es decir, que había utilizado a su propio esposo como mensajero. Esos mensajes eran castos y discretos, cómo no, y en ellos que me decía que estaba invitado a su casa a cenar, a una reunión o a tomar un dulce casero. Y yo siempre los declinaba con agradecidas palabras.

Un esclavo abrió la puerta de la casa y me invitó a pasar al vestíbulo. El silencio envolvía aquella gran estancia. El sonido de la lluvia tomaba más protagonismo cuanto más lejanos se escuchaban los pasos del mayordomo, que había penetrado en la vivienda en busca de su amo. El repiqueteo de las gotas que caían sobre el estanque, que resaltaba la belleza de aquel enorme espacio cuadrangular, me ayudó a serenarme mientras observaba con detenimiento las ondas concéntricas que la lluvia dibujaba sobre la lámina de agua del *impluvium*. Una corriente de aire fresco penetró desde arriba removiendo las hojas de las plantas que adornaban el espacio. El soplo del viento levantó mi capa, haciéndola ondear mientras el agua, en porciones minúsculas, me mojaba el rostro. La piel se me erizó y di un paso atrás a la vez que me recolocaba el manto sobre los hombros.

—Dichosos los ojos, Marco Claudio —me saludó Polión, que llegaba al atrio de su vivienda desde una de las puertas de acceso.

—Cayo Asinio —dije inclinando ligeramente la cabeza—. Me han hecho entrega de tu correo.

—Me alegro. Lo envié hace tres días —Polión me condujo hacia su *tablinum*—. Entiendo que el retraso en la recepción se ha debido a un error burocrático —era obvio que no pensaba tal cosa, pero de antemano intentó disculparme. Polión sabía de sobra la vida disoluta que llevaba en aquel tiempo —. Siéntate, por favor. Con ese uniforme que te has colocado para venir a verme conviertes esta reunión en algo formal, aunque hoy quiero que hablemos como amigos —Él llevaba una simple túnica en tono celeste con adornos dorados y me hizo sentir incómodo. No sabía qué hacer, así que me atusé la faldilla de tiras de cuero y mi túnica militar antes de tomar asiento—. ¿Qué te ocurre, Marco? Has desaparecido. Ni siquiera cumples con tus obligaciones como tribuno militar. Pueden llamarte la atención. Suerte tienes de que César tenga mejores cosas en las que pensar. ¿En qué líos andas metido?

—En realidad, Cayo Asinio, no ando metido en nada —respondí vagamente.

—¿Por qué tienes entonces esa actitud? ¿Acaso te ha decepcionado algo? ¿Roma? ¿El ejército, tal vez?

—No, Cayo Asinio, no es eso.

—¿De qué se trata entonces? —Polión elevó el tono de voz—. Dime, Marco. ¿Es una mujer la raíz de tus problemas?

—Sí, Cayo Asinio —titubeé—. Pero no puedo contarte más.

—Pero yo sí puedo contártelo a ti —me espetó—. Es Claudia, ¿verdad? La esposa de Lucio Trebelio. ¿Qué ha pasado con ella?

—Absolutamente nada.

—¡No me mientas! —gritó Polión dando un golpe en la mesa con una de sus manos. Su paciencia estaba llegando al límite. La lluvia arreciaba afuera y su sonido se hizo presente cuando un intenso silencio llenó todo el espacio del despacho del legado.

—Está bien Cayo Asinio —me arrellané en la *sella* y pensé en cómo contarle a Polión el lío en el que andaba metido con Claudia—. La historia viene de lejos.

—Tengo todo el tiempo del mundo para escucharte, Marco —me dijo esta vez en un tono más suave, comprensivo incluso, mientras se reclinaba en su asiento y cruzaba las manos sobre su regazo.

—Bien… Claudia y yo estuvimos prometidos un tiempo antes de que se desatara la guerra civil. Pero nuestra boda se canceló pocos meses antes de celebrarse. Estábamos muy enamorados. Mi padre fue el responsable de la ruptura del compromiso después de enterarse de que su hermano, el padre de

Claudia, se había puesto a favor del bando de Pompeyo en la contienda. Nos separó sin darnos la oportunidad de despedirnos y nunca más volvimos a vernos a solas hasta la noche posterior a la batalla de Munda, cuando Cayo Julio me dio permiso para partir a Corduba con celeridad y poner en alerta a mi familia de lo que estaba por llegar. La encontré al poco de llegar, con una doncella, cogiendo agua de una de las fuentes de la ciudad. Por ella supe que mi familia se encontraba a salvo en *Villa Fertilitas*, una finca de cereal y olivo que tenemos junto a Ucubi, al sur de Corduba. Cuando Claudia y yo nos encontramos se me ocurrió esconderla en un lugar que yo conocía bien, justo al otro lado de las murallas de la ciudad, en la parte este. Pasamos juntos la noche y, al amanecer, descubrí que el mismísimo Sexto Pompeyo había pernoctado junto a nosotros y que se disponía a abandonar Corduba. Quise salir para apresarlo pero tuve miedo de dejar a Claudia sola y la llevé conmigo. Los pompeyanos me dejaron inconsciente cuando corría junto a ella hacia la puerta de Corduba. Desperté al cabo de varios días en *Villa Fertilitas*. Fue entonces cuando descubrí que el padre de Claudia había muerto en el saqueo a Corduba y que ella se había marchado junto a su madre hacia Roma por orden expresa de mi padre. Imaginarás lo que sentí al encontrarla en la fiesta posterior al triunfo de Cayo Julio en las *idus* de septiembre aquí, en esta misma casa.

—¿Sigues enamorado de ella? —me preguntó inquisitivo.

—Lo estaba, Cayo Asinio. Pero ya no. Ella me mintió. Me dijo que su esposo la maltrataba y la violaba cada noche y que su matrimonio era desdichado. Me llevó a su casa engañado y a la mañana siguiente descubrí…

—Descubriste que el verdadero esposo de Claudia era el bueno de Lucio Trebelio —me interrumpió chasqueando la lengua y apoyando los codos encima de la mesa.

—Así es —reconocí agachando la cabeza.

—Lucio Trebelio no es tonto, ¿sabes? Esa noche él no se dio cuenta de nada, aunque le resultó muy raro que aparecieras en mitad del desayuno en su propia casa y te fueras sin más. Luego su esposa te ha enviado muchos mensajes a través de él y de mí y tú no has respondido a ninguno. Eso le ha hecho sospechar. Le preguntó por ti a Claudia. Y ella le contestó diciendo que estuvisteis prometidos pero que todo se rompió porque ella no te amaba. Según su versión, tú estás obsesionado con ella y aquella noche te propasaste. Claudia asegura que nunca dijo nada por no perjudicarte y que todas las veces que te ha hecho llamar han sido para intentar una reconciliación.

—Todo eso es falso, Cayo Asinio —dije desesperado—. Lucio Trebelio debe estar furioso. Debería hablar con él.

—No, no, no, Marco —dijo Polión como en una cantinela, echándose en el respaldo de su asiento—. Déjalo estar. Créeme que es mejor así. Mi amigo Lucio Trebelio no cree la versión de su esposa y la ha confinado en casa, con

orden expresa de no dejarla salir sin su consentimiento. Digamos que le ha impuesto un castigo.

—¿Te ha enviado él para hablar conmigo?

—De ninguna manera —exclamó Polión—. Yo solo quiero ayudar a dos buenos amigos, Marco —Polión se sentó algo más derecho en su *solium* y apoyó de nuevo los codos en la mesa tallada de madera que nos separaba a ambos—. Te he mandado llamar porque el dictador me envía a Hispania Ulterior como procónsul. Vente conmigo. Volverás a casa. Podrás estar con la familia. No te vendrá del todo mal salir de Roma. Podrás regresar más adelante, cuando le encuentres mejor, o cuando se te asigne una misión acorde a tus dotes militares. No creo que te haga bien continuar así, sin hacer nada, deambulando de taberna en taberna y de burdel en burdel. A saber en qué sucios enjuagues andas metido.

—Te felicito, Cayo Asinio, y agradezco el ofrecimiento —dije sinceramente, alegrándome por él—, pero no deseo volver a casa.

Las cosas con mi padre no andan bien. Y no se trata solo de mí. Él es autoritario y lleva el concepto de *paterfamilias* a rajatabla. No nos entendemos. Y nunca podremos hacerlo.

—¿Qué es lo que puede suceder entre un padre y un hijo para que su relación quede rota para siempre? No puede tratarse solo de la ruptura de tu compromiso con Claudia.

—No quiero que te hagas una idea premeditada de mi padre, y menos ahora que lo vas a conocer personalmente y vas a tratarlo a menudo. Se trata de asuntos familiares muy íntimos y él nunca me perdonaría que los vaya aireando por ahí.

—Te aseguro que no me va a importar lo que me digas, Marco. Somos amigos y no romperé nuestra amistad por una simple indiscreción. Además, tienes mi palabra de que trataré a tu padre sin prejuicios desde primera hora.

Aquello terminó por persuadirme de que debía de contar toda la historia a Polión. Si él me fallaba, tampoco me importaba demasiado. Mi padre ya no me merecía la pena.

—Mi padre arrancó a mi hermana del seno familiar y se la llevó a un lugar desconocido. De esto hace ya año y medio, y no sabemos nada de ella. Mi madre está destrozada. Nadie en casa ha vuelto a ser el mismo desde que falta Marcia en nuestras vidas —Polión frunció el entrecejo con cara de no entender nada. Intenté explicarme mejor—. El único error que cometió fue enamorarse de la persona equivocada, según mi padre, claro está. Iba a tener un hijo con Indo y mi padre se opuso tajantemente a una boda entre ambos —Polión no salía de su asombro—. Y yo, Cayo Asinio —comencé a sollozar como un niño y me apoyé en la mesa de Polión escondiéndome bajo mis manos—, yo impedí que ambos escaparan. Les prohibí salir de mi casa en Corduba. Si les hubiera dejado abrir aquella puerta, hoy Indo estaría vivo y mi

hermana estaría junto a él y su hijo en Ilípula —en aquel momento lloraba ya como una plañidera. Al principio intenté contenerme, pero el llanto fue incontrolable y no pude hacer nada por disimularlo.

—No sé de qué puerta me hablas, querido amigo pero, si eso hubiera sido así, me temo, Marco Claudio, que ahora no serías tribuno militar —me espetó bromeando Polión en un intento por consolar mi llanto—, asunto que César debería revisar porque las lágrimas no le quedan nada bien al uniforme que llevas.

—Lo siento, Cayo Asinio —dije mientras me secaba las mejillas y sorbía por la nariz—. Yo no quería… Yo… adoro a mi hermana. Entiéndelo, por favor. No sabemos si su hijo nació bien, si viven adecuadamente, si cuentan con todo lo que una madre y un hijo necesitan para sobrevivir. Y el terco de mi padre no suelta prenda. Incluso nos prohibió hablar de Marcia en su presencia.

—Está bien, Marco. Te ayudaré. Me acercaré a tu padre e intentaré ganarme su confianza. Después de lo que me has contado, he cambiado de opinión y veo más oportuno que sigas aquí, en Roma, a la espera de nuevas órdenes. Pero prométeme que se acabaron las juergas, las tabernas y las mujeres de dudosa reputación. Olvídate de Claudia, regresa al campamento y céntrate. ¿Podrás hacerlo? Sal con Cayo Octavio y sus amigos. Son hombres de fiar, valientes y cultivados. Buenas influencias, al fin y al cabo. Únete a su círculo y comienza a llevar una vida estable y equilibrada. Conoce la Roma sana y deja esos tugurios de la Suburra en los que te mueves últimamente.

—Te haré caso, Cayo Asinio —le dije convencido—. Pero quizá me falte voluntad si no estás por aquí. ¿Cuándo te marchas?

—En unos días. En cuanto tomen posesión Cayo Julio César y Marco Antonio como nuevos cónsules. Una vez allí sustituiré a Cayo Carrinas como gobernador y continuaré con la persecución a Sexto Pompeyo. Espero gozar de más suerte que él y no tener que regresar antes de que el insulso de Publio Cornelio Dolabela se convierta en cónsul el año próximo. No quiero ver eso con mis propios ojos.

Una joven de unos trece años se asomó al *tablinum*. Su belleza era deslumbrante. Sus hermosos ojos robaban protagonismo al resto de su preciosa figura. No pude más que quedarme asombrado, mirándola. Ella se percató.

—Padre —dijo sonriendo mientras distraía su mirada de la mía—, te esperan en el atrio.

—Claro, hija —respondió sonriente—, nosotros ya habíamos terminado.

Capítulo 34

Quintilia

Roma, víspera de las idus de marzo del año 44 a. C.

Desde aquella conversación con Polión intenté enderezar algo mi vida. Niger me ayudó a recuperar la ilusión por la instrucción y, gracias a él, la rutinaria vida militar no se me hizo tan cuesta arriba como al principio se me planteaba. Mi conversación con Polión fue todo un desahogo. Y, gracias a su ayuda, se encendió en mí de nuevo la llama de la esperanza. Si él conseguía entrar en el círculo más íntimo de mi padre quizá pudiera sacarle información sobre el paradero de mi hermana Marcia.

Antes de que Polión se marchara, tuvimos oportunidad de compartir varias veladas en las casas de Cayo Octavio y de Mecenas. En ellas, Cayo Asinio nos mantenía al día sobre las novedades que César le iba contando acerca de la nueva biblioteca pública que estaba planificando. Mientras tanto, el grupo de amigos amantes de la literatura fue creciendo y Cayo Mecenas nos presentó en aquel tiempo a toda una promesa, Publio Virgilio Marón, un joven de mi misma edad con muy buena pluma que no dejaba indiferente a nadie.

Y que nadie piense que aquellas eran reuniones con falta de entretenimiento. El vino también corría de mano en mano, así que no eché demasiado de menos el almizcle casi ponzoñoso que tomaba en la Taberna del Tuerto. Las caricias y mimos de Drusila eran otra cosa. Para qué negar que los necesitaba. Pero aquella nostalgia duró poco porque encontré rápido una sustituta, Quintilia.

La conocí en casa de Virgilio, en una de aquellas veladas literarias en las que este nos leía sus últimos versos y solo algunos se deleitaban con la perorata. Yo, que nunca he sido amante de la poesía, sino más bien de otro tipo de literatura, me dedicaba a observar los frescos de las paredes, los detalles de los mosaicos del suelo y la grandiosidad del mobiliario de las casas por las que íbamos. Pero aquella noche hubo algo que me llamó más la atención que todo eso. Quintilia era una mujer algo mayor que yo, casada y con una familia

bien posicionada. Nunca quiso revelarme quién era su esposo, aunque me aseguraba que contaba con la libertad más absoluta para hacer y deshacer en su vida lo que estimase más oportuno. Así que, aprovechando este divertido estado de libertinaje, ambos nos propusimos disfrutar de la vida. Aunque a escondidas, nos veíamos casi a diario y llegué a pensar que estaba profundamente enamorado de ella. Quintilia utilizaba todas sus artes para mantenerme embelesado. Tanto, que Niger llegó a decirme en alguna ocasión que pensaba que esa mujer con la que me veía y que él no conocía era bruja y que me había hechizado. No me importaba. Yo reía ante sus ocurrencias porque en aquellos días yo era completamente feliz.

Las cosas por el campamento también andaban a la perfección. Cayo Julio César estaba preparando un nutrido grupo de militares jóvenes pero con experiencia para organizar un destacamento que dirigiese las legiones que iba a llevarse a su próxima ofensiva militar. Nadie sabía dónde había puesto el ojo, aunque todos suponíamos que era Partía el territorio elegido. Yo tuve la suerte de ser uno de aquellos militares y pronto me puse manos a la obra bajo el mando directo de César. Y me fue muy fácil conseguir que Niger pudiese estar a mi lado.

Por aquel entonces, no solo despedimos a Polión, sino que Cayo Octavio se marchó también a Apolonia a prepararse como orador y recibir instrucción militar. Me quedé algo más solo, pero lo que al principio pudo suponer un problema, más tarde no me importó, teniendo en cuenta que estaba muy atareado en el campamento y que, para mis momentos de ocio, contaba con Quintilia y Niger.

Junto a él asistía a los banquetes en los que me encontraba discretamente con ella. Ambos escapábamos por separado cuando nadie nos veía.

En las mañanas soleadas de invierno de los días libres de instrucción en el campamento, Quintilia y yo nos marchábamos a hacer rutas campestres. Uno de aquellos días, en el que el sol apretaba más de la cuenta para la época en la que estábamos, decidimos salir de Roma y tomar la Vía Appia en dirección sur, buscando un pequeño bosquecillo localizado en lo alto de una loma que yo conocía y que nos proporcionaría una buena sombra. Quintilia llevaba una cesta con viandas y sobre la grupa de mi caballo echamos un par de mantas con las que aislarnos de la humedad del campo. Cuando llegamos a aquel lugar, Quintilia se sintió maravillada y rápidamente buscó un rincón cómodo donde extender una de las mantas y colocar la comida que llevaba en el cesto. El día era claro y el olor a hierba, húmeda aún por el rocío de la mañana, se mezclaba con el aroma ácido y fresco que emanaban las florecillas que ya habían nacido por entre el verde prado. Mientras ella se dedicaba a tales menesteres, yo saqué de mi bolsa un par de correos. Uno de ellos era de mi padre y el otro de Polión. Desconocía las razones que habían impulsado a mi padre a escribirme una carta, pero no pensaba descubrirlas. Dejé caer su misiva

dentro de la bolsa y me dispuse a leer la de Polión.

—¿Otra carta? —Preguntó ella fingiendo entristecerse mientras colocaba algo de queso sobre un cuenco de barro—. Siempre que vienes conmigo traes uno de esos rollos y te dedicas solo a leer.

—Quintilia, querida —le contesté acariciando su mejilla—, es una carta de mi amigo Cayo Asinio Polión. Ya sabes que me escribe con asiduidad y que me encanta leer sus correos sosegadamente. Relájate un rato y, cuando acabe con la carta, comemos algo.

A Quintilia no le hizo demasiada gracia compartirme con Polión de nuevo, pero no se quejó más y calló durante toda la lectura de la misiva. Me gustaba leer a Polión. Siempre me escribía novedades de mi tierra, aunque lo que yo esperaba en lo más profundo de mi ser era encontrar algunas líneas que hicieran referencia a mi familia. En su primera carta ya me contó que había conocido a mi padre y en la segunda, que había tenido ocasión de saludar a mi abuela, a mi madre y a mi hermano. Estaba ávido por conocer cómo iban las cosas en casa y Polión era el mejor intermediario.

A Marco Claudio Marcelo, tribuno del destacamento militar de Roma.

22 de febrero del año 709 *Ab Urbe Condita*

Querido amigo. ¡Cuánto echo de menos a mi familia! Sobre todo a mis hijos, Cayo y Asinia, pero lo cierto es que estoy maravillado de vivir aquí. Tu tierra es una inagotable fuente de sorpresas. Cada día me encuentro más cómodo. El palacio del gobernador es amplio y, ya sabes que desde que llegué, se encuentra envuelto en un proceso de profunda restauración y remodelación. Pronto estará todo a mi gusto. Igualmente ocurre con el resto de la ciudad. Ya oíste en su día las órdenes del propio Cayo Julio César: una de mis prioridades era poner orden en el caos reinante y reurbanizar Corduba con la finalidad de refundarla como colonia.

Mi predecesor, Cayo Carrinas, regresó a Roma con la promesa de un consulado para el año próximo. Le hizo tanta ilusión la propuesta de César que se fue rápidamente y se dejó esto como si tuviera pensado regresar al día siguiente.

Bien valga el eufemismo para decirte que esto es un completo caos. Eso sí, Carrinas se marchó feliz, encantado, lo cual agradezco enormemente, porque pensaba que me iba a tomar manía por ser yo el enviado a sustituirle.

Bromas aparte, te imaginarás que por aquí nos domina el improviso. Así que, más que ejercer de gobernador estoy sirviéndole de ayudante a mi cuestor, Lucio Cornelio Balbo, ya que el tema económico necesita un buen empuje por esta zona. Sobre todo en Corduba, que, como ya te comenté en anteriores correos, quedó completamente destrozada tras la batalla de Munda, hace poco menos de un año. Los ciudadanos que huyeron por causa de la contienda poco a poco están regresando y la ciudad va recuperando la vida que había perdido. Hace pocos días que ha abierto de nuevo el *macellum*, así que los todavía escasos puestos callejeros se ven más surtidos que nunca. No quería olvidarme de enviarte un saludo de parte de Tertia, la señora que regenta el *thermopolium* de la puerta este de la ciudad. Ha reabierto el negocio. Me dijo que se notaba más trasiego de personas y que no quería perder negocio, a pesar de que encontrar víveres le supone un enorme esfuerzo. ¡Qué poderío tiene! Es ella la que mantiene su casa. Su esposo anda siempre por allí, pero suele estar sentado con un vaso

de vino en la mano todo el día. Si todos en Roma fuéramos como ella…

Pero no todo va bien por Corduba. Hay tanto que hacer… Algunas calles son todavía auténticos vertederos de escombros. Y eso que ya son dos meses los que llevo trabajando a fondo en la recuperación de la ciudad. Prometo seguir poniéndote al día sobre los cambios que sufra tu amada tierra, aunque confío en que puedas regresar con brevedad y ver renacer a Corduba con tus propios ojos.

¿Recuerdas otra de mis prioridades? Efectivamente habrás acertado: Sexto Pompeyo. Admito que este asunto lo tengo algo abandonado. Hace pocos días me llegó un correo del Senado pidiéndome ya explicaciones sobre la situación y debo responderles con celeridad si no quiero que se me destituyan del puesto. En realidad no pierdo la pista del paradero del joven traidor. Me he hecho con grupos de informadores y creo que la situación no es alarmante aún. Cuento con tres legiones que se encargan de acosarlo y plantarle batalla en cuanto hay ocasión. El problema es que todo se resuelve con pequeños embates que no conducen a nada, solo a mermar las fuerzas de ambos bandos y menoscabar la moral del que pierde cada escaramuza. Amigo, me temo que me voy a tener que meter de lleno en el fango. Y no tengo muchas ganas de hacerlo. Ya sabes mi predilección por las artes y la lectura frente a la guerra. Pero si quiero ser cónsul, y te aseguro que ese es mi mayor deseo, guerrear es lo que ahora toca y a ello me voy a dedicar. Sería mucho más fácil a tu lado, pero no quisiste venir. Tú te lo pierdes.

Sexto cada vez tiene a más hombres a su alrededor. Si en una escaramuza pierde diez, al siguiente día cuenta con veinte más. Desconozco absolutamente de dónde saca tanto refuerzo, pero yo no cuento con esa tasa de reposición. Atajaré el problema cuanto antes mientras dejo a tu padre al mando de las operaciones de reconstrucción de Corduba. Ya conoces que nuestra relación es estrecha. Yo te prometí que llegaría a la Ulterior sin prejuicios. Y así ha sido. Tu padre acude a palacio a menudo y yo voy por tu casa también con mucha asiduidad: Tu madre es una excelente matrona y tu hermano Quinto un joven muy prometedor que ayuda a tu padre en el día a día, supongo que en la misma medida en que tú lo hacías antes de enrolarte en el ejército de Roma. Tu padre es un decurión honrado y valeroso, un hombre hecho a la medida de lo que Corduba necesita. Todos me mandan saludos para ti, incluido tu padre, aunque entiendo que él te saludará personalmente en una misiva que acompaña en el correo a esta. No hay nada urgente que debas saber. Supongo que en ella te pondrá al día de los asuntos familiares.

Sin más que contarte, por ahora, aprovecho para despedirme de ti. Permíteme que insista de nuevo en que, si así lo decides, serás bienvenido en mi destacamento. Prometo continuar poniéndote al día sobre los detalles que acontezcan por Corduba y procura tú también mantenerme informado a mí de las noticias que se produzcan allí, en mi querida Roma.

Cayo Asinio Polión
Gobernador de Hispania Ulterior

Terminé de leer la carta, pero no la guardé en el saco, sino que me quedé observándola totalmente abstraído, guardando para mí ese regusto sentimental que te deja un vivido mensaje o un libro cuando por fin conoces el final tras varios capítulos de desasosiego y drama. No me apetecía hablar con Quintilia. Solo quería traer a mi mente los años buenos de Corduba, mi familia, los olores de *Villa Fertilitas*… Pero, al recordar aquel lugar, fue inevitable que Claudia viniese a mí, así que, sin pensarlo, levanté la vista y dejé la carta a un

lado para dedicarme en cuerpo y alma a mi amada Quintilia.

El día fue enormemente placentero y solo cuando el sol estaba al borde el ocaso decidimos regresar. El trayecto hasta Roma no era demasiado largo y antes de que estuviera demasiado oscuro ya estaba dejando a Quintilia en la base de la colina del Quirinal, donde me aseguraba que vivía. No la perdí de vista hasta que dobló una esquina. Entonces yo me di la vuelta también, caminando junto a mi caballo, al que guiaba gracias a las riendas. Me disponía a tomar dirección oeste, rumbo a las afueras de Roma, con la finalidad de alcanzar el Campo de Marte, dejar al animal en las cuadras y regresar a mi barracón para compartir la cena con Niger. Sin embargo, Mecenas me salió al paso y, por el semblante de su rostro, deduje que no traía buenas noticias.

—¡Cayo Mecenas! Qué casualidad —le dije en tono alegre.

—Me alegra verte, Marco Claudio —me respondió agachando la cabeza.

—¿Qué ocurre? —Su gesto me resultó preocupante—. ¿Se trata de Cayo Octavio?

—Oh, no, no. De hecho, no ocurre nada. Solo que…

—Vamos, habla, ¿qué quieres contarme?

—Ven por aquí. Supongo que ibas al Campo de Marte, ¿no? —Asentí con la cabeza—. Te acompañaré. Hoy ha sido mi día libre y he aprovechado para ir a visitar a unos familiares que viven en una *villa* al sur de la ciudad. He visto cómo salías de un camino agreste por la zona. En realidad te he reconocido por el caballo. Tienes un ejemplar negro de preciosa talla…

—Y te preguntarás quién era la mujer que me acompañaba, ¿verdad?

—Bueno, yo conozco a esa mujer. Y entiendo que, si pasas un día con ella, a solas, fuera de los límites de Roma, es que tú no sabes quién es.

—Cayo Mecenas —le espeté algo molesto por esa intromisión en mi vida privada—, no se trata de una relación seria. No tengo por qué darte explicaciones, pero ya que has sido tú el que ha generado esta situación tan incómoda, te diré que entre ella y yo solo hay un juego. Sabemos que lo nuestro no va a ser para siempre, y que no vamos a terminar criando a nuestros propios hijos ni envejeciendo juntos en una *villa* a las afueras. Solo eso.

—Entiendo que desconoces que está casada.

—¡Oh, no! Sé que lo está, aunque no sé quién es el afortunado. Ella sostiene que mantiene una relación libre con su esposo. ¿Qué hay de malo entonces en lo nuestro?

—Lo malo, Marco Claudio, es que no sabes con quién está casada Quintilia.

—Sorpréndeme.

—Quintilia es esposa de Cayo Asinio Polión.

Capítulo 35

La cruda realidad

Roma, noche anterior a las *idus* de marzo del año 44 a. C.

La expresión del rostro de Mecenas indicaba que aquello no era una broma pesada. Me quedé sin poder articular palabra, aunque súbitamente un latigazo de ira partió desde mi corazón y recorrió todo mi cuerpo. Me noté encendido y Mecenas debió darse cuenta de que algo no andaba del todo bien.

—¿Polión lo sabe? —fue lo primero que se me ocurrió preguntar.

—No es muy probable. Sobre todo si continúa enviándote cartas con asiduidad. Tranquilo, Marco —titubeó—. Yo solo quería ponerte sobre aviso por la relación que guardas con Cayo Asinio. Yo no quería…

—Lo sé, Cayo Mecenas —respondí alargando una mano hacia él pero sin mirarlo directamente. Eché a andar tirando fuertemente de las riendas de mi caballo hacia el Campo de Marte. Mecenas me siguió a paso ligero.

—¡Espera, Marco! ¿Dónde vas? No vayas a hacer una locura. ¡Oh, dioses! No debería haberte contado nada…

Me giré de súbito y encaré a Mecenas, que ya jadeaba por intentar llevar el ritmo de mis pasos mientras hablaba.

—Escucha, Cayo Mecenas —comencé a explicarle—. No voy a hacer nada de lo que mañana me pueda arrepentir. Solo quiero dejar a mi caballo en su cuadra y marcharme a beber toda la noche. Y lo quiero hacer en soledad.

—De ninguna manera, Marco —me espetó—. Tengo mucho que contarte sobre Quintilia y deberías saberlo todo. Con ella te has metido en la boca del lobo y mi deber como amigo es intentar que puedas arreglar este entuerto.

—¿De qué boca de lobo me estás hablando? ¿Acaso no es suficiente la traición con la que he profanado mi amistad con Polión?

—Hay más, Marco. Mucho más.

—Está bien, entonces escupe lo que tengas que decirme sobre ella y lárgate.

El mal genio me había podido y estaba pagándola con uno de los más íntimos de Octavio. Desde luego, no me convenía estar a malas con él, sobre

todo después de haberse pasado medio día siguiéndome para ponerme al tanto de mi peligroso romance.

—¿Lo sabe alguien más? —le pregunté con la cabeza gacha, sin soltar las riendas del caballo.

—Supongo que no. Si así fuera, el rumor ya habría corrido por media Roma.

—Está bien, Cayo Mecenas —repuse atusándome el flequillo con la mano que tenía libre—. Cuéntame todo lo que sepas.

Mecenas y yo caminamos a paso tranquilo por las calles del Campo de Marte hasta que alcanzamos una de las puertas del campamento. Una vez dentro, dejé el animal en la cuadra y pasé por mi barracón a asearme y cambiarme de ropa. Niger no se encontraba por allí. Cualquier otro día hubiera ido a buscarlo pero en aquel momento preferí ahogar mis penas solo. No tardé demasiado en salir de la fortificación. Mecenas esperó pacientemente en la puerta. Ya era noche cerrada y nos dirigimos, a petición de él, a la Suburra, a una taberna oscura y de mala fama que nos preservaría de oídos interesados. Una vez allí, comenzó a relatar su historia.

—Amigo —dijo una vez nos habían servido la primera jarra de vino malo —, lo último que deseo es que termines enemistado con nuestro querido Cayo Asinio. De ahí mi insistencia. Todos sabíamos que andabas con alguien, pero nadie sospechaba que se trataba de ella. Ninguno podía imaginar que la esposa de Cayo Asinio había vuelto a las andadas. Nunca te hemos visto con ella en público.

—¿A las andadas? ¿A qué te refieres con ello?

—¿Recuerdas la cena en casa de los padres de Cayo Octavio, recién llegado de Hispania? Calpurnia, la esposa de César, insinuó que Cayo Asinio se marchaba porque lo esperaba su esposa en casa y luego, cuando se ya se hubo ido, Atia contó que se había estado viendo con alguien. ¿Lo recuerdas?

—Sí, sí… vagamente —reconocí—. Aunque no presté demasiada atención.

—Lo de Quintilia con Publio Cornelio Dolabela es ya una vieja historia.

—Dolabela… —dije pensativo—. Cayo Asinio odia a Dolabela, me lo ha hecho entender en varias ocasiones. Pero sé que es un tema que le hace daño y nunca he querido indagar en él.

—Publio Cornelio Dolabela es un buen personaje, de estos que Polión dice que se llaman «romanos». Cayo Asinio no quiere ni oír hablar de él por esto que voy a contarte ahora. Verás, Dolabela —pronunció su nombre casi en un susurro acercándose a mí. A pesar de encontrarnos rodeados de borrachos y hombres de mala vida, Mecenas no quería correr ningún riesgo— Dolabela era… es… bueno, era creo, un patricio.

—Me estás liando, Cayo Mecenas —le espeté a Mecenas con la paciencia ya casi agotada, el ceño fruncido y algo confuso por su discurso. Él paró un

momento para beber de su vaso y prosiguió.

—Tienes razón, Marco —se excusó—. Empezaré por el principio. Él —dijo haciendo un gesto con los ojos, queriéndome hacer entender que se refería de nuevo a Dolabela— era patricio de nacimiento. Pero no creas que era de esos patricios ricos que viven en grandes mansiones y tienen tierras repartidas por toda Italia. No, Marco. Su familia se fue viniendo abajo económicamente a lo largo de las generaciones y él es el último de su estirpe que intenta sobrevivir en esta Roma difícil de hoy en día. Está claro que, por familia, le corresponde un determinado ambiente político, pero debía escapar de este a toda costa por su falta de liquidez. Difícil situación la suya, aunque no es el único en la historia de Roma que se ha encontrado en esa incómoda situación. Hay muchos patricios así. Pero… ¿por dónde iba? —Mecenas intentó concentrarse de nuevo en el relato—. ¡Ah, sí! El legado patricio de Dolabela, aunque sin cargos públicos a sus espaldas, le obligó a tomar partido por un bando al comienzo de la guerra. Y lo hizo por el de César justo cuando este cruzó el Rubicón hace ya casi cinco años. También pensó entonces que quizá era el momento de encontrar una esposa, con buena dote, tú ya me entiendes —Mecenas hizo un gesto con los dedos indicando que Dolabela con ello buscaba dinero—. Y se decantó por Fabia, una antigua vestal. Todo el mundo decía que aquello no saldría bien. Y así ocurrió. Pronto se divorciaron, aunque Dolabela no tuvo que devolver ni un sestercio de la dote. Le salió bien la jugada. Pero necesitaba más. Por ello puso los ojos en Tulia, la hija del flamante Marco Tulio Cicerón. Ella también los puso en él y se casaron. Tulia estaba enamoradísima. Con esta nueva posición, César se sintió en la obligación de darle una oportunidad y le confió el mando de una flota, que perdió sin más en mitad del Adriático. Te acordarás de ello —me dijo. Yo asentí con la cabeza, algo aturdido por tanto dato—. Fue Dolabela el responsable. Desde entonces, dicen que el dictador no volvió a confiar en su persona hasta hace bien poco, cuando le prometió el consulado para próximos años. El caso es que, con el paso del tiempo, su nivel de deuda ha ido en aumento, llegando a ser insostenible su situación.

—Pensaba que Cicerón era rico —dije yo.

—Te equivocas, amigo. La acaudalada es su esposa, Terencia. Aunque debería ser su yerno el que se arreglase los problemas solo, ¿no? El caso es que, hará unos tres años, los prestamistas lo acosaban y perseguían por toda la ciudad. Incluso llegaron a meterse con él en unas termas. ¡Aquello sí que dio que hablar! Era la comidilla de toda taberna que se preciase, aunque lo peor es que también fue la de los mejores banquetes que se daban en Roma en aquellos días. Dolabela quiso poner fin a esa situación y lo hizo de la forma más rocambolesca que se le ocurrió. Toda Roma sabe que, en su juventud, tuvo entre sus amistades a Clodio, otro patricio de vida disoluta y generador de caos, que acabó plebeyo y mal. Pero esa es otra historia que ya te contaré en

otro momento. Nuestro amigo llevaba ya dentro de sí la alferecía de la revolución. Así que quiso emular a Clodio y se hizo adoptar por un plebeyo para presentarse a las elecciones de tribuno en la Asamblea de la Plebe.

—¿Y se lo permitieron? —pregunté sorprendido.

—Así es, Marco. Vivimos tiempos en los que en Roma puede suceder cualquier cosa.

—¿Y qué opinó César de aquello?

—Dolabela fue muy listo y tejió sus planes para hacerlos públicos poco después de que César se hubiera marchado de Roma, rumbo a Egipto.

—En cualquier caso, no encuentro relación entre Dolabela y Polión.

—La relación entre ambos llega en el momento en el que los dos, junto con Lucio Trebelio, fueron elegidos tribunos de la plebe. Eso ocurrió hace dos magistraturas. Dolabela quería que la Asamblea de la Plebe debatiese una posible condonación general de deudas. Imagina la que se montó. Polión y Trebelio se mostraron tajantes y vetaron una y otra vez las propuestas reiteradas de Dolabela.

—Ya lo entiendo. Y de ahí la enemistad entre ambos.

—No exactamente, Marco. Esta confrontación tan deliberada es la consecuencia, no la causa.

—Explícate, Cayo Mecenas, por favor. Ahora sí que estoy perdido —dejé de beber vino. Aquella historia me tenía mareado.

—Dolabela era libertino y se divertía cada noche en la taberna que tocase o en la cama que se le pusiese por delante. Ya me entiendes… Y cuando se casó con Tuba, al parecer, llevaba tiempo dejándose arropar cada noche por Quintilia, la esposa de Polión.

—¡Por Júpiter!

—Así es, Marco. Y lo peor de todo es que Cayo Asinio lo sabía. No es que lo consintiera, pero hacía oídos sordos. Por ello, Polión utilizó sus estratagemas para conseguir el veto a la condonación de deudas que proponía Dolabela como *casus belli*, aunque en realidad era una venganza por robarle lo que le pertenecía. Y fue duro, no te creas. Patricios y plebeyos de renombre cargados de deudas hasta las cejas los había, y los hay, por todas partes. Así que los planes populistas de Dolabela tuvieron cierto éxito, aunque, gracias a los dioses, el veto de los tribunos impidió que las propuestas prosperasen. Dolabela se las arregló para hacer del Foro un campo de batalla y de las *contiones* un motivo de lucha libre. Polión y Trebelio sufrieron múltiples heridas, algunas de consideración, en cada uno de los días que vetaban las propuestas de Dolabela. Pero al día siguiente, cuando estaba programada otra *contio*, ellos volvían a presentarse allí. La gente los ovacionaba por su perseverancia. Dolabela sabía que más lejos de una buena tunda no podía llegar porque tanto Cayo Asinio como Lucio Trebelio eran hombres de César. No quería jugársela.

—¿Cómo pueden suceder cosas así? —inquirí indignado—. Aunque César estuviera lejos en aquellos días, a Marco Antonio, como *magister equitum*, le correspondía imponer el orden.

—Vuelves a tener razón, Marco. Pero Dolabela y Antonio eran viejos amigos, y digamos que Antonio le dejó vía libre mientras él pasaba un tiempo en Capua atendiendo asuntos militares de menor índole.

—Este asunto apesta. Apuesto a que Antonio también se hubiera beneficiado de aquella ley de haber salido adelante —apostillé con la lengua más suelta de lo que me hubiera gustado después de varios vasos de vino.

—Me temo que por ahí andan los tiros —admitió Mecenas—. Resumiendo, el Senado tuvo que hacerse cargo de la situación, obligando a Antonio a regresar para que terminase con los disturbios y este, sin pensárselo dos veces, y sin avisar a Dolabela, entró en el Foro con la X legión y arrasó con todo y todos los que se interpusieron en su camino. Conclusión: Dolabela y Antonio ahora no pueden ni mirarse y César, que pidió explicaciones a Dolabela antes de marchar a Hispania, lo tiene bien atado en corto, para que no vuelva a desmadrarse. En compensación por su buen comportamiento durante todo este tiempo le ha ofrecido para el próximo año la magistratura curul.

—Dioses… He visto en varias ocasiones a Antonio, pero creo que no conozco a Dolabela personalmente. No recuerdo que estuviera presente en la fiesta posterior al desfile triunfal de César en casa de Cayo Asinio.

—¡De ninguna manera! Ya sabes que no se trata con Marco Antonio y él jamás se atrevería a ir a la *domus* de Polión. Quiero decir que jamás iría a casa de Cayo Asinio mientras sea Polión el que se encuentre en ella. Apuesto a que adivino dónde durmió aquella noche ese despreciable de Dolabela.

Se me revolvieron las entrañas solo con pensar que otro pudo estar aquella noche con Quintilla, aunque pronto recordé que yo también la pasé junto a Claudia, en su casa. Decidí terminar con aquella conversación y marcharme de aquella sórdida taberna. A Mecenas le mentí diciéndole que regresaba a mi barracón. Pero la realidad es que deseaba más que nunca refugiarme en los brazos de Drusila.

Capítulo 36

La conspiración

Roma, noche anterior a las idus de marzo del año 44 a. C.

Llevaba meses sin estar con Drusila y ella se alegró de verme a mí tanto o más como yo de verla a ella. No sabría decir si las mujeres, en aquella época, se habían convertido en mi vicio, pero sí estoy seguro de que me ayudaban a paliar los malos momentos. Estaba seguro de que me había enamorado tanto de Claudia como de Quintilia, pero sabía que eran amores distintos. Con Claudia era un amor sano, sincero, inocente. Sin embargo, con Quintilia se trataba de algo perverso, lascivo, lleno de secretos y con algo de adicción. Cada una me ofrecía cosas diferentes y yo las tomé a ambas con todas las consecuencias, a sabiendas incluso de que con Quintilila no tenía ninguna posibilidad.

Con Drusila era distinto. Ella me gustaba realmente, pero había interpuesto conscientemente una barrera imaginaria entre ambos que me impedía enamorarme. Ella era mi desahogo, mi paño de lágrimas. Lástima que fuera esclava y prostituta.

Aquella noche, cambiando mi costumbre, no me quedé junto a ella. Me prometí a mí mismo que la coyuntura que me había tocado no iba a menoscabar mi incipiente carrera y que dormiría en el campamento. Y hacia allí me dirigía cuando decidí que una copa más de vino no me haría ningún mal. No recuerdo qué hora era pero debía ser tarde, así que no perdí tiempo en seleccionar entre esta o aquella taberna y entré en la primera que se puso en mi camino. Estaba muy oscuro pero divisé una mesa libre al fondo, en la esquina izquierda. No quería ver a nadie, así que me senté mirando a la pared. El tabernero me sirvió la jarra que le pedí al entrar y al cabo de dos copas, las lágrimas asomaron por mis ojos. Maldije mi suerte y me eché sobre mi brazo izquierdo. ¿Por qué una decepción más? ¿Qué iba a pasar ahora con Polión? Él me dolía infinitamente, más que ella. Quintilla era un ser odioso y detestable con el que no quería volver a encontrarme en la vida. Me había oído hablar de su esposo en demasiadas ocasiones como para haberme ocultado

quién era realmente. Comencé a plantearme cuál de ellas era más puta, si Drusila o Quintilla.

Seguía echado sobre mi brazo. Hacía rato que ya no bebía y me estaba adormilando. Pero alguien ocupó la mesa que estaba justo a mi espalda y el tabernero aprovechó que les estaba sirviendo para darme un puntapié e intentar espabilarme.

—¡Eh, tú, mequetrefe! ¡Despierta! Esto no es ninguna fonda. Aquí hay normas, ¿sabes? Si no bebes, te marchas. La mona se duerme en otra parte —no reaccioné con grandes alaridos pero sí levante un dedo haciéndole ver que estaba vivo y que no dormía—. Ya no hay borrachos como los de antes —decía el tabernero mientras se alejaba—. Ni una jarra se ha bebido y mira cómo está.

Oí muy lejanamente como los de la mesa de delante reían abiertamente la gracia del tabernero y seguí a lo mío, pensando en lo cómodo que podría estar en el catre del campamento pero sin fuerzas ni ganas para moverme de allí. Poco a poco, comencé a introducir en mi sueño la conversación de mis vecinos de mesa.

—Al amanecer, cada uno debe estar en su puesto —dijo tajante uno de ellos—. No hagáis nada extraño, nadie debe sospechar nada. Y no bebas más, ¡inútil! Vas a llegar a la reunión borracho.

—Este trago no podría pasarlo sobrio —advirtió otro de mis vecinos—. Así que déjame tranquilo y vuelve a llenar el vaso.

—Shssssss… ¡Bajad el tono! —una tercera voz pedía más discreción a sus colegas—. No nos hemos reunido aquí para discutir, sino para cerrar los flecos sueltos.

—Esto no va a salir bien —habló una cuarta persona. Su voz me resultaba muy familiar. Decidí no moverme y puse a trabajar mi cabeza para intentar averiguar dónde y cuándo la había escuchado en otra ocasión.

—¿Acaso te estás arrepintiendo? —dijo el hombre que había comenzado a hablar, el que parecía llevar la voz cantante en la reunión.

—De ninguna manera —la voz familiar volvía a hablar—. Conocéis mi disposición ante las decisiones, firme como los muros del templo de Júpiter. Pero es mi deseo que todo salga bien. No podemos aventurarnos para no concluir nada. Sería nuestra perdición. Acabaríamos con nuestras carreras y me temo que también correrían peligro nuestras vidas. —Por fin recordé dónde había escuchado esa voz. Se trataba de Marco Junio Bruto, el joven que acompañaba a César en casa de Polión junto a Marco Antonio en la noche de celebración de su triunfo.

—Saldrá bien. Ten confianza. Y no habrá otra oportunidad. No habrá otra reunión antes de su marcha dentro de tres días. Si mañana se nos escapa, nada impedirá que de aquí a unos años nadie hable de la República.

—Cayo Trebo… —dijo otro de los asistentes.

—Shsss… ¡No digas nombres, insensato! Cualquiera podría estar escuchando —ya tenía el nombre de aquel que dirigía la reunión. Se trataba de Cayo Trebonio. Era increíble que no lo hubiera reconocido después de su paso por Corduba como gobernador. Pero más increíble me resultaba tener a esas personalidades sentadas justo a mi lado en aquel tugurio de la Suburra.

—Está bien, está bien —rectificó aquel nuevo participante—. Quería decir que nadie mejor que tú para evitar que su perrito faldero entre en la cámara junto a él.

—Si así lo disponemos, por mi parte no hay ningún problema —aceptó Trebonio.

—No sé si todo esto es muy precipitado… —dijo la voz que al principio había pedido silencio.

—Seguimos igual que ayer. Bebe tú también y olvídate de otras opciones. Tendría que estar aquí quien vosotros ya sabéis para recordarnos lo que ya sabemos todos —dijo el que no quería hacer aquello que fueran a hacer. La conversación era un galimatías para mí. Seguí escuchando atentamente. Estaban planeando algo sórdido y muy oscuro y podrían acabar conmigo si se daban cuenta de que, en realidad, estaba despierto y escuchándolo todo.

—Ha estado cenando en su casa, ¡ya lo sabes! No podíamos levantar más sospechas. ¡Por todos los dioses, cuántas explicaciones hay que dar! —Trebonio se mostró desesperado.

—Déjate de vino. No quiero que nada me enturbie la mente esta noche. Creo firmemente que deberíamos esperar —dijo otra voz.

—¿Esperar? ¿Esperar a qué? ¡Por Júpiter! —preguntó Trebonio con signos de estar perdiendo la paciencia.

—Se refiere a esperar a que amanezca —dijo otro de los reunidos en modo de broma, aunque nadie pareció entenderlo.

—De ninguna de las maneras. Me refiero a esperar a tomar una decisión de la que podemos arrepentimos el resto de nuestra vida.

Alguien hizo un ademán de interrumpir esta última digresión, pero Bruto lo atajó de inmediato.

—Déjalo acabar. Todos tenemos derecho a dar nuestra opinión. Habla, por favor.

—Gracias. Sabemos que él se va a marchar. Así lo ha dispuesto y nos lo ha hecho saber a todos. En tres días partirá de Roma rumbo a oriente y él mismo ha calculado que no regresará antes de tres años. Podemos ver cómo gobierna Roma desde la lejanía. Sin él presente, la República retomará su camino. Quizá no haga falta quitarlo de en medio. Él solo va a desaparecer y todo volverá a la normalidad —abrí los ojos de súbito aunque no varié mi postura. Esos hombres, a los que no veía la cara, estaban conspirando contra el mismísimo César. Y planeaban asesinarlo justo al día siguiente.

—¿Y qué hacer cuando vuelva? —preguntó retóricamente Trebonio—. Os

recuerdo que se marcha con 16 legiones y más de 10.000 jinetes a infligir una derrota histórica a los dacios y después repetir la hazaña con los partos. Volverá como el dios que ya se cree que es.

—¿Y si muere en batalla? —continuó el hombre dubitativo—. Por todos es conocido que él no se achanta en el combate. O quizá no haga falta contar con esa suerte. Él ya tiene una edad y un viaje de esta envergadura puede agravar su dolencia o abrir las puertas a otras nuevas. ¿Por qué no esperar a ver cómo se desarrollan los acontecimientos? Muchos lo adoran. No todos ven esta situación como nosotros. Quizá estemos cavando nuestra propia tumba.

—No es él quien nos molesta —intervino Bruto de nuevo—, sino la posición que ha adquirido. Lo hemos hablado otras veces.

—¡La posición que ostenta se la hemos concedido nosotros, el Senado! —rebatió el dubitativo—. Él no ha aceptado ni una sola propuesta que antes no haya obtenido el visto bueno de la cámara.

—Las propuestas se han votado y han salido por mayoría todas ellas. Pero no por unanimidad —afirmó Bruto—. ¿Pero qué estamos haciendo? ¿En qué se ha convertido Roma? —hablaba casi en un susurro—. Nunca nadie en la historia de la República había acumulado tanto poder y privilegios. Voy a refrescaros la memoria por si, a horas de la liberación de Roma, se os ha olvidado —Bruto se mostraba agresivo—. Él va a ser cónsul por diez años, y sin someterse a ninguna votación. ¿Acaso eso ha ocurrido alguna vez? Ni su tío Cayo Mario se atrevió a tal afrenta, y eso que consiguió el consulado en siete ocasiones. Pero hay más —Bruto tomó aire antes de proseguir—. Todos, absolutamente todos los magistrados están por debajo de él, a excepción de los tribunos de la plebe.

—Si eso no fuera así se trataría de una broma. ¡Él es patricio! —dijo la voz que mostraba dudas.

—Déjalo estar y también adquirirá esos derechos, no lo dudes. Pero continúa, por favor —instó Trebonio a Bruto.

—Él controla los fondos de la República y al ejército. ¿Qué ocurriría si utilizara ambos, el dinero y la fuerza, para someternos a todos? —Bruto proseguía vehemente—. Tiene el poder supremo ¡y no contempla la posibilidad de devolverlo al Senado! No es como Lucio Cornelio Sila, que cuando se cansó lo dejó todo para retirarse. Y que conste que no estoy defendiendo lo que aquel demente hizo hace años, pero nuestro querido amigo desea superarlo con creces y no lo podemos consentir. ¡Por todos los dioses! ¿Qué me decís de la estatua de marfil que se ha colocado en el Capitolio? Porno hablar de la levantada en el Templo de Quirino. O la de su diva Cleopatra, que ha tenido a bien colocar junto a la de Venus, en el templo que ha erigido en su propio foro. ¡Por favor! A este hombre se le ha ido de las manos su grandeza endiosada.

—Muchos nos hemos beneficiado de sus medidas —dijo el dubitativo—.

Tú mismo, sin ir más lejos, eres pretor este año gracias a él.

—¿Cómo te atreves, Servio Sulpicio, a decir una cosa semejante? —gritó Bruto. Ya tenía un tercer nombre: Galba. El hombre que dudaba era Servio Sulpicio Galba, un íntimo amigo de César.

—Bueno, bueno… haya paz —Trebonio intentaba poner orden—. Ambos tenéis parte de razón, pero tú debes recordar siempre que estamos hablando de una persona que se ha proclamado *dictator perpetuo* y que calza botas de caña alta rojas y túnica púrpura, como lo hacían los reyes de Alba Longa, según él, sus antepasados. ¿Qué es lo que se ha creído? ¡Si hasta el mes de su nacimiento ya no se llama *quinctilis*, sino julio!

—Lo que nosotros hemos permitido que se crea —soltó Galba—. Se le ha ofrecido una corona de rey en varias ocasiones y él siempre la ha rechazado.

—¿En serio piensas que el episodio de las Lupercalias no estaba urdido y más que urdido? —preguntó Trebonio—. ¡No seas ingenuo, por Júpiter! Fue algo que tramó con Marco Antonio para que todo el mundo viera con sus propios ojos cómo rechazaba una corona de rey. ¿Qué piensas que hubiera hecho César si el público no lo hubiera aclamado cuando declinó convertirse en rey? —Trebonio hablaba ya sin complejos.

—Nunca la hubiera aceptado —contestó Galba.

—¡Por supuesto que lo hubiera hecho! —dijo Trebonio en tono indignado —. Y ahora Roma sería de nuevo una monarquía y el final de nuestros días estaría cercano.

—Nos estamos desviando del tema —zanjó Bruto—. Mañana es el día y todos, todos —silabeó—, debemos estar en nuestros puestos aguardando el momento. Tú serás el primero, ya sabes cuál es la señal. Tú —Bruto estaba repartiendo el trabajo— te las ingeniarás para dejar a Antonio fuera de la cámara. Los demás seguiremos las instrucciones ya dadas. No habrá más muertes que la que debe haber. Sabéis que esta es una condición indispensable para mí.

—César se va a defender con uñas y dientes. Y habrá quien salte a la palestra para quitarnos de en medio —dijo Galba.

—¡No digas nombres, estúpido! Y claro que alguien intentará defenderlo. Por eso debemos ser rápidos —añadió Trebonio—. Acércate por detrás y dale la primera puñalada. Debes estar seguro y hacerlo con fuerza y decisión. Luego acudirán los demás.

—¡Por la liberación de Roma! —dijo Bruto en un grito ahogado. Los demás respondieron al unísono con la misma frase.

—Vayámonos, es tarde —añadió Trebonio—. Mañana será un día para la historia.

—Sí —dijo Bruto—. ¿Y este, seguro que sigue dormido? —un calor súbito recorrió todo mi cuerpo. Estaban hablando de mí. Debía parecer lo más relajado posible. Pero estaba demasiado tenso.

—Dale un puntapié, a ver qué hace —dijo Trebonio. Alguien me agarró la túnica, me incorporó y me escupió en la cara, que me tapé como pude para no ser reconocido. Apestaba a vino. No tuve tiempo de reaccionar y, cuando me soltó, me dejé caer sobre la mesa.

—Borracho —dijo Galba—. Mañana, el día de la liberación, se lo va a pasar acostado y con resaca. Una pena.

Aquellos hombres se alejaron. La reunión se había disuelto. Iban a asesinar a César. ¿Acaso podría yo evitarlo? Era mi deseo hacerlo pero, ¿cómo? Tenía que pensar, pero el instinto de supervivencia no me lo permitía aún. Solo podía permanecer tan quieto como la nueva estatua de César que dominaba el Capitolio. No llegué a verlos, ni siquiera hice ademán de mirarlos de reojo. Me hice el dormido hasta el final y, cuando pasó largo rato de que se hubieron ido, me levanté fingiendo un gran mareo. Con la cara descompuesta y dando tumbos, salí del local. Fuera, en la calle, actué de igual manera hasta que entré en un callejón donde me aseguré de que nadie me vigilaba. Después, corrí Suburra arriba hasta el Argiletum y, de ahí, al oeste de la ciudad, rumbo al Campo de Marte.

Capítulo 37

Las idus de marzo

Roma, *idus* de marzo del año 44 a. C.

No era mi intención despertar a nadie pero la oscuridad no fue una buena aliada para ayudarme a encontrar lo que andaba buscando azarosamente entre mis bártulos y los de Niger. Sabía perfectamente que no tenía nada con lo que escribir en la caja que tenía justo debajo de mi catre. Allí solo había útiles de aseo, como una navaja de afeitar, toallas, vasos y rascadores. Así que me fui directamente al saco donde guardaba mis pertenencias. La mano no me alcanzaba al fondo debido a la profundidad del mismo, así que desistí y fui a buscar entre las cosas de Niger. Tampoco parecía tener nada interesante en la caja que había bajo su lecho. Regresé entonces a mi saco de pertrechos. Una oportunidad más, pero no conseguí alcanzar todo lo que allí guardaba. No dudé en vaciar su contenido encima de mi catre. Aquello hizo más ruido de la cuenta y desperté a varios de los soldados que dormían junto a nosotros.

—¿Dónde te habías metido?

Me sobresalté con aquella pregunta y dejé caer el saco al suelo. Niger se había incorporado levemente de su catre y, sin levantarse del todo y con ojos soñolientos me miraba inquisitivamente esperando una respuesta.

—Apestas a vino, amigo —continuó mientras se sentaba en el borde del lecho—. ¿Qué haces? ¿Qué buscas a estas horas?

—Algo con lo que escribir. Hubiera asegurado que yo tenía un calamus y atramentus por algún sitio, pero ahora no lo encuentro.

—¿Y para qué quieres escribir ahora? ¿A qué viene tanta prisa? —preguntó Niger a la vez que bostezaba y se restregaba los ojos con los puños de sus manos—. Todos duermen. No creo que vayas a cambiar el mundo por escribir algo ahora mismo.

—¡Eh, los charlatanes! Dejaos de parlamentos hasta que salga el sol —nos advirtió uno de los contubernales.

—Me voy, Niger. Ya encontraré algo con lo que escribir por ahí.

Salí de mi barracón y me paré con los brazos en jarras delante de la puerta.

No sabía adonde acudir. Era demasiado temprano para entrar en cualquier otro lugar. Además, dadas las circunstancias, ¿cómo saber en quién confiar?

—Ey, Marco. Voy contigo.

Niger salió del barracón mientras se terminaba de colocar su túnica y una capa para protegerse del frío amanecer que estaba por llegar. Otra vez Niger me seguía sin saber adonde podía llevarle.

—Esta vez podemos meternos en buen lío —le advertí.

—¿Acaso peor que el día que me llevaste a ciegas hasta una trampa pompeyana? —sonreí.

—Quizá peor, Niger.

—Me arriesgaré.

Con él todo era distinto. En ese momento tampoco sabía dónde iba a acudir pero, cuando salimos del campamento y le conté todo lo que había sucedido, fue él quien me propuso la solución.

—Sé que tenemos poco tiempo pero aún no ha amanecido y si lo hacemos rápido quizá podamos llegar hasta casa de tus abuelos para escribir allí la nota. Ellos no están y nadie hará preguntas.

—Sí, Niger —respondí—. Has tenido una gran idea, vayamos hacia allí —dije mientras ya caminaba hacia el este, rumbo a la puerta Carmentalis de acceso a la Roma amurallada. Mis abuelos vivían en una zona tranquila del Quirinal. Pero yo solo sabía llegar hasta su casa desde el Foro, por lo que dimos una enorme vuelta por el Campo de Marte y el centro de Roma antes de encontrarnos frente a la *domus* de mis abuelos.

Toqué el aldabón que colgaba de la puerta y Niger y yo esperamos en silencio a que el mayordomo atendiese nuestra llamada. Las luces del alba ya aclaraban el día, que prometía ser soleado y primaveral. Nadie nos abría. Volvimos a llamar. Por fin escuchamos una voz desde dentro que nos instó a esperar. Al poco, uno de los esclavos de la casa se asomó por la mirilla y, al percatarse de que era yo quien llamaba nos abrió y dejó pasar, no sin antes preguntar qué deseábamos. Tuve que mentirle, arguyendo que necesitábamos unos documentos que me había dejado en el despacho de mis abuelos meses atrás, cuando aún vivía allí con ellos.

Bordeé velozmente el *impluvium* y, mientras Niger corría tras de mí por el atrio de la *domus*, alcanzamos el *tablinum*. Abrimos la puerta y, después de pasar adentro, la cerramos. Aquello estaba como cuando mis abuelos vivían allí. Los esclavos estaban haciendo una buena labor de mantenimiento. No había polvo en los estantes y la mesa se encontraba pulcramente ordenada y limpia.

—Bien —empezó Niger—, aquí tienes de todo. Cálamo, atramentus y papiro. ¿Qué vas a ponerle?

—No lo sé —contesté mientras me sentaba en el *solium*. Apoyé los codos en la mesa y mi cabeza cayó sobre mis manos—. No sé nada, Niger. Ni

siquiera sé por qué me ha tocado a mí hacer esto. ¿Acaso todo el mundo es cómplice y todos conspiran en contra de él?

—Puedes no hacer nada —me dijo con total tranquilidad, de pie, apoyado en uno de los altos muebles que decoraban la habitación.

—Pero, ¿cómo no voy ni a intentarlo?

—Bah, no creo que vaya a suceder nada hoy. Por lo que me has contado era un reducidísimo grupo de matones con más guerras internas que planes asesinos. Entiendo que te sientas culpable, Marco, pero no está en ti la responsabilidad de parar lo que sea que haya que parar.

—Estamos hablando del asesinato de Cayo Julio César, Niger. No es para tomarlo a la ligera.

—¡No estoy subestimando el problema! —dijo alzando la voz—. Solo te advierto de que esta no es tu guerra y de que puedes salir escaldado. Ni siquiera sabes qué le vas a escribir. ¿Lo vas a firmar?

—Ni lo pienses. Debo hacerle llegar mi mensaje en persona. No hará falta que vaya firmado. Por eso debemos correr, porque hay que llegar hasta su casa antes de que salga de camino al Campo de Marte —medité unos instantes con la hoja de papiro delante de mí y el cálamo pendiendo de los dedos de mi mano derecha—. ¡Por todos los dioses! ¿Qué debo escribir?

Niger me miraba penetrantemente desde su posición. Notaba sus ojos clavados en los míos como dos saetas. Quería ver si era capaz de escribir una sola letra. En la casa comenzaba a escucharse ruido. Ya había amanecido y los esclavos se afanaban en sus tareas. El tiempo se echaba encima y no era capaz de concentrarme.

—Está bien, Marco —dijo mientras se sentaba en una de las dos *sellae* que había al otro lado de la mesa y se frotaba las manos para calmar el frío intenso que se respiraba en la habitación. Debes ser conciso. ¿Podrás decirlo en una sola frase? Algo así como «quieren asesinarte».

—Oh, Niger —le respondí—. ¿Y si intento ser igual de sutil pero con algo más de tacto? Si no quieres ayudarme, lo entiendo.

—Vamos, Marco. No te enojes conmigo. No es que no quiera ayudarte. Es que creo que vas a hacer el ridículo con este mensaje. Hoy César irá a la reunión del Senado y en tres días nosotros, con él, estaremos rumbo a Partía. Todo se desarrollará tal y como estaba planeado…

Dejé de escuchar a Niger, que seguía hablando sin parar y de repente me sentí inspirado. Apreté el cálamo y lo introduje en el recipiente que contenía la tinta. Mojé y rápidamente me dispuse a escribir:

> «Existe un complot contra tu vida, señor. Un grupo de senadores intentarán asesinarte durante la reunión de hoy».

Bien, ya estaba hecho. Mostré a Niger el mensaje. Este asintió con la

cabeza. Doblé la hoja y me dispuse a salir del *tablinum*. No había ningún esclavo en el atrio, así que dejé la puerta del despacho abierta para que supieran que nos habíamos marchado y di un fuerte portazo cuando abandonamos la *domus*.

César vivía en el lado sureste del foro, en la *domus* pública, junto a la casa de las vestales, por su cargo como pontífice máximo. Niger y yo bajamos la colina del Quirinal a toda prisa. No había demasiada gente por la calle todavía pero, mientras más nos acercábamos al centro de la ciudad, más se notaba el bullicio de las personas que comenzaban su día. Nos cruzamos con muchos ciudadanos que, ataviados con su *toga praetexta*, ascendían las calles que nosotros bajábamos para visitar a sus señores, de los que eran clientes. Tras bordear por el lado norte el nuevo Foro de César y el templo de Venus que presidía la futura gran plaza pública, comenzamos a encontrarnos con carros de suministros y literas que transportaban a distinguidas señoras. Ya en el foro, la cantidad de hombres togados fue incalculable. Y todos caminaban en dirección sureste, rumbo a la casa de César. También había ciudadanos de otras clases que habían cogido sitio y esperaban a que el dictador pasase por delante de la tribuna de los *rostra*. Aquella sesión del Senado prometía ser histórica. Todos sabían que iba a ser la última antes de que las tropas acuarteladas en el Campo de Marte partiésemos rumbo a oriente. Nadie se quería perder un solo detalle de la jornada. Niger y yo, vestidos con unas simples túnicas y exentos de cualquier indumentaria militar, no llamábamos en absoluto la atención. Intentamos adentrarnos entre la multitud pero alcanzar la puerta de la *domus* Pública fue tarea imposible. Decidimos entonces esperar el paso de César algo más allá, en pleno foro, para entregarle el mensaje en mano con más tranquilidad. No debíamos sobrepasar el templo de Cástor y Pólux, ya que no sabíamos por dónde iba a preferir salir de la ciudad, si por el *vicus Tuscus*, en dirección al Velabro, o algo más allá de la Basílica Julia, para bordear el Capitolio.

Esperamos durante un par de horas pacientemente intentando no perder nuestro sitio en primera fila justo por delante de la escalinata del templo de los dioscuros. Entre empellones, gritos y amenazas por fin vimos que se formaba cierta algarabía en los alrededores de la puerta de la casa de César. No podíamos ver la puerta de la vivienda en sí desde donde estábamos, pero el griterío nos anunció sin ninguna rémora de duda que el dictador se disponía a salir de su vivienda. Una litera lo esperaba a pocos pasos de allí, pero el gentío impidió que César pudiera acceder a ella y comenzó su camino a pie hacia el macrocomplejo que Cneo Pompeyo Magno había mandado levantar en el Campo de Marte, donde iba a tener lugar la reunión prevista para ese día, las *idus* de marzo.

Fue muy difícil distinguir la figura del dictador entre la muchedumbre pero su elevada altura ayudó a que lo localizásemos con cierta rapidez. Lo

acompañaba su inseparable Marco Antonio y otros senadores de su confianza, ya que días atrás había renunciado a su escolta personal de veinticuatro lictores.

—¡Qué error más grande ir sin guardaespaldas! —comenté.

—¿Crees que alguien podría causarle daño entre esta multitud y con el gigante Marco Antonio a su lado? —me respondió Niger mientras aguzaba el cuello para ver con más claridad por encima de la gente.

Estaba claro que tenía razón. Nadie osaría hacer daño al dictador en mitad de aquel tumulto. Aunque, en cualquier caso, la sospecha se cernía sobre un grupo de senadores y dentro del complejo de Pompeyo. ¿Sabría César que tenía tantos enemigos entre los suyos? Miré el trozo de papiro que guardaba entre mis manos y lo apreté fuerte entre los dedos. Mi corazón se aceleró y los gritos de la gente que vitoreaban al dictador se volvieron ensordecedores. César venía hacia nosotros y yo intenté hacerme hueco entre la multitud para acercarme lo máximo posible a él. Pero era difícil. Además, el que venía por nuestro lado era Marco Antonio y yo quería entregarle la misiva a César personalmente. Intenté cruzar. Con la comitiva cada vez más cerca por fin pude ver que junto a César no solo caminaba Marco Antonio, sino un nutridísimo grupo de clientes que impedían cualquier acceso al dictador. Iba a ser imposible acercarme tanto como yo deseaba.

Cambié de estrategia. Ahora solo quería que me viese y que se diese cuenta de que quería entregarle algo. Niger empezó a hacer aspavientos desde lo alto de la escalinata de acceso al templo de Cástor y Pólux y yo, desde el otro lado, hacía por intentar penetrar entre la infranqueable muralla que componían aquellos felices ciudadanos que caminaban junto a su patrón. Cuando el dictador ya había pasado a nuestra altura vi a Niger hacerme una señal con los brazos negando cualquier posibilidad de que César lo hubiera visto. Miré a mi amigo desolado. César ya giraba junto a su séquito por el *vicus* Tuscus. La aglomeración se dispersó y Niger bajó corriendo la escalinata para situarse frente a mí.

—¡Ven, Marco! —me gritó—. ¡Conozco un atajo!

Y los dos nos introdujimos en el foro para dar la vuelta al Capitolio más allá de la casa de Polión y alcanzar el Campo de Marte por el lado norte. Mientras más nos alejábamos del centro neurálgico de Roma, menos gentío se ponía en nuestro camino, por lo que más rápido podíamos avanzar. En realidad no caminábamos, sino que corríamos, pensando que César alcanzaría el Campo de Marte antes que nosotros, ya que su recorrido era bastante menor que el nuestro. Pero los dos sabíamos que eso no ocurriría, ya que el dictador se movía a una velocidad tal que quizá tardase horas en llegar a su destino. Y, efectivamente, así fue. Cuando Niger y yo alcanzamos la parte este del jardín porticado del complejo estructural de Pompeyo no había ni rastro de César y nada hacía presagiar que el dictador hubiese hecho acto de presencia.

La plaza desde la que se accedía al edificio anexo al jardín estaba abarrotada de gente esperando la llegada del también pontífice máximo, aunque no lo suficiente como para impedir que Niger y yo pudiésemos tomar una buena posición justo en la escalinata de entrada, justo al lado de un hombre de aspecto andrajoso que desprendía un peculiar olor mezcla de sudor y cloacas. La hoja de papiro se me escurría entre las manos. El largo paseo a marchas forzadas y la tensión con la que lo sujetaba para impedir su pérdida me hicieron sudar. Aquella era la última oportunidad.

Al cabo del rato, una ingente muchedumbre apareció a nuestra izquierda, procedente del Circo Flaminio. Junto a ella venían César y Marco Antonio. Al momento, las elevadas puertas de bronce del edificio se abrieron, dejando salir a un grupo de lictores justo por donde Niger y yo nos encontrábamos. Algunos de ellos se posicionaron flanqueando los últimos pasos del camino que César y Marco Antonio debían recorrer antes de entrar a la sede provisional del Senado. Inevitablemente, nos empujaron hacia atrás y dejamos de tener el privilegio de estar en primera fila y, por tanto, acceso directo a César. Sin embargo, la suerte corrió de nuestro lado. Otro grupo de licores avanzó hacia fuera de la plaza y comenzó a despejar de manera determinante el camino, quitándose de en medio, con fuertes empellones incluso, a los clientes que acompañaban al dictador, cuyo séquito se había tornado descomunal.

Julio César, junto a su inseparable Marco Antonio, por fin pudo librarse de su séquito de clientes y admiradores y penetrar por el sendero flanqueado por los lictores, que lo conducía directo a la puerta de entrada al edificio público. Comencé a hacerme ver. Levanté la mano, sacudí la hoja de papiro doblada en dos y me dirigí a César a gritos y por señas. Quizá mis palabras no fueran oídas entre el tumulto. Sin embargo, conseguí mi objetivo. César me miró a los ojos y accedió a coger mi documento.

—Señor, señor —dije azoradamente— léelo. ¡Es importante!

Y no tuve tiempo de argumentar nada más. El dictador fijo su vista en el hombre roñoso que tenía a mi derecha. Entonces detuvo su marcha y sonrió justo antes de dirigirse a él.

—Las *idus* de marzo han llegado, viejo —dijo sonriente—. Y todavía sigo vivo —César se quedó esperando la respuesta del hombre.

—Efectivamente han llegado, señor. Pero aún no han terminado —concluyó.

César se tragó una carcajada y prosiguió la subida de los escalones hasta que, finalmente, franqueó la puerta de bronce seguido de Marco Antonio. Tras ellos, entraron todos los lictores y los dos últimos cerraron el edificio. Cuando miré a mi derecha, el hombre sucio y hediondo ya se había marchado. Me revolví sobre mí mismo e intenté seguirle la pista. Pero no conseguí volver a verlo. Ese hombre sabía algo de lo que iba a pasar en la reunión que estaba a

punto de comenzar y también había intentado prevenir al dictador. Sin embargo, no había conseguido persuadirlo.

—Volvamos al campamento —dijo Niger—. Es probable que ya nos hayan echado de menos.

—¿Has visto a ese hombre? —pregunté, aún intrigado por lo que acababa de suceder.

—Sí, lo he visto. Y lo he oído también. Al final vas a tener razón y hay una trama detrás de esta reunión.

—No podemos irnos, Niger. Tenemos que saber si César ha leído la hoja de papiro que le hemos entregado.

—¡Oh, vamos, Marco! ¿Piensas quedarte aquí todo el día?

La gente que ocupaba la plaza comenzó a dispersarse. El ruido y la algarabía se relajaron. Las puertas de la sede del Senado provisional estaban cerradas a cal y canto. Aquello prometía convertirse en un día normal y corriente.

—Tienes razón —admití al fin—. Volvamos. Tenemos muchas cosas que preparar.

Y Niger y yo emprendimos el camino hacia el campamento permanente de las tropas de Roma, levantado muy cerca de donde nos encontrábamos, ya prácticamente en plena ciudad después de que Roma hubiese expandido sus límites más allá de sus murallas. Caminábamos en silencio cuando, de pronto se escucharon gritos en la lejanía. Niger y yo nos miramos y paramos la marcha. Sin decirnos nada, ambos dimos media vuelta y comenzamos a correr, desandando el camino que ya habíamos recorrido. Cuando llegamos a la plaza del acceso al complejo de Pompeyo, había senadores corriendo en todas direcciones y otros que salían del edificio. La mayoría de ellos corrían despavoridos, con las togas y túnicas arremangadas. Unos gritaban. Otros, absolutamente descompuestos, andaban a trompicones con el rostro completamente blanco. Niger detuvo por la fuerza a un senador entrado en años que intentó zafarse de él sin querer escucharlo.

—Dime, senador —le espetó con voz estentórea—, ¿qué ha ocurrido ahí?

—Lo han matado —acertó a comunicarnos el viejo romano—. Han asesinado a César… ¡Por todos los dioses, lo han matado!

Y se alejó de nosotros corriendo torpemente en dirección a la ciudad, esquivando a decenas de senadores asustados que salían en tropel de aquel magnífico edificio, de aquella infructuosa reunión.

Capítulo 38

Un futuro incierto

Roma, primavera del año 44 a. C.

Tiempos difíciles. Aquellas semanas posteriores al asesinato del dictador se convirtieron en momentos de incertidumbre en los que nadie se atrevía a aseverar nada. Unos y otros iban dando pasos, pero no eran firmes. Lo que hoy parecía ser una verdad absoluta, mañana se convertía en algo vano y sin importancia. Senadores y magistrados se contradecían a sí mismos. Algunos tenían muy claras sus posiciones, al lado de los asesinos o en contra de ellos. Pero había una inmensa mayoría que pululaba entre ambas facciones sin decidirse por ninguna. No por no saber hacia dónde ir, sino por no saber por dónde iba a soplar el viento que más tarde les beneficiara. César ya no estaba y su clemencia había pasado a la historia junto a él.

Tras un viaje con Cayo Octavio por Campania, recibí una carta de Polión que debió llegar a Roma más o menos en las *idus* de *aprilis*. La misiva era muy escueta y en ella me pedía información de lo que en Roma había sucedido. Cayo Asinio me indicaba que había escrito también a Cicerón para pedirle un relato formal sobre lo que había acontecido. Quería saber si todo lo que había llegado a sus oídos era cierto. Ese mismo día le contesté y me preocupé de que mi respuesta quedase embarcada rumbo a Hispania a la mañana siguiente, en uno de los barcos que partirían de Ostia hacia el oeste.

Estimado Cayo Asinio:

Desde luego que no me complace aseverarte todo cuanto me preguntas en tu última misiva. Efectivamente, Cayo Julio César, dictador de Roma, fue brutalmente asesinado en las pasadas *idus* de marzo. Y ocurrió ante los atónitos ojos de cientos de senadores. Tendría mucho que contarte sobre aquel día y todos los anteriores, pero esperaré pacientemente a tenerte frente a mí y hacerlo en persona. Respecto a lo que sucedió dentro de la sala, Marco Tulio Cicerón podrá explicarte mucho mejor que yo, ya que él se encontraba allí mismo y fue testigo directo del asesinato. Lo que yo aquí pudiera escribirte serían relatos escuchados de unos y de otros. Todos se parecen entre sí, pero difieren en algunos detalles. Quizá la versión de Cicerón sea certera y te

explique con todo lujo de detalles aquello que pasó en el interior de la cámara aquella funesta mañana.

Por aquí el ambiente está enrarecido. Tras la muerte de César se tomaron diferentes decisiones que aún no sabemos bien cómo nos van a afectar. Por un lado, Marco Antonio ha negociado que se sigan acatando las decisiones tomadas por el dictador en vida a cambio de una amnistía para los libertadores, que es como esos asesinos se hacen llamar. Podrás imaginar que no todos están de acuerdo con esto. Y más, sabiendo que Cayo Octavio Turino había sido adoptado por el dictador y figuraba como hijo suyo en el testamento. Esto sí que ha sido una gran sorpresa. También para Marco Antonio, que ya se veía tomando el mando de la situación en solitario. Su posición como cónsul este año le ayuda a ello. Pero, ¿qué pasará el año próximo, cuando Marco Antonio ya no ostente el poder?

Las cosas por el campamento andan revueltas también. Hay quien se ha posicionado a favor de los libertadores y quien lo ha hecho por César. Yo, personalmente, he preferido esperar a la llegada de Octavio. Cayo Mecenas me informó de que no tardaría en regresar de Apolonia y así ha sido. Su familia le avisó rápidamente de los hechos acontecidos instándole a volver a Roma a la mayor brevedad. Ante la incertidumbre que flotaba en el ambiente, Niger y yo decidimos dejar momentáneamente el campamento a la espera de nuevas órdenes. Nos hemos instalado de nuevo en la domus de mis abuelos. Ellos tenían pensado regresar a Roma por estas fechas, quizá un poco más adelante, aunque dadas las circunstancias, no creo que lo hagan. En realidad, todos aquellos que no saben de qué lado posicionarse se han marchado al sur. Este año en Roma se ha adelantado el periodo vacacional y decenas de senadores han aprovechado para abandonar la ciudad. El primero, Marco Tulio Cicerón. Este hombre mantiene una actitud muy extraña, supongo que fruto de no saber qué hacer o a qué facción defender. Ansioso estoy por que me escribas lo que él te cuenta. Primero felicitó a los asesinos, cuando estos aún estaban atrincherados en el Capitolio, presas del pánico, tras perpetrar la barbarie. Gracias a él, bajaron de allí y dieron un discurso en los *rostra* del Foro, pero no tuvieron demasiado éxito. Cicerón debió darse cuenta de que el pueblo no estaba del todo junto a estos magnicidas sin escrúpulos y debió alucinar el día del funeral público de César, cuando la gente, enardecida, no dejó que se llevasen el cuerpo extramuros para darle sepultura junto al de su hija Julia y encendieron una pira en el mismo Foro. Imagínate la escena. La gente tiraba de todo para avivar las llamas. Incluso algunos magistrados arrojaron al fuego las sillas y bancos que se usan en los tribunales. Yo acudí al funeral en calidad de tribuno y fue realmente emocionante, por qué no decirlo, escuchar las palabras de Marco Antonio alabando las proezas de César. ¡Qué gran hombre se ha ido, querido amigo! Al final, los militares terminamos arrojando espontáneamente al fuego nuestras armas y corazas como gesto de respeto y orgullo.

Pero, perdona mi digresión. No me quiero desviar de lo que es mi deseo contarte. Como te decía, Cicerón, después de hacer y deshacer en favor de unos y de otros, como la gran mayoría de los senadores, se ha marchado al sur criticando la actitud de, sobre todo, Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino, que también han abandonado Roma presos del pánico. Octavio, bueno, quizá debería decir César, como él desea que le llamemos de aquí en adelante, llegó a Roma en los primeros días de aprilis. Tuve la suerte de poder compartir con él una reunión de carácter informal en su propia casa junto a todos los demás, como Cayo Mecenas, Quinto Salvidieno Rufo y Marco Vipsanio Agripa. Estos últimos llegaron junto a él en su misma expedición procedentes de Apolonia. Nos contó que el testamento de su tío lo nombraba heredero de tres cuartas partes de sus bienes. Aquel día se encontraba exultante, irradiaba una seguridad y solvencia como nunca antes habíamos visto. Solo dudaba en una cosa. No

sabía si quería aceptar la pesada carga que iba a suponer para él todo aquel lío en el que lo había metido su tío. Su incertidumbre era absolutamente comprensible. ¡César tiene solo dieciocho años! Pero finalmente, y asesorado por los suyos, como ya habrás podido adivinar, ha decidido aceptar. César tiene ahora cientos o miles incluso de clientes por toda Italia y todos ellos están obligados a votar en su favor, asunto nada desdeñable, sobre todo teniendo en cuenta lo feas que se están poniendo las cosas con Antonio. Él mismo nos contó muy sorprendido cómo muchos tribunos y centuriones le habían hecho llegar el pésame por la muerte del dictador y su apoyo incondicional. No es de extrañar, sobre todo sabiendo los grandes favores que muchos de los que hoy ostentan ciertos cargos le debían a su ahora padre adoptivo.

En realidad, el joven César ha regresado de Macedonia como si fuera otra persona. Ha pasado fuera tan solo algunos meses, pero parece que haya crecido en altura; se muestra más elevado de hombros y su pelo, menos rubio, parece que ha tomado fuerza. Allí ha aprovechado sin duda el tiempo junto a las seis legiones que el dictador había enviado al lugar para prepararse a fondo para la guerra parta. También se le nota cierto cambio cuando habla. Ahora se expresa mejor, a la moda griega, y su voz resuena más estentórea y profunda. Y, aunque aún no hemos tenido oportunidad de verlo en acción, estoy seguro de que domina las artes marciales sobre el caballo, algo fundamental si lo que quieres es luchar contra las fuerzas montadas partas.

César no paró demasiado tiempo en Roma. Intentó sin mucho éxito concertar una cita con el cónsul Marco Antonio pero este pospuso varias veces el encuentro poniendo excusas volátiles. Finalmente se encontraron informalmente en su casa, la antigua morada de Pompeyo, en el Palatino. Me hubiera encantado estar entre aquellas paredes pero, ese día, César solo fue acompañado por Agripa. Este dice que Marco Antonio se mostró altivo y con una amabilidad que denotaba desdén y desinterés. Pero sí le dejó claro al joven que no iba a tener fácil adquirir todos y cada uno de los bienes heredados. Tras ello, César no tenía nada más que hacer en Roma, así que decidió buscar apoyos fuera de la ciudad y emprendimos camino hacia el sur. Y hablo en plural porque Niger y yo nos sumamos a su comitiva. Nuestro viaje nos ha llevado por toda Campania y la bahía de Neapolis, lugares en los que César ha ido entrevistándose con todos y cada uno de los senadores de relevancia que él suponía que podrían estar de su lado y que pasaban unas vacaciones forzosas en el sur. Por supuesto, uno de ellos fue Cicerón, al que por fin tuve la oportunidad de conocer. Hemos estado alojados en su villa un par de días. Todo resultó cordial y ameno y no faltaron los lujos en la mesa, a pesar de que Cicerón nos había asegurado que él llevaba una vida frugal. Por cierto, hay algo que sí nos ha resultado extraño, y que además no calculo a opinar si le ha sentado bien o mal a César. Me refiero al hecho de que Marco Tulio Cicerón siga dirigiéndose a él como Cayo Octavio.

En cualquier caso, es un asunto menor que no tiene demasiada importancia. Después de nuestro periplo por la zona vacacional de Roma, hemos vuelto a la Urbe. Y aquí nos encontramos ahora mismo sin saber muy bien que va a ser de nosotros. Por ahora César solo ha conseguido permiso para hablar en una reunión pública, en la que ha exhortado al cónsul Marco Antonio a que le deje recibir todos los bienes que ha heredado y de los que aún no ha podido disfrutar. Se muestra cauto públicamente con respecto a los asesinos de su padre, pero en privado pierde cuidado cuando habla de ellos, criticándolos e insultándolos sin piedad. César se siente responsable de todo lo que el dictador dejó en herencia al pueblo de Roma y lo único que tiene planeado por ahora es conseguir dinero para saldar esa deuda. El pueblo para él es muy importante, igual o más que lo fue para su padre.

Y este es mi resumen de lo que ha ocurrido hasta la fecha de hoy, *kalendae* de mayo, por esta zona que tan lejos se halla de mi querida tierra. Sin más, espero que

todo marche bien por la Ulterior y con Sexto Pompeyo, aunque por aquí ya nadie prácticamente se acuerde de su existencia. Me comprometo a mantenerte informado de las últimas novedades que acontezcan por aquí. A cambio, si ves a mi madre, envíale un afectuoso saludo. Dile que su hijo no se olvida de ella.

Un abrazo de tu amigo,
Marco Claudio Marcelo
Tribuno de Roma

En las *idus* de junio, recibí la respuesta de Polión.

Querido Marco Claudio Marcelo:

Cuánto siento los acontecimientos transcurridos por mi querida Italia, aunque debo prevenirte de que, por aquí, por tu tierra, las cosas no marchan tampoco demasiado bien. Pero vayamos por partes. Sé que Marco Tulio Cicerón es un hueso duro de roer en muchos aspectos, pero debéis llevaros bien con él. Como imaginarás, ambos nos intercambiamos correo con bastante asiduidad y créeme cuando te digo que no lo hago por placer. Sin embargo, Cicerón es una muy buena fuente de información y un personaje político clave a tener muy en cuenta. Confieso que también me escribo con Cayo Octavio, quiero decir, con César. También se lo hago saber a él. No estaría de más que los que estáis a su alrededor se lo recordéis si alguna vez hiciera falta. Sé que César es un joven inteligente que sabe pensar fríamente y que quizá no necesite de nuestros consejos, pero siempre es mejor decir las cosas a dejar que mueran en nuestros pensamientos.

Marco, te sugiero fervientemente que continúes de su lado. Tú puedes posicionarte. Pero no yo. Hay que trabajar para que la enemistad que ahora ha surgido entre Antonio y César quede en algo sin importancia. Sería imperdonable que los que estamos a favor del difunto dictador nos dividiéramos en dos bandos. Los asesinos tendrían todas las de ganar en ese caso. César hace muy bien adquiriendo apoyos y haciéndose con la confianza de los hombres más destacados de la República. Cicerón no va a mover un dedo en su contra si ve que eso pudiera causarle algún problema. Ese viejo zorro es muy inteligente. Pero vosotros también lo sois y debéis aprovecharos de su situación.

Y bien. Ya que he dado mis consejos de general veterano, voy a proceder a contarte cómo están las cosas por aquí. Tres legiones contra siete. ¿Qué te dicen esos números? A mí me lo decían todo, pero, a pesar de ello, tuve que intentar resolver la situación. Cuando decidí ponerme en marcha supe que Sexto Pompeyo se había desplazado al noreste, rumbo a Carthago Nova, a tomar la plaza aprovechando que Lépido se encontraba en Roma. Así que, en vez de quedarme en casa esperando un nuevo envite, decidí hacer lo que él nos había estado haciendo meses atrás: tomar plazas pequeñas, poco a poco, sin prisa. Con ello conseguí causarle algunos daños y ponerlo nervioso porque, cuando consiguió su objetivo, es decir, conquistar para su causa Carthago Nova, regresó a la Ulterior para acabar conmigo. ¡Oh, Marco! Todo, absolutamente todo, salió mal. Dimos batalla muy cerca del Baetis y sus tropas no tardaron en acorralarnos. Tomé la cobarde decisión de escapar, aunque, si no lo hubiera hecho, habrían acabado conmigo. Di mi *paludamentum* a un soldado de caballería y abandoné el campo de batalla como una rata abandona un barco que se hunde. Este soldado cayó muerto y todos pensaron que se trataba de mi baja. Sin general que los dirigiese, mis hombres decidieron replegarse y pusieron en bandeja la victoria a Sexto Pompeyo y los suyos. Por aquello, Sexto Pompeyo fue proclamado *imperator*.

Como imaginarás, ya he informado de manera oficial, aunque sin entrar en

demasiados detalles, al Senado. También he dado parte a Cicerón, de manera particular. Él me contestó incrédulo y alarmado por la situación. Se pregunta hasta dónde puede llegar Sexto Pompeyo, aprovechándose del caos que se vive ahora en Roma. Del Senado he recibido respuesta oficial esta misma mañana y me indican que van a intentar negociar con el joven Pompeyo enviando a Lépido en persona. Supongo que en Roma desean evitar a toda costa que entremos de nuevo en guerra. En realidad, Pompeyo es un problema que debía estar resuelto desde hace bastante tiempo. Y yo no he sabido rematarlo. ¡Qué mal general hay en mí! No estoy hecho para la guerra, amigo, sino para la cultura y los negocios.

Respecto a esto último, tengo que comentarte un asunto que me ronda la mente muy a menudo y que, si los dioses me lo permiten, intentaré sacar adelante antes de que me depongan del cargo. Por ahora no puedo contarte más. Tendrás que esperar a siguientes misivas.

Sin más, querido amigo, solo espero que todo siga su curso en los próximos días y que, a la mayor brevedad, contemos con buenas noticias. Deseo el fin de las hostilidades y la muerte de aquellos que acabaron con la vida de nuestro querido Cayo Julio César.

Tu amigo,
Cayo Asinio Polión
Gobernador de Hispania Ulterior

Capítulo 39

Otro asesinato

Roma, mayo a septiembre del año 44 a. C.

Hubo un tiempo en el que solo me dediqué a seguir los pasos del joven César. Nuestros viajes eran continuos y entrábamos y salíamos de Roma con gran asiduidad. Mi vida se repartía entre una amplia tienda militar y la casa de mis abuelos. Niger siempre estaba a mi lado. Junto a un nutrido grupo de jóvenes y expertos militares, éramos el apoyo de César. Sin embargo, a la misma vez, yo me sentía apoyado por mi gran amigo. Con Polión lejos, sin la presencia constante de Niger, aquella etapa hubiera resultado imposible de sobrellevar. Si bien cuando estábamos lejos de Roma me sentía fuerte y con ganas de comerme el mundo, a los pocos días de mi regreso me consumía un sopor indescriptible. Me invadía una desgana general y al poco comenzaban los problemas estomacales. El apetito se esfumaba y las náuseas y los vómitos se hacían una constante. Por contra, en casa me sentía bien cuidado y atendido. Es cierto que mis abuelos se marcharon al sur con casi todos sus esclavos y, aunque dejaron en casa a un par de ellos de su confianza, tuve que buscarme a alguien que ejerciera de mayordomo y llevase los asuntos del hogar al día, sobre todo a sabiendas de las idas y venidas que íbamos a tener en aquellos días.

Recuerdo que comenté algo de esto a Polión en uno de nuestros correos y que este me respondió indicándome que me buscaría a alguien idóneo. Al poco, se presentó en casa Laurentio. Dijo que lo enviaba Cayo Asinio para cubrir el puesto de mayordomo. No le hice muchas preguntas. Su llegada me vino fenomenal porque justo al día siguiente partíamos al sur con César, a aquel primer viaje de reconocimiento en el que tuve la oportunidad de conocer personalmente a Cicerón. Y cuando regresamos, cuál fue mi sorpresa, me encontré una casa perfectamente organizada, limpia y ordenada. En general, tenía otro aspecto. Parecía más luminosa y su olor era más fresco. No sé qué hubieran pensado mis abuelos sobre aquel cambio radical. Era como si ellos hubiesen vivido todo el tiempo en la penumbra y, de repente, se hubiera hecho

la luz dentro de aquellas paredes. Quizá contribuyó a que la primavera estaba muy avanzada, a que estaban todas las cortinas abiertas y el resplandor verde del jardín del peristilo se reflejaba en cada rincón y rezumaba frescor hasta el mismísimo vestíbulo, o a que todo estaba más limpio y aireado que de costumbre. El caso es que llegar a casa fue como un alivio. Por fin pude disfrutar de aquellas frescas tardes en el peristilo a la sombra de los árboles frutales, mientras escuchaba como un susurro el ruido del agua de la fuente, con la compañía de Niger. Cuando cerraba los ojos me transportaba a Villa Fertilitas y aquello me ayudaba a sentirme mejor aún. Fue una pena que a los pocos días comenzara a sentirme mal.

Al principio lo achacamos a tantas y tantas cenas y fiestas organizadas por César y sus amigos. En ellas abusábamos claramente del vino y la comida. A la mañana siguiente la resaca se apoderaba de nosotros, solo que, mientras Niger mejoraba con el paso de las horas, yo empeoraba. No podía probar bocado. Andaba preocupado y se ve que Niger también lo estaba porque hubo un día que me propuso acudir a un médico. No opuse demasiada resistencia. No porque me apeteciera ir a visitarlo, sino porque me encontraba tan mal y falto de fuerzas que con esa visita nada podría ir a peor. Me diagnosticó un mal en el estómago y me advirtió que solo sanaría si llevaba una dieta equilibrada, sin excesos ni grandes banquetes. Le hice caso. Dejé a un lado mi vida social y me centré en las recetas que el médico me propuso para empezar a recuperar mi tono estomacal: mucha verdura y caldos de todo tipo. Laurentio se portó como el gran mayordomo que era, atendiendo puntualmente mis necesidades y haciendo preparar en las cocinas los caldos de ave y verduras más sabrosos que recuerdo de toda mi vida.

Tomando esos caldos y abandonando por completo el vino y las comidas copiosas conseguí restablecerme un poco. No del todo, aunque sí lo suficiente como para acudir a los juegos que César llevaba organizando con esmero desde *aprilis* en honor a su padre adoptivo, por su victoria en Farsalia, cuatro años atrás. Aquel fue un honor que aprobó el Senado tras la muerte del dictador y por los que César no cejó en su empeño hasta que los hizo realidad. Aquellos juegos le costaron una fortuna. Dinero que, por otra parte, no tenía, ya que aún no había cobrado su herencia. Pero lo hizo muy bien. El joven convirtió aquella festividad en unos juegos funerarios en los que pudimos disfrutar de varios días de asueto con luchas de gladiadores, teatro, cazas organizadas de todo tipo de animales, banquetes y otros pequeños festines repartidos por toda la ciudad. Sin embargo, el grueso de los fastos se celebró en pleno Foro, lugar en el que se instalaron unas estructuras de madera a modo de graderíos. Suma y sigue. La deuda de César iba en aumento a una velocidad vertiginosa. Me lo imaginaba absolutamente arruinado al término de los festejos. Aquello me creaba angustia. No quería ver cómo caía un gigante de Roma. No quería imaginar que la única esperanza de Cayo Julio César se

iba a desvanecer por unas cuantas monedas de oro.

Roma, 20 de julio del año 44 a. C.

Cuando Niger y yo alcanzamos el Foro y contemplamos la parafernalia montada en pleno centro político, financiero y judicial de Roma casi nos echamos las manos a la cabeza. Aquella enorme estructura no dejaba ver los edificios que flanqueaban la plaza pública y ni tan siquiera dejaban ver el templo de Júpiter Óptimo Máximo, levantado en todo lo alto de la colina Capitolina, en el lado oeste del recinto. Aquello era de unas proporciones descomunales. César sabía que con ello dejaba entrever que lo que iba a suceder en Roma en los siguientes días también iba a ser de grandes dimensiones. Desde luego, para bien o para mal, nadie iba a quedar indiferente.

Estábamos a finales del antiguo mes de *quinctilis*. En realidad, era el primer mes de julio, dedicado al dictador tras su muerte y el calor en pleno centro de Roma apretaba tanto que los juegos hubieron de programarse para bien entrada la tarde. Era el día octavo antes de las *kalendae* de *sextilis*, del primer mes de julio de la historia, y Niger y yo caminábamos por un Foro camuflado entre enormes andamios de madera buscando la entrada al recinto donde iba a tener lugar la inauguración de las festividades en honor al triunfo de César en Farsalia. El calor y mi afección estomacal me jugaron una mala pasada y tuve casi un desvanecimiento justo cuando accedíamos al graderío. Aquello hizo que me tuviera que resguardar en un lugar sombreado entre andamios antes de acceder al palco que el propio César nos había reservado para disfrutar de los juegos inaugurales. Niger consiguió que un par de esclavos del palco salieran para darme aire y algo de agua. Yo me acomodé entre algunos almohadones que trajeron para hacerme descansar de la caminata e intentar recuperarme.

La gente no paraba de entrar y a mí me producía cierta angustia pensar que aquella enorme estructura podía llenarse y quedarnos Niger y yo sin nuestros asientos preferentes.

—Vamos, Marco —me insistía Niger—, tranquilo. Quédate ahí recostado. Aún hay tiempo.

—Entremos, Niger —dije, intentando en un vano esfuerzo levantarme y ponerme en marcha.

—¡Oh, dioses, quédate quieto de una vez! —gritó Niger—. ¿Qué diantres te ocurre? No debes moverte aún. Tenemos asientos reservados. No te preocupes por nada.

—Está bien, está bien —claudiqué al fin.

Me di por vencido y volví a recostarme mientras los dos fornidos esclavos

seguían abanicándome con ahínco. La gente continuaba caminando rápidamente hacia dentro del recinto. La mayoría iba feliz y despreocupada. Todos los asistentes hablaban entre ellos a elevado volumen. Sin embargo, entre la muchedumbre, me llamó la atención la presencia y el andar, pesado y mucho más lento que el resto, de un hombre togado. Iba acompañado en su lento caminar por un esclavo. Por detrás de él, y a su mismo ritmo iba una joven bien ataviada con una ligera estola de finas y transparentes telas y un elaborado peinado.

—¡Por Júpiter, Niger! —dije mientras tiraba de la toga de mi amigo para que me prestase atención. ¡Es Claudia! Y va acompañando a su esposo, Lucio Trebelio.

—¿Pero qué diantres…? —Niger volvió su cabeza hacia la entrada al recinto de los juegos y pudo comprobar con sus propios ojos que efectivamente yo tenía razón—. ¡Ese no puede ser Lucio Trebelio! ¡No puede haberse convertido en un anciano en apenas unos meses!

Me incorporé algo más de lo que mis fuerzas me permitían para ver pasar la lenta comitiva que, por descontado, no se percató de nuestra presencia. No había duda. Aunque no lo pareciera, era Lucio Trebelio. Sus andares lentos dejaban ver cierta falta de tono muscular. Estaba encorvado hacia delante, además de notablemente más delgado y arrugado. ¿Qué le habría podido suceder? Desde luego que Polión no me había puesto, al día de su enfermedad. O quizá es que ni siquiera él sabía nada. Hacía pocos meses, Trebelio estaba tan sano como siempre. Tras él caminaba una erguida Claudia. Una matrona romana que llevaba su orgullo más allá que nadie, donde ni yo mismo hubiera imaginado. Estaba bella, muy bella. Pero su imagen ya no me decía nada. Claudia ya no era nadie para mí. Sentí lo mismo al verla que ella al tenerme a diez pasos y no haberse percatado de mi presencia. O sea, nada. La acompañaba en silencio la tía Cornelia, que estaba como siempre. Por ella no habían pasado los años.

—Ya está bien de tanto esperar, Niger —dije mientras me levantaba, ahora sí, impulsado por la pantomima que acabábamos de ver—. Entremos de una vez.

Finales de verano del año 44 a. C.

Un éxito. Los juegos funerarios en honor a Cayo Julio César fueron un rotundo éxito. Quedaron muy por encima de los *Ludi Apollinari*, los juegos en honor del dios Apolo que se celebraron días atrás y que estuvieron organizados en la distancia por Marco Junio Bruto. El hecho de que el organizador no estuviera presente y que fueran presididos por Cayo Antonio, el hermano del cónsul, confundió al pueblo, que finalmente no sabía a quién debía agradecer

unos fastos no demasiado generosos. Según las habladurías, pasaron desapercibidos y no hicieron sino intensificar las ganas de que llegaran los juegos organizados por César. Ya corrían rumores por toda la ciudad del ingente gasto que el hijo adoptivo del dictador estaba haciendo en ellos y desde luego no defraudó. La tarde inaugural fue todo un espectáculo, pero el resto de los días no decepcionó lo más mínimo. César se había colocado en la cúspide de la pirámide.

A finales del verano, Niger seguía muy preocupado por mi estado de salud. Tanto que, cuando llegó el momento de partir de nuevo con César fuera de Roma quiso impedirme que fuera con ellos. Pero en modo alguno lo hubiera consentido. Es cierto que estaba débil, y que me encontraba con poco espíritu, pero esperaba que el ambiente marcial y la disciplina acabaran con todos mis males. Además, César se marchaba al sur y allí la temperatura era más fresca que en pleno corazón de Roma. Entre el propio César, Mecenas y Agripa terminaron de convencer a Niger. César incluso consintió en que yo tuviera una dieta algo más ligera que el resto y me comunicó que había ordenado a los cocineros de su destacamento que preparasen a diario caldos para mí, dejando a un lado las pesadas aunque nutritivas y saciantes gachas de trigo.

La razón de nuestra marcha no era otra que la de buscar hombres. Nuevos reclutas para el ejército de César con los que hacer frente a Marco Antonio, que se había hecho dueño y señor de toda Italia después de haber echado, o dejado marchar, a todo aquel que pudiera hacerle sombra. Todos los llamados libertadores estaban fuera de la península itálica. La mayoría se había marchado a Oriente, como Cayo Trebonio, que fue nombrado gobernador de Siria, cargo que finalmente ocupó Publio Cornelio Dolabela. O Cayo Casio Longino, que ya ejercía su cargo como administrador y encargado del aprovisionamiento de grano de la provincia de Asia. Sin embargo, había otros asesinos que se encontraban más cerca. Tal era el caso de Marco Junio Bruto, que, a pesar de ostentar el cargo de pretor urbano, se encontraba al sur, en Sicilia, ocupando el mismo cargo que su amigo Casio pero en esta estratégica isla. Décimo Junio Bruto estaba al norte. Fue nombrado gobernador de la Galia Cisalpina pero, tal y como Dolabela quebró las aspiraciones de Trebonio en Asia, Marco Antonio hizo lo propio con esta provincia limítrofe con Italia, arrebatándole el puesto a Décimo Junio Bruto.

A pesar de haber sido nombrado por el Senado gobernador de Macedonia, Marco Antonio prefirió subir hacia el norte y eliminar del mapa a Décimo Junio Bruto. Debió de sentirse más seguro así, ya que en Macedonia aún aguardaban las seis legiones con las que César se formó dispuesto a acompañar a su tío abuelo a la guerra parta. En su lugar envió a su hermano Cayo Antonio con la orden de que trajese de vuelta a la Galia Cisalpina cinco de esas legiones, que allí acampaban a la espera de órdenes, dejando solo una en manos de Dolabela. Aquella maniobra no ayudó a resolver la tensión entre

César y Antonio, que ya se sumaba al hecho de que Antonio se pasease por Roma, antes de marchar al norte, junto a un nutrido grupo de centuriones veteranos que había convertido en su guardia personal.

Todos se marchaban, pero uno regresaba. Marco Tulio Cicerón vio el camino libre para volver a su añorada Roma cuando Antonio emprendió rumbo hacia el norte. Regresó con la pluma y la lengua bien afiladas, despachándose a gusto en el Senado en contra de Antonio. César no podía quedarse de brazos cruzados, así que tomó la decisión de emprender camino al sur, en busca de refuerzos. Fue entonces cuando Niger y yo decidimos acompañarlo. Nos encontrábamos preparando el equipaje cuando nos sorprendió la visita de un abogado que venía en nombre de mi prima Claudia.

—Marco —entró Niger a mi habitación con cautela, tanta que imaginé que algo horrible había sucedido—, un abogado, de parte de tu prima, quiere verte. No me ha dicho más pero su tono no me ha causado buena impresión.

—¿Quién es? ¿Ha dicho su nombre?

—No. Será mejor que vayas. No tenía cara de buenos amigos.

Aquel misterioso individuo me esperaba en el *tablinum*, al que entré desde el peristilo. Las cortinas volaban por la corriente de aire y pude ver al hombre antes de tenerlo frente a mí. Su cara me resultaba muy familiar. Tanto que decidí no prolongar más la espera y entrar en la sala. Mis andares eran pesados porque me costaba mover el exiguo cuerpo en aquellos días. Estaba delgado y probablemente demacrado.

—Marco Claudio Marcelo —saludé—. ¿Qué quieres de mí?

Vi cómo le cambiaba el rictus. Tanto que palideció.

—¿Ocurre algo? —pregunté mientras me sentaba.

—No, Marco Claudio —respondió—. No me reconoces, ¿verdad?

—A decir verdad, tu rostro me resulta muy familiar —admití—, pero no sé de qué.

—Soy Aulo Numisio. Nos encontramos hace algunos años en el foro de tu ciudad, Corduba. Yo era un aprendiz de abogado que acompañaba al gobernador Cayo Trebonio.

—Ya recuerdo… un aprendiz de abogado al que casi echan a patadas de la basílica de Corduba —sonreí con la mirada perdida.

—Ya no tengo nada que ver con Cayo Trebonio —aclaró para no dejar duda—. Hace años que trabajo por libre —se aclaró la garganta.

—Ya veo… ahora mi prima Claudia es uno de tus clientes —dije.

—En realidad mi cliente era su esposo, Lucio Trebelio.

—¿Era? ¿Acaso ya no lo es?

—No, desde que falleció hace un par de días —abrí los ojos denotando sorpresa—. Marco Claudio, ¿no sospechas por qué he venido?

—Ni la más remota idea, Aulo Numisio.

—Bien… —el abogado se mantenía de pie frente a la mesa tras la que yo

estaba sentado. Miraba al suelo como buscando la mejor forma de decir aquello que tenía que decir—, Lucio Trebelio ha muerto envenenado y estoy aquí porque Claudia, su esposa, te acusa del asesinato.

Capítulo 40

Más hombres para César

Roma, finales de septiembre del 44 a. C.

—Ten por descontado que la viuda de Lucio Trebelio no sabe que he venido a visitarte —comenzó a argumentar Aulio Numisio después de comunicarme la fatal acusación—. Yo solo quiero ayudarte, Marco Claudio —hizo un gesto con los brazos y lo invité a acomodarse en una de las dos *sellae* que se disponían al otro lado de la mesa. Él aceptó y comenzó a sentarse mientras seguía hablando—. Cuando ella me dio tu nombre, yo lo recordé de aquella vez en Corduba. ¡Cómo olvidarlo! Por aquellos días habías formado una revolución en Hispania Ulterior para acabar con Quinto Casio Longino. Sin embargo, aquel día que tuve que salir corriendo de la basílica, fuiste tú quien me ayudó mientras todos los demás se reían de mí. Y yo esas cosas no las olvido nunca. Por eso estoy aquí. Solo quería ponerte en sobreaviso. Pero…

—Habla claro, Aulo Numisio —le insté tras su breve titubeo.

—Cuando he llegado a esta casa he visto cosas que no me han gustado.

—¿Qué no te ha gustado? Por favor, no te andes con rodeos.

—Me ha abierto la puerta Laurentio, el antiguo mayordomo de la casa de Lucio Trebelio. No le he dado demasiada importancia hasta que te he visto aparecer.

—¿Qué ocurre? ¿Qué tiene que ver un esclavo conmigo?

—Estás demacrado, delgado, sin fuerzas… Parece que has envejecido diez o veinte años de golpe. Igual que le sucedió a Lucio Trebelio.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que ya sabes lo que quiero decir —Aulo Numisio apretó los labios y se preparó para soltar aquello que pensaba—. Intuyo que tú también puedes estar siendo envenenado.

—¡Por todos los dioses! —me levanté de un respingo y Niger apareció en el *tablinum* al momento—. ¿Qué barbaridad estás diciendo?

—¿Ocurre algo, Marco? —inquirió Niger asomado desde el peristilo a través de la cortina.

La decisión de marcharme con César al sur estaba más que meditada y tomada. Sé que a Niger le seguían asaltando las dudas pero, después de que Aulo Numisio nos contara sus pesquisas, fue él el primero en argumentar la necesidad de salir de Roma cuanto antes. Y lo hicimos al día siguiente. A pesar de mis escasas fuerzas, Niger y yo partimos solos con la idea de hacer parada en la villa de mis abuelos hasta que nos alcanzasen las tropas de César. Sería cuestión de un par de jornadas o quizá tres. La primera decisión que tomamos fue que no probase bocado. Me negaba a pensar que Laurentio pudiera haber estado añadiendo alguna sustancia ponzoñosa a los caldos que tomaba a diario, aunque ya no confiaba en nadie. Él llegó a casa de parte de Polión. Nada sabía yo acerca de que este esclavo hubiera estado trabajando para Lucio Trebelio. Que los dioses me perdonen, pero llegué a sentirme tan conmocionado que hasta sospeché del bueno de Niger. Al fin y al cabo, él estaba conmigo a todas horas. Con cierto recelo, provocado por no saber de dónde venía el ataque, nos marchamos. Y Laurentio se quedó dispuesto a dirigir los avatares de aquella *domus*.

El trayecto lo hicimos en carro, por mi comodidad, aunque tanto traqueteo terminó por desquiciarme. Niger hacía parte del camino conmigo y parte a pie, junto al carro. Durante el trayecto tuvimos ocasión de hablar de numerosos asuntos. Conversábamos y filosofábamos. Niger se dispuso a ser mi ayuda de cámara y me ordenó prácticamente que no comiera nada que no me ofreciese él mismo, no sin antes jurarme por Júpiter y Marte que él jamás me intentaría envenenar o hacer ningún tipo de daño. Terminé por creerle. Qué otra cosa podía hacer. Al fin y al cabo, era mi amigo desde hacía años. En aquellos días de trayecto salieron a relucir los tiempos en los que nos conocimos, cuando yo formaba parte del ejército del gobernador de Hispania Ulterior, Quinto Casio Longino, justo antes de que mi cuestorado se convirtiera en aquella locura contra el general. Nuestra incipiente amistad se vio completa por la presencia de Indo, que nos abandonó prematuramente. Con el nombre de Indo salió el de mi hermana, Marcia. Ambos hablamos largo y tendido sobre los posibles lugares a los que mi padre podría haberla llevado y la tozudez del mismo por no indicarnos dónde encontrarla. Me atormentaba la idea de no saber cómo estaba, si finalmente había tenido a su hijo y si ambos vivían cómodamente y bien.

—Sería un sueño encontrarla —comenté en alto este íntimo pensamiento tras un largo silencio. Mis palabras no provocaron otra cosa más que otro gran silencio.

—Para mí también sería un sueño, Marco —dijo Niger mientras jugaba con una hierbecilla que había cogido del camino. Estaba recostado en el carro, justo enfrente de mí. Pero no me miraba a los ojos. Estaba pensativo.

—¿Estabas enamorado de Marcia, verdad? —quise corroborar lo que ya imaginaba.

—Marcia es encantadora, Marco —me confesó—. Pero supe ver que sus ojos brillaban solo cuando Indo la miraba y di un paso atrás. —Aquellos días de verano, en los que organizábamos escapadas al campo, eran una delicia hasta que Indo apareció. Pero no le culpo a él. Cuando una chispa surge entre dos personas el fuego que crece entre ambos es imposible de apagar. Me resigné en silencio.

—Un matrimonio contigo no hubiera sido descabellado para mi padre.

—Supongo, amigo. Pero ella no me amaba a mí, aunque yo sí a ella. Yo habría intentado hacerla feliz por todos los medios, pero ella siempre me podría reprochar que yo no era su verdadero amor.

—Marcia habría aprendido a quererte.

—No si Indo hubiera seguido entre nosotros. Ella lo amaba.

—Pero ahora Indo no está.

—Por eso te digo ahora, Marco, que sería un sueño encontrarla —confesó —. A pesar del tiempo, de la distancia y de los avatares de la vida, creo que la sigo amando. No he conocido a otra mujer como ella. Y sería un honor para mí enamorarla, que me dejase estar a su lado cada día. Al suyo y al de su hijo, el hijo de Indo.

—No cabría en mí mayor felicidad, amigo. Pero no sabemos dónde está — suspiré abatido—. Cayo Asinio está ahora cerca de mi padre. Él es mi última esperanza.

—La encontraremos, Marco. Por todos los dioses que los encontraremos. A los dos, a Marcia y a su hijo. Y será decisión de ella si me quiere a su lado o no. Pero tú podrás volver a disfrutar de su compañía. Eso te lo juro por Marte, amigo mío.

Mis abuelos nos recibieron con los brazos abiertos. Fue una delicia saborear aquellos días de finales de verano en su villa de la Campania. Durante las tardes, lánguidas pero frescas, corría un aire con aroma marino que inundaba toda la vivienda, brisa que yo disfrutaba en mi lugar favorito, la enorme terraza con vistas al mar que mis abuelos tenían bellamente decorada con bancadas de mármol, esbeltas balaustradas y jardineras pobladas de elegantes y coloridas flores. Allí pasamos tres jornadas comiendo todo aquello que nos apetecía y, por fin, sin sentir una sola molestia estomacal. Parecía que finalmente había dado con el mal que me acechaba. Pero entonces otra duda me atenazaba. ¿Qué grado de afectación había llegado a ocasionarme la ponzoña en mi cuerpo? Supongo que solo un físico podría ayudarme a conocer tal menester. Pero eso sería más adelante, cuando estuviese recuperado del todo. Por lo pronto, me había propuesto recuperar el peso perdido y mi agilidad marcial. La tarea no se planteaba fácil, aunque no era imposible. El envenenamiento era la razón por la que siempre mejoraba cuando me alejaba de Roma… ¿Quién habría sido capaz de jugar conmigo de ese modo y llegar tan lejos?

Tres días. Solo tres días fue el descanso que César me permitió, ya que alcanzó la altura de la villa de mis abuelos por la Vía Appia justo la tercera jornada que Niger y yo pasábamos por allí. Como yo me encontraba bastante repuesto, no demoramos nuestra incorporación a sus filas, a pesar de la insistencia de mis abuelos para que nos quedásemos en casa varios días más.

Ya en camino, Agripa nos explicó la situación y cómo iban los reclutamientos. Quinientos denarios era la pequeña fortuna que César ofrecía a todos aquellos que se sumasen a su causa. Y su campaña, como era de esperar, estaba siendo todo un éxito. La suma de dinero, golosa para todos, unida a la promesa de venganza contra aquellos que acabaron con la vida del gran Julio César, lograron convencer a más de tres mil hombres. Aquel ejército ya parecía otra cosa, aunque César quería más. Necesitaba más.

—Bien, César, mis felicitaciones —dijo Agripa en tono relajado, reclinado en uno de los *triclinium* dispuestos en el *praetorium* improvisado del nuevo campamento de César. Aquella noche teníamos mucho que celebrar—. Ya sumamos más de tres mil hombres. Y ha sido en tiempo récord.

—No hay tiempo que perder para doblar esa cantidad, mi querido Marco Vipsanio —le respondió César, implacable, recostado también en otra de las camillas mientras se acercaba a la boca un pequeño racimo de uvas. Niger y yo éramos meros observadores de aquella trivial conversación que se estaba produciendo en lo que parecía ser una cena informal entre amigos.

—Deberíamos regresar a Roma —apuntó Mecenas, siempre prudente—. Allí nos organizaremos mejor y sabremos cuáles son las intenciones de Antonio. Por aquí nadie más se sumará a nuestras filas. Hemos peinado la región entera.

—Me infravaloras, Cayo Mecenas —atajó César—. Yo sé dónde vamos a conseguir más hombres. Tengo mis informadores, ¿sabes? Y me acaban de comunicar que dos de las legiones que custodiaba Cayo Antonio en Macedonia para su querido hermanito ya han desembarcado en suelo itálico. Y dos más están a punto de hacerlo. Debemos llegar a Brundisium antes que Marco Antonio y hacer nuestros a esos hombres.

—¡Por todos los dioses, César! —espetó Agripa con aplomo, saltándose cualquier norma protocolaria—. Estamos hablando de hombres de Antonio.

César se incorporó de su camilla y comenzó a pasear por la tienda, hablándonos a cada uno de nosotros, convenciéndonos de que aquel robo de soldados era la mejor alternativa.

—Bien, aprovecharé que estáis aquí conmigo los tribunos de mis futuras legiones y algunos de los centuriones de las mismas. Las legiones IV y la XXXIII, denominada Martia, están recién desembarcadas en Brundisium. Y la II y la XXXV están a punto de hacerlo. Queda una quinta legión que navegará en los próximos días. Todas ellas, escuchadme bien —César se sentó de nuevo en su camilla y comenzó a hablar sentado, encorvado y con los codos apoyados

sobre sus rodillas—, todas ellas fueron reclutadas por mi padre, Cayo Julio César, y enviadas a Macedonia para prepararse a fondo para la invasión parta. Yo mismo viajé con ellas, me instruí con ellas, desayuné gachas de trigo con ellas cada mañana y serví a Roma con ellas durante varios meses en Apolonia, a la vez que estudiaba oratoria y disciplina militar. Las conozco. Conozco a fondo a esos soldados como para saber que confiaban ciegamente en mi padre. Tan ciegamente que hubieran estado dispuestos a seguirlo hasta el mismísimo averno si él se lo hubiera pedido. Vi sus caras cuando llegó la noticia de su asesinato y participé junto a ellos en varios motines en los que exigían venganza con vehemencia y pasión. Y ahora, esas legiones pertenecen a Antonio. Y eso no es justo porque ese mentecato no desea suceder a mi padre. Solo quiere su dinero, a costa de acabar incluso con la propia Roma. A los soldados nos les ha quedado otra que conformarse. Al fin y al cabo, hasta donde ellos saben, Antonio era hombre de mi padre. Sin embargo, probablemente desconocen la realidad que acompaña a nuestro cónsul. Quizá no sepan que yo estoy luchando por conseguir lo que me corresponde por herencia en contra de su voluntad. Quizá no sepan que Antonio hace la guerra por su lado y que, lejos de defender los intereses de mi padre, solo desea encumbrarse y convertirse en lo que nunca llegará a ser por su simple y mediocre condición política. Todo lo quiere hacer por la fuerza pero ignora que lamente también es un arma, más poderosa aún si cabe que su gran brazo musculado. Seamos más listos que él. Vayamos a Brundisium y demos un giro a los acontecimientos. Hagamos que Antonio tenga que estrujarse los sesos para plantearse cómo continuar.

Las palabras de César lograron hacer el silencio. Aquello no parecía mala idea del todo. Descabellada, sí, pero quizá fuera la única solución para ganar hombres y neutralizar la subida exponencial de tropas que Antonio estaba consiguiendo allá por donde iba.

—Y bien —añadió César tras unos instantes en los que dejó madurar su idea en las cabezas de los allí presentes—. ¿Alguien tiene algo que decir? ¿A alguien se le ocurre otra idea mejor para reclutar más hombres afines a nuestra causa?

Nadie abrió la boca y la conversación en aquella reunión informal pronto siguió por otros derroteros. Era de esperar que se convocase una reunión de carácter ordinario para plantear tal cuestión, pero la noche acabó y Niger y yo marchamos hacia nuestra tienda. Pero no dormimos, sino que seguimos comentando las ventajas y desventajas, horas de sueño durante las que estuvimos madurando aquella descabellada pero brillante idea.

A la mañana siguiente, mientras el resplandor del sol recién salido animaba el campamento y ya se oían los primeros movimientos, me ocupaba de mis asuntos personales dentro de mi tienda cuando, sin previo aviso, en ella irrumpió Agripa.

—Marco Claudio —me saludó militarmente después de descorrer la cortinilla de acceso, sin preocuparse de avisar antes de entrar. Yo hice lo propio después de verme sorprendido mientras preparaba mi catre y terminaba de vestirme para la instrucción matutina—. César os espera en el *praetorium*. Cuanto antes —Agripa se volvió—. ¡Ah! Y es oficial. Por cierto, tienes correo.

Y me alargó un rollo lacrado con un sello que desconocía. Cuando Agripa se hubo marchado, desenrollé el correo y leí con estupefacción cómo se me citaba a comparecer en Roma antes de que acabara el año como acusado por homicidio en el asesinato por envenenamiento del senador Lucio Trebelio.

Capítulo 41

La embajada

Campania, 20 de octubre del año 44 a. C.

—Tribuno Marco Claudio Marcelo —dije a los centinelas que aguardaban en la entrada de la gran tienda de mando del campamento de César.

Ambos se abrieron y flanquearon mi paso. Yo mismo aparté una de las cortinas de acceso y penetré a la antesala de los aposentos de mi joven amigo. Allí me esperaban Agripa y Mecenas, los que rápidamente me invitaron a pasar a la parte interior del recinto privado de César.

—Buenos días, Marco Claudio —me saludó César nada más entrar, por delante de Agripa y Mecenas—. Agradezco la rapidez con la que has atendido mi llamada.

—Te saludo, general Cayo Julio César —respondí. Cuando fui a llevarme la mano derecha al pecho para saludar militarmente me di cuenta de que aún portaba el correo que me había entregado Agripa unos momentos atrás. Titubeé, me lo cambié de mano y por fin saludé a César.

—¿Qué traes ahí? —me preguntó con curiosidad—. ¿Algo para mí?

—No, mi general. Un correo personal que he olvidado dejar en mi tienda antes de venir hacia acá.

—Está bien, está bien… Toma asiento, Marco. Y llámame César. Al fin y al cabo, estamos entre amigos —se relajó de repente y se acomodó en una de las butacas que había alrededor de una mesa pequeña y redonda. A los demás nos invitó con un gesto a hacer lo mismo en el resto de asientos—. Imagino que no sabrás por qué te he hecho llamar, aunque, después de la conversación de anoche quizá tengas una buena pista. ¿Cómo ves la idea que propuse de hacernos con los hombres que Antonio está desembarcando en Brundisium?

—Una idea brillante, César —respondí secamente.

—¿No ves nada en contra? —me preguntó inquisitivo—. Mira que no existe el plan perfecto… quiero que mis hombres me digan la verdad. Quiero que todos me seáis absolutamente sinceros.

Agripa y Mecenas callaban y alternaban su mirada entre el suelo y el

propio César. Yo los miraba también, buscando complicidad, algo a lo que me pudiera agarrar antes de decir lo que verdaderamente pensaba de aquel plan.

—Bueno… yo… —volví a titubear, aquello me había pillado por sorpresa —. Creo que es un plan excelente para conseguir hombres sin perder el tiempo buscando por toda Italia. Además, esas tropas eran fieles soldados de tu padre y muy leales a él. Como apuntaste, están con Antonio porque él era hombre de César. Pero, ¿qué mejor hombre de César que su propio hijo? Hay que abrirles los ojos y hacerles ver todo lo que Antonio te está haciendo para lograr que cambien de parecer y decidan venirse con nosotros. Sin embargo —aquí me detuve. No tenía miedo de plantear una laguna a un plan que parecía perfecto, sino que no sabía bien cómo hacerlo para que se tomara en cuenta. Me armé de valor y continué—. Sin embargo nos podemos encontrar con la negativa de estos hombres. Su lealtad les puede llevar a negarse a cambiar de general así, por las buenas.

—Efectivamente, Marco, ya habíamos pensado en ello. Por eso hay que hacerlo todo con suma discreción, sin levantar la liebre y sin que nadie, de aquí al norte, sepa cuáles son nuestras intenciones. Necesito un agente —añadió dando a entender que su plan estaba perfectamente trazado y que solo necesitaba un brazo ejecutor—, un buen agente que me sea fiel, que viva nuestra causa y que tenga gran capacidad de persuasión y dotes de mando. Yo marcharé a Roma para no levantar sospechas y comenzar a reorganizarnos cerca de allí. Obviamente, Cayo Mecenas y Marco Vipsanio han de regresar conmigo. Tengo más hombres de confianza, pero ninguno que cumpla con los requisitos del que necesito mejor que tú, Marco. ¿Qué me dices? ¿Serías mi agente personal en Brundisium? ¿Podrías sumar a nuestros tres mil hombres cuatro legiones más?

Me quedé sin palabras, sorprendido por la confianza que César depositaba en mí y por la envergadura de la misión que me encomendaba. Agripa y Mecenas sonreían, a sabiendas probablemente de la oferta que César iba a poner encima de la mesa. Ellos estaban en connivencia con el general. Ya lo habían hablado antes y estaban de acuerdo en que yo fuera el enviado especial a Brundisium.

—Vamos, Marco, dinos algo —me insistió César con su cautivadora sonrisa en los labios—. Estás mucho más repuesto. Ya casi rellenas esa coraza de cuero de tribuno, tus mejillas han recuperado su color y parece que tus piernas están fuertes y estables. No veo por qué no ibas a ser el perfecto embajador de nuestra causa. Además, no es una misión peligrosa. No te enfrentarás a ningún enemigo. Tu trabajo consistirá únicamente en parlamentar con nuestros amigos y traerlos conmigo. Será más fácil de lo que piensas. Y Antonio está en el norte de Italia. Ante la ausencia del cónsul, las tropas se sentirán menos presionadas a la hora de tomar una decisión. ¿Qué dices?

Estaba realmente abrumado. No sabía qué era lo mejor para mí pero debía decir algo.

—Está bien, César —solté sin pensarlo dos veces. No estaba convencido, pero me sentí obligado—. Puedes contar conmigo para esta embajada.

—¡Magnífico! —gritó César alzando las manos por encima de su cabeza —. Os dije que contaríamos con él. Podrás llevarte a tus hombres de confianza, pero no quiero que seáis demasiados. No hay que llamar la atención. Partirás hoy mismo y en los próximos días nosotros nos marcharemos a Roma. Estas son las condiciones que tienes que ofrecerle a Lucio Papio, centurión de la legión XXXIII Martia —me extendió un trozo de papiro doblado. Aquello, sin duda, fue una emboscada—. Lucio Papio fue un hombre al que conocí bien en mis meses en Apolonia y con el que entablé una amistad sincera y leal. No hará nada en contra de ti, aunque tendrás que ganártelo. Su lealtad está fuera de duda. Y ahora, por todos los dioses, ¿no nos vas a contar que pone en ese dichoso rollo de papiro que aprietas como si te fuera la vida en ello?

—Niger, prepara tus cosas, nos vamos.

Niger comía una manzana en la puerta de nuestra tienda después de haber realizado la instrucción militar matutina. Su postura relajada, con una pierna estirada sobre el suelo y la otra doblada, sobre la que apoyaba el brazo que sostenía la fruta, ni siquiera se inmutó cuando pasé veloz a su lado. Estaba iracundo.

—¿Dónde demonios te habías metido? —mi amigo estaba confuso y algo sorprendido por mi repentina desaparición. Supongo que también preocupado porque había faltado a la instrucción. Entró detrás de mí a la tienda y continuó hablando en tono de reproche mientras yo echaba una muda y mis útiles al *sagum*—. Tres tribunos me han acompañado hasta aquí para ver con sus propios ojos que no te habías quedado dormido. ¡Puede caerte un buen castigo por esto! Si César llega a enterarse de que…

—César no va a hacer nada en contra mía porque precisamente estaba con él —le interrumpí—. Me ha encomendado un viaje y una misión. ¿Quieres venir?

—¿Adónde? ¡Por todos los dioses! —exclamó abriendo los brazos entre divertido y exasperado—. ¡Contigo no hay quien se aburra!

—A Brundisium —el gesto de Niger cambió por completo. De pronto comprendió lo que significaba aquel viaje.

—No puede ser…

—Sí. Puede ser. Y tengo que partir hoy mismo. Puedo llevar conmigo a mis hombres de confianza y a varios caballeros de escolta de una de las mejores *turmae*. Pero no podemos ser más de cinco o seis, a lo sumo. ¿Te vienes o no?

—Claro, amigo —me respondió—. Nunca he fallado a tu lado por

peligroso que haya sido el camino. Esta vez tampoco te dejaré solo.

Y antes de que el sol del mediodía inundase con su luz cenital la Campania italiana, un grupo de seis jinetes partimos del campamento, instalado en las cercanías de Formia. La manera más cómoda de viajar era tomar un barco en el puerto de Formia y viajar hasta Brundisium bordeando toda la costa oeste y sur de Italia para subir hasta la ciudad por la cara este. Sin embargo, César estimó que esta fórmula era menos segura y que nos llevaría el mismo tiempo que atravesar la península a caballo. De aquella manera, además, podríamos acortar los días de trayecto cabalgando un poco más de lo estipulado cada jornada. Tras comprobar que mis fuerzas estaban plenamente restablecidas, esa misma tarde partimos de Formia rumbo a nuestro destino, al otro lado de la península itálica. Apenas sin descanso y con el sol de poniente calentándonos la espalda llegamos antes del anochecer a Teanum, donde hicimos noche. No siempre íbamos a tener la suerte de poder descansar en una fonda y cenar caliente, así que no desaprovechamos la oportunidad. Antes del alba, estábamos de nuevo sobre nuestras monturas para continuar con el viaje que nos llevaría algo más de siete días. Ya había pasado el primero, pero aún quedaban millas por recorrer y ciudades por las que pasar. La segunda noche la pasamos a la intemperie. Cierto era que el otoño languidecía por aquellas zonas más lentamente y que las temperaturas no eran del todo desagradables pero, al caer la noche y no encontrar el abrigo de un techo, el frío invadió nuestros cuerpos y apenas si pudimos pegar ojo. Al día siguiente, hicimos una parada a las puertas de Benevetum, donde abrevaron los caballos y nos pertrechamos con alimentos del lugar que nos ayudaron a sobrellevar la larga marcha que aún quedaba por delante. Cuando la tarde ya caía nos alejábamos de los muros de Aequm Tuticum a sabiendas de que nos esperaba otra noche a la intemperie. Según el plano que me había dado Agripa, la distancia entre Aequm y la siguiente ciudad, Herdoniae, era de un día de marcha a caballo, por lo que difícilmente íbamos a poder recorrer la distancia que nos quedaba hasta allí en lo que restaba de jornada. Al ser otoño, las horas de sol eran las más cortas del año, y esa circunstancia jugaba claramente en nuestra contra. Tocaba, por tanto, una noche más bajo las estrellas. Sin embargo, y para contrarrestar las largas y frías veladas que llevábamos encima, programamos para el siguiente día cabalgar algunas millas más para así recortar la distancia entre Herdoniae y Canusium. Por fin pudimos parar en una fonda y recuperar el aliento bajo el techo de aquella posada, que nos pareció más que acogedora. Quedaba lo peor de nuestro camino. Desde Canusium hasta Brundisium solo pasaríamos por Barium y estaba a más de una jornada. Aunque lo cierto es que ya nos encontrábamos muy próximos a la costa y las temperaturas se habían atemperado lo suficiente como para no recrudecer más de lo debido el final de nuestra marcha. Dos noches más a la intemperie y por fin, en la mañana del séptimo día de viaje, alcanzamos a ver las murallas de Brundisium.

Por delante de ellas, una inmensidad de tiendas. Los soldados de Antonio habían levantado varios campamentos para albergar a los miles de hombres de las antiguas legiones de César que ya habían regresado de Macedonia, ahora, bajo el mando del cónsul Marco Antonio. No era nuestro destino adentrarnos en la ciudad, sino descubrir en cuál de aquel mar de tiendas se encontraba Lucio Papio. La misión no iba a ser fácil. Por lo pronto, intentamos que alguien nos diera cobijo en alguna de las fortificaciones. Estaba claro que debíamos mentir sobre el objeto de nuestra misión y no desvelar bajo ningún concepto nuestra condición de hombres de César. Siguiendo las instrucciones de mi general, de repente nos habíamos convertido en mensajeros de Marco Antonio, con un correo que dar en persona al centurión Lucio Papio. En ese mensaje, Marco Antonio pedía al centurión que se personase en Roma a la mayor brevedad para recibir instrucciones. Teníamos unos días para ganarnos su confianza y la de los suyos y, cuando estuviese listo para, supuestamente regresar con nosotros a la capital, contarle nuestras verdaderas intenciones y ver cuál era su reacción. Si Papio aceptaba, se convertiría en la llave que necesitábamos para entrar en el campamento y convencer al resto de la tropa. Si no, debíamos haber jugado bien nuestras cartas como hombres de César para que nos dejase marchar sin intentar prendernos y convertirnos en prisioneros y rehenes del cónsul.

No era fácil pero tampoco imposible lograr nuestro objetivo. Había que ponerse manos a la obra a la mayor brevedad.

Capítulo 42

Lucio Papio

Brundisium, 27 de octubre del año 44 a. C.

—Así que mensajeros del cónsul —Lucio Papio nos miraba inquisitivamente mientras tocaba la incipiente barba que crecía en su rostro. Hablábamos en su tienda del campamento general, después de haberlo localizado en el puerto de Brudisium—. Es extraño, justo esta mañana hemos recibido correo oficial y nada de esto se nos ha avisado.

—Esta es una convocatoria urgente, centurión —insistí ante las dudas que presentaba Papio.

—Sí, sí, lo entiendo. Pero no comprendo del todo por qué el cónsul me hace llamar a mí, justo a mí, que ni siquiera lo conozco en persona, en vez de tratar con un tribuno directamente. Yo solo soy el *primus pilus* de la legio Martia. Hay muchos oficiales en Brundisium por encima de mí.

—Ese es el mensaje, centurión Lucio Papio —intenté cortar sus dudas de una vez por todas—. Nosotros no sabemos nada más. Ni siquiera se nos ha entregado un correo para ti. Solo nos han indicado la urgencia para la entrega de esta convocatoria.

—¿Y cuándo debería partir? Supongo que puedo que avisar a mis superiores. Aunque la convocatoria provenga directamente del cónsul, él no está aquí y me debo a los tribunos de mi legión.

—Debemos partir cuanto antes. Pero si necesitas tiempo, no tenemos problema en dejarte unos días —nada se me había dicho sobre informar a otros centuriones y tribunos de la supuesta nueva misión de Papio. Así que intenté impedir que su marcha causara demasiado revuelo—. Sin embargo, Lucio Papio, me temo que no es muy conveniente airear tu marcha, puesto que esta es una misión discreta.

—Bien, bien, bien —Lucio Papio volvía a tocarse la barbilla y a pasear de un lugar a otro de su no demasiado amplia tienda—. Me echarán de menos. No puedo desaparecer sin más. Además, alguien deberá quedarse en mi lugar como *primus pilus* de la legión XXXIII. Sí, necesito unas horas para prepararlo

todo. Mientras, podéis instalaros en una tienda de la fortificación que ahora se os indicará. Marchad con tranquilidad a Brundisium. Id a las termas y regresad para la hora nona, justo antes de la cena. Compartiremos gachas de trigo y un trago de buen vino antes de irnos a dormir.

Y así lo hicimos. Después de siete jornadas de intenso viaje atravesando la península itálica, bien que nos merecíamos reconfortar nuestros maltrechos cuerpos con una buena sesión de baño y masaje en las termas. No tuvimos que buscar demasiado ya que encontramos unas justo a la entrada de la ciudad, como es habitual en la mayoría de las poblaciones romanas. No eran termas de gran lujo y sofisticación, pero lo suficientemente acogedoras como para hacernos sentir relajados por primera vez en tantos días. Una *natatio*, no de muy grandes dimensiones, permitía que una docena de hombres pudiera sumergirse en sus aguas con comodidad. No lo pensamos, a pesar de que estábamos a finales de octubre, y nos metimos en ella. El día era templado para la época del año en la que nos encontrábamos. Además, estábamos en el sur de Italia y aún el frío no se había dejado notar. Cuando, tras el baño reparador, Niger y yo llegamos al *tepidarium*, tres hombres disfrutaban ya de las aguas semicalientes de aquella piscina. Saludamos y nos introdujimos en el agua. Todo era silencio. Yo me senté en la bancada de la *natatio*. El agua me llegaba a la altura del pecho. Saqué mis brazos y los extendí en el borde de la piscina. Eché la cabeza hacia atrás e intenté no pensar en nada más que no fuera la descongestión que ya comenzaba a sentir en mis pies, piernas y torso. Pero aquella inmensa sensación de tranquilidad solo duró unos instantes. Enseguida, uno de los jóvenes que retozaba en el agua como yo comenzó a hablar.

—Dicen que el joven Octavio terminará peleando contra el cónsul.

—Es un engreído —le contestó otro de los que estaba en el agua. Yo alcé mi cabeza y, aunque no pensaba entrometerme en aquella conversación, tampoco estaba dispuesto a perderme ni un solo detalle de lo que allí se dijera. Niger pareció leerme el pensamiento y también levantó su cabeza del borde de la piscina. Sus cejas se arquearon como cuando un cervatillo alza sus orejas para ponerse alerta. Nos miramos y, sin articular palabra, nos entendimos a la perfección.

—¿Por qué dices eso? —comentó el tercero—. Yo lo conocí cuando estuvo con nosotros y no me pareció un mal crío. Todo lo contrario.

—Digo que es un engreído porque quiere enfrentarse al mismísimo Marco Antonio con apenas cuatro hombres mal contados. No llegará a nada.

—Bien saben los dioses que el cónsul no es hombre de mi confianza. Nada de lo que se comenta sobre él es de mi agrado y lo peor de todo es que le pertenecemos.

—Es nuestra obligación.

—Hay una herencia de por medio que el pobre Octavio no puede cobrar

por culpa del cónsul. Lo veo tan joven e indefenso que me causa hasta ternura.

Lo vi claro. Era el momento de intervenir, de sondear hasta dónde estarían dispuestos a llegar aquellos hombres por salvaguardar la figura endeble y de poco espíritu que para ellos tenía el joven César y dejar de lado al antiguo *magister equitum* que tantos quebraderos de cabeza le había causado a su adorado Julio César.

—Disculpad que me entrometa en vuestra conversación —empecé a hablarles como quien no quiere la cosa—, pero me gustaría añadir que no creo que el joven César, como ahora se hace llamar, se encuentre tan mal pertrechado. Cada vez son más los hombres que forman parte de sus tropas. Está siendo muy generoso y sus dádivas están dando resultados increíbles.

—¿Y tú cómo sabes tanto? —me espetó uno de ellos—. ¿Se puede saber quién eres?

—Soy Cayo Licinio, legionario de la XXXIII, la Legio Martia —mentí descaradamente, dándole una pista a Niger para que fuera pensando un buen nombre por si le preguntaban a él también—. Bueno… tengo grandes amigos en Roma que me informan por carta de las últimas novedades. Al parecer, hace algunas semanas que César suma ya más de tres mil soldados dispuestos a darlo todo por él. Cifra que seguro que, con el paso de los días, habrá aumentado considerablemente. No sois los únicos a los que Marco Antonio causa cierta repulsa. Por ahora nadie ha desertado pero, con este desembarco de las antiguas tropas del viejo César en la península, se espera un gran traspaso de hombres de un ejército a otro.

—¡Bah, tonterías! —contestó rápidamente uno de aquellos tres soldados —. Nosotros somos hombres de Roma, y a ella nos debemos. ¿Y quién es Roma sino el cónsul? No tenemos elección. Hasta que Octavio sea cónsul, nosotros nos debemos a Marco Antonio.

—¿Quinientos denarios no te harían pensártelo? —pregunté sin más rodeos.

—Vaya… es generoso este jovencito.

—Yo me iría con él —confesó al fin el tercero—. Y me consta que muchos hombres de mi cohorte también lo harían. Y supongo que no seríamos los únicos.

—Marco Antonio nunca lo permitiría.

—Quinientos denarios bien valen como para arriesgarse a enfadar un poquito al cónsul. Ja ja ja —rio abiertamente junto a sus dos compañeros. Niger y yo nos sumamos con una sonrisa a aquel momento de hilaridad. Habíamos descubierto que aquellas tropas no confiaban en Antonio y que no sería demasiado difícil convencer a un gran número de hombres para que se viniesen con nosotros.

En ese ambiente de confianza, a punto estuve de confesar la verdad de nuestra misión, pero me contuve. Las órdenes eran pasar primero por Lucio

Papio y no debía saltármelas. Los soldados salieron del agua con sus pieles entumecidas por el rato de baño mientras que Niger y yo permanecimos dentro. En ese mismo instante llegaron varios caballeros de nuestra escolta y todos nos sumergimos de nuevo con más relajación.

Al acabar con nuestra sesión de baño y masaje, y ante la perspectiva de que aún quedaban más de dos horas para la cena, decidimos salir a pasear por Brundisium. El recorrido que hicimos por la ciudad fue agradable. Al atardecer, llegamos el puerto, donde comprobamos, muy sorprendidos, que ya estaban desembarcando las legiones II y XXXV, procedentes de Macedonia. Aquello eran buenas noticias para nosotros. Al día siguiente dos legiones completas más estarían por fin en Italia y habría diez mil soldados más a los que convencer. Pero necesitábamos tiempo. Debían desembarcar e instalarse a las afueras de la ciudad, en otro campamento que tendrían que levantar aquella misma noche. Ojalá Lucio Papio no hubiera tenido suficiente tiempo como para hablar con sus superiores y prepararlo todo para su partida.

La velada junto a los centuriones y algunos tribunos de las legiones Martia y IV fue agradable. Nadie habló de César ni de la posibilidad de una deserción masiva. De lo único que se habló fue de las nuevas tropas que estaban llegando y de la dureza del viaje en barco. Algunos tribunos se animaron a contar anécdotas de batallas pasadas y viajes no tan placenteros como estaban planeados en un principio. Nos fuimos a dormir a la tienda asignada con la seguridad de que nadie, absolutamente nadie, sospechaba de nosotros.

Brundisium, *kalendae* de noviembre del año 44 a. C.

Las *kalendae* de noviembre fue el día que acordamos con Lucio Papio que fuera el de nuestra supuesta partida hacia Roma. Todo lo había organizado con suma discreción. Papio consiguió hablar con un tribuno de su confianza y le contó el objeto de nuestra misión. Este se hizo cargo sin hacer demasiadas preguntas y nombró un *primus pilus* accidental para lo que durase la ausencia de Papio en el campamento. Con todo preparado, habíamos quedado en partir en el momento que amaneciera.

Mi plan consistía en avanzar todo lo posible en una jornada, llegar a Barium o a sus cercanías y allí, a una distancia más que prudencial de Brundisium como para evitar la huida del centurión, contarle toda la verdad. Los nervios me invadían por dentro pero no podía dejar que traslucieran. Niger y yo salimos a la puerta de la tienda con nuestros *sagi* preparados. Cuando no habíamos dado ni tres pasos rumbo a las cuadras para recoger a nuestros caballos y los de la escolta, vimos a un grupo de soldados que corrían en dirección este gritando como poseídos que el cónsul estaba a las puertas del campamento. Niger y yo nos miramos entre aturdidos, sorprendidos y

preocupados. Por nuestra izquierda venía otro grupo de hombres. Tras ellos, uno más algo rezagado que logré alcanzar por el cuello de su túnica hasta que lo paré.

—¿Qué demonios ocurre, soldado? —pregunté apretando los dientes mientras lo asía con toda la fuerza que podía extraer de mis brazos. El soldado comenzó a titubear.

—El cónsul, el cónsul está en la puerta del campamento —respondió.

—¿Lo has visto con tus propios ojos o alguien te lo ha dicho? —Le inquirí, aún sin soltarlo.

—Lo he visto, tribuno —me aseguró—. Lo he visto yo mismo.

Solté a aquel soldado y salió corriendo en dirección al *praetorium*, adonde todos parecían correr aquella mañana salvo nosotros. Niger y yo nos miramos.

—¿Qué hacemos, Marco? —me preguntó con la cara desencajada.

—Vayamos a por nuestros caballos e intentemos salir por la puerta norte. Debemos escapar de aquí cuanto antes.

Y corrimos. Volamos por el campamento a sabiendas de lo que nos esperaba si alguien nos descubría antes de que pudiéramos salir por una de las puertas de aquella enorme fortificación. La visita del cónsul Marco Antonio era absolutamente inesperada para todos. Por supuesto para nosotros pero, al parecer, también para los suyos, que no tenían ni la más remota idea de que su líder viajaba al sur de Italia para pasar revista a las tropas recién desembarcadas.

Nadie se percató de que corríamos a contracorriente. La histeria se había apoderado del campamento y hombres medio desnudos, otros con el uniforme en la mano y otros perfectamente pertrechados proferían gritos mientras intentaban esquivarse unos a otros. El cónsul estaba a las puertas y, aunque todo debía estar en perfecto estado de revista, la premura los sorprendió a todos.

Por fin llegamos a las cuadras. Allí nos encontramos con el resto de la escolta que nos había acompañado a Brundisium. Les indiqué la necesidad de salir cuanto antes de allí y todos asintieron de acuerdo conmigo. Así que nos dirigimos de inmediato, aunque de manera discreta y tranquila, hacia la puerta norte, donde, si los dioses lo permitían, encontraríamos la libertad. Había que salir de allí, pero me atenazaba la idea de no haber conseguido concluir la misión que se me había encomendado. Estaba rabioso y me sentía impotente. Por mi mente cruzaban mil posibilidades de resolver aquella situación antes de partir de Brundisium con las manos vacías. Pensé en buscar a Lucio Papio para contarle toda la verdad. Estaba desesperado y buscaba una solución también a la desesperada. Pero Lucio Papio estaría entonces preguntándose quién era yo y qué quería realmente.

La puerta norte del campamento estaba a la vista, cerrada y bien guarnecida por los centinelas de guardia. El sol ya había despuntado por el

horizonte, iluminando los rostros de los legionarios que nos miraban desde lo alto de la torre de vigilancia y destellando con especial énfasis en la parte izquierda de sus cascos. Nosotros esperamos sin más a que las puertas se nos fueran abiertas, pero nada de eso ocurrió. Los centinelas apostados junto a ellas no movieron ni un ápice su estudiada postura de vigilancia. Aquello nos desconcertó pero, antes de que pudiera dirigirme a alguno de ellos para ordenarle desde mi cargo de tribuno que abriese las puertas del fortín, Lucio Papio salió de la puerta de entrada a la torre seguido de una decena de legionarios bien armados y con cara de pocos amigos.

—¿Adónde vais, Marco Claudio Marcelo? Os habéis olvidado de mí —me espetó Papio mientras caminaba lentamente hacia nosotros—. ¿Quién eres, tribuno? Baja del caballo —me ordenó y yo obedecí mientras seguía hablando —. Sé que no tengo el rango suficiente como para darte órdenes pero nadie va a salir de este campamento por ahora. Y menos, alguien que no pertenece a ninguna de las legiones que aquí se acantonan. Y, por todos los dioses, ¡contéstame! —gritó—. ¿Quiénes sois?

—Centurión… —dije mientras miraba a un lado y a otro—, ¿podríamos hablar en privado?

El *primus pilus* de la legio Martia me miró con recelo pero finalmente aceptó.

—Entra aquí —con un gesto me invitó a pasar a una sala desde la que se accedía a la torre de vigilancia de la puerta norte del campamento. Una vez dentro, y a sabiendas de que estábamos a salvo de oídos indiscretos, comencé a relatar la verdadera intención de nuestro viaje.

—Verás, Lucio Papio… —titubeé a pesar de ser consciente de que no tenía mucho tiempo y de que Papio no me iba a conceder una segunda oportunidad—. No somos hombres del cónsul —miré a un lado y a otro pero la intensa penumbra que invadía aquella estrecha y húmeda sala poco me dijo sobre si podíamos o no estar siendo escuchados.

—Puedes hablar con tranquilidad, Marco Claudio —me indicó Papio. Yo, que no estaba del todo seguro, continué casi en un susurro.

—Somos hombres de César. Quiero decir, somos hombres del joven Octavio. Y tengo un mensaje para ti de su parte.

—¿Cayo Octavio te ha dado un mensaje para mí?

—Así es, Lucio Papio. Te recuerda con cariño de vuestros meses juntos en Apolonia y me ha instado para que te busque y comunique un mensaje urgente e importante.

—Habla, pues —Papio se mostraba distante y soberbio, como si hubiera descubierto a unos traidores y en su mano estuviera la potestad de decidir qué hacer con ellos.

—Como bien sabes, el joven César está reclutando un ejército para hacer frente a Marco Antonio. Supongo que de sobra son conocidos por ti los

motivos de disputa que separan a ambos tras la muerte del dictador —Papio asentía con la mirada baja y su mano en la barbilla—. Él me ordenó que te pidiera que te unieras a su causa, que abandonases al cónsul y te sumes a su ejército, cada vez más grande y mejor pertrechado. Por supuesto, este enorme gesto de generosidad sería más que recompensado. Estamos hablando de quinientos denarios por cabeza para cada soldado raso y mucho, mucho más para centuriones y tribunos. Solo tendrías que hablar con los tuyos, y ellos con otros más, teniendo la precaución de ser discretos. No habría que avisar a todos, sino solo a aquellos que fueran de vuestra confianza. Se trata de reclutar a los hombres verdaderamente convencidos. El joven César no quiere traidores.

—¿Traidores? —me interrumpió Papio alzando la voz—. ¿Y tú vas a hablarme de traición? Fuera de mi vista, Marco Claudio. Por la amistad que guardo a Cayo Octavio os dejaré marchar sin que nadie más sepa la verdad de vuestra misión. Pero…

—Piénsalo, centurión —abogué por convencerlo como última opción. No me quedaba otra. Si me marchaba, no habría cumplido—. Piénsalo y mueve ficha por el hijo del dictador. Tú estuviste a las órdenes del gran Julio César. Lo conociste personalmente. Si le guardabas algún respeto, piensa que él ahora está presente en la figura de su hijo. César lo único que desea es recuperar lo que le corresponde y que el cónsul se niega a darle. No quiere sangre, no quiere guerra. Solo pretende lo que es suyo por derecho. Ven con nosotros y toma posición del lado del hombre más justo.

—El hombre más justo es el cónsul —me rebatió—. Cuando el joven César, como así lo llamas tú, sea cónsul, estaremos con él.

Y se marchó. Lucio Papio abrió la puerta de aquella oscura sala y el resplandor invadió la estancia, cegándome por completo. Yo también me encaminé hacia la puerta. Con los ojos entornados y el antebrazo tapándome en parte la cara descubrí con asombro que toda nuestra escolta, incluido Niger, estaban retenidos por hombres de Marco Antonio. También lo estaba Lucio Papio. Aquello no tenía sentido. Alguien debía haber escuchado nuestra conversación.

—Estáis detenidos por orden del cónsul, acusados de traición. ¡Andando!

Un soldado nos hizo caminar a todos a empellones y puntapiés hacia el centro del campamento. Niger me miraba angustiado. Papio me lanzó una mirada furibunda. No había escapatoria.

Capítulo 43

Una embajada de éxito

Brundisium, 1 de noviembre del año 44 a. C.

Los hombres de Marco Antonio no fueron los únicos que se enteraron de la conversación supuestamente privada que habíamos mantenido Lucio Papio y yo en aquella oscura y húmeda sala de la torre de vigilancia. El rumor de que el joven César daría quinientos denarios a todos aquellos soldados que se pasasen a su bando se extendió por todo el campamento con suma rapidez. Lo supimos porque pronto los detenidos por traición fueron muchos. Tantos, que se optó por solo apresar a los altos cargos, como centuriones, decuriones y tribunos que se hubiesen mostrado proclives a nuestra causa. Sin duda, y a pesar de lo preocupante de nuestra situación en aquellos momentos, eran buenas noticias.

A la espera de saber lo que el cónsul iba a decidir hacer con nosotros, la tienda en la que nos habían retenido se había llenado de soldados que gritaban y proferían alaridos en favor de César y su generosidad. Allí no cabía un alma. Los que llegaban nuevos contaban al resto cómo se había revolucionado el campamento. Niger y yo nos sonreíamos felices, aún sin saber cuál iba a ser nuestro destino final.

Al caer la tarde, nos sacaron a todos de la tienda en la que nos mantenían hacinados y nos llevaron a la plaza del *praetorium*. En lo alto de una tarima se encontraba el mismísimo cónsul, asistido por sus lictores y rodeado por sus tribunos de confianza. Allí descubrimos que el mismo campamento se había convertido en una cárcel, ya que el motín había sido generalizado. Poco tenía Marco Antonio que hacer contra la suculenta oferta que César había hecho a sus hombres.

—No soy hombre de muchas palabras y hoy no será una excepción —comenzó a parlamentar Marco Antonio. Su capa púrpura y el uniforme militar sobre aquella figura hercúlea lo dotaban de una imagen de fortaleza sobrenatural. Antonio era un hombre alto, de anchas espaldas y bien fornido. Aquel uniforme militar amplificaba aún más sus portentosas dotes físicas con

las que los dioses lo habían bendecido—. Todos los que permanecéis detenidos por traición habéis levantado un motín en mi campamento que no puedo consentir. Y supongo que la mayoría conocéis la pena del traidor. Retirad vuestras intenciones, arrepentíos y nadie morirá. ¡Hacedlo ahora, por Júpiter! —el cónsul gritaba, se desgañitaba—. ¡No era este el recibimiento que esperaba tras hacer millas y millas de camino para llegar a tiempo para recibir a mis tropas! Por todos los dioses, ¡retractaos! Es una orden. O empezareis a caer uno a uno. ¡Retractaos!

Estaba fuera de sí. Su ira se había convertido en furia extrema. Pero ni siquiera eso consiguió que alguien se moviera. Nadie hablaba. Nadie se atrevía a dar un paso adelante. En mitad de aquel tenso silencio, se escuchaba correr la brisa marina por entre todos los que estábamos allí congregados. Llegó un sugerente olor a mar que tan solo consiguió aplacar mi angustia por unos instantes, ya que enseguida el valor de un centurión copó todas nuestras miradas y atenciones. El soldado dio un paso al frente y expresó en voz alta su intención de cambiarse de bando, aceptar la suculenta oferta de César y marcharse con él. Muchos, muchísimos soldados secundaron su atrevimiento con gritos hasta que Marco Antonio los mandó callar a todos.

—Sea —dijo de modo tranquilo—. Si esa es tu decisión, yo te informo ahora de la mía. ¡Lictores, guardia! Quiero las puertas de este campamento cerradas. Nadie debe salir de aquí sin antes haber sido pasado bajo el cuchillo. Y será delante de todos vosotros la primera ejecución. Este centurión no merece vivir por ser un traidor reincidente. ¡Atravesadlo con la espada!

El centurión intentó zafarse de los hombres que lo cogían por los hombros pero su empeño no tuvo éxito y, cuando uno de los lictores del cónsul se le acercó, supo que le quedaban tan solo unos instantes de vida. Yo no quise mirar aquello pero el grito ahogado de todos los que estaban allí me anunció que la ejecución se había perpetrado.

—¿Alguien más desea marcharse de aquí? —gritó Marco Antonio desde lo alto de la tribuna.

Tres, cuatro, seis, diez centuriones más dieron la cara por sus soldados y también salieron al frente. La guardia personal de Marco Antonio no podría con todos ellos. Yo empezaba a creer que nuestra victoria era posible y escondí una sonrisa amarga que se debatía entre el miedo a sucumbir ante los hombres de Marco Antonio y la posibilidad de escapar de Brundisium victoriosos y llegar ante César con la misión cumplida.

Lo que ocurrió en los siguientes momentos es difícil de describir con palabras. De repente, se formó un enorme tumulto que no dejaba ver quién era quién y quién iba en contra de quién. Todos blandían sus *spathae* pero nadie atacaba. Solo querían salir de allí. Los soldados empezaron a correr hacia las puertas del campamento mientras la guardia de Marco Antonio asestaba certeros y mortíferos mandobles a todo el que pillaba. Niger y yo nos zafamos

de nuestros centinelas e hicimos lo que el resto, correr. En la puerta norte, abierta de par en par en contra de las órdenes del propio cónsul, nos encontramos de nuevo con Lucio Papio, quien nos ofreció unos caballos para escapar de allí a mayor velocidad. Y así lo hicimos. Cabalgamos sin descanso hasta que la oscuridad de la noche se hizo nuestra aliada. Antes del amanecer ya estábamos en marcha de nuevo. Cuando llegamos a Barium por fin nos permitimos parar a descansar y poner nuestras ideas en orden.

En los días siguientes, y con la ayuda de Lucio Papio, nos encargamos de reorganizar las tropas, dispersas por la geografía más cercana. Reunir a las dos legiones que se habían decantado por César fue tarea fácil, solo que llevó algo de tiempo. El rumor de que el joven sobrino del general Julio César ofrecía quinientos denarios a cada nueva incorporación y cinco mil por el licenciamiento no pasó desapercibido. Nuestra misión comenzaba a tomar un cariz de éxito.

De regreso a Roma, con la mayoría de los hombres ya incorporados a filas, hicimos parada en las cercanías de Benevetum. Allí levantamos un campamento provisional para pasar la noche antes de continuar. Nos quedaban al menos tres jornadas de viaje a pie hasta la Urbe y los legionarios necesitaban descansar para poder continuar al día siguiente. No había prisa por llegar aunque tampoco debíamos ralentizar la marcha demasiado. César estaría ansioso por saber qué había sido de nosotros. Aquella misma mañana, antes del amanecer, recibí un correo oficial con el sello del propio César. Rompí despacio el sello y desenrollé el papiro. El mensajero se había marchado. No esperaba respuesta. Así que me tomé mi tiempo.

Al tribuno Marco Claudio Marcelo

Salud, soldado. Nos marchamos a Etruria. Las cosas por Roma no andan como esperábamos, o al menos como nos gustaría que fueran para nosotros. Si bien Marco Tulio Cicerón y el Senado nos permitieron entrar en la ciudad con los hombres que hoy me acompañan, allí nadie se mostró proclive a mi causa. No sé si es por miedo o por convicción, pero ningún senador parece mostrarme ningún afecto. No me lo tomaré como algo personal, pero no me siento seguro entre los muros de Roma y necesito más hombres. Desconozco cómo van tus negociaciones. Así que me he visto en la obligación de tomar una decisión rápida y de ahí nuestra marcha a Etruria.

Sobre lo tuyo, hay novedades interesantes que espero no se vean afectadas por las últimas circunstancias.

Marco Tulio Cicerón se comprometió conmigo a revisar tu asunto y defenderte en el juicio que aún está pendiente.

Por ahora, ha conseguido una prórroga para tu comparecencia. Supongo que nos mantendrá informados a través de Tiro, su secretario.

Vuelve amigo, regresa victorioso y prometo alzarte hasta la gloria. Nos encontramos en Etruria.

Un afectuoso saludo,

Cayo Julio César

Enero del año 43 a. C.

Nuestro encuentro con César fue alegre y grato. Aunque enviamos mensajeros con suficiente antelación, el sobrino del dictador no quiso creer lo que le habían afirmado hasta que lo vio con sus propios ojos. Finalmente llegué triunfante a Etruria con dos legiones completas, la IV y la XXXIII o Martia, unos soldados que llegaban henchidos de orgullo por encontrarse ya en manos de quien les había prometido tanto y además era hijo de su antiguo general, al que adoraban. Sin embargo, tuvimos que anunciarle que no conseguimos el triunfo con las legiones II y XXXV, ya que cuando nos marchamos a prisa estaban en pleno proceso de desembargo e instalación. A pesar de ello, a finales de año ya sumábamos una cantidad considerable de hombres. César había nombrado nuevos cargos y había confirmado los que ya existían, como era mi caso, que iba a continuar de tribuno. Conformábamos su estado mayor ciento veinte centuriones y doce tribunos. Niger ascendió al cargo de centurión por su encomiable aportación a aquella peligrosa pero exitosa embajada a Brundisium.

Pero no todo eran buenas noticias. Aquel varapalo a Marco Antonio aún nos debía pasar seria factura. Lo primero que intentó hacer el todavía cónsul fue declarar a César enemigo público. Lo hizo en una reunión nocturna, ilegal de naturaleza. No lo consiguió entonces, aunque sí sonsacó al Senado para que comparecieran ante él en un desfile en el que quiso exhibir parte de sus tropas a las afueras de Roma. Allí obligó a los presentes a jurarle lealtad antes de su marcha hacia el norte, donde tenía previsto reunirse con sus hombres más un importante contingente de veteranos de la legión V Alauda. Según nuestras informaciones, Marco Antonio contaba por aquellos días con unos quince mil hombres, entre los que despuntaba un enorme destacamento de tropas auxiliares y una potente caballería. A su marcha, la lengua afilada de Cicerón regresó a Roma y se revolvió de nuevo contra el cónsul en el Senado.

Con el año nuevo, los magistrados se renovaron y Aulo Hircio y Cayo Vibio Pansa se hicieron con sendos cargos de cónsul dispuestos a reclutar nuevas legiones senatoriales que luchasen por la causa republicana. Como logros, César consiguió eliminar de la mente de todos aquellos que lo pensaban la declaración que lo quería convertir en enemigo público. Además, adquirió *imperium* propretoriano, con lo que ya, por fin, adquirió estatus legal al frente de su ejército y entró en el Senado con grado de cuestor. El joven comenzaba a escalar firme y legalmente en su *cursus honorum*. Por fin lo consiguió. Marco Antonio fue eliminado de la ecuación. Ya no era cónsul y además, se confirmó el nombramiento de Décimo Junio Bruto como gobernador de la Galia Cisalpina.

Nada más concluir aquella primera reunión del Senado, Cicerón continuó arremetiendo contra Marco Antonio en las sesiones. Además, César y los

suyos, todos bajo el mando de los nuevos cónsules, partimos de Roma en dirección norte. Allí nos esperaban los hombres reclutados, deseosos de vernos por aquellos lares porque sabían que a nuestra llegada iban a recibir los quinientos denarios prometidos por unirse a nuestra causa.

Capítulo 44

Una velada

Bononia, 13 de noviembre del año 43 a. C.

—Queridos amigos… —dijo Polión en un suspiro mientras se recostaba, dejándose caer prácticamente sin fuerzas en uno de los *triclinia* dispuestos en su tienda. Sostenía una austera copa llena de vino que consiguió no derramar a pesar del aparatoso movimiento que hizo para acomodarse—. Por fin es hora de que vosotros y yo brindemos juntos y en la intimidad.

Niger nos acompañaba en aquella improvisada pero más que apetecible reunión. Hacía varios meses que Cayo Asinio había regresado de Hispania Ulterior, pero tan solo unos días que se había unido a nuestro ejército y apenas habíamos logrado un momento para hablar a solas. Aquel había sido un día tranquilo, el primero de muchos, después de demasiadas jornadas de guerra y otras tantas de negociaciones en primera instancia pacíficas. Pero la incertidumbre hacía mella en todos nosotros y esa comezón que produce el no saber qué va a pasar no nos había dejado descansar hasta justo el día anterior.

—Cayo Asinio —le respondí también recostado, con otra copa llena de excelente vino en mi mano derecha—, este es el momento por el que llevo esperando tantos días. Y por fin se hace realidad. Aunque no me negarás que hubiera estado mejor celebrar esta reunión en Roma, en una de nuestras cómodas casas y no aquí, en mitad de la nada.

—No importa, Marco. Eso que propones también se hará realidad muy pronto. Mañana, en el mismo momento en el que partamos rumbo a Roma, podremos organizar nuestra siguiente velada juntos. Será en mi *domus*. Me parece mentira volver a estar con vosotros.

—A nosotros sí que nos parece una ilusión este reencuentro, aunque sea en tierras lejanas —apuntó Niger—. Y no me negaréis que las condiciones políticas no son excelentes para comenzar a mirar el futuro con algo de optimismo.

—¡El futuro, Niger, el futuro! —exclamó Polión justo después de beber un gran trago de su copa—. Vivimos tiempos inciertos en los que es mejor

degustar a fondo el presente, tal y como estamos haciendo con este magnífico vino. Aunque penséis, aunque nos quieran hacer pensar, que todo ha acabado, queridos amigos, estoy seguro de que esto no ha hecho más que empezar. Quizá solo los dioses sepan por cuáles caminos nos va a llevar esta nueva forma de república que ha comenzado ahora.

—¿Por qué hablas de una nueva república? —pregunté para hacerle seguir hablando. Polión estaba relajado, en un ambiente íntimo y de confianza y con una copa de vino en la mano, de la que bebía a raudales. Esas eran las condiciones perfectas para que su lengua se soltase sin escrúpulos y dijese lo que realmente pensaba de la situación que estábamos viviendo.

—¿Y tú me preguntas eso, querido amigo? Son nuevos tiempos para una Roma convulsa que perdió el rumbo hace ya algún tiempo. Cayo Julio César la intentó enderezar pero no todos entendieron sus fórmulas y ahora nos ha dejado un legado obtuso, difícil y, quizá incapacitado. A la cabeza del Estado ahora no están los cónsules, como antes, sino el descerebrado de Marco Antonio, el joven sin apenas experiencia de César y el cuerdo, pero poco insidioso, de Marco Emilio Lépido. Bien, bien… ya sé que pensáis que Lépido bien podría ser el hombre clave en este triunvirato, pero yo os digo que no, que al pobre de Lépido le quedan los días contados, porque esto es una guerra personal entre las otras dos partes del pastel. Miradme a mí. Me han ofrecido un trato y no he tardado en aceptar, porque si no lo hacía me iban a quitar de en medio igualmente y encima iba a salir perdiendo. Cierto es que he perdido mi provincia, pero he ganado un consulado para dentro de dos años. Tiempo suficiente para preparar mis medidas y leyes y a una distancia prudencial como para no ser el blanco de la sucia mirada de Marco Antonio.

—Ha debido ser una reunión difícil la de estos tres —argumenté—. No he tenido tiempo aún de hablarlo con César pero supongo que en el trayecto hasta Roma habrá oportunidad de comentar cómo fueron las negociaciones.

—Desde luego, César puede estar contento —apostilló Niger—. No ha salido mal parado. Corsica, Sardinia, África… aunque ha perdido el consulado.

—César ha salido ganando —dijo Polión con rotundidad. En aquel momento entraron en la tienda tres esclavos con algo de comida que depositaron en un par de mesas circulares que había entre los *triclinia*—. Es verdad que ya no es cónsul, pero ¡por todos los dioses! Ya tendrá oportunidad de serlo. Es demasiado joven para el cargo. Sin embargo, contad, echad la vista atrás y contad con cuántos hombres empezó esta gesta hace menos de dos años y cuántos tiene ahora.

—Somos once legiones —dije orgulloso, ya que, en parte, muchos de aquellos hombres sumaban filas junto a César gracias a mí.

—Once legiones son muchos hombres, aunque insuficientes si las comparas con las que tienen a su disposición Lépido y Antonio. Es decir, que

César estaba en desventaja y, sin embargo, ha sabido jugar muy bien sus cartas. Es un muchacho inteligente, muy inteligente.

—Tú lo verías en clara desventaja, pero bien que no has sumado tus fuerzas a la causa común hasta que el asunto no estaba medio zanjado —fue un golpe bajo, lo sabía, pero confié en que la familiaridad que había entre Cayo Asinio y yo me asistiera en aquel momento—. No has sido valiente, Polión.

—No me importa que pienses así —me respondió con humildad—. Solo puedo rebatirte lo que piensas sobre mi valentía. No se trata de valentía, sino que, como César, he intentado jugar bien mis cartas. Yo contaba con tres legiones en Hispania que tanto Antonio como César me habían pedido. ¿Por quién tomar partido? Bien sabe Marte que ambos son, como yo, hombres de Cayo Julio César. ¿Por cuál bando había de inclinarme? Era una decisión muy complicada. Aunque mis preferencias personales me inclinaban más a apostar por César, no podía dejar a un lado a Antonio, un hombre tan fuerte en la dictadura de Cayo Julio y con tanto poder tras su muerte. Os recuerdo a ambos que fue cónsul el año pasado. ¿No creéis que estaba en una situación harto difícil? En la lejanía se ven las cosas con más perspectiva. No os negaré que jugué bien con los tiempos y que los retrasos en los correos oficiales me hicieron grandes favores. Pero, ¿qué no hice yo que tampoco hicieran otros grandes hombres, como el mismísimo Marco Tulio Cicerón?

—Oh, vamos, Polión. No puedes compararte con Cicerón —dije—. Tú eras un gobernador provincial y Cicerón solo un abogado con categoría de excónsul, que odia a Marco Antonio y que se mofa de César por su juventud e inexperiencia. Y, además, no tenía ni un solo hombre que aportar a ninguno de los dos.

—Tampoco está con los asesinos del dictador. Al menos, eso es lo que dice él. Está esperando, haciendo justo lo que yo hacía unos meses atrás. Cicerón está expectante para ver por dónde saltará la liebre y asegurarse así el poder atraparla. Y eso, querido amigo Marco, no es ser un cobarde, sino ser inteligente.

—De manera indirecta, nos estás llamando torpes a todos los que sí hemos tomado partido por uno de los dos bandos.

—Por supuesto que no, Niger. Vosotros no conocíais de nada a Marco Antonio ni teníais una relación estrecha con él. Sin embargo, por edad y cercanía, César os ha acompañado en buena parte de vuestras vivencias militares y debíais honrarlo con vuestro apoyo. Apuesto una mano a que el joven nunca se ha preguntado por qué yo no salí corriendo de mi provincia con mis legiones para apoyarlo.

—No apuestes tanto, Polión —dije—. Es verdad que nunca preguntó por ti exigiendo tu venida, pero sí que ansió esas tres legiones que tenías en tu poder.

—Bobadas —Polión chasqueó la lengua e hizo un gesto con la mano como despreciando mi comentario—. Lo importante es que ahora esas legiones están con ellos, con los dos, con César y con Marco Antonio, y que ahora todos vamos a una: gobernar Roma con la finalidad de restaurar la república lo antes posible.

Me recosté aún más en mi *triclinium* y pensé en cuánta tensión se había respirado en los últimos días. Todo era tan extraño… Cada uno acompañado por sus legiones, que esperábamos pacientemente a ambas orillas del río en mitad del cual se habían reunido César, Antonio y Lépido en aquella pequeña isla cerca de Bononia. Las horas pasaron con lentitud. Apenas si se oía un murmullo. Durante dos días estuvimos esperando que en cualquier momento se llegara a un acuerdo. Los nervios se apoderaron de todas las almas allí congregadas. O salíamos victoriosos todos o aquello era el preludio de una nueva batalla más.

—El pacto de Bononia —apuntó Polión—. Supongo que un día como este pasará a la historia. César, Antonio y Lépido son ahora *triunviri rei publicae constituendae*. Quién lo iba a decir. Y cuánto ha costado llegar hasta aquí… Contadme, amigos, ¿cómo fueron los días de incertidumbre de estos últimos meses? Debido a las malas comunicaciones y a no saber exactamente cuál era vuestro paradero, me decidí finalmente por intercambiar correo con los cónsules y con Marco Tulio Cicerón. No es que me fíe especialmente de él, pero Cicerón siempre tiene nuevas que contar. Conociendo su punto de vista y sus debilidades, algo de rigor y objetividad se puede extraer de sus cartas. Sobre todo si hubo cónsules que se avinieron a responderme y pude comparar ambos textos. Lo pasé mal, queridos, sobre todo después de la batalla de Mutina, en la que se me aseguró por varias fuentes que el propio César había perdido la vida. Pregunté al mismísimo Cicerón si eso era cierto y a ti, Marco, también, aunque nunca obtuve una respuesta por tu parte.

—Ese correo nunca llegó a mis manos —le dije con seguridad—. Si no, podrías estar seguro de que te hubiera respondido a la mayor brevedad. Desconozco lo que sabes y lo que ignoras, pero yo voy a contarte lo que vivimos en primera persona. A primeros de año, César recibió un correo de Antonio. Este parecía que estaba dando un primer paso hacia la paz entre ambos. En dicha carta, el ex cónsul le intentaba hacer ver a César que si ambos se enfrentaban, los únicos que se beneficiarían serían los pompeyanos. ¡Fíjate! A esas alturas y volviendo a hablar de pompeyanos… Todos sabíamos que las tropas de Antonio no estaban ni de lejos bien pertrechadas y que en número se asemejaban bastante a las nuestras. Por ello, César terminó por no fiarse de aquellas supuestas buenas intenciones de Antonio y decidió unirse, con todo su dolor e incluso asco, a Décimo Junio Bruto. A fin de cuentas, lo conocía bien. Yo también lo conocía. Antes de convertirse en un asesino fue gran amigo de Cayo Julio y recuerdo a la perfección que regresamos juntos de

Hispania tras la batalla de Munda. César hizo de tripas corazón y ordenó que marchásemos con él. Pero el invierno estaba siendo duro y no llegamos todo lo rápido que Décimo Junio Bruto hubiera deseado. Tuvo que atrincherarse en Mutina con sus legiones y Marco Antonio, que sí le estaba pisando los talones, puso sitio a la ciudad esperando que aquellos hombres muriesen de frío y de hambre.

—Sí, aquello tuvo que ser el detonante de la petición que Cicerón me hizo por carta. Me instaba, como gobernador de Hispania Ulterior, a que me situase del lado de Décimo. Decía en su correo que lo mismo le había solicitado a Lépido como gobernador de la vecina Citerior y a Munacio Planeo, como máximo mandatario de la Galia.

—¿Qué le contestaste? —inquirió con curiosidad Niger.

—No recuerdo exactamente, pero lo despaché con cajas destempladas —afirmó Polión con el entrecejo fruncido y la mirada perdida, con un gesto que nos hacía pensar que estaba intentando hacer memoria—. ¿Quién era Cicerón para instarnos a mí o a mis colegas a posicionarnos de un bando cuando él, muy a pesar de que su odio a Antonio es más que notorio, aún no lo había hecho? No… le dije algo así como que no tenía correo oficial del Senado y que yo me debía a mi puesto como gobernador. Por supuesto, adornado con una retórica como la que a él le gusta. Pero, Marco, no quería interrumpir tu relato. Continúa, por favor.

—Me había quedado justo en el sitio que Antonio le había puesto a Décimo Junio Bruto en Mutina —recordé rápidamente—. Nosotros aún no estábamos por allí porque César se había puesto a las órdenes de los cónsules y el Senado no había decidido qué hacer. Nos encontrábamos acampados en Etruria, no muy cerca de Roma pero mucho más lejos de Mutina que de la gran Urbe. Mientras, pasaban las semanas y las noticias nos llegaban a cuentagotas. César se regocijó cuando conocimos que el hermano de Antonio, Cayo, lugarteniente de Marco Junio Bruto en Macedonia, había caído preso en manos de sus propias legiones y que Publio Cornelio Dolabela había acabado con la vida de Cayo Trebonio. Los asesinos de su padre comenzaban a caer uno a uno.

—Ese indeseable de Dolabela —me interrumpió de nuevo Polión con la mirada perdida. Llegué a ver el odio en su mirada, aunque seguía sin confesar el porqué de esa ira. Yo me arrellané en mi *triclinium* presa de la culpabilidad. Polión nunca debía enterarse de que yo había sido el sustituto de Dolabela para Quintilia—. Casi en verano Cicerón me confirmó por carta que se había quitado la vida en otra sublevación de sus propias tropas, en Siria. Qué pena que el Estado esté en manos de incompetentes que no saben ni controlar a sus propios hombres. Muerto Dolabela, Cayo Casio Longino tomó el control. Debía estar muerto de los nervios. Ja ja ja… —rio Polión ante la gracia que le hizo pensar que otro asesino más estaba al frente de unas tropas en revolución.

—Ya en primavera —continué con el relato—, el Senado decidió por fin mover ficha y puso al cónsul Aulo Hircio al mando de las legiones XXXIII Martia y de la IV. César se las cedió encantado, ya que, además de haberse puesto bajo sus órdenes, sabía que aquella maniobra terminaría por acosar a Antonio. Así que, sin dudarlo, César se sumó a la expedición consular con la VII, cuando el cónsul pasó por nuestro campamento rumbo al norte. Con nosotros iban también un importante contingente de caballería e infantería, lo que sumaba más y más hombres. Tan solo por eso, César ya se sentía triunfante.

—Marco, te olvidas de los elefantes —me indicó Niger, apoyándome en el discurso.

—¡Tienes razón! ¡Y una treintena de elefantes macedónicos! ¿Cómo he podido olvidarme de ellos? Aquello parecía una expedición de guerra en toda regla. Nada se había dejado al azar.

—¿Y Cayo Vibio Pansa? Supongo que debió quedarse en Roma, tal y como marca la tradición. Pero según el final de los acontecimientos parece que salió de la ciudad.

—Sí —respondí resuelto y seguro de lo que iba a contar—. Pansa se quedó en Roma. El Senado había reclutado cuatro legiones más que quedaron a su cargo pero, de pronto y sin que nadie lo esperase, con unas legiones bisoñas que apenas habían tenido entrenamiento, salió de Roma rumbo al norte para reunirse con nosotros. En este punto desconozco si fue a instancias de Aulo Hircio o si fue una maniobra que orquestó él solo.

—No quería quedarse sin ser protagonista de los acontecimientos que iban a suceder —indicó Niger—. Aunque hay ocasiones en las que la avaricia rompe el saco.

—No lo dudes, Niger —comentó Polión entre risas—. Y me temo que eso ocurre más veces de las que pensamos.

—El caso es que, a finales del mes de marzo, y sin saber, al menos nosotros, que Vibio Pansa venía hacia el norte con cuatro legiones más, ya nos encontrábamos acampados cerca de los hombres de Antonio, que seguían asediando Mutina. Allí se sucedieron numerosas escaramuzas entre nuestros hombres y los de Antonio. Queríamos hostigarlos sin fin, pero aquellas maniobras se volvieron en contra de nuestros fines, puesto que parte de nuestra caballería macedónica terminó en manos de Antonio de nuevo. Aquello fue un desastre imprevisible que nos minó a todos. Y si a aquello le unimos que no sabíamos nada de Décimo Junio Bruto, ¿qué hacíamos allí, en Mutina? Lo más probable es que Bruto hubiera perecido junto a sus hombres dentro de aquella ciudad presas del hambre o del frío. Y las tensiones con Marco Antonio estaban ya llegando a límites peligrosos mientras no paraba de engrosar sus filas con nuevas incorporaciones. Antonio sumaba ya tres legiones. Nosotros no hacíamos más que perder hombres, algunos en las

pequeñas batallas que se sucedían y otros por deserción.

—Qué horror, Marco. ¿Y qué decisión tomasteis?

—Bueno, César no estaba en disposición de tomar decisiones. Solo de aconsejar al cónsul. Pero Aulo Hircio pensaba de César que era un joven sin experiencia y me parece que no le hizo mucho caso. Nunca estuve presente en ninguna de las reuniones que mantuvieron pero sí formábamos, tanto Niger como yo, parte del estado mayor de César, así que sí conocíamos a la perfección todo, o al menos todo lo que César deseaba que supiéramos de lo que despachaba con Hircio. Luego, las decisiones de este, iban por libre.

—¿Y Vibio Pansa? ¿Cuándo llegó con los refuerzos?

—Ese es la gran pregunta que todos nos hacíamos. Llegó un momento en el que la venida del segundo cónsul por la Vía Emilia era *vox populi*. Tanto que hasta los propios enemigos se enteraron. Marco Antonio, sin escrúpulos, intentó tender una emboscada a Pansa a mitad del camino con dos de sus legiones. Pero aquello sí llegó a nuestros oídos e Hircio, muy acertadamente, nos envió a varios soldados de extrema confianza, que él quiso llamarnos cohorte pretoriana, al mando de la legión XXXIII Martia para escoltar a Pansa.

—Fue una emboscada a una emboscada, entonces —dijo Polión, muy atento a todo el relato.

—Algo así, solo que partimos claramente en desventaja y perdimos la batalla. Y perdimos muchos, muchísimos hombres, incluido a nuestro cónsul, que cayó herido de muerte. Fue imposible detener aquellas dos saetas que se clavaron en su espalda. Los médicos dijeron que no eran heridas importantes, pero no fueron capaces de detener la hemorragia. Resistió varios días más. Las heridas no curaron bien y a las pocas horas llegó la fiebre, y con ella los delirios y, después, la muerte. Nadie pudo hacer nada. Ni siquiera esquivarlas. Fue una terrible casualidad que ambas dos tuvieran vía libre hasta el cónsul con la cantidad de hombres que lo rodeábamos en aquel momento. Pero lo peor vino días más tarde, en la batalla que se dio en las cercanías de Mutina. La cohorte pretoriana se desvencijó por completo y fuimos muy pocos los supervivientes. Yo, personalmente, no arriesgué demasiado porque me quedé asistiendo al cónsul Aulo Hircio de manera personal, pero me dolieron todos y cada uno de los mandobles, tajos y flechazos que recibieron mis compañeros.

—La cosa no fue mejor en el centro de la batalla —continuó Niger—. Cuando llegó el momento de la confrontación directa no hubo amigos ni antiguos camaradas. La sangre fue la protagonista del encontronazo. Fue dura pero corta. Aquello se terminó a mediodía con la huida de Marco Antonio y sus hombres.

—Os quedasteis con innumerables bajas y con dos cónsules muertos. ¿Y vosotros, salisteis indemnes? —nos preguntó a Niger y a mí.

—No del todo —respondió Niger— pero al menos estamos vivos. No me quejo.

—¿Qué te ocurrió?

—Este tajo que los médicos tuvieron que coser —Niger se remangó la túnica y nos mostró a ambos la enorme cicatriz que había quedado dibujada en su muslo derecho, la que zigzagueaba de arriba hacia abajo—. En cualquier caso, tuve más suerte que el Vibio Pansa, ya que mi hemorragia sí se cortó a tiempo.

—¿Y tú, Marco?

—Solo sangre enemiga, Polión. Una vez más, tuve suerte. Pero no pude detener las flechas que acabaron con Vibio Pansa en Forum Gallorum. En Mutina también formé parte de la escolta de Aulo Hircio, pero los hombres de Antonio consiguieron dividirnos.

—Mientras vosotros luchabais en Forum Gallorum, yo escribía y enviaba varios correos con aquella fecha, 14 de abril. Dos de ellas iban dirigidas a los propios cónsules, una tercera para Cicerón y la cuarta para César. Eran segundas partes de un primer correo que Vibio Pansa me hizo llegar con fecha de las *idus* de marzo para que escribiera al Senado y me pusiera a su servicio. Así lo hice, pero nunca recibí una respuesta.

—Esas segundas misivas llegaron, Polión, pero a finales de mayo, cuando las cosas habían cambiado, también para ti, creo.

—Oh, sí, desde luego. Esos últimos días de mayo no fueron buenos momentos para mí. Por aquel entonces todo era puro desconcierto en Hispania Ulterior. Nadie podía confirmar nada y solo llegaban noticias a cuentagotas y algunas eran totalmente falsas. Nunca supe que los cónsules no habían podido leer mis líneas. Aunque César, al menos, me estáis confirmando que sí. Cicerón también las leyó, puesto que obtuve respuesta, muy tardía, pero la obtuve. En Corduba me sentía atrapado. Sabía que las cosas no andaban bien, pero desconocía en qué términos. Y era obligación de un gobernador solicitar información certera y veraz, además de órdenes a los cónsules para estudiar cómo podía ayudar a la República. Fueron días de mucha incertidumbre. Yo, y creo que hice bien, escribí al Senado y declaré públicamente en el mismísimo foro de Corduba que estaba a favor de la *pax* y la libertad y que yo, como gobernador provincial, solo entregaría mis hombres a un enviado del Senado.

—Tu carta llegó, pero César no pudo pararse a responder porque ni él mismo sabía en qué términos iban a desarrollarse los acontecimientos. Sin Hircio ni Pansa al frente de las tropas y con un Décimo Junio Bruto diezmado tras el asedio de más de cuatro meses se encontró de pronto al mando de ocho legiones. En aquellos días solo pensaba en dar caza a Antonio, que, tan escurridizo como siempre, se había vuelto a escapar de nuestras manos. Luego se escondió con los hombres que le quedaban en la Galia Transalpina y el Senado, empujado por Cicerón, lo declaró enemigo público.

—Sí —comentó Polión pensativo—, creo que en aquella reunión del

Senado fue en la que también se ordenó a la Martia y a la IV que regresaran a las manos de Décimo Junio Bruto.

—Así es, Polión —afirmó Niger—, aunque la mayoría de los hombres se negaron a ello. Míranos a nosotros. Nos hemos quedado con César.

—Bajo ningún concepto lucharíamos bajo el mando de un asesino de Cayo Julio César, por muy aliado nuestro que pueda ser ahora. El joven César ha sido comprensivo con nosotros y con algunos otros altos mandatarios de su cohorte pretoriana pero no con el resto de soldados, a los que ha obligado, con suaves y convincentes palabras, a ponerse a las órdenes de Décimo Junio Bruto.

—Bah —soltó Polión dando poca importancia a lo que acabábamos de decir—. Décimo Junio Bruto durará poco. César es inteligente y sabe que, si ahora cede, tiene mucho terreno que ganar en el futuro. Sin embargo, si se opone a las decisiones del Senado, el día de mañana solo encontrará problemas. En aquellos días recibí un correo oficial instándome a salir de mi provincia y ayudar con mis legiones a paralizar la acometida de Antonio, que había reclutado nuevos soldados. En realidad, yo no sé muy bien qué pretendía. Pero decidí una vez más no moverme de Corduba. Mis hombres, antiguos hombres de César, no estaban demasiado convencidos de la maniobra y no estaba yo para perder el tiempo. Sin embargo, el insulso de Marco Emilio Lépido sí que lo hizo, dejándome a mí en clara evidencia. Pero, ¿sabéis qué? Que, una vez más, mi prudencia jugó a mi favor.

—Porque —le interrumpí súbitamente— los hombres de Lépido, cuando llegaron junto al campamento de Antonio, se pasaron a su bando alegando antiguas amistades —Polión rio con ganas.

—El soso de Lépido se quedó sin hombres, jajaja —las carcajadas iban en aumento. Quizá por la gracia que le hacía pensar que un hombre de la talla de Lépido hubiera actuado de manera tan torpe o, quizá, empujado por los efectos del vino que llevábamos bebiendo durante largo rato— y no tuvo más remedio que ponerse a las órdenes de Marco Antonio, jajaja…

La risa de Polión era incontrolable y tan contagiosa que Niger y yo terminamos por echarnos a reír también y compartir ese momento de hilaridad sin cortapisas.

—Y ya estaba todo hecho —Polión retomaba su discurso jadeante, con la tez roja y las lágrimas saltadas—. Todos debíamos ir a una. César me escribió para que me uniera a vosotros, a todos, y así lo hice. Solo cuando el bloque cesariano era uno solo y no antes.

—Y hasta aquí nuestra historia, Polión —dije ya sin risas—. Ahora llega el momento de que tú nos cuentes cómo han ido las cosas por la Ulterior. ¿Qué hay de Córduba?

Polión se incorporó del *triclinium* y se arrellanó sobre el canapé. Luego abrió las piernas y apoyó sus brazos sobre las rodillas. De repente se puso serio,

muy serio.

—Digamos que, como en una buena obra de teatro, como las de Plauto, toda la madeja se desenredó al final.

—Explícate, por favor —insistí sin inmutarme, sin variar ni un ápice mi postura. En realidad, estaba construyendo una coraza ficticia porque esperaba encontrar noticias sobre mi familia, sobre mi padre, más bien. Y no sabía si estaba preparado para ello.

—Cuando ya tenía tomada la decisión de salir de la provincia con mis tropas se lo hice saber a mi cuestor, Lucio Cornelio Balbo. No quería que nadie más supiera de mis planes hasta llegado el momento de la partida por razones obvias. No deseaba que mis hombres se pusieran nerviosos o que se alzara alguna voz discordante. Prefería hacerlo todo sin dejarles tiempo para pensar. Sin embargo, era una decisión natural que mi cuestor, además de los tribunos y centuriones de mi confianza lo supieran. Por ello convoqué una noche una reunión de estado mayor en mi residencia y les comuniqué los planes. La partida hacia el norte se daría en tan solo unos días. Debían ir preparándolo todo en el campamento pero sin levantar sospechas. Todos asintieron y yo, a partir del día siguiente, también comencé a resolver mis asuntos personales y de negocios que me aún tenía pendientes. Siempre con la idea de regresar, claro que sí, puesto que mi mandato como gobernador no había cumplido todavía. Hablé con tu padre y buscamos un joven resuelto que supiera de cuentas y gestión para llevar mis *figlinae*. Imagínate qué responsabilidad. Pero no fue difícil encontrar a la persona adecuada. Tu hermano Quinto, Marco. Él es la persona que se quedó al cargo. Y bueno, aún no tengo noticias. Así que supongo que todo marcha según lo previsto. Pero perdonadme la digresión. Si te parece, Marco, ahora hablamos de tu familia. Antes, quiero regresar al momento en el que estaba prevista la partida de Corduba hacia el norte. Todo, todo estaba listo. Repasaba los asuntos pendientes con mis hombres de confianza cada noche y todos me traían informes sobre los asuntos resueltos y aquellos que aún quedaban por resolver. Imaginarás mi sorpresa cuando, dos noches antes de partir y una noche antes de comunicar a todas las tropas que nos marchábamos de Corduba, mi cuestor, Lucio Cornelio Balbo, no se presenta a la habitual reunión tras la cena —Polión abrió mucho los ojos, enarcando sus cejas. Sus ojos estaban rojos, aunque no por los efectos del licor de Baco, sino por la rabia, el coraje y la impotencia que le producía aquello que nos iba a contar. De pronto relajó la expresión de su rostro, bajó la cabeza y siguió con su relato—. A las pocas horas comprobamos que Balbo no se había despistado, sino que había huido deliberadamente con todo el tesoro de la provincia. No teníamos nada, absolutamente nada, para cubrirnos las espaldas en nuestro viaje hacia la Galia Transalpina. Y lo peor, que no podríamos dejar nada en Corduba, a pesar de que la ciudad estaba en plena etapa de reconstrucción. Ni siquiera había

pagado los sueldos a mis soldados. Y entonces no contaba con nada para que pudiesen cobrar adecuadamente sus pagas. Maldito Balbo. Se llevó todas las monedas del tesoro además de todo el oro y la plata. Nunca me fie plenamente de él, pero jamás pude imaginar que me la iba a jugar de tal modo.

—¿Cómo lo hiciste para llegar hasta aquí? —pregunté con curiosidad. No había tenido noticias del robo y la posterior falta de solvencia de Cayo Asinio.

—No quise levantar alarmas y pagué a los soldados una parte de sus pagas con mi fortuna personal. El resto lo empleé en víveres y pedí ardientemente a los dioses que me asistieran en el viaje. Debo tenerlos a todos de mi parte porque aquí me tenéis, sano, salvo y sin insurrecciones.

—¿Y Balbo? —inquirió Niger.

—Recaló en tierras del rey Bogud y ya está denunciado. Supongo que, si no muere antes a manos de aquellos hombres, podrá ser traído a Roma y juzgado por traición. Pero no hablemos más de él. Es tarde y el vino me tiene algo decaído. Os contaré en los próximos días las buenas noticias que han ocurrido en este tiempo en la Ulterior, que gracias a los dioses son más y mejores que este terrible fiasco que he tenido con mi cuestor.

La conversación aquella noche fue larga e interesante. Polión no quiso hablar más de Balbo. Y es que, en el fondo, sabía que no tenía razón del todo. Aquel fiel cesarían solo se llevó el tesoro para ponerlo a salvo del propio Polión, que nadaba en las aguas de la incertidumbre. Una vez resuelto el problema, Balbo dio la cara y lo devolvió todo. Pero aquella espinita siempre quedó en el orgullo de mi querido Cayo Asinio y nunca reconoció el buen hacer de este gran hombre. Después de ponernos al día sobre asuntos políticos de acuciante actualidad, llegaron las conversaciones más privadas, sobre nuestra vida personal y familiar. Yo puse al día a Polión sobre la muerte de Lucio Trebelio, el marido de Claudia, y de su supuesto envenenamiento, así como de mis días más bajos y mi enfermedad. Le conté la visita de Aulo Numisio y de sus sospechas, así como de mi mejoría tras abandonar Roma y dejar de alimentarme a base de caldos y guisos servidos por mi antiguo mayordomo, el que, por cierto, me envió el mismo Polión.

—Oh, vamos, Marco —replicó Cayo Asinio cuando se sintió ofendido por mis sospechas—. ¿En serio me estás queriendo convencer de que Laurentio, el que yo mismo envié en tu casa, te estaba envenenando? ¡Es como si me estuvieras acusando a mí directamente de querer matarte!

—Obviamente no, Cayo Asinio —respondí intentando explicarle por enésima vez que no desconfiaba en absoluto de él, sino de que los dos habíamos sido engañados—. Entiendo que fue idea tuya y solo tuya proporcionarme un nuevo mayordomo, asunto que agradecí sobremanera porque Laurentio se mostró altamente cualificado para el puesto desde primera hora, además de servicial y gran gestor. Pero yo creo que la idea de empezar a emponzoñar mis comidas surgió *a posteriori*. Es como si Laurentio

le debiera lealtad a alguien o estuviera a sus órdenes.

—Entonces, tú también crees que Claudia está tanto detrás de la muerte de Lucio Trebelio como de tu enfermedad.

—Los síntomas eran los mismos, Cayo Asinio.

—Doy fe de ello —interrumpió Niger.

Polión se quedó pensativo y Niger y yo expectantes ante la posible respuesta que él pudiera darnos.

—Y, ¿en qué punto se encuentra ahora este asunto?

—Recibí un correo de Aulo Numisio cuando me encontraba en Campania. Mucho antes de que todo esto se desatase. El propio César me dijo que él se encargaría de todo y no he vuelto a saber nada más del asunto. Aulo Numisio sigue siendo el abogado de Claudia, pero me aseguró que buscaría la verdad a costa de lo que fuese, y confío en que esté en ello. César, en su día, incluso me habló de que Cicerón podría encargarse de mi caso. Después del primer aplazamiento, supongo que igual hay nueva fecha para la celebración del juicio.

—Por todos los dioses, Marco… —dijo Polión claramente indignado—. Acusarte a ti de asesinato. No tendrás problema, amigo. Y más si el propio César te ha dicho que se encargará él del asunto.

No respondí a aquellas palabras de Polión y él rápidamente se dio cuenta de que no quería seguir hablando del tema, por lo que dio un giro rápido a la conversación. Sin embargo, me quedé con cierta desazón que claramente se manifestaba en mi rostro. Mi mirada estaba perdida en ninguna parte, intentando recapitular las cosas que podrían pasarme de ahí en adelante. De pronto, Polión me habló más alto de la cuenta.

—¡Marco! —gritó—. ¿Dónde estás?

—Eh, sí, perdona, Cayo Asinio —dije distraído aún mientras me frotaba los ojos con las manos—. ¿Qué decías?

—Te preguntaba si tienes noticias de Quinto.

—Oh, sí, desde luego. Me escribe, no con la asiduidad que me gustaría, pero me escribe de vez en cuando. Sus cartas siempre acaban con un párrafo de madre. En la mayoría de los correos ella me reprocha que me haya metido en tantos líos y me pide que regrese a casa. La pobre no sabe cómo tenerme cerca.

—Ella es plenamente consciente de la distancia que os separa a tu padre y a ti —me confesó Polión.

—¿Has hablado con madre de este tema?

—No con ella. Tu madre es un cofre cerrado con llave que cumple a la perfección con su papel de matrona romana y no deja que nada ni nadie penetre en su interior. Es tu padre quien me cuenta. Deberías responderle a alguna de sus cartas. Él las escribe con esa esperanza. Él te quiere, Marco. Eres su hijo, su primogénito. Lo entiendo perfectamente porque es lo mismo

que yo siento por Cayo Asinio.

—Mi hermana Marcia también es su hija y la ha desterrado de la familia. No sabemos dónde está y no lo va a decir nunca.

—No estoy de acuerdo contigo, Marco —me espetó Polión—. Estoy seguro de que si retomases la relación con tu padre las cosas cambiarían mucho. Tu padre es un romano de los de antes, pero también tiene sentimientos y es una buena persona. Me ha ayudado muchísimo con todos los trámites administrativos que he tenido que realizar en la Ulterior. Incluso, aunque en menor grado, me ha brindado su experiencia para temas militares. La muestra de nuestra gran amistad es que me ha ofrecido a Quinto como hombre de confianza para llevar mis empresas allí hasta mi regreso.

—Pues hablemos entonces de ellas, Polión —dije sin más, zanjando una conversación que comenzaba ya a importunarme. No quería seguir escuchando las bondades de mi padre. Las conocía perfectamente pero me fastidiaba que Polión desconociese su parte más oscura. Aquella charla no iba a desembocar en nada bueno—. Cuéntanos cómo has decidido embarcarte en negocios de alfarería tan lejos de Roma.

—Esta bien, Marco —dijo con resignación—, cambiaremos de tema. Aunque debes saber que la apertura de mis negocios se debió a la inestimable ayuda de tu padre…

—Oh, basta Cayo Asinio —le dije en tono exasperado. Y con ello me levanté y, sin despedirme, me marché a mi tienda.

Capítulo 45

Unos ojos que brillan

Roma, finales de noviembre del año 43 a. C.

No volví a ver a Polión hasta que regresamos a Roma, nueve días después de aquella larga conversación con despedida desairada. Lo vi cuando estábamos instalando el campamento en el Campo de Marte, pero apenas nos dirigimos unas palabras. Me recordó que aquella misma noche Niger y yo estábamos invitados a una cena en su casa. No iba a ser un gran banquete, pero sí iban a asistir sus amigos más cercanos. Con ello dejó constancia de que nuestra amistad seguía intacta. Le comuniqué que me instalaría con Niger en casa de mis abuelos, en el Quirinal.

—Bien, Marco —me respondió sonriendo mientras se alejaba—, estarás muy cerca de mi casa entonces.

Por supuesto, a nuestra llegada, Laurentio ya no estaba. A través de César y con el beneplácito de este, mandé órdenes para devolver al criado a casa de Lucio Trebelio, es decir, a Claudia. Y lo devolví sin más. Sin dar explicaciones. Y nunca recibí un correo de agradecimiento por ello. Supuse que Claudia no habría querido ponerse en contacto conmigo. Tampoco le di importancia ni me acordé de aquel asunto hasta que puse un pie en el atrio de la vivienda. Limpio, impoluto, pero falto de vida. Los esclavos de mis abuelos se habían afanado en mantener la *domus*, pero se notaba la ausencia de mando.

Niger y yo al fin penetramos a través del *tablinum* al peristilo y fuimos directos a nuestras habitaciones. Al menos a las habitaciones en las que nos habíamos acomodado antes de nuestra marcha, hacía ya catorce meses. Cargábamos con nuestros petates y dejamos el resto del equipaje a los criados, que se prestaron a ayudarnos en todo momento. No había abierto la primera de las bolsas cuando entró uno de los esclavos a indicarme que había un joven esperándome en el vestíbulo. Puse cara de extrañeza porque a nadie había dado tiempo de saber que habíamos llegado a casa, pero el criado se encogió de hombros, se dio media vuelta y salió de la habitación. Yo volví la cabeza hacia mi petate y, tras soltar resignado un chasquido con la lengua y una fuerte

expiración, lo dejé todo y partí también rumbo al atrio.

Allí comprobé que el que me estaba esperando no era otro que el abogado de Claudia.

—Aulo Numisio, menuda sorpresa —saludé en tono cortés y ciertamente alegre.

—Marco Claudio —me respondió inclinando ligeramente la cabeza—. Disculpa que me haya presentado tan de improviso, pero tuve conocimiento de que las tropas de Cayo Octavio estaban de vuelta e intuí que estarías en casa.

—Pues tu intuición no te ha fallado. Acabamos de llegar. Cuéntame. Supongo que traerás novedades.

—Así es, Marco Claudio.

Le indiqué con mi brazo derecho el camino hacia el *tablinum*, situado al otro lado del atrio. Una vez sentados uno frente al otro, le di pie para que comenzase a hablar.

—He conseguido la confesión de Laurentio —enarqué las cejas y me erguí sobre la *sella*. Aquello sí que era una sorpresa—. Ya sabes que a los esclavos se les puede torturar hasta la muerte para que confiesen. Pero yo he querido adelantarme y ser más inteligente que su propietaria, la viuda de Lucio Trebelio. Llegué a casa de la matrona Claudia una mañana que sabía fehacientemente que ella estaría fuera junto a su madre, Cornelia. Así que amenacé a Laurentio y me lo llevé hasta una habitación aparte. Le hablé del asunto y le dije que sabía que él tenía mucho que ver en toda aquella historia de la muerte de Lucio Trebelio y de tu enfermedad. Obviamente no era nada seguro, pero tenía que arriesgarme. Él se puso lívido y supe que no andaban muy desencaminadas mis pesquisas. Así que continué. Le recordé lo que los romanos hacen con los esclavos acusados de traición o asesinato. La pena de muerte tras una confesión bajo terribles torturas. Con esas le dije que si me contaba a mí la verdad en aquel mismo momento podría protegerlo.

—Lo conseguiste, ¿verdad?

—Lo conseguí, Marco. Confesó todo. Me contó cómo al principio ni él mismo era consciente de lo que estaba pasando. Cómo veía que su amo Lucio Trebelio cayó enfermo y no remontaba. Tanto que le pidió a Claudia que cambiasen la alimentación. Entonces ya notó que algo no marchaba bien pero no sabía qué era. Fue cuando, tras ofrecerle un menú aparte a su amo, Claudia, lo amenazó para luego ofrecerle la libertad y mucho oro a cambio de que la ayudase en su empresa, que no era otra que envenenar lentamente a su marido hasta provocarle la muerte. Al principio Laurentio se asustó, pero las mieles de la libertad le hicieron ver las cosas de otro modo y se prestó en ayudar a su ama. Antes de que Lucio Trebelio muriera, Laurentio pasó casualmente a servirte en tu casa. Él se sintió liberado cuando esto sucedió. Pero toda su alegría se vino abajo cuando de nuevo, un día, Claudia le dijo que quería que

hiciera lo mismo contigo y que no lo dotaría de la libertad prometida hasta verte muerto a ti también.

—¡Por todos los dioses! —exclamé perplejo—. ¡Ha sido Claudia!

—Te salvaste milagrosamente cuando decidiste marcharte, si no, el veneno de Claudia habría acabado contigo.

—¿Dónde está ahora Laurentio?

—Lo tengo custodiado. Tendrá que declarar ante el tribunal de tu juicio.

—Pero el testimonio de un esclavo no vale para nada —repliqué seriamente preocupado.

—No vale para inculpar, pero sí para exculpar. Si Laurentio cuenta toda la verdad a los miembros del tribunal que deberán enjuiciarte sabrán que tú no has sido el responsable de la muerte de Lucio Trebelio, puesto que tú estabas viviendo la misma pesadilla que él. Entonces quedarás exculpado y, bueno —Aulo Numisio titubeó— ya pensaremos qué hacer con Claudia.

—¿Debo estar asustado, Aulo?

—Creo que no. Como te dije, César ha puesto esto en manos de Marco Tulio Cicerón. Cuando murió Lucio Trebelio dejé de trabajar para su familia. Y ahora trabajo para Cicerón, a sueldo. Me reúno con él cuando está por aquí, por Roma, y me envío asiduamente correo con él. Le quito trabajo. Cuando le conté este caso me pidió que me encargase yo. Estamos preparando un buen discurso para tu juicio, Marco.

—Oh, vaya. Estoy muy sorprendido. No sabía nada de esto.

—Entiendo que has estado fuera y que nadie ha podido informarte. Por eso he venido hasta aquí a la mayor brevedad.

—¿Tengo yo que hacer algo?

—Nada. Solo apuntar la fecha en la que se ha fijado el juicio. Será en las *idus* de diciembre.

La llegada a la gran *domus* de Polión me produjo cierta congoja y desazón. Bien era cierto que desde que Aulo Numisio abandonó la casa de mis abuelos me invadió una sensación de intranquilidad constante por dentro. Aquella conversación con el abogado fue la gota que colmó el vaso. Esa *domus* solo me traía recuerdos. Las imágenes de aquella noche, de aquella gran fiesta en la que me reencontré con Claudia; esa enorme terraza con vistas al foro; aquel atrio descomunal con increíbles esculturas griegas. Todo parecía de mayor tamaño. Aquella noche los corredores de la gran mansión estaban llenos de gente, de grandes personalidades. Se respiraba alegría en cada rincón. Sin embargo, aquel día todo era soledad. Las enormes esculturas parecían cobrar vida y me miraban con ojos escrutadores. Un esclavo nos condujo a Niger y a mí hasta el *triclinium*. Cuando llegamos, un acogedor Polión nos dio la bienvenida. Pero mis ojos se debatían entre él y lo que quedaba en segundo plano. Su esposa, Quintilia, y sus hijos, Cayo Asinio y Asinia, también nos acompañaban en la velada.

Aquella noche descubrí a una Quintilia prepotente, soberbia, observándome con cierta altanería y sin esconder una media sonrisa entre burlona e irónica. Supe perfectamente lo que pasaba en aquellos momentos por su cabeza. Detestaba aquella superioridad que mostraba en ocasiones. Ella se creía en el derecho de reprochar, de exigir y de imponer su voluntad sin límites solo por ser mayor que yo, o estar mejor posicionada en la sociedad romana. Aquel día debió pensar que me iba a achantar tan solo con su presencia. Pero estaba muy equivocada. Desconocía si ella sabía que Mecenas me había contado quién era su esposo. Pero, nada más empezar, si pensaba encontrarse con mi cara de sorpresa, ya tuvo que llevarse una buena decepción. Mi sonrisa sincera, afable y relajada me acompañó durante toda la ronda de saludos. Además de Polión y su familia también estaba Virgilio, poeta y amigo íntimo de Polión. Mientras esperábamos la llegada de César, Mecenas y Agripa, que también estaban invitados a la velada y habían confirmado su asistencia, conversábamos de temas triviales de pie, tan solo acompañados por algo de vino aguado y unos frutos secos. En aquellos momentos, Quintilla, que me perseguía con la mirada, pasó a un segundo plano, porque mis ojos solo tenían lugar para Asinia. Aquella bella niña se había convertido en una atractiva joven de formas ciertamente exuberantes, cara dulce y sonrisa embriagadora.

Intenté colocarme de espaldas a ellas, de manera que no tuviera que mirar a ninguna de las dos pero, al estar todos de pie, fue imposible que en alguna ocasión no quedaran dentro de mi campo de visión. Además, Asinia, se movía. Y cuando lo hacía, me buscaba con la mirada. Y yo no podía apartar mis ojos de los suyos, brillantes, arrolladores, sinceros y muy muy bellos.

Quintilia se sumó a la conversación justo en el instante en el que Polión comentaba a los presentes su última adquisición, una Venus procedente de Rodas encargada a uno de los mejores escultores de la isla. Había llegado hacía tan solo unos días y la había colocado en el pórtico del jardín peristilo de la casa, cerca de su dormitorio, para poderla contemplar en todo momento.

—¡Oh, Cayo Asinio, debe ser maravillosa! —Dije y solo hizo falta ese comentario para que Quintilia aprovechase la situación.

—Por favor, Marco Claudio —respondió ella resuelta pero amable—, acompáñame si lo deseas y podrás conocerla.

Miré a Polión y este asintió con la cabeza, como dando permiso para que acompañara a su esposa por los pasillos de la casa, rumbo al peristilo. Los dos fuimos en silencio hasta llegar al jardín interior. En el corredor que quedaba a la izquierda pude ver la escultura, una Venus maravillosa esculpida en una sola pieza de mármol blanco que desprendía serenidad y dulzura. El amor hecho arte a las puertas de la alcoba de Polión.

—¿Qué te parece? —me preguntó Quintilia mientras alcanzábamos aquella hermosa obra. Yo miraba absorto los detalles de la escultura—. La

encargamos hace algunos meses y acaba de llegar. Conocimos a través de Virgilio que había un escultor en Rodas que las hacía. Nos hablaron maravillas de él y decidimos encargar una. Lo que nunca imaginamos es que iba a ser tan bella. Mira la expresión de su mirada; observa la caída de la túnica; y los detalles del cabello.

No perdí ocasión de quedarme con el detalle del bello rostro de la Venus de Polión. Quintilia tenía razón al hablar de su cabello, recogido en un perfecto peinado adornado por una diadema. Su pecho al descubierto dejaba ver la perfección de las formas. Y la túnica, que parecía estar recién caída sobre las caderas, descubría un vientre ciertamente bello.

—Es realmente increíble —acerté a decir mientras volvía la mirada a Quintilia, satisfecho ya por haber observado suficientemente la escultura de Venus.

—Increíble eres tú, Marco —afirmó Quintilila mientras me agarraba del brazo y tiraba de mí para introducirme en el pequeño vestíbulo que daba entrada al dormitorio de Polión—. Allí me apretó contra sí e intento besarme. Pero conseguí apartar mis labios a tiempo sin lograr zafarme de su abrazo.

—¿Crees que puedes jugar conmigo a tu antojo? —Le espeté—. No, Quintilia. Esto no es un juego. Me engañaste y tuve que enterarme por terceros de que Polión era tu esposo. Jamás hubiera consentido engañarlo.

—Eso no tiene importancia, Marco.

—¡Por todos los dioses! Claro que la tiene… —susurré a la vez que me apartaba de ella—. Si Cayo Asinio llegara a enterarse, no sé qué haría ni cómo podría justificarme.

—No lo hará. Él nunca se entera de nada. Y lo nuestro estaba muy bien. No quiero perderte.

—Ya me has perdido, Quintilia. Búscate a otro con el que entretenerte. Aunque supongo que ya lo habrás hecho.

Escuchamos unos pasos y yo salí del vestíbulo. Era Asinia.

—Marco, mi padre me manda a buscaros. Ya han llegado César, Mecenas y Agripa. La cena va a comenzar —dijo tímidamente, mirando hacia abajo. Quintilia salió del vestíbulo.

—Claro, hija. Ya vamos.

Y se fue, airada. Sin mirar atrás. Yo me quedé disimulando, mirando de nuevo la escultura de Venus. Asinia se quedó detrás de mí, parada, esperando mi reacción. Sabiendo que ella estaba detrás de mí me di la vuelta y le sonreí. Y ella me devolvió la sonrisa. Nos quedamos así unos momentos, hasta que ella bajó su mirada y yo le propuse regresar con los demás al *triclinium*.

Capítulo 46

Colonia Patricia

Roma, finales de noviembre del año 43 a. C.

La velada transcurrió con normalidad. Mientras cenábamos, los temas de conversación fueron triviales y las mujeres participaron de ellos. Pero en los postres, César preguntó a Polión por Hispania Ulterior. La política tomó el protagonismo lógico en una reunión de este tipo y las mujeres decidieron retirarse. Quintilia no se dignó a mirarme, pero Asinia sí lo hizo, sonriéndome con esos ojos brillantes, del color azul del mar. Su pelo, que le caía en cascada sobre los hombros, enmarcaba la belleza de su rostro aún más si cabe. Ella dejó ver sus dientes, blancos y alineados, por unos instantes, los justos para robarme el corazón antes de marcharse por la puerta.

—En Hispania Ulterior han ocurrido muchas cosas en los últimos meses —comenzó a relatar Polión con una gran sonrisa—. No me han ido las cosas mal del todo. Digamos que nuestro amigo Marco Claudio proviene de una tierra con infinitas posibilidades. He dejado negocios muy fructíferos en la zona y he refundado grandes ciudades. Roma debería estar más que agradecida por mi gestión.

—A pesar de no haber acabado con Sexto Pompeyo —espetó César con cierta ironía mientras se arrellanaba en su asiento.

—Eran muchos frentes abiertos, Cayo Julio —se disculpó Polión, aunque el ambiente se tensó de momento—. No todo podía salir bien, desde luego. Pero cuando conseguimos que se marchara de la Ulterior aprovechamos para desarrollar asuntos pendientes de lo más interesante. ¿Qué me dices de todas las fundaciones y refundaciones que se han hecho? Colonia Genetiva (Urso-Osuna), Colonia (Hasta-Jerez) Regia, Colonia Rómula Iulia (Hispalis-Sevilla), Claritas Iulia (Ucubi-Espejo) y, por supuesto, Colonia Patricia (Corduba-Córdoba). He vivido una etapa preciosa en aquella maravillosa tierra.

—¿Cómo fue la ceremonia de refundación en Corduba, Polión? —preguntó Niger con cierta curiosidad e inteligencia, evitando que el debate

político copara el resto de la Velada ensombreciendo el buen ambiente generado.

—Fue emocionante, Niger —asintió Polión mirando al infinito, recordando aquellos momentos históricos en mi ciudad, ahora colonia, la Colonia Patricia—. Estoy seguro de que a Marco también le gustaría saber los detalles del acontecimiento.

—A Marco, y a todos —replicó Agrippa mientras yo asentía con la cabeza, expectante ante lo que iba a narrar—. Vamos, Cayo Asinio. Estamos deseando saberlo todo.

—Cuéntanos, Cayo Asinio —insistió César, también cargado de curiosidad—. La ciudad quedó devastada después de la batalla de Munda. Supongo que no tuvo que ser fácil levantar todo aquello.

—Bueno, es más llevadero si por el camino te encuentras con personas que te ayudan, como me ocurrió a mí con el padre de nuestro amigo Marco Claudio —Polión me miró de nuevo y, por no romper el buen ambiente, asentí con la cabeza en gesto de agradecimiento—. Un hombre excepcional, que sintió un gran amor por César. Cuando llegué a Corduba me encontré una ciudad a medio levantar. Los que habían estado antes que yo en el puesto de gobernador habían comenzado a remozar las calles, reconstruir viviendas, a devolver a su gente lo que era suyo. Los cordubenses que habían sobrevivido a la masacre perpetrada por los soldados de César, en venganza al apoyo prestado a los pompeyanos, estaban deseosos de regresar a sus casas. Y desde hacía tiempo nadie miraba a nadie calificándolo en un bando o en el otro. En Corduba ya se sabía que habla un claro ganador de la guerra y desde entonces todos eran cesarianos. Sobre todo, después de saber a ciencia cierta que no fue César quien instó a sus soldados a quemar Corduba, sino que fue por iniciativa propia y que este intentó impedirlo por todos los medios.

Polión, paraba su discurso de vez en cuando para beber un trago de su copa. Todos callábamos, esperando que continuara con su relato.

—El caso es que recibí instrucciones de nuestro cónsul, Cayo Julio César, para realizar esas refundaciones en nombre de César. Y me pareció una idea grandiosa. Comencé a trabajar en ello. Lo primero que hice fue mandar construir un *auguraculum* en cada una de las que iban a ser nuevas colonias para Roma. En Corduba precisamente elegimos para levantarlo un leve altozano al oeste de la ciudad. Fueron lugares sencillos en todas las ciudades. No podíamos perder el tiempo en construir grandes monumentos porque, dada la coyuntura política que se estaba viviendo por aquí, temía que tuviera que salir corriendo en cualquier momento y, precisamente esa misión encomendada, la quería dejar resuelta.

Y se me ocurrió una brillante idea. Al menos a mí me lo pareció —Polión rio como para sí antes de seguir con su relato—. Quería que fueran mis propios sellos alfareros los que decoraran esos monumentos. Pero se hacía

imposible importar las piezas decorativas, labradas en mármol o piedra desde Roma sin asumir riesgos. Así que me decidí por montar mi propio taller de alfarería en las cercanías de Corduba, una *figlina* en el margen derecho del río Baetis. Conseguí, eso sí, que me enviasen los moldes que yo quería desde mis *figlinae* de Túsculo. Y, finalmente, el resultado fue espectacular. Los *auguraculum* han quedado justo como yo deseaba. No todos se diseñaron igual, pero había algunas piezas que sí se repiten en todos ellos, aquellas que indican que se han fabricado para un edificio ceremonial de este tipo. Ya sabéis, águilas, buitres… indicando que ese es el lugar para los auspicios, aquellos que en su día ya hicieran Rómulo y Remo siete siglos atrás para la fundación de la gran Roma.

—Sin duda, Cayo Asinio —lo interrumpió César—, no dejaste nada al azar. Lo tenías todo bien estudiado.

—¿Finalmente pudiste construir los recintos para los auspicios en las ciudades refundadas con tu propio material? —quiso saber Agrippa.

—Oh, sí, desde luego. Una vez que tuve los moldes todo fue mucho más fácil y, sobre todo, rápido. Los llevó hasta Corduba uno de mis mejores alfareros, Numerio Deceitio. Él se ha encargado de convertir mi sueño en realidad.

—Sí, me temo que por aquí se le ha echado de menos —dijo César—. Me han llegado quejas de algunos funcionarios que dicen que las obras en Roma no marchan al ritmo que debieran. Al parecer hay un retraso importante en las piezas de decoración que recubren los edificios civiles y religiosos que se están construyendo.

—Pues si es por la falta de Numerio Deceitio, *mea culpa*. En estos días enviaré correos a los responsables de mis talleres de alfarería o, mejor, viajaré hasta Túsculo y veré cómo marchan las cosas.

—Tus negocios funcionan a la perfección —espetó César—. Me consta que tus talleres de alfarería trabajan a pleno rendimiento para abastecer la cantidad de obras que se están llevando a cabo en Roma. Es normal el retraso.

—Sé que mis negocios aquí en Italia van muy bien. Por eso no dudé ni un instante invertir en Hispania Ulterior y abrir una *figlina* más en aquellas tierras. Aunque no pueda estar allí, pendiente del negocio, no me ha importado. He puesto en marcha el taller, he conseguido grandes clientes y he dejado al frente a Quinto, el hermano de Marco. Me mantendrá informado por correo ordinario sobre las novedades, aunque la verdad es que espero poder ir a Colonia Patricia en breve espacio de tiempo.

—Pero íbamos por la ceremonia auspicial —intervine yo para acabar con aquella digresión, que parecía ya eterna.

—Oh, tienes razón, Marco. ¿Por dónde iba? Ah, sí… Veamos. Todo estuvo listo en un breve espacio de tiempo. Récord diría yo. Visitaba las obras de construcción del *auguraculum* casi a diario, cuando mis obligaciones me lo

permitían. La primavera estaba muy avanzada y los días eran más largos, por lo que me podía permitir aquella pequeña licencia. Y nunca iba solo —Polión sonrió con la mirada puesta en el infinito—. Siempre había algún magistrado de la ciudad que me acompañaba, hombres de letras e incluso niños. Marco Claudio Marcelo, Marco Anneo Séneca, Sextilio Ena o Porcio Latrón, son algunos de los hombres con los que más he trabajado. Séneca y su hijo me han hecho mucha compañía. Un tipo de gran conversación con el que he entablado una gran amistad. Estuvo muy pendiente de las obras y compartía conmigo casi a diario los avances de las mismas.

El caso es que la madrugada del 26 de junio fue la fecha escogida para la ceremonia. No fue premeditado. Cuando me indicaron que al fin las obras habían concluido, no perdí ni un instante en prepararlo todo. Con la noche bien entrada, y sabiendo que era una de las más cortas del año, nos encaminamos con toda la pompa que la ocasión requería hacia el *auguraculum*. Había quedado espectacular. Una estructura de forma cuadrangular, sólida, no demasiado grande, pero sí hermosa y bien ejecutada. Por supuesto sin techo, para poder vislumbrar bien el vuelo de las aves, su dirección y cantidad. Mucho antes del amanecer partimos hacia allí en una procesión solemne. Iba a ser un gran día para la ciudad y, aunque los ciudadanos de a pie, poco iban a notar en su día a día aquellos cambios, el ambiente que se respiraba era más relajado que en semanas anteriores. No puedo decir que fuera festivo, pero sí los comerciantes abrían con más alegría sus tiendas y sus clientes compraban más desinhibidos. Por ello, cuando en la madrugada de aquel 26 de junio me encontré en la puerta de la *domus* del gobernador con la gran mayoría de los decuriones que componían el senado de Corduba, un nutrido y numeroso grupo de caballeros y hombres de gran prestigio, me sentí henchido de orgullo.

Como decía, partimos en procesión solemne y cuando llegamos al *auguraculum* me situé en la parte oeste del mismo, con la mirada puesta hacia el este. Y, después de que uno de los augures que nos acompañaban formulara las oraciones pertinentes para invocar a Júpiter, comenzó la *spectio* hasta que el sol asomó por el horizonte y cegó nuestra visión. Me llamó especialmente la atención que el atuendo de estos sacerdotes fuera exactamente igual al que lucen los augures aquí, en Roma. Una prueba más de que las colonias desean parecerse en todo a esta gran ciudad, la capital del mundo. Togas blancas con bandas horizontales teñidas de púrpura y azafrán, y las varas curvas propias de ellos.

—Entiendo que los augurios fueron favorables, ¿no es así, Cayo Asinio? —preguntó con curiosidad Mecenas.

—¡Oh, sí, Cayo Mecenas! —exclamó Polión—. El lugar escogido para construir el *auguraculum* fue perfecto. Era una elevación leve del terreno, no muy acusada, pero sí suficiente, y alejada lo bastante de los muros de la ciudad

como para tener una adecuada visibilidad. Pude observar, con la confirmación de los sacerdotes, varias águilas, que volaban alto, bien alto, hacia nosotros. ¡Y lo interpretamos como un gran augurio! Así que, en cuanto amaneció nos dispusimos a prepararlo todo para trazar el nuevo *pomerium* de la ciudad. La nueva Colonia Patricia se merecía más espacio para convertirse en la gran urbe que debía ser. Los sacerdotes ya tenían preparados el buey y la vaca, así como el arado que iba a delimitar el *sulcus primigenius*. Pura ceremonia pero tan emocionante…

—Oh, Cayo Asinio. Cuenta, por favor, hasta dónde ha crecido Corduba —dije emocionado. Yo conocía a la perfección mi ciudad y quería saberlo todo.

—Claro, Marco —Polión se arrellanó en su asiento y comenzó a explicar mientras hacía gestos con las manos—. Nos dirigimos hacia la esquina suroccidental de la ciudad. Y, desde allí, partimos en línea recta en dirección sur hasta el mismísimo margen del río Baetis. Integramos al puerto dentro de los nuevos límites sagrados de Colonia Patricia y seguimos su ribera hasta casi el meandro. Calculamos que este límite sur pudiera coincidir con la esquina suroriental del antiguo *pomerium* y, cuando alcanzamos este punto, ascendimos con el buey y la vaca hacia arriba, cerrando los nuevos límites sagrados.

—¡Cómo habrá cambiado Corduba! —exclamé con cierto tono nostálgico.

—Colonia Patricia, querido amigo —me corrigió Polión—. Pero sí, ahora deben estar bien afanados en levantar la nueva muralla, para cerrar el *pomerium* adecuadamente, por donde el arado trazó el surco. La ciudad está a medio hacer y hay tanto que levantar, que planificar, que construir… Muestro delante de todos mi deseo de regresar con otro proconsulado a esa maravillosa tierra. De hecho, hay un proyecto del que me gustaría hablaros. No puedo atribuirme el mérito de la idea porque, sinceramente, no ha sido mía. Aunque sí puedo confirmar que es excelente.

Cuando acabamos con toda la ceremonia inaugural y las personas que asistieron a la misma comenzaron a dispersarse, Marco Anneo Séneca y su pequeño hijo Marco se acercaron a mí. Como cada día, nos dispusimos a regresar a la ciudad. Pensaba que, como otras veces, lo que deseaba aquel erudito era comentar conmigo las vicisitudes de la jornada. Pero no. Aquel día quería hacerme partícipe de algo. Me pidió que lo acompañara y me llevó a un lugar dentro del nuevo *pomerium*, muy cerca del surco recién excavado, en la parte este de la ciudad. Mientras caminábamos, me preguntaba con qué quimera iba a sorprenderme aquel cordubense estoico amante de la literatura y de la filosofía. El día prometía un calor inusual y, al principio, puse alguna excusa para no acompañarlo. Incluso le dije de acudir una de aquellas tardes. Pero insistió y el pequeño Marco me lo pidió con unos ojos llenos de ilusión. Como decía, el lugar al que me llevaron aquellos dos soñadores era un

terraplén muy cercano al surco excavado en la parte este de la ya zona sagrada de la ciudad. Una zona con cierta inclinación por la que el pequeño Marco descendió ágilmente entre piedras y desniveles. Me preguntó que qué me parecía aquello. Pero yo solo lograba ver un solar vacío. Sin embargo, Séneca había logrado vislumbrar allí un teatro para Colonia Patricia. Un gran teatro en el que disfrutar de las obras que tantas veces habíamos leído y que nunca hemos tenido la oportunidad de vivir. Séneca comenzó a caminar y a alzar los brazos mientras me pedía, me suplicaba, que lo pensase. Por mi cabeza comenzaron a rondar las obras de Plauto, Terencio, Ennio, Pacuvio, Aecio… ¡Era una oportunidad para los cordubenses! En Roma estamos más que acostumbrados, pero allí, en las provincias, nunca nadie ha visto nada parecido en una infraestructura semejante. Y pensé «¡Ya es hora de que aquí haya un teatro, claro que sí!». El desnivel era perfecto para la construcción del graderío. Los trabajos de albañilería serían fáciles y cómodos.

Desde entonces, no dejo de dar vueltas en mi cabeza. Colonia Patricia se merece un teatro. Regresé al terreno casi cada día después de completar mis quehaceres. No fueron muchos hasta que decidimos partir hacia Bononia. Sin duda, aquel es un buen lugar para construir un gran teatro, el mejor de la Ulterior. La última tarde acudí al lugar solo. Me senté sobre una roca que sobresalía del suelo y dejé que el sol vespertino inundase mi rostro. Con los ojos cerrados pensé que Colonia Patricia renacería gloriosa de sus cenizas y que pronto sería la ciudad que siempre había merecido ser. No voy a estar allí para verlo pero, si los dioses me otorgan vida y salud, regresaré para disfrutar de la grandeza de esa gran urbe y de su gente.

Mas tarde, cuando había llegado la hora de la despedida y casi todos se hubieron marchado, Niger, Agrippa y yo nos disponíamos a hacer lo propio cuando Polión me retuvo y me llevó a un aparte.

—Por todos los dioses, Cayo Asino —dije sorprendido—, qué gran historia nos has contado esta noche. Estoy absolutamente emocionado. No te lo vas a creer pero ardo en deseos de regresar a mi Corduba, ahora Colonia Patricia gracias a ti, y disfrutar de ella, de sus calles, de sus gentes, de todo lo nuevo y bueno que está por llegar.

—Harás bien, querido amigo, si te decides por regresar a tu tierra. Hoy mismo me ha llegado correo de tu padre. Y me temo que tú también habrás recibido otro. Marco —dijo con aire circunspecto—, él está muy enfermo. Deduzco por sus palabras que no le queda mucho tiempo de vida. Abre sus cartas. Vuelve a Colonia Patricia y despídete de él.

Me quedé sin palabras, con la mirada perdida. Polión calló por uno instantes y, cuando conseguí reaccionar, solo fue para restarle importancia a su anuncio. Me despedí y, aturdido, deambulé por los amplios corredores de la casa de Polión en busca de la salida. En uno de los jardines, vi a Asinia dirigirse hacia mí. Directa, sin artificios, sin bajar ni un solo instante la

mirada. Sus imponentes ojos claros me escudriñaron. Yo no rebajé el ritmo de mis pasos. Cuando nuestros caminos se cruzaron, tiré de ella y la metí, en el albor de la noche, en el vestíbulo de una habitación. Allí la rodeé con mis brazos. La abracé, buscando que ella me abrazase a mí también. Necesitaba sentir el calor de una persona. Necesitaba que alguien me dijera que todo iba a salir bien. Y ella respondió. Me abrazó cálidamente mientras hundía su bello rostro en mi pecho. Mi mejilla descansó sobre su cabello infinito y respiré profundo, sintiendo el aroma dulce de su perfume. No quería que aquel momento acabase nunca. No quería separarme de ella. No hubo palabras, solo sentimientos. Una explosión de emociones que ninguna bonita frase podría haber superado. Asinia no dejaba de apretarme contra ella. Yo solo solté su cintura para acariciar su espalda. Un suave beso en su cabello rompió aquel momento. Nos separamos y clavamos nuestros ojos sobre los del otro. Le tomé la mano y comencé a alejarme, sin soltarla. Ella no se movió. No dejamos de mirarnos hasta que las paredes de la casa de Polión nos impidieron seguir viéndonos. Aceleré el paso por aquel corredor. Niger estaría preguntándose dónde me había metido. Comencé a correr. Sonreía, pero también lloraba. Corduba, mi padre, Asinia y un juicio pendiente. Aquello era demasiado. Chasqueé la lengua y maldije mi suerte. Olvídate de todo, Marco, me dije en un susurro. Mañana será otro día.

Capítulo 47

El juicio

Roma, diciembre del año 43 a. C.

Efectivamente, encontré correo de Colonia Patricia nada más entrar en casa. El remitente, mi propio padre. No le di importancia. Una carta más que sumar a las decenas que ya acumulaba en un pequeño cofre que tenían mis abuelos en casa. Noté la mirada escrutadora e inquisitiva de Niger. Aunque no dijo una sola palabra, supe que aquello era una reprimenda de las que ya me había echado en demasiadas ocasiones por no abrir la misiva ni leer una sola letra. Cogí el correo, golpeé con él la palma de mi mano izquierda y me dirigí raudo hacia el peristilo.

Era tarde y había refrescado. Estábamos en las últimas semanas del año. Resultaba más que apetecible encerrarme en mi habitación y poner la mente en blanco. Prepararla para solo pensar en Asinia y, al poco, soñar con ella.

En los días siguientes hice por verla todo lo que pude. Me presentaba en casa de Polión cuando sabía que él no estaba por allí. Preguntaba por ella y, si podía salir al vestíbulo, la veía con cualquier excusa. Al poco, empecé a dejarle notas, que ella respondía con rapidez. El comienzo de aquello fue vibrante, emocionante. Incluso llegué a olvidar que en aquella casa también vivía Quintilia. Una tarde que fui a visitar fugazmente a Asinia, ella me aseguró que estaba sola en toda la casa. Sus padres y hermanos habían salido a sus quehaceres. Cuando me invitó a entrar, dudé un momento, pero ella tiró de mi mano y me introdujo en el atrio. Después, sin soltarme, me condujo hasta uno de los peristilos. Aquella fue una tarde soleada del mes de diciembre. Una de esas tardes que templa el ambiente y que se está bien afuera. Así que nos sentamos en uno de los bancos del jardín. Nuestra conversación era fluida. Ella quería saberlo todo de mí y yo no escatimé en detalles acerca de cómo había sido mi infancia, de cómo me había enrolado casi sin darme cuenta en el ejército y de cómo había abanderado la causa contra Casio allí en Corduba. También le conté cómo conocí a su padre y cómo, desde el primer momento, se forjó entre nosotros una profunda amistad que iría más allá de la razón.

Ella, tímida, me habló de su familia, también de su reciente infancia y del afecto que tenía por sus padres. Polión para ella era casi un dios. Lo tenía gratamente enaltecido, asunto que no me sorprendió pero que me hizo sentir bien, sabiendo que ambos sentíamos por él algo parecido. También me habló de Quintilia, pero desde luego no con el mismo entusiasmo con el que lo hizo de su padre.

Cuando la tarde ya languidecía y presupuse que el sol se había puesto en el horizonte, me levanté y le dije a Asinia que era hora de marcharme. Ella se levantó también y nos miramos a los ojos, muy cerca, pero nos invadió la inseguridad de encontrarnos en mitad del jardín y ella esquivó la mirada. Le pedí que no me acompañase a la puerta y que se marchase a su habitación a coger algo de abrigo. Entonces, la tomé de la mano y se la besé sin dejar de mirarla a los ojos. Ella me sonrió y yo le devolví la sonrisa sin apartar la mirad justo antes de salir del jardín. Los corredores de la casa de Polión se me hicieron eternos sin estar junto a ella. Camino de la salida me crucé con varios esclavos, que se afanaban en encender las lucernas de los pasillos para dar luz a las estancias. La noche se iba cerrando en aquella casa que estaba orientada al este. Cuando al fin alcancé el atrio y me disponía a atravesar el vestíbulo para salir a la calle, un brazo, que salió de la nada, tiró de mí y me metió en lo que debía ser un almacén.

—¿Qué haces en mi casa, soldadito? —Quintilia. Su voz era inconfundible. Su tono, ciertamente travieso, me dejó sin palabras y, cuando acordé, estaba retenido entre ella y la pared.

—Quintilia… yo… —no podía articular palabra.

Ella intentó besarme, pero yo me escabullí. Entonces, bruscamente, tomó en su mano mis testículos y apretó suavemente mientras me miraba fijamente. Yo me estremecí, sorprendido por aquel súbito ataque.

—Te he hecho una pregunta, querido.

Ella pareció aflojar su fuerza sobre mí y yo aproveché para retirar sus manos. Miré hacía abajo e intenté salir de aquel cuarto trastero lleno de vasijas, ollas y platos de barro.

—He venido en busca de tu esposo —mentí—. Pero no está. Así que ya me marchaba.

—Eso no es verdad, soldadito —me espetó volviéndome a acorralar contra la pared—. Sé que has venido a ver a Asinia. Sé que llevas aquí buena parte de la tarde y sé cómo os miráis los dos. ¿Crees que no me he dado cuenta de nada en estos días? Estoy al tanto de vuestras cartas, de vuestros encuentros y de esta visita.

—¿Y qué tienes que decir sobre ello, Quintilia?

—Mi marido no sabe nada. Y, desde luego, no sé cómo se tomaría esta incipiente y tonta relación. Mi hija es una inocente si piensa que contigo puede llegar a algo. Eres un soldadito engreído y egoísta. Un don nadie de

provincias al que le quedan los días contados en esta Roma convulsa. Aquí van a rodar cabezas y la primera va a ser la tuya en las próximas *idus* —Quintilia hablaba casi un susurro, justo al lado de mi oído, con un odio que yo no le conocía. Volvió a agarrarme fuerte de los testículos—. Como hagas daño a mi hija, jamás te lo perdonaré.

—Tú lo que no me has perdonado es que te abandonase.

—¿Me abandonaste, querido?

—Cuando me enteré de quién era tu esposo. ¿Creías en serio que iba a continuar contigo sabiendo que estábamos engañando a Polión? Por todos los dioses, espero que él nunca haya sabido nada de eso.

—Mi esposo nunca se entera de nada —repuso ella altiva, segura de sí misma—. En cualquier caso, ten muy claro, niño de provincias, que tú a mí nunca me has abandonado.

—Sí lo hice, Quintilia. Igual que en su día lo hizo Dolabela. E igual que hacen contigo todos esos amantes que te echas para que tu mente siempre esté ocupada. Aburrirse es bueno, Quintilia. Dedícate a tus hijos, que igual te necesitan.

Ella aflojó los brazos y yo aproveché para salir de nuevo al atrio. Y de él, al vestíbulo. Ya estaban todas las luces de la mansión encendidas. La noche había caído sobre Roma. Cuando cerré el portón de entrada respiré hondo, buscando que el aire puro de la calle inundase mis pulmones, constreñidos por el peso de la culpa, de los sentimientos a flor de piel y de la inquietud que me causaba estar a apenas unos días de las *idus* de diciembre.

Roma, *idus* de diciembre del año 43 a. C.

El juicio, mi juicio, se iba a celebrar nada más amanecer en el tribunal que se reunía en la escalinata del templo de Cástor y Pólux. La noche anterior no conseguí pegar ojo. No había vuelto a ver a Asinia, ya que no quería mezclarla con todo lo que estaba por pasarme. Sin embargo, sí me preocupé de enviarle varias notas, indicándole las ganas que tenía de volver a encontrarme con ella.

Confiaba plenamente en Aulo Numisio. Días atrás estuvo en casa varias veces, cerrando los detalles de su comparecencia. El discurso lo había trabajado junto a Cicerón, asesinado unos días atrás en su villa de Formia, cuando intentaba escapar por enésima vez de las garras de Marco Antonio. Tras el pacto de Bononia, César no pudo proteger más al gran orador. Las proscripciones se habían hecho hueco de nuevo en la Roma de aquellos años. Las tablillas que se colgaron en el Foro con los nombres de los senadores proscritos hicieron temblar a la sociedad. Aquellos hombres perdieron de un plumazo toda la protección legal que les proporcionaba ser ciudadanos romanos. Sus vidas ya no valían nada y sus propiedades pasarían al Estado tras

sus muertes. La lista maldita la estrenaron cien nombres, pero con el paso de los meses creció hasta llegar al millar de afectados. El miedo invadió las calles y nadie se atrevía a alzar la voz para denunciar aquel tremendo atropello a la libertad. Todo aquel que pudiera ser considerado enemigo de alguno de los triunviros corría el riesgo de aparecer en esa dichosa tablilla, con la consiguiente pérdida para la familia.

En cuanto Cicerón se supo inscrito en la lista de la muerte, intentó escapar por todos los medios. Pero la mala mar de aquellos aciagos días de diciembre lo condujo directo hasta sus verdugos, que no eran otros que los hombres de Marco Antonio. Con el tiempo me enteré que su familia no había sufrido descalabros económicos porque su hijo, que estaba en Atenas estudiando cuando su padre fue asesinado, se puso a las órdenes de Bruto, afiliado al ejército de los detractores de Julio César. Claramente, el motivo que llevó a Marco Antonio a escribir el nombre de Marco Tulio Cicerón en las tablillas de proscritos del Foro de Roma fue el odio que le profesaba. Cicerón fue el único cónsul de Roma asesinado y César no pudo hacer nada tras suplicarle clemencia a Antonio por él. Este estaba movido por la ira, la furia y el odio. Pidió que, tras la muerte del que fue padre de la patria, le fueran cortadas su cabeza y su mano derecha, con la que presupuso que había escrito todos los discursos que Cicerón había pronunciado en su contra. La de Cicerón fue una terrible pérdida para la república, aunque muchos no lo considerasen así. Yo la sentí enormemente porque desde muy pequeño había soñado con conocer al gran abogado, y le quedé agradecido enormemente, ya que el discurso para mi defensa había quedado concluido.

Aulo Numisio me explicó que Cicerón había utilizado como base un discurso con el que se granjeó el favor de Roma veintiséis años atrás, defendiendo al ciudadano Aulo Cluencio, que fue acusado injustamente de haber envenenado a su padrastro, que estaba en el exilio precisamente por haber intentado envenenarlo a él.

Cuando llegamos al Foro, no había por allí demasiada gente. Era temprano. Al hablar, enormes bocanadas de vaho denotaban las bajas temperaturas de aquel frío día de finales de año. El sol aún no había despuntado en el horizonte, más allá de la vía Sacra, y los comerciantes ya estaban montando los tenderetes en sus puestos asignados. También entraban los hombres de leyes en la basílica Julia, recién abierta. Poco a poco fueron llegando los míos, a los que yo esperaba con ansia, solo por saber que estaban ahí, apoyándome. Por supuesto Niger, pero también aparecieron por Polión, Mecenas y Agrippa. No esperaba a César, pero con la sola presencia de sus lugartenientes más cercanos me di por satisfecho. De todas formas, había sido él el que había organizado todo aquello, el que había puesto la causa en manos de Cicerón y quien había orquestado que todo saliese como hasta la fecha estaba saliendo.

El proceso empezó a su hora, justo cuando los miembros del tribunal, un nutrido grupo de senadores, caballeros y tribunos del tesoro, tomaron asiento y cuando, al fin, llegó el magistrado que dirimiría la causa. El juez me tomó declaración pero no dije demasiado, alegando que contaba con un abogado que hablaría por mí. Tras el abogado de Claudia, que tampoco expresó demasiado y sin ninguna prueba contundente, como era de esperar, le tocó el turno a Aulo Numisio. A pesar del frío que hacía en aquella gélida mañana de diciembre, me sudaban las manos y no podía dejar de moverlas. Numisio se mostró tranquilo y me miró con entereza, haciéndome saber que la situación estaba más que controlada.

—Estimado juez, ilustrísimos miembros del tribunal. Me dirijo a vosotros con la finalidad de defender a mi cliente, el tribuno de la legión XXX Marco Claudio Marcelo, originario de Corduba, en Hispania Ulterior, pero miembro más que consagrado en el ejército de los hombres de César. Como por todos es conocido, se ha acusado a mi cliente de asesinar, mediante envenenamiento, al ex tribuno de la plebe conocido por todos, Lucio Trebelio, esposo de su prima Claudia —tragué saliva, Aulo Numisio estaba entrando en materia—. No hace falta que diga que tenemos por aquí a hombres de gran prestigio, lealtad y virtud que podrían corroborar con su palabra de honor todo lo que yo voy a relatar —el abogado miró hacia donde yo estaba y, después, hacia donde se encontraba Polión y los demás—. Pero dejemos a los testigos para el final, si es que fueran necesarios.

¿Cómo murió Lucio Trebelio? Lamento indicar y confirmar que murió envenenado, pero no por mano de mi cliente, acusación por la que estamos hoy aquí y de la que yo intento defenderlo. En cuestión de meses, este honorable tribuno fue perdiendo salud, casualmente igual que mi cliente, Marco Claudio Marcelo. Y me explico. No es mi intención acusar a nadie de ello sin hacer antes comprender los motivos que me llevan a pensar que, de hecho, Marco Claudio Marcelo ha sido tan víctima como Lucio Trebelio aunque, gracias a los dioses, sin llegar a su trágico final. Tengo que añadir que todos los males que Marco Claudio Marcelo ha tenido que sufrir durante estos últimos años, y las angustias y enfermedades que está pasando en estos momentos, han sido provocados por la persona que en realidad ha asesinado a Lucio Trebelio, por lo que también ha intentado claramente atentar contra la vida de mi cliente.

Cada vez había más gente concentrada a nuestro alrededor y mi corazón latía más a prisa. El tribunal estaba situado en la explanada del templo, muy cerca del juez. Yo me encontraba en la escalinata, en una de las *sellae* y junto a una de las mesas adaptadas a las escaleras. Aulo Numisio, al igual que hacía Cicerón en sus discursos, se había levantado de mi lado y había accedido a la explanada donde estaba el tribunal, con la finalidad de exhortar con proyección, gesticulando como lo hacía Cicerón y metiéndose a cualquiera en

el bolsillo con sus sabias palabras. Con lo poco que llevaba, ya había conseguido el asombro de los presentes y los gritos ahogados del público matutino ávido de carnaza que luego contar por los mercados.

—La acusación dice que Lucio Trebelio fue asesinado por un veneno que le fue administrado día tras día en sus comidas por su propio mayordomo, Laurencio, y que eso se hizo por designio de Marco Claudio Marcelo. En cuanto a esto, me pregunto qué razón podría tener mi cliente para desear la muerte a Lucio Trebelio, hombre de gran *dignitas* y amigo íntimo de su también cercano Cayo Asinio Polión.

Confieso que hay un nexo entre ambos que podría haberlos enfrentado. Pero los hombres quieren ver muertos a sus enemigos o porque los temen o porque los odian. ¿Qué clase de temor pudo inducir a Marco Claudio Marcelo a cometer un crimen tan enorme? Si, al contrario, era odio por lo que mi cliente no quería que su enemigo gozase de la vida, ¿era acaso su vida la que envidiaba?

Bien es cierto que la esposa, ahora viuda de Lucio Trebelio, la hasta ahora respetable matrona Claudia, prima del acusado, fue en su día prometida de este. Así, podrían pensar que, con la muerte de Lucio Trebelio, Marco Claudio Marcelo buscaba recuperar a su viejo amor de juventud. Pero, ¿garantizaría la muerte del tribuno que la joven Claudia cayese rendida a los pies de mi cliente, acusado en este caso?

Sigamos haciéndonos interesantes preguntas. Veamos. ¿Por medio de quién le fue servido día tras día el veneno a Lucio Trebelio? Fue a través de su mayordomo, Laurentio. ¿Y si os digo en este momento que, mientras Lucio Trebelio ya estaba gravemente enfermo, Marco Claudio Marcelo comenzó a sufrir las mismas dolencias que él? ¿Pensaríais entonces que mi cliente se administraba a sí mismo el idéntico veneno que supuestamente mandó dar a Lucio Trebelio? Náuseas constantes, debilidad atroz, dolores estomacales insufribles y, a largo plazo, incapacidad y muerte. ¿Quién quiere eso para sí mismo? Y os digo una cosa más. Por aquellos días, Laurentio había comenzado a trabajar en casa de Marco Claudio Marcelo a instancias de Cayo Asinio Polión, amigo de ambos que quiso hacer un favor a mi cliente brindándole a un excelente mayordomo para poner a punto su casa.

Y una pregunta más. Si todo se estaba haciendo de manera tan sigilosa. ¿Qué llevó a la matrona Claudia, esposa de Lucio Trebelio, a pensar rápidamente en que su marido había muerto asesinado por un veneno y no había reparado en ello durante los meses que duró la enfermedad?

La historia de esta muerte, jueces, es tal que no ofrece ningún tipo de sospecha sobre mi cliente. Se trata más bien de un crimen de índole doméstica.

Con la llegada de Marco Claudio Marcelo a Roma, fue la matrona Claudia la que quiso despertar ese amor dormido de juventud que su tío, y

padre de Marco, le arrebató de las manos por las viejas rencillas que se vivieron en los tiempos de César y Pompeyo por Hispania Ulterior y que aún hoy perduran. Sin embargo, mi cliente, cuando supo que Claudia había contraído nupcias con Lucio Trebelio, decidió olvidar a su bella prima. Pero Claudia no pudo superar este rechazo y, despechada, decidió quitar de en medio el problema que la separaba de su amado. Pero su plan se truncó cuando descubrió que Marco Claudio Marcelo ya no quería saber nada de ella. Y, cosas de la vida, cuando Cayo Asinio Polión le pidió el favor a su amigo Lucio Trebelio de que le enviase a su mayordomo a su otro amigo, Marco Claudio Marcelo, para que pusiera en orden la *domus* de Marcelo, ella vio clara su venganza y utilizó a Laurentio. Lo sobornó con dinero y con su futura libertad y lo obligó a administrar a su querido primo el mismo veneno que había dado a su amado esposo, Lucio Trebelio. De ahí que Marco Claudio Marcelo comenzara a sentirse mal y que su único alivio fuera alejarse de Roma, y de Laurentio. César y sus campañas de reclutamiento le han salvado la vida.

Solo de manera en que digo estas realidades surge, jueces, a menudo, la verdad abatida por la vileza de muchos. Y respira la defensa de la inocencia que ya estaba ahogada: porque aquellos que son hábiles para el engaño brillan por su audacia y se lanzan a todo antes de saber que serán abandonados por los designios de los dioses.

La viuda de nuestro querido y desaparecido Lucio Trebelio tiene mucha audacia, pero anda escasa de prudencia y de reflexión. ¿Tan perdida por la ira estaba esta matrona que comenzó a dejar cabos sueltos y, lo que es peor, terminar acusando de la muerte de su esposo a alguien a quien quizá también estaba intentando asesinar?

Jueces —Aulo Numisio paró para tomar aire. Lo estaba haciendo realmente bien, el discurso estaba saliendo a la perfección—, he conseguido la confesión de Laurentio, quien ha declarado delante de algunos de los miembros de este tribunal justo antes de escapar, sin destino conocido, con los talentos que ya le había pagado Claudia.

Ya veis, jueces, que esta infame mujer, con la misma mano con la que, si puede, desea matar y mata a su marido, también desea la muerte de su antiguo prometido. ¡Qué prodigio es este, dioses inmortales! ¿Puede haber un ser tan monstruoso en algún lugar del mundo? ¿De dónde diremos que ha podido salir un crimen tan abominable y tan cruel? Porque ahora, sin duda veis, jueces, que no he hablado de Claudia en este discurso sin necesidad y sin unas razones poderosas. No hay, en efecto, ningún mal, ningún infortunio que ella, desde el principio no haya querido, deseado, meditado y ejecutado contra su esposo y su primo y antiguo prometido, mi cliente Marco Claudio Marcelo.

Mi principal queja es que un crimen tan evidente hubiese quedado escondido por una falsa acusación. El envenenamiento de Lucio Trebelio y el de Marco Claudio Marcelo se ha hecho por fin evidente pero no por mano de

mi cliente, quien es imposible que se haya envenenado a sí mismo. Sin duda, el envenenamiento lo indujo la matrona Claudia, viuda de Lucio Trebelio. Y no solo fue diligente en procurarse un culpable, sino también en los medios. Y de aquí nacieron las amenazas que propinó a Laurentio, adornadas con hermosas promesas de libertad.

En el momento presente, ¿cree ella que alguno de nosotros ya ignora lo que hizo y lo que intentó hacer? Sabemos cómo lo hizo, por qué lo hizo y a quién prometió dinero y libertad para perpetrar sus crímenes.

Por eso, jueces, si detestáis el crimen, impedid que una, hasta la fecha, respetable matrona romana siga derramando sangre a su antojo. Ya ha acabado con la vida de su esposo y ha intentado inculpar de ello a su antiguo prometido mientras también intentaba acabar con su vida. Nunca un despecho llegó tan lejos. No permitáis que esta matrona salga victoriosa de esta afrenta. Tiene que salir vencida gracias a vuestra equidad.

Si, al contrario, apreciáis la modestia, la bondad y la virtud, aliviad, por fin, jueces, a quien os suplica, a quien durante tanto tiempo ha vivido en medio de los peligros de una infundada malevolencia.

Ahora, por primera vez en mucho tiempo, mi cliente, después de aquel fuego que los hechos y la ambición que los otros avivaron, ha comenzado a levantar el ánimo con la esperanza puesta en vuestra justicia, y a respirar un poco, libre de miedo. Ha puesto toda su confianza en vosotros. Él, Marco Claudio Marcelo, el mismo a quien tantos desean ver absuelto y a quien solo vosotros podéis absolver.

Y si alguna desgracia cayera en este juicio sobre mi cliente siendo inocente como es, tened por cierto que esa matrona desventurada se lamentará largamente de que se descubrieran hace tiempo sus intenciones y el veneno que utilizó sobre su esposo y antiguo prometido.

Demasiado tiempo ha vivido mi cliente en la desgracia, la de haber sido envenenado y posteriormente acusado. Y no ha habido nadie tan injusto con él como ella, la matrona Claudia. Vosotros, que os mostráis justos con todos, que socorréis más bondadosamente al que más cruelmente es atacado, absolved a Marco Claudio Marcelo, restituirlo sano y salvo a esta sociedad, devolvédselo a sus amigos, a sus vecinos, a sus compañeros. Hacedlo siempre adicto a vosotros y a vuestros hijos. Cosa vuestra es, jueces, de vuestra dignidad y de vuestra clemencia. Con razón se os reclama que libréis, de una vez, de estas calamidades a un hombre de tanto mérito e inocente del todo, querido y del agrado de muchísimos mortales, a fin de que todos comprendan que en las asambleas públicas puede haber lugar para el odio, pero que en los tribunales solo cabe la verdad.

Absolvo. Ese fue el veredicto. Aulo Numisio, a expensas del fallecido Marco Tulio Cicerón, lo había conseguido. Hubo algunos jueces comprados, porque no quedaron dudas de la verdad y, aun así, hubo votos que quisieron

mi condena. Hubiera acabado en el exilio. Pero gracias a los dioses que me protegen no fue así. Al día siguiente, al amanecer, me despertó en mi casa el abogado. Claudia había muerto.

Capítulo 48

El viaje de la esperanza

Roma, marzo del año 42 a. C.

Aquella mañana de marzo se había levantado despejada. Fría, muy fría, pero sin un atisbo de nubes o niebla en el horizonte. No es que tuviese esperanzas de que una temprana primavera fuera a instalarse entre nosotros, pero por las tardes ya templaba el ambiente lo suficiente y era cuestión de días que las mañanas no fueran tan gélidas como aquella. El buen humor se había asentado entre las tropas que nos adiestrábamos y entrenábamos en el Campo de Marte. Lo teníamos todo preparado para partir hacia el este. El ejército de César, de Lépido y de Marco Antonio lo formábamos diecinueve legiones. Las fuerzas unidas de los tres hombres fuertes de aquella república macilenta y moribunda eran algo superiores a las de los asesinos de Julio César, liderados por Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino. Diecinueve contra diecisiete. Pero la superioridad numérica en el arte de la guerra no siempre significa una victoria. Y esa lección la aprendí bien años atrás, de la mano del mismísimo César. Nos entrenábamos duro. Niger y yo nos trasladamos desde la cómoda *domus* de mis abuelos, en el Quirinal, hasta el campamento. Nada de comodidades. Yo actuaba ya como lugarteniente del joven César, con cargo de tribuno, adscrito a la legión XXXIII. Niger, por su parte, consiguió ascender al cargo de centurión de la misma legión. César sabía que no podíamos estar separados. Y yo no podía ni imaginar que en la guerra no pudiera estar al lado de mi mejor amigo, de mi apoyo, de mi bastón durante todos aquellos años.

Los malos ratos pasados fueron quedando en el olvido. Superar la muerte de Claudia costó. No puedo negarlo. Ella decidió hacerlo lamentablemente dramático y, aunque yo me enteré cuando ya todo había ocurrido, muchas personas en Roma fueron testigos de cómo mi prima, a la que tanto amé, por la que me desviví en su día, la mujer con la que quería casarme y formar una familia, se quitaba la vida. Al amanecer del día siguiente al juicio la vieron subir por el monte capitolino en dirección a la roca Tarpeya. Iba vestida como una vestal, de blanco puro, con el pelo suelto y alborotado. No atendía a nadie

que la llamaba, que le preguntaba adonde iba. Los que la vieron aseguraron que tenía la cara desencajada. Nadie pudo pararla y no hubo tiempo de nada cuando, gritando a pleno pulmón que amaba a Marco Claudio Marcelo y que lo haría hasta la eternidad, se tiró de la roca y se despeñó. No se pudo hacer nada por ella. Cuando me enteré de cómo había sucedido todo, me invadió un grave y pesaroso sentimiento de culpabilidad, asunto del que se encargaron Polión y Niger desde el primer momento, haciéndome entender que ella sola se había buscado la desgracia en la que había caído. A los pocos días tuve la visita de mi tía Cornelia. Me recriminó todo por lo que había pasado su hija y de paso me recordó que Publio estaba desaparecido y que ella había caído en desgracia. Y yo solo pude escucharla y callar. Y llorar. Cuando la tía Cornelia se marchó, lloré hasta que Niger me sacó de las tinieblas.

Fue cuando decidimos los dos meternos de lleno en la vida militar y dejar la opulencia de Roma a un lado. A ambos nos iba a venir bien el régimen castrense. Polión nos apoyó, aunque él prefirió quedarse en su mansión, disfrutando de la vida solaz entre libros, poetas y grandes obras de arte.

Pues fue aquel día despejado, frío pero soleado, cuando Polión se presentó de súbito en el campamento. No lo esperábamos, ya que apenas si asistía a los consejos que celebraba César con sus lugartenientes. Por ello, verlo aparecer en mi tienda fue una grata sorpresa.

—Marco, buenos días —saludó nada más verme.

—Vaya, Polión —respondí sonriente mientras dejaba una manta sobre una de mis *sellae*—. Me alegra verte por aquí. ¿Qué necesitas?

—Esta mañana ha llegado correo a mi casa —Polión calló y yo lo miré intrigado, con ojos inquisitivos invitándolo a continuar—. Era de Colonia Patricia, de tu hermano Quinto. Marco —Polión titubeó—, tu padre ha fallecido. No sabes cuánto lo siento, amigo.

Polión, una vez más, había conseguido dejarme sin palabras. Me quedé perplejo. Miraba al suelo sin poder moverme. Pensaba y no pensaba. Las ideas volaban por mi cabeza pero ninguna se quedaba dentro de ella para hacerme reaccionar. Mi madre, Quinto, mi casa, Villa Fertilitas, Marcia. ¡Por todos los dioses, Marcia!

—Marco. ¡Marco! —Me gritó Polión.

—Sí, Cayo Asinio —le dije todavía aturdido.

—Deberías marcharte a casa. Tu familia te necesita.

—César también —le dije meditabundo.

Polión me agarró fuerte por los brazos, apretándolos contra mi cuerpo y me obligó a mirarlo a los ojos.

—Querido Marco —me dijo con cariño pero con autoridad—, vete a la Ulterior. Deja todo esto por unos meses. Márchate, vuelve con tu familia. Tu madre lo agradecerá y tú vendrás renovado. Y César… César lo entenderá. Déjamelo a mí. De todas formas, no vamos a partir de manera inminente para

Oriente. Ya volverás. Y seguro que más pronto que tarde.

Me dejé llevar. No podía pensar y dejé que otros lo hicieran por mí. Polión llamó rápidamente a Niger para comentarle lo ocurrido y entre los dos prepararon el equipaje. Luego Cayo Asinio se marchó, supongo que hablar con César y a organizar mi partida, porque aquella misma tarde, aún aturdido, me encontré montado en un carro camino de Ostia, rumbo a Hispania Ulterior. Rumbo a Corduba.

—Marco —me dijo Niger cuando la sombra de la gran Roma ya no se adivinaba en el horizonte—, he cogido todas las cartas que has guardado de tu padre. Creo que deberías leerlas. De hecho, pienso que es el momento de que las leas.

—Niger, amigo —contesté desganado. Mi energía y vitalidad se habían esfumado. En mi cabeza solo bullían las dudas—, no tengo ganas de nada. Solo de cerrar los ojos y abrirlos cuando todo esto haya pasado.

—Igual en las cartas encuentras las respuestas que tanto anhelas.

—No, Niger. No sé ni para qué te las has traído. Me habéis manejado como a un muñeco Polión y tú —dije enojado pero sin cambiar la postura de derrota y desgana que llevaba en el carro—. Si tanto interés tienes en ellas, puedes leerlas tú.

—Oh, si a ti no te importa… lo haré encantado. Alguien tiene que saber qué demonios te ha escrito tu padre en todo este tiempo.

Así que Niger, a la escasa luz de una lucerna, comenzó a abrir las cartas una a una. A leerlas por encima y muy rápidamente. A desechar unas y a guardar otras. Y lo hizo con vehemencia. Sin levantar la vista de ellas, acercando la lucerna cuando un borrón en el pergamino impedía leer con claridad. Yo lo observaba. Sí. Logró mover mi curiosidad y hacerme querer saber qué era lo que estaba leyendo. Pero mi orgullo me impidió preguntarle. El traqueteo del carro se hacía intenso por momentos pero gracias al placentero vaivén que llegó después, cuando nos alejamos de la ciudad y la vía se hizo más lisa y homogénea, caí en un profundo sueño del que desperté solo cuando Niger me zarandeó para avisarme de que habíamos llegado al puerto de Ostia.

Aún era noche cerrada y no fue fácil encontrar pasaje para un barco que partiese lo antes posible. Pero se ve que Niger, Polión y César habían pensado bien en todos los detalles y una buena bolsa cargada de monedas facilitó el tránsito. Aquella misma mañana estábamos partiendo hacia Hispania. Tarraco iba a ser nuestro puerto en siete días.

El viaje comenzó tranquilo y parecía que así iba a continuar. Niger agradeció la luz del día para seguir con su lectura sin necesidad de lamparillas. Mientras yo tomaba el sol en cubierta lleno de ansiedad por sentir que estaba perdiendo el tiempo, Niger no se desconcertaba de los correos. Tumbado como estaba a estribor, de pronto, escuché el grito ahogado de mi amigo. Me

incorporé como un resorte.

—¡Marco! —Niger corría desde babor hacia donde yo estaba, con una de las cartas en la mano. Gritaba mi nombre mientras esquivaba cuerdas tiradas en el suelo, mástiles amontonados e incluso marineros que se afanaban en sus tareas. ¡Marco, Marco! ¡Lo tenemos!

—¿Qué tenemos, Niger? —le pregunté ciertamente divertido por haberlo visto correr de manera tan desaforada. Niger se apoyó en la barandilla para recuperar el resuello antes de comenzar de nuevo a hablar con voz entrecortada.

—Lo tenemos, amigo. Sabemos dónde está Marcia.

—¿Qué estás diciendo? —me levanté y lo cogí por la túnica mientras casi lo elevaba del suelo—. ¿Dónde está mi hermana?

—Deberías leer esta carta, Marco —me invitó Niger mientras intentaba zafarse.

Le quité con ansia el correo de las manos y me retiré para leer.

Querido hijo, Marco Claudio Marcelo,

voy avanzándote, según evoluciona mi proceso, cómo va mi enfermedad. Tan solo siento que cuando puedas leer estas líneas yo ya habré escrito varias cartas más y no dándote buenas noticias. Sabes que no me encuentro bien desde hace tiempo, que la desgana se ha apoderado de mí y que he perdido tanto peso que no me reconocerías. Sin embargo, no ha sido hasta hace tan solo unas horas cuando un reputado médico de Carmo que ha venido a ver a algunos pacientes de la zona, me ha confirmado que tengo un mal interno que acabará con mi vida. Sí, querido hijo. Voy a morir pronto.

Pensarás que te lo escribo con frialdad, pero lo tengo asumido desde hace tiempo. Este físico solo ha confirmado mis sospechas. Confieso que me he venido abajo, pero ha sido solo por unos instantes, justo antes de darme cuenta de la ingente cantidad de tareas pendientes que tengo que dejarme resueltas antes de cruzar el río Aqueronte y conocer, al fin, los Campos Elíseos.

Y una de ellas es decirte dónde está Marcia, para que a tu hermana no le falte de nada. Para que te encargues de ella, ya sea desde Colonia Patricia, si es que decides regresar tras mi partida, o desde la misma Roma, si es que el destino que los dioses han preparado para ti está allí.

Marco, atiéndeme bien. Voy a contarte cómo sucedió todo. Cuando supe que Marcia estaba embarazada maldije mi suerte. Como padre, iba a ser una terrible afrenta. No podía enfrentarme a ello y, durante unos días, me aferré a la idea de que todo podría salir mal. Sin embargo, me di cuenta de que el tiempo corría en mi contra. Marcia tenía las formas cada vez más redondeadas y pronto toda Corduba iba a hacer comentarios a nuestras espaldas. Sopesé la idea de levantar la cabeza orgulloso y dejar que la gente hablase. Pero aquello no podía ser. Indo no era romano. Me revelé contra mí mismo y, con la ayuda de Belonio, comencé a prepararlo todo, aunque él nunca ha sabido dónde está Marcia. Oh, querido hijo… Espero que puedas entenderme, entender la causa que me movió a hacer o que hice.

La idea, desde el principio, era llevar a Marcia a un lugar seguro, en el que pudiera tener adecuadamente a su hijo y criarlo como merece una joven de su alcurnia. Hacía años que había escuchado que había un poblado relativamente cerca de Corduba en el que se veneraba a una diosa que protegía a las mujeres, a las parturientas en particular. Enseguida acudí a visitar el lugar y me pareció perfecto. Adquirí una casa y empecé

una leve reforma mientras buscaba una esclava, una persona de confianza que pudiera acompañar y cuidar de Marcia. Aquello me llevó unos días. Regresé a casa y el resto de la historia ya la conoces.

Cuando me llevé a Marcia, su casa estaba todavía en obras, por lo que se instaló en una habitación de la vivienda en la que moraba la criada que se iba a ir con ella. Fue increíble la entereza con la que Marcia acató su destino. No hubo ni una lágrima, ni una protesta, ni si quiera una palabra. Por el camino le expliqué que, desde aquel día viviría allí y que aquel sería el lugar en el que tendría y cuidaría a su hijo. Le prometí que no le faltaría de nada, a cambio de que no intentase, bajo ningún concepto, ponerse en contacto con nadie de la familia. Nadie, absolutamente nadie, debía saber dónde estaba ni dónde vivía.

Marco, entiéndeme. No quería que el buen nombre de nuestra familia se manchara con un embarazo y con un niño que ni siquiera iba a tener ascendencia romana.

Encárgate de ella, Marco. Tu hermana vive en Ituci, un poblado íbero al sur de Colonia Patricia. Está levantado dentro de una muralla en un altozano que se erige a los pies del Salsum, un poco más al norte. Encontrar la ciudad no tiene pérdida. Queda entre Tucci y Ucubi, la primera al este y la segunda al suroeste. Como ves, es un lugar cercano. Sé que la encontrarás y sé que te harás cargo de ella. Has de saber que tienes un sobrino, que el parto fue bien y que ahora es un niño fuerte de tres años.

No sé si convendría que tu madre supiera algo de esto. Escríbeme, Marco. Hablemos antes de que me marche.

Tu padre, que te ama con todo su corazón,
Marco Claudio Marcelo

—Está en Ituci, al lado de Corduba —me dijo Niger, como si yo no hubiese sido capaz de retener el nombre de aquel poblado, del que nada sabía hasta la fecha.

—No me ha pedido perdón, Niger —le espeté—. Sus palabras suenan a excusa barata. Pero no me pide perdón.

—Esta es su forma de pedir disculpas.

—No, querido amigo. Mi padre ha muerto y no ha sido capaz de comprender que mi alejamiento se debió al enorme daño que nos hizo a toda la familia. No ha sabido leer entre líneas. No se ha enterado de nada.

Entonces, me di media vuelta y me apoyé en la baranda del casco de la nave. Cerré los ojos y dejé que la brisa marina inundara mi rostro. Niger me quitó la carta de mi padre de las manos. El sol del mediodía caía sobre mí.

Ituci, abril del año 42 a. C.

A los siete días de nuestra partida desembarcamos en Tarraco y, cuando íbamos a emprender nuestro camino a lomos de dos espléndidos corceles, alguien nos dio el aviso de que un barco partiría en pocas horas rumbo a Hispalis, haciendo solo breves escalas en Cartago Nova y Gades. Rápidamente echamos la cuenta de los tiempos y llegamos a la conclusión de que íbamos a ganar un par de días y mucha comodidad. Conseguimos pasaje en aquel buque

vacío de mercancía, que iba rumbo a la Ulterior a cargarse de orondas ánforas de llenas de aceite. Mi cabeza se desplazó inmediatamente hasta Villa Fertilitas y viajó con rapidez al puerto de Corduba y a aquel amanecer en el que Lavinia me desveló el embarazo de Marcia.

La travesía fue perfecta. Días soleados y poco viento fueron nuestros principales acompañantes de viaje. Niger se leyó todas las cartas de mi padre y, cuando terminó con la tarea, las volvió a leer. Intuyo que buscando ese anhelado perdón que no había llegado en ninguna de ellas. Niger solo quería congratularme, hacerme sentir bien.

En aquellos días decidimos que no pararíamos por Colonia Patricia, sino que iríamos directos a Ituci y que regresaríamos a casa con Marcia y su hijo. Mi padre ya no estaba, ya no podía tener poder de decisión. Yo era el *paterfamilias*. Diez días en aquel tranquilo barco, y dos más al galope, nos llevaron a Niger y a mí hasta las conocidas tierras de nuestra Hispania Ulterior. No fue difícil encontrar aquel poblado. El altozano sobre el que se situaba se veía claramente desde millas atrás. Tuvimos que bordearlo por el este, viendo claramente la muralla que rodeaba y protegía a la ciudad. Más tarde, nos adentramos en un camino que nos llevó a través de un valle en pendiente que discurría directo a Ituci. Rodeados de suaves lomas cubiertas de cereal, salpicadas de algunos rodarles de olivos, fuimos descubriendo el embrujo de una ciudad que coronaba uno de los montes más altos de aquella fértil campiña. El camino, sinuoso, nos desvelaba tras cada loma una Ituci cada vez más cercana. Fuimos ascendiendo apenas sin darnos cuenta.

El camino se elevaba pero no se empinó en ningún momento. Cuando estuvimos a apenas unos pies, Niger y yo apaciguamos la marcha de nuestros corceles y nos dejamos impregnar por el paisaje, los olores y el calor de nuestra tierra.

—¿Te acuerdas, Niger, cuando regresábamos de Obulco y pasamos tan cerca de este poblado? —le pregunté a mi amigo mientras ya ascendíamos al paso, deseando alcanzar la muralla y encontrar la puerta de entrada a Ituci—. ¿Quién iba a decirnos que Marcia se encontraba tan cerca?

—Era imposible que supiéramos que ella estaba aquí. Me pregunto tantas cosas, Marco…

—¿Qué cosas?

—¿Sabrá Marcia que Indo ha muerto o seguirá esperando su regreso? ¿Seguirá enamorada de él? ¿Y el niño?

—No te atormentes con preguntas que van a tener respuesta, si los dioses lo permiten, hoy mismo.

—Lo que me más me inquieta es lo de Indo. ¿Cómo se lo vamos a decir?

—Dejémonos llevar, amigo. Al final, todo se solucionará —resolví animado. Me quedaba tan poco para volver a ver a Marcia.

Mientras ascendíamos nos dimos de bruces con un abrevadero del que

manaba agua. Sin duda debía tratarse de un manantial. Aprovechamos para abrevar los caballos y beber y refrescarnos. Era medio día y el sol de la primavera de mi tierra apretaba ya bastante. Noté a Niger nervioso, ansioso por continuar con nuestro camino a pesar del cansancio acumulado tras días de navegación y camino. Yo, en parte, me sentía como él. Sin embargo, decidí apoyarme en el borde de la acequia para disfrutar aquel momento. El sol caía a mi espalda y yo miraba al sur. Quise adivinar por dónde quedaba Villa Fertilitas, Ucubi… Quise ver más allá de las suaves lomas que nos rodeaban colmadas de cereal y de olivos y recuperar el tiempo perdido en mi tierra. ¡Qué diferente era todo aquello a los campos de Italia! Habían sido años de guerra, de incertidumbre, de enfermedad. Pero todo ese había acabado. Ahora iba a recuperar a mi familia.

Di un salto desde el pretil de aquella gran fuente y le hice un gesto a Niger para indicarle que íbamos a seguir nuestro camino. No hubo palabras. Solo gestos. Y emprendimos el, ahora sí, empinado sendero que teníamos por delante. Íbamos a lomos de nuestros corceles, deseosos ambos de alcanzar por fin las puertas de aquella ciudad fortificada. El camino rodeó el poblado desde su lado sur hasta el este, donde nos sorprendió una imponente puerta doble flanqueada por dos torres gemelas de planta cuadrada, bien custodiadas por soldados romanos. Al alcanzar el vano, el legionario que hacía guardia nos hizo descabalgar. Nos preguntó de dónde veníamos y que queríamos hacer en la ciudad y nos registró a nosotros y a nuestro equipaje. Contestamos que éramos de Hispania Ulterior, hombres de César y que veníamos a visitar a un familiar.

Cuando entramos, dejamos los caballos en una posta y comenzamos a caminar por las calles de Ituci. Mi mirada solo buscaba encontrarse con la de Marcia al volver cada esquina. Anduvimos por entre las casas, por calles empedradas y por otras llenas de barro. Miré dentro de todas las viviendas que tenían la puerta abierta. Cuando nos cruzábamos con alguien le preguntaba por Marcia. La describía, contaba cómo era y hablaba de su hijo, pero nadie sabía nada de ella. Parecía que se la hubiera tragado la tierra. La tarde empezaba a languidecer y Niger y yo nos dimos cuenta de que no habíamos comido nada en todo el día. Un puesto callejero con comida fría nos invitó a probar bocado antes de seguir nuestro camino. Tan seguros estábamos de que íbamos a encontrar a Marcia en la primera casa que nos habíamos olvidado de buscar un lugar para dormir. Pero aquello no nos importó. Seguimos buscando mientras nos tomábamos un trozo de pan con un queso que nos supo exquisito. En cierto modo, yo ya había perdido la esperanza cuando, en un deambular casi absurdo por una de las calles, me percaté de que el sol estaba ya muy caído sobre el horizonte.

—Niger —llamé la atención de mi amigo—, vamos a donde los caballos. Igual allí nos dan cama para pasar la noche. Mañana podremos seguir…

Y no pude terminar la frase. Un niño muy pequeño salió de la nada y me arrolló, empujándome sin piedad y casi tirándome al suelo. Aquel pequeño sinvergüenza siguió su camino a toda velocidad. Detrás de él corría y gritaba la que debía ser su niñera. Aquella escena llamó por completo mi curiosidad así que, cuando ambos doblaron la esquina de la calle, apresuré mi paso para ir detrás de ellos. El niño se metió en la primera puerta que había a la derecha y la criada entró detrás de él. Con las prisas no se dio cuenta de que dejó la puerta entreabierta. Curioso, me asomé. El sol bañaba mi espalda y, cuando abrí algo más la hoja de aquella puerta, entró de lleno en lo que se parecía mucho al atrio de una casa romana. Pocas así habíamos visto en aquel poblado.

El sol hizo el resto. Cuando la puerta se abrió del todo, un haz de luz anaranjado cubrió con su inmenso manto un olivo que crecía en una gran tinaja. Las hojas, fuertes, recias, reflejaban aquella bella luz del atardecer. La estampa me obnubiló por unos instantes. Pero pronto caí en la cuenta. La había encontrado. Aquel era el olivo de los Claudio.

Capítulo 49

El reencuentro

Ituci, abril del año 42 a. C.

No encontré reparo en entrar en aquella casa. Niger me seguía de cerca y no me impidió hacerlo. Probablemente, él también había visto el olivo y había pensado lo mismo que yo. Con cautela, superé un pequeño escalón que servía de parapeto e introduje mi pie izquierdo en el vestíbulo de aquella desconocida vivienda. Luego, el derecho, mientras abría algo más la puerta. Una vez dentro, me encontré con un atrio de pequeñas dimensiones. Nada que ver con el de nuestra casa de Corduba o con el de las opulentas mansiones que había visitado en Roma. Me acerqué tímidamente al olivo, sin todavía haber llamado a nadie. Me arrodillé frente a él y tomé con cuidado una rama. La acaricié mientras la escudriñaba, intentando encontrar en ella la esencia de mi familia. Entonces empecé a llamarla. Marcia, Marcia, Marcia… Primero en voz baja, luego más alto.

—¡Marcia!

La criada que había estado corriendo detrás de aquel travieso niño se hizo presente en el atrio. Era de baja estatura, muy delgada, de edad madura y tez morena. Llevaba un pañuelo anudado en la cabeza que ocultaba su pelo.

—¿A quién buscáis? —nos preguntó mientras se secaba las manos en su mandil.

—Disculpa —se apresuró a decir Niger—. La puerta estaba abierta y hemos llamado pero al no responder nadie…

—Buscamos a Marcia, de los Claudio —lo interrumpí.

—No, lo siento, aquí no vive ninguna Marcia —nos dijo secamente la esclava. Y se nos quedó mirando, como esperando que nos marchásemos por donde habíamos entrado.

—Sí —intenté explicarme—. Una chica joven, tiene un hijo, es de Corduba y vive aquí desde hace aproximadamente cuatro años. Verás, es mi hermana…

—¡Marco!

Una voz dulce pero enérgica y llena de sorpresa hizo a todos girarnos hacia el interior de la casa. Marcia apareció pálida tras una cortina. Ciertamente, después de llamarme por mi nombre, parecía como si su voz se hubiese apagado.

—Querida hermana… ¡Oh, querida Marcia!

Corrí hacia ella y, cuando la tuve a un palmo de distancia, la estreché fuertemente entre mis brazos mientras sostenía sus sollozos. Acaricié su pelo mientras no dejaba de pronunciar su nombre. Ella lloraba, gemía profundamente. Cuatro años sin verla, sin saber de ella. Podría haber muerto en todo aquel tiempo y yo no haberme enterado. Marcia, Marcia. Oh, querida Marcia. ¿Cómo he podido echarte tanto de menos? Ella se apartó para mirarme a los ojos antes de volver a estrecharme y seguir llorando.

Pasó un rato hasta que pudo tranquilizarse. Fue entonces cuando saludó a Niger y comenzaron las preguntas. Pero le pedí que nos acomodásemos para poder hablar de todo con más tranquilidad. Ella ordenó a la criada que preparase una habitación para nosotros y una cena más suculenta que de costumbre. Entonces, nos pasó a una sala estrecha pero acogedora, decorada con los muebles justos pero bien iluminada. Todo era muy sencillo y austero en la casa de mi hermana.

—Sabrás, Marcia, que padre ha fallecido —le espeté sin preámbulos.

—No lo sabía, Marco —me respondió sincera, con tono grave, pero no del todo triste—. Me lo imaginaba, pero no lo sabía. Llevaba tiempo sin venir por aquí, aunque sí recibía sus correos. En uno de ellos me contó hace tiempo que se encontraba enfermo. Y más adelante, que había empeorado. El día que dejé de recibir sus cartas supe que era porque estaba impedido, o porque había muerto. No, Marco, no me ha sorprendido la noticia.

Entonces llegó la primera pregunta. Demoledora.

—¿E Indo? ¿Dónde está? ¿Cómo está? —yo titubeé y ella, como no queriendo saber la respuesta todavía, siguió hablando—. Entiendo que, ahora, después del fallecimiento de padre, tú eres *el paterfamilias*. Tú decides por mí. No puedes impedirme que mi hijo conozca a su padre y podamos vivir juntos.

—Marcia, Marcia —la frené con cariño pero decisión—. Tienes que saber algo.

Marcia me miró y luego fijó sus ojos en Niger, que tenía agachada la cabeza. Nadie habló por unos instantes. Marcia rompió aquel tenso silencio.

—Indo ha muerto, ¿verdad? —Nos preguntó. Ninguno se atrevió a responder—. Sí… no hace falta que lo corroboréis. Vuestra cara lo dice todo. Por todos los dioses Marco, cuéntame cómo fue.

Marcia volvía a llorar. Pero esta vez era un llanto sereno que interrumpió aquel niño que corría por las calles de Ituci.

—Oh, Indo. Ven aquí —le conminó Marcia al pequeño con cariño mientras se secaba las lágrimas que ya habían resbalado por sus mejillas—.

¿Quieres conocer a tus tíos?

El pequeño asintió. Ella le dijo nuestros nombres y el chico nos sonrió avergonzado.

—Todavía no ha cumplido los cuatro años, aunque ya va a hacer ese tiempo que yo me fui de casa. Es pequeño, pero astuto y vivaracho. Habla perfectamente y estoy pensando en ponerle un pedagogo después del verano. ¿Verdad, Indo? Anda ve a buscar a Macrina y que te de algo de aperitivo. Luego nos vemos en la cena, ¿vale?

El chico salió obediente de la habitación directo a las cocinas de la casa después de recibir un tierno beso de su madre. Marcia empezó a hablar.

—En realidad no se llama Indo. Padre le puso el nombre de Marco junio Marcelo cuando llegamos aquí. A mí me hizo llamar Julia. Quería que rompiese con todo mi pasado. Pero yo tomé la decisión de llamar a mi hijo Indo. Desde que nació y le vi la carita supe que tenía que llamarse como su padre. Cada día se parece más a él. ¿Cómo murió, Marco?

—Murió en el campo de batalla, Marcia. Heroicamente, como tribuno militar del estado mayor de Cayo Julio César. Su vida se desvaneció entre mis brazos y sus últimas palabras y pensamientos fueron para ti y vuestro hijo. Me pidió que os dijera que había muerto con honor y valentía. Me salvó la vida, Marcia —mi hermana lloraba de nuevo profusamente—. Pero no tienes que llorar, porque te queda su hijo. El pequeño Indo es adorable y se parece muchísimo a su padre. Será un gran hombre.

—Padre se preocupó bastante de que aquí me fuera bien. Compró esta casa para mí. Buscó a alguien adecuado para hacerme compañía hasta que encontró a Macrina y me puso en sus manos. Además, que padre eligiera este lugar no fue cuestión baladí. Me trajo aquí por el santuario que hay en la parte sur de la ciudad en el que se venera a Dea Caelestis, diosa que supuestamente iba a velar por el buen término de mi embarazo, el parto y la posterior crianza. Como veis, padre no dejó ningún cabo suelto.

—¿Cómo es tu vida aquí?

—Es buena, Marco. Por eso no debes preocuparte. Macrina nos cuida bien e Indo es feliz correteando por estas calles. Como ves, no es una ciudad romana al uso. Sus habitantes todavía conservan las costumbres de siempre. Aquí se vive muy tranquilo.

—Es una ciudad con muchas posibilidades —apuntó Niger, entrando por primera vez en la conversación.

—Por supuesto que sí, Niger. Es un lugar privilegiado. Al sur de Corduba, muy cerca de la capital. Elevado sobre la campiña, entre el río Baetis y el Salsum… ¿Sabéis? Cuando me siento nostálgica, suelo irme al santuario, rezo a la diosa y me salgo fuera, a mirar al sur. Fantaseo con que al oeste veo más allá de las suaves lomas *Villa Fertilitas*. Imagino que dibujo el contorno de la casa y casi siento que Prótimo está saliendo por la puerta. Veo a la abuela, a

madre, a Quinto, a los tíos, a Publio, a Claudia. Revivo nuestros veranos de la infancia, nuestros juegos en el enorme jardín alrededor del olivo, nuestros paseos nocturnos a la luz de la luna. Me vienen a la memoria las cenas opíparas que la abuela preparaba y las riñas de la tía Cornelia por nuestros motines infantiles. Imagino todo eso y, cuando me doy cuenta, han pasado horas. Y vuelvo a casa más triste de lo que me fui, pero segura de que no voy a olvidar jamás a mi familia ni a todo lo que la rodea. A la diosa le pido volver a verlos a todos, sobre todo a madre, Marco. Sobre todo a madre.

—Pues tu petición ha sido concedida, querida —le respondí con una sonrisa—. ¿Cuánto tiempo necesitas para prepararlo todo y marchar para Corduba? Vamos a sorprender a madre.

—¡Oh, Marco! ¿Estás en serio? —Marcia sonreía abiertamente. Era la primera vez que lo hacía desde que habíamos llegado—. No puede ser… ha pasado tanto tiempo que no puedo creerlo. Pero cenemos hoy con tranquilidad. Descansad esta noche y, mañana cuando despertéis, vayamos al santuario a agradecer a la diosa todo lo que ha hecho por mí y por mi familia y por que haya propiciado este reencuentro. Luego, Macrina y yo tendremos todo el día para poder organizamos con el equipaje. Si te parece, podremos partir al siguiente amanecer. Mañana, podéis ir a los baños y buscar un carro que nos lleve a Corduba. ¿Qué os parece mi plan?

—Es lo mejor que he escuchado en los últimos meses, hermana.

A la mañana siguiente, después de un suculento desayuno a base de panecillos de frutos secos y miel, aceite de oliva de nuestra tierra y leche y queso, partimos hacia el santuario. La tarde anterior me había sorprendido mucho el apego que mi hermana había adquirido por aquel lugar y por la deidad que allí se veneraba. Salimos Niger, Marcia, el pequeño Indo y yo de la casa y giramos hacia la izquierda. En realidad, el santuario no quedaba demasiado lejos. Fuimos callejeado por Ituci en dirección sur por las calles que Niger y yo habíamos recorrido el día anterior, ansiosos por dar con Marcia y conocer su mundo. Sin embargo, aquella mañana de primavera, todo sabía diferente. Marcia caminaba a buen paso y nos iba explicando por cada lugar que pasábamos el porqué tal cosa era importante para la ciudad o para ella.

Para acceder al recinto del santuario tuvimos que salir de la ciudad propiamente dicha. Lo hicimos por la puerta sur. Aquel vano no era tan monumental como el oriental, por donde entramos el día anterior, pero sí estaba bien guarecido y vigilado. Al flanquearlo nos vimos cerca del abismo. Ituci se había levantado sobre un promontorio en mitad de una campiña fértil y, desde luego que, el escarpado terreno que la rodeaba le servía de protección natural. Aquella puerta de la ciudad se había abierto solo y exclusivamente para acceder al santuario. Poco más podía hacerse por allí más que despeñarte, rodar y caer más abajo de la fuente que habíamos visto Niger y yo el día anterior. Mejor no arriesgar y seguir el camino marcado para llegar a los pies

del templo, para cuyo acceso había que subir una empinada rampa.

Accedimos al recinto a través de un sencillo y estrecho vestíbulo construido en piedra que nos condujo a un patio de diminutas dimensiones. Había en él varios bancos y todos colmados de pequeñas figurillas talladas en piedra. Me llamó la atención la variedad de formas que tenían. Algunas de ellas representaban solo partes del cuerpo, mientras que otras eran pequeñas figurillas femeninas encinta.

—Ya estamos aquí —dijo Marcia casi en un susurro. En ese momento, dos mujeres salieron de la *celia* del templo—. Este es el santuario del que os hablaba. La costumbre aquí es que, si tienes una petición especial, le ofrezcas a la diosa una figurilla o hagas una libación. O ambas cosas. Mirad —Marcia se acercó hasta unos de los bancos y extrajo un exvoto con forma de mujer encinta. En su parte superior podía leerse el nombre de la diosa, Dea Caelestis —. Esta ofrenda la mandó tallar padre para que la diosa cuidara de mí. Cuando estuvo lista la trajimos al santuario, la ungimos con aceite de la familia y se la ofrecimos a la diosa ahí dentro. Una vez depositada en el suelo, junto a ella, hicimos una libación con el agua sanadora de la fuente que hay justo aquí debajo, en el camino de subida hasta Ituci. Ese agua tiene propiedades y cura algunos males relacionados con los huesos, dolores y demás asuntos. Por eso veis tantas figuras de piernas y pies. Venid, entremos.

Marcia nos invitó a conocer la *celia* del santuario, un espacio cuadrangular de reducidas dimensiones con una columna en medio, que sostenía toda la estructura. Cuando la traspasamos, descubrimos otra columna de mayores dimensiones casi adosada a la pared del fondo.

—Ahí la tenéis, ella es Dea Caelestis —nos explicó Marcia señalando la columna de mayor tamaño.

—¿La diosa a la que veneras es una simple columna? —preguntó Niger sorprendido, al igual que lo estaba yo.

—Para los pobladores, esta forma de representar a sus dioses tiene todo el sentido. Para ellos nunca ha sido necesario tallar una figura y que tenga formas humanas. Esta costumbre es muy antigua y, según tengo entendido, muy extendida también por todo el mundo. La nuestra es una diosa robusta, fuerte.

—Pero no deja de ser una columna de piedra con un capitel extraño — apunté intentando comprender algo más aquella forma de entender la religión.

—No es una piedra cualquiera, Marco. En ella habita la divinidad. Y todo en esta columna tiene su significado, hasta las ocho hojas de almendro de su capitel. La primitiva diosa a la que aquí se veneraba antes de que Roma conquistase estas tierras estaba relacionada con la fertilidad. Es por ello que el paso de los años ha hecho que las costumbres aquí asentadas hayan evolucionado hacia la veneración a la Dea Caelestis, aunque sus ritos primitivos se han mantenido, como el ofrecimiento de las figurillas y las libaciones con agua del manantial sanador. Si os habéis fijado fuera, muchos

de los exvotos tienen superficies cóncavas para poder albergar el agua de la libación.

—¿Por qué hay un agujero en el techo de este templo? —Niger no salía de su asombro y seguía preguntando.

—Porque la luz juega aquí también un papel muy importante. Cada inicio del invierno, el sol penetra al medio día por dicho orificio e ilumina las hojas del capitel de la columna que representa a la diosa. Ese haz de luz va bajando por la columna cada día un poco más, hasta alcanzar la base de la misma el medio día de la jornada que comienza el verano. ¿No es maravilloso? Si ahora esperásemos al medio día, la luz del sol llegaría más o menos a esta altura.

Marcia señaló con su mano una parte de la columna que a ella le llegaba algo más arriba de su cabeza.

—Pero queridos, recemos. Ya que hemos venido hasta aquí, dediquemos unos momentos a la oración. ¡Oh, yo tengo tanto que agradecer!

Así que los tres oramos a Dea Caelestis. Marcia apretaba contra sí la figurilla que padre ofreció por ella cuatro años atrás mientras realizaba sus plegarias con los ojos cerrados.

Al salir, pude contemplar la grandeza de la Ulterior. Desde lo alto de aquella colina en la que se asentaba Ituci, las vistas hacia el sur eran inconmensurables. Me estremecí pensando en lo pequeño que me hizo sentir aquel mar de trigo y olivos y se me erizó la piel cuando una intensa brisa me recordó que provenía de la mismísima Roma, allí donde mis ojos no alcanzaban a ver. Cuando acabamos, regresamos al hogar de Marcia y nos preparamos para partir hacia Colonia Patricia.

Al día siguiente, al amanecer, emprendimos la marcha. Llegamos a Corduba casi anocheciendo. No quisimos enviar mensajeros que anunciasen nuestra llegada y así sorprenderlos a todos. Entramos a la ciudad por la puerta sur. Recorrimos todas las calles que yo tan bien conocía y el foro y emprendimos el camino hasta casa. Al llegar, tocamos con fuerza la aldaba del portón principal. Nunca olvidaré la cara de Velorio cuando nos vio a Marcia y a mí allí apostados, esperando su reacción.

—Domina, domina —gritaba el criado entre aturdido y confuso.

Cuando mi madre tuvo a bien aparecer, ya estábamos en el atrio de casa. Los abrazos, los llantos, la alegría y las preguntas fueron los protagonistas de aquella noche y las siguientes jornadas.

Capítulo 50

La llamada del deber

Filipos, octubre del año 42 a. C.

Abandonamos Colonia Patricia después de haber pasado un merecido tiempo junto a mi madre. Niger aprovechó para visitar a su familia en Hispalis y, a su vuelta, acompañamos a Marcia de nuevo a Ituci. Esta vez mi madre se marchó con ella y, gracias a la cercanía de las ciudades, ambas prometieron verse asiduamente. La conexión entre Niger y Marcia era más que evidente y el pequeño Indo se ganó el amor y la simpatía de toda la familia. El reencuentro había sido idílico y, con la felicidad que brinda saber que todo estaba bien, las relaciones se relajaron.

Mientras permanecíamos en Corduba nos llegó un correo oficial de César. Habían partido hacia la costa del mar Egeo y allí se nos esperaba a la mayor brevedad. En ese mensaje se nos daba instrucciones muy precisas sobre cómo debía realizarse nuestro viaje y en los puertos en los que debíamos recalar, ya que en ellos nos estarían esperando nuevas misivas con los pasos a seguir para continuar. Nuestro primer destino fue Regium, junto a Messina. Allí, efectivamente, otro correo nos hizo saber que debíamos marchar hacia Dirraquium. Pero cuando allí llegamos, nos encontramos con que las diecinueve de legiones que sumaban Antonio, Lépido y César habían partido hacia el este, con la finalidad de hacer frente a las diecisiete legiones de fuerzas enemigas que habían conseguido amasar Bruto y Casio. No fue hasta que alcanzamos Anfípolis cuando conseguimos sumarnos al grueso de las filas.

Era mediados de septiembre y el calor sofocante que nos recibió en aquella ciudad tan cercana a la costa hizo mella en nosotros. Tuvimos que descansar por dos días. Había sido un viaje de casi dos meses a pie, a caballo, en barco y de nuevo a lomos de rápidos corceles. Agotados, no fuimos capaces de hacer otra cosa que dormir. Al llegar, nos recibió Polión, quien tuvo a bien compartir la cena con nosotros y ponernos al día de las cuestiones más acuciantes. Una reunión rápida pero necesaria, antes de al fin descansar en nuestras tiendas.

—La batalla contra Casio y Bruto y sus diecisiete legiones está cerca, soldados —nos dijo Polión mientras tomábamos la cena—. Marco Antonio se sabe fuerte y está al frente de la estrategia. Me preocupa César. Lo veo apocado y en un segundo plano. Y eso no me gusta.

—¿Cómo están las cosas por Roma? —pregunté.

—Bien, bien, Marco. Lépido se encarga de que al menos allí todo transcurra con normalidad. Ahora, el centro de gravedad del mundo romano está aquí, justo donde nos encontramos.

—¿Qué le pasa a César? —quiso saber Niger.

—No os lo sabría decir con exactitud, pero está debilitado. Se deja llevar por Marco Antonio sin ni tan siquiera rechistar. En los consejos que celebramos cada día es Antonio el que lleva la voz cantante. César parece un legado más. Escucha, calla y acata. No me meto en su tienda después de las reuniones, es obvio. Aunque Mecenas y Agripa sí que lo hacen y a ellos los noto tan preocupados como lo estoy yo.

—Que Marco Antonio sea el cabecilla no le extraña a nadie —comenté sin darle mayor importancia—. Intentaré ver mañana a César y sacar mis propias conclusiones.

Pero al día siguiente no tuve oportunidad porque no hice otra cosa que dormir. Recuerdo a un criado traerme algo de comida pero no pude más que incorporarme un poco en el lecho y darme la vuelta para seguir durmiendo.

Vi a César unos días más tarde, cuando ya estaba suficientemente descansado y con el ritmo del campamento a punto. Lo noté taciturno, cabizbajo y quizá con cierta falta de ánimo, pero nada preocupante, desde mi punto de vista. En las reuniones privadas se mostraba impetuoso, ejecutando bien el don del mando. Si, más tarde, en una reunión con Marco Antonio y los legados su personalidad se achantaba, no pude comprobarlo.

Una tarde, Polión regresó junto a otros legados de una misión de reconocimiento del lugar. Determinaron que había una llanura cercana a la ciudad de Filipos que podría ser el lugar perfecto para desplegar nuestras tropas sin impedimentos geográficos y vencer al fin al ejército de los asesinos de Julio César. Supimos, asimismo, que las tropas enemigas se encaminaban al lugar y no quisimos perder la oportunidad de enfrentarnos a ellas en un terreno ventajoso. Una vez en la llanura, levantaron el campamento ocho legiones, comandadas por los legados Cayo Norbano Flaco y Decidió Saxa, los que tuvieron que vérselas en varias escaramuzas con los hombres de Bruto y Casio. Perdimos hombres, pero no fue nada importante como para menoscabar nuestras filas. Nosotros partimos hacia allí en cuanto Polión regresó de la misión de reconocimiento y el 2 de octubre nos asentamos en el campamento. Sumábamos unos cien mil hombres entre soldados, tropas auxiliares y también jinetes hispanos, galos y germanos. Ellos eran noventa mil, unas tropas compuestas por aliados de múltiples territorios y naciones,

como tracios, lirios, tesabanos, también hispanos, gálatas y árabes. Las de nuestro enemigo eran unas filas más versátiles pero a la vez menos cohesionadas, más bisoñas y con menos sentimiento patrio.

—La batalla es inminente —nos dijo Polión tras el consejo de guerra, en una charla informal en su tienda. Nos reunimos con César, Mecenas, Agripa y Niger—. Nuestros campamentos están muy cercanos. Y justo en medio, el campo de la futura contienda.

—¿Cómo están dispuestos? —pregunté—. Quiero decir, ¿a qué nos enfrentamos?

—Ya nos habían informado nuestros hombres, pero hoy mismo lo he comprobado con mis propios ojos. La zona que tenemos por delante es una llanura casi perfecta. Ellos han decidido dividir el campamento en dos. El de Bruto está situado en la zona norte, la que linda con esos montes de escasa altura que se ven desde nuestro campamento. Una buena protección natural. Por el contrario, los hombres de Casio han preferido protegerse por su flanco sur gracias a una zona de aguas poco profundas pero del todo invalidantes para una emboscada, como ya ha comprobado el mismo Marco Antonio. En cualquier caso, los campamentos cuentan, como el nuestro, con foso, muro elevado y empalizadas.

—¿Cuándo es la fecha? —quiso saber Niger.

—Eso, querido amigo, es imprevisible. Hasta hoy, ya lo sabéis, han sido algunas las escaramuzas. Nosotros hemos dado ya varios primeros pasos. Sin embargo, debido a que acabáis de llegar, no creo que estemos en disposición de atacar mañana mismo.

—Quizá entonces habrá que esperar a que sean ellos los tomen la iniciativa —apuntó Agripa.

César dio un fuerte suspiro y se levantó súbitamente de la *sella* en la que estaba participando de la conversación. Su rostro estaba blanco y unas oscuras ojeras coloreaban el contorno de sus ojos hasta casi la altura de las fosas nasales. Dimos por concluida la velada y cada uno se marchó a su tienda.

Durante la noche, hubo llamada a formación. El desconcierto se apoderó de todos los soldados pero pronto supe que Marco Antonio había planificado una nueva emboscada al campamento de Casio por la zona de marismas.

—¡Es un tremendo error! —me gritó Polión mientras corríamos a buscar nuestros caballos a las cuadras que le correspondían a la legión XXXIII—. Con esta estrategia ha fracasado ya más de tres veces. ¿Qué es lo que pretende?

No hubo ocasión de preguntarle qué opinaba César de todo aquello. Tampoco tuve tiempo de despedirme de Niger. Él, como centurión ya estaría al frente de su destacamento, organizando a sus hombres. De pronto, Mecenas me interceptó.

—¡Marco! Por todos los dioses, menos mal que te encuentro —me espetó con el resuello casi perdido a la puerta de las cuadras—. Tienes que venir a la

tienda de César. No se encuentra bien y Agripa y yo tenemos que formar con Polión y los demás.

Fuimos hacia allí corriendo, todo lo que la muchedumbre y el trasiego de esclavos nos permitió. Cuando entré en la tienda, el ambiente era de extrema gravedad. César se encontraba lívido, en los brazos de Agripa. Le costaba respirar y apenas si podía comunicarse.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó un desesperado Agripa.

—Por Júpiter —respondí sin poder quitar ojo a César—. No lo sé. ¿Cómo está? ¿Qué le ha pasado?

—Ha despertado así. Él padece habitualmente de dolencias de este tipo, pero la de hoy ha llegado en el peor momento.

—Bien —resolví—. Yo me quedaré con él. Con suerte, la acometida de Marco Antonio podría quedarse en eso, en un intento más. Avisad a Polión de que no podrá contar conmigo al mando de la XXXIII y dadme un buen puñado de hombres. Voy a sacarlo de aquí y a esconderlo donde no puedan encontrarnos si hay un contraataque.

Agripa y Mecenas se marcharon con el semblante preocupado, pero acataron mi decisión entendiendo que era lo mejor. Ellos eran legados de César y debían dirigir a las tropas. Yo tan solo era un tribuno de la docena con la que contaba Polión.

Entre los hombres que me proporcionaron y yo mismo conseguimos sacar a César del campamento y llevarlo hasta una zona en la que seguro que no se iba a dirimir la batalla, si es que había alguna. Por detrás de nuestra fortificación también había una zona pantanosa llena de altos juncos que iban a servirnos de buen escondite. Encargué a los hombres pertrecharse bien y coger agua y víveres, puesto que no sabíamos por cuánto tiempo íbamos a tener que estar allí. Además, les pedí que se hicieran con unos troncos con la finalidad de construir una balsa.

Llegamos a la zona en la que yo pretendía esconder a César y puse a trabajar a los soldados. La balsa estuvo lista rápidamente. En ella tumbamos a César y yo me senté junto a él. Los demás se colocaron estratégicamente alrededor de nosotros, formando una línea defensiva por la que rápidamente podríamos enterarnos de si había un ataque enemigo. Todo estaba dispuesto. Estábamos listos para resistir. El agua les llegaba a los escoltas por encima de los tobillos, pero no estaba demasiado fría. Podríamos aguantar allí horas. Pero César languidecía. Su respiración era entrecortada y su cara parecía estar aún más pálida que aquella mañana.

—Marco —dijo con voz rajada, falta de vida.

—No hables, César.

—Sí, tengo que agradecerte esto que estás haciendo por mí. Confío plenamente en Agripa y sé que él va a hacer frente con seguridad y valentía a lo que esté por venir. No confío tanto en la impulsividad de Marco Antonio,

que está haciendo esta guerra por su cuenta —César se detuvo para toser. Apenas si tenía fuerza para ello—. No podría estar en mejores manos que las tuyas, pero te quiero pedir que te vayas. Sé que quieres estar allí, con Polión. Márchate.

—No voy a dejarte solo.

—No lo estoy.

—Esta discusión es absurda, César. No me moveré de aquí. Por favor, intenta no hablar más.

Las horas pasaron y solo escuchábamos un ruido de fondo que nos impedía saber lo que realmente estaba sucediendo en la batalla. César me pidió, me ordenó, en varias ocasiones más que me marchase al frente, pero no quise obedecer. De pronto, la cadena humana que habíamos conformado surtió su efecto y hasta nosotros llegó la noticia de que las tropas de Casio habían resuelto bien el embate de Antonio y que, mientras ambos grupos de legiones luchaban cuerpo a cuerpo, los soldados de la fortificación de Casio marcharon a nuestro campamento con la intención de saquearlo.

—La situación está complicada —dijo César—. Ahora sí, márchate Marco.

Yo lo pensé, mirando a mi alrededor. Lo único que veía eran juncos y más juncos. Él estaría bien escondido. Al menos bien escondido.

—Volveré en cuanto me sea posible —le dije a César.

Él asintió y yo sumergí los pies en el agua fangosa y me dirigí hacia el final de la cadena humana, indicándoles a todos que escondieran bien a César y que protegieran su vida con las suyas propias. Desconfiado por lo que dejaba atrás, pero henchido por un profundo sentimiento de responsabilidad, encaré la situación que tenía por delante. Tomé uno de los caballos que dejamos en la reserva, también allí, entre los juncos, y me dirigí al puesto de mando situado en la colina más cercana, donde esperaba encontrar a Polión. Pero allí no había nadie. El campo de batalla era una polvareda espesa y opaca que no dejaba ver absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo. Entonces entendí por qué Polión había abandonado aquel altozano.

Bajé al galope hacia la inmensa nube de polvo y me sumergí en ella. Atravesé las últimas filas de nuestros hombres y al fin llegué a donde alguien pudo informarme de dónde se encontraba Polión. El desorden era absoluto pero el peligro parecía haber pasado. Al cabo de un rato, descabalgado y sorteando cadáveres propios y enemigos, logré ver a mi legado.

—¡Legado, legado!

—¡Oh, Marco, por todos los dioses! Estás aquí…

—Cayo Asinio, escúchame. Aquí todo ha acabado, debemos marchar a nuestra fortificación. La están arrasando pero aún podemos acabar con ellos.

Polión asintió y se marchó de allí en busca de otros legados. Al poco, los tubicines estaban dando la orden de retirada a nuestro campamento, pero se

había corrido la voz de que debíamos atacar al enemigo, que allí se encontraba. Por tanto, el ambiente no era de legionarios cansados y casi derrotados que se repliegan, sino de enrarecimiento ante lo que estaba por venir. La derrota de nuestros enemigo fue absoluta. Estaban desprevenidos, mal pertrechados y confiados haciendo de las suyas en nuestra fortificación. Todo estaba destrozado, así que agradecí a los dioses haber sacado a César de la comodidad de su tienda. No encontramos el cadáver de Casio por entre los restos humanos que había por todas partes, así que dimos por hecho que había logrado escapar.

Los esclavos supervivientes pusieron orden en las principales tiendas del campamento mientras confirmábamos que era seguro traer de nuevo a César a la fortificación. Hubo rumores de que había fallecido, infundados según mi parecer, pero llegué a temer que, en mi ausencia, los de Casio hubieran descubierto el escondite y matado al general. Así que fui yo en persona a recoger a César. El color volvió de nuevo a su rostro cuando me vio aparecer por entre los juncos. Lo monté en un caballo y regresamos al campamento mientras lo ponía en antecedentes de lo ocurrido.

Al llegar a su maltrecha tienda, levantada de la mejor manera que se pudo, nos esperaban todos sus legados, que respiraron aliviados cuando vieron al general regresar al campamento sano y salvo.

—Ya ha llegado el general victorioso —soltó como saludo un sarcástico Marco Antonio, realmente afectado por la batalla. Sus ropas estaban rotas y sucias, y tenía sangre y arañazos por todo el cuerpo—. ¿Cómo estás, Cayo Julio César? —preguntó silabeando su nombre mientras se acercaba a él.

—César está muy afectado por su dolencia y debería descansar —me apresuré a decir para evitar que el joven general tuviera que dar explicaciones.

—Escondido mientras su ejército se dejaba el pellejo contra unos romanos asesinos —Marco Antonio apretó los labios y asintió varias veces mientras miraba al suelo y se secaba las manos con una toalla—. Para tu información, hemos perdido dieciocho mil hombres. Ellos solo nueve mil. Es decir, la mitad. Sí, sé que no son muchos, pero podrían haber sido más si no fuera porque el polvo de esta maldita llanura ha eclipsado la batalla. ¿Deberíamos dar gracias a los dioses?

—Tu planteamiento estaba mal desde el principio, Antonio —le recriminó César con voz rajada.

—¡Oh, vamos, joven César! ¿En serio te crees en disposición de criticar mi operación? ¡Si has desaparecido! —exclamó. La tensión crecía en la tienda por momentos—. He hecho lo que he creído más conveniente. Llevas días enfermo. No hablas, no planteas estrategias, no sabes por dónde andan ni tus soldados ni los de los enemigos. ¿A qué querías que esperase? ¿A que bajara el mismísimo Marte del cielo a batallar por nosotros?

César iba a replicar cuando Niger entró en la tienda.

—Señores —saludó militarmente—, acaban de confirmar la muerte de Cayo Casio Longino.

El estupor fue generalizado.

—Se ha dejado caer sobre su espada. Las noticias que han llegado hasta nosotros dicen que le habían informado de la falsa muerte de Marco Junio Bruto en la batalla.

Marco Antonio abandonó la tienda de César con un desplante y haciendo volar su *paludamentum* de general por encima de las cabezas de los que allí estábamos. Tras él, se marcharon sus legados. Luego, un suspiro general sacudió a los que allí permanecimos, al lado de César.

Pero la guerra no se decidió en aquella batalla. Ni uno ni otro bando abandonó su posición. Los soldados, por tanto, recibimos el encargo de reagruparnos y adecentar el campamento. El *valetudinarium* estaba lleno de heridos que los médicos se afanaban por curar. Las fiebres eran una constante entre los malogrados soldados que pelearon por Roma en primera línea de batalla. Al cabo de unos quince días, los supervivientes a la masacre ya se encontraban lo suficientemente restablecidos como para empezar a trabajar en la fortificación. Pero heridos, amputados y con lesiones extremadamente graves quedaron bastantes, a los que hubo que licenciar y sacar de allí cuanto antes para evitar el gasto diario en ellos. Y es que teníamos un grave problema de abastecimiento. Mientras que nos constaba fehacientemente que nuestros enemigos estaban bien comunicados y los suministros les llegaban por vía marítima, nosotros teníamos la puerta cerrada al avituallamiento. En aquel momento nos quedaban pocos días para tener serios problemas. O buscábamos alternativas para encontrar una fuente de suministros o presentábamos batalla. No había otra salida.

La orden llegó de nuevo por parte de Marco Antonio. César continuaba débil, aunque no tan enfermo como la vez anterior. Sin embargo, mi general decidió quedarse con un buen puñado desoldados defendiendo el campamento mientras Marco Antonio y cuatro de sus legiones ocuparon una de las colinas que rodeaba la fortificación del malogrado Casio en la madrugada del 23 de octubre. Polión, Mecenas, Agripa y el resto de legados, así como todos los tribunos de las cuatro legiones allí desplazadas, ocupamos el puesto de mando. Al amanecer, las tropas de Bruto estaban desplegadas junto a su campamento, por detrás del frente de batalla de la última vez. Una nueva batalla iba a dar comienzo.

Marco Antonio alzó la mano y dio la orden de ataque. Desde arriba fue fácil ver cómo, desde primera hora, los de Bruto fueron perdiendo terreno y replegándose, retrocediendo. Los choques de los escudos, los sonidos metálicos del roce de las espadas y los gritos de los legionarios en primera línea de batalla fueron los protagonistas durante gran parte de la misma. Yo no perdía ojo a la centuria de Niger. Iban avanzando sin perder la posición, junto

al resto de legionarios. La caballería no era necesaria por el momento. Todo iba a la perfección y aquello se confirmó cuando, sin haberlo casi visto venir, los de Bruto rompieron su formación y huyeron en desbandada. Los soldados de Bruto y Casio comenzaron a correr despavoridos en todas direcciones.

Pronto, César supo de la situación y, ante la imposibilidad de un ataque sorpresa a nuestro campamento, salió de sus defensas para atacar el del enemigo. Aquello obligó a que Bruto y sus hombres tuvieran que salir y refugiarse en los montes situados al norte. Sin embargo, nuestros hombres, más numerosos, consiguieron rodear al líder de la oposición y este, antes de verse capturado, se quitó la vida.

—Hemos ganado, ¡lo hemos conseguido! —gritaba Agripa aquella noche en la tienda de César.

Estábamos todos realmente cansados, heridos algunos incluso, pero fortalecidos por la idea de que al fin habíamos acabado con el ejército que quería hacerse con el poder tras el asesinato de Cayo Julio César. Cayo Casio Longino y Marco Junio Bruto estaban muertos. Marco Emilio Lépido, Marco Antonio y el joven César tenían el mando. Había que regresar a Roma y terminar de poner las cosas en orden. Ya teníamos más medios para conseguir nuestros objetivos.

Capítulo 51

Asinia

Roma, febrero del año 41 a. C.

La vuelta a Roma fue victoriosa y llena de júbilo. Pero no todo fueron parabienes ya que, a pesar de que los asesinos de Cayo Julio César habían perecido y de que el triunvirato entre Lépido, Marco Antonio y el joven César tenía el poder en sus manos, seguían existiendo problemas que resolver. Y uno de ellos tenía nombre propio: Sexto Pompeyo.

En la vida, todo es cuestión de prioridades porque, aunque este nombre nunca había dejado de escucharse, en realidad había sonado como un ruido de fondo sin que nadie le prestase la atención que merecía. Sexto Pompeyo, favorecido por las circunstancias políticas que se vivían en la Roma de aquellos tiempos, se había ido haciendo fuerte poco a poco, sin alertar demasiado de su presencia. Sin embargo, cuando meses antes de la batalla de Filipos se asentó en la isla de Sicilia, creyéndose dueño y señor de ella y actuando como un pirata, cortando el suministro de grano a la propia Roma, Octavio supo que él era el siguiente problema grave que debía atajar después de acabar con Bruto y Casio.

—No quiero pensar esta noche en él ni en nuevas afrentas militares —nos dijo César en su domicilio, en una velada organizada para los más íntimos unos días después de haber regresado a casa—. Esta noche no. Así que Agripa, no insistas.

—De ninguna manera quiero resultar molesto, César. Solo deseo recordarte que Sexto Pompeyo es un tema que debemos tratar en los siguientes días.

—De ninguna manera lo pospondría más. Mañana, al alba, te quiero aquí para empezar a trabajar en él —César guiñó un ojo a su lugarteniente—. Y, ahora, tratemos de asuntos más agradables. Hemos vencido y, por tanto, debemos recompensar a mis soldados.

—A tus soldados y a los de Bruto y Casio. Nada menos que catorce mil —apuntó Mecenas—. Mi desconfianza, César, para con esos hombres. Yo los

licenciaría a todos. Pero nada de tierras. Que se busquen la vida.

—Hay que ver, Mecenas, lo rápido que lo solucionarías todo —le recriminó César—. Sabes que no depende solo de mí. También están Marco Antonio y Lépido. Y los tres hemos acordado qué hacer con ellos. Parte del problema se quedó en Filipos, así que por unos cuantos miles no deberías preocuparte más. Y, de los que han venido hasta aquí, solo los más veteranos se licenciarán. Ahora debemos comenzar una fase de expropiación de tierras en Italia.

—Eso será un problema, César —interrumpió Agripa—. Y Marco Antonio y Lépido lo saben también. No hay tierras suficientes para todos.

—Y tenemos compromisos —intervino Polión—. No todo vale a la hora de quitar las tierras a las personas que las trabajan y viven de ellas y en ellas.

—¿De qué estás hablando, Cayo Asinio? —Preguntó César con curiosidad.

—Hablo de Publio Virgilio Marón, César. Lo conoces de otras veces que ha compartido cena con nosotros en mi casa.

—Ah, sí. Lo recuerdo, el joven poeta. ¿Qué ocurre con él?

—Su padre vive en unas tierras cercanas a Roma que están en la planificación de las expropiaciones. La familia de Virgilio vive de esas granjas. El sustento del propio Virgilio depende las ganancias de ese modesto negocio. Si me lo permites, César, me gustaría interceder por la familia de mi amigo poeta.

—Está bien, Polión —asintió César—. Lo tendremos en cuenta.

Presenta un escrito a mis secretarios y tu solicitud será atendida debidamente.

—Al hilo de lo que plantea Polión —dijo Mecenas tímidamente—, yo también quiero hablarte de Horacio.

—¿Horacio? Por Júpiter que este no me suena —rio César.

—No lo conoces, César. Es amigo mío desde hace tiempo. También poeta, amante de las letras. Un hombre que se vio enrolado en las filas de Casio sin prácticamente haberlo podido evitar y que ahora quiere ponerse a tu servicio. Confiesa que la milicia no es lo suyo y que solo quiere vivir para sus creaciones. Se siente un cobarde y asegura que no ha dado nunca nada de lo que de él se esperaba como soldado de Roma. No se avergüenza de ello. De hecho, quiere resarcirse pidiéndote perdón y jurando que jamás volverá a empuñar un arma.

—Está bien, Mecenas —consintió César—. Obtendrá mi perdón si me obsequia con un poema que merezca realmente la pena. Lo recibiré cuando lo tenga escrito. Será una velada divertida.

Hubo unos momentos de silencio absoluto que rompió de nuevo nuestro anfitrión.

—Y bien… después de tanta petición he llegado a pensar que estaba

despachando en mi *tablinum* una mañana cualquiera. ¿Alguien más quiere decir algo? Bien, bien. Parece que al fin se han acabado los ruegos y demandas. En realidad, lo que yo quería compartir con vosotros es mi humilde impresión sobre el reparto de tierras. Sinceramente, no va a haber para todos. Estamos hablando de demasiados soldados. Es verdad que muchos murieron, que otros se han quedado en Filipos y que los menos han escapado y se han unido a las filas de Sexto Pompeyo. Pero también los hay veteranos con una carta de servicio a Roma que bien merece un buen licénciamiento. No sé bien cómo hacerlo, cómo repartir, cómo estructurar este tremendo problema que Marco Antonio ha dejado en mis manos. Poca tierra y muchos soldados. Diez mentes piensan más que una. Cuento con vosotros, queridos amigos, para que me ayudéis en esta empresa.

—Yo, César —me aventuré a decir con más prudencia que otra cosa—, si me lo permites, creo que igual tengo una solución. Pero me gustaría madurarla y planteártela mañana mismo, si es que el tema te urge, como creo que así es.

—Por supuesto, Marco. Mañana, te espero en mi despacho. No dudo de que será una gran idea la tuya.

—Tienes trabajo, César —apuntó con sorna Polión, que nunca se mordía la lengua y soltaba aquello que primero pasaba por su cabeza—. Sexto Pompeyo con Agripa y reparto de tierras con Marco. Además, Mecenas y yo también nos pasaremos con nuestras peticiones especiales para Virgilio y Horacio. ¿Alguien da más? ¡Por todos los dioses que mañana vas a tener una jornada de lo más entretenida!

Todos rieron y la conversación siguió en términos banales y efímeros. Aquella noche no se tocó ningún tema en profundidad y el vino y la buena comida corrieron por la sala en la que estábamos reunidos como el agua de un arroyo en pendiente. De allí salí ciertamente ebrio pero contento. Y mi mente solo la ocupaba una cosa. Bueno, quizá debiera decir que solo estaba ocupada por una persona: Asinia. Llevaba tiempo que no dejaba de pensar en ella, en cómo actuar cuando llegase a Roma, en cómo engañar a Polión para presentarme en su casa solo con la intención de volver a ver esos ojos, de poder disfrutar de aquella sonrisa, aunque fuera por tan solo unos instantes. Así que, aquella noche en la que César nos había agasajado a los más cercanos con una suculenta cena en su acogedora casa de las Carinae, descubrí cómo podía solucionar todos mis problemas de un plumazo. Cuando abandoné la *domus* y me encaminaba en soledad hasta el Campo de Marte, pensé en que a la mañana siguiente debía personarme en casa de Polión y aclarar las cosas de una vez por todas. La leve alegría que provoca el vino junto a la ensoñación que este proporciona, la que nos hace casi levitar sobre el mundanal suelo que pisamos cada día, me hizo decidirme por aquella opción. A primera hora iría a ver a César y, luego, iría directo a la mansión de Polión. Nada ni nadie me detendría.

En efecto. Por la mañana desperté en el campamento y, antes de que amaneciera, ya había puesto al corriente de todos los detalles a Niger. En realidad, había mentido a César cuando le dije que tenía que pensar algunos términos de aquello que deseaba proponerle. De hecho, hacía tiempo que pensaba en cómo poder plantearle mi alternativa. De aquello ya había hablado con Niger alguna que otra vez, pero sin darle mucha importancia o sin profundizar demasiado. Sin embargo, en aquel momento, vi clara la oportunidad.

—Niger, Niger —lo zarandeé mientras decía su nombre. Aún era noche cerrada cuando entré en su tienda—. Niger, despierta. Tengo que hablar contigo y es urgente.

—Por Júpiter, Marco, he perdido la cuenta de las veces que me has despertado en mi tienda con urgencia desde que nos conocemos. ¿Qué diantres ocurre hoy?

—Bah, levanta, anda. Cuando estés espabilado te cuento. Te espero fuera.

No tuve que esperar más que unos instantes para que mi amigo saliera de su tienda y, con los ojos aún entornados por el sueño reciente, me preguntara qué estaba pasando por mi cabeza.

—Verás —comencé a explicarle sin atropellarme, a pesar de que las ideas bullían en mi cabeza—. Anoche estuvimos en casa de César cenando. Nos planteó el serio problema que tiene con el reparto de tierras y la ingente cantidad de soldados a licenciar. No le salen las cuentas, amigo.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros en eso, Marco?

—Pues que he pensado en Ituci y en Marcia. ¡Y en ti!

—Debo estar dormido, Marco, porque sigo sin encontrar la correlación.

—Ituci no es una ciudad romana al uso todavía. Aunque tiene algunos pobladores romanos, aún queda mucho por hacer. Podría establecerse allí una colonia de veteranos, repartirse algunas tierras de los alrededores y, lo mejor de todo… Podrías ser tú quien dirigiese esa operación. Podrías asentarte allí con Marcia.

—Para, para, para, querido amigo. No vayas tan rápido. Yo no tengo edad ni rango para licenciarme y dedicarme a la vida contemplativa. César jamás lo permitiría y yo tampoco lo quiero.

—Nadie está hablando de licenciarte, Niger. Solo de que te pongas en las manos del gobernador provincial y dirijas junto a él el establecimiento de los soldados y el reparto de las tierras.

—¿Y tú crees que César aceptaría tal cosa?

—Si no lo probamos, nunca lo sabremos. Solo quería plantearte el asunto y preguntarte si a ti te gustaría.

—Oh, Marco. Sabes que sí.

—Estoy seguro de que para Marcia sería también una gran alegría.

Y con la confirmación de que mis elucubraciones no eran ninguna

majadería partí del campamento situado en el Campo de Marte hacia las Carinae, donde César vivía. Cuando salí del campamento la luz día comenzaba a despuntar pero, cuando llegué a la *domus* de César y toqué la aldaba de su puerta, el sol ya calentaba ligeramente mi espalda.

Había cierto tumulto en su casa. Era normal que, después de tantos meses de ausencia, todos los clientes de César quisieran cumplimentarlo en su hogar, poniéndose a su disposición y ofreciéndose para cualquier asunto que pudiera requerirlos. Sin embargo, los criados, que estaban pendientes de que no nos faltase de nada, no tardaron en pasarme. Saludé militarmente a César a pesar de que llevaba toga. César se sorprendió de verme tan temprano en su despacho.

—Voy a ser muy breve, César. No quiero importunarte con la cantidad de clientes que tienes por ver aún.

—No hay prisa ninguna, querido Marco —me espetó con una sonrisa. Se ve que las pocas horas de sueño no afectaban a mi general.

—Verás. Como ayer te comenté, creo que tengo una buena solución para tu problema del reparto de tierras entre los soldados que vas a licenciar.

—Dime pues. Soy todo oídos.

—Bien, César… como sabes, provengo de Hispania Ulterior, de Corduba, ahora, y gracias a Cayo Asinio Polión, Colonia Patricia. Por allí, copio también bien sabrás, las tierras son fértiles y hay grandes extensiones llenas de cereales y olivos, aunque estos abundan poco todavía. Mi familia los ha comenzado a explotar, pero bueno, no quiero aburrirte con esto ahora. Solo quería decirte que mi hermana, por una larga historia familiar que ya tendré oportunidad de contarte cuando tengamos más tiempo, reside en una localidad que se llama Ituci. Está a una jornada de Colonia Patricia, emplazada sobre un altozano que domina toda la tierra de campiña que tiene alrededor. Es una ciudad romana propiamente dicha, guarnecida por soldados de los nuestros, pero no cuenta con foro, ni con un templo, ni siquiera con un edificio que albergue la sede del gobierno de la cuidad. Además, sus murallas requieren de una revisión y puesta a punto urgente. Lo que quiero decir, señor, es que… podrían expropiarse algunas tierras de la zona y asentar en Ituci una colonia de soldados. Niger, también oriundo de la zona, podría ser la persona perfecta en quien declinar tal responsabilidad. No habría que licenciarlo, ni mucho menos, solo brindarle la oportunidad de gestionar un proyecto grande y romanizar, al fin, una bella ciudad que se encuentra en el techo de la campiña del Baetis, en un bello altozano desde el que se disfruta de las mejores vistas de la campus cordubensis.

—Eso que dices, Marco —me respondió César, meditabundo—, tiene todo el sentido. Solventaríamos el problema de la falta de tierras para el exceso de soldados licenciados y a la vez terminaríamos de romanizar ciudades que, aun estando en nuestro territorio, no parecen ni por asomo poblaciones

romanas. Me quedo con la idea y la expondré en mi consejo general de esta misma tarde. Tendrás una respuesta por mi parte a la mayor brevedad. Gracias por abrirme el camino, Marco.

—No hay de qué, César. No sabía si mi idea sería de tu agrado pero entiendo que no he planteado ninguna barbaridad. Y no sabes lo que me alegro de ello. Mi hermana también te estará eternamente agradecida.

Y con ello partí de la modesta pero bella *domus* de mi general, y también amigo, Cayo Julio César. Lo dejé con una inmensa cola de clientes que deseaban que el hombre del momento les dedicase unos minutos y salí de allí con una inmensa sonrisa. Esa que tienes cuando sabes que lo has conseguido, que el trabajo ha quedado bien hecho, cuando sabes que muchos estarían orgullosos de ti.

Pero tenía otra misión y esta no sabía bien cómo enfocarla y cuál iba a ser el resultado. Cuando salí de la casa de César me dirigí presto hacia el Foro con la finalidad de atravesarlo de un extremo a otro. Mi destino, la mansión de Polión. Sabía firmemente que él estaría allí, pero preguntaría en la puerta por Asinia. Sí, eso era lo único que tenía claro en aquella mañana del mes de febrero.

La muchedumbre se había adueñado de la plaza pública más grande de Roma. Los tenderetes agolpaban a la gente al grito de los mercaderes. Los togados desfilaban de un lugar a otro con destino a una de las basílicas o la curia, que había reabierto sus puertas. Había absoluta normalidad en la Roma de mis sueños. Y yo, en aquellos momentos, solo pensaba en cambiar esa normalidad por otra mejor. Ascendí la colina capitolina siendo consciente de cada paso que daba. Mi respiración estaba acelerada, tanto como mi corazón, cuando alcancé la puerta de la enorme vivienda de Polión y toqué la aldaba. El atriense me abrió pero no me invitó a entrar. Esperaba, como otras veces, que yo le entregase un correo para su domina Asinia.

—¿Está Asinia en casa? —Pregunté—. Me gustaría verla.

El mayordomo se quedó estupefacto, no sabía qué decir.

—El dómine Cayo Asinio Polión también se encuentra por aquí —me respondió dubitativo y algo confuso—. Si prefieres hablar con él.

—Está bien. Puedes llamarlos a los dos.

Solo entonces el esclavo dio un paso atrás y abrió completamente la puerta de la *domus*, invitándome a atravesar el vestíbulo y pasar al primero de los atrios de la casa. Al poco, Polión y Asinia aparecieron por allí. Quintilia lo hizo detrás de ellos.

—Querido amigo Marco, qué alegría tenerte en mi casa. Pero pasa, por favor, no te quedes ahí. Justo ahora estábamos desayunando. Puedes unirte si lo deseas.

Asinia se encontraba por detrás de su padre, con las manos entrelazadas y situadas a la altura de su pecho. Las apretaba fuertemente contra sí mientras

que en sus ojos brillaban las lágrimas que estaban a punto de brotar. Los nervios podían haberle jugado una mala pasada. Quintilia estaba por detrás de ambos, apoyada en una de las columnas que flanqueaban el *impluvium*, con los brazos cruzados y sonrisa sarcástica. Por unos instantes reinó el silencio. Después me apresuré a tomar la palabra.

—Cayo Asinio, en realidad yo solo venía a pedirte algo.

—Tú dirás, amigo mío.

—Quiero la mano de tu hija Asinia. Estoy enamorado de ella y creo firmemente que podría hacerla feliz por el resto de sus días.

El estupor colmó el rostro de Polión, que no consiguió cerrar la boca hasta que una sonrisa se apoderó de él. Quintilia, mientras, se incorporó de la columna en la que descansaba su lozano cuerpo, abriendo también la boca y los ojos, denotando la sorpresa que se había llevado tras mi petición. Asinia, por el contrario, no cambió su postura. Solo sus manos pasaron de estar entrelazadas a la altura del pecho a cubrir su boca.

—Querido amigo Marco Claudio Marcelo —dijo Polión acercándose a mí —, nada me haría más ilusión que entregarte a mi hija en matrimonio. Si es que ella es lo que quiere —afirmó mirando hacia atrás, invitándola a hablar.

—Oh, padre —intervino ella, corriendo hacia él—. Quiero a Marco. ¡Quiero a Marco! Y sería muy feliz a su lado.

En aquel momento, Quintilia hizo un gesto con la mano, como despreciando aquella escena, se dio media vuelta y se marchó por el *tablinum*, haciendo volar las cortinas color escarlata que lo separaban del atrio.

Polión ignoró el mal gesto de su esposa y Asinia, simplemente, no se dio cuenta de lo que había sucedido. Entonces, mi querido amigo tomó la mano de su hija y la extendió hacia delante. Ambos se acercaron hasta donde yo estaba y me la ofreció. Yo la tomé extasiado, mirando primero a Polión y luego a mi prometida a los ojos. Ella ya lloraba de felicidad. Fue una pena no poder abrazarla en aquel mismo instante.

Capítulo 52

Una boda para Marcia

Ituci, primavera del año 40 a. C.

Tardamos meses en prepararlo todo pero, gracias a los dioses, que alinearon los astros en nuestro favor, todo salió bien. Polión consiguió un consulado, asunto que lo trajo de cabeza tras el anuncio de compromiso entre Asinia y yo. Aquello fue una mera excusa para seguir retrasando nuestra boda, que no quería que se celebrase antes de que Asinia hubiera cumplido los dieciocho. Yo lo sabía y por eso no quise insistir. Asinia lo llevaba peor pero, en nuestros momentos de intimidad, en la relativa soledad de uno de los jardines de su casa, le intentaba explicar con todo el cariño que podía que era cuestión de meses. Que nada podría romper nuestra futura unión ni, lo que era mejor, nuestros sentimientos.

Mi joven prometida cumpliría los 18 en el verano que su padre, Cayo Asinio Polión, era cónsul de Roma. Y, aunque su relevante puesto no iba a suponer ningún impedimento para nuestro enlace, a mí se me encomendaron algunas tareas que hicieron retrasar una vez más la ansiada boda. Entre ellas, viajar a mi tierra junto al centurión intendente del establecimiento de veteranos en tierras hispanas. Es decir, volver a Hispania Ulterior y a Corduba bajo el mando de mi querido amigo Quinto Pompeyo Niger, para ponerme a su disposición en el establecimiento de los legionarios licenciados, realizar la expropiación de los terrenos necesarios para ello y empezar a hacer de Ituci una ciudad romana como mandaban los cánones.

Nos marchamos a mediados del mes de febrero, cuando el tiempo empezó a ser propicio, por lo que estuvimos presentes en la toma de posesión de Polión como cónsul de Roma, el día de año nuevo. Fue una madrugada emocionante. Toda su familia estuvo presente, además de todo el círculo de amigos literatos de Polión, así como aquellos que pertenecíamos a su círculo militar. Estar junto a Quintilia ya no suponía ningún problema para mí. Había aprendido a convivir con su ofuscado e forzado desprecio, al que no hacía el menor caso, causando en ella un daño aparentemente irreparable, puesto que

no quería estar cerca de mí bajo ningún concepto. Aquel desprecio fue notorio en múltiples ocasiones y Polión y Asinia se dieron cuenta de la extraña actitud de su esposa y madre en más de una ocasión. La pobre Asinia llegó a decirme una vez que hasta parecía que su madre no se alegraba por su compromiso y su inminente boda. Parecía triste, muy triste. Y yo despaché su comentarios con cajas destempladas, le cambié de tema por algo más alegre y nunca más volvió a sacarlo. Sin embargo, la indiferencia de la madre de la novia era algo que a todos llamaba la atención. Mi querido Polión siempre la excusaba, en los últimos tiempos más que nunca, aludiendo a que su esposa estaba pasando por un mal momento.

La despedida de Asinia fue traumática. Ella lloró profusamente y maldijo a su padre por haberme encomendado una misión que me iba a mantener alejada de ella por bastantes meses. Incluso pensó en venirse con nosotros, sumarse a una expedición que se presuponía pacífica y altamente gratificante, pero se encontró con la negativa de su padre debido a su minoría de edad. Fue absolutamente inflexible. Y se lo agradecí, porque jamás hubiera consentido que Asinia se hubiera sumado a un viaje tan largo y de índole militar sin haber estado casados.

Así que, despojado ya de los sentimientos más cargantes, dejé atrás a Quintilia y a Asinia con promesas a esta última de correos diarios. Quién sabe, quizá en aquellos meses madre e hija tendrían ocasión de reconciliarse y empezar a preparar la boda y nuestra posterior convivencia con la ilusión y complicidad que se espera de una madre para con su hija.

Para las *idus* de marzo ya estábamos por Ituci. Esta vez hicimos el viaje con sosiego. Tardamos algunas jornadas más pero ganamos en tranquilidad y logramos llegar con menos cansancio. Marcia, que sabía de nuestra llegada, nos acogió con ternura, amabilidad y cariño. Era la segunda vez que visitaba este poblado levantado en lo alto de uno de los cerros más elevados de la campiña del Baetis. A lo largo de mi vida, he ido en varias ocasiones más. Sin embargo, la sensación que tengo cada vez que, entre tierras alomadas llenas de cereales, voy alcanzando a ver las murallas de Ituci es diferente a la vez que altamente motivadora. El camino sinuoso, que casi sé de memoria, siempre me descubre sensaciones nuevas. Poco a poco, entre la naturaleza se va vislumbrando su muralla. Sabes que tienes que llegar ahí arriba y vas disfrutando de un camino evocador que, para mí, solo tiene buenos recuerdos. Aquella mañana del mes de marzo, las mieses se movían al son del viento, que siempre sopla con fuerza por aquel lugar. No era molesto, sobre todo, porque traía hasta nosotros los aromas del hogar. Chimeneas encendidas y olor a guisos recién hechos y a pan cocido.

Niger y yo seguimos ascendiendo. Ituci cada vez estaba más cerca. Por delante, teníamos la misión de convertirla en Virtus Iulia, una nueva colonia romana en la que se asentarían los veteranos de la legión XXXIII. Nos

quedaban por delante meses de trabajo incansable. Para las postrimerías del verano estaba previsto que llegasen los contingentes de soldados con su pedazo de terreno ya asignado. La idea era repoblar la ciudad y dotar al campo de nuevos inquilinos. Los legionarios se mostraron entusiasmados con la idea. Muchos de los que se prestaron voluntarios a tomar tierras en esta zona del territorio romano lo hicieron convencidos e ilusionados, ya que eran oriundos de la zona. No fue difícil conseguir un buen número de hombres dispuestos a olvidar Roma, sus batallas y sus guerras para asentarse en una colonia casi de nueva creación, cercana a la capital de Hispania Ulterior pero perdida en mitad de una campiña rica, fértil y con numerosas oportunidades.

Niger encabezaba la marcha. Orgulloso, feliz y muy motivado, atravesó las puertas de Ituci más decidido que nunca. No titubeó ni un instante y sus pasos nos llevaron raudos hasta la casa de mi hermana. Marcia nos recibió con una gran sonrisa y dispuesta e ilusionada por convivir con nosotros por varios meses. Madre, la abuela y Calutia también estaban en casa. Fue un recibimiento de lo más dulce y cálido. No hizo falta nada. Las palabras, las largas veladas y la buena comida hicieron nuestra estancia deliciosa.

Pero pronto tuvimos que ponernos manos a la obra. Niger y yo comenzamos a viajar por la zona aledaña. Siempre con la idea de conocer bien el terreno y ofrecer buenas sumas de dinero a los pobladores por las expropiaciones de sus tierras. Algunos de ellos aceptaban con sumo agrado, presas de una edad a la que ya les era difícil seguir trabajando en el campo. Con el dinero que César les proporcionaba, podían vivir el resto de sus vidas sin tener que pasar penurias. De esta forma, conseguimos las tierras que necesitábamos. Algunas de ellas estaban muy cerca de Ituci. Otras quedaban algo más alejadas, pero en ningún caso tan lejos como para que los soldados licenciados no pudieran vivir en la que pronto iba a convertirse en la nueva Virtus Iulia.

Fueron varias las semanas que dedicamos a esta labor. No tuvimos descanso, aunque gracias a los dioses, pudimos regresar cada noche al calor del hogar de Marcia. Las mujeres de mi familia nos esperaban para cenar cada día después de que Niger y yo hubiéramos tomado un baño en las termas de Ituci. Por allí ya éramos unos viejos conocidos y nos habíamos granjeado el cariño de los pobladores.

Tras la cena, Niger y yo nos encerrábamos en una de las habitaciones de la casa de Marcia para planificar los cambios que necesitaba la ciudad para convertirse en una colonia romana. Lo primero, había que construir un foro, y teníamos el lugar adecuado para ello. Solo había que expropiar algunas manzanas de viviendas que estaban medio derruidas y cuyos moradores estarían encantados de vender a César. Al poco de estar allí, viajó desde Corduba un afamado arquitecto que nos ayudó con los planos de la que iba a ser la nueva zona pública de la ciudad. Se diseñó un foro rectangular porticado

en su lado norte y también en el sur. Al este se situaría la basílica y, frente a ella, el templo y la sede del senado local. Por el lado sur del foro, al otro lado del *decumano máximo*, quedaría el mercado, una instalación que ya existía pero que necesitaba de una profunda remodelación. El arquitecto de Colonia Patricia también se iba a encargar de las murallas de la ciudad, que aún la guarecían, pero que pedían a gritos una reforma urgente.

Parecía que todo estaba cerrado a la espera de la llegada de los legionarios. Así que pasamos aquel verano en Ituci, disfrutando del solaz de un poblado situado en un lugar privilegiado, donde el calor de la Ulterior parecía haberse quedado cientos de pies más abajo, donde el aire de la campiña no corría tan fresco y jubiloso como lo hacía encima del alto más elevado de la zona. Por aquellos días, Niger y Marcia se trataban como una pareja, a pesar de que no había confirmación oficial por parte de ninguno de los dos de que entre ellos había algo más que una bonita amistad.

Ituci, julio de año 40 a. C.

Una noche de verano del mes de julio, Niger y yo descansábamos tras la cena en el peristilo de casa, cuando mi querido amigo se incorporó.

—Marco —me dijo en tono serio—. Tengo que hablar contigo.

—Tú dirás, Niger —le respondí despreocupado. Nada podía estar saliendo mal en aquellos días.

—Quiero pedirte la mano de tu hermana Marcia. Estoy enamorado de ella y ella de mí también. Llevamos aquí meses y me refuerzo en mis sentimientos. La haré feliz, Marco.

—Eso no tienes que prometerlo. Se os ve y se os oye. Mi madre ya me ha preguntado por vosotros dos en alguna que otra ocasión.

—Tú sabes lo que yo sentía por ella. Pero es que ahora, mis deseos van más allá. Estoy absolutamente enamorado. Cuando la miro a los ojos no veo más allá de ese color verde que me embelesa. No imagino mi vida sin ella. Ya no podría regresar a Roma, Marco, sabiendo que ella y el pequeño Indo se quedan aquí. Adoro las ondas de su cabello; el gracejo con que se mueve su melena cuando corre tras Indo; los hoyuelos que se adivinan mientras sonríe porque algo le hace especial ilusión; el brillo de sus ojos al cruzarse con los míos; sus dientes, perfectos, alineados; sus lágrimas cuando llora, porque las secaría para siempre; sus manos, finas, dulces, elegantes; y cómo trata a Indo. Me gusta todo de ella.

A Niger también le brillaban los ojos mientras hablaba de Marcia. No tenía un ápice de duda de que la amaba.

—Estás ciegamente enamorado, Niger. Y no sabes lo que me alegro de ello. Sé de lo que me hablas perfectamente. Porque lo que sientes tú hoy por

mi hermana ya lo sentí en su día por Claudia, y ahora lo siento por Asinia. Tienes concedida la mano de mi hermana. Será un honor para nosotros que entres a formar parte de la familia de manera oficial, a pesar de que ya, y sin matrimonio de por medio, eres uno más de los Claudio.

—No sabes lo que agradezco tus palabras, amigo. ¿Cómo podríamos formalizarlo todo?

—Bueno, lo primero creo que es decírselo a Marcia, ¿no? Luego, si te parece, podemos esperar a que vengan el gobernador y los augures desde Colonia Patricia para realizar la refundación de la ciudad. Vuestra boda podría celebrarse en ese momento. Es mejor que no emprendamos ahora un viaje a Corduba con el calor que hace.

—Me parece una buena idea. Lo haremos en septiembre, querido Marco.

—Sí, en septiembre, justo antes de que partamos hacia Roma de nuevo. ¿Vendréis Marcia y tú?

—No, Marco. Si no tengo órdenes expresas de regresar, me gustaría quedarme aquí. En Ituci hay mucho que hacer y yo quiero estar siempre junto a Marcia.

Virtus Iulia, septiembre del año 40 a. C.

Tal y como estaba previsto, en septiembre, llegaron los soldados de la legión XXXIII dispuestos a tomar posesión de sus tierras en la zona de campiña que rodeaba a Ituci. También se les vendieron terrenos dentro de la ciudad amurallada para que levantaran sus propias viviendas. El arquitecto de Colonia Patricia que había contratado Niger y un equipo de agrimensores habían hecho bien su trabajo. La ciudad se reconfiguró al estilo romano dentro de las posibilidades que ofrecía la Ituci y que todos ya conocíamos.

Pronto comenzaron las obras en la que iba a ser la plaza pública de la ciudad, un foro con todas sus características y pormenores. Las casas se levantaron sobre planos ya establecidos y ocuparon los terrenos que se marcaron específicamente para ello en un sencillo pero determinante plan urbanístico. Ituci bullía en cada rincón. La ciudad se había dotado de vida. Al poco, recibimos la visita del gobernador de la Ulterior y de un grupo de augures. Iban a ser los encargados de realizar la ceremonia inaugural en el *auguraculum* provisional que habíamos levantado en la zona norte de la ciudad. En las *nonas* de septiembre, Ituci pasó a ser oficialmente Virtus Iulia y la romanización de todo el entorno sería una realidad en poco tiempo.

Con todo el trabajo hecho, le comuniqué a Niger mi intención de marcharme. Además, había recibido días atrás correo de César. No me conminaba a regresar de inmediato, pero sí me ponía al día de las últimas novedades y de los principales y más acuciantes problemas a resolver, como era

el ya manido tema de Sexto Pompeyo, que seguía campando a sus anchas por el territorio romano creyéndose en posesión de un poder de mando desproporcionadamente autorregalado.

Marco Antonio había anunciado su regreso de Egipto y pretendía que se estableciera una alianza con Sexto Pompeyo con la finalidad de acabar con las hostilidades y que el pueblo de Roma pudiera seguir obteniendo el trigo necesario como para que no hubiera más hambrunas ni precios desorbitados. Pero César no estaba por la labor de firmar ningún tratado de paz con el hijo de uno de los últimos enemigos de su padre.

César me pedía que regresase pronto a Roma. Él se marchaba junto a Mecenas y Agripa a Brindisi, para reunirse con Marco Antonio. Las cosas no andaban del todo bien entre ambos y había que reforzar las posturas de cara a la gobernabilidad que se esperaba del triunvirato. Polión también me había escrito en aquellos días varios correos. Se sentía responsable de la situación y, como cónsul, no dudó en ponerse en manos de César y de Marco Antonio para hacer que su pacto, aquel se rubricó en Bononia, no se desmoronara. En resumen, había cierta preocupación en el ambiente. Y yo no podía dilatar más la partida. Así que esperé a que Niger y Marcia se hubieran casado para partir de nuevo a Roma, lo que ocurrió casi a finales de septiembre.

Capítulo 53

La sorpresa de la guerra

Nauloco (Sicilia), 3 de septiembre del año 36 a. C.

Trescientas naves por cada bando. Ese era el saldo con el que empezó la batalla naval librada en Nauloco entre los ejércitos de César, Marco Antonio y Lépido, por un lado, y Sexto Pompeyo, por otro. Fuerzas igualadas. La grandeza del triunvirato prometía machacar a los hombres de Pompeyo en una batalla final que parecía que iba a acabar con una República ya demasiado marchita. Sin embargo, hasta la fecha, Sexto Pompeyo no lo había puesto del todo fácil al poderoso trío de romanos implacables. Más bien había complicado la situación año tras año haciendo que su posición estuviera cada vez más debilitada de cara a Roma y sus ciudadanos, pero más fuerte desde el punto de vista militar.

Lo cierto era que Sexto había conseguido oficialmente, años atrás, el dominio militar sobre la isla de Sicilia y, por tanto, el control sobre la distribución del grano, asunto de extrema importancia para los ciudadanos romanos. Básicamente, cuando Sexto Pompeyo quería, los más pobres de Roma se morían de hambre. Y eso había ocurrido más veces de las que a César le hubiera gustado. Además, Sexto se comportaba casi como un pirata. Por ello, César decidió acabar con el problema de la manera más rápida posible.

Después de numerosos enfrentamientos, en los que el protagonismo fue para un nutrido y variado grupo de generales, con victorias para uno y otro bando indistintamente, al fin parecía que las aguas de Nauloco, ciudad situada al norte de la isla de Sicilia, iban a ser el escenario que dirimiría la contienda. Y allí estaba yo, como tribuno de César, bajo el mando de Agripa, quien había sido nombrado legado principal tras demostrar suficiente poder de mando como para liderar una campaña como la que teníamos entre manos.

Cuando embarqué en una de las trescientas naves que Agripa había construido y guardado con celo en el *Portus Iulius*, en las cercanías de Puteoli, casi no podía creerlo. Fueron varios los años que el magnífico Agripa tardó en hacer realidad la quimera planteada por César. La idea inicial de construir un

gran puerto, de dimensiones colosales fue de César. Pero aquello no convenció a la mayoría. Sin embargo, Agripa se mostró proclive a materializar aquella locura, ya que era la única fórmula que se le ocurría para construir y preservar la flota necesaria para plantarle cara a Sexto Pompeyo de una vez. Lo ideó junto a un nutrido grupo de arquitectos e ingenieros y solo se propuso una cosa cuando tuvo el proyecto entre sus manos con la aprobación de César: hacerlo realidad en el menor tiempo posible.

La bahía de Puteoli presentaba las características perfectas para construir aquel magnífico puerto. Cerca de ella había dos lagos, el Lucrino, de menor tamaño, y, algo más al norte, el Averno, mucho mayor. La obra colosal consistió en unir los dos lagos, separados menos de una milla, y preparar la zona para albergar una base militar de carácter naval capaz de guerrear y plantar cara al enemigo más acérrimo que tenía Roma en aquellos años, Sexto Pompeyo. La discreción era fundamental. Por ello, los esclavos y obreros que trabajaron en la construcción de esta magnífica estructura se alojaron en una especie de campamento militar levantado *ad hoc* en las cercanías de Puteoli.

Dos años tardó en ejecutarse la totalidad del que luego se denominaría *Portus Iulius*. Durante el tiempo de construcción, Sexto Pompeyo no dejó de plantarnos cara a la vez que nosotros también lo acosábamos con la finalidad de acabar con él y descabezar su ejército, que aún seguía siendo fuerte después de tantos años de guerra de desgaste.

Fue impresionante ver cómo, en aquellos días de presión y guerra, Agripa y su séquito de ingenieros lograron idear un nuevo arma, el *harpax*, una versión mejorada del ya conocido *corvus*. Se trataba de una especie arpón que prometía, cuanto menos, sorprender al enemigo y acabar con varios de ellos a la vez. El *harpax* de Agripa funcionaba como una catapulta que podía arrojar sobre los contrincantes todo tipo de elementos hirientes.

En cuanto la zona de aguas del puerto estuvo construida, los soldados de César no dejamos de entrenar cada día en el manejo de las naves y de las nuevas armas, que se construían a gran velocidad para poder dotar a cada barco de una de ellas. Nos ejercitábamos a conciencia para no desfallecer en una batalla que todos deseábamos que fuera la definitiva. César nos había entrenado física y mentalmente para ganar. Íbamos muy preparados.

Desde que regresé a Roma tras mi último viaje a Hispania, estuve inmiscuido de lleno en el terreno militar de la mano de César. Iba a dónde él me indicaba y hacía o deshacía según su criterio. Aquello no impidió, por supuesto, que Asinia y yo al fin pudiéramos contraer matrimonio. El enlace se celebró en el mes de marzo del año posterior al del consulado de Polión, justo cuando ejercían como cónsules Lucio Marcio Censorino y Cayo Calvisio Sabino. Tras la boda, transcurrieron varios años en los que me propuse cumplir mi sueño romano. Deseaba codearme con los grandes, y así lo hice. Amaba con todas mis fuerzas a Asinia, y me casé con ella. Quise hacer la

guerra del lado de César, y así lo conseguí. Anhelé un escaño en el Senado, y también fue mío.

Aquel fue tiempo de bodas, sin duda. A la boda de Niger y Marcia se sumó la mía con Asinia. Años atrás, Marco Antonio se había casado con Octavia, la hermana de César. Por su parte, César contrajo matrimonio con Livia.

Todos ellos fueron matrimonios por amor, excepto el de Marco Antonio y Octavia, que fue claramente trascendental para el devenir de la historia de Roma. De hecho, la buena, dulce y conciliadora Octavia se convirtió en el eslabón clave que unió a las dos grandes personalidades de aquellos años, la de un joven César que todavía no había despuntado, y la de un maduro Marco Antonio, que ya venía de vuelta y que quería ostentar el poder sobre todas las cosas. Ella, Octavia, la bella hermana de César a la que tuve oportunidad de conocer y con la que compartí grandes momentos, es la que logró en incontables ocasiones acercar las posturas más que distanciadas que ya ocupaban estos grandes y temperamentales hombres.

Aquel tímido romance entre César y Livia supuso el divorcio entre este y Escribonia, que era tía de Sexto Pompeyo, lo que recrudeció las hostilidades entre ambos. Tras la ruptura, la guerra volvió a protagonizar nuestro día a día. Sufrimos terribles derrotas, como la de Taormina, en la que César estuvo, una vez más, a punto de morir. De hecho, salvamos la vida casi milagrosamente. Por el contrario, también ganamos en otras batallas. Así que, nuestras fuerzas llegaron a Nauloco igualadas.

Nunca olvidaré el día en el que Agripa dio la orden de abandonar al fin el *Portus Iulius* y partir hacia el sur. El mundo iba a conocer la gran infraestructura creada por César y la imbatible flota que en ella se había guardado durante dos años. Yo salí del puerto henchido de orgullo y valor al frente de un nutrido grupo de legionarios ya curtidos en técnicas navales. Me sentí implacable, como dotado de una fuerza sobrenatural imparable, invencible, casi todopoderosa.

A los dos días de viaje llegamos a nuestro destino. Nos encontramos con la flota de Sexto Pompeyo justo en la costa norte de Sicilia. Y parecía que nos estaba esperando. Eran otros trescientos barcos dispuestos en formación de combate. Los nuestros siguieron acercándose a ellos. Contábamos con los *harpax* de Agripa. No teníamos por qué esperar al choque frontal entre naves para empezar la batalla cuerpo a cuerpo. Podíamos mermar sus fuerzas mucho antes, en la distancia, y asaltarlos cuando el desconcierto hubiera imperado en cada nave. Esos eran los planes. Por ello, cuando vimos los barcos en formación, el general Marco Vipsanio Agripa dio la orden de no frenar, de seguir adelante, de perpetrar el ataque y llegar hasta el final, hasta acabar con ellos, hasta que ellos acabasen con nosotros o hasta que las circunstancias obligaran a que uno de los dos bandos se batiera en retirada.

La nave que yo dirigía no estaba en primera línea de combate ni mucho menos. Por delante tenía decenas y decenas de barcos dispuestos a acabar con Sexto y los suyos antes de que hubiera oportunidad de perder más hombres. Polión iba en una de ellas. En esta ocasión, Niger no estaba. Se había quedado en Ituci, con mi hermana, solucionando los problemas de urbanización y romanización de aquella nueva colonia. Mecenas estaba en Roma, al frente de la capital del mundo, cuyos ciudadanos esperaban ansiosos que los triunviros acabaran con Sexto Pompeyo de una vez por todas. César, por supuesto, dirigía junto a Agripa las operaciones desde una nave situada casi al final de la flota.

Los *harpax* comenzaron a hacer su trabajo. Este nuevo modelo de catapulta con disparador era capaz de lanzar bolas incendiadas, piedras pesadas con miles de aristas e incluso una enorme flecha con varios ganchos en su punta, capaz de agarrarse fuertemente a la nave enemiga y permitir un abordaje fácil y rápido. Todo estaba diseñado para hacer un inesperado y profundo daño al enemigo. Los nuestros empezaron primero lanzando bolas de fuego para que el desconcierto invadiera a la flota enemiga. Tras ellas, las enormes piedras harían un trabajo magnífico, hundiendo a los barcos más dañados. Por último, cuando el descontrol fuera la tónica general, lanzaríamos las garras para invadir los barcos enemigos y acabar con los últimos supervivientes pompeyanos.

Y así sucedió. Pronto la invasión fue una realidad y rápidamente nos tocó a mis hombres y a mí actuar en aquella batalla. Como comandante de mi nave, elegí el barco enemigo al que debíamos abordar. Había sido alcanzado por un par de artefactos incendiados y parte de su tripulación estaba afanada en apagar los focos. Otros luchaban por tapar, a duras penas, los agujeros que las piedras habían hecho en la cubierta. Lo vi claro y ordené el abordaje. Mis hombres rápidamente saltaron al otro barco y comenzaron la lucha cuerpo a cuerpo. Muchos, sobre todo enemigos, caían por la borda tras una lucha demasiado fácil para nosotros. Mi turno para saltar al barco enemigo llegaría pronto. Mientras mis legionarios continuaban la invasión mi cabeza se marchó a Roma, a la casa de Cayo Asinio Polión, al día de mi boda con Asinia. De repente, la recordé a ella, con su rostro suave y ligeramente sonrosado, mirándome con unos ojos que brillaban más que nunca y que acompañaban a la perfección a su suave e incipiente sonrisa. La bella Asinia iba vestida con una preciosa pero sencilla túnica blanca, cubierta por una palla de color azafrán con la que también tapaba su rostro. Como mandaba la tradición, Quintilia había ceñido las ropas de su hija con un cíngulo atado por detrás con un fuerte nudo hecho especialmente para que solo yo pudiera desatarlo aquella noche. Nuestra noche de bodas.

Los gritos de la guerra me despertaron de la ensoñación. Lancé una plegaria rápida a los dioses para que me permitieran ver de nuevo a Asinia y a

nuestros dos pequeños hijos y me lancé como uno más al barco enemigo.

La situación en aquel momento no era del todo mala para nosotros. Ya se habían hundido varias naves de Sexto Pompeyo. El descontrol en su ejército maltrecho era total. Sin embargo, no sabía dónde estaba el general. Y era más que probable que tampoco lo supieran los demás. Volví a implorar a Marte para que me devolviera a la vida normal y a mis amigos. Para entonces ya blandía mi *spatha* y me debatía en un reto a muerte contra un hombre de Pompeyo. A mi alrededor, gritos, blasfemias, decenas de chasquidos metálicos, importaciones incluso. No fue difícil deshacerme de él a pesar del vaivén que el mar ejercía sobre la moribunda nave. Noté su cansancio porque ya estaba herido. Con un giro de mi *spatha*, conseguí rajarlo en una pierna. Un compañero lo tiró por la borda al agua. Pronto tuve por delante un duelo con otro soldado. A este le asesté con el *gladium* una puñalada debajo de las costillas. Cayó muerto al instante. Para avanzar tuve que sortear varios cadáveres. Ordené a uno de los míos que se afanaran en tirar a los muertos por la borda. Había ya pocos hombres luchando. Nadie vino a intentar acabar conmigo por unos momentos. Mientras, pude comprobar que había brazos cortados, cuellos sangrantes, manos cercenadas y decenas de hombres que agonizaban entre charcos de sangre mezclada con agua de mar. El hedor era casi insoportable. El aroma dulzón de la sangre fuera del cuerpo se mezclaba con el de la salitre de manera nauseabunda. Luchaba contra mí mismo. Andaba ciertamente distraído cuando un trozo de madera astillada de la cubierta se me clavó en la pierna. Parecía ser un mástil partido. La herida no era grave, pero comencé a sangrar. En ese momento, un soldado enemigo aprovechó para intentar asestarme una puñalada. Me atacó directamente a la pierna herida y sentí tanto dolor, tanta rabia, que una fuerza inhumana se apoderó de mí, creándome un coraje inusitado. Grité mientras me alzaba con el escudo en mi brazo izquierdo, asestándole al enemigo un tremendo e inesperado golpe que consiguió derribarlo.

Al apoyar la pierna malherida sentí un dolor desgarrador, pero aún seguía henchido de fuerza y conseguí acabar con aquel soldado. Fue entonces cuando vi cerca de la proa de la nave a un par de soldados se debatían en duelo. No estaban demasiado lejos de mí y yo estaba libre, por lo que decidí acudir a ayudar a mi compañero. La lucha era encarnizada. Ambos intentaban cercenar el cuerpo del otro con ahínco, con tesón. La pelea estaba igualada y la mayoría de los golpes acababan en el escudo o contra la espada del contrario. Aquel soldado pompeyano estaba demostrando más valor y fortaleza que el resto de sus compañeros. Quedaban pocos en pie y su cansancio era notable. Antes de meterme de lleno en un nuevo enfrentamiento directo di la orden a los míos de abandonar la nave. Estábamos preparados para hundirla.

—¡Todos fuera! —grité casi desgañitándome—. ¡Regresad a la nave!

Cuando comprobé que mi orden se estaba acatando marché decidido a

ayudar a aquel soldado en apuros. La lucha seguía igualada, pero al pompeyano le quedaba tan solo un momento de vida. Me acerqué, intenté inmiscuirme en la pelea por el mejor flanco posible y solo cuando estuve a punto de hundir mi *gladium* en la garganta de aquel soldado me di cuenta de quién era.

—Por todos los dioses, ¡Philo! —dije sorprendido con la voz casi entrecortada—. ¡Lárgate de aquí! —ordené a mi soldado.

—¡Por Júpiter, Marco! —Philo balbuceaba, pero no había tiempo de hablar, solo de actuar—. Publio también está por aquí, Marco.

Su rostro era la cara de la guerra. Creo que no quedaba un solo ángulo de su cuerpo que no estuviera lleno de tizne negro o sangre.

—¿Tienes alguna herida de gravedad? —le pregunté mientras tiraba a duras penas de él para llevarlo hasta la pasarela que comunicaba su barco zozobrante con nuestra poderosa nave. Mientras, el ruido ensordecedor de decenas de hombres que luchaban en aquella y en otras naves no nos dejaba escucharnos con claridad.

—Ninguna, Marco. Casi todo es sangre enemiga.

—Ven conmigo.

Ya tiraba de Philo como si fuera uno de los nuestros. Pero él solo gritaba llamando a Publio entre aquella amalgama de voces, sangre, agua de mar y cadáveres. Recordé a mi primo y solo deseé que siguiera con vida después de la masacre que habíamos perpetrado en aquel barco pompeyano. Llegamos a la pasarela y ordené a uno de mis hombres que subiera a bordo a Philo. Mientras, eché una última ojeada. Por detrás de mí tenía a tres soldados que me cubrían las espaldas. Me resigné a haber perdido a Publio para siempre y comencé a darme la vuelta para subir a nuestro barco cuando me pareció ver que un soldado salía de una pila de maderos cerca de la popa. No lo podía creer. Era él.

Empujé a dos de mis guardaespaldas, los aparté de mi camino y comencé a gritar.

—¡Publio, Publio!

—¡Tribuno, tribuno! —me llamaron inútilmente—. ¡Señor! Debemos protegerte, ¿adónde vas?

Hice oídos sordos y seguí directo a la proa. Publio ya me había visto y sonreía mientras alzaba su brazo derecho. No podía creerlo. Estaba allí.

—¡Querido primo! ¡Oh, Marco! —me dijo un Publio tan malherido que apenas podía levantarse del suelo. Tenía una pierna completamente destrozada —. Ahora eres tú el que me salva a mí.

—Te debo la vida, Publio —dije emocionado. Y lo abracé con todo el sentimiento que pude.

En aquel momento ya estaban sobre nosotros los soldados que me protegían. Les ordené cargar a Publio y llevarlo a nuestra nave. Tendría que

dar muchas explicaciones, pero no me importó. Publio y Philo regresarían a la Ulterior.

Cuando nuestro barco estaba a suficiente distancia, el *harpax* lanzó varias bolas incendiadas. La estructura del agonizante barco enemigo comenzó a ceder y no tardó en sucumbir ante las aguas de aquel mar que bañaba la costa norte siciliana. Al alejarnos de la batalla pudimos contemplar el panorama desolador que se extendía delante de nuestros ojos. Decenas y decenas de barcos en llamas, humo negro que salía del mismísimo agua y muchas naves a medio hundir. Y casi todas enemigas.

Habíamos ganado la batalla definitiva. Pero no sabía dónde estaban César, Polión, Agripa ni Sexto Pompeyo. No deseaba ningún desconcierto entre mis hombres, por lo que proporcioné ropas de nuestro bando a Publio y Philo. Aunque heridos, los dos permanecieron sentados, resguardados al fin del mal de la guerra en la cubierta de nuestra nave. Publio tenía tanto que contarme. Y teníamos vida para ello.

En los días siguientes conseguimos regresar al *Portus Iulius* y hacer cuentas. Polión había sobrevivido. César también estaba vivo y orgulloso de la batalla. Agripa fue condecorado por su nueva y vital victoria con una corona rostrata, un premio a su enorme ímpetu y genio militar, distinción que nadie más ha conseguido nunca. De la ingente flota que llevamos a la batalla solo perdimos cinco barcos. Ellos veintiocho, aunque solo salieron intactas diecisiete naves de las trescientas que llevaron a Nauloco. La mala noticia fue que no conseguimos derrotar del todo a Sexto a pesar de que sus hombres, los que no pudieron huir con él, se rindieron. El joven hijo de Pompeyo consiguió de nuevo zafarse de las garras de los triunviros y huyó con siete barcos hacia oriente. Lo tenía difícil, muy difícil, pero Sexto Pompeyo aún no se había acabado. Marco Antonio se encargaría de él.

Capítulo 54

Una carta desde Hispania

Villa Fertilitas, verano del año 21 a. C.

Estimado y querido suegro Cayo Asinio Polión,

Te escribo estas líneas sentado en una de las bancadas de mármol del comedor de verano de Villa Fertilitas. Nada ha cambiado desde que tú y tu familia estuvisteis aquí hace ya nueve años. Cómo pasa el tiempo, querido amigo. Venir a mi tierra a pasar los meses del estío fue nuestra mejor forma de celebrar la victoria final de César tras la batalla de Aecio. No hubo nada más emocionante para nuestro entorno militar desde que tuvimos ocasión de saber que al fin Sexto Pompeyo había mordido el polvo y desaparecido de la faz de la tierra gracias al malogrado Marco Antonio. Así que, con la intención de rememorar aquel magnífico verano hemos regresado este año. Una pena que no hayas podido acompañarnos esta vez. Asinia os echa mucho de menos. Pero se encuentra bien. Ella y los niños. Nos costó conseguir que Marco, a sus 17 años, quisiera venir. Pero, obviamente, no le quedaba más remedio. Si queremos regresar más adelante con él será otra historia. Marcia, a sus 15, todavía no tiene poder de decisión. Y luego está el pequeño Lucio, que hace las delicias de su madre. Se quedará con nosotros por un tiempo aún. Así que, amigo, todo está bajo control.

Por aquí también andan mi hermano Quinto con su familia y Marcia con Niger y sus hijos. Indo no ha podido venir, ya que se encuentra demasiado ocupado en Virtus Iulia. Además, sus mellizos le dejan poco margen de libertad. A pesar de ello, nos ha prometido que se acercarán a pasar unos días. En cualquier momento nos sorprenden. Todos, incluida mi madre, que se encuentra bien de salud y disfrutando de toda la familia, os mandan saludos a ti, a Quintilia y a tu hijo Cayo Asinio, a su esposa y a sus hijos. Y Quinto, aunque me consta que te manda correos con regularidad, me pide que te diga que todo marcha a la perfección en tus *figlinae*.

Oh, querido Polión. Qué bien se vive el verano al aire de la campiña de mi querida tierra. Los días son tórridos, pero cuando cae el sol, ya lo sabes, el aire corre a sus anchas entre nuestros olivos y el fresco lo invade todo. El aroma de los olivos, ácido pero dulcemente embriagador, me tiene enamorado. Te diría que, si mis obligaciones me lo permitieran, me quedaría por aquí a vivir junto a Asinia. Pero mis ensoñaciones se dan de bruces con la realidad cada vez que recuerdo que Augusto me quiere a su lado para seguir dando lo mejor de mí para el Imperio. Sin embargo, él mismo no ha podido negarme unas merecidas vacaciones familiares después de mi consulado del año pasado.

Villa Fertilitas está como nunca. La casa, completamente reformada, es cómoda, amplia y muy bella. El jardín es espectacular. Lo miro, como ahora estoy haciendo, y

mi mente me lleva a mis años de juventud. Casi veo a mi abuela cuidándolo con esmero, agachada, plantando flores y hablándole al olivo. Mi padre retiró el centenario que se quemó cuando el asalto de Quinto Casio Longino y plantó uno nuevo que había nacido de una de sus ramas hace más de veinte años. Y ha crecido muchísimo. No es igual que el gran olivo que coronaba este precioso jardín, pero me atrevería a decir que le auguro un gran futuro.

Queda poco para la cena. Ya sabes que a mi madre nunca le ha gustado demasiado la jardinería, así que son Marcia y Asinia las que se encargan de arreglar las plantas mientras estamos aquí. Así le echan una mano al viejo Prótimo, que ya no da para tanto. Las tengo a ambas por aquí, delante de mí. Mientras yo escribo estas líneas, ellas se afanan en regar —muy necesario por aquí con estas temperaturas—, y en conservar la belleza endémica de este lugar. A la vez, no paran de charlar. Los dioses sabrán qué es lo que tanto tienen que contarse todos los días a todas horas. Pero, Polión, me maravilla que se lleven tan bien.

Te preguntarás el porqué de esta misiva, si hace tan poco que recibiste comunicado de nuestra llegada y tenemos previsto regresar en algunas semanas. Pues bien. Se trata de una importante novedad de la que te vas a alegrar. Te imagino sentado en el *solium* de tu *tablinum*, rodeado de decenas de rollos, leyendo estas líneas ansioso por saber más. ¿Recuerdas hace años cuando me propusiste escribir mis memorias y sumarlas a la ingente cantidad de volúmenes que guardas en tu biblioteca? Quizá lo hayas olvidado porque desprecié tu petición y nunca más volvimos a hablar de ello. Sin embargo, me hiciste pensar y al poco comencé a escribir. Estaba completamente seguro de que nada interesante tenía que contar pero, cuando empecé a unir palabras, los pensamientos, los sentimientos y los recuerdos se agolparon en mi mente y tuve que organizarme bien. Quería acabarlas aquí, en *Villa Fertilitas*. Y así ha sido. En la tarde de ayer puse el punto y final a las memorias de la primera parte de mi vida. Porque amigo, espero que me queden muchos más años de existencia. Tantos como para escribir una segunda parte, que auguro sería mucho más sosegada que esta primera.

No se lo he contado a nadie. Solo a Asinia, y porque me ha visto escribir con denuedo en muchas ocasiones. Y ella, tan maravillosa como siempre, sonrió y me ayudó siempre que estuvo en su mano para que la escritura fluyera por entre mis dedos. Quién sabe, amigo, quizá estas líneas que te adjunto al correo que estás leyendo ahora mismo, se ganen un lugar en la biblioteca del *Atrium Libertatis*, el increíble lugar público para la lectura con el que al fin cuenta Roma gracias a ti. Solo te pido una cosa, suegro. No vayas a leer mis memorias en voz alta como haces con tus escritos. Ya sé que no declamas delante de una gran cantidad de público, pero me abochornaría solo con que las escuchasen Virgilio, Mecenas o el mismísimo Augusto. Resérvalas. Y que las lean solo aquellos que quieran saber qué pasó conmigo, con mi familia y con nuestros olivos, que no son más que testigos imperturbables que la naturaleza ha regalado a la humanidad y a mi familia. Es obvio que he realizado copias. Tres para ser más exacto. Espero que tú hagas lo propio cuando mi manuscrito llegue a tus manos. Cópialo y consérvalo, amigo.

Niger está absolutamente absorto en mis líneas. Dice que jamás pensó que pudiera contar también parte de la historia de su vida. Él está haciendo una labor encomiable aquí, en Virtus Iulia. Tiene la ciudad completamente levantada. Y casi ha terminado una espléndida casa en la parte más alta del poblado. Puedo dar fe de ello. Hace unos días que regresamos de allí. Quedan algunos detalles en el atrio y el peristilo, un jardín que se abre al mundo en su lado norte. Las vistas desde allí, las recordarás, son inconmensurables. Niger y Marcia deseaban no perderlas. Han dejado esa parte de la vivienda abierta y han protegido el jardín del peristilo con una hermosa balaustrada.

Bajo ella se abre el abismo, una pendiente que acaba cientos de pasos más abajo en un hermoso y extenso valle. ¡Qué atardeceres van a poder disfrutar desde ese magnífico lugar! El marco es ciertamente magnífico. El jardín será el alma de la casa.

Sin más, querido amigo, me despido desde mi bancada de *Villa Fertilitas* con la ilusión de que algún día podamos regresar aquí juntos de nuevo. No hay cosa que pudiera apetecerme más.

Recuerdos,

Marco Claudio Marcelo

Cónsul de Roma

Epílogo

Yacimiento arqueológico de Torreparedones (Baena)

13 de julio de 2011

El verano nunca perdona en Córdoba y aquel día de julio ya prometía ser muy caluroso desde antes de que amaneciera. Julia Alba había recogido en su coche a otros cuatro compañeros arqueólogos, hacía hora y media, en el centro de Córdoba para acudir a la excavación en la que participaban en el sorprendente yacimiento arqueológico de Torreparedones, en Baena. Su trabajo era apasionante, pero aquel día de calor no parecía que fuera a traer nada más que horas de sol y sudor a los pies del santuario. Julia había quedado con los demás en que ella excavaría sola en aquella zona, puesto que había poco espacio y mucho más trabajo en el área del foro. Cuando llegó al lugar, se colocó debajo del toldo provisional preparado para evitar golpes de calor e insolaciones y se afanó por realizar su labor de la mejor manera posible. Todo era mecánico y rutinario hasta que notó que había dado con un elemento que nada tenía que ver con la tierra extraída hasta el momento. Su corazón empezó a palpitar con fuerza. Había encontrado algo. Sus manos, temblorosas, apenas acertaban a limpiar y retirar material. No lograba comprender de qué se trataba. Entonces, se descubrió un trozo de piedra gris. Siguió limpiando. Con cautela. No sabía el tamaño de aquel extraño elemento. Lo hacía cada vez más rápido.

Su respiración ya estaba entrecortada cuando consiguió sacar la pieza completa. No era demasiado grande y contenía una inscripción. Sus manos acogían un trozo de historia. Un fragmento que iba a contar mucho de la vida que encerraban aquellas tierras y que guardaban con mimo los olivos que la moraban. Decidió callar por unos minutos, reservándose para sí aquel momento impagable.

No había nombre. Solo una letra G seguida del número romano XXXIII suprabarrado. No entendía demasiado de epigrafía, pero sabía que eso significaba «trigésimo tercero». ¿Legión trigésimo tercera? Esa inscripción era

relativa a algún soldado de alto rango de aquella legión que vivió en primera persona la guerra civil entre el heredero de Julio César y los asesinos de su padre, primero, y Marco Antonio después. ¿Cómo había acabado allí?

Julia salió del hueco en el que había estado excavando y se refugió en la escasa sombra que proporcionaba uno de los muros del santuario. No podía soltar aquella inscripción. Entonces, se puso en la piel de Antonio María Ortiz, el joven que una tarde del mes de agosto de 1833 liberó a una res de una trampa que resultó ser un mausoleo. Cuando él también excavó sin saber lo que tenía por delante, se encontró con una tumba y catorce urnas funerarias. Algunas de ellas portaban el nombre de Quinto Pompeyo. Por eso, a aquella tumba se le puso el nombre de Mausoleo de los Pompeyos. ¿Qué debió sentir este chico? ¿Lo mismo que ella? ¿Qué historia encerraban la inscripción que tenía entre sus manos y las tumbas del mausoleo? Legión XXXIII y Quinto Pompeyo. Julia dejó volar su imaginación por aquellos valles escarpados que se ofrecían a su vista henchidos de olivos. Cuando reaccionó, se levantó despacio y, orgullosa de su hallazgo, llamó a uno de los responsables de la excavación.

—¡Doctor Munzón, doctor Munzón! —exclamó Julia con la mayor de las sonrisas dibujada en su rostro—. ¡Venga, por favor! ¡Tiene que ver esto!

Glosario

Ab Urbe Condita: Expresión latina que significa «desde la fundación de la ciudad», en referencia a Roma, que históricamente se data en el año 753 a. C.

Absolvo: Declaración de inocencia por parte de un jurado.

Acre: Medida de superficie que equivale a unos sesenta mil pies cuadrados romanos.

Aprilis: Abril.

Asamblea de la plebe: Reunión de plebeyos en la que no participaban los patricios y en la que se trataban asuntos de relevancia política que tenían repercusión directa en el pueblo.

Ategua: ciudad situada al sur de Corduba.

Atramentum: Tinta.

Atrium: Atrio, espacio de la casa romana a modo de patio alrededor del cual se distribuían algunas habitaciones. En el centro se encontraba el impluvium o cisterna que recogía el agua de lluvia.

Atrium Libertatis: Se trata de la primera biblioteca pública que tuvo Roma, fundada por Cayo Asinio Polión entre los años 38 y 28 a. C. Muy pronto, Augusto fundó dos más, la Biblioteca del Templo de Apolo, en el Palatino, y la del Pórtico de Octavia, en el Teatro de Marcelo. Algo más tarde se erigieron nuevas bibliotecas en Roma y, a partir de este momento, los sucesivos emperadores crearon nuevas bibliotecas en la capital. La aristocracia se encargó de abrir otras en Italia y en el resto del territorio.

Averno: Infierno. Nombre que tenía un cráter cerca de la ciudad de Cumas, en Campania, y que, según la mitología romana, era la entrada al inframundo.

Basílica Emilia: Edificio público que servía como sede de tribunales o

de transacciones comerciales. La basílica Emilia, erigida en pleno foro, ya existía en siglo II a. C.

Basílica Julia: Edificio público que servía como sede de tribunales o de transacciones comerciales. La basílica Julia se levantó, a instancias de Cayo Julio César, en la segunda mitad del siglo I a. C. Se encuentra en el foro, entre el templo de Saturno, separados por el Vicus Iugarius, y el de Cástor y Pólux, separados por el Vicus Tuscos. Se construyó sobre las ruinas de la Basílica Sempronia, donde la tradición cuenta que estuvo situada la casa de Publio Cornelio Escipión el Africano.

Batalla de Aecio: Batalla sucedida el 2 de septiembre del año 31 a. C. entre la flota de Cayo Julio César Octaviano y la de Marco Antonio y Cleopatra. Fue una batalla de carácter civil enmascarada de guerra contra el enemigo egipcio. Acabó con las posibilidades de Marco Antonio para hacerse con el poder de Roma.

Batalla de Farsalia: Ocurrida el 9 de agosto del 48 a. C. en Farsalia (Grecia) entre las tropas de Cayo Julio César y el ejército de Cneo Pompeyo Magno, que perdió la guerra civil. Su huida hacia oriente provocó su muerte, asesinado por orden de Ptolomeo XIII, que quiso así congraciarse con el vencedor de la guerra civil.

Batalla de Filipos: Batalla que enfrentó a las fuerzas de Marco Antonio y Cayo Julio César Octaviano (pertenecientes ambos al segundo triunvirato, junto a Marco Emilio Lépido) con las de los asesinos de Cayo Julio César, Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino. Ocurrió en octubre del año 42 a. C., en dos fechas clave, el día 3 y el 23, en Filipos, Macedonia. La batalla terminó con la victoria de los triunviros y la muerte de los dos asesinos.

Batalla de Nauloco: La batalla naval de Nauloco tuvo lugar el 3 de septiembre del año 36 a. C. entre la flota de Sexto Pompeyo y la de Agripa, en Nauloco, Sicilia. La victoria de Agripa, lugarteniente de Cayo Julio César Octaviano acabó con las fuerzas de Sexto Pompeyo.

Biga: Carro tirado por dos caballos.

Birreme: Nave de guerra con dos hileras de remeros a cada costado del barco.

Bulla: Colgante que se ponía a los niños tras su nacimiento. Se colocaba alrededor del cuello, como amuleto para protegerlo contra los malos espíritus. Los niños romanos llevaban la bulla, junto a la *toga praetexta*, hasta la edad de portar la *toga viril*, a los 16 *años*.

Calamus: Parte inferior de la pluma de un ave o una caña vegetal tallada que los romanos utilizaban para escribir.

Campos Elíseos: Lugar al que se pensaba que accedían las almas de los fallecidos gloriosos en la época clásica.

Castella: Torre vigía adosada a la muralla de una fortificación.

Celia: Lugar sagrado situado en el centro del templo romano. Estaba tabicado y no tenía entrada de luz natural.

Claritas Iluia Ucubi: Espejo (provincia de Córdoba).

Colina Capitolina: Una de las siete colinas sobre las que se erigió la primitiva Roma. Contaba con dos cimas, el Capitolium, al sur, acogió el Templo de Júpiter Óptimo Máximo, mientras que en el Arx, al norte, se erigió el templo de Juno Moneta. En esta colina se sitúa la Roca Tarpeya. Hoy alberga la sede de los Museos Capitalinos y la famosa y renacentista plaza del Campidoglio.

Colonia: Ciudades fundadas por Roma en diferentes puntos de su territorio. Podían ser colonias romanas, formadas por ciudadanos, o colonias latinas, en las que sus habitantes no tenían tal rango de consideración y no contaban con los mismos derechos políticos, aunque sí sociales.

Comitium: Asamblea en la que se decidían asuntos de índole política, religiosa o social en la Antigua Roma. Dependiendo de qué órgano convocase dicha reunión, podían participar unos ciudadanos u otros. Por ejemplo, en una Comitium Plebis no podían participar los patricios y era convocada por un tribuno de la plebe.

Compluvium: Apertura realizada en el techo del atrio de casa romana que servía para ventilar la estancia y para dejar entrar el agua de lluvia, que se recogía en el impluvium o cisterna situada justo por debajo del compluvium, al nivel del suelo.

Cónsul: La más alta magistratura a la que podía acceder un ciudadano romano. El consulado se consideraba el escalón más elevado del *cursus honorum* y se ejercía junto a otro igual. Cada año, la Asamblea centuriada elegía dos cónsules que ocupaban el cargo durante un año. El primer cónsul —el que más votos había obtenido— ostentaba los *fasces* (o poder) durante el mes de enero, lo que quería decir que actuaba mientras su colega observaba. Cada cónsul tenía una escolta de doce lictores.

Consul sine collega: Cónsul único, sin compañero. Figura que se utilizó en contadas ocasiones en la historia de Roma y siempre que había

que dar una solución rápida de carácter militar a una situación de emergencia.

Contio: Reunión previa a cualquier asamblea electoral.

Contubernales: Soldados cadetes que ocupaban el puesto más bajo en el escalafón militar.

Corduba: Córdoba.

Cuatrirreme: buque de guerra impulsado por dos niveles de remeros a cada lado. Era el barco de guerra más común en la flota de Sexto Pompeyo.

Cuestor: El primer peldaño en el *cursus honorum* senatorial cuyo principal cometido era de índole fiscal, al servicio del Tesoro de Roma o encargándose de funciones secundarias del erario, recaudar derechos de aduana e impuestos.

Curia: En origen, era una de las treinta divisiones más antiguas del pueblo romano, anterior a las tribus y a las clases. También se le daba este nombre a los edificios en los que se reunían los dirigentes de la ciudad, la sede del Senado Local.

Curia Hostilia: Sede del Senado en la etapa republicana hasta la construcción de la Curia Julia, a mediados del siglo I a. C. Su construcción se atribuyó al rey Tulio Hostilio, el tercero desde la fundación de Roma.

Cursus honorum: Currículum de cada ciudadano romano. Los candidatos no podían ascender hasta un puesto más elevado de su *cursus honorum* sin antes haber pasado por las magistraturas anteriores, a las que se accedía al cumplir cierta edad. Primero, el ciudadano debía ingresar en el Senado, luego optar a ser cuestor y más tarde pretor para, finalmente, poder presentarse a las elecciones consulares. Las cuatro fases de senador, cuestor, pretor y cónsul, constituían el *cursus honorum*. Ni la edilidad (plebeya o curul) ni el tribunado de la plebe formaban parte del *cursus honorum*, como tampoco el cargo de censor, reservado a los que ya habían sido cónsules.

Decumanus maximus: Una de las dos calles principales de cualquier ciudad o campamento romano. El decumanus maximus recorría la ciudad de este a oeste y se planificaba en perpendicular con el kardo maximus, que la recorría de norte a sur. En el punto en el que se cruzaban ambas vías se abría una plaza de grandes dimensiones en las que erigían los principales edificios civiles y religiosos, el foro.

Decurión: miembro del Senado local.

Denario: Moneda romana de plata. Un talento de plata equivalía a 6.250 denarios.

Dignitas: Podría traducirse como «dignidad», pero el concepto romano iba mucho más allá. Abarcaba el aspecto moral, ético y el respeto que los demás tenían a una persona. De todos los valores que un noble romano poseía, la dignitas era el más importante y, para defenderla, debía estar dispuesto a ir a la guerra o al exilio o incluso a suicidarse.

Dispensator portus: Equivalente a un jefe o capitán de puerto en la actualidad.

Dominus: Señor de la casa. *Domina* es señora.

Domus: Casa.

Duunviro: Cada uno de los dos representantes públicos que ejercían un cargo que hoy podría equipararse a la alcaldía en una ciudad romana.

Edil: representante público con funciones determinadas en la ciudad romana que podría equivaler en la actualidad con las concejalías.

Equite: Ciudadano perteneciente a la clase de los caballeros, intermedia entre patricios y plebeyos.

Figlina (pl. *figlinae*): taller de alfarería.

Foro: Plaza pública al aire libre en la que se dirimían toda clase de asuntos públicos y privados, ya fueran de carácter comercial, judicial, político o social. En las ciudades de nueva creación, el foro se abría en la intersección entre el kardo maximus y el decumanus maximus, las dos calles principales que, perpendiculares, atravesaban la ciudad de norte a sur y de este a oeste respectivamente.

Gades: Cádiz.

Gladium (pl. *gladii*): Espada corta de hoja recta y ancha de doble filo.

Gobernador: Cargo público ejercido por un magistrado romano en una provincia. Era la máxima autoridad en dicho territorio y gobernaba en nombre del Senado.

Hispalis: Sevilla.

Horrea: Lugar destinado al almacenamiento del grano.

Idus: Día del mes que se corresponde con el 13 en enero, febrero, abril,

junio, agosto, septiembre, noviembre y diciembre y con el 15 en marzo, mayo, julio y octubre.

Imperator: General de un ejército romano, aunque también las tropas jaleaban con este término a aquellos generales que obtenían importantes victorias en el campo de batalla, lo cual era necesario para que el vencedor pudiera celebrar un triunfo.

Imperium proconsular: Grado de autoridad que se concedía a un magistrado de rango curul por el que tenía poder político y militar en el territorio que gobernaba.

Impluvium: Estanque de fondo plano diseñado para recoger agua de lluvia que se encontraba en el atrio de las casas romanas.

In absentia: Sin estar presente.

Insula (pl. *insulae*): Isla, aunque en la antigua Roma designaba a lo que hoy podríamos conocer como un bloque de apartamentos en el que las viviendas de mejor calidad estaban situadas en las plantas más bajas.

Ituci: yacimiento en Torreparedones (Córdoba).

Kalendae: Primer día de cada mes.

Kardo Maximus: Una de las dos calles principales de cualquier ciudad o campamento romano. El kardo maximus recorría la ciudad de norte a sur y se planificaba en perpendicular con el decumanus maximus, que la recorría de este a oeste. En el punto en el que se cruzaban ambas vías se abría una plaza de grandes dimensiones en la que se erigían los principales edificios civiles y religiosos (el foro).

Legado: Militar de absoluta confianza del general que debía tener categoría senatorial y que estaban por encima de los tribunos militares.

Legio: Legión. Unidad militar romana.

Libellus: Documento breve de una sola hoja.

Lictor: Escolta personal de los magistrados romanos.

Lorica hamata: Tipo de armadura de cota de malla utilizada por los legionarios romanos y tropas auxiliares fabricada de bronce o hierro.

Ludi Apollinari: Juegos dedicados a Apolo.

Lupercalia: Fiesta celebrada en el mes de febrero que ahuyentaba los

malos espíritus y fomentaba la fertilidad.

Macellum: Mercado.

Magister equitum: Jefe de caballería.

Mercedonio: Mes extra que se añadía aquellos años en que había que sumar días al calendario para corregir los desajustes hasta que Julio César acabó con ellos en el año 46 a. C.

Milla: distancia recorrida con mil pasos, algo menos de 1500 metros actuales.

Modio: Medida de peso para los cereales equivalente a unos seis kilogramos.

Munda: Tradicionalmente los historiadores habían venido ubicando esta ciudad en muy diversos lugares, entre los cuales gozaba de mayor predicamento la población malagueña de Monda, seguida por la de Montilla, si bien en el s. XIX se abogó también en favor de Ronda la Vieja, cerca de Ronda.

Natatio: Piscina de agua fría situada normalmente al aire libre en las termas o baños.

Nomen: El nombre de los ciudadanos romanos se componía de *praenomen, nomen* y *cognomen* (por ejemplo, Cayo Julio César). El primero de ellos podría equivaler en la actualidad al nombre propio. El *nomen* hacía referencia a la familia a la que pertenecía el ciudadano. El *cognomen* era una especie de apodo con el que se distinguía a una persona en concreto.

Nomenclator: Esclavo encargado de anunciar a las personas que llegaban a una casa.

Obulco: Porcuna (Sevilla).

Optimates: Nombre empleado para designar a los miembros de la facción más conservadora del Senado de Roma.

Paludamentum: Capa de color escarlata utilizada por los altos cargos militares.

Partia: El Imperio parto fue una región situada en lo que hoy se corresponde con el noreste de Irán.

Paterfamilias: Cabeza de familia.

Peristilo: Jardín o patio interior de una casa romana, normalmente rodeado por un pórtico.

Pilum (pipila): Arma de gran longitud de la infantería romana con una

punta de hierro muy pequeña e incisiva unida a un asta también de hierro, de un metro aproximadamente, que se unía a su vez a un palo de madera.

Plebe: Clase social romana formada por los plebeyos, ciudadanos que no eran patricios.

Plebeyo: Ciudadano romano que no era patricio y que, por tanto, pertenecía a la plebe.

Pomerium: Límite sagrado de cualquier ciudad de Roma.

Pontifex Maximus: Máximo representante religioso.

Populares: Nombre empleado para designar a los miembros de la facción más progresista del Senado de Roma.

Praefectum equitum: Comandante de la caballería del ejército romano.

Praefectum urbi: Magistrado que el cónsul nombraba para que lo reemplazara en la jefatura de la ciudad de Roma y en el ejercicio de sus funciones mientras estuviera ausente.

Praetorium: Tienda de un general romano dentro del campamento.

Pretor: Magistratura que culminaba el *cursus honorum*. Estaba por debajo del cónsul y ejercía sus funciones dentro de Roma o en las provincias.

Primus pilus: Centurión al mando de la primera centuria de la primera cohorte de una legión romana, y, por lo tanto, el centurión jefe de la legión. Alcanzaba ese cargo por ascenso jerárquico y estaba considerado el militar más capaz de toda la legión.

Privatus: persona sin cargo público.

Procónsul: Cónsul que continuaba con su carrera política ejerciendo de gobernador provincial o como general de un ejército.

Proscripciones: Sentencia mediante la que un alto cargo político eliminaba a sus adversarios.

Pugio: Puñal usado por los soldados de las legiones.

Quinctilis: Mes de julio antes de que pasase a llamarse como tal en honor a Cayo Julio César.

Quirinal: Una de las siete colinas sobre las que se fundó Roma, situada entre el Capitolio y el Yiminal.

República: En origen, esta palabra eran dos: *res publica* o cosa pública, que afecta a todo el pueblo, es decir, el gobierno. En la Antigua Roma se refiere al gobierno que no reconoce un monarca. El

periodo de la república se extendió desde el final de la monarquía en el 509 a. C. hasta el 27 a. C., cuando Augusto fue nombrado primer emperador.

Rex: Rey.

Río Aqueronte: Uno de los cinco ríos del inframundo. Se cuenta que en sus aguas todo se hundía salvo la barca de Caronte, quien accedía a pasar las almas de los muertos hacia el Averno o los Campos Elíseos a cambio de una moneda.

Rostrum (pi. *Rostra*) (Tribuna de los Rostra): Espolón de bronce situado en la proa de las naves de guerra. Cayo Mario mandó colocar estos adornos en la tribuna de oradores principal del foro romano tras su victoria contra los volscos. Desde entonces se conoció a esta tribuna como Tribuna de los Rostra.

Sagum (pl. *sagi*): Capa de invierno de la tropa confeccionada de lana grasienta para hacerla impermeable.

Sella (pl. *sellae*): Silla.

Senado: Órgano de gobierno en la república romana. Al principio solo conformado por patricios, los plebeyos también tuvieron acceso a él. Para pertenecer a este elitista cuerpo de Estado se debía de contar con una importante fortuna.

Sestercio: La moneda romana más corriente y unidad contable. Era una pequeña moneda de plata equivalente a un cuarto de denario.

Sextilis: Mes de agosto hasta que este pasó a llamarse así en honor al emperador Augusto.

Solium (pl. *solí*): Asiento algo más cómodo que una silla, con aspecto de trono.

Spatha: Espada.

Spectio: Momento de observación del cielo para determinar los auspicios.

Stola (pl. *stolae*): Vestido típico femenino.

Sulcus primigenius: Línea que delimitaba el perímetro de una nueva ciudad romana. Para trazarla se empleaba un arado de bronce tirado por una yunta de bueyes blancos conducidos por un sacerdote. La reja marcaba el surco donde se debía levantar la muralla, señalando así el *pomerium* o perímetro de la futura ciudad.

Tablilla de cera: Tableta de madera cubierta con una capa de cera. En la Antigua Roma eran utilizadas para escribir. Eran reutilizables.

Tablinum: Despacho del *paterfamilias*.

Tabulae: Mesa.

Tepidarium: Sala templada de las termas.

Thermopolium (pl. *thermopolia*): Establecimiento de hostelería en el que se servía comida caliente, normalmente para llevar.

Toga: Prenda que solo un ciudadano de Roma podía vestir. Confeccionada con lana ligera, su colocación requería de un ritual que ponía cada pliegue en su lugar correcto.

Toga candida: Toga especial blanqueada que vestían los candidatos a un cargo público.

Toga praetexta: Toga bordada de púrpura de los magistrados curules que también vestían los que lo habían sido y los niños hasta su mayoría de edad.

Toga virilis: Toga de color crema que se vestía en la edad adulta.

Tresviri rei publicae: También *Triunviri rei publicae constituendae*. Expresión que significa «Tres hombres con autoridad consular en la organización del Estado», siendo la denominación oficial del Segundo Triunvirato, en el que unieron fuerzas los generales Octaviano, Marco Antonio y Marco Emilio Lépido.

Tribuno de la plebe: Cargo público que defendía los intereses del pueblo ante el Senado. Tenían poder para ejercer un veto contra cualquier acción gubernamental, incluso de sus propios compañeros tribunos.

Triclinium (pl. *triclinia*): Habitación de la casa romana destinada a comedor. También se denominaba así a cada uno de los lechos que se colocaban en forma de U en dicho comedor y donde se reclinaban los comensales.

Trirreme: Nave de guerra dotada de tres bancos de remeros en cada costado del barco.

Tropas auxiliares: Unidades del ejército romano compuestas por soldados que no eran ciudadanos romanos. Su misión era apoyar a las legiones.

Turma (pl. *turmae*) de caballería: Unidad de caballería en el ejército romano.

Ucubi: Espejo (Sevilla).

Ulia: Montemayor (Córdoba).

Urso: Osuna (Sevilla).

Valetudinarium: Hospital de campaña en el campamento romano.

Vestíbulo: Espacio que da entrada al atrio en la casa romana.

Via Appia: Calzada romana que unía Roma con Brundisium.

Via Pretoriana: Amplia avenida en el interior de un campamento militar romano que unía la puerta delantera con la trasera.

Yugada: En latín, *iugera*. Unidad de medida de superficie que se corresponde aproximadamente con una cuarta parte de una hectárea, la cantidad de tierra que una pareja de bueyes puede arar en un día.

Agradecimientos

Desde que empecé a escribir las primeras palabras de esta novela, conté con el apoyo incondicional de mi tío Fernando Jiménez Hernández-Pinzón, psicoanalista y erudito de las letras y las artes que ha depositado en mí toda su confianza extendiéndola al resto de la familia, lo que me ha brindado la energía suficiente como para que *El Olivo de los Claudio* sea hoy una realidad. Su pormenorizada lectura de cada capítulo engrandecía el siguiente y me animaba a continuar con una fuerza inusitada. A él también tengo que agradecer las correcciones de términos latinos y las largas charlas mantenidas entre ambos sobre la dialéctica de Cicerón. Por estas y por innumerables razones más, este libro está dedicado a él. Con toda mi humildad, me rindo ante tu sabiduría y buen hacer, Fernando.

Pero son muchas más las personas a las que tengo que agradecer que, con su ayuda, hayan engrandecido esta historia. Empiezo por los lectores cero, que han sido varios. Porque han cogido el texto con ganas y han corregido erratas, opinado sobre la trama y ofrecido sus consejos técnicos que, tras un debate sin demasiada discusión, han sido muy tenidos en cuenta. Tampoco puedo olvidar a mi familia, a mis padres, a mis hijos, hermano, cuñada y todos los demás, tíos, primos, amigos y personas especiales que, con sus ánimos, ilusión y horas de escucha, han ayudado a desenredar la madeja de la trama.

También quiero agradecer la disposición del catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Córdoba, Enrique Melchor Gil, quien accedió a leer el manuscrito y a aportar sus consejos para mejorar la trama y evitar así errores de índole histórica. Su trabajo ha sido pormenorizado y todas las faltas que pudieran encontrarse se deben solo a mí misma.

Gracias también a todos los que, cuando les dije que estaba escribiendo una novela, me sonrieron con afecto y mostraron su interés por la misma. Gracias a los que me han preguntado insistentemente por ella y a los que se han alegrado sinceramente por mí cuando les dije que publicaba.

Y para finalizar, gracias a Almuzara y a su director, Antonio Cuesta, que confió en mí y en esta novela casi desde el principio, apostando por ella y creando lo que hoy podemos tocar con las manos y leer. Todo un milagro

editorial que me hace muy feliz. No puedo olvidar a mi editor, Javier Ortega, cuyo trabajo ha ayudado a elevar el manuscrito original.

NOTA HISTÓRICA DE LA AUTORA

Al indagar en la historia de mi Córdoba natal, de pronto surgió un personaje que me llamó poderosamente la atención. Se trataba del cuestor Marco Claudio Marcelo, quien ejerció el cargo bajo las órdenes del mismísimo Cayo Julio César. Con él llegó la primera de las licencias históricas de esta novela. Porque de este personaje, en realidad, no se conoce su lugar de nacimiento. Podría haber sido Corduba, pero es poco probable. Es mucho más factible pensar que nació en Roma o alrededores y que siempre estuvo vinculado al poder. Sin embrago, imaginar en la posibilidad de que pudo ser hispano me abrió la puerta a localizarlo en Córdoba y a dotarlo de una familia, que bien podría haber existido en aquella remota ciudad. Marco Claudio Marcelo iba a ser el protagonista que narrara en primera persona cómo se sucedían los acontecimientos en la capital de Hispania Ulterior en aquellos años convulsos de guerra civil. Su casa, la domus romana que hoy se ha puesto en valor bajo uno de los patios del hotel Hospes Palacio del Bailío de Córdoba. Me pareció tan evocador situar sobre ese suelo la figura del mismísimo Cayo Julio César…

Cuanto más estudiaba, más personajes reales iban tomando cuerpo en la trama de la novela. Uno de ellos, Cayo Asinio Polión, un erudito que, bien posicionado, consiguió ser gobernador en Hispania Ulterior y vivir en primera persona los avatares de la guerra civil. Históricamente, además, fue el suegro de Marco Claudio Marcelo. Cayo Asinio Polión, una vez que pudo zafarse de los horrores de la guerra que nunca buscó, encontró su solaz en las artes y llegó a fundar la primera biblioteca pública de Roma.

Todo lo que sucede en la novela relativo a Corduba tras la batalla de Farsalia es cierto. Los tintes novelescos no consiguen empañar la verdad que hay en el relato. Las dos visitas de Julio César, la rendición de Varrón, la extorsión de Quinto Casio Longino (hermano de Cayo Casio Longino, uno de los asesinos de Julio César), el asalto al mismo junto a la basílica de la ciudad, su supuesta muerte y la proclamación del cuestor Marco Claudio Marcelo como general de las tropas sublevadas. Todos son hechos históricos que han servido para dar vida a la trama que enfrentó a Marco con su padre y que desencadenó una serie de disputas gracias a las que la trama pudo evolucionar.

El hecho de que Indo y Marcia se enamorasen me sirvió para situar a la hermana de Marco en Ituci, lugar donde se veneraba a Dea Caelestis, una diosa protectora de las embarazadas. La Historia nos cuenta cómo Indo fue

pasado a cuchillo antes de la batalla de Munda. La pérdida dolorosa de este personaje estaba escrita y no podía obviarse.

En Ituci también situé la urna con las cenizas de Quinto Pompeyo Niger, personaje real proveniente de Itálica que hipotéticamente pudo acabar sus días en aquella ciudad íbera, donde se ha descubierto el Mausoleo de los Pompeyos. Para reforzar esta hipótesis, utilicé al personaje Lucio Papio. Su nombre aparece en una inscripción muy parecida a la encontrada en Torreparedones. Un centurión de la legión XXXIII oriundo de Bovianum, en Italia.

Las batallas sucedidas y las escaramuzas están relatadas con el máximo rigor posible, atendiendo a las disposiciones de las fuentes escritas y a los textos que nos han llegado de la época.

Sobre la muerte de Julio César han corrido ríos de tinta. Pero no he podido resistirme a contar mi propia versión de lo que ocurrió aquel día de traiciones bajo el prisma de Marco, un fiel cesariano que intenta evitar a toda costa que acaben con la vida del dictador de Roma. Era obvio que no lo conseguiría, pero me encantó jugar con la posibilidad de que Marco al menos lo intentase. Con este asesinato, la Historia cambió para siempre. Marco se vio envuelto en la lucha por el poder entre Octavio y Marco Antonio, siempre del lado del futuro emperador Augusto, puesto que así tuvo que ser en aquellos años, ya que tras el 27 a. C. y la proclamación de Cayo Octavio Turino como emperador, Marco Claudio Marcelo llegó a conseguir hasta un consulado en el año 22 a. C.

Sobre el proceso judicial al que se ve sometido Marco, pensé que quizá era más creíble pensar que podría haber sido defendido por alguien de la confianza de Cicerón que por el propio orador. Además, las fechas se solapaban y hubiera sido imposible cuadrar que Cicerón hubiera estado en Roma y trabajando cuando en realidad sus últimos meses los dedicó a huir literalmente de las garras de Marco Antonio, que finalmente acabó con su vida a finales del año 43 a. C. Sin embargo, sí que he utilizado el discurso que el propio Cicerón expuso en favor de Aulo Cluentio, acusado de envenenamiento, para que el abogado Aulo Numicio tuviera los mimbres para lograr el éxito en su empresa y Marco pudiera salir absuelto. Aquello acabó con Claudia, una villana disfrazada con piel de cordero que había que eliminar de la ecuación para que Marco y Asinia se conocieran y pudieran enamorarse, tal y como sucedió históricamente.

Sobre Quintilia, la esposa de Cicerón, está documentado su affair con Publio Cornelio Dolabela, por lo que no vi descabellado que también pudiera haber seducido a Marco y que este cayera rendido a sus pies, generando sendos conflictos con uno de sus mejores amigos y con su propia prometida.

Es más que probable que el Marco Claudio Marcelo histórico cultivara amistad con Augusto, o al menos que tuviera trato cercano con él y se moviera

en un ambiente selecto, entre eruditos y hombres de peso en el nuevo Imperio romano. Cayo Asinio Polión, el propio Varrón, Cayo Mecenas o Virgilio podrían haber sido algunos de sus mejores amigos.

En la actualidad, aún falta el testimonio epigráfico definitivo que ratifique que el actual yacimiento arqueológico de Torreparedones se corresponde con Ituci Virtus Iulia. Desde finales del siglo XIX y hasta estos días, la población se ha identificado de esta manera. Sin embargo, existen corrientes académicas recientes que apuntan a que podría tratarse de la ciudad de Bora. La comunidad científica se encuentra dividida al respecto. Para la redacción de esta novela he preferido acogerme a la creencia tradicional. Solo el tiempo y la aparición de nuevos hallazgos resolverán esta trascendental cuestión.

Bibliografía

Además de las fuentes clásicas (Suetonio, Dion Casio, Cicerón…), para la redacción de todo lo referente al marco contextual en el que se desenvuelve la primera parte de la novela, un par de obras fundamentales, fuentes directas de la época:

—*Bellum Hispaniense.*
—*Bellum Alexadrinum.*

Para conocer a fondo la vida de un legionario republicano, su día a día en el campamento, su atuendo, sus armas, su alimentación, etcétera:

—*La vida de un legionario en la época de la guerra de las Galias*, de Erik Abramson.

Para saber todo lo referente a la batalla de Munda y todos sus prolegómenos y consecuencias:

—*Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la campaña de Munda* (49-45 a. C.), obra coral compuesta por los artículos presentados al congreso que llevó este mismo título.

Destacamos en esta obra los artículos del profesor Rodríguez Neila, Corduba entre cesarianos y pompeyanos durante la Guerra Civil, y el del profesor Melchor Gil, Entre Corduba y Munda: la campaña militar del 45 a. C. y su desarrollo en la campiña de Córdoba. En el primero de ellos se cita a Nicolás de Dámaso, contemporáneo de Augusto que dejó escrita parte de su biografía y el que nos ratifica que, en contra de lo que muchos piensan, Octavio no participó en la batalla de Munda, ya que llegó tarde por enfermedad, encontrándose con César cerca de la ciudad de Calpe, donde este lo abrazó como a un hijo.

Para conocer la figura de Augusto:

—*Augusto*, de Adrian Goldsworthy.

Para conocer más sobre Julio César:

—*César*, de Adrian Goldsworthy.
—*Rubicón*, de Tom Holland.

Para saber más sobre Sexto Pompeyo:

—Sexto Pompeyo en Hispania, artículo de Luis Amela Valverde.
—Octavio y Sexto Pompeyo, artículo de Marcos Uyá Esteban.

Para conocer más sobre Cayo Asinio Polión:

—«Cayo Asinio Polión en Hispania», artículo de Luis Amela Valverde. Para saber más sobre la celebración de los triunfos:

—*El triunfo romano*, de Mary Beard.

Para saber más sobre las figlinae o talleres de alfarería:

—«El comercio en Hispania Ulterior durante los siglos II a. C. y II d. C. Tráfico anfórico y relaciones mercantiles», artículo de Daniel Mateo Corredor.
—«Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Córdoba. Balance y perspectivas», artículo de José Remesal Rodríguez.

Para conocer los detalles de la deductivo de Colonia Patricia:

—«Una lastra campana en Corduba. Asinius Pollio, el auguraculum y la deductio de Colonia Patricia», artículo de Ángel Ventura Villanueva.

Para conocer más sobre los cultos a la salud en la antigua Torreparedones:

—«Culto a la salud en Torreparedones», artículo de Ángel Ventura Villanueva.
—«Torreparedones (2006-2015): una década de investigaciones»,

artículo de José Antonio Morena.

MAR RODRÍGUEZ VACAS Es doctora en Periodismo por la Universidad de Sevilla y licenciada en Ciencias Ambientales por la Universidad de Córdoba. Pertenece a una saga periodística familiar que inició su bisabuelo con la edición de una revista en la localidad en la que vivía. La autora dedicó el tema principal de su tesis doctoral al trabajo publicado de su abuelo, el afamado fotógrafo Ricardo. Dedicada al periodismo profesional desde 2005, ha trabajado en el mundo de la comunicación audiovisual, especializándose con el paso de los años en la redacción de guiones documentales, sobre todo de índole histórica. Domina la labor informativa de ámbito local y realiza trabajos como *voice over*, de carácter publicitario, corporativo y documental. Desde pequeña se siente atraída por la escritura y el mundo romano, aunque no ha sido hasta la edad adulta cuando ha optado por aunar estas pasiones, Roma, Historia y Literatura, investigando, estudiando y profundizando para lograr contar de la manera más rigurosa posible la cara menos conocida de esta increíble civilización. «*El olivo de los Claudio*» es su espléndida ópera prima, en la que ha volcado la ilusión de años de trabajo y esfuerzo.